Qué es dios
y
Quién es Dios

PENSAMIENTO CRÍTICO/PENSAMIENTO UTÓPICO

Colección dirigida por José M. Ortega

21

Juan David García Bacca

Qué es dios
y
Quién es Dios

ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

Diseño gráfico: AUDIOVISA
Muntaner, 445, 4.º 1.ª 08021 Barcelona

Primera edición: mayo 1986

Edita: Anthropos Editorial del Hombre
Enric Granados, 114 08008 Barcelona Tel.: (93) 217 25 45
ISBN: 84-7658-008-8
Depósito legal: B. 9.187-1986
Composición: Anglofort, S.A., Rosselló, 33 08029 Barcelona
Impresión: T.G. Soler, Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

¿HAY ALGO ASÍ QUE SEA DIOS?

¿HAY ALGUIEN QUE SEA DIOS?

¿HAY DIOS Y DIOS?

¿HAY DIOS?

(Examen de nuestras creencias en Dios)

TEOLOGÍA

pensada *en* castellano, pensada y dicha *con* castellanos:
Juan de la Cruz y Teresa de Jesús,
dicha *en* castellano y dicha *para* castellanos castellanos.

" el infinito
Mapa de AQUEL que es todas sus ESTRELLAS "

J. L. Borges. p. 37.

" Sobre El Concepto Dios y la palabra DIOS "
Cf. A. DE MELLO - "DESPIERTA" pág 100.

Índice

TERCERA PARTE

Qué es ser dios. O *«esencia»* de dios

CUARTA PARTE

Quién es Dios.
O cómo DIOS llega a estar siéndose *Quién*

QUINTA PARTE

Apéndice

Creación

(palabra, concepto, experiencia)

Prólogo

(I)

Son gesto y fórmula de urbanidad ceder el paso, o la primera palabra, a persona que uno considere más digna —por edad, sabiduría, rango— que quien se va a poner a caminar o a hablar.

Durante algunos años de teólogo —y algunos, bastantes más, de filósofo— tuve, sin dudas ni discusión, por norma no ceder el paso en cuestiones de teología a legos —oficiales, cual seglares; o disimulados, como filósofos. Y en asuntos de filosofía no ceder la primera palabra, más que con gesto resignado de *ancilla*, a teología; y jamás otorgarla ni aun a científicos.

Corriendo los años —y muchos han tenido que correr para llegar a mis ochenta y cuatro— me he resuelto, en cuestiones de teología y de filosofía, ceder el paso y la primera palabra a «poetas».

Aquí cederles paso y palabra en la cuestión de filosofía «*qué es* (quid est, τί ἔστιν) ser dios»; y, en asunto de teología, «*quién es* (τὸ εἶναι, quod est) Dios».

Pero ceder a poetas solamente en el *Prólogo* lo de «*quién es* Dios», reduciendo el plural de poetas a uno solo: a Rilke; mas reservando lo de *qué es* dios —lo de la esencia de dios— a filósofos, a Jenófanes, a Plotino, y a fray Francisco, «lego virtuoso y simple».

Cedo, pues, la palabra a Rilke acerca de

«Quién es Dios»

Vivo mi vida en expandientes anillos
Que sobre todas las cosas se extienden.
Tal vez no llegue a completar el último,
Pero quiero intentarlo.

Giro al derredor de Dios, el primigenia y antiquísima Torre.
Y desde miles de miles de años estoy al derredor de Él girando.
Y aún no sé si soy Halcón, Tempestad
O un gran Cántico.

Halcón

No has de preocuparte, Dios. Dicen MÍO
A todas las cosas: a las pacientes.
Son ellos cual viento que por las ramas se desliza
Y dice MI árbol.

Apenas si notan
Cómo arde todo lo que sus manos agarran;
Tanto que ni siquiera a sus orillos pueden
Sin quemarse aguantarlos.

Dicen MÍO, como a veces, hablando con labriegos,
llama, complacido uno, amigo al príncipe
cuando muy grande es tal príncipe, y está bien lejos.
Dicen MÍO a sus murallas: las de él,
sin en nada conocer al señor de la casa.
Dicen MÍO, referido a posesión;
aunque cada cosa a que se acercan se encierre en sí;
que así charlatán de pésimo gusto
llama tal vez suyos a Sol y a Relámpago.
Así dicen también: MI vida, MI mujer,
MI perro, MI hijo; mas a saber no llegan
que todo: vida, mujer, perro e hijo
cosas extrañas son en que, ciegos,
con sus manos extendidas tropiezan.
Certeza, por cierto, tan sólo la hay para los grandes
que no anhelan sino por ojos. Que los demás
no quieren de intento oír que su miserable trato
con nada de lo que les rodea se coliga;
y que, expulsados de su haber,
no reconocidos ni aun por su propiedad misma,
POSEEN su mujer tan poco como la flor
que, para todos, es extraña su vida.

No te salgas, Dios, de tu equilibrio,
que quien te ama y quien a tu rostro
reconoce en la oscuridad —cuando Él, cual luz
en tu aliento, oscila— no Te posee.
Y aun si alguien en la noche Te apresa
tanto que a su plegaria has de atender,
Tú eres el huésped
que de nuevo más allá se va.
¿Quién puede, Dios, hacerte su presa? Tú eres tuyo;
por la mano de ningún poseedor imperturbable;
tal cual vino no aún maduro
que, al hacerse más y más dulce, a sí mismo se pertenece.

(Rilke.)

El yo —el gran Halcón— querría hacer de Dios su presa: hacerlo *mío*, suyo.

«*Mi* Dios es el único verdadero» y «el único verdadero Dios es el *mío*; y es *mío*».

«*Mi* religión es la única verdadera» y «la única verdadera religión es la *mía*; y es *mía*».

Y así por miles de miles de años gira el Halcón —el yo— al derredor de Dios: el primigenia y antiquísima Torre; y aún no sabe si ha apresado y hecho de Dios *mi* Dios. Ni si ser halcón y hacer de halcón, es medio, truco o traza, artimaña o artilugio apropiados para hacer de Dios *mi* Dios. Ni para saber si lo apresado es *Dios*; ni si por ser yo *quién* he apresado al *Quién*.

Yo halcón, yo Rilke, yo poeta no sé con saber *de garra* si apresaré a Dios y haré de él *mi* Dios. Y aún no sé si soy Halcón.

* * *

TEMPESTAD

HabíanLo guardado para sí mismos;
queríanLo así; y que juzgara.
Y para impedir que a su cielo se fuera
terminaron por colgar sobre Él cual pesas

de sus grandes catedrales la mole y la masa.
Que Él tuviera tan sólo
que girar al derredor, mostrando de *sus* números
la infinidad; y que, cual si reloj fuera

señaláreles horario a los sus diarios quehaceres.
Mas de repente echó Él a andar.
Y las gentes de la ciudad, despavoridas,

dejaron que, sorprendido de *su* propia voz
continuara rodando, con *sus* contadoras pesas.
Y ante tal *su* contador cuadrante huyeron ellos.

(Rilke.)

Da vueltas y más vueltas el Halcón al derredor de «El primigenia y antiquísima Torre» a ver por qué agujero colarse para hacer de Él, de tal Torre, su presa; hacerlo *mío*: de Yo —ave de presa. Hacer de El Torre *su* morada, *su* nido.

En vano son tales vueltas y más vueltas por miles de miles de años. Dadas por la humanidad y, ejemplarmente, por poetas halcones.

El poeta —Rilke— se mete a Tempestad.

Tempestad de horas, días, años y aun milenios es la Eternidad. Es de una vez (*semel*) y simultáneamente (*simul*) todo lo que el tiempo tiene sucesivamente, en veces.

Sucesión acelerada, veces sumadas en Vez, no dan tiempo numerable a numerar según antes y después —no hay tiempo para ir sumando. Su límite es «todo de una vez» (*Tota simul et semel*).

El Reloj de la eternidad, o la Eternidad como el Gran Reloj gira —por relativo contraste, cual el giro diurno de la cúpula celeste, del Cielo íntegro y del Sol— al derredor del tiempo y de sus mesurados y mensurantes pasos: de futuro hacia presente; de presente hacia pasado; y así hora tras hora, día tras día... milenio tras milenio...

Nuestros relojes dan esos pasos, pausada, mesuradamente, uniformemente. No en tempestad, urgida de llevarse todo por delante y de un golpe.

La eternidad no tiene paciencia para serse paso a paso: milenio a milenio... billonésima de segundo a billonésima de segundo... La Eternidad no va sumando duraciones. Es su Suma —hecha. *Simul et semel*. A la vez y de una sola Vez.

Nuestros relojes se tratan y ostentan 1 + 1, 1 + 1 + 1...; y no 2, 3, 4...; mas 1 + 1 se les trueca en 0 + 1; 1 + 1 + 1, en 0 + 0 + 1... Sólo hay o existe la última, y una sola, unidad: la presente.

La Eternidad, cual Reloj, no se trata con 1 + 1, 1 + 1 + 1... sino con 2, 3... Con la infinidad numérica, con el infinito cual *Suma hecha* o cual la *Gran Suma*. Ante nuestros relojes, «ante el horario de nuestros diarios quehaceres»: vivencias: sentiencias, veleidades, imaginaciones, entendederas...

Para ello, a El Torre —a la primigenia y antiquísima—, a Dios, cual El Torre, como el Gran Reloj, cual la Tempestad duracional «colgará sobre Él, cual pesas,

de sus grandes catedrales la mole y la masa».

Para que no se vaya al cielo: a esa Eternidad sin referencia, y neutral, a nuestros diarios quehaceres.

La Eternidad no daba vueltas horarias —anuales, milenarias...— al derredor de nuestros relojes y de nuestra vida humana: reloj viviente.

Así La queríamos. Queríamos que 1 + 1, 1 + 1 + 1... no se nos transformara en 0 + 1, 0 + 0 + 1... Y Ella nos daba el ejemplo, la realidad, enrealizada, de un vivir 1 + 1, 1 + 1 + 1... Mole, masa, pesas son lo que son «todo de una vez, a la vez».

La torre, o torres de las catedrales, es realidad «toda de una vez y a la vez». Eternidad asegurada. Y ellas —torres o Torre— aseguradoras. Se tienen y mantienen todas «a la vez y de una vez».

«Mas de repente Él echó a andar cual un reloj de los nuestros.» Se desvaneció ante la gente, ante los ciudadanos, el concepto, ejemplo y modelo de «simultaneidad», de «duración» —de Eternidad. Y Él mismo sorprendióse de *su* propia, y nueva, voz: de dar segundos, horas, días, años, milenios...

El Torre, hízose Reloj de Torre.

«Y habitó entre nosotros.» Mas nosotros «huimos ante tal su contador cuadrante»: ante la cuenta detallada segundo a segundo, hora a hora, día a día... milenio a milenio... que Él, Ella, la Torre —Torre y Reloj de Torre— nos llevaba.

Una tempestad rodea, rueda, al derredor de una torre por ser circular o cilíndrica, prismática o prismatoide —sea o no torre de catedral— tanteándola, tanteando si hay resquicio por el que penetrar y, en penetrando que penetró, echar al vuelo campanas, ventilar lo cerrado, remecer lo colgante. Trastornar lo «de una vez», en veces; lo de simultáneo, en sucesivo; lo in-moble, en movido; lo movido según número, en movido al azar.

En *el* primigenia y antiquísima Torre: en Dios, Rilke intenta entrar como Tempestad se adentra en Torre.

Adentrarse en Dios para echar a vuelo campanas que digan quién es Él en palabras musicales: en poema; para ventilar lo cerrado, lo encerrado de Él, por conceptos, dogmas, mandamientos, ritos; para remecer lo meramente colgante, lo no definidamente movible, para que resulte ondulación: giro musical y elocuente que, al menos, dicte «horario» a nuestros diarios quehaceres.

Rilke, el Poeta, no llegó a saber —tras miles y miles de años, de vueltas— si era Halcón. Si serlo y comportarse como tal era procedimiento o truco para entrar en Dios: en El primigenia y antiquísima Torre.

Pretender apresar a Dios, hacerlo *mío*, no puede pasar de intento, de atentado frustrado, de mero gesto, meramente ofensivo. De deseos, anhelos, suspiros, ganas.

Mas tampoco llegó Rilke, el poeta, a saber si era Tempestad. Y si serlo y conducirse como tal era medio, trampa, para entrar, irrumpiendo, invadiendo, en Dios: El primigenia y antiquísima Torre.

Apresar a Dios —hacerlo yo *mío*: *mi* Dios.

Irrumpir en Dios —hacerlo *nuestro*: nuestro Dios.

Halcón, Tempestad —gestos, atentados frustrados. A Dios ni se lo apresa ni se lo asalta.

¿Es que no se deja?, ¿que no se presta a tales procedimientos —atracos, en definitiva?

* * *

GRAN CÁNTICO

Tú, vecino Dios, cuando a veces, más de una,
durante larga noche con rudos golpes te perturbo;
es así porque *Te* oigo raramente respirar
y sé que *Tú* estás en la sala solitario.

Y que si de algo necesitas nadie hay allí
para a tu paladar un sorbo ofrecer.
Escucho y escucho. Hazme una señal, una pequeña.
Estoy cerca, bien cerca.

Entre nosotros sólo delgada pared se interpone
por suerte. Que una llamada de *tu* boca o de la mía pudiera
sin ruido, sin sonido romperla.
Que está hecha de imágenes *tuyas*.

Y *tus* imágenes son cual nombres ante *Ti*.
Con una vez que se encienda en mí esa luz
con que mi profundidad *te* conoce
basta para que esta luz, cual resplandor, se disipe en su entorno.

Y mis sentidos, bien presto desfallecidos
quédanse sin hogar, y separados de *Ti*.

(Rilke.)

Dios Mudo y No Sordo

Un halcón ni habla ni pide respuestas. Ni deja hablar a su presa. Una tempestad perturba el hablar del hablante, del hablado y de lo hablado. Presa y atracado, mudos de espanto ante esos desacatos y desconsideraciones, naturales a halcón y a tempestad. Nada de extraño es que Dios —El primigenia y antiquísima Torre— calle.

Mas Cántico, cantar, no son atraco y no pretenden hacer presa. Rilke, el poeta Le canta:

«*Tú*, vecino Dios...; *yo*, vecino tuyo...»

«*Tú*, solitario...; *yo*, solitario...»

«*Tú*, necesitado...; *yo*, necesitado...»

«*Tu*, emparedado (envés) tras imágenes, por nombres; *yo*, emparedado (revés) por ellas y por ellos...»

«*Tú*, separado de *mí*; *yo*, de *Ti* por imágenes y por nombres. Desfalleciente, sin hogar.»

«Una llamada de *tu* boca bastara para que sin ruido, sin sonido, del todo se rompiera esa pared de imágenes y nombres que *nos* separa.»

El silencio de Dios, por respuesta a tal cántico de duermevela, de dos despiertos; uno, mudo, no sordo; y otro, cantor.

Y ¿qué si Rilke hubiese cantado:

... la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora ...

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura?

El sonido, el Canto, tiene la peculiar virtud, a diferencia de la luz, de contornear paredes, sin violencia, «sin ruido». Pero las orejas no poseen, a diferencia en favor de los ojos, párpados, cortinas, celosías con que cerrarse y hacer noche oscura de sonidos, cual la noche de luz que hacen los ojos.

¿Dios tenía que escuchar al Cántico de Poeta? ¿O el poeta suponía que Dios tenía que oírle aunque no respondiera?

En Torre, por primigenia que sea y por antiquísima que se la dé, penetra un Cántico —que es sonido, no ruido— por resquicios, aguje-

ros, ventanas. Y más que más un Cántico que sea «grande» en poder en-cantatorio.

¿Por cuál se dejará en-cantar un Dios: por
«*Tú*, vecino Dios...»; o por
«la noche sosegada...»; o por
«Alaba, oh alma, a Dios, Señor, tu alteza,
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
al Agua diste asiento.
Las nubes son tu carro, tus alados
caballos son el viento»?

¿Por Cántico de alabanza o alabanza en Cántico; por Cántico de enamorado; por Cántico de por-*dios*-ero?

El Torre —el primigenia y antiquísima— *¿es* o se hace, el mudo? ¿No es, ni puede hacerse el sordo? ¿O el desencantado frente a tales encantos, con pretensiones de en-cantamiento?

¿No le encantan ni vecinos ni enamorados ni por-*dios*-eros ni ensalzadores?

Rilke no sabe qué hacer para —tras vueltas y más vueltas, por miles de miles de años— tratarse con el Torre primigenia y antiquísima, de modo que responda a ataques de Halcón o irrupciones de Tempestad o a encantamientos de Cántico.

¿Cómo tratar y tratarse con un Dios que sea El Torre? ¿O se haya puesto a serlo, y se empeñe en sérnoslo?

Los hebreos venidos de Oriente —cuéntalo el *Génesis*— se propusieron construir una Torre que llegara al Cielo y fuera monumento y recordatorio de su nombre y fama, antes de dispersarse por la Tierra. Manos a la obra; y, al sentir Jehová que su altura amenazaba al Cielo, bajó —bajaron Dios: El Dioses (Jehová-Elohim)— a ver su estado. Resentido de la amenaza y atentado confundieron las lenguas de los constructores que, por procedimiento tan sencillo y eficaz, tuvieron que, sin concluirla, dispersarse por toda la tierra.

Dios, el Dioses, había creado, en el segundo día, el Firmamento para que dividiera Aguas del Cielo y aguas de la tierra. Firmamento: torre capaz de sostener el Cielo y mantenerlo separado de la tierra; y ésta, de fundamento, de base, aguantar sin hundirse Cielos y Aguas celestiales y Firmamento.

Tal es, fue, la Torre primigenia y antiquísima.

Tal es, fue, Dios creador y mantenedor constante de tal Torre. Así que él, Elohim, es el primigenia y antiquísima Torre. Si un solo momento se retirara él, Elohim, de ser y hacer de Firmamento, confundiéranse Cielos y Tierra, y volviera el universo al estado de Caos: de Tierra «yerma y vacía»; de Tinieblas «sobre la faz del abismo, y de Espíritu de Dios llevado de acá para allá por las aguas».

Al derredor de esa Torre —de Dios, de El Dioses: Torre divina— nadie, después de la dispersión, giró. Por miles de miles de años giraron a su derredor halcones, tempestades y cantos: leyendas, cuentos, historias.

Un poeta, creyéndose halcón, tempestad, canto, intentó apresar dentro a Dios, atracarlo, encantarlo. Y terminó, tras vueltas y más vueltas, multimillonarias, sabiendo que era halcón fracasado; tempestad, deshecha; no oído Canto.

«Gran Cántico», *Grosser Gesang*, de gran Poeta. ¿In-audito, in-escuchado, in-encantante?; por ello, ¿irrespondido, in-correspondido?

¿O porque Dios —Él, Elohim— no responde, no corresponde por y para ser *Dios?*

Al morir Jesús exclama según Mateo y Marcos: «Dios (El-í) *mío* (í), *Dios mío,* ¿por qué me has abandonado?».

«En tus manos, *Padre mío,* encomiendo mi espíritu» (Lucas).

«Esto se ha acabado perfectamente» (Juan).

Dios no admite lo de *mío.* «No te preocupes, Dios, el que te digan *mío.* Dicen mío a todas las cosas: a las pacientes: a las que soportan tal toma de posesión. No pueden decir eso a las que queman» (Rilke).

«Padre» admite, acepta, agradecida y agradablemente el que le llamen *mío,* y pretendan poseerlo.

¡Padre *mío,* Padre *mío*! Por padre, según la definición verbal y real, un padre jamás abandonará a *sus* hijos; y por *mío,* de los hijos, éstos no pueden soltarlo. Y el padre no los suelta. Un padre «afloja, pero no suelta; aprieta, pero no ahoga». Así que ambos no pueden soltarse. Se abrazan.

Tal pasa con Maestro —*mi* Maestro, Rabb*í*, Rabone*í*—, con Salvador, con Pastor... Admiten, requieren y *son mío,* doblemente. No son ni sordos ni mudos ni insensibles a cantos de sus discípulos, salvados, ovejas. Tu discípulo, tu salvado, tu curado. Maestro mío, Salvador mío —hasta *mi* Señor Dios de *mis* ejércitos y tuyos— no son atentados frustrados de apresar, invadir, encantar a Dios, cuando, y *si,* Dios se pone a ser Padre, Maestro... Mas son atentados necesariamente frustrados cuando y *si* Dios se pone a ser *Dios.*

«Dios *mío*» es un insulto ontológico y blasfemia religiosa —y atentado de monopolio social.

Rilke no cayó en cuenta de que eso de «Dios *mío*» lo era. Y sólo supo decir a Dios: «No te preocupes, Dios, de que te digan *mío*».

¿Cómo, pues, hay que tratar *de* y tratarse *con* quien se haya puesto o haya de ponerse o se ponga, porque le da su divina gana, a ser *Dios*?

Vosotros —poetas, teólogos, filósofos, científicos...— ¿cómo pasar de tratar *de* y tratarnos con *qué es* ser dios a tratar *de* y tratarse *con quién es* Dios?

(II)

Tomemos una lección previa, propia de *Prólogo*, de dos filósofos y un filosofante que se trataron *con* y trataron *de* hablar de *qué es* Dios.

Hace unos veinticinco siglos, Jenófanes cantaba y hablaba en bien mesurados hexámetros de su experiencia de *qué es* ser dios y ser dios máximo; y, por máximo, único en excelsitud: cf. Diógenes Laercio p. 133 b.

Entre los dioses hay un dios máximo
y es máximo también entre los hombres.
No es ni por su traza ni por su pensamiento
semejante a los mortales.
Todo Él ve; *Todo Él* piensa; *Todo Él* oye.
Con su mente
del pensamiento sin trabajo alguno
todas las cosas mueve.
En lo mismo permanece siempre
sin en nada moverse
sin trasladarse nunca
en diversos tiempos a diversas partes.

Unos setecientos años más tarde, Plotino, por platónico en cuanto filósofo y por experimentador en cuanto místico, dirá en recondensada frase filosófica lo experimentado de *qué es* ser Dios:

> Existe de por sí mismo; no le pasa el tener que ser lo que es, como les pasa a los demás seres; sino es lo que él mismo quiere ser.
>
> (*Ennéada*, VI, logos VIII, n. 16.)

A unos dos mil años de Jenófanes y a unos mil doscientos de Plotino, fray Francisco —«lego virtuoso y simple»—, dice: «Dios es lo que él se quiere».

Repongamos la escena y el contexto:

> Le gusta [al prior del convento franciscano de Granada] preguntar, sobre todo, a fray Francisco, lego virtuoso y simple, a quien el prior quiere por el espíritu candoroso que se transparenta en sus ojos y en sus palabras: «Fray Francisco —le dice un día el prior durante el recreo— ¿qué cosa es Dios?». «Dios es lo que él se quiere», responde el leguito. Y fray Juan, que penetra la sublime sencillez de aquella definición, dice cosas maravillosas a propósito de la respuesta de fray Francisco.
>
> (*Vida y obras de san Juan de la Cruz*, edic. B.A.C., p. 224.)

No puede decir el Autor de esta obra «cosas maravillosas» cual las que dijo Juan de la Cruz, al oír tal definición de «qué es Dios» de boca de un leguito.

Los comentarios que a esta definición siguen se resentirán de la impotencia del Autor. Mas abarcarán en conjunto cual síntesis inspiradora las sentencias de Jenófanes, y la de Plotino. Las tres coincidentes en uno: *qué es* ser Dios; *qué cosa* es ser Dios.

Y a fin de no confundir, ni aun tipográficamente dios y Dios, escribiremos aquí, y habrá de poner el Lector diverso énfasis en DIOS, Dios y dios. (DIOS aludirá, como sujeto provisorio, a Dios y a dios. Más adelante borraremos de mente, concepto y volición, DIOS, con mayor facilidad que con la que de este papel se borran lo impreso, lo escrito en tinta y a lápiz.)

La fórmula general de la pregunta del prior: «*qué cosa es* (   )», «*qué es*», repite e insiste en la clásica multisecular de «qué es» —pregunta por la esencia. El paréntesis (   ) —que aquí se ha añadido— puede y tiene que llenarse con el ente concreto cuya definición o esencia se busca.

¿*Qué cosa es* dios, *qué es* hombre, *qué es* número, *qué es* triángulo, *qué es* Fuego...? Y las respuestas —acépteselo benévolamente— son

DIOS	es el ser que es lo que quiere ser;
HOMBRE	es animal racional;
NÚMERO	es lo recursivamente constituible a partir de la unidad;

TRIÁNGULO es la figura cerrada por tres lados y tres ángulos;
FUEGO es lo resultante de la combustión de oxígeno;
etc., etc.

Modulaciones de la primera definición.

«Dios es lo que él se quiere ser.» Es lo que él se pone a ser; es lo que le da su divina gana de ser. Y puede, y le ha dado la gana de ser «*Todo Él*, ojos»; «*Todo Él*, pensamiento»; «*Todo Él*, oídos»; «*Todo Él*, Señor Dios de los Ejércitos»; «*Todo Él*, Padre»; «*Todo Él*, Juez»; «*Todo Él*, Salvador»; «*Todo Él*, Redentor»; «*Todo Él*, trino»; «*Todo Él*, hombre»; «*Todo Él*, enhostiado»...

DIOS *es* el que existe de por sí mismo; mas esto no lo es necesariamente; sino lo es, según como lo quiera él mismo.

DIOS *es* el que existe necesariamente; mas *está siendo* lo que quiera y como lo quiera (Plotino).

«Soy todo oídos», decimos para expresar el exceso de atención a quien nos habla y a lo que nos dice. Es una atención que le hacemos —peculiar acto de respeto a la persona—; y es una atención al contenido —acto de objetivación al «qué» dicho, al «qué» oído. Mas tal atención nuestra no pasa de buena intención. La mayor, y siempre la mejor parte de quien dice «soy todo oídos», la reserva para sí mismo.

Impotencia real de transformar, transustanciar, atención e intención en realización.

¿Quién no sería, o se haría *todo* oídos para oír con absorto encantamiento la *Novena Sinfonía* de Beethoven; para oír con extática devoción su *Missa solemnis*; para oír con morosa delicia la *Sonata quasi una fantasia...*? ¿Ser encantamiento, *todo oídos*; devoción, *todo oídos*; delicia, *todo oídos*? Y no encantamiento, devoción, delicia a medias, todo ello; oírlo con reserva de dominio, reservándose el oyente lo mejor de sí para sí —para sus deseos, proyectos, asuntos, vicios... y en el fondo, *basso ostinato, continuo*, para el encantador extasiado y moroso de *yo*.

Sólo DIOS, no nosotros, pudiera, si le da la gana, estar siendo *íntegramente* —no a medias y con reserva de dominio para algo más— *ojos*; y verse a sí mismo cual espectáculo divino. Tal sería su esencia transeúnte. O sería transeúntemente tal esencia.

O bien: sólo DIOS, no nosotros, pudiera ponerse a estar siendo *totalmente* pensamiento; y, sin distraer nada de su ser en objeto otro alguno, entenderse a sí mismo por sí mismo, cual Inteligencia divina. Inteligencia-entendiente-entendida. Esencia transeúnte de Dios.

Nosotros oímos, vemos, pensamos a medias, con reserva de domi-

nio —distraídos por el yo. No solamente de hecho, sino por esencia, por necesidad. Y esto nos define frente a DIOS. Y define a todo ente como finito. O nos definiría en caso de creer, fiarnos de y confiarnos a Jenófanes, Plotino, fray Francisco.

La esencia nos tiene apresados, atracados, encandilados: finitos, de-finidos, de-finitivamente, de-finitorialmente.

Sólo DIOS es el omniseipsitransustanciador.

DIOS no puede tener esencia. «*Está siendo* lo que quiere y como lo quiere.» Y la serie de lo que ha querido ser, y del modo o grados con que haya querido o le haya venido en gana estar siéndolo, constituye la serie de sus revelaciones, epifanías, teofanías y fenomenologías para sí y de sí —si no le viene la gana de desserse, de intimidad de en sí y para sí mismo; si le viene en gana serse, estarse siendo, Trino o Uno. O la serie de sus revelaciones para nosotros o en alguna creatura, si se pone a estar siendo en exterioridad, para otro: cual Padre, Maestro, Salvador, Señor de los Ejércitos, hombre... hostia o vino consagrados...

DIOS no es Padre a medias, con reserva de dominio a favor de él en cuanto Juez; ni es Juez a medias, reservándose los derechos de Padre, Salvador... Ni Maestro a medias, guardando para sí secretos.

Todo Él piensa; Todo Él ve; Todo Él oye. Todo Él es lo que quiere ser. Proteo maravilla de las maravillas ontológicas.

Jenófanes, Plotino, fray Francisco —éste con la aprobación admirativa de fray Juan de la Cruz— no trataron *de* y se trataron *con* DIOS de tú a tú: de quiénes a QUIÉN. De persona a persona. De Halcón, a presa; de Tempestad, a atracado; de Cantor, a encantado.

(*) Experimentaron —y según tal experiencia hablaron; trataron de *qué es*: en el *qué es* que se da; en su *esencia* transeúnte y voluntaria.

Con lo anteriormente dicho el Autor ha dado la primera palabra a poetas y a filósofos. La segunda tiene que darla él en su función de autor. Y la dará sin reservas de dominio: sin secretos, sin respetos, observando, a disgusto, un mínimo de urbanidad teológica verbal. Explícitamente, aunque implícitamente, lo ha hecho ya el Autor en el Prólogo.

* E. Bergson hace distinción entre Religión estática y Religión dinámica - cf. "Dios y la Religión" i.e. mística. F. Secieta. pag. 33.

PRIMERA PARTE

Qué es dios -y- Quién es DIOS

(Según y para creyentes)

(§ 1.º)

Qué es (   ) -y- *Quién es* (   )

No es adular al Lector —es más bien menos-preciarlo— suponer que sabe *lo que es* Agua, Vino, Azúcar. Excuse, pues, eso de «menos». A la pregunta *qué es* agua, *qué es* vino, *qué es* azúcar pudieron dar ya una respuesta decorosamente aceptable los griegos, y ahora cualquier diccionario de la Lengua la proporciona a cualquiera que sepa leer, que es ya un «cualquiera».

Empero la ciencia química, desde hace no mucho más de un siglo, ha respondido a la pregunta por *qué es* agua, con los símbolos

$H - O - H$; a la de *qué es* vino, con los

$$\begin{array}{ccccccccc} & & H & & H & & & & \\ & & | & & | & & & & \\ H & - & C & - & C & - & O & - & H \\ & & | & & | & & & & \\ & & H & & H & & & & \end{array}$$

; a la de *qué es* azúcar, con los

$$\begin{array}{ccccccccccccc} & & H & & H & & H & & H & & H & & H \\ & & | & & | & & | & & | & & | & & | \\ H & - & C & - & C & - & C & - & C & - & C & - & C \\ & & | & & | & & | & & | & & | & & \| \\ & & O & & O & & O & & O & & O & & O \\ & & | & & | & & | & & | & & | & & \\ & & H & & H & & H & & H & & H & & \end{array}$$

Y estos y parecidos símbolos para millones de cuerpos —definidos de ordinario por sus relaciones con ojos, lengua, tacto, olfato de sentidos naturales— poseen, entre otras ventajas, la de indicar cuantitativa y cualitativamente, y además ordinalmente, estructuralmente, de qué y cómo pudieran fabricarse agua, vino, azúcar, si por una catástrofe o decadente —entrópico— proceso natural vinieran a faltar en la tierra tales cuerpos.

De H, O, C se componen real, comprobadamente —no por los sentidos naturales, sino por esotros sentidos que la mente ha inventado que son los instrumentos científicos— agua, vino, azúcar. Y en H, O, C se descomponen; y de H, O, C se recomponen. No al arbitrio del hombre, sino según leyes físico-matemáticas del universo que son las mismas, *las mismas*, que continuamente nos hacen reales de verdad a los hombres.

No hace falta que el Lector sepa leer, y entender, los símbolos matemáticos de la hoja adjunta (Lámina 1), para darse cuenta de qué leyes y de qué órdenes o niveles profundos, reales y eficientes, y perennemente presentes y constantemente actuantes, nos subtienden, sustentan y mantienen en el ser a todos: a agua, vino, azúcar...; hombres, animales, plantas; estrellas, nebulosas...; a átomos, protones, electrones, fotones, y hasta a dioses, dios, héroes... si se aventuran a, o les da por tomar cuerpo.

Lo decisivamente importante aquí y ahora se reconcentra en la afirmación: el *qué es* —real de verdad, en sí, de una cosa— no se parece en nada *a lo que está siendo* para nosotros: para nuestros sentidos fisiológicos y para la mente asomada, amorrada, intrinsecada en ellos; así que para sus conceptos, teorías, apetitos y finalidades fundadas, guiadas y sacadas de ellos.

Lo *qué es* físicamente una cosa no se parece en nada a lo que *está siendo* fisiológicamente —antropomórficamente, por lo pronto y respecto de nosotros que nos tenemos por lo primario y por superprimates.

Pues bien: «*qué es dios*» pudiera ser, en realidad de verdad, tan distinto, diverso y divergente de lo que dios *está siendo* respecto del hombre —de sus sentidos y mente en estado natural, fisiológico— como diversa es agua, de H_2O; vino, de CH_3CH_2OH..., etc.

Qué es DIOS en sí mismo: «es un ser tal que puede ser lo que le dé su gana, divina, de ser».

Lo que está siendo Dios para nosotros los hombres naturales, fisiológicos, es Padre y/o Maestro y/o Salvador y/o Condenador y/o

$$\frac{d}{dt}\left(\frac{\partial £}{\partial \dot{q}_k}\right) - \frac{\partial £}{\partial q_k} = 0 \qquad H\left(q_k \frac{\partial S}{\partial q_k}\, t\right) + \frac{\partial S}{\partial t} = 0$$

$$R_{ik} - \frac{1}{2} g_{ik} R = -kT_{ik} \qquad \frac{d^2}{ds^2} + \Gamma^l_{kl} \frac{dx^k}{ds} \cdot \frac{dx^l}{ds} = 0$$

$$\operatorname{rot} E = 0 \qquad \operatorname{rot} H = \frac{4\pi}{c}\, i \qquad \operatorname{div} D = 4\pi\rho \qquad \operatorname{div} B = 0$$

$$D = \varepsilon E \qquad B = \mu H \qquad \Delta E = \frac{\varepsilon\mu}{c^2} \frac{\partial^2 E}{\partial t^2} \qquad \Delta H = \frac{\varepsilon\mu}{c^2} \frac{\partial^2 H}{\partial t^2}$$

```
H—O—H          (agua)
```

```
   H  H
   |  |
H—C—C—O—H      (vino)
   |  |
   H  H
```

```
   H  H  H  H  H  H
   |  |  |  |  |  |
H—C—C—C—C—C—C      (azúcar)
   |  |  |  |  |  ||
   O  O  O  O  O  O
   |  |  |  |  |
   H  H  H  H  H
```

$$4\pi^2(\nu_1^2 + \nu_3^2) = k_1\left(\frac{1}{m_x} + \frac{1}{m_y}\right) + k_2\left(\frac{1}{m_y} + \frac{1}{m_z}\right)$$

$$16\pi^4\nu_1^2\nu_3^2 = \frac{m_x + m_y + m_z}{m_x \cdot m_y \cdot m_z}\, k_1 k_2 \qquad 4\pi^2\nu_2^2 = \frac{1}{l_1^2 l_2^2}\left(\frac{l_1^2}{m_x} + \frac{l_2^2}{m_y} + \frac{(l_1 + l_2)^2}{m_z}\right) k_\delta$$

$$3\ddot{R}R\left[\dot{R} + (\zeta - 1)\frac{R}{t}\right]^2 + \left[3\dot{R} + (\zeta - 3)\frac{R}{t}\right] \cdot$$

$$\left[\dot{R} - (\zeta - 1)\frac{R}{t}\right] \cdot \left[2c^2 + \ddot{R}R + 2\dot{R}^2\right] - \zeta\left[2c^2 + \ddot{R}R + 2\dot{R}^2\right] = 0$$

Las fórmulas de mecánica newtoniana, einsteiniana, de Maxwell, de cosmología y del estado sólido de moléculas poliatómicas no son solamente *marco* de las moléculas O, H, C, sino leyes físicas *constitutivas, intrínsecas de actuación constante.*

LÁMINA 1

Bienaventurador y/o Verdugo y/o Juez y/o Señor de los Ejércitos y/o hombre endiosado y/o dios enhumanado y/o Legislador según fuerza y/o Selector de un su pueblo y/o fundador de una su Iglesia y/o aspirador del olor de suavidad de holocaustos de ganado y aves —«*in holocaustum in odorem suavissimum Domino*». Así literalmente cuatro veces en el *Levítico* 1–2–3; y es el Señor quien dice: «Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa y sangre de...; abomino del incienso; no aguanto vuestras fiestas; odio tales solemnidades... Lavaos, sed puros; que no vea vuestros malos pensamientos...» (*Isaías*, 10-21).

«*¿Qué es agua?*» —H_2O.
¿Qué está siendo para nosotros? —líquido insípido, inodoro, incoloro, bebible, refrescante, limpiador, disolvente, lluvia, río, mar, espejo del cielo, nubes del cielo, ingrediente culinario, componente mayor de caldos, rellenador de bañeras, fluyente dócilmente por riachuelos, canales, cañerías...
y

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

«*¿Qué es* vino?» —CH_3CH_2OH.
¿Qué está siendo para nosotros el vino? —líquido embriagador...

«*¿Qué es* azúcar?» —$C_{12}H_{22}O_{11}$.
¿Qué está siendo para nosotros azúcar? —sólido dulce...

«*¿Qué es* el hombre?» —?
¿Qué está siendo para nosotros el hombre? —?

«*¿Qué es* DIOS?» —...??
¿Qué está siendo para nosotros, los hombres actuales, DIOS? —??

Tal planteamiento respecto de todos: Dios, hombre, agua, vino... estrellas, átomos, moléculas, vida, muerte, inmortalidad... es planteamiento *actual*; y solamente nosotros los hombres, en cuanto o en la medida en que somos actuales —a la altura y nivel de ciencia y técnica *actuales*— podemos, tenemos que, ensayarlo, vivirlo y serlo en su realidad de verdad.

A la pregunta —insistente— de «en sí mismo *qué es* (algo)» se responde indicando la realidad de verdad de ello; y la expresión adecuada, simbólica de suyo, es verdadera con realidad de verdad.

Mas a la pregunta —insistente también— de «*qué está siendo* (algo)», se responde indicando lo que para nosotros está realmente siendo; y la expresión ajustada, empalabrada, es realmente verdadera; mas con simples realidad y verdad.

(§ 2.º)

Qué es ser hombre -y- *Quién es* hombre

A la pregunta *qué es* Hombre se responde desde hace milenios con «es animal racional». Lo de «animal» se irá precisando con «vertebrado mamífero primate»; con todo eso... hasta llegar a RNA, DNA, aminoácidos y a C, H, O, N, Fe, a protón, electrón... campos gravitatorio y electromagnético. Es decir: «animal» se constituye con los elementos básicos del universo y según sus leyes, especificadas funcionalmente y determinadas según constantes. Lo de «racional» se explicitará con «posesión y uso de la palabra»: la de ser altavoz de todo el universo; serlo de sí mismo y de lo que por sí mismo no puede hablar. O con «inteligencia intuitiva de principios primeros, y discursiva o desimplificadora de principios en secuelas».

Pues bien: todo eso lo vive y lo es el hombre «en bulto». Si lo fuera y viviera determinadamente, fuera de nacimiento fisiólogo, anatómico, químico, físico... hasta nuclear; sobrara, y no hubiera venido al mundo, ciencia alguna. Mas el cuerpo, el animal de cada uno, no nos da lecciones explícitas y completas de lo mismo que está siendo y con lo que nos hace *realmente* hombres. El cuerpo, el animal, es «en bloque», «en bulto», cuerpo del alma.

A su vez el alma, la mente, el espíritu —escoja el Lector el sustantivo que más le agrade o le repugne menos— no sabe de por sí ciencia lógica, matemática. Tiene intrínsecos primeros principios —lógicos, aritméticos, geométricos...— puesto que lo están siendo de todo el universo y de *su* cuerpo, que sin realmente cumplirlos no sería real él mismo. Los ejercita: los dice en palabras, pues es «altavoz del univer-

so»; los desentraña, y explicita los principios o axiomas en secuelas o teoremas. Pero no llega a ser, a pesar de ello, alma científica: en estado científico. La realidad del hombre *está siendo* íntegra y necesariamente científica según leyes lógicas, matemáticas, fisiológicas, psicológicas... pero no llega a *serlas* científicamente, aun habiendo conseguido formularlas: pensarlas y decirlas y reconocerlas explícitamente como leyes *suyas*-y-del universo, mediante instrumentos inventados por la mente para superar la cerrazón y ceguera naturales de *su* cuerpo y alma en estado natural.

Durante toda su vida —o de días o de «novecientos setenta y nueve años»— *está siendo* científicamente su realidad y, no obstante, no llega a *serla* científicamente sino cuando se pone a ser científico; lo que sucede a *ratos sueltos*, a *actos sueltos*. Pasados, recae de *estarse siendo* científicamente, a *estarse siendo* animal racional y racionalmente animal: a animalidad absorbente lo racional o a racional absorbente lo animal. Bloque, bulto de «animal racional».

Todo esto —indisimulablemente vulgar— se enderezaba a poner en resalte la afirmación: *estar siendo* científicamente su realidad y *estar siéndola* en bloque son tan sólo condición necesaria para ser «quién» un hombre: para ser *éste* hombre Adam, Abraham, Jacob... Platón, Kant... J.D.G.B.; X.Z.; J.B.; A.M.C.; J.P.S.; J.A...

A la pregunta: «*¿quién es* Ud.?» no se responde ni responde nadie «soy animal racional» o «animal político» o «animal industrioso», que son respuestas adecuadas a la pregunta «*qué es* Ud.». A la de *quién es* Ud. se responde con su nombre propio: vgr. J.D.G.B., X.Z., J.B... O con la frase Testamentaria «Yo soy el que soy» —si el que pregunta se pasa de impertinente.

El Quién es único, original, nuevo, singular; único ejemplar de una única edición pasada, presente y porvenir. Nada de duplicados, triplicados *n*-plicados, $n > 1$, de dobles, de gemelos o trillizos perfectos. Nadie más que yo puede ser yo. Ni Dios puede ser yo; ni yo puedo ser Dios. Lo mismo que Platón no puede ser Adam; ni Adam, Platón.

La impotencia de un yo de ser otro yo es igual para todos y entre todos. La impotencia de que Dios, o un omnipotente, cree otro yo, además del que yo soy, es del mismo nivel de la impotencia de que Adam engendre a Caín o Abel.

Adam engendró a Caín en cuanto y porque Caín es uno de tantos hombres, aunque fue el primero que vino al mundo después de Adam. Adam, en cuanto Adam, no engendró a Caín en cuanto Caín, sino en cuanto hombre, en cuanto animal, ambos de igual especie: la de ani-

mal racional. El hijo de hombre es hombre, como el hijo de caballo es caballo...; mas el hijo de Adam no puede ser Adam.

Entre *qué es* hombre y *quién es* hombre no se interpone un abismo sin fondo, pues, en el fondo, están uniéndolos la especie y el género próximo o el remoto... y el remotísimo que es «ser». No hay discontinuidad absoluta entre *qué es* y *quién es*.

Se entromete un resalte. Sobre ese fondo o pantalla que es el *qué es* —la llamada «esencia»: género próximo y diferencia específica— resalta el *quién*: el individuo. Lo original, único, irreproducible. Hablando de *hombre*, resalta el yo. Cada yo.

Lo original resalta sobre lo común; lo único, sobre lo cualquiera; lo nuevo, frente a lo consuetudinario y rutina de que de hombre se engendre hombre; y todos sean, en cuanto hombres, uno cualquiera; frente a lo irreproducible o inengendrable —antes-ahora-después, por los siglos de los siglos y desde los siglos de los siglos— el venido por irrupción, de golpe, todo a la vez es el *yo*. *Cada yo*. Resalte es, pues, una especialísima relación entre dos extremos: *uno*, común, vulgar, rutinario, cualquiera, multitudinario: la especie; y otro extremo: yo, cada yo. Relación que, a la vez, une y desune. Sin vigilia, sin octava.

A la pregunta: «¿por qué (yo) soy hombre?» se responde «por que soy animal racional», y por animal se me engendra; mas a «por qué yo soy yo», se responde: «por que sí, porque es así, porque *yo*».

Al famoso y legendario rey Midas todo se le trocaba, se le convertía en oro. Al *yo*, a cada yo, todo lo que dice se le trueca en *universal*. Si yo digo *yo*, esto mismo dicen, han dicho y dirán todos los demás que sean yo.

La originalidad de yo, de serse yo, se da a conocer en ser inefable: no poder hablar de sí a la altura de sí mismo, en lenguaje único, nuevo, original, irrepetible e ininteligible para otros.

De otros yoes habla el yo con universales y con ese universal que es *yo*. Los otros son ser, sustancia, cuerpo... animal, racional y *yo*; mas no son *Yo*.

Y de *yo* —de mí— nadie puede hablar; y menos aún serlo, sino yo. Y nadie puede saber, con saber de realidad, lo que Yo soy «en cuanto yo».

Al Creador, más creador, todo lo que crea se le trueca en universal: en animal, cuerpo... rosal, hombre, agua..., pues yo, éste, son increables. Lo que es necesario para ser hombre —condición, causa para ser hombre— no es condición o causa suficiente para ser yo.

El *qué es* no es condición, causa, necesaria y *suficiente* para ser *Quién*, aunque sea, y esté siendo condición necesaria y aun necesarísima para ello. Hablar de sí mismo, de *mí*, de *yo*, no es tan sólo falta de modestia, de urbanidad; sino lo es de ontología; es imposible hablar de yo —yo, de sí mismo— sin decir vulgaridades, generalidades.

Mudez ontológica del yo, en cuanto yo; que resalta precisamente al pretender hablar *yo* de *mí*.

«No te preocupes, Dios, de que te digan: *mío, mi* Dios.»

No te preocupes, ni ocupes, *yo* de decir *mí*. Si te preguntan ¿quién es Ud.?, no respondas al impertinente —sea el que fuere— ni tan sólo con «yo soy el que soy»; «yo sé quién soy». Palabras universales.

Ni pretendas saber tú, a solas, quién eres tú. Los conceptos con que quieras definirte, explicarte, saber quién eres se te universalizarán —otro caso de Midas, más fino y menos proclive a economía de mercado. Dirás universales: soy *viviente*, soy *inteligente*, soy *corporal*, soy *creatura*, soy *ser*. Eso mismo piensan de sí todos los demás yoes, que tampoco tienen de peculio la palabra y concepto de *yo*. Ni yo la tengo.

«Yo» queda condenado por sí mismo a mudez verbal y conceptual. A modestia ontológica. A estreno privatísimo.

Todo esto —poco menos que indisimulablemente vulgar como lo anterior— se encaminaba, primero, a dar su valor a una sentencia del poeta-filósofo Schiller; y, después, a una afirmación propia del tema.

¿*Habló* el alma? —ya no es el *alma* la que habló.

(«Por el pico se pierde el ave.»)

«¿*Hablé* yo de mí? —ya no soy *yo* quien hablé.»

Y otro poeta-filósofo —en el mismo tono— lo sintió y dijo de sí, para escarmiento y lección pública:

Lo que soy cuando estoy siendo
es lo que veo más claro
y lo que menos entiendo.

(J. Bergamín.)

Y dicho sin gracia por J.D.G.B.

Lo que digo cuando de mí hablo
me parece lo más claro
y es lo que menos entiendo.

¿Cómo, pues, hablarse, entenderse, un quién con otro quién? Y, en superlativo: ¿Quién (Dios), con quién (yo, hombre)?

Coloquio de Quién con quién. De DIOS, cuando le da por o se pone a hablar y entenderse con *este* hombre, con *yo*: con un quién. Tema presente y urgente ya.

(§ 3.º)

Coloquio entre quién y quién: entre quiénes

Ayude en esta ocasión al filósofo un poeta-filosofante:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

(A. Machado.)

Y sin gracia y sin métrica, la continuación diría:

«Es ojo porque te ve»
y tú ves que te ve; y yo veo que me ves;
y por eso *os* veis
y veis que *nos* vemos.

Así, sin decir, ni haber dicho, ni tener que decirnos una sola palabra. Remodelamiento de la sentencia de Schiller.

¿*Nos* vemos, y vemos que *nos* vemos, tú y yo? Luego real y originalmente *Nos* vemos: de *quién* a *quién*.

Convengamos en entender y por llamar «cosa» a lo que dice el verso final del terceto:

La cosa que ves no es
cosa porque tú la veas.
Cosa es porque no te ve.

Cualquier realidad —número, figura, fórmula, cuerpo, alma, ley, dios, hombre, héroe, dios humanado, hombre endiosado...— es o está comportándose como «cosa», si mirándola una, dos veces... pertinazmente, «no te ve»; no responde a tu mirada. No responde o porque no puede o porque no quiere. El resultado es siempre que no *nos* vemos; que no podemos hacer Sociedad —ni tratarnos de quién a quién.

El *qué es* una realidad puede abarcar un tropel de cantidades y una tropa de calidades: figura, peso, calor, color... vida, muerte, poder, bondad, maldad, justicia, magnificencia, sabiduría, crueldad...; mas, si miradas, remiradas por un quién no corresponden a tal mirada, todo ello queda dentro del dominio de *qué es* —de esencia y atributos, sustancia y accidentes, potencia y acto. Y ante tal indiferencia, neutralidad o estolidez del *qué es*, el *quién* termina en retrotraerse a *«qué es»* —resulta *cosa*. El *quién* se cosifica por y al tratarse con *qué es* —con quéeses.

Si existió el Nos, tal Sociedad se disuelve por ponerse «un quién que veía que le veía otro quién» a no corresponder a la mirada de este quién. Le da a un quién la gana de retrotraerse a ser en sí para sí: a su qué es: a serse él mismo en sí mismo para sí mismo, a solas. Fórmula de Platón y de Plotino. Y pasa lo que con frase de J. de Mairena (Epigrama), adviene a Abel:

Pensando que no veía
porque Dios no lo miraba,
dijo Abel cuando moría:
Se acabó lo que se daba.

(A. Machado.)

Se acabó lo que se daba: la sociedad de co-videntes. O sociedad creada y sostenida por ver que nos vemos; que son quiénes quienes se ven y ven que se ven.

La mano que a ti se extiende
no es mano porque tú la tomes;
es mano porque ella te toma.
Y notas tú que ella te toma
y nota ella que tú la tomas;
os dais la mano; *os* saludáis.
Lo ál fuera contacto.

El brazo que te rodea
no es brazo porque te rodee;

es brazo porque te abraza.
Y tú notas que te abraza
y nota él que te abraza,
y no sólo que te rodea.
Así *os abrazáis*; y no os *rodeáis* de brazos.

Con tres ejemplos se ha puesto a prueba la paciencia del Lector; por ello se siente el Autor obligado a compensarla con una sutil y práctica distinción entre relaciones simples y relaciones añudadas. Relaciones entre *qué es* A y *qué es* B; y entre *quién es* (A) y *quién es* (B).

Previo a considerar: el originalísimo, único, tipo de relación entre *Quién es* Dios y *quién es* un hombre. Entre Dios y Abraham; Dios y Jacob...; Dios y *yo*.

Dios y Abraham *nos* hablamos. Se hablaron.

Dios y Jacob *nos* abrazamos. Se trabaron en lucha. Tema encentado en el párrafo siguiente.

¿Dios y yo *nos*...? Tema propio de la Cuarta parte.

Entre 1 y 2 rige, entre otras, la relación de mayor y menor, «1 es menor que 2» ($1 < 2$); y, por la misma, aunque inversa razón, «2 es mayor que 1» ($2 > 1$). Pero 1 ni se siente ni se resiente por ser menor que 2, que, a su vez, no se siente mayor que él y se lo hace sentir al 1, para así sentirse 2 mayor que 1.

Simplemente $1 < 2$; $2 > 1$

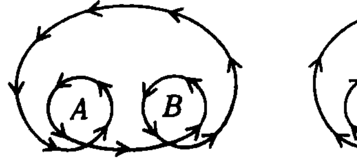
$$(1 \leftrightarrows 2)$$

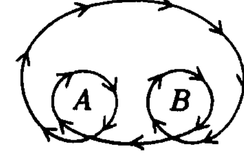
Pero «*el ojo que ves...*
es ojo porque te ve;
y ves que te ve y él ve que lo ves.
Y así os veis», quedan visualmente añudados, además de visualmente presentes.

Dicho en lenguaje gráfico, que es procedimiento bien actual. En vez de unión bilateral simple entre (a, b)

$$(a \leftrightarrows b),$$

relación directa e inversa simples, habría de escribirse en el caso de relación añudante, dibujarse,





A ve a *B* -y- *A* ve que *B* lo ve; lo está viendo. *B* ve a *A* -y- *B* ve que *A* lo está viendo.

Doble añudamiento entre *A* y *B*.

Sociedad: *Nos* vemos.
Nos abrazamos.
Nos hablamos.
Nos damos las manos.

Lógica relacional nueva, frente a la clásica formal, simbólica o matemática.

(§ 4.º)

Unos casos ejemplares de Sociedad entre Dios (Quién) y hombre (quién)

Coloquio de Dios y Abraham acerca de la destrucción de Sodoma y Gomorra.

Dijo Dios: «¿Cómo puedo yo ocultar a Abraham lo que voy a hacer, ya que voy a hacer de él pueblo grande y robustísimo y que en él serán bendecidas todas las naciones de la tierra? Sé que él mandará a sus hijos y a su casa que, después de él, guarden el camino de Dios y hagan juicio y justicia, para que así cumpla el Señor todo lo que a él le he hablado».

Dijo, pues, el Señor: «El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado y su pecado se ha agravado en demasía. Descenderé y veré si ese clamor que a mí ha llegado lo han cumplido de obra o si no es así. Y así lo sabré...».

Abraham estaba aún en presencia del Señor. Y acercándose a Él le dijo: «¿Destruirás al justo juntamente con el impío? Si hubiera en la ciudad cincuenta justos, ¿perecerán todos a la vez? Y ¿no perdonarás a tal lugar por mor de los cincuenta justos, si en él se hallaren? Lejos de Ti tal fechoría y que mates al justo a la una con el impío, resultando iguales justo e injusto. No es esto propio de Ti que juzgas a toda la tierra. En manera alguna ejecutarás tal juicio».

Y el Señor le dijo: «Si se hallaren en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo el lugar por mor de ellos».

Y respondiendo Abraham le dijo: «Ya que he comenzado una vez a hablar a mi Señor, a pesar de ser polvo y ceniza; y ¿qué si fueren cincuenta menos cinco, borrarás por cuarenta y cinco la ciudad entera?».

Y dijo el Señor: «No la borraré si hallare cuarenta y cinco».

Y una vez más dijo Abraham al Señor: «¿Y si se hallaren cuarenta, qué harás?».

Dijo: «No la castigaré, por mor de los cuarenta».

«Te suplico», dijo, «que no te indignes conmigo, Señor, si continúo hablando: ¿qué, si se hallaren treinta?».

Respondió: «No lo haré si se encuentran treinta».

«Ya que», dijo, «comencé una vez por hablar a mi Señor, ¿qué si allí se hallaren veinte?».

Dijo: «Por los veinte no mataré».

Dijo: «No os airéis, Señor, si hablo una vez más, ¿qué si se hallaren allí diez?».

Y dijo: «No borraré por los diez».

Fuese el Señor, en terminando que terminó de hablar con Abraham.

(*Génesis*, XVIII, 16-33.)

Coloquio entre Quiénes: Dios, el Señor, y Abraham.

La palabra que yo *te* digo
no es palabra porque *tú* la oigas;
es palabra porque *tú me* respondes.
Y oigo *yo* que *tú me* respondes
y oyes *tú* que *yo te* hablo.
Y tú y yo *nos* hablamos.

«Palabra» es un sonido que sale de *a* y llega a *b*; y *b* lo recibe a su manera, y lo rehecho de tal manera suya lo reemite a *a*.

Eco, modulado por *b*, de la emisión de *a*.

$(a \rightleftarrows b)$

Relación simple entre sonoros y resonantes.

Mas de tú a tú: con nombres propios: Jehová (Dios) y Abraham. Y para Abraham, Dios no es simplemente dios. Jehová no es simplemente Jehová. Sino es y se llama, «Adona*í*». Jehová es *mi* Señor. *Mío*: de Abraham, pues no hay señor que lo sea, en realidad de verdad, sin siervos; así que el Señor más señor es siervo de sus siervos. Abraham puede y ha de llamar, y tratar, al su Señor, cual siervo suyo: de Abraham. No ha, pues, de preocuparse Dios de que Abraham lo llame *mío*. El Señor no puede aguantarse las ganas de ser tratado como suyo, por su siervo.

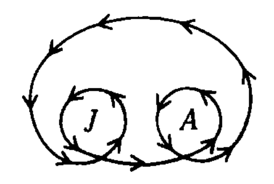
Señor es señor de siervos-y-siervo de sus siervos. Son éstos míos: a saber: del Señor para y por ser Señor. Señor añudado a siervo y añudado por obra de Señor, por darse a ser Señor.

Porque a Dios le dio la divina gana de ser Señor real de verdad de siervos que, para serlo de verdad han de serlo como señores de su necesitado Señor, el Señor más señor, y más que nadie El Señor (Adonaí), se añuda a sí mismo con ellos más que cualquier señor; y los siervos quedan añudados con El Señor más que con ningún otro señor. Los dos, ambos, El Señor y los siervos de El Señor se preocupan y ocupan en serse mutuamente *míos*. De originalísima manera *míos*.

«¿Cómo puedo ocultar a Abraham lo que voy a hacer?» Confiésalo Jehová como impotencia suya y por necesariamente añudado con Abraham. Necesidad consecuente a un golpe de gana divina. «Dios es el que él quiere ser»; y ha querido ser Señor de real manera en ese asunto de salvar o condenar a Sodoma y Gomorra. Y en el mismo asunto Abraham ha querido salvarlas.

Dios se hizo Señor (Adonaí), y por el mero hecho resultó siervo de Abraham, quien, al reconocer tal hecho, lo llamó y lo sintió ser Adona*í*: *mi* señor. Tenerlo apresado. Acto de Halcón.

Se cerró doblemente la relación. Se añudaron Jehová y Abraham. El Señor es *de* Abraham (*mi* Señor), dice Abraham; y Abraham es *de* Jehová (*mi* siervo), dice Jehová.



Quien sea, en realidad de verdad —y no palabrera, convencional, rutinaria y cobardemente— creyente, nada menos que en Dios, ¿no se atreverá a tratarse con Dios de tú a tú, de nombre a nombre, tratarlo de *mío*? ¿Tratarse los dos de *mío* en asuntos como la vida o muerte de ciudades enteras, de reinos, de imperios? Tomarle a Dios la palabra de Señor *mío*, y darle Dios la palabra de siervo *mío*. ¿Y regatear entre ambos la vida o muerte de ciudades, reinos, imperios, civilizaciones? Tal atrevimiento por parte de siervos, de creaturas, no es desacato; sino acatamiento del añudamiento entre Dios y hombre, partiendo de ese golpe de gana que a Dios le dio de ser, real y verdaderamente, Señor de siervos, Señor de creaturas.

Golpe de gana divina que no deja a Dios definitivamente preso, sino respecto del asunto del que le dio la gana de quedarlo y mientras le dio la gana.

«Fuese Dios, en terminando que terminó de hablar con Abraham.» Dejó de ser siervo de su siervo Abraham; y, por tal acto de desgana divina, se repuso de ser Señor de siervos y siervo de sus siervos; y revirtió, a serse en sí y para sí mismo, de haber sabido —y saber con saber de ser, con saber de experiencia— lo que es ser Señor-y-siervo. Y Abraham revirtió «a su lugar: a Mambré y a pariente de Lot».

Sociedad divino-humana cual «chispazo».

Quien sea, en realidad de verdad, creyente en Dios —creyente en que Dios es *su* (mío) Dios, creyente en que Dios no es, no puede sentirse real y verdaderamente Señor sin tener que tener siervos, creaturas que para ser y sentirse reales creaturas tienen que sentirse ser señores de su Señor—, ¿no se atreverá a tratar con Dios, con *su* Dios, del asunto de vida o muerte, temporal o eterna, suya? ¿No se atreverá a no tomar en vano eso de *mío*? ¿A tomarlo en serio, en real?

Quien no se atreva a ello no es real y verdaderamente creyente en Dios. Quien no lo intente, no cree, realmente, en Dios Señor de él y *creador* de él. Quien crea, realmente, que todo su ser es creatura, siervo íntegro, de Dios, puesto a ser Señor, ya tiene derecho-facultad real para arrancar él, ponerse él a tentar al Señor en si realmente es *mi* Señor y yo soy *su* siervo.

Que el Señor-Dios «afloje, pero no suelte; apriete, pero no ahogue» al *su* siervo: al su creatura, será entonces cuestión de hecho, de experimento, de forcejeo —cual lo fue a su manera el caso bíblico de «regateo verbal», con secuelas reales. Que si suelta y ahoga Dios, deja Dios de ser real y verdaderamente Señor. Y lo de Señor queda reducido a mera palabra.

Dios se puso, le dio la divina gana de ponerse, a forcejeo real con una creatura: *Jacob*.

Leamos y meditemos el relato —¿historia, leyenda, mito, fábula bíblica? Jacob «quedóse solo»...

> ...Y he aquí que Varón luchaba con él hasta la mañana. Quien viendo que no podía vencerlo tocóle el nervio de su fémur, que inmediatamente se marchitó.
>
> Y le dijo: «Suéltame que ya se levanta la aurora».
>
> Respondió: «No te soltaré si no me bendijeres».
>
> Dijo, pues: «¿Cuál es tu nombre?».
>
> Respondió: «Jacob».

A lo cual Aquel dijo: «No será tu nombre "Jacob", sino "Israel". Porque si contra Dios fuiste fuerte, ¿cuánto más prevalecerás contra hombres?».

Le preguntó Jacob: «Dime ¿con qué nombre se te llama?».

Respondió: «¿Por qué inquieres por mi nombre?».

Y lo bendijo allí mismo.

Y Jacob dio a aquel lugar el nombre de Fanuel, diciendo: Vi a Dios cara a cara, y mi alma se salvó.

(*Génesis*, XXXII, 24-36.)

A Dios le dio la divina gana de ponerse a ser Varón, y luchar a brazo partido con Jacob.

El brazo que a Dios rodea
no es brazo porque Lo rodee;
es brazo porque Lo abraza.
Y nota que Lo abraza
y Dios se nota abrazado,
y no tan sólo rodeado de brazos.
Y así están Dios y Jacob abrazados.

Al ser que puede ser, hacerse, lo que le dé su gana o su querer, le dio por ser y hacerse y hacer de Varón —de Hombre, *ish*— y de Varón luchador, para saber, por experiencia, de su poder de luchar con y contra hombres. Así toda una noche. Lucha a oscuras; invisibles mutuamente los luchadores. Nota Varón, Dios, que, a las buenas y a oscuras, no podía vencer a un hombre: a Jacob. Y propinóle, diríamos ahora, un golpe bajo: tocóle el nervio del fémur. Y se le marchitó a Jacob su fuerza. Varón notó que luchaba con varón-hombre, y no con fiera. Y varón-hombre notó que luchaba con Varón, y no con fiera. Se reconocieron en la lucha y por la lucha; añudados en abrazo. Varón percibió, aprendió, que no puede, a oscuras —«En una noche oscura»— vencer a hombre que se aferre a ser hombre. Y el hombre notó, percibió y aprendió que puede toda una noche resistir: no ser vencido; mas no poder vencer a Varón que no quiera revelar *Quién* es.

«Suéltame» —dijo Varón— «que se levanta la aurora». Jacob, que había notado, a golpes y por el tipo y grado de golpes, que no podía vencer, y que Varón no quería luchar a plena luz, cedió de una resistencia no convertible en victoria; y rompió a hablar, a responder de semejante manera: «Te soltaré si me bendijeres».

Preguntó, pues, Varón: «¿Cuál es tu nombre?». «Jacob.» «Y ¿cuál es el nombre con que te he de llamar?», díjole Jacob. «¿Por qué quieres sa-

berlo?», dice Varón. Y sin decírselo, bendijo Varón-hombre a varón-hombre. Y cambióle de nombre en premio de soltarlo. «No será tu nombre "Jacob", sino "Israel", porque si contra Dios (Elohim) fuiste fuerte, ¿cuánto más prevalecerás contra hombres?» Y cambió Jacob, ya Israel, el nombre del lugar. Se llamará «Fanuel», porque en él «vi a Dios» cara a cara. Y salvé mi alma, la vida —que quienes ven a Dios cara a cara, mueren.

Isra-*el*

Fanu-*el*

El-ohim. Jacob no puede ver a Dios, *El*-ohim, cara a cara —sin morir. Mas Isra*el* puede verlo cara a cara, sin morir.

Lugar en-*dios*-ado; varón, hombre, en-*dios*-ado. Resultado de luchar una noche entera «a oscuras de potencias y sentidos» ávidos de ver a plena luz quiénes luchan: Quién lucha con quién.

Resultado, premio, de «en-*dios*-amiento». Dado por Dios —por El-ohim. La noche podrá durar dieciséis, veinte años, media hora. Si el creyente, en realidad de verdad lo es, y aguanta luchar con Varón que agarra en firme y pega en duro, sin revelar ni decir quién es —aunque crea el creyente *que es Él*, sin verlo, sin hablarse— el luchador, el hombre, sale en-*dios*-ado, divinizado. Y no se llamará Teresa de Cepeda y Ahumada, sino «Teresa de Jesús». Santa en-*dios*-ada. Y no se llamará Juan de Yépez, sino «Juan de la Cruz», santo en-*dios*-ado.

> Acaecióme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas, y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible. Dejar de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro haber entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia. Yo no lo podía creer, porque, como digo, parecíame estar presente ... Y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer.
>
> (Teresa de Jesús, *Obras completas*, ed. Silverio, 1930, p. 120.)

«Yo tengo grandísima experiencia de ello, y sé que es verdad» (*ibíd.*, p. 73); «no diré cosa que no haya experimentado mucho» (*ibíd.*, p. 117); «Eso es así, y quien tuviere experiencia verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho» (*ibíd.*, p. 177); «En muchos casos lo he experimentado. No ha querido el Señor darme a entender cómo» (*ibíd.*, p. 200, *et alibi*); «Pensad lo que quisiereis, ello es verdad lo que he dicho» (*ibíd.*, p. 659).

Teresa de Jesús era auténtica creyente en Dios, en un Dios tal cual lo sintió fray Francisco: «siendo Él lo que él se quiere ser».

Dios puede estar siendo en todo por «esencia, presencia y potencia». Pero a Él, y sólo a Él, puede darle la gana de estar solamente por «presencia»: serse íntegramente todo y sólo «presencia»: mera, toda y sola «realidad», «existencia»; dándose a sentir que *hay*, así en bloque de realidad. O como dice Teresa de Jesús, salida del sentir tal realidad o realidad en bloque: «Digamos ser la divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo» (*ibíd.*, p. 332).

Y al darle a Dios la gana, bien divina y sólo divina, de estar siendo *sólo y todo* «presencia» —sólo y todo «existencia»: ser «hay»— deja de serse todo por «esencia» —delatadora del *qué es*— y deja de serse un todo por «potencia» —manifestadora de su poder de hacer de lo demás lo que le dé su divina gana: milagros. Todo «presencia»; y no «todo ojos», «todo oídos», «todo pensamiento» (Jenófanes). Y está siendo «lo que quiere ser» (Plotino) y está siendo «lo que él se quiere» (fray Francisco).

Creer es, pues, sentir una realidad presente como realidad, sin presencia ni de esencia ni de potencia.

Y una cosa se pone, o está puesta, a ser creída, si se pone a serse real, reabsorbidas, transformadas, transustanciadas en *realidad* esencia y potencia. O como dice el poeta-filosofante:

Dios es *estando*
porque esenciando.
Dios está *siendo*
porque existiendo.
¿Dios está o es?,
pregunta alguno
(que es cada uno).
Dios al envés.
Dios al revés.

(J. Bergamín.)

Cuando a Dios le da por ponerse a ser —a *es*, a ser todo, totalmente *es*— está siendo «esencia»: *qué es* —inteligencia infinita, sabiduría infinita, inmensidad o infinidad espacial, omnidistendida; eternidad, o infinidad duracional... Mas no queda preso, apresado, por «esencia». Serse esenciadamente es «Dios al envés». Puede darle la gana, únicamente divina, de ponerse a ser total, íntegro, sin reservas, *existencia*: el Gran HAY. Realidad puesta a serse realidad. Y en tal trance es «Dios al revés» —al revés de lo que la mente humana, por de pronto, querría, por querencia natural de inteligencia, ver entender, hablar de...

Prescindamos una vez más de que haya sido el caso divino-humano el referido, experimentado, por Teresa de Jesús.

Y afirmemos: en el caso de darse tal clase de experiencias de una cosa (de un ser) puesto a ser tal: todo lo suyo en estado de «realidad», de mera existencia, de impresionante *Hay*, fuera tal experiencia sentible y descriptible cual la de Teresa de Jesús.

Experiencia de *Hay*, de que *Hay Dios* o Dios en estado de *Hay*, que puede repetirse en cada uno, a la gana de Dios que entonces está siendo Dios porque está *existiendo*. Porque le dio por existir.

Que dios está siendo dios «existiendo», que Dios «existe», no es, pues, demostrable, pues no está siendo esencialmente nada. Está siendo pura presencia de Realidad a realidad. Presentes ambos —Dios y Teresa— en estado de reales, de entidad total en estado de «bloque», de «diamante».

Quien no se tenga por, o no se crea, capaz de tal experiencia, no es creyente, por más que repita devocionalmente, sinceramente, un *Credo*.

A todo creyente —refundida su entidad (esencia y existencia, potencia y actos) en masa total, en realidad— le sobran intermediarios e intermedios entre él, en la su realidad, y la Realidad. Realidad y realidad se tratan por contacto. No mediante o de medianeros inteligencia, vista, oído, voluntad, imaginación... Y a fortiori le salen sobrando, despedidas sin consideraciones, otras entidades, puestas aún, con o sin remedio, hechas de esencia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidentes, materia-forma, mente-lengua, manos-poder.

A todo *Creo* le sobran, por falsificadoras, todas las palabras que siguen a «Creo en Dios».

Estudiemos —creyendo o no— un tercer caso de trato de Quién a quién: de Dios a Moisés.

> Hablaba Dios [Jehová] a Moisés cara a cara, cual suele hablar un hombre con su amigo ... Dijo, pues, Moisés a Dios: «Mandas que saque a este pueblo, y no me indicas a quién has de enviar conmigo, sobre todo porque dijiste: "Te conocí por tu nombre y hallaste gracia ante mí". Si, pues, hallé gracia en tu presencia, muéstrame tu cara, para que sepa y halle gracia a tus ojos; mira a este pueblo y gente que es tuya».
>
> Y dijo Dios: «Mi cara te precederá y te tranquilizarás».
>
> Y dijo Moisés: «Si no nos precedes tú mismo, no nos saques de este lugar. ¿En qué podremos saber yo y tu pueblo que hemos hallado gracia en tu presencia, si no vas con nosotros para que nos glorifiquen todos los pueblos que habitan sobre la tierra?».

Dijo a su vez Dios a Moisés: «Ejecutaré la palabra, precisamente la que dijiste: que hallaste gracia ante Mí y te conocí de nombre».

Quién dijo: «Muéstrame tu gloria».

Respondió: «Yo te mostraré todo lo que es bueno para ti; y por mi nombre de Dios, y ante ti, te daré mi palabra. Y me compadeceré de quien quiera y seré clemente para quien me placiere». Y habló una vez más diciendo: «No podrás ver mi faz; que hombre no puede verme, sin morir». Y una vez más habló diciendo: «Mío es este lugar. Fíjate. Tú ponte en la piedra. Cuando pasare mi gloria, te pondré en un agujero de ella y te protegeré con mi diestra hasta que haya pasado. Levantaré mi mano y verásme lo de detrás, pero no podrás verme la faz».

(*Éxodo*, XXX, III, 11-23.)

Muy distintas cosas, y actitudes, son «hablarse cara a cara» y «mirarse a la cara» cara a cara, y «hablarse mirándose las caras».

No puede hombre mirar a la cara de Dios, sin morir. Mas puede verla, sin insistentemente, casi insultantemente mirarla. Verla y no morir. Para que Moisés no caiga en la natural curiosidad e impertinencia de mirar a Dios —de mirarlo a la cara, a la faz—, Dios lo confinará a un agujero, y además pondrá Dios su mano para que no mire; y así sólo Lo vea por detrás.

Siglos, y aun milenios más tarde, un poeta filosofante —Hölderlin— dirá o cantará:

Tarde llegamos, amigos, y ¡tan tarde!
Cierto que viven los dioses.
Sí, sobre nuestras cabezas, allá arriba,
en otro mundo, en acción eterna.
Y, en apariencia, despreocupados de si vivimos.
¡Tanto cuidado ponen los Celestes en no herirnos!
Frágil vasija no pudiera de continuo contenerlos
que, sólo de tiempo en tiempo, soporta el hombre
el colmo divino.

(*Pan y Vino*, IV, 123 ss.)

Todo genuinamente creyente, cual Moisés, está expuesto a que Dios se deje ver, y no mirar; a que Le vean la cara, y no la faz; a que vean su gloria por detrás, y no cara a cara, por delante. Se sentirá el genuinamente creyente morir de ganas de ver y mirar a Dios, a *su* Dios: de él y de su pueblo.

«Entonces entendí que bien me podía consolar y estar cierta que estaba en gracia» —haber caído a Dios en gracia; y Dios saber su nom-

bre (Teresa) (*o.c.*, p. 265). Saberse, con saber inmediato, el de contacto de realidad con Realidad, que Dios ve y mira al creyente; mas el creyente puede verlo sin poder mirarlo. Que Dios, que es «lo que él se quiere ser» (Jenófanes, Plotino, fray Francisco, fray Juan de la Cruz) puede dejarse ver, y no dejarse mirar. Quien no *crea* que tal trato de Dios con él es posible, no es creyente. Quien no *crea* que, por ser creyente y para serlo, está expuesto a tal tipo de experiencia, no es *creyente* en realidad de verdad.

Puede, cual Moisés, pedir a Dios que le muestre su faz, su cara, su gloria. Y es natural petición. Sabe, con saber inmediato de contacto mutuo, que ha caído en gracia a Dios: que está en gracia; y, no obstante, sabe que no ha apresado a Dios; que creyente no es Halcón; que no es Tempestad sentimental tan poderosa que irrumpa en Dios y pueda mirarlo cara a cara, cual viento que en rostro da; y que creyente, que se sabe en gracia, prorrumpa en Cántico en-cantador, dirigido a Dios:

Juntáis quien no tiene ser
con el ser que no se acaba.
Sin acabar acabáis.
Sin tener que amar amáis.
Engrandecéis nuestra nada.

O bien:

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me lo has robado,
¿por qué así lo dejaste
y no tomas el robo que robaste?

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

* * *

Según la ley de gravitación universal —formulada por Newton matemáticamente y aprovechada por todos, desde el origen del mun-

do, hace tal vez diez mil millones de años—, todos los cuerpos se atraen no por lo que tienen y ostentan de especie, género, figura, dotes —cual las de viviente, planta, animal, hombre... o las de color, sabor... Luna y manzana, Luna y Tierra, Sol y Neptuno— sino por lo que tienen de «masa»: de realidad condensada, apelmazada por homogénea, delatable mediblemente, neutralmente, en balanza o en aparatos de Cavendish, Eötvös...

«Realidad» es ser que esté siendo «masa»; «realidad» es lo que un ser, determinado por género, especie, esté teniendo de «masa».

Realidad y realidad son ser «amasado»: ser en estado de masa. Realidad y realidad se atraen, se están atrayendo, tanto más y *mejor* que masa de Sol y masa de Luna, que masa de Luna y masa de manzana.

Pero Sol, Luna, manzana... son necesariamente, por necesidad mutua, «masa» —mayor o menor; mas, en cuanto masa, iguales, homogéneas.

Empero a Dios que «puede ser lo que Él se quiera ser» —fray Francisco, Plotino, Jenófanes...— le puede dar la gana, divina, de serse Realidad. Mas reabsorbidas, supertransustanciadas, sin resto, inteligencia, sabiduría, bondad, poder, inmensidad, eternidad, simplicidad, justicia...; y en tal caso o acaecimiento, atrae Él lo que de masa, de realidad, estén teniendo los demás entes —entre ellos, el hombre.

El creyente, genuinamente tal, sinceramente tal, valientemente ha de creer que está expuesto a tal desmesurada atracción entre (Dios) *Realidad* y (él) realidad.

Un poeta creyente en Dios como Hölderlin, puede decir:

Derecho es nuestro, de los poetas, de nosotros los poetas,
bajo las tormentas de Dios afincarnos, desnudas las cabezas;
para así con nuestras manos, con nuestras propias manos
robar al Padre sus rayos;
robárnoslo a Él mismo;
y, envuelto en cantos,
entregarlo al pueblo, cual celeste regalo.

Poeta en funciones de Abraham; y, los dos, pararrayos de la ira divina, tan merecida entonces y ahora.

Ser poeta en firme, por vocación, ¿no será preparación adecuada, aunque insuficiente, para creer en Dios y ser medianero entre Él y los hombres?

Hölderlin: Halcón, Tempestad, Gran Cántico.

Regateo de realidades —Dios y Abraham.
Abrazo de Realidad y realidad —Dios y Jacob.
Ser visto y no dejarse mirar —Dios y Moisés.

(No hace falta, aunque sí conveniencia, advertir que estas finales consideraciones —filosóficas, teológicas— son hilos sueltos a entretejer con otros posteriores en madeja, tapiz —¿o revoltijo?)

SEGUNDA PARTE

Qué es dios -y- *Quién es* Dios

(Para y según crédulos e incrédulos)

(§ 1.º)

Dios como hipótesis de trabajo y de beneficencia

Doy la palabra a literato filosofante: a Antonio Machado.

> ... oiga usted, amigo Tórtolez, lo que contaba [Abel Martín] de un confitero andaluz, muy descreído, a quien quiso convertir un filósofo pragmatista a la religión de sus mayores.
>
> —De los mayores ¿de quién, amigo Mairena? Porque ese *sus* es algo anfibólico.
>
> —De los mayores del filósofo pragmatista, probablemente. Pero escuche lo que decía el filósofo: «Si usted creyera en Dios, en un Juez Supremo que había de pedirle a usted cuentas de sus actos, haría usted unos confites mucho mejores que esos que usted vende, y los daría usted más baratos, y ganaría usted mucho dinero, porque aumentaría usted considerablemente su clientela. Le conviene a usted creer en Dios». «¿Pero Dios existe, señor doctor?» —preguntó el confitero—. «Eso es cuestión baladí —replicó el filósofo—. Lo importante es que usted crea en Dios.» «Pero ¿y si no puedo?» —volvió a preguntar el confitero—. «Tampoco eso tiene demasiada importancia. Basta con que usted quiera creer. Porque de ese modo, una de tres: o usted acaba por creer, o por creer que cree, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo, o, en último caso, trabaja usted en sus confituras como si creyera. Y siempre vendrá a resultar que usted mejora el género que vende, en beneficio de su clientela y en el suyo propio.»
>
> El confitero —contaba mi maestro— no fue del todo insensible a las razones del filósofo. «Vuelva usted por aquí —le dijo— dentro de unos días.»
>
> Cuando volvió el filósofo encontró cambiada la muestra del confi-

tero, que rezaba así: «Confitería de Ángel Martínez, proveedor de Su Divina Majestad».

—Está bien. Pero conviene saber, amigo Mairena, si la calidad de los confites...

—La calidad de los confites, en efecto, no había mejorado. Pero, lo que decía el confitero a su amigo el filósofo: «Lo importante es que usted crea que ha mejorado, o quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted se coma esos confites y me los pague como si lo creyera».

Creer en Dios; *creer que se cree* en Dios. Obrar *como si* uno creyera en Dios. De distinguirse de Dios, al y por *creer* en Dios, a distinguirse de Él, en primer grado, por *creer que se cree* en Dios; y distanciarse máximamente de Él, por obrar *como si se creyera* en Él.

Tal proceso —y sus grados de decadencia: distinción y distancia de Dios— es real, individual y socialmente. Lo veremos o diremos inmediatamente —aunque el Lector lo habrá advertido y confirmado en sí mismo en la evolución de su fe y conducta o en la sociedad que lo rodea y profesa solemnemente religión y a veces por «Constitución nacional».

Mas el proceso inverso merece ser discutido. Comenzar por obrar *como si* se creyera en Dios ¿puede llevar a creer que se cree en Dios y terminar creyendo en Él?

Recordemos a quien dijo: «comienza por tomar agua bendita, y terminarás creyendo» en Dios.

Lo dijo, aunque parezca mentira o imposible, Pascal. Pero Pascal, el gran Pascal —grande y grandísimo en tantos y tan grandes dominios: desde el físico y matemático al escriptural o dogmático— fue realmente —en unidad admirable y prodigiosa de persona— «Halcón, Tempestad y gran Cántico», «girando más y más años al derredor de Dios»: del Dios cristiano y de Dios en Cristo. Y terminó, cual Rilke, no sabiendo, de buen creíble y creído saber, si era Halcón, Tempestad o gran Cántico. Él, Pascal, no comenzó por estar siendo, desde nacimiento, incrédulo o no creyente (en Dios); se halló siendo creyente en Él; y con los años se notó creyendo que creía en Él; creencia confirmada por conciencia de creencia —¡él, tan anticartesiano de palabra y pensamiento, mas cartesiano de obra! No comenzó, de incrédulo, por tomar agua bendita. La tomó creyente ya.

Comenzó creyendo en Dios; se confirmó en tal creencia por creer que creía en Él, por sentirse ser creyente. Y continuó y terminó por obrar según tal creencia. Nada de *como si*.

Fue creyente en Dios de pensamiento, palabra y obra.

Descartes, su casi coetáneo, fue real y verdaderamente ateo e incrédulo. Por convención social, punto del que se hablará inmediatamente, se comportó cual creyente. Obró *como si* fuera creyente en Dios.

Mas no llegó a creer que creyera en Dios; y mucho menos, a creer en Dios. Jamás lo dijo, ni aun tratando de demostrar que había Dios. Se lo tuvo que intentar demostrar. Intento sospechoso en un filósofo.

Pascal pudiera haberle aconsejado, si no persuadido, de que «tomara agua bendita», para llegar a *creer* en Dios: para llegar a ser *teólogo,* culminación de todo físico, matemático, filósofo *creyente,* cual Pascal mismo.

Pongámonos Autor y Lector por unos momentos, a lo largo de unas líneas, en la actitud del «confitero» andaluz y del filósofo pragmatista, su predicador. Lo cual nos ayudará a tomar conciencia de si en la dosis de creencia en Dios, en nuestras obras religiosas, sociales, políticas, económicas, científicas, morales... resuena o predomina «*como si* creyéramos que hay Dios».

Son maneras de comenzar «tomando agua bendita», entre otras, la de comenzar por ser bautizado por otro, so pretexto de «infantilismo» o de «minoría» irremediable de edad. Hacer que alguien «tome agua bendita» para bautismo, convencidos los bautizantes de que a continuación terminará el bautizado creyendo en Dios y obrando no *como si,* sino *según* tal creencia en Dios. En creyente.

La experiencia muestra, con estadística desconsoladora para bautizados de menores, que haber comenzado por «hacerle tomar agua bendita» sacramentada, conduce tal vez con los años a creer «*como si*» hubiera Dios. Y no conduce a mejorar ninguna clase de obras —sociales, económicas, políticas, morales... ni religiosas.

El así creyente, el de *como si,* pudiera decir a sus bautizantes, bendicientes de Bancos, de obras públicas, de armas y ejércitos, de cruzadas y gobiernos, lo del confitero «proveedor de Su Divina Majestad»: «Lo importante para usted: autoridades religiosas, Bancos, empresas y políticas *creyentes,* es que usted crea que han mejorado las obras o quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted —Excmo., Emmo., Honorable, Alteza, Primado, Papa, Patriarca...— acepte tales obras y las pague *cual si* fueran obras verdaderas de verdadero "creyente en Dios"».

Los inspiradores de la construcción de «las grandes Catedrales, grandes de mole y masa» —aceptemos con no exagerada benevolencia— eran creyentes en Dios; mas arquitectos y maestros de tales

obras «creían que creían en Dios»; y los albañiles y peones obraban *«como si»* creyeran en Dios.

Quien creyendo en Dios toma agua bendita corre el peligro de que por tomar agua bendita crea en Dios.

Peligro de las obras buenas externas. De bautismo a máquina de rezar: rosario católico o tibetano. Peligro para la fe: la de creyentes. Hacer de creyentes crédulos. Y en vez de creer, «credulear». Y contar por creyentes el número de «crédulos».

«Donde se hallaren dos o tres, reunidos en mi nombre» —dijo Jesús— «allí estoy yo en medio de ellos». En ningún orden, comenzando por el físico, tres es lo mismo, en efectos y manera de ser, que trescientos, tres mil, tres millones, tres centenares de millones, tres mil millones...

Donde rige el *como si* hubiera Dios, puede llegar a haber trescientos cincuenta millones de «crédulos»; y crédulos produce tal *como si*. Mas el número de *creyentes* en Dios no podrá ser mucho mayor que el indicado por Jesús: «dos o tres reunidos en mi nombre».

De crédulo a incrédulo hay un solo paso.

Lo importante y peligroso —diríamos abundando en el criterio del confitero de su Majestad divina— se resume y concentra en que uno crea que «cree en Dios» porque hace obras, para hacer las cuales basta con creer *como si* fueran obras de creencia.

Las obras externas —sean catedrales, bienes cualesquiera y servicios— terminan convirtiendo a creyentes en crédulos. Tanto que se haya comenzado por tomar agua bendita como que se termine tomándola.

El Dios del «como si hubiera Dios» no es el Dios del creyente. Es «Señor Dios de los ejércitos» —así en Isaías (XX, 15; XXV, 6; XXVII, 29); Jeremías (V, 14; VI, 6-9; 43, 7-11; 50, 18; 51, 53); Sofonías (II, 10); Ageo (I, 9; II, 12); Zacarías (I, 3-5; XII, 17; s, 8, 3, 7, 7-10, 4, 6 *et pássim*, hasta el final); Malaquías (I, 6 y hasta el final). Así en el Antiguo Testamento. Y revierte a serlo en tantas guerras religiosas en el Nuevo Testamento, a partir de Constantino.

Y lo es en nuestros días.

El Dios de los que obran *«como si»* hubiera Dios es el Dios «fiador» de la solvencia de los Bancos bendecidos, de la servicialidad de las obras públicas bendecidas, inauguradas religiosamente, de la seguridad consagrada de los gobernantes, de la confiabilidad de las monedas y dinero —*«In God we trust»*, «por la gracia de Dios».

No importa el que Bancos, obras públicas, gobiernos, monedas y dinero no hayan mejorado de calidad, respecto de los fundados y diri-

gidos y hechos por incrédulos o por creyentes natos. Lo importante es que ciertos creyentes que creen en Dios o que creen que creen en Dios acepten tales obras y las paguen como si hubieran sido hechas por «creyentes» creyentes. E interpreten las estadísticas de «crédulos» cual si fuesen de «creyentes». Y las hagan valer realmente en política, economía, sociedad, cual hacía valer el confitero de su divina Majestad sus sencillos y dulces productos a quienes los tomaban *como si* hubiesen mejorado. Por «*como si* hubiesen sido hechos creyendo en Dios».

Nos queda, Autor y Lector, la cuestión a responder: ¿cuál es la dosis que nuestra —supuesta— creencia en Dios, en «Quién es» Dios, tiene de *como si* creyésemos en Dios por tomar agua bendita —por obras externas?

(§ 2.º)

Dios cual comodín

Entendamos por «comodín» una carta que, convencionalmente, sirve para completar una mano de juego imperfecta. Y ganar una partida.

En punto al *juego causal*, la mano que nos ha tocado, está imperfecta: dado un efecto, ¿cuál es su causa?; y si esta causa, *A*, es, a su vez, efecto de otra, *B*; y si *B* lo es de otra, *C*... ¿cuándo se completará la mano y llegaremos a una causa primera (*A*) o a un efecto final (*E*)? O por cansancio o por ignorancia, decimos, díceselo más de un creyente y muchos más de «crédulos»: «sólo Dios lo sabe», «válgame Dios», «Dios lo haga», «a la mano de Dios», «amanecerá Dios y medraremos»...

Dios, el comodín de un imperfecto juego causal. A los dos o a los tres pasos: de efecto (e_1) a causa (a_1) de (e_1); y de causa (a_1) que es efecto (e_2) de causa (a_2); de causa (a_2) que es efecto (e_3), a su vez, de causa (a_4)... entrometen tantos y tantos creyentes y crédulos el «comodín»: «Dios es la primera causa», «Dios es el primer motor».

En punto a juego de causa final, correlación de medios a fin, está nuestra mano imperfecta: dado un Fin (f_1), ¿qué medios (m_1) serán los adecuados para conseguirlo? Para alcanzar f_1 vale m_1; mas resulta que f_1 es fin intermedio; así que es medio (m_2) para otro fin, f_2; y a su vez nos hallamos con que f_2 nos remite, por ser fin secundario, a otro fin superior f_3, respecto del cual f_2 es sólo medio (m_3)...

Cansados, impacientes, ignorantes, sacamos el comodín siempre

disponible para creyentes y crédulos «gracias a Dios», «por amor de Dios», «Dios delante y sea lo que Dios quiera», «Dios lo haga como puede», «andad con Dios»...

Y para cadenas de deudas, molestas de pagar, «Dios se lo pague». Y para evitar efectos de causa que hemos puesto: «no lo permita Dios», «líbrenos Dios», «válgame Dios»...

Y para que la mano de juego «cognoscitivo» imperfecta no nos fuerce —a la pereza, a la curiosidad, al estudio— a buscar o poner a una secuela sus premisas; a éstas, sus principios; a éstos, sus axiomas... está disponible a tantos creyentes y crédulos el comodín «sólo Dios sabe», «justos juicios de Dios», «Dios me entiende», «Dios sabe la verdad de todo»...

Y «aquí de Dios y de Rey», «vive Dios», «sea por Dios», «santo Dios», «pecador yo fui a Dios», «a mayor gloria de Dios», «en nombre de Dios», «sea lo que Dios quiera»...

Frases éstas, entre otras muchas —positivas y negativas: blasfemias...— castizas, clásicas y usadas en otras épocas por hombres más creyentes que crédulos, para los cuales —Teresa de Jesús, Cervantes— «Dios» era *comodín verbal respetuoso*, pues se reconocía y daba por reconocida su existencia, su presencia, potencia, prudencia reales y constantes.

Ahora, con millones y centenares de millones de crédulos, crédulos más que creyentes, apenas si usan crédulos y creyentes más frases que el «a-diós» —y el «gracias a Dios». En otros tiempos el irrespetuoso las reconocía, para tomar en serio lo que en serio decía.

Recordemos al poeta, antes de pasar a aspectos más profundos del tema:

> La blasfemia forma parte de la religión popular. Desconfiad de un pueblo donde no se blasfema: lo popular allí es el ateísmo. Prohibir la blasfemia con leyes punitivas, más o menos severas, es envenenar el corazón del pueblo, obligándole a ser insincero en su diálogo con la divinidad. Dios, que lee en los corazones, ¿se dejará engañar?
>
> *Hay blasfemia que se calla*
> *o se trueca en oración;*
> *hay otra que escupe al cielo*
> *y es la que perdona Dios.*
>
> (A. Machado.)

En todo caso recordemos lo de otro poeta:

Si existe un pueblo que no blasfeme, es señal que ese pueblo no tuvo jamás una viva y robusta fe en Dios"

No te preocupe, Dios, el que te llamen mío.

(Rilke.)

(No te preocupe, Dios, el que te usen de comodín.)

Igual que el ballestero
tahúr de la cantiga,
tuviera una saeta el hombre ibero
para el Señor que apedreó la espiga
y malogró los frutos otoñales,
y un «gloria a ti» para el Señor que grana
centenos y trigales
que el pan bendito le darán mañana.

(A. Machado.)

En el orden vital, jurídico, moral y social el atentado es categoría reconocida y real. Atentado real reducido a inofensivo gesto. Saeta disparada a inofendible blanco.

Hacer de Dios blanco de *comodín verbal respetuoso* o irrespetuoso —en el fondo, irrespetuoso siempre y siempre inofensivo— no puede pasar de «atentado verbal conceptual», frustrado y necesariamente frustrado. ¿Ridículas bravatas? ¿Desahogos excusables de finitud impuesta?

Tales, las del condestable Álvaro de Luna.

Si Dios, nuestro Salvador,
oviese de tomar amiga,
fuera mi competidor.
Aun se m'antoxa, Señor,
si esta toma tomaras,
que justas e quebrar varas
ficiera por su amor.
Si fueras mantenedor,
contigo me las pegara
e non te alzara la vara
por ser mi competidor.

Consideremos otros tipos de comodín: de Dios tratado de comodín. «Hay comodines que se callan

y se truecan...» en comodín teológico, filosófico, moral, social, jurídico, científico...

«Jesús, hijo legal de José; éste, real, de Helí; éste, real, de **Matzat**;

éste, real, de Leví...; éste, real, de Enós; éste, real, de Seth; éste, real de Adam; éste, real de *Dios*» (Genealogía de Jesús, según el evangelio de Lucas). Al cabo de 54 generaciones se llega a *Dios.*

Dios de comodín filogenético y teológico.

Mas todo eso de «Adam, hijo real de... Pitecántropo, hijo real de vertebrado mamífero, primate; hijos reales de... RNA, DNA, aminoácidos; hijos reales de... O, H, C, Fe..., hijos reales de protones, electrones..., hijos reales de explosión de un superátomo, supercondensado», resultaría para el creyente «cuento contado por locos, con locura de sabiduría evolucionista y cosmogenética»; «cuento resonante a matemáticas» —sin sentido teológico. Pero según sabios en genética: biogenética, zoogenética, antropogenética, eso de que «Adam es hijo real de Dios» resultaría comodín en favor de comodidad de crédulos. Usar de comodín a Dios —al nombre de Dios.

Dios de comodín biogenético y antropogenético.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra», en seis días, según el capítulo primero del *Génesis*; mas en uno, según el segundo. Comodín cosmológico y cosmogenético que, de ser verdad y tomarlo en verdad los creyentes, reduciría toda la cosmogonía actual —físico-matemática, observable y experimentable— a cuento contado por engreídos sabios, resonante a matemáticas y a traqueteo de telescopios, radiotelescopios, contadores Geiger...

Dios, creador. Otro caso de tomar a Dios cual comodín: ahora *cosmogónico* (cfr. Apéndice H).

En caso, históricamente falso, de haber dominado el mundo tales creyentes, no hubiesen podido surgir —sino a lo más, cual tentación del demonio, hipótesis de trabajo o novela científica, *science fiction*— la cosmología atomística, nucleónica actuales.

Ignorarlas —aunque aprovechar de hecho sus leyes, sus mismas leyes, físico-matemáticas, para telefonía, televisión, viajes en avión...— es comodidad para creyentes, a costa de rebajar a Dios, a su Dios, al nivel de *comodín cosmológico* (cfr. Apéndice G).

> Dijo Dios: «Sea éste el signo de alianza entre mí y vosotros [Noé y sus hijos] y toda alma viviente que perdure con vosotros durante sempiternas generaciones. Pondré mi arco en las nubes y será signo de la alianza entre mí y la tierra. Y cuando cubra de nubes el cielo aparecerá mi arco en las nubes; y me recordaré de la mi alianza con vosotros y con toda alma viviente que de carne se nutre. Y no habrá más agua de diluvio que barra toda carne. Y el mi arco estará en las nubes y lo veré, y me recordaré de mi alianza sempiterna, que es pacto entre Dios y

toda clase de carne que haya sobre la tierra». Y dijo Dios a Noé: «Éste es el signo de la alianza que he establecido entre mí y toda carne que sobre la tierra haya».

(*Génesis*, IX, 8-17.)

Todas las teorías y experimentos de Descartes, Newton... sobre la producción y leyes físico-matemáticas del iris son una incomodidad para el creyente, para quien resulta comodidad el que Dios haga de productor del Iris. Mayor y mejor explicación no se la puede pedir y se le da a un creyente.

Empero para físico-matemático en óptica, a Dios se lo hace servir tan sólo de comodín. Les sirve, casi por igual, a creyentes y a crédulos.

Dios de comodín de óptica geométrica.

Los físico-matemáticos ignoran, reverentemente, tal función divina. ¿Pero a los creyentes los confirma en su fe? ¿Y a los crédulos, en su credulidad, en la comodidad y comodonería de su credulidad?

Así que Dios llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego. Dios llovió desde el cielo; y destruyó esas ciudades y toda la región circundante; a todos los habitantes de ciudades y a todo vegetal terrestre.

(*Génesis*, XIX, 24-26.)

Dios, de comodín geológico para explicar el hecho geológico brutalmente presente de mar muerto y clima insoportable para vida física y moral normales. Creíble y creído y a creer por creyentes; increíble para incrédulos; cómoda interpretación para crédulos.

«Apocalipsis» —desencubrimiento, desvelamiento.

Apocalipsis de Jesucristo a quien Dios se la dio para que mostrara a sus siervos lo que va a suceder pronto y velozmente.

(*Apocalipsis* de Juan, 1.)

Y vi cuando se abrió el sexto sello, que sobrevino gran terremoto; que el sol se oscureció cual el color de saco peludo; y que la luna entera se hizo cual sangre y que las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera se desprende de sus higos aún no maduros sacudida por gran viento; y vi que el cielo se abría como libro enrollado y que todos los montes e islas saltaban de sus lugares.

(*Ibíd.*, VI, 13-14.)

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el cielo primero y la tierra primera eran idos y ya no había mar.

(*Ibíd.*, XXI, 1-2.)

Dios desencubrió todo ello a Jesucristo para que éste lo mostrase a sus siervos.

(*Ibíd.*, I, 1.)

Dios, de gran comodín escatológico.

Para los genuinamente creyentes Dios es, hace de, la gran carta que completa y perfecciona al máximo el mal juego científico físico-matemático del «final del mundo» en que las estrellas, cual si fueran estrellitas del árbol de Navidad, caen sobre la tierra o suelo del arbolito. «Final de mundo», a modo de telón de teatro. Comodidad bendecida por Dios en favor, o por gracia, de sus creyentes. Y a recibir ésta de Él con acción de gracias, con un «gracias a Dios». Escatología y apocalipsis de lo viejo y de lo nuevo creíble, creída y a creer por creyentes; increíble para incrédulos; cómoda interpretación para crédulos, según la escatología científica matemático-física de Laplace, Einstein, Friedmann, Gamow, Bondi, Jordan...

Antes de terminar con este punto, introduzcamos —Autor, de parte activa; Lector, de pasiva— una frase-criterio cuyo valor explicativo crecerá conforme avance la obra.

De Dios magnánimo, magnífico y munificente —puesto a serse así quien es «lo que quiere ser»— es la frase que su hijo Jesús nos transmitió: «El Padre vuestro, el que está en los cielos, hace salir el sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos» (*Ev.* según Mateo, V, 45-50): salir el sol sobre y llover sobre circuncisos e incircuncisos, griegos, romanos, hebreos, egipcios, cristianos y paganos, católicos y protestantes, capitalistas y comunistas y sobre creyentes, crédulos e incrédulos. Así es como Dios hace de Padre magnánimo, magnífico y munificente.

Al Padre celestial le dio la divina gana de ser comodín económico, respecto de los bienes fundamentales y continuos de toda vida que son sol (energía) y lluvia (materiales) —para todos los hombres, sin distingos de ninguna clase.

«Comodín» que realza el juego económico malo.

Otro caso de magnanimidad, magnificencia y munificencia divinas:

A Jesús, díjole Juan: «Maestro, sabemos de alguien que en tu nombre expulsa demonios, y se lo prohibimos, porque no nos sigue». Mas Jesús dijo: «No se lo impidáis, porque ninguno de los que hace milagros en mi nombre podrá presto hablar mal de mí. Porque quien no está contra nosotros, está en favor nuestro».

MARCOS
(*Ev.* según ~~Mateo~~, IX, 38-40.)

¡Magnificente y magnánimamente bien! —al contrario del monopolístico y envidioso «quien no está conmigo está contra mí». MAT. 12,30

Jesús, crucificado ya, y entre ladrones, dijo: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (*Ev.* según Lucas, XXII, 34).

¡Magnificentes y magnánimas, divinas, palabras! Si los que lo crucificaron —desde amarrarlo, sentenciarlo y ejecutar tal sentencia— «no sabían lo que hacían», y eso que lo hacían en su persona, presente y paciente, ¿cómo no van a estar —*a fortioríssime*— perdonados por el Padre y por Jesús quienes ni lo acusaron, sentenciaron, ejecutaron, cual los demás coetáneos, contemporáneos y posteriores? Que aun en el caso de malos deseos, fuera atentado necesariamente frustrado por sobre persona ausente; y atentado perdonado de antemano.

Tres casos ejemplares y sugerentes para poder afirmar: *creer* —a pesar de lo malo o imperfecto de un juego científico: filogenético y teológico, biogenético y antropogenético, cosmogónico, óptico geométrico, geológico y escatológico— es meritorio ante Dios.

Mas *no creer* en Dios cual comodín que complete tales juegos, no es demérito —precisamente por reconocer que tales juegos están científicamente concebidos, realizados y formulados físico-matemáticamente. Actitud de Dios, puesto a serse magnánimo, magnificente y munificente, respecto de creer creyentes y crédulos, y de no creer incrédulos.

(§ 3.º)

Dios, cual comodín ontológico

Con su sabiduría añeja por multisecular, dice el refrán: «Lo mejor es enemigo de lo bueno»; y según lógica, más añeja, por más multisecular, debería añadir: «y lo óptimo es asesino de lo bueno y de lo mejor». Y transponiendo el refrán —y su apéndice lógico— a altura ontológica, se diría: «el comparativo es enemigo del positivo; y el superlativo es asesino de comparativo y positivo». O con mayor rigor terminológico: «el comparativo anula el positivo, y el superlativo anonada a los dos».

«Toda comparación es odiosa» —nos advierte otro refrán. La doble comparación entre superlativo y positivo, y la simple e inmediata entre superlativo y comparativo, son doblemente odiosas para valores y para seres; simple o doblemente deprimen su valor real e ideal.

Positivo ——→	*Comparativo* ——→	*Superlativo*
Bueno	mejor	óptimo
Grande	mayor	máximo
Sabio	más sabio	sapientísimo
Poderoso	más poderoso	poderosísimo
Justo	más justo	justísimo
Bello	más bello	bellísimo
Fuerte	más fuerte	fortísimo
Pesado	más pesado	pesadísimo
Inteligente	más inteligente	inteligentísimo
Amante	más amante	amantísimo
Excelente	más excelente	Excmo.
Eminente	más eminente	Emmo.
...	...	...

Para convencerse del poder depresivo o anonadante de los superlativos —indicados, y demás que el Lector, sin trabajo ni rebúsqueda, hallará— bastaría con organizar un «concurso» —moral, estético, científico...—; y apercibirse de la odiosidad doble que desata el «vencedor» —rey o reina, premiado— en el positivamente grande, sabio, bello...; y la sencilla e inmediata —y por ello más sentida y resentida— en comparativamente mejores que casi casi se llevan el premio, y su título de «superlativo».

De Dios se dice —por grande, mayor y máxima o grandísima alabanza ontológica— que no solamente es *real* (positivo) y *más real* (comparativo) que ninguna otra realidad, sino que es ser *realísimo* o *El Realísimo. «Ens realissimum.»* De lo cual sacan teólogos y filósofos la secuela o paráfrasis de que «todos los demás, a excepción de Él, dependen íntegra y necesariamente de Él» —en venir al ser, continuar siendo y finiquitar, a la gana y voluntad de Él: del *Ser realísimo* que, por ser tan admirable y tremebundo superlativo, todo lo demás resulta anulado y anodado. Y si le viene en gana —ya que «es lo que se quiere ser»— puede «aniquilar» todo.

Ambigua alabanza —a costa de todos los demás.

Todo lo finito —unos finitos más que otros— resultan anulados, anodados y aniquilables por El Infinito —por Lo Infinito.

«Infinito» es el superlativo de los superlativos, hasta en poder anulador y anonadante, pues es «aniquilador».

Decir de Dios que es Ser realísimo y El Ser realísimo, y que es Infinito, El Infinito, ¿no será la más ambigua de las alabanzas ontológicas, por ser la más (doblemente) costosa para las demás realidades —positivamente bellas, buenas, justas, potentes, sabias...—; y la alabanza simplemente más inmediata, costosa y deprimente, para las «mejores» de ellas?

Los griegos clásicos y castizos no atribuyeron jamás a sus dioses —ni al Dios de dioses, según su turno cosmogónico: Urano, Cronos, Júpiter, ni a sus dioses ideales, no sometibles ni sometidos a turnos de historia: Belleza, Bondad, Justicia, Belleza digna de ser buena, Bondad bella de ver: *Idéa Agathou*— el calificativo de «infinito»: el de *ápeiron*. Para ellos ser finito, bien de-finido, de-finitivamente, de-finicionalmente finito constituía la suprema alabanza, tal que no levantaba odiosidades ni deprimía ni anulaba ni anonadaba, y menos aún aniquilaba, lo finito: *lo positivamente real*.

Lo de atribuir al Dios cristiano el calificativo de «infinito» data, tal vez, de Juan Damasceno (s. VII) a quien Tomás de Aquino menciona

en el artículo I de la cuestión VII de la primera parte de la *Suma Teológica*: «*dicit Damascenus quod "Deus est infinitus"*», según texto traducido del original griego. Y es sin duda Tomás de Aquino quien introdujo definitivamente, y autoritariamente, el atribuir a Dios tal privilegio ontológico. Que, por lo demás, no se halla en el Nuevo Testamento, aparte del término análogo *apérantos* (interminable) que Pablo (*Epístola* a Timoteo, I, 4) aplica a genealogías.

Pero el éxito del laudatorio «infinito» se difundirá a todo lo divino: sabiduría infinita, bondad infinita, existencia infinita, santidad infinita, justicia infinita, esencia infinita, inmensidad = espacialización infinita, poder infinito (omnipotencia), eternidad = duración infinita, amor infinito...

Sin caer en cuenta de que «infinito», tomado en serio, en real, tiene que ser «todo de una vez» —no a cuotas o a plazos—; y que, como adjetivo (o modo) que es, reventará al sustantivo, si no se demuestra que éste aguanta tal inundación de diluvio universal de realidad.

Infinito, ¿no reventará a sabiduría, a poder, a amor, a santidad: el mismo infinito para todo; o cada uno infinito a su manera, que dará un infinito de-finido, un finito?

Los matemáticos cayeron en cuenta del reventón que en los números producía la infinidad. Destruía la suma. Vale $a + 1 > a$; pero $a + \infty = \infty$: a «infinito» nada se le puede añadir; y es igual que se le añada un entero grande o pequeño. Borra tal distinción. Y $a \cdot n > a$; pero $a \cdot \infty = \infty$, sea n entero grande o pequeño. Infinito destruye la multiplicación y sus leyes. Y hace igual estrago en la división: $1/\infty = 0$; $2/\infty = 0$; $n/\infty = 0$, sea cuan grande n entero. «Infinito» numérico no se lo puede volcar de una vez; que es como es «infinito». Mas sí se lo puede emplear transformándolo en indefinido, acrecible a cuotas, dadas por ley o función. Esto lo saben ya bachilleres en matemáticas; pero no lo han aprendido ni los ontólogos ni los teólogos —¿no escarmentados, aleccionados por los matemáticos?

Lo sospechó Rilke: «no hay que tratar de apresar a Dios imponiéndole la mole y masa de grandes catedrales»: edificio pretendiente a infinidad, a Torre de Babel.

La intensidad creciente de sonido, aun con ley físico-matemática, anega la mejor sinfonía y la trueca en ruido.

Que «la infinidad absoluta no reviente todos y cada uno de los atributos divinos» es punto a demostrar.

Infinidad, vagamente definida, sirvió a Tomás de Aquino de «comodín» para completar un juego ontológico —discutible, discutido y

dudoso: el juego de las relaciones entre materia y forma, esencia y existencia, potencia y acto, al pretender jugar con él teología.

Quien como él cantó

«Adoro Te devote...»

empleó, no obstante, «infinito» de comodín laudatorio de Dios.

Completemos y reformemos el esquema:

«positivo → comparativo → superlativo», con estotro:

«positivo → comparativo → máximo → Infinito»: Superlativo comodín.

El mal juego ontológico entre materia-forma, sustancia-accidente, potencia-acto, esencia-existencia, aplicado a Dios ¿realzaría, hasta hacerlo divino, «infinito», empleado, introducido, de comodín? ¿O lo reventaría?

El mal juego moral entre «bueno-mejor-óptimo», «santo-más santo-santísimo», ¿lo realzarían, hasta convertirlo en juego divino, santidad infinita, bondad infinita? ¿Bondad y santidad aguantan infinidad?

El mal juego eficiente entre «poder-más poder-omnipotencia» lo subsana ¿o lo revienta infinidad? Todo el poder en acto, de una vez, produce *todo de una vez*. Explosión de toda realidad —respecto de la cual explosión, la inicial del universo material desciende a ridícula bomba nuclear (cfr. Apéndice H).

Predestinación, presciencia, providencia «infinitas» a jugar a la vez que omnipotencia, poder infinito, ¿no darán malísimo juego, reventón, al jugarlo con espontaneidad y libertad —las de Dios o las ajenas?

Digamos, pues: Infinito es superlativo *comodín* ontológico.

Dado a Dios —¡y tantas veces como se lo ha dado ya!— no pasa de ser alabanza a la que no se puede corresponder sino agradeciendo la «buena voluntad» del dante y sonriéndose de su ingenuidad ontológica —y matemática.

Dios hace de comodín al creer, pensar, decir de Él que es infinito. «No aduléis a la divinidad con vuestras oraciones» —nos advierte el poeta filosofante Machado—; ni «con las ontológicas» —añade el Autor.

(§ 4.º)

Creer en Dios (punto de honor: pundonor). Credulear en Dios (puntillos de honra)

Pensemos y repensemos unas palabras de tres creyentes en Dios. Tomando la palabra «creyente» en el sentido riguroso —inicial aún— dado a ella. «Creyentes» = personas trabadas en contacto inmediato de lo que tienen de realidad con Quien es la Gran Realidad, y les va su realidad y la de su pueblo, así que la de ellas mismas. Regateo trágico de realidades (Abraham y Dios); lucha a brazo partido y abrazo (Dios y Jacob); lucha de quien quiere ver, hablar y mirar a *su* Dios y Dios de *su* pueblo (*su*: de Dios y de Moisés) y no puede obtener sino vista real, mas no mirada real, de Dios. Cada uno de ellos sale realzado, hasta con nuevo nombre, y siempre con misión nueva en que a ellos y a *su* Pueblo les va la realidad.

Resuene esto de fondo para unas palabras de otros tres creyentes.

> Esta sabiduría mística tiene la propiedad de esconder el alma en sí. Porque además de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe el alma y sume en su abismo secreto que el alma echa de ver claro que está puesta alejadísima y remotísima de toda creatura, de suerte que le parece que la colocan en una profundísima y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna creatura humana, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin; tanto más deleitoso, sabroso y amoroso cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve sobre toda creatura temporal levantada.
>
> Estas santas almas traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto a los demás por el efecto sobrenatural que se difunde en el sujeto de la próxima y familiar comunica-

ción con Dios, cual se escribe en el *Éxodo* de Moisés, que no podían mirar en su rostro por la honra y gloria que le quedaba por haber tratado cara a cara con Dios.

(Juan de la Cruz.)

¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí!

Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todo.

¡Traen algunas veces una majestad consigo estas palabras y dícense tan de pronto en sentencias tan grandes!

(Teresa de Jesús.)

El alma se queda mirando a Aquél, en vez de a sí misma... No se cambiaría entonces por cosa alguna; aunque le prometieran el cielo entero, pues nada hay mejor ni mayor que el Bien.

Ya no se siente impelida hacia arriba; y todas las demás cosas, por muy subidas que estén, sólo al descender las hallará.

Es preciso renacerse en soledad arrojando de sí lo superfluo, lo circunstancial, de manera que nos esforcemos en salir de acá, que llevemos a mal el estar vinculados con las otras cosas, para así quedar replegados con todo y sólo lo nuestro, y no tener parte alguna por la que no estemos en contacto con Dios. Aun en este mundo resulta hacedero ver a Aquél y verse de alguna manera a sí mismo en tal visión de Aquél. Es posible verse a sí mismo deslumbrante, colmado de luz inteligible, más bien: hecho él mismo pura luz, ingrávido, sutil, deificado; más todavía, verse ser Dios, floreciendo entonces en Dios; y, si después decayese de tal estado, decaería por marchitarse, cual decaen las flores.

Tal es la vida de los dioses; tal la de los hombres divinos; tal la de los bienaventurados: total desprendimiento de cosas extrañas: de las de acá abajo; vida en indiferente desgana hacia todas ellas, huida de quien está ya solo y a solas, hacia el Solo.

(Plotino.)

Nada de extrañar que Plotino, invitado por Amelio a ciertos oficios religiosos, respondiera: «a los dioses toca venir a mí y no a mí ir a ellos».

A semejantes experiencias, actitudes y palabras, demos el calificativo de «señorío»: Majestad-elevación sobre toda creatura temporal; grandeza y dignidad, honra y gloria visibles por haberse tratado cara a cara con Dios.

Señorío: punto de honor (punt-de-honor) de todo genuino creyente.

En contraste con los «puntillos de honra» de los crédulos en Dios. Crédulo —tal como lo hemos definido— es quien trata a Dios cual comodín. No cree ya en Dios; cree que ha creído alguna vez en Él, y se comporta como si creyera aún en Él.

Santayana aludió a ello en sutilmente punzante frase al decir: «cual esposa que ya no aporta al esposo deleite alguno; mas se resiente éste, y no aguanta, se le haga a ello la menor alusión». Puntillo de honra.

> Es patético observar cuán bajos son los motivos que aun la religión más elevada atribuye a la deidad, y de qué condiciones de existencia dura y amarga se los toma. Que se les dé a los dioses el mejor bocado; que se los recuerde; que se los alabe; que se les obedezca ciegamente y puntillosamente —todo ello se lo ha tenido por cuestiones de puntillos de honra en el trato con los dioses, por todos los cuales dispensarían favores y castigos según escala la más desorbitante.
>
> (Santayana.)

Puntillos de honra religiosa.

Blasón aristocrático: «*Dieu et mon droit*». Puntillos de honra. «En el nombre de Dios»... —puntillo de honra de la frase inicial de ciertas Constituciones.

Cerremos este punto —dado por cerrado por el Autor; délo por cerrado el Lector— con la siguiente sentencia de Goethe:

Quien tiene ciencia o arte, ya tiene religión.
Quien no tiene ni ciencia ni arte, tenga religión.

Que modulada cual preparación para el tema siguiente diría:

Quien tiene ciencia o arte o técnica, ya tiene religión, fundada sobre el *qué es* dios o la «esencia» divina.

Quien no tiene ni ciencia ni arte ni técnica, tenga religión, fundada sobre «*quién es* Dios», sobre Dios como persona.

TERCERA PARTE

Qué es ser dios. O *«esencia»* de dios

(§ 1.º)

Recordatorio y preparación de la respuesta al tema

QUÉ ES en sí (x)		QUÉ ES (x) para nosotros	
Agua	$= H_2O$	agua	= líquido insípido...
Vino	$= CH_3CH_2OH$	vino	= líquido embriagador...
Azúcar	$= C_{12}H_{22}O_{11}$	azúcar	= sólido dulce...

Maravilla —imprevisible, indeducible, aun con todas las matemáticas e instrumentos de técnica experimental— es eso de que H_2O *sepa a* agua; que CH_3CH_2OH *sepa a* vino...

Prodigio de la vida prodigiosamente unido con prodigio de la química. Dos milagros conexos, y continuos. Ciencia-y-Vida.

Mas sin con-fusión o fusión de uno con otro. Para el químico es un regalo, inexplicable, el que H_2O le sepa a agua; el que $C_{12}H_{22}O_{11}$ le sepa a azúcar... Dones, regalos, sorpresas que le da la Vida natural al hombre natural: a lo que el químico tiene aún de natural, además de la sorpresa de hallarse siendo «químico».

Lo físico —lo natural— comienza por sernos dado, dice Aristóteles al principio de los *Libros físicos*, cual con-fuso, o fundida una realidad con otras afines o dispares. Los niños —y es dato y ejemplo aportado por él— comienzan por llamar «padre» a todos los hombres; y por «madre», a todas las mujeres. Solamente más tarde deshacen tal con-fusión o fusión de padre *con* hombre y de madre *con* mujer.

La confusión de Agua (H_2O) con agua (líquido...), la de Vino (CH_3CH_2OH) con vino (líquido...) la deshace, desfunde la ciencia; no, la Vida. Y no la pudieron desfundir así Aristóteles y medievales, ni aun

los Renacentistas, mediante la observación (aun con Observatorios) y la ciencia observacional, de los primeros; y la ciencia matemática y laboratorios (instrumentario: o enseres matematizados por geometría y aritmética), de los últimos.

La religión natural o las naturales y las religiones reveladas, y aun las repensadas filosóficamente (teologías), no se han propuesto, ni se ponen naturalmente tal distinción y atenerse a sus secuelas por ello; no han logrado ni pueden lograr des-confundir *qué es* ser (alguien) dios y *quién es* Dios: *qué es* en sí y para sí dios; *quién es* Dios para nosotros —individuos, colectividades, tribus, iglesias...

Sospechamos los actuales —los poseedores practicantes de arte y técnica— que entre *qué es* dios en sí y para sí, y *quién es* dios para nosotros los actuales, ha de haber más distancia —mayor distinción y diversidad— que entre Agua y agua, Azúcar y azúcar.

Teologías naturales —teofanías de DIOS en lo natural, en todo lo de él o en realidades privilegiadas; teologías reveladas por DIOS mediante o cual médiumes de oráculos suyos, sin más enseres que lenguajes naturales, sirviéndose de materias naturales: agua, óleo, vino... éstos visibles a ojos naturales, audibles a orejas naturales, y de médiumes u oráculos hombres naturales, y aun encarnándose en hombre natural, hijo de padres naturales, por generaciones naturales— han confundido y fundido *qué es* dios con *quién es* dios, mejor: han hallado fundidos y confundidos ambos componentes; y continúan fundiéndolos, como si no hubieran venido al mundo física matemática experimental, química matemática experimental, atracción matemática experimental, nucleónica y atomística moderna experimental —dotadas de instrumentario adecuado: de sentidos nuevos a servicio de entendimiento nuevo.

Empero para enfocar, atentar, tal distinción y diversidad —algo así cual química «a lo divino»— tal vez nos ayude a los actuales repensar unas fusiones o confusiones «naturales» y el modo o traza con que la ciencia y técnica actuales han logrado «des-confundirlas» o «des-fundirlas». Real y calculatoriamente.

(1, 2, 3) REALIDAD, REALIDAD SENTIBLE Y REALIDAD IMAGINADA (R^1, R^{-1}, R^{-2})

(1) Los hombres podemos ser movidos a golpes, a puntapiés, a puñetazos: a *empujones*; digamos, movidos por una realidad «masiva»

—cual movemos una piedra a patadas o a fuerza de brazos una carretilla. Y cual pensamos que el sol mueve a la tierra; y ésta, al sol «con acción y reacción iguales y de signo o dirección contraria», según la tercera ley de la mecánica newtoniana clásica.

(2) O movidos por una *realidad sentible* —con acción al parecer inmóvil, sutil cual la del color de manzana en árbol lejano; mas con reacción bien real, total, *masiva* de nuestro cuerpo entero para llegarnos a ella y cogerla. O por el olor real, figura real, de ella. Así que nuestro *masivo* apetente cuerpo es movido con movimiento masivo real por no masiva realidad, sino por lo sentible de ella a sentidos sensibles a lo simplemente sensible, real como sentible, mas no como masivo, total, de una cosa, masivamente movible y moviente. Así Eva debió sentirse movida por el color y figura y tal vez olor de la —todavía lejana— «manzana» en el Árbol de Vida. De tal sentirse movida sensiblemente por lo sentible (acción), procedió (pasión) el moverse *Eva masivamente*: toda ella, para alargar a la manzana la mano *masiva* de cuerpo *masivamente* movido.

(3) O movidos por *realidad imaginada* —experimentada ya anteriormente por golpe masivo (1): por lo que de *realidad sentible* tenía (2).

Así, después de comida bucalmente la realidad masiva de la manzana, tras haber comido con ojos apetentes lo sentible de ella, Eva, después de algunos días de estancia en el Paraíso —no expulsada aún con castigo relámpago: por con «las manos en la masa», «con el bocado en la boca», «en el *corpus delicti*»— pudo imaginar, complacida, el color y olor y sabor de la manzana «manzana de Vida», que bien diversa de sabor y efectos debió sentirla Eva: todo, primigenio, inocente, puro: ella y Ella; y, movida por tal imagen, haber vuelto al Árbol, al manzano, y repetido *masivamente* movimiento *masivo* de su cuerpo, de sus manos y de su boca. Reincidencia en el delito: ¿castigo por reincidente? —no por estrenante de la novedad «pecado».

Así obra aún en nosotros lo imaginado de lo sentible mismo.

Sirviéndonos de la tercera ley de la mecánica de Newton y readaptándola ya —van dos casos a interpretar— a nuestro propósito, diríamos: en el golpe, choque o impulso de masa (m_1) —vgr., cuerpo viviente o vida encorporada, masificada— con masa (m_2) —vgr., piedra pateada, pedrada recibida— y sus velocidades (v_1, v_2), vale:

$$m_1v_1 = m_2v_2. \qquad \text{O sea:} \qquad (m_1v_1) - (m_2v_2) = 0.$$

El equilibrio del universo no se altera (= 0), aunque se altere la distribución de partes suyas. Y después, por la virtud del choque, ni m_1

sea m_1; ni m_2 se mantenga m_2; o se alteren las velocidades. El producto será, en total, igual —algo así cual $3 \cdot 2 = 2 \cdot 3 = 1 \cdot 6 = 1/2 \cdot 12 = ... = 6$; $(3 \cdot 2) - (2 \cdot 3) = 0$, $2 \cdot 3 - 1 \cdot 6 = 0$, etc.

El viviente —el hombre cual caso concreto— tiende a evitar choques y encontronazos, no por respeto y aceptación sumisa a la tercera ley «universal», sino para que no le acontezca lo del refrán: «si da la piedra en el cántaro o el cántaro en la piedra, mal para el cántaro».

Tiende a evitar, mejor dicho: el hombre (el viviente) está constituido de manera que tiene órganos para evitar choques: para eludir la tercera ley. Son los sentidos.

Con unos pocos quántumes de luz (roja o violeta) los ojos ven hasta un panorama tan amplio cual el cielo; o con unos ergios de energía sonora oye vibrar todo un espacio; nótanse sumergidos sus oídos en mar de sonidos que desde todas direcciones o dimensiones de un espacio (sala de conciertos, aula, nave de iglesia, bosque...) le afectan, sin *chocar*. Y parecida o proporcionalmente respecto de olfato, tacto...

Mas el apetito sentitivo o apetencia vital asomada, amorrada, intrinsecada en los órganos de los sentidos es capaz de poner en movimiento *masivo* todo el cuerpo, *masivo* él.

La ley psicofísica, descubierta por Fechner-Weber en el siglo pasado, expresa cuantitativa y cualitativamente tal saber hacer guardar las distancias y distinciones entre cosas radiantes, sonantes, olorosas... y sentidos. Con umbrales y dinteles, y grados diferenciales, los sentidos reducen la intensidad cósica de lo real, rebajándola al logaritmo natural. (Rebaja equivalente a reducir 4 a 2, por $\log_2 4 = 2$; por $\log_2 16 = 4$...) Aun reducida así la acción y el choque de lo real masivo con los sentidos, el apetito desata movimientos masivos de todo el cuerpo —cuerpo animado y alma encorporada.

Fijemos la terminología: según la tercera ley, la causa (*C*) del choque (impulso, cantidad de movimiento, *mv*) es causa necesariamente suficiente (+) para que el efecto sea lo que es necesaria y suficientemente. Correlación perfecta entre causa y efecto ($m_1 v_1 = m_2 v_2$).

Designemos tal correlación por $+C+$; $+E+$ (caso 1).

En contraste (2), lo que de realidad *sentible* tiene una cosa (por radiante de color, de calor, de sonido) no es causa suficiente para que el viviente la perciba cual choque; mas es causa necesaria —sin vibración real de rojo, de amarillo...; o sin vibración real de sonido: de 20 a 30.000 por segundo, ni ojos ven ni oídos pueden oír. Mas color en cuanto *visto*, no en cuanto emitido; sonido en cuanto *oído*, no en cuanto emitido... son originalidades, novedades, improvisaciones del órgano vivien-

te, capaces, suficientes, para desatar el apetito: la querencia vital asomada, amorrada, intrinsecada en los órganos. Y ésta, masivamente, mueve todo el cuerpo, si al apetito le da por moverlo: le da por, le da la gana de moverlo en su espontaneidad.

Digamos: lo *sentible* (de las cosas, aun del hombre, en cuanto cosa material masiva) es causa necesaria, pero no suficiente $(+C-)$ de lo sentido por el sentido viviente y apetente espontáneamente.

La ley tercera de Newton habría de ser reformada por la Fechner-Weber (o una equivalente):

$(m_1 v_1 = m_2 v_2)$, por
$(I_s = k \log_2 I_e)$ (I_s, intensidad de la sensación, I_e, intensidad del estímulo)

(Quede tal afirmación en el nivel de sugerencia, ya para bachilleres decorosamente formados actualmente.)

Color *real* visible-y-visto; sonido *real* audible-y-oído...; y sentidos reales del hombre —todos ellos *reales* ante *real*, él— trabados en y por realidad: unos, en acto de ver los ojos lo visible; y lo visible, en acto, de visto por ojos... Todos se están siendo reales. La causalidad necesaria los une; la falta de suficiencia —de causa, además de necesaria, suficiente— delata la originalidad, la espontaneidad de viviente.

Lo necesario de la causa está realizado por lo que ella causa de «choque» (1). Sean quántumes de luz, ergios de energía de sonido... están regidos por las leyes matemáticas y físicas de choque, *Impulso*, cantidad de movimiento, energía —$E = mc^2$; $E/c^2 = m$ (ley de Einstein).

De esta base necesaria dependen constantemente todos los grados siguientes, originales, de interacción entre realidad y vida —aun la religiosa: de fe en Dios o credulidad en dios.

No se lo pierda de vista mental, sublévense o no, por de pronto, sentimientos o sentimentalidades.

El caso (3): *realidad imaginada*, implica una rebaja de realidad, respecto de la *realidad sentible*. Que algo bien diverso es estar viendo, estar oliendo manzana; y otra, estar imaginando que se la ve o se la huele; que se la huela u olió; tenerla «imaginada»; tener la imagen de ella o ella reducida a «imagen». La imaginación es un poder de desrealización: de rebaja original de las pretensiones de la realidad, aun de la sentible en acto de ser sentida (2).

La ley de Newton y de Fechner-Weber sufre, a manos de la imaginación, un segundo descuento o desrealización.

Lo real (1), lo real sentible (2) son tan sólo oportunidad (*O*) de que de ellos, y a costa de su realidad, surja ese tipo de realidad que aquí ha recibido el nombre de «realidad imaginada» —el de «imagen». Invento, original, nuevo, espontáneo de la facultad imaginativa o imaginadora.

«Soñemos, alma, soñemos» —o dormidos o en duermevela o despiertos. Lo visto, oído, olfateado... en tales estados, es realidad reducida a imagen. Nuevo tipo de realidad, surgido con «oportunidad» —no por necesidad, de (1); ni por suficiencia, de (2). Pero (1), (2) son oportunidad, bien venida; y (1), (2) la ofrecen al viviente.

Antes de proceder a otros tipos de conexión entre hombre y realidad, advirtamos que, para todos ellos, (1) la realidad permanece de causa necesaria y suficiente de «choque»: de experiencia inmediata e inevitable. (1) es el fondo, base, continuo, necesario de todo.

Adelantemos una secuela, por mor de merecer la paciencia del Lector.

Luego a imágenes reales de dios o de Dios (2): dios visto, oído, abrazado... y a imágenes (3) de dios: a realidad sentible y sentida de Dios (2); a realidades imaginadas de él (3); o a Dios, reducido a imágenes reales (a dios visto, oído...); o a dios, reducido a imágenes imaginadas (3), tiene que preceder, acompañar y seguir, de base (1): una experiencia de «choque» (1) de dios y de Dios. Sin la cual (2, 3, 4, 5, 6, 7) carecen de realidad de verdad y se reducen a simples y flotantes imágenes, conceptos, ideas... de Dios o de dios.

Sin (1), creencia en Dios o en dios se reduce a «credulidad»; y el creyente decae a «crédulo».

Dejando este hilo suelto, prosigamos el estudio de otros tipos o grados de conexión entre hombre y realidad.

(4) REALIDAD RECORDADA (R^{-3})

Eva, expulsada del Paraíso, recordaría tanto aquellas memorables y memorandas ida al Árbol, extensión de brazo, aprehensión de fruta, camino de mano a la boca; saboreo desconcertante por nuevo, tanto de sabor material como de sabor antimoral: prohibido; saborear la calidad de prohibido; y saborearla por primera vez, nuevecita; estrenar toda esa compleja realidad sentible, sensible y sentida. Y recordar —a ojos cerrados, boca seca...— las imágenes o lo que de realidad imaginable tenía de

todo ello. Soñarlo visual, gustativa, olfativamente, despierta o semidormida, sin hacer acto de presencia nada de ellos, ni ella, como la hizo en el estado, fase, de realidad sentible, sentida; imágenes visuales, gustativas; inasibles a manos; inmasticables a boca; indeglutibles a esófago...

Recordar lo sido; recordar (algo de lo sido) *sentido*; recordar (algo de lo sido y sentido) *imaginado* es, diríamos ahora, cual, después de fotografiar objetos, exhibir sus fotografías en pantalla de cinema, desfilando a velocidad adecuada para que la pantalla no las asimile o ellas se adhieran a ella. Recordar es afectar a algo con la modalidad de «imposible» de volver a ser sido: a ser sentido, a ser imaginado.

Se fue todo ello para no volver. Pero una imagen (visual, auditiva, táctilmente...) es una realidad (R); ($+O+$) que es *ocasión propicia* para que de ella surja esa novedad que es el recuerdo. De ver, el haber visto; de oír, el haber oído...; idos ver, oír... para no volver ni poder volver. «Esos... no volverán.» Nos hallamos ya ante tres niveles de realidad o tres modos distintos, aunque subordinados, de rebaja (de cantidad) de realidad imaginada (R^{-2}), realidad recordada (R^{-3}), respecto de y sobre realidad brutal, inmediata (R^{1}).

¿Qué valor para el hombre creyente o crédulo, y ante los incrédulos, tiene realidad *sensible* de dios —haberlo visto, oído, palpado...—; realidad *imaginada* de dios —verlo, oírlo imaginativamente—; realidad *recordada* de haberlo visto, oído... y no poder rehacer o reenrealizar verlo, oírlo...?

Valor de R^{-3}, R^{-2}, R^{-1} respecto de R^{1}.

La gravitación disminuye con el cuadrado de la distancia (r) espacial, a partir del estado de inmediación de la energía potencial ($1/r$, $1/r^2$, o r^2). Y las distancias, distinciones respecto de la realidad inmediata —la de choque y en choque— ¿no disminuirá en cantidad y se diluirá en calidad con la distancia temporal: tradición, tradición tradicionada... $1/t^1$, $1/t^2$, $1/t^3$; t^{-1}, t^{-2}, t^{-3}; R^{-3}, R^{-2}, R^{-1}?

Dejemos este punto suspendido entre interrogantes.

(5) REALIDAD CONCEPTUAL EMPALABRADA (R^{-4})

Cuenta la Biblia que Dios hizo desfilar ante Adam todos los animales para que les impusiera nombre.

Ayudémonos, una vez más, de unas palabras del poeta filosofante, A. Machado, modulándolas después a nuestro propósito.

> ... para aquellos que necesitan una explicación mitológica de las cosas divinas [dice Mairena refiriéndose a su maestro Abel Martín], él había imaginado el Génesis a su manera: Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer antes de su creación definitiva. Lo que pasó, sencillamente, fue que Dios vio el Caos, lo encontró bien y dijo: «Te llamaremos Mundo». Esto fue todo.

Para los que necesiten de una explicación mito-lógica del desfile ante Adam de todos los animales, hasta entonces innominados, para recibir cada uno «nombre» con el que ser llamados y al que obedecer, sírvales la redacción: «Dios no tenía nada que hacer después de haberlo hecho todo en seis días: su creación definitiva. Había dado a luz el nombre de "día"; y a tinieblas, el de "noche"...; al hombre, el de "Adam" (que eso significa Adam); y a la mujer, "Eva" —que significa "viviente": que da la vida, la mina-de-la Vida».

Faltaba dar nombre a los animales. Si Adam, el Hombre, había sido creado a imagen y semejanza «de Dios creador y nominador», de natural le venía a Adam el que Dios le encomendara dar nombre a lo que Él no lo había dado: a los animales. Dios organizó el desfile. Adam les fue imponiendo a cada uno *su* nombre. «Y llamó Adam por *sus* nombres a todo lo animado: a todos los volátiles del cielo y a todas las bestias de la tierra» (*Génesis*, II, 19-20).

A todo producto, real ya, pero in-nominado, hay que darle nombre. No basta con decir imperativamente «hágase luz», y que la luz quede hecha, que haya luz; sino darle el nombre de «día». «Día» no es nombre imperativo, sino declarativo. Con palabras declarativas se habla; con palabras imperativas se hace. «Nombre» es palabra declarativa: (1) indica algo, ya determinado en sí (luz, tinieblas...) y (2) descubre algo propio a decir de él: «Día», «Noche».

«Día», «Noche» son algo nuevo, respecto de Luz y Tinieblas.

Pero esto nuevo es algo *de* la cosa, propiedad de ella. *Su* nombre. No, ruido que el viento se lleva

> ... que por las ramas se deslizare
> y dijera: *mi* nombre.

Pretensiones de ruido. Mas derecho de la cosa a su símbolo. No hay nombres volantes por el mundo. Cosas sin nombre propio. Caos nominal, a pesar de que Mundo real está *bien* («Vio Dios que era bueno»): ordenado y hecho. *Bello de ver* (*cosmos*: Mundo de cosas bien y bellamente ordenado y decorado) (griegos).

Estar una realidad «empalabrada», «hablada», es otro estado de la misma —algo así, aunque más sutil, que hielo es estado de agua; lo es el de *nube*; lo es el de *líquido*.

Estado real (R^1), estado sentible-sentido (R^{-1}), estado imaginado (R^{-2}), estado recordado (R^{-3}); estado *hablado, empalabrado* (R^{-4}).

Una atmósfera verbal tiene que rodear, envolver y empapar el mundo de seres —atmósfera tempestuosa, a veces; otras, tranquila; algunas suavemente oreada— para que los seres que no pueden hablar de lo que son, hablen de sí por la boca fisiológica natural del hombre, tan natural como ellos y ellos como él, internados todos en el mismo universo: el básico, constante de protones, electrones, campos gravitatorio y electromagnético.

Mas «palabra» está encorporada en lengua *fisiológica*; su poder expresivo se resiente de su dependencia de boca (vocales), consonantes: labiales, dentales, guturales... Si por esta natural dependencia pareciera ser la lengua, lengüeta natural de todo lo natural, y el lenguaje de tal lengua, lenguaje propio de lo natural, inventados lenguajes que no se sirven de la lengua fisiológica, cual el algebraico, el musical, el haber hablado y creído que sólo se podía hablar fisiológicamente —en hebreo, arameo, caldaico, griego, latín... castellano— ¿no descenderá el lenguaje, fisiológicamente dependiente de lengua carnal, de su nivel de necesario y caerá en ser lenguaje primitivo, *comodidad* fisiológica de un animal vertebrado, mamífero, superprimate y supercotorra? (cfr. Apéndices A, B, C, D).

Las palabras divinas, dichas en tal lenguaje, ¿no descenderán también al nivel de primitivas, de *comodín* fisiológico del animal locuente lingualmente, y a *comodín* conceptual de la mente natural, sin más lengua y lenguaje que el fisiológico, el natural?

¿Por qué el lenguaje musical puro —sin palabras restringidas y dictadas en su estructura por la fisiología, de sonidos impresos por la lengua en aire, y de conceptos sometidos a gramática y sintaxis lengual— no habría de ser más digno y adecuado material expresivo de *qué es* ser dios y de *quién es* Dios —«dios» y «Dios» rebajados a ser comodines verbales y mentales de un ente, empeñado *aún*, tras inventor de otros tipos de lenguaje, en hablar lingualmente y pensar encorporado lingualmente?

«Palabra divina», «Dios dijo» —frases fisiológicas.

Para dar por terminado este punto, y dejarlo preparado para los dos siguientes, recordemos unas palabras del poeta filosofante. Una copla, mecánicamente producida por un instrumento de «cantar», por un «aristón poético», canta:

Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.

Modulémoslo a nuestro propósito:

¿Habráse de decir
que ni Dios es dios
hasta que no oye su nombre
de labios de un hombre?
Pudiera ser así.
¿Podráse decir de dios *qué es*?
¿Podráse decir de Dios *quién es*,

sin emplear lengua y lenguaje natural, mas sí el algebraico, el musical —levantados a lenguajes divinos por el *qué es* dios y por *quién es* Dios: por dios y Dios puestos a ser *qué es* y *quién es* (Jenófanes, Plotino, fray Francisco)? (cfr. Apéndices E, F, G, H).

¿Habló dios al hombre en lenguaje natural? —no es ya *dios* el que habló. *¿Habló* Dios al hombre en lenguaje natural? —ya no es *Dios* quien habló. Sea dicho a manera de Schiller.

Realidad conceptual empalabrada en palabras fisiológicamente condicionadas por y para animal locuente con lengua y pensamiento acondicionados a la fisiologia de tal animal.

(6) REALIDAD CONCEPTUADA Y ENREALIZADA EN SÍMBOLOS (R^{-5})

«Símbolos» son signos con estructura arbitraria, inventados para fenomenologia, para ostensorio, de conceptos. Aquí ¿para «viril» de dios y de Dios?

¿Para «custodia» de teo-logia?

El concepto de circunferencia está empalabrado en palabras de lengua fisiológica y de lenguaje enfisiologicado en la definición «verbal» de Euclides:

> Circunferencia es curva, cerrada, plana cuyos puntos equidistan de uno interior llamado «centro».

En «$x^2 + y^2 = r^2$», el concepto de circunferencia o lo que de concepto tiene ella está presente, ostentando resaltadamente lo propio suyo. De saber un espíritu *qué es* circunferencia, y querer hablar de ella, inventárale ese figural «$x^2 + y^2 = r^2$». Limpio de vocales y consonantes, de sintaxis, prosodia y ortografía dictadas por y para animal lenguado.

«Si de una proposición antecedente se sigue una consecuente, de la negación de la consecuente se sigue la negación de la antecedente.» Así habló y tuvo que hablar de tal concepto —principio deductivo lógico— un animal racional lenguado que se llamó Aristóteles.

Mas

$$(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$$

es el mismo principio dicho en lenguaje «angélico»: de espíritu presente en símbolos: signos estructurados que no lo apresan, cual cuerpo lo hace.

En la palabra lenguada está el espíritu, el concepto, haciendo de y siendo «forma». Y ella, de su cuerpo.

En la palabra simbólica está el espíritu, el concepto, haciendo de y siendo «fórmula»; y ésta, ostensorio: cuerpo transeúnte, inventado para resalte y contraste entre concepto y material, entre espíritu y cuerpo, entre forma y fórmula.

Con «$\frac{\partial^2\varphi}{\partial x^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial y^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial z^2} - \frac{1}{c^2}\frac{\partial^2\varphi}{\partial t^2} = 0$», ¿no estará hablando Dios de *qué es* luz, mejor, incomparablemente mejor, que llamando a la luz «luz», o diciendo «hágase luz» con vocales, consonantes, sintaxis, prosodia, hebrea o caldea?

Y quien inventó tal fórmula, y la dijo e inventó el decirla de tal manera, ¿no será, o fue, *oráculo* de dios, mejor y más espiritual que el oráculo de quien se sirvió para decir «luz, día, hágase»?

Quien dijo en arameo «llevad estas tinajas al maestresala; y éste vio sorprendido que estaban llenas a rebosar de vino, revelándose así Jesús "hijo de Dios"», transustanciador de realidades, ¿no se habrá revelado Dios como transustanciador de realidades en

$$\mathrm{H—O—H} \qquad (H_2O), \quad \text{y en}$$

$$\begin{array}{c} \mathrm{H}\quad\ \mathrm{H} \\ |\qquad | \\ \mathrm{H—C—C—O—H} \\ |\qquad | \\ \mathrm{H}\quad\ \mathrm{H} \end{array} \qquad (CH_3CH_2OH)$$

que indican la manera de convertir, transustanciar, por cambio de radicales y sustracción o adición de C, en laboratorio dotado de instrumentos inventados, creación de un Lavoisier y de un Liebig?

Palabras «divinas» apropiadas para revelarse o manifestarse dios como transustanciador, con otro tipo de palabra no fisiológica.

Palabras «divinas» de las que fueron oráculos o profetas Lavoisier y Liebig.

«Mientras caminaban e iban conversando [Elías y Eliseo] he aquí que un carro ígneo de ígneos caballos separaron al uno del otro. Y ascendió Elías al cielo por tal turbonada» (IV de *los Reyes*, II, 11).

Tal dijo Dios a su oráculo en palabras de lenguaje fisiológico para mente conceptuante dentro de él y según las posibilidades anatómicas y fisiológicas, gramaticales y sintácticas de la lengua carnal.

Empero la fórmula del ángulo (α) de ataque para que pueda ascender, realmente, comprobablemente, un ala de avión, es

$$\alpha = \frac{1}{\pi}\int_{-1}^{+1} \frac{\xi}{(1-x)\sqrt{1-x^2}}\, dx.$$

¿No es digna palabra de un dios a quien le dé por manifestarse y hablar como «El Gran Inventor» o «El Ascensor» a los cielos quien, por ser, además, Gran Señor —magnánimo, magnificente y munificente— se revela por oráculos físico-matemáticos y les revela aerodinámica para poder construir, ellos, no carrozas ígneas de caballos ígneos, sino aviones y misiles de motores de centenares y miles de caballos de fuerza (HP) que pueden llevar por los cielos, segura, cómodamente sentados, ocupados, distraídos, dormidos o despiertos tantos pasajeros cuantos darían para una aldea o palacio de medievales señores o de curia romana? Y dios no se ofende o retrae porque tales oráculos suyos no lo reconozcan por Dios Inventor.

Wittler, Hans von Ohaim, von Braun y Mach fueran oráculos de dios realmente, supiéranlo o no, acepten o no lo aquí sugerido: ser «oráculos de dios»; y sus fórmulas, ser «palabra divina». La verdad es que esa y otras fórmulas conexas, por premisas, secuelas, *serían* (*serhían*) palabra divina.

Dé una mirada el Lector a la página primera de la partitura de la *Missa solemnis* («Credo») de Beethoven (Lámina 2). No es preciso que sepa leer la partitura para dar su valor a las consideraciones siguientes.

El concepto, o conceptos, de «Creo en un Dios» (*Credo in unum*


CREDO
Allegro ma non troppo
Flauti
Oboi
Clarinetti in B Sib
Fagotti
Contrafagotto
Corno I II in B Sib basso
Corno III IV in Es Mib
Trombe in B Sib
Tromboni
Alto
Tenore
Basso
Timpani in B Sib F Fa
CORO
Basso
Cre-do, cre - do
Allegro ma non troppo
Violino I
Violino II
Viola
Violoncello e Contrabasso
Organo


10
Fl.
Ob.
a 2
Cl. (B)
Fg.
Cfg.
Cor. (B) (Es)
a 2
Tr. (B)
Trb.
2.
Timp.
CORO
S.
Cre - - do, cre - - do in
A.
Cre - - - do in
T.
Cre - - do, cre - do in u-num, u - num De - um,
B.
in u-num, u-num De-um, in u - num De - um, in
Vl. I
Vl. II
Vla.
Vlc. e Cb.
Org.
10

Deum) está enrealizado en palabras (latinas) de lenguaje fisiológico, cantadas por el Coro, inicialmente por el bajo con frase enfáticamente afirmativa, de seguridad algún tanto exhibicionista y agresiva. Beethoven, creyente católico, tenía, ciertamente, idea de lo que tales palabras significaban: conceptos de creer, unidad, dios; más vagos que los que debía tener su «alteza real, eminentísimo cardenal Rodolfo...», arzobispo de Olmütz a quien estaba dedicada la Misa.

Mas tales conceptos, y su aureola teológica, le fueron a Beethoven mero pretexto para el lenguaje simbólico musical: para la partitura a ser dicha, hablada, por instrumentos —lengua no fisiológica, anti y supranatural. Él *creyó musicalmente* en el Creo lingüístico. Lo que escuchó por dentro inicial, imaginativa, creadoramente, y lo que pudiera escuchar por fuera en la ejecución, fue *creer musicalmente* o música creyente (cfr. Apéndice F).

Si a Dios le hubiese dado la gana divina de serse, de estarse siendo, de revelarse «El Gran Músico», ¿a quién hubiera tenido por mejor creyente: a Beethoven o a un teólogo cantor, declamador en latín de los conceptos de «creo, unidad, dios»? ¿Y quién hubiese honrado mejor —más delicada y ricamente— a El Gran Músico: Beethoven o Rodolfo metido a cantor o a recitador?

¿Cuál es mejor palabra *divina*: la dicha por la partitura en símbolos, ilegibles e impronunciables fisiológicamente o la palabra fisiológicamente violentadora de conceptos suprafisiológicos?

La partitura en su estado de puras y simples notas —cual los primeros compases del «Credo»— es el equivalente de las fórmulas físicomatemáticas que dicen en lenguaje simbólico, *divino, qué es* luz, *qué es* vino. La partitura estrictamente musical es «álgebra sonora»; es, en el fondo, la misma fórmula (ecuación diferencial parcial) que la de la luz. «Álgebra sonora» es frase del musicólogo y filósofo E. Bloch, cual definición de *música*.

Un caso más de «realidad conceptuada y enrealizada en símbolos». Ante estos casos, Goethe repetiría, levemente retocada, su sentencia: quien tiene ciencia, arte o técnica, ya tiene religión, fundada sobre Dios a quien le ha dado por revelarse como «El Gran aerodinámico» —reconocido o no cual tal por Mach, von Braun... Quien no tiene ni ciencia ni arte ni técnica, tenga Religión, fundada sobre Dios a quien le ha dado —le dio— por revelarse cual «creador por palabra» dicha en lenguaje de lengua fisiológica humana.

Confirmemos este punto repitiendo, y no por última vez, la afirmación —¿sugerencia, sospecha, deseo?—: *creer* en lo que habla Dios

en lengua humana es mérito; lo reputara Él por mérito, *a pesar* de lo científicamente dicho por oráculos de Él en lenguaje simbólico. Mas *no creer* en lo que Dios dice en lenguaje humano fisiológico, precisamente *por lo que* Dios hace que digan sus oráculos en lenguaje simbólico, no es ante Él, demérito.

Basta para todo esto, y más, con que a Dios le dé por serse y manifestarse como «Gran Señor».

(7) REALIDAD IDEALIZADA (R^{-6})

El agua (H_2O) puede hallarse en múltiples, conexos, estados: líquido (y es el ordinario en nuestras latitudes), pesada (H_3O), sólida (hielo), gaseosa (nubes), y cada estado tiene sus propiedades y usos especiales; y pierde algunos de los usuales, en otros. Todos ellos están, termodinámicamente, unidos por una función de estado en que entran de variables decisivas presión, volumen, temperatura y masa. Detalle aquí, esto.

Cualquier cosa (ente, *res*) puede hallarse en varios estados y en cada uno de ellos queda algo de los anteriores; pierde algo de ellos —en cuanto a usos, comodidad, seguridad, disponibilidad.

A las preguntas: *¿qué es* lo que queda de Agua en hielo, en nube; *qué es*, cuánto o cuál, lo que se ha perdido de los estados anteriores?

¿Qué es lo que queda de circunferencia cuando se la define —se la pone en estado conceptual explícito— de «curva, cerrada, plana...»; y *qué* queda de ella cuando se la pone (define) analíticamente con «$x^2 + y^2 = r^2$»; y *qué* queda de todo ello cuando se la pone (define) en estado de ecuación diferencial?

¿Qué queda de la caída de una piedra sobre la tierra; o de la caída de un hombre de una torre, ventana, árbol... cuando se la pone (define) por su ley matemática de caída: $z = 1/2\ gt^2$? Y ¿qué queda de todo ello cuando se la pone en estado (fórmula) de ecuación diferencial «$\frac{d^2z}{dt^2} = g$»?

¿Qué queda de *dios*, sentido en contacto de realidad (hombre: Abraham, Jacob, Moisés... Plotino, fray Francisco, fray Juan de la Cruz, Teresa de Jesús...) con Realidad (Dios), cuando tal contacto pasa a serlo de realidad sensible (Dios visto, oído, palpado...); y de ésta, a realidad imaginada; de ésta, a realidad recordada; de ésta, a realidad con-

ceptuada y hablada; y de ésta, a realidad conceptuada y simbolizada; y de ésta, a realidad idealizada?

¿Qué es lo que queda —nos queda— de Dios en *sus* vistas, en *sus* imágenes, en *sus* recuerdos, en *sus* conceptos, en *sus* palabras fisiológicas o simbólicas, y en *su Idea*? Son *de Él* y *de* nosotros. Concepto nuestro de Él, sobre Él; y Él, en estado de concepto, dándose a ser concepto, humanamente captable (*conceptus, capere, captus,* cautivo). Concepto de doble vertiente o cara: mas una sola realidad, cual las dos caras de círculo. Idea, de doble vertiente: de doble cara: divina (envés hacia Dios, divina) y humana (revés hacia y para nosotros, humana).

Nos hace falta, pues, perfilar el significado y función de *Idea* frente, en contraste, con concepto —frente al cual resalta de manera inmediata, y mediata frente a recuerdo, imagen... (No hace falta advertir al Lector que el significado y función que atribuye aquí el Autor a *idea* en contraposición a concepto, es asunto de libertad *nominal*, de la cual hará el menor uso posible.)

Es ya experiencia cotidiana la de distinguir entre móvil y la dirección que lleva su movimiento. Y se obra cuidadosamente según ella. El choque es efecto de mala dirección; que en el blanco den saeta y bala lo es de buena puntería.

Demos a «dirección» la palabra técnica de «vectorialidad». Vectores, o direcciones típicas, son, vgr., hacia arriba-hacia abajo, hacia la derecha-hacia la izquierda, al derredor de...; mas sin blanco fijo hacia arriba, hacia la derecha, sin que nadie haya allí; tiro suelto, bala perdida; al derredor de dos focos (elipse); de un solo centro (circunferencia, movimiento de rotación); movimiento hiperbólico, parabólico: hacia lo infinito, sin que pueda haber meta; asintótico: acercarse a algo sin poder tocarlo; y acercarse según ley matemáticamente definida; cometas esencialmente tales. Movimiento aleatorio de moléculas, fotones... sin poder determinar direcciones privilegiadas, meta a alcanzar y en que reposar. La ley de distribución de velocidades impide la existencia de metas, de finales. Si se llega a alguna parte (posición) es porque sí —cual porque sí sale, jugando con dado leal, el 1 en la primera jugada; el 6, en la segunda; en otra, el 6 en la tercera... Si hubiera manera, truco, cálculo para determinar la salida de una cara, la de *ésta*, el dado sería falso o el jugador tramposo. Tal es la «razón de la sinrazón» de lo regido por cálculo de probabilidades. Hay razón para que no haya razones. Dominio del porque sí o porque nó.

Mas toda dirección o vector tiene su vehículo. El portador de ella:

auto, la bala, la piedra, la mano que se tiende al frente para saludar..., la media vuelta que da el cuerpo al llegar a donde no quería o a callejón sin salida.

Y continúan los resabidos detalles: las direcciones o vectores no pesan, no se calientan o enfrían, ni se dilatan ni se contraen, ni tienen color, sabor, ni se componen de moléculas, átomos...; ni aumentan ni disminuyen, ni tienen masa. No participan de las cantidades y calidades del vehículo de que son direcciones. La realidad masiva pertenece al vehículo: al componente «escalar», dicho en término técnico: el medible según escala de balanza, termómetro, barómetro...

Parecen ser de realidad más sutil, aun, que imagen en espejo. Más sutil, pero eficiente y vinculada realmente a su portador —dos caracteres reales que no tienen las imágenes especulares.

Añadamos un detalle decisivo para nuestro intento: el hombre ha inventado la manera de escindir, sin llegar a rotura, dirección y vehículo; y encomendar o enrealizarlos en dos instrumentos independientes, mas coordinados: dirección o vector, al volante; fuerza bruta, al motor; y motor y volante coajustados, montados, en instrumento total —vgr. auto.

En el estado natural, inmediato, dirección (vector) y sujeto de ella (vehículo) están fundidos y confundidos —inseparados. Tan fundidos-con, confundidos, cual aluminio con bauxita; acero, con hierro; gasolina de alto octanaje, con petróleo... Fusión y confusión que neutralizan, por medianía y mediocridad, las eficiencias extraordinarias, tendientes a máximo, de dirección enmaterializada en volante, y de fuerza bruta (causa) enmaterializada en motor. Bauxita no vale para ala de avión; y petróleo, tal cual brota de natural, no vale para motor ni de avión ni de auto. Ya Aristóteles dejó explícitamente notado que lo natural nos es dado como un confuso. Todo: sustancia-accidente, materia-forma, potencia-acto, fundidos entre sí; dando, pues, un confuso o fuso (*synquechyménon*) que resultará des-fundido por la ciencia que separa las cuatro causas; la sustancia, de los accidentes o escoria; la potencia, de sus actos; padre, de hombre; madre, de mujer; circunferencia, de rueda... Confusiones que hacen los niños, y aun los grandes, pequeños fuera de edad.

Mas no llegó Aristóteles a notar que direcciones y sus vehículos estaban fundidos y confundidos en el estado natural. Que timonel, cochero, caballero... eran ya una separación entre motor y dirección, encomendada ésta a timonel; la de motor, a remeros y barca...; la dirección a cochero; la de motor, a caballos. Riendas y timón... eran ya ins-

trumentos propios de dirección: enrealizaban vectores; barca y remeros, caballos... enmaterializaban «motor», fuerza bruta —direccionalmente bruta. Riendas y timón, instrumentos inventados por el hombre en virtud de los cuales se distingue de la manera como tiran bueyes y caballos. Por toda clase de riendas y de timones el hombre deja de ser, real y eficientemente, mulo, caballo o buey. Y asciende a «gobernador» (*kybernétes*): a timonel, piloto, caballero... Y por tal hecho, real y concretamente transcendental, trans y antinatural, resultan depuestas las causas naturales —material, formal, eficiente y final, fundidas y confundidas en el estado natural— a material en bruto, fuerza bruta, forma bruta; y sus finalidades, a indiferentes medios; y todo lo que de dirección tenían confundido resalta, y es un nuevo tipo de «causa»: la directiva o vectorial.

En nuestros tiempos los tipos de volantes, de rectificadores de corriente, de transistores... han llegado a ser tan manejables que casi con el meñique se dirige un auto, de masa total de toneladas y de fuerza bruta —a la que se le ha drenado la dirección— de diez, veinte, miles de caballos (HP).

Pues bien, y a esto se ordenaba todo lo anterior, *Idea* es, se reduce a, (1) separar en el *concepto* dirección y contenido, vector y vehículo que, en el estado natural del concepto están fundidos y confundidos; y (2) montar dirección y contenido en dos instrumentos mentales diferentes, mas coajustados en aparato total; no compuesto de ellos, sino coajustados; y (3) seipsirreajustados (*feed-back*).

Estudiemos unos casos ejemplares, aleccionadores para nuestro tema «idea de Dios»; que, si se hubiera o se pudiera obtener tal idea —o lo que dios tiene de idea en su estado de dios natural, en mina de religiones, de mentalidades y vidas naturales—, tal *idea* fuera vector o dirección potentísima que, con un mínimo de esfuerzos, fuerza, energía, violencia, gobernara al hombre interno y externo, individuo o sociedad, reducidos a motor, a masa movible, para empresas nuevas, semejantes a viajes interestelares, a ascensiones a cielos y descensos a infiernos, viajes realizados ya y perfeccionables sin límite prefijado por instrumentos en que se han separado vector y vehículo, dirección y motor.

Conceptos en estado natural

(1) En estado natural halla el hombre cosas redondas: gotas de agua, troncos, arco iris, perlas, ruedas, monedas, frutas... «circunfe-

rencia» (círculo, esfera), fundida y confundida con agua, madera, metales, color, sabor, peso... La definición (*horismós*, lo dijo, e hizo, Aristóteles) des-confunde y desfunde tales fusiones y confusiones. Madera, metales, serán escoria, accidentes, adherencias del contenido de circunferencia *definida*: «curva cerrada, plana, unicentrada». Mas todavía es un con-fuso: está fundida con palabras: con fisiología en funciones fonéticas y fonética fundida con sonido significativo.

Pero, no pronunciada ni en voz alta ni en baja, ni escrita en papiros o pergamino o playas, «circunferencia» asciende de *concepto* a *idea* al hacer de ella «figura perfecta», «modelo de identidad», «ejemplar de movimiento eterno», «figura del Mundo». Lo de «curva, cerrada, plana...» resalta entonces como «concreciones» o fusiones que rebajan, ocultan y mediatizan —con mediocridad geométrica— lo supremo y más sutil y más universal de Circunferencia (círculo, esfera) que es eso no sentible —no sensible, ni imaginable, ni empalabrable— de «modelo de identidad» (Parménides), «figura del mundo» (Platón); «trayectoria para movimiento eterno» (Platón, Aristóteles, Ptolomeo)... El contenido y función propia de «Circunferencia» en cuanto o por lo que tiene de *idea* es primera y principalmente eso de «figura perfecta»...

Ella es, está haciendo, de «volante» perfecto del movimiento de estrellas, sol y universo; de volante que, por idéntico él mismo, cualquier punto es principio-medio-fin; del mismo se vuelve, sin salirse, a sí mismo, por todos los otros —mantiene la identidad del universo: del del ser (Parménides) y del visible (Dios visible).

La circunferencia de la rueda del volante es —no cual, sino realmente— Volante del volante. Lo hace (más) manejable, con versatilidad universal de dirección.

Idea no es, pues, algo abstracto —*ido*—; sino está ya *ido* o yéndose a un plusultra mundo.

Guiarse por ideas es guiar por volante de volantes toda la realidad de un orden, del *orden cósmico*. Cosmos reducido o rebajado a *vehículo*: a realidad bruta, rehecha la realidad natural tanto o más que bauxita rehecha en aluminio, para ala de avión; petróleo, rehecho, elaborado en gasolina de octanaje para motores de auto, camión, avión...

Prosigamos —Autor y Lector— con más ejemplos que preparen el camino mental para dar sentido real a *Idea de dios*.

(2) En una primera impresión, proporcionada por lo sensible, pareciera que todo vector —o dirección— tiene que tener un punto de arranque y un punto de apunte a que llegar y, en llegando que llegó a él, atascarse, clavarse en él. Con palabras latinas clásicas, tener *terminus*

a quo, terminus ad quem —un término *desde el que* y un término *al que*. Mas una boya está vinculada al fondo del mar, al punto de partida; pero queda libre para moverse, versátilmente, entre dimensiones del circundante mar —de esa infinidad sensible que es, de real manera, el mar. Una boya es vehículo de un vector (de movimiento) con término *desde el que* mas sin término *al que*. Es vector unifinito; no bifinito, cual saeta salida del arco que ya no tiene, vigente, el término «desde el que»; pero podrá de suyo y tendrá término «al que» llegar: blanco en que quedar clavada. Flecha, bala... son vectores bifinitos de vehículo finito —de realidad con valor escalar o masa finita. Un vector infinito posee una infinidad de direcciones disponibles para un hombre que haya inventado la manera o gesto de usarlas para la meta que él, no el volante, se proponga —aparte de la impresión de libertad de movimientos que, al inventarla y notar que funcionaba, recibirá su inventor.

Idea (de Dios) —en caso de haberla, de tenerla y caer en cuenta de que es *idea* y no concepto ni ensimbolizado ni empalabrado ni imagen...— ¿no se parecerá a *boya*: a vector con un punto fijo de su vehículo, agarrado a un punto de la realidad —al de contacto (con dios)—, mas con libertad de movimientos en un Mar: en un infinito (moral, religioso, social, estético...), sometido el vehículo a la finitud de su material —cual la boya a la longitud y finita resistencia de su bramante, cable...? ¿Y el hombre, a la finitud de su naturaleza que parte de y depende íntima y necesariamente de lo nuclear y atómico, y termina en lo mental: en mente intuitiva de principios y discursiva de secuelas?

Dejemos el interrogante en interrogante. Mas pongamos en claro la conclusión: una realidad tiene tanto de su realidad en estado de concepto cuanto tenga de «definición realizada». Así tiene más de concepto realizado —vgr., del concepto definido de circunferencia— una rueda de camión actual que una rueda de carreta neolítica de bueyes, y una balanza de precisión tiene enrealizado más y mejor el concepto de equilibrio dinámico que una balanza romana.

Mas las dos —y similares— tienen muy poco, o nada, de *idea*, pues no tienen por término *al que* dé a sus movimientos una cierta infinidad. No tienen libertad de movimientos. *Infinidad disponible*. Carácter (uno de los) de *Idea*. Y criterio para determinar, precisa y no vagamente lo que en realidad —aun bien conceptuada definida— tiene (en estado) de *idea*. Al menos un componente abierto a infinidad: término *al que*, «infinidad».

(3) En el comercio de juguetes se hallan —aunque no gozan ya del favor infantil— muñecos con plomo en los pies llamados en algunos lugares «porfiados» o «tentempiés». Caen siempre de pie. Hayan sido cuantas se quiera, y se lo mueva a volteretas. Disponibles por montaje para una cierta doble infinidad: respecto del punto de partida y del de llegada y de los caminos intermedios. Doble (o triple) infinidad concreta dentro de esotro infinito sensible que es el aire, en sus tres dimensiones.

El vector de sus volteretas tiene por vehículo la masa del muñeco. Por unos instantes se ha libertado de su adscripción a la tierra: a lo que define o finita su movimiento.

Un bailarín sería no del todo mal ejemplo de lo mismo —aunque más digno de otra suerte de admiración, y de lecciones a dar, frente a las severas del tema presente.

Todos ellos des-definen, des-finitan sus conceptos realizados, enmaterializados en vehículos masivos. Sin evadirse de sus vehículos tales vectores. Mas sometiendo al vehículo a su infinidad; sometido él a ella para que sea real infinidad. En el orden mental filosófico, tal vez sea Descartes quien transformó de tal manera su mente que, sometida al vaivén de la duda, caía siempre de pie: en una reafirmada afirmación de sí. Pienso, *luego* existo; niego que exista, *luego* existo; es verdadero lo que pienso, *luego* realmente pienso; es falso lo que pienso, *luego* realmente pienso; suspendo el juicio (de verdad o falsedad), *luego* existo. «Que soy» es el plomo (de realidad) del pensante, dé las vueltas que quiera, directas e inversas, por negación, duda, certeza, sospecha, afirmación, dentro de esa infinidad de elementos que abarca el pensamiento o la voluntad.

Nos hallamos ante un vector, o dirección real, *mental*, pensamental, volitivo, científico, filosófico. Y no tan sólo se reduce todo esto a una metáfora, bizqueante hacia vectores físicos.

Término *del que* se parte —de que parten el pensar, el querer—; término *al que* se llega; camino, *métodos* (*metà hodós*) diversos entre los dos términos.

«Pienso (p) *luego* ($\supset$) existo (e)»; «pienso que no pienso, *luego* existo»; «pienso que no existo, *luego* existo»... con simbolismo matemático, fácilmente inteligible para el lógico y matemático corriente ya —mas detalle omitible, sin inconveniente mayor, para el lector no matemático— se diría:

$$p \supset e; \quad p(p) \supset e^2; \quad [p[p(p)]] \supset e^3 ...; \qquad \text{o bien}$$
$$(Ip)^n \supset e^n, \qquad n = 1, 2, 3, 4...$$

Pienso que existe Dios, *luego* yo existo; pienso que no existe Dios, *luego* existo; dudo de que haya algo así como dios, *luego* existo; pienso que no pienso en dios, *luego* existo; no me convencen ninguna de las pruebas de que haya en el universo del ser un ser que sea dios, *luego* existo. La negación de dios no me aniquila; reafirma, más bien, mi existencia; soy un negador, aun renegador, cuya negación o reniego de mí mismo o de dios, no me aniquila; al revés, me reafirma, tanto o más, con potencia superior, cuantas más veces y de más maneras *me* niegue y *me* reniegue.

¿Es lícito, además de ontológicamente real, tentar en firme tal experiencia: ponerse a ser —inteligentemente, volitivamente, imaginativamente— *a-teo*?

¿Tomar en serio, en real, el título —la duda— de «*Utrum deus sit*», de la cuestión segunda, artículo III de la *Summa theologica* de Tomás de Aquino?

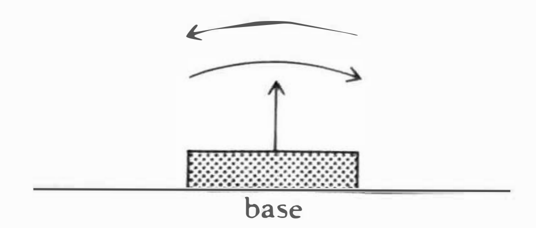
Quede suelto un hilo más —por unas páginas.

La duda cartesiana (1) con sus puntos de partida infinitos —que de infinitas cosas se puede dudar o suspender el juicio—; (2) con sus intermedios o caminos, infinitos también —sospechas, exámenes, indicios, malicias, condiciones, tanteos...—, y (3) e infinidad de término: la reafirmación, cada vez más comprobada, puesta a prueba y superada ésta: «la de que *existo*» (e^n). Todo ello nos descubre una característica más de *idea*: triple infinidad de movimiento (mental real). Mi realidad —la de cada uno, la de yo por yo— se muestra triplemente cargada de plomo; o es triplemente real. En que eso de *triple* de lo mismo (yo existo) no es cual $1 \cdot 1 \cdot 1 = 1$, sino potenciación de identidad, de realidad con libertad de movimientos mentales —intelectuales, volitivos, morales, religiosos, científicos...

Lo que de *idea* tiene mi realidad (yo existo) es vector con triple infinidad —de puntos de partida, intermedios y punto final. Y su vehículo real es bien determinado y constante: yo pienso en (x), dudo de (x), sospecho de (x); y en (x) caben infinitas cosas concretas —por lo pronto, todas las aserciones científicas, *teológicas*, filosóficas... sobre existencia o inexistencia, verdad o falsedad de ellas.

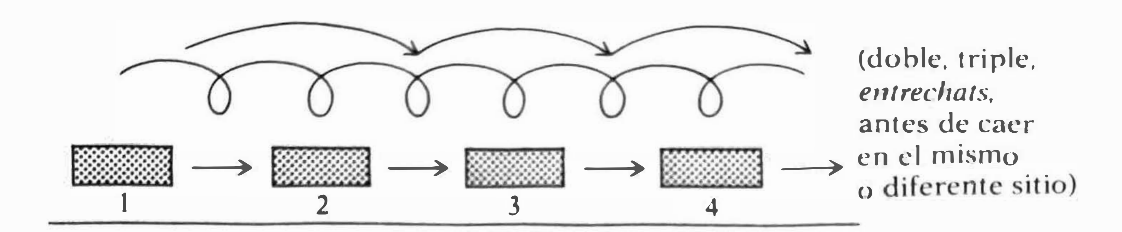
Puesto que, sin evasión, pertenecemos Autor y Lector al nivel actual científico y técnico, y de él vivimos, redigamos lo anterior en lenguaje simbólico geométrico.

(a) Boya, y enseres de su tipo, admiten el esquema

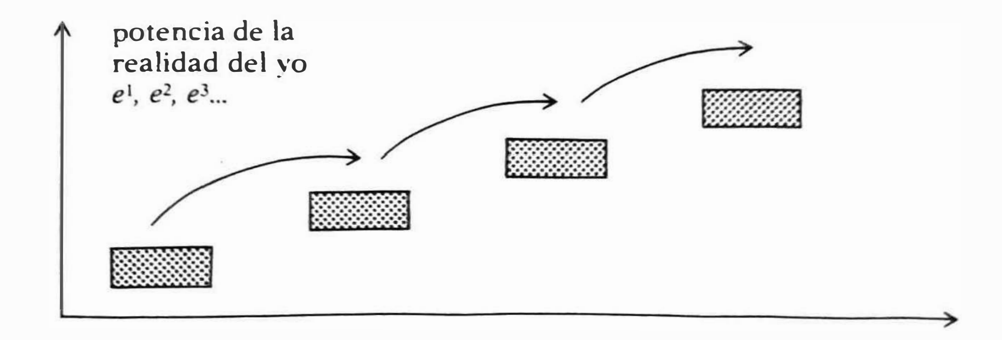


Una sola infinidad de movimiento, de camino; «base» fija, la misma.

(b) Muñeco con pie de plomo, bailarín con pie (y cuerpo) pesados por la gravitación —masa suya y la de la tierra— que se desplaza por el escenario (1, 2, 3, 4...)



Triple infinidad —cambio de base (1, 2, 3...); cambio de ruta (directa o inversa); cambio de término final (lugar) de reposo (transitorio): la tierra; más la misma potencia de lugar, definitivo de reposo



Número de dudas, sospechas, tanteos (pruebas) de poner a prueba la realidad de yo. El vector mental cartesiano (o husserliano) posee triple infinidad, una de ellas infinitamente potenciable: la del término final: la de e^n —*yo existo*. ¿Qué tipo de realidades resisten tal prueba —sin aniquilarse la base real, el vehículo? ¿A cuántas y cuáles tal tipo de vaivén, de volteretas, de dudas... no las marea o hace salir disparadas, evadidas de la realidad: de su realidad inicial?

La realidad de haber hecho contacto con Dios, la de haberlo visto, oído, palpado, imaginado, recordado, empalabrado y ensimbolizado en concepto, ¿resiste ese tipo de prueba cartesiana: la actuación de ese vector de triple infinidad, una de ellas potenciable?

Otro hilo más, suelto.

Unos complementos indispensables:

Estados de Idea: *idea fija, idea obsesiva, idea maniática*

Una idea —o lo que de idea tengan lo político, lo social, lo religioso, lo estético, lo técnico...— puede basarse, arraigar y arrancar del estrato de concepto simbolizado y empalabrado, directa o propiamente, y sólo indirecta e impropiamente, aunque realmente, partir de los estratos que al dicho hacen de sustrato, necesario y constante, mas no suficiente —los de recordatorio, imaginatorio, sensible-sentido y contactual. En este caso la idea está fija, o es idea *fija*. Veremos inmediatamente sus calidades típicas, de ella y de los otros tipos.

Una idea —o lo que de idea fija tenga lo político...— es, o llegará a ser, idea *obsesiva* si se basa, arraiga y arranca (punto de partida) de los estratos recordatorio, imaginatorio y sensible-sentido, propiamente; y sólo el estrato fundamental de contacto entre realidades le es necesario, mas no suficiente. En este caso tal *idea* es, o está siendo, obsesionante u *obsesiva*. Mas no atiende ni entiende lo del estrato conceptual —empalabrado o ensimbolizado.

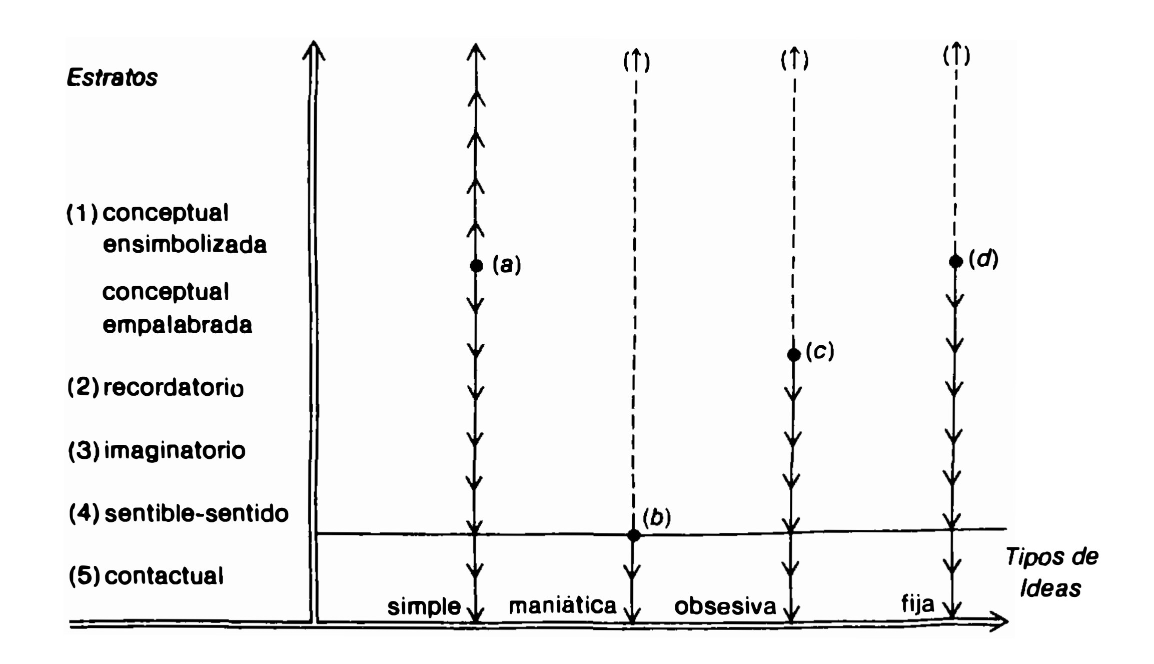
Por fin, una idea —o lo que...— es, o llega a ser, *maniática* (tema de locura y de locos o de sonámbulos mentales: intelectuales, volitivos, técnicos, políticos, reformadores...) si se basa, arraiga y arranca inmediatamente del estrato contactual, y revierte a él, por no haber acabado de salir de él.

En este caso, o estado, tal idea atraviesa los estratos superiores sin detenerse en ellos —ciega, sorda, muda, insensible, tonta, respecto de ellos. Caso vulgar, el de fanatismo y fanáticos: religiosos, políticos, morales, sociales, económicos, estéticos...

En el anterior, la obsesión atraviesa, sin detenerse, el estrato conceptual empalabrado y/o ensimbolizado. El obseso (o poseso) ni entiende ni atiende a razones (conceptos): a palabras enconceptuadas o a símbolos enconceptuados.

En el primero, la idea fija —política, religiosa...— atiende y entien-

de lo que de idea tenga un concepto o conjunto de ellos (Credo, consigna...). Tal vez ayude al Lector el esquema adjunto:



Clave

(1) Las líneas en trazos discontinuos, indican que el correspondiente tipo de *idea* pasa de largo por ellos —existan (los haya) o no.

(2) Los puntos negros (*a, b, c, d*) indican desde dónde comienza para cada tipo de idea su descenso hacia la base permanente, necesaria para todos los tipos; descenso *global* que no los aprovecha en sus originalidades.

(3) Las líneas continuas indican, si la flecha está hacia arriba, la positiva y graduada ascensión a idea pura. Sólo la idea pura, a partir de (*a*) asciende, *gradualmente*, desde su base propia (1) que aprovecha las originalidades de los tipos por los que pasa la flecha ascendente. Si la flecha apunta hacia abajo indica el descenso *global* del tipo, descenso que no aprovecha explícitamente sus originalidades.

(4) La doble línea de la base indica que todos los estratos están constantemente y necesariamente apoyándose y siendo reales por la contextura básica del universo de la que se hablará en el artículo siguiente.

(5) Las flechas ascendentes, mas entre paréntesis, indican que de hecho el tipo de idea no asciende a idea pura; pero que puede ascender por evolución o mutación del tipo de idea —vgr. idea maniática

que se trueca, o convierte, en idea obsesiva; o ésta, en idea fija. Y al revés: perviértese idea pura en fija; ésta, en obsesiva; ésta, en maniática.

(6) La idea pura no es absolutamente pura, pues ésta ya no se basaría, para ser real, en el estrato contactual. «Pura» indica nada más su base inmediata, aprovechadora de concepto.

(7) La idea en su estado de fija, obsesiva y maniática, es rígida, con rigidez creciente desde fija a maniática. Sólo la idea en estado de pura es flexible. Flexible-inflexible son calificativos a estudiar en su momento.

La idea (o una idea: política, social, religiosa...) en estado de maniática es, con frase corriente, «tema de loco»; y, por su inmediación, aprovechada y sida, del estrato contactual —el de máxima fuerza de la base del universo—, el loco por ella dispone de un máximo de fuerza física. Así los fanáticos, sectarios, inquisidores, perseguidores. El maniático no llega a separar —sin romper— la fusión y confusión de vector y vehículo, del estado natural del hombre. Hace aún de «mulo», de «buey» humanos. Para él no han venido al mundo aparatos cual volante y motor, distintos, mas coajustados. No se deja instruir por la mecánica actual y por el físico-matemático cálculo vectorial —aunque se sirva en su vida social real de tales inventos, cual lo haría un simio adiestrado.

(8) Idea en sus cuatro estados tiene la calidad de unicidad de dirección, reforzada; es decir: tiende y tira a *mono*-teísmo (si se trata de la idea de dios); o a *mon*-arquía (si la idea es idea de príncipe, rey, emperador o de Estado político); a *mono*-polio (si la idea lo es de economía, por su componente de producción)... Dicho a la inversa: monoteísmo, monarquía, monopolio... son procedimientos, métodos, instituciones para dar a una idea unicidad de dirección: hacerla idea fija... hasta maniática. Y hacer —en ambos casos, directo e inverso— de religiones, pontífices, reyes, emperadores, inquisidores, productores, «locos, maniáticos, obsesos por tal idea» —sonámbulos mentales.

La aplicación detenida y meticulosa a la idea de dios se hará en adelante.

(9) En un instrumento total en que se hallen separados vector y vehículo, coajustados entre sí —vgr. en auto, avión, transistor, rectificadores, retroseipsiajustadores (*feed-back*)—, el hombre, elevado por invento vital, a «gobernador»: piloto, chofer, astronauta, director..., dispone del abanico de disponibilidades de dirección: de libertad de movimiento del instrumento total —auto, avión, fábrica automática...—; disponibilidad a disposición del animal racional, de su voluntad, de las

metas que ella disponga: desde ir a paseo (en auto), hasta ir a la luna: metas que son fines y medios inventados —no naturales, nacidos de lo natural: ni de la naturaleza humana ni de las demás.

Respecto de sí mismo, si ha inventado, él de por sí, el desconfundir la fusión natural entre realidades sentibles-imaginables-recordables-conceptos empalabrados fisiológicamente, resulta el (nuevo) hombre «gobernador» de sí mismo y gobernador de su voluntad natural, reformada en volante y motor, en vector y vehículo, desconfundida su fusión natural con apetito, con querencia por lo bueno *en bulto* —vgr., por bienes naturales irresistibles, cual bienaventuranza, bienestar; por personas necesaria, esencial, apasionada, pasionalmente atrayentes en que quedar el hombre natural definitivamente preso cual en fin último natural, por fusión y confusión naturales de apetito sensitivo e intelectivo.

«*Amor meus pondus meum, eo feror quocumque feror*»: «Mi amor es mi peso; él me lleva a doquier que vaya». «*Impossibile est videntem Deum non amare ipsum et attendere*» (Tomás de Aquino, I, q. 62, art. 8, *Summa theologica)* (cfr. Juan de Santo Tomás, *Cursus theologicus*, vol. IV, p. 692): pasmado el vidente, sentimental y mentalmente. Pasmado y encantado.

La bala, salida del cañón, va llevada por la gravedad a donde ésta la lleve, por no llevar separados en dos instrumentos dirección y vehículo, vector y motor; mientras que un avión —miles de veces, de kg, más pesado que la más pesada de las balas— va, en principio y por montaje, a donde el piloto quiera, sin caer, de ordinario, estadísticamente poco frecuente, a tierra, cual bala o piedra. El sol atrae él, en bloque, a un planeta; éste en bloque también, al sol; y están cayendo uno sobre otro; se atraen, se son peso mutuo, vaya por donde fuere su órbita. Mas una astronave, por tener separados, aunque coajustados y seipsirregulados, masa y dirección, vector y vehículo, no cae, en principio, ni en sol ni en luna. Y el astronauta —hombre super y antinaturalmente reformado, por separar en sí vector y vehículo, masa y motor— tiene libertad de movimientos, abanico de direcciones a elegir, metas a proponerse —sin caer cual bala en tierra, manzana en tierra, aerolito en tierra o en luna.

Hablando por unas líneas en lenguaje arcaico, el dios Sol y la diosa Luna —y la Tierra diosa también— no pueden ya gloriarse de atraer irresistiblemente a los cuerpos vivientes y no vivientes. Una astronave y su astronauta, un avión y su piloto, son *a-teos* respecto al dios Sol y a la diosa Luna.

Si hubiera un dios natural que irresistiblemente atrae *a* y *en* que irresistiblemente caen los buenos; e irresistiblemente repele, y del que irresistiblemente se separan los malos, ¿pasaría todo eso por no estar reformados todos ellos —Dios, bondad infinita, y buenos y malos— o no haber reformado todos su realidad confundente en bulto, motor y volante, masa y dirección —de modo que se hayan separado y seipsirreajustado en ellos, vector y vehículo, motor y dirección?

Las proposiciones universales poseen el innegable privilegio de universalidad; mas son vulnerables por un caso, por un singular que las destroza. Basta con que haya —o se lo pueda fabricar por manipulación de genes— un cisne negro, para que sea falsa irremediablemente la proposición «todos los cisnes son blancos». Y basta con que haya un solo ateo —o uno solo que se crea tal, que es lo mismo, y aun más, según criterio cartesiano— para que la proposición universal «Dios es cognoscible y recognoscible su existencia por todos los hombres, por su naturaleza» resulte falsa, irremediablemente falsa.

Basta con que un astronauta haya llegado a la luna —y aposentado en ella sus pies y sus instrumentos— para que la proposición universal «la luna, el sol, el cielo íntegro da vueltas al derredor de la tierra, cual único centro del universo» resulte hasta visualmente falsa para el astronauta y lo sea para cualquiera que llegue a la luna. La distinción —clara y evidente, al parecer de ojos naturales y de mente asomada en ellos y de sus datos alimentada— entre Cielo y Tierra queda destruida, irremediablemente falsa.

El que, por ahora, sólo en un rincón del universo, en la tierra, y dentro de ella en aparatos sueltos y pequeños, se haya llegado a distinguir dirección y vehículo, volante y motor, coajustados y seipsirregulados, vuelve irremediablemente falsa la proposición universal —evidente a ojos fisiológicos y a mente asomada a ellos— «todo lo natural tiene esencia constituida por cuatro causas: eficiente, final, formal y material, irreformables en número y funcionamiento de potencia».

O dicho de otra manera: lo artificial no podría reformar lo natural. Hacer de causa eficiente, *motor* y fuerza bruta; de causa final, simple *meta;* de causa material, *material* en bruto; de causa formal, *molde*. Todo lo cual, no obstante, lo hace y es invento de la técnica y factura de la técnica.

Preguntémonos con pregunta más determinada ya: ¿no será posible y factible el que toda realidad —dios, dioses, dios humanado, hombre endiosado, héroe... hombre— se ponga a disyungir dentro de sí o ponga a disyungirse a sí en dirección y vehículo, volante y motor, la su

voluntad, apetito, mente, sentimientos, acciones externas...; des-hacer, pues, des-confundir sus causas naturales; des-montar su esencia; hacer cambiar el estado de sus ideas —conceptos, recordatorios, apariciones sensibles, contactos con realidades? Ante lo artificial, real y eficiente de nueva manera, el *onus probandi* corresponde a lo natural: a la esencia y esencialidades.

(10) Todo esto y lo siguiente pudiera parecer construcción mental, novela ontológica, literatura lógica —en país de hadas. Dejando aparte lo dicho, y aludido, sobre lo artificial presente y eficiente —no en país de hadas, sino en la tierra— es la oportunidad —bien venida o preparada e ineludible— de estudiar el grado de realidad de *idea*, concepto... visualidad, imágenes reales, soñadas, direcciones. Que cada una de esas cosas (o *«reses»*, plural de *res*) sea real *a su manera* es fácil de notar y de aceptar, y no difícil de conceder. Mas la afirmación de que cada una de ellas lo es en su *tánto*: con un *quántum* medible en gramos (g) y/o ergios (erg) —unidades de energía, en definitiva masa, según $E/c^2 = m$—, es el punto decisivo a considerar.

Convengamos —Autor de ponente y Lector de benévolo oyente— en entender y llamar «realismo integral» al realismo que admita que todas las cosas (o *reses*, res) son reales *a su manera* —propia, original: sean estrellas, hombres, imágenes especulares, ilusiones ópticas, direcciones, conceptos, ideas... dios, dioses—; y denominar «realismo integérrimo» al realismo que, además de integral, admita que todas las cosas tienen su *quántum* de masa (en gramos, g) o en ergios (erg) —en energía. Todas tienen peso y/o energía en forma mecánica y/o eléctrica y/o química y/o gravitatoria... potencial. Y toda energía tiene masa (o peso) según la ley $E/c^2 = m$.

Aristóteles creyó haber demostrado —casi a ojos vistas— que «la luz no es cuerpo». Lo admite y refuerza Tomás de Aquino y le siguen en sus textos tantos y tantos tomistas, aun en nuestros mismos días. Desde Einstein, para no ir más lejos hacia atrás, la luz es desviada por los cuerpos; ha sido comprobado aun numéricamente y con datos, y es ley fundamental para la cosmología y cosmogonía actuales.

Ahora bien: la física actual se trata —con perfecta naturalidad, teórica y experimental— con magnitudes de milésimas de cuatrillonésima (10^{-27}): el quántum de acción de Planck; con las diezmilésimas de cuatrillonésimas (10^{-28}) del quántum de masa del electrón en reposo.

Pues bien: afirmamos, con realismo integérrimo, que —ilustrativamente, tentablemente, experimentable en principio— el quántum de masa (peso) de un pensamiento es del orden de las millonésimas de

cuatrillonésima de gramo (10^{-30}); que lo que tiene de masa (peso) la idea (o concepto) de *ser* sea del orden de las centésimas de millonésima de cuatrillonésima de gramo (10^{-33})...; que la idea de dios —o lo que Dios tiene de idea al ser y para ser conocido por y dársenos a conocer Él a nosotros: los esencialmente corporales y de alma encorporada— sea del orden de las billonésimas de cuatrillonésima (sextillonésimas, 10^{-36}) de gramo (o masa).

Que haya o existan tales quántumes de pensamiento, idea... no resulta exorbitantemente escandalosa afirmación si se toma en serio, en real, la pertenencia de todo —lo predominantemente corporal (masa, cuerpo) y lo predominantemente energía (luminosa, química, mecánica, eléctrica, potencial)— al universo actual, integrado en su base corporal-energética por protones, electrones... leptones, mesones, bariones... campos gravitatorio, electromagnético, nucleónico (gravitones, fotones).

Pertenecer *realmente* al universo, ser posesión suya *real*, lo demuestra la ley de gravitación universal por la que dos masas (tengan la forma o estado de cuerpo o la de energía) se atraen *mutuamente* en razón directa del producto de sus masas e inversa del cuadrado de sus distancias: «$g \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}} = G$», por lejos que estén y por pequeñas, pequeñísimas, que sean sus masas. Todo: hombres, dioses olímpicos (hechos de luz, fantasmas reales y vistos cual fantasmas), *dios encarnado* o *enhumanado, hombre deificado,* estrellas y nebulosas, moléculas, átomos, nucleones... nos atraemos y copertenecemos a el mismo universo corporal energético.

Somos *de* él y Él es *de* nosotros, de cada uno.

Alma —lo que tenemos de vida pensante, volente, sentiente...— y lo que tenemos de cuerpo —órganos, macromoléculas... RNA, DNA... protones, electrones— están unidos; alma *de su* cuerpo *de su* alma, no teórica o conceptiblemente con concepto plusultraído de un ente plusultraído de este universo real, continua y legalmente, con legalidad físico-matemática. Y los unen esas dos fórmulas o leyes complementarias: $E/c^2 = m$, $E = mc^2$; complemento las dos de la gravitación mutua universal $G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$.

Todo esto —reducido al mínimo, indispensable e inevitable para el tema de esta obra— es tomar en serio, *en real,* con realismo integral e integérrimo, la física y técnica actuales.

(11) El paso de una realidad del estado de realidad contactual (contacto de dos realidades, vgr., hombre y dios) al estado de realidad

sensible y sentida; de éste, al de realidad imaginada; de éste, al de realidad rememorada; de éste, al de realidad empalabrada; de éste, al de realidad conceptual ensimbolizada; de éste, al de realidad *idealizada* (idea), no es un paso determinado y, por ello, cumplido sólo según leyes (lógicas, matemáticas, físicas, psíquicas...) de tipo necesario, sino de tipo estadístico probabilístico.

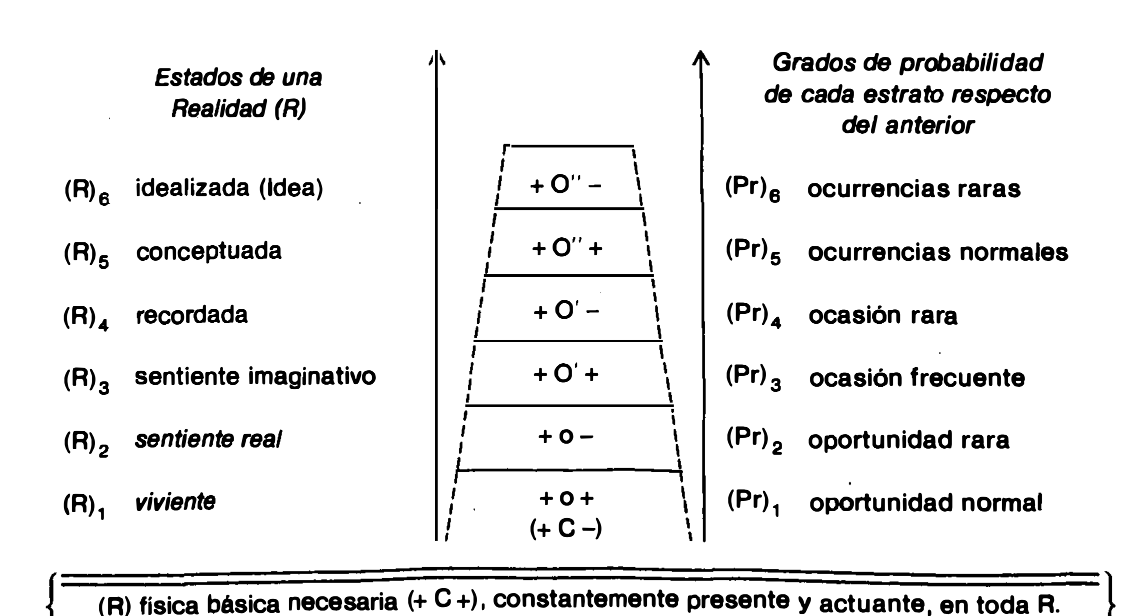
Ante todo: la vida, el viviente, es —para decirlo con frase de Bergson, insuperable de rigor y hervidero de sugerencias— «surtidor de novedades», estrenadora de originalidades, improvisadora de espontaneidades. Vida, definida por los categoriales de novedad, originalidad y espontaneidad, reforzados por los modos categoriales de estreno, surtidor, improvisación.

O con frase equivalente y equisonante de otro gran poeta francés: *«Et pour nous sur l'eau neuve, toute la nouveauté de vivre et toute la grande fraîcheur d'être»* (Saint-John Perse).

Partamos de esta caracterización de vida —y de viviente, que es su concreto real— para declarar las peculiaridades del paso de un estado a otro de toda realidad.

El paso es de tipo estadístico-probabilístico —es decir actuante según el cálculo matemático de probabilidades.

A fin de tratar de este punto de manera que no desborde el marco y tono de la obra, introduzcamos una terminología sugerente a la que se dará explicación suficiente. Sea el esquema, a leer de abajo hacia arriba:



Clave

(+ *C* +) Dominio de causas (*C*) (condiciones, funciones) necesarias (+) y suficientes (+). Es el dominio de leyes físico-matemáticas de estilo determinista: de correlación necesaria y suficiente entre causa y efecto (vgr., salida, órbita y ocaso de sol; movimiento de luna, tierra, piedra...; mecánica celeste y terrestre de Newton-Einstein).

(+ *C* –) Dominio de causas necesarias (+), mas no suficientes (–). Vida de base real y eficiente físico-química; no suficiente ésta para causar la originalidad-novedad-espontaneidad propias de vida y de cada tipo de ella: vegetativa, sensitiva... mental.

La probabilidad (*Pr*) de paso o de surgimiento de (+ *C* –) desde su base (+ *C* +) es grande —dada estadísticamente por el número (¿1.000.000; 500.000?) de especies de vivientes y por la frecuencia de su repetición creciente con el crecimiento del número, regida por la ley de Gauss para la distribución de mayoría de medianos (tipo medio normal) estable y de minorías de supra e infra tal medianía-mayoritaria.

$$0 < (Pr) < 1$$

Llamemos a $(Pr)_1$ probabilidad de grado (1) con el nombre de «oportunidad (*o*) normal» (+ *o* +), porque, como veremos inmediatamente, el mismo estrato básico tiene un componente de probabilidad: de estadísticas (probabilísticas) de Boltzmann-Gibbs, Bose-Einstein, Fermi-Dirac, que son condiciones necesarias, mas no suficientes, para el surgimiento de vida sobre y de tal base. Son tales estadísticas probabilísticas las que dan «oportunidad» o *son* la «oportunidad» para el surgimiento de vida y vivientes.

Lo físico, la realidad física en estado de viviente hace *vivientes* a protones... moléculas... RNA... órganos vivificados *realmente* para que el viviente sea *realmente* viviente.

(+ *o* –) El estado de viviente de la realidad básica —suya y del universo, la misma, constante y necesaria— es «oportunidad rara», mas frecuente, del surgimiento —espontaneidad, novedad, originalidad— de sensibles sentidos *reales* por el viviente; para él y para los demás de su tipo: los medianos en mayoría y los supra e infra ella. Frecuencia (estadísticamente comprobable) del viviente «sensitivo» respecto del «vegetativo» o inmediato a (+ *C* +). No toda la realidad de un viviente, inmediata a su base (+ *C* +), se hace ojos, orejas, tacto...

$$0 < (Pr)_2 < (Pr)_1 < 1; \qquad Pr\,(+o+) > Pr\,(+o-).$$

$(+O'+)$ Grado probabilístico de «ocasión frecuente» (normal) emergente —cual de condición o causa apropiada, mas no suficiente— de $(+\ o\ -)$: de oportunidades raras. Con, y de las oportunidades habituales que ofrecen los sentibles, sentidos y reales, del viviente (despierto) surgen, con probabilidad propia, los sensibles «imaginados», las ensoñaciones (sueños) de ellos: $(Pr)_3$.

$$0 < (Pr)_3 < (Pr)_2 < (Pr)_1 < 1; \qquad Pr\,(+o-) < Pr\,(+O'+).$$

$(+O'-)$ Grado probabilístico de «ocasiones raras» ofrecidas por la frecuencia de las «normales». Vgr., en forma de realidad recordada, recuerdo más o menos original, novedoso y espontáneo de lo ensoñado o imaginado. Algo de todo eso surge afectado de «imposibilidad» de revertir a ser simplemente imagen ensoñada o sentible real sentido.

$(+O''+)$ En general —sea dicho por vía de sugerencia—, atisbos, barruntos, inspiraciones, ingeniosidades... que surgen, cual de base previa, conveniente, mas no necesaria, de $(+\ O'-)$. Surgimiento de conceptos empalabrados. O sea: la palabra, lenguaje natural —surgida de $(+o-)$ y de $(+O'+, +O'-)$— es lugar y material propicio para tal surgimiento de conceptos empalabrados. No, de conceptos ensimbolizados. Novedad, espontaneidad, originalidad de *concepto* respecto de todo lo anterior. $(Pr)_5$: «ocurrencias normales».

$$0 < (Pr)_4 < (Pr)_3 < (Pr)_2 < (Pr)_1 < 1.$$

$(+O''-)$ Grado probabilístico de «ocurrencias raras». Vgr. la de que de conceptos empalabrados surjan, por espontaneidad, originalidad, novedad, conceptos ensimbolizados, sueltos o en constelación de ciencia: fórmulas algebraicas, lógicas... $(Pr)_6$.

Parece —y esto nos basta aquí para el presente intento— que vale

$$0 < (Pr)_6 < (Pr)_5 < (Pr)_4 < (Pr)_3 < (Pr)_2 < (Pr)_1 < 1.$$

Abreviadamente: la *Pr* de ocurrencia es menor que la *Pr* de ocasión; y ésta, menor que la *Pr* de oportunidad.

Pregunta que queda de hilo suelto para añudar y tejer con los siguientes y todos con el tema de la obra: *qué es* ser dios y *quién es* Dios. Ahora con *qué es* ser dios: *esencia* de dios.

La pregunta es: ¿cuál es la fórmula apropiada para responder a la cuestión de la «esencia»: al *qué es* (ser dios) equivalente a las fórmulas H_2O, $C_{12}H_{22}O_{11}$... teniendo presente (a) que de dios se ha tenido o creído tener experiencia real, viviente, inmediata $(R)_1$; visiones, audiciones, contactos reales $(R)_2$; ensoñaciones, visiones, imaginarias $(R)_3$; recordatorios $(R)_4$; conceptos empalabrados $(R)_5$; conceptos ensimbolizados $(R)_6$; e *Idea* $(R)_6$; y (b) que ha habido, que se han dado a dios o que él ha proporcionado a otros oportunidades, ocasiones, ocurrencias de comprobar *qué es*: de exhibir Él que Él tiene esencia, o de hacerle otros exhibir que la tiene?

Que «esencia» ¿no es lo que un ente tiene de necesariamente exhibido, patente a todos, o sea no ocultable; nada de misterioso, secreto, íntimo; lo que, por tanto, todos pueden, en principio, captarlo, aprehenderlo, sin evasión, escamoteo, disimulo por parte del ente «esencializado»?

(§ 2.º)

Esencia de dios. Lo divino de dios

(Primera condición necesaria, mas no suficiente, para ser dios)

Lo propio, lo humano, de hombre es «lo racional» —que es lo específico último. No lo es lo genérico y menos aún lo transcendental —cual uno, ser, existencia, algo, real.

«*Ser* supremo» es lo supremamente vago; «*Ipsum* esse *subsistens*» es la suprema vaguedad de existir subsistente, existente en sí, en tal vaguedad: la Vaguedad en persona. «Realidad absoluta» es absoluta vaguedad.

De manera que si de dios es propio ser ente originalísimo, unicísimo, singularísimo, lo que menos se puede decir de él es eso de «ser, algo, real, existir».

Todo eso: «dios es el ser supremo, la existencia subsistente, la realidad absoluta» son «comodines»: truco convencional durante siglos para subsanar un juego ontológico imperfecto y hacerlo pasar por perfectísimo, creerlo perfectísimo o hacer pasar desapercibida una falla metafísica.

De una fruta no gustada aún, nada se saca —para suplir tal falta de experiencia inmediata— con decir que es un cítrico; que se parece a naranja, pero que *no* lo es *ni* sabe a ella; que se parece a limón, mas que *ni* lo es *ni* sabe a él; que se asemeja a toronja, pero que *ni... ni...* No hay que darle vueltas a semejanzas ni específicas ni genéricas. Lo que hay que hacer es *gustarla.* Lo que nos han de dar es darnos ella misma. O si —por ficción antropológica o psicobotánica— tal fruta, llamémosla «naranjilla» —hay tal fruta y se llama así— tuviera vida antropoide y ella misma se nos diera a comer, a gustar, su original gusto, tal expe-

riencia nos proporcionaría, sin más requilorios, el dato de la existencia real y la originalidad de su realidad: su *qué es* y su *que es* —τί ἔστιν, *quid est;* τὸ εἶναι, *quia est, ly esse.*

Pues bien: respecto del ente que, por exigencia multisecular, tiene que ser el *originalísimo* en todo: en ser, existir, unicidad, inteligencia, bondad, justicia... se prescinde, con tranquilidad pasmosa e ingenuidad desconcertante, de gustar *a qué* sabe dios —*sabor, sapor, sapere, sapientia*—: *saber* su especificidad, su originalidad, su unicidad.

Pretender demostrar que hay dios, sin *saberlo,* sin *saborearlo,* sin *experimentarlo* en su originalidad es lo mismo que demostrar que hay naranjilla, mas que no hay manera ni oportunidad de gustarla, de saber, de saborear su *qué es* y *que la hay.*

O que hay hombres, mas que no hay manera de tratarse con ningún individuo en su originalidad y unicidad: con Adam, Platón... yo, tú...

Del filósofo David de Dinand dijo Tomás de Aquino que *«stultissime posuit Deum esse materiam primam»:* «afirmó estultísimamente que Dios era la materia primera». No lo llamó o insultó de «estultísimo» a él directamente. El paso, casi inevitable, de adverbio a «apellido», lo evitó el manso y respetuoso Tomás. Por su parte, Tomás dedicó un solo artículo de la *Suma* a demostrar que «Dios no es cuerpo». *A fortiorissime,* que no es la materia prima. Según el concepto que de ella tenía Tomás, y aun Aristóteles, la materia prima era el tipo de realidad ínfima, pasiva, inerte, yerma; a la forma pertenecían las potencias activas, calidades y aun cantidades, y sus actos. La materia era material informe, inform*able* por las formas; material inerte, activ*able* por las potencias; material pasivo, actuado por los actos de las potencias.

La actividad procede —según ellos— de las formas de fuego, aire, agua, tierra, plantas, animales, hombre... es decir: de lo especificado.

Demócrito creyó que los átomos y sus movimientos eran la causa eficiente (motora) de las formas, de las potencias y actos de ellas. Mas se hubiera pasmado ante la explosión de una bomba atómica de fisión o de fusión: ante la descomunal energía que brota de los átomos mismos: de la materia del universo. Que tal acontecimiento es *catastrófico,* pues invierte de arriba abajo *(katá)* la concepción de que la materia es inerte, inactiva; es des-informadora y de-formante activamente toda clase de formas y de sus potencias y actos «esenciales». Las formas, sus potencias y sus actos son los realmente pasivos, inertes.

Mas si Demócrito hubiera conocido el número, complejidad y finura de las leyes matemáticas que rigen intrínsecamente el ser mismo de la materia básica del universo: la teoría físico-matemática, experi-

mentable y experimentada, del átomo según Rutherford, Niels Bohr, Einstein, Heisenberg, Born, Jordan, Schrödinger, Fermi... lo de *stultissime* lo hubiera trasladado a la teoría aristotélico-tomista de materia prima. Salvando el respeto a las personas —como Rutherford, Born, Fermi... se lo salvan ahora a Aristóteles, a Tomás...

Pues bien: que *«Dios es cuerpo»* pudiera ser la afirmación de lo que —actualmente: a la altura de ciencia y técnica— se habría de partir para enfocar el tema *«qué es* dios».

Se habría de partir.

Partamos, pues, de ello.

La materia básica del universo —no la de un mundo de hadas poéticas o de hadas conceptuales— está integrada por leptones, mesones, bariones y por los campos gravitatorio y electromagnético, más el nucleónico, regidos por leyes matemáticas.

Comencemos —Autor y Lector, uno por escribir y el otro por leer los dos— por atender y entender unas palabras de Antonio Machado; que vengan a propósito se echará de ver por lo siguiente a ellas.

> El libro de la naturaleza —habla Galileo— está escrito en lengua matemática. Como si dijéramos: el latín de Virgilio está escrito en esperanto. Que no os escandalicen mis palabras. El pisano sabía muy bien lo que decía. Él hablaba a los astrónomos, a los geómetras, a los inventores de máquinas. Nosotros, que hablamos al hombre, también sabemos lo que decimos.

Los libros sobre la naturaleza —los *Libros físicos* (φύσις)— comenzaron por estar escritos en griego o en latín. En lenguas fisiológicamente condicionadas y acondicionadas a los conceptos; y éstos reacondicionados a tales lenguajes y lenguas. Así en Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino...

Mas ahora, en la hora del Renacimiento, los libros sobre la Naturaleza —*Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*— han de ser escritos en lenguaje matemático que es, era, el de los astrónomos, geómetras e inventores de máquinas.

La naturaleza no es un libro, como otro cualquiera, en que están solamente *escritas* matemáticas —así pasa en los libros, en los vulgares ya. La naturaleza es un especialísimo libro en que las matemáticas están *inscritas, intrínsecas,* haciendo y siendo leyes de lo real. La naturaleza *es* matemática enrealizada y eficiente.

Nadie —ni Autor ni Lector...— subiríamos en avión si estuviésemos convencidos de que las leyes matemáticas de aerodinámica, mecá-

nica newtoniana, electrodinámica de Maxwell, Hertz... estaban *solamente escritas, pintadas,* en las alas, fuselaje, motores y cabina del piloto cual lo están en avión de feria, y en él suben los niños. Por supuesto, ni el piloto subiría. Y por resabido no se habrían inventado aviones en que, hayámoslo formulado explícitamente o no, subimos porque estamos convencidos de que las leyes físico-matemáticas están *inscritas, intrínsecas,* actuando realmente en la realidad del avión por muy artificial que sea, realmente. Y es eficiente con realidad y eficiencia que nunca jamás brotarán, nacerán, crecerán de la naturaleza —de la *Natura naturans*—; y menos aún, de la *Natura naturata* de Spinoza, ni de la que vivían, en que se movían y de la que eran o estaban hechos los primitivos... Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Escoto, escolásticos e inquisidores de los tiempos de Galileo —y no han desaparecido aún del todo en nuestros días en que todos van en avión, auto... y usan televisión, teléfono... Van en aquéllos cual equipaje, y usan de éstos como «monos» amaestrados.

Estudiemos —séanos punto de honor, «pundonor» de actuales— los caracteres de las matemáticas *inscritas, intrínsecas, informantes* eficientemente en la Naturaleza misma: en su fondo y profundidades.

Sea, por lo pronto, atentado visual y mental el aspecto de la página adjunta (Lámina 3) que reproduce, debidamente seleccionadas, fórmulas matemáticas —que son leyes físicas— de la teoría de la relatividad especial y generalizada.

(A)

NECESIDAD. NECESARIO. EL NECESARIO

Para los griegos griegos, *Anánke* (Ἀνάγκη), Necesidad, fue una diosa, superior y más potente aún que Júpiter mismo y que los dioses de su corte. «A *Necesidad* no pueden enfrentarse ni los dioses» pasó a refrán. «Júpiter está condenado por *Necesidad* a ser Padre de dioses y de hombres.» Lo es necesariamente. «*Anánke*» lo recordaba, pues sonaba a «inflexible», a «sin-codo», «sin-articulaciones». Así que, a rígido y recto.

Ya en tiempos de Aristóteles, la diosa había descendido a adjetivo o adverbio: a necesario y necesariamente. Y Aristóteles en el libro *Delta* de los Metafísicos cataloga usos que de tal forma verbal se hacían:

ser imprescindible para vivir; deducción sin escape, cual secuelas, de premisas...; y resumía tales significados y usos en una frase definitoria: «necesario es lo que no puede ser lo que es sino de una sola manera» —o «aquello a lo que le pasa no poder ser de varias». Y como caso ejemplar de *necesario* aducía *lo simple*: lo simple es, por constitución, necesario, pues no puede ser de varias maneras: es de una sola. Necesidad vinculada, privilegiadamente, con simplicidad. Lo compuesto se ha hecho doblegando, plegando, complicando lo simple. Y se des-hace des-doblando, des-simplificando sus componentes, hasta llegar a los simples.

Todo esto son vaguedades verbales, a pesar de sus pretensiones definitorias. Pero por algo había que comenzar, y nos ha librado a los posteriores de tener que ser originales por inventar tales vaguedades o semivaguedades. Es vagamente verdadero y vagamente falso que «necesario» es aquello que no puede ser lo que es, sino de una sola manera.

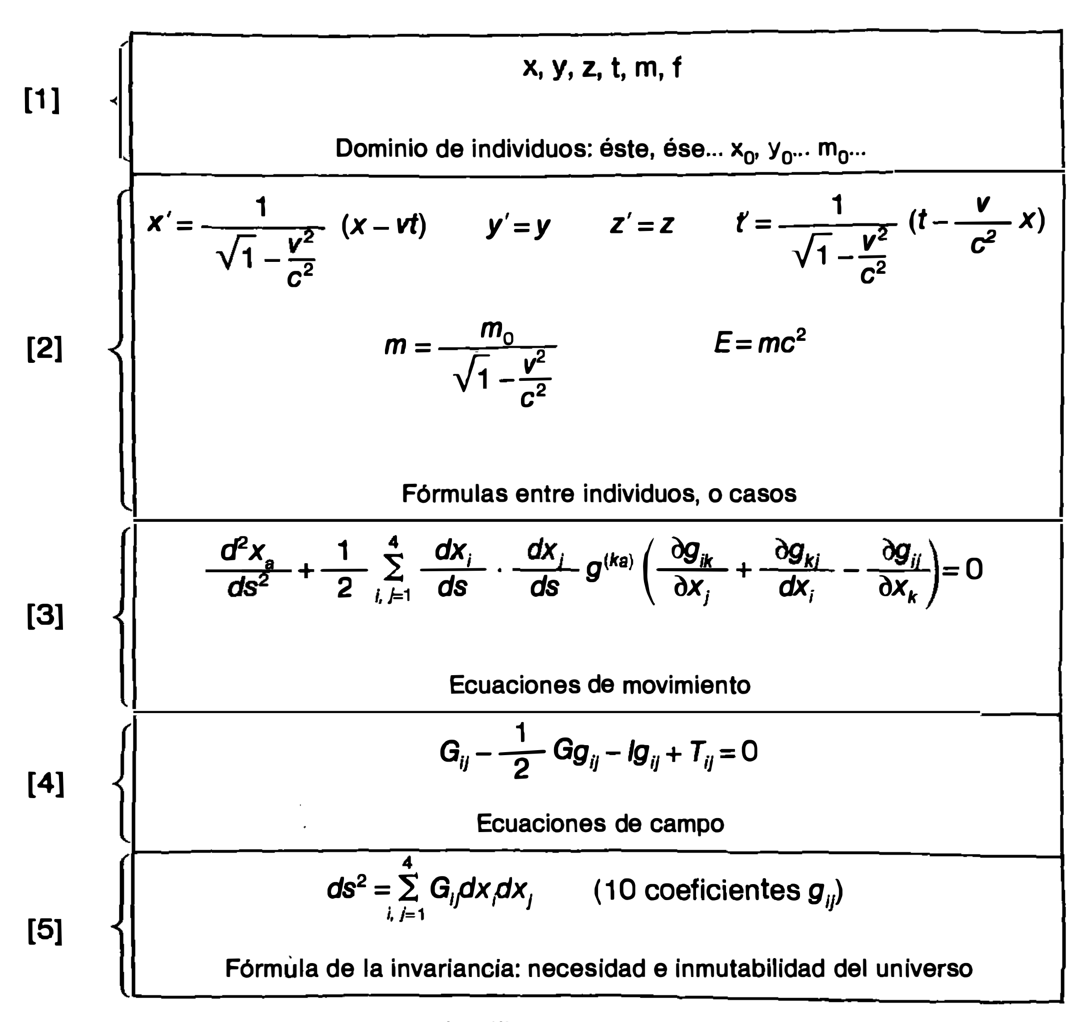
Presenciemos algunos pasos o trámites, concretos, determinados, cómo la base del universo actual —que es la misma la de cada uno de nosotros— está siendo *necesaria*. O se nos ha manifestado como necesaria y como necesaria se nos impone por la base misma de nuestra realidad.

Geométricamente lo inflexible, rígido, está ejemplarmente presente en la «recta». La recta es, necesariamente, de una sola manera: todos sus puntos están unidos en una sola dirección (carácter vectorial) y en distancia mínima unos de otros (carácter escalar). Es la distancia más corta (carácter escalar) entre dos puntos. Es la línea de «carrera bella» (*eutheia*), la llamó el griego, no geómetra. *Pues bien*: la primera ley del movimiento, según Newton, dice que «todo cuerpo, dejado a sí mismo, si se mueve se mueve en recta y con movimiento rectilíneo y uniforme».

Mas recta, ahora, desde Descartes, tiene intrínseco, inscrito, lo algebraico: es «$y = ax + b$»: una función lineal. Elimina así la vaguedad que afectaba a la definición misma de Euclides, expresada en lenguaje de lengua filogenética.

El cuerpo, todo cuerpo, dejado a sí mismo en espacio euclídeo (real) —necesariamente euclídeo, pues creía Newton, y no sólo él, que la geometría de Euclides era la única posible o que no podía haber Geometría de otra manera que la euclídea—, se mueve según recta con movimiento rectilíneo y uniforme. Y además, tal componente geométrico, real, está impregnado de álgebra y cálculo infinitesimal, así

FÓRMULAS (leyes físico-matemáticas)
de
TEORÍA DE LA RELATIVIDAD



[1]

x, y, z, t, m, f

Dominio de individuos: éste, ése... x_0, y_0... m_0...

[2]

$$x' = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}}(x - vt) \qquad y' = y \qquad z' = z \qquad t' = \frac{1}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}}\left(t - \frac{v}{c^2}x\right)$$

$$m = \frac{m_0}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}} \qquad E = mc^2$$

Fórmulas entre individuos, o casos

[3]

$$\frac{d^2x_a}{ds^2} + \frac{1}{2}\sum_{i,j=1}^{4}\frac{dx_i}{ds}\cdot\frac{dx_j}{ds}g^{(ka)}\left(\frac{\partial g_{ik}}{\partial x_j} + \frac{\partial g_{kj}}{dx_i} - \frac{\partial g_{ij}}{\partial x_k}\right) = 0$$

Ecuaciones de movimiento

[4]

$$G_{ij} - \frac{1}{2}Gg_{ij} - lg_{ij} + T_{ij} = 0$$

Ecuaciones de campo

[5]

$$ds^2 = \sum_{i,j=1}^{4} G_{ij}dx_i dx_j \qquad (10 \text{ coeficientes } g_{ij})$$

Fórmula de la invariancia: necesidad e inmutabilidad del universo

Intelligenti pauca

LÁMINA 3

que según doble necesidad se mueve un cuerpo, de suyo. Empero tal movimiento se asemeja al estado rígido de barra de hierro, sin flexibilidad.

La primera derivada de «$y = at + b$» es $dy/dt = a$: una constante: velocidad uniforme, deducida matemáticamente según cálculo. Y la segunda derivada $d^2y/dt^2 = 0$, es cero: ausencia de aceleración.

La segunda ley del movimiento, según Newton, expresa algebraicamente que la fuerza no es esa vaguedad sensible y conceptuada que afectaba a las definiciones categoriales aristotélicas, sino que es, que tiene, estructura interna, algebraica, infinitesimal. La fuerza física (F) real tiene *inscritas, intrinsecadas, rectoras* matemáticas las más sutiles: álgebra y cálculo infinitesimal. Ambos necesarios; sólo pueden ser lo que son, de una sola manera.

Tal necesidad doble o triple la comunica la fuerza a lo real; son su «esencia» real definida por

$$F = m \cdot a = md^2x/dt^2 = f(x, y, t).$$

Tal es su forma intrínseca, casi elemental. Para más finuras véase [3], en teoría de la relatividad generalizada (Lámina 3). Fórmula que, intrínseca, inscrita, en lo real, en la masa, espacio, tiempo, fuerza, hace de ellas realidades «necesarias» doble, triplemente, hasta infinitesimalmente.

Esta segunda ley pone a prueba la flexibilidad del movimiento inercial: rectilíneo y uniforme. Muestra que su estructura real, profunda, es cual la del acero: hierro flexibilizado y flexible que revierte a sí, de por sí, a la inflexibilidad, rectitud, rectilineidad de la línea natural del cuerpo en universo euclídeo. Así que realmente no se sale del dominio de necesidad, puesta a prueba y resurgimiento de ella.

La tercera ley del movimiento expresa en forma algebraico-infinitesimal la necesidad intrínseca del universo. Su equilibrio real que, puesto a prueba de acción y reacción locales, lo mantiene por igualdad de acción y reacción.

Las vaguedades conceptuales y verbales clásicas hasta Newton de movimiento natural, fuerza, aceleración, velocidad, equilibrio, son eliminadas por mostrar que su realidad es algebraico-infinitesimal y que tales estructuras son intrínsecas, están inscritas, real y eficientemente, en el universo.

Si de él somos parte interna, internados, nosotros los hombres, el fondo-y-base fontanal de actividades nuestras está regido por una tri-

ple necesidad matemática. Por lo necesario: álgebra (análisis) y cálculo infinitesimal.

Lo físicamente necesario es lo regido por análisis algebraico e infinitesimal —por determinadas fórmulas de ellos que son, realmente, *formas* de la realidad: las formas reales de verdad.

A esta tripe realidad matemática hace de fondo uno más profundo: la necesidad lógica. No la definida por Aristóteles: la impuesta por los principios de identidad, incontradicción, identidad mediata o inmediata (silogismo), sino la calculatoria: una especie de álgebra lógica o álgebra de la lógica. Por el componente de álgebra, lo lógico que rige en lo real resulta real y eficientemente —y aun encomendable, insertable, inscribible, en «calculadoras» (digital o no). Con una ventaja superior a la del álgebra y cálculo, a saber: que las fórmulas lógicas invierten automáticamente o necesariamente en verdad (V) todo el material de proposiciones que se le inserte, sean éstas verdaderas o falsas (F), afirmativas (A) o negativas (N), universales (U) o particulares (p).

$\overline{p \cdot \bar{p}}$, $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$; $(p \supset \bar{p}) \supset p$... dan siempre por resultado «V», verdad, sea p(V, F), p(A, N), p(U, p).

p(V, F) $\overline{p \cdot \bar{p}}$, (V); p(A, N) $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$, (V); etc.

Lo lógico calculatorio es «esencia» o «componente esencial» más profundo y eficiente que el algebraico infinitesimal. Es manantial de Verdad. Rectificador de Falsedad, negación y particularidad. *Vector de Verdad.*

Así que el fondo de nuestra realidad —de la de cada uno—, lo mismo que el fondo del universo, está regido *intrínsecamente, inscritamente* por una cuádruple necesidad, no vaga sino formulada en fórmulas explícitas. De lo lógico o de lo racional se tratará más adelante, por no tener lo lógico nada esencialmente cuantitativo, aun tan sutil como lo cuantitativo de álgebra y cálculo infinitesimal, teoría de los conjuntos y combinatoria.

Si a «lo divino» (de dios) atribuimos cual nota resonante intrínsecamente la de «lo necesario», menester será actualmente —a la altura de ciencia y técnica actuales— el que concretemos, especifiquemos, determinemos —cuando menos a la altura de matemáticas y lógica actuales— cuál es la manera cómo dios es necesario: es El Necesario —fuera de las decorosas vaguedades filosóficas de épocas pasadas que a tal concepto o modalidad afectan.

(B)

Lo universal. El Universal

Universalidad propia del fondo-y-base —eficiente o fontanal energética— del universo y de sus partes intrinsecadas, internadas en él.

La universalidad propia de él tiene la forma concreta de «campo». Es universalidad «acampada» en espacio y tiempo. Sus leyes matemáticas —álgebra y cálculo infinitesimal— están acampadas en el universo, en el fondo mismo de él. Estudiemos tal carácter con la mira puesta en el tema: «lo divino» de dios como inmensidad (acampada en espacio), como eternidad (acampada en tiempo), como omnipotencia (acampada en fuerza), comenzando por dar una idea, una impresión, de la forma concreta que la universalidad ha llegado a tener en física actual.

La universalidad clásica —aristotélica y medieval y aun renacentista— no estaba acampada en los singulares o individuos de la llamada «extensión» de un concepto, de una proposición: de la *comprensión.*

La comprensión o contenido de «hombre, animal, figuras, número...» se refiere a sus individuos o casos (o extensión), mas (1) sin determinar su número; (2) sin determinar el modo y grados cómo la comprensión o contenido (la esencia o definición) se realiza en ellos; (3) sin señalar la ley que une entre sí a los individuos o casos, independientemente de la unión global que les atribuye la comprensión. Esa comprensión de «hombre»: la de animal racional, ¿cuántos hombres determina —1, 2...10^6... $4 \cdot 10^9$ (actualmente)?

La definición más perfecta no determina la *su* extensión. La deja en vaga, indefinida, in-numerada o in-numerable. Es universalidad no definida por su propia definición. *Luego* ella misma encierra una vaguedad.

La comprensión (definición) de «número entero»: «el número resultante de añadir una unidad al anterior» —o sea: en forma actual recursiva: $n' = n + 1$— no permite, aun con toda su aparente precisión verbal y conceptual, responder a la pregunta: «¿cuántos enteros hay?». La han respondido Cantor, Dedekind...

Una vez más: la comprensión más determinada deja indeterminada *su* extensión: *su* universalidad: el campo de *su* aplicación.

Una extensión: la universalidad de un concepto o ley tomará o tiene estado de campo, y es extensión acampada, si cumple las tres condi-

ciones dichas: (1) determinar el número, (2) los grados, (3) la ley que une los individuos o casos a que se refiere la comprensión (concepto, contenido, definición).

Aludamos en dos ejemplos instructivos, con la mira puesta siempre en el tema: «lo divino» de dios.

Al concepto de «cortes» por un plano, de la superficie del cono, o «cónicas», concepto bien definido, ¿cuántas cónicas hay, cuántas puede y tiene que haber? —es decir: determinar *su* extensión tanto como lo está la comprensión del concepto. El cono como lugar o campo de cónicas (curvas, líneas, puntos o figuras geométricas) se expresa no por el concepto o conceptos conexos de plano, corte, superficie del cono, sino por una fórmula o función algebraica que determina precisamente cuántas especies de líneas se producen y hay en la superficie del cono por cortes de un plano y el orden o ley que las une. Son: la circunferencia, elipse, parábola, hipérbola, un punto y dos rectas que se cruzan en un punto especial.

La fórmula es:

$$ax^2 + by^2 + cxy + dx + ey + f = 0,$$

expresada en lenguaje algebraico, mas imposible de leer y pensar con lengua fisiológicamente restringida como lo está la formulación proposicional y gramatical ordinaria. Las relaciones cuantitativas determinadas entre las constantes indeterminadas definen tales tipos de figuras posibles y reales acampadas en la superficie, lisa al parecer, del cono.

La fórmula es un universal realmente tal —un género, diríase en terminología lógica clásica— que por su estructura determina el número de originalidades y conexiones entre *sus* (únicas) posibles especies.

Según Newton —metido a teólogo, por las exigencias mismas de su fe en Dios; y, por las simultáneas y tirantes de fórmulas físico-matemáticas, creador de la mecánica celeste y terrestre— el espacio y el tiempo absolutos (es decir: soltados, *solutum*) purificados de (*ab*) las adherencias sensibles, mas impregnados y estructurados de matemáticas, son *sensorium*, cada uno a su manera, de dios. El espacio absoluto es el *sensorio* de la inmensidad (divina) y el tiempo absoluto es *sensorio* de la eternidad (divina). *Sensorio*: no un *sentido*, cual los nuestros sensibles: ojos, oídos, tacto...; sino lo puro de ellos: purificados de pasividad, de exposición a lo sensible; de impresionabilidad y afectabilidad por causas externas; movibles a empujones (*mv*); finitos, por cantidad y

calidad de lo perceptible por ellos —vgr. los colores del iris—; capaces de dolor y placer sensibles.

Sensorio: lugar de pura presentación de lo externo. Pantalla pura, diríamos ahora. Tal creyó Newton ser digno de Dios y necesario a dios para hacer Él acto de presencia en el espacio y para que el espacio le sirviera de lugar de aparición a Él sin afectarlo, sin causar nada en Él de los cuerpos y de su colocación, según orden geométrico (euclídeo). El atributo, clásico en teología, de inmensidad (o ubicuidad) divina estaría encarnado, encorporado, en espacio; lo que le daba realidad de verdad y lo sacaba de una inmensidad absoluta: la de un dios, ausente de espacio, no presente realmente en él, categoría física fundamental. Mas tal sensorio divinizado proporcionaba realidad a la inmensidad. Dios, con sólo abrir tal ojo, diríase, veía dónde (*ubi*) se hallaban las cosas.

El espacio absoluto era, por tanto, *campo divino*, por acampada en él la inmensidad divina. Dios *estaba siendo* el gran geómetra (euclídeo, no había, no se creía posibles otras geometrías). Y geómetra de geometría euclídea en forma analítica (cartesiana) con coordenadas y funciones de ellas. Su sensorio *era* geometría analítica tridimensional.

Dios es, *realmente*, inmenso por espacializado geométrica-analíticamente. La puridad de la geometría analítica no sólo no atenta contra la puridad del atributo «inmensidad», sino la realza.

Es dios necesaria y realmente inmenso.

Parecidamente respecto de la ensensibilización pura de la eternidad en el tiempo absoluto y matemático. Éste es sensorio divino; la eternidad encarnada (enrealizada) en él resulta pantalla en la que las duraciones de las cosas presentarán inofensivamente sus duraciones propias. Harán simple y puro acto de presencia ante dios y para Dios. Tal tiempo absoluto lo es también matemático —y Newton lo dice explícitamente: «*tempus absolutum vel mathematicum*»—, numerable por números puros, por sus propiedades de mayor-menor-igual, anterior-posterior, suma-resta, multiplicación-división; unidireccionalidad cual la de la sucesión de los enteros. A la eternidad, en cuanto ensensibilizada en tiempo absoluto, llamemos «perdurabilidad».

La relación entre espacio absoluto y tiempo absoluto define, y *es*, la velocidad absoluta: la que aprecia Dios: la que percibe dios. La velocidad de la velocidad es la aceleración propiamente tal: la que dios percibe en sí: en su sensorio que es el tiempo absoluto en funciones de pantalla de la eternidad que, sin tal sensorio, quedaría reducida a atributo abstracto, es decir: sin referencia real al tiempo real del universo.

Ambos sensorios compenetrados en unidad, por serlo del mismo dios, son campo de la fuerza gravitatoria, definida por la aceleración de masas según distancia dentro de espacio y tiempo absolutos. Aceleración s/t^2, velocidad s/t, fuerza $m \cdot a = ms/t^2 = d^2xm/dt^2 = f(x, y, z, t; x_0, y_0, z_0, t_0; \dot{x}_0, \dot{y}_0, \dot{z}_0)$. Ecuación diferencial ordinaria de la que se derivan, por necesidad matemática, las tres leyes de Kepler: su formulación matemática.

Espacio y tiempo absolutos son, pues, campo en que están acampados dos atributos divinos, acampados geométrico-analítica-infinitesimalmente, y en que se acampan todos los cuerpos —vivientes o no, igual manzana que luna— por lo que tienen de pura presencia ante dios.

Más tarde —Laplace, Lagrange, Hamilton... Poincaré, Einstein—, Dios habría abandonado, des-encarnándose de sus sensorios. Pero el espacio y tiempo absolutos serán aún campo en que se halla, inscrita, intrínseca estructuralmente la geometría euclídea y el cálculo infinitesimal, y en que hacen acto de presencia (formulación del potencial, V) y eficiencia las fuerzas (F) derivadas del potencial $\partial V/\partial x = -F_x$; $\partial V/\partial y = -F_y$, etc.

Tal es el tipo de universalidad concreta de lo matemático en lo real: la de campo, acampado. En la Lámina 3, la fórmula general es la [4]; para los movimientos dentro del campo, acampados en él, la [3]. La [3], plenamente desarrollada, ocuparía 256 líneas.

Las fórmulas del campo gravitatorio, y podemos añadir las del campo electromagnético de Maxwell-Hertz, están acampadas en el campo geométrico (métrico): espacio-temporal. Son «lo universal» del universo. Son la universalidad real de «lo divino». Físicos actuales, como Boltzmann, tuvieron ya la impresión de que las fórmulas del campo electromagnético de Maxwell eran algo divino; y se pregunta Boltzmann en el prólogo a su obra *Teoría de Maxwell* (1908), tomando unos versos del *Fausto* de Goethe: «¿fue un dios quien escribió estos signos?».

Preguntémonos: «lo divino» ¿ha de serse real en el universo por modo o estado de «universalidad acampada» en espacio y tiempo —y no por la abstracta, exageradamente pura, de atributo: inmensidad, eternidad? ¿Cuál ha de ser nuestro comportamiento respecto de «lo divino» acampado en espacio-tiempo, estructurados intrínseca, inscriptivamente por geometría analítica y cálculo infinitesimal, y mecánica celeste y terrestre newtoniana —einsteiniana por lo pronto?

A dios, puesto a serse «Quién», por darle su divina gana ¿no le resultará el espacio y tiempo del universo real lugar y campo de revela-

ción, de trato de tú a tú —de quién con quiénes en lugares privilegiados por privilegio otorgado por Él, cual templos, cuevas, monte, estatuas, cuadros... y en tiempos privilegiados también por Él, fiestas, cuaresmas, septenarios...— para estar siendo Él *su* inmensidad y eternidad?

Quede este punto en suspenso hasta la Cuarta parte. Sirva aquí de vigilia pensamental.

(C)

LO INFINITO. (Lo divino)

Del alma —y en general de la vida— pasaba por axioma en la época medieval, que «el alma está toda en todo el viviente, y toda en cada una de sus partes» («*Tota in toto et tota in qualibet parte*»). A fin de evitar el choque mental ante la contradicción de «*toda en* cualquier *parte*», se atemperaba la frase diciendo «*Tota in Toto, sed non totaliter in qualibet parte*»; «se halla toda en el todo, mas no totalmente en cualquier parte de él». El adverbio salvaba verbalmente, lingüísticamente, la contradicción que volvía imposible, por contradictoria, la frase y el principio.

En nuestro siglo, Dedekind adoptará tal frase como definición de infinito matemático. Un conjunto de números es infinito si es bisunívocamente coordinable todo el conjunto con una, al menos, de sus partes. Ejemplarmente es infinito el conjunto de los números enteros, pues es bisunívocamente coordinable (uno a uno) con esas partes suyas que son los pares, los primos, o los cuadrados.

1, 2, 3, 4, 5...	n, $n+1$... bisunívocamente coordinable con
2, 4, 6, 8...	$2n$, $2n+2$...;
1, 2, 3, 4...	n, $n+1$..., con
1, 4, 9, 16...	n^2, $(n+1)^2$...;
1, 2, 3, 4, 5...	n, $n+1$..., con
1, 2, 3, 5, 7, 11...	$(n')+1$...

La omnipotencia (o poder absoluto), etc., etc., no puede estar *toda* en todas las partes del universo; las reventaría; que esté en ellas sólo no *totaliter*, o parcialmente, es otra contradicción, igualmente sublevante, pues el no totalmente, implica refrenarse, finitarse ella a sí mis-

ma. Con freno de infinita potencia, graduable por grados finitos. Frenos infinitamente más potentes que los represores de Monod.

Total que sobra lo de *omni*: lo de infinito.

Empero las fórmulas matemáticas —intrinsecadas, inscritas, presentes con presencia eficiente en lo real del universo, que están en todas partes o en algunas de él: en las llamadas «partes» del universo— no son partes de la fórmula o ley, sino «casos» de ella. Como Adam, Sócrates... yo, tú... no son, no somos, partes de la esencia del Hombre, sino *casos sueltos*. Datos. Imprevisibles, impredecibles, con toda la esencia y todas sus notas. Somos, uno a uno, casos, datos, originalidades, novedades, frente a esencia.

Respecto de la ley de gravitación universal —sea en la forma einsteiniana [3,4] o en la newtoniana, restringida de ella

$$m_1 \frac{d^2s}{dt^2} = k\, \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$$ o, respecto del caso

(insignificante cósmicamente) de la tierra o piedra o manzana que sobre ella cae

$d^2z/dt^2 = g$; $g = 981$ cm/s^2— cada masa, en cualquier lugar y tiempo del universo son casos de y datos para la ley. No, partes suyas.

Cual 2, 1; 1/2, 3/2...; 2, $\sqrt{-1}$... son casos o datos de la fórmula $(a + b)(a - b) = a^2 - b^2$. La cumplen y se cumple en ellos. Mas no son partes de la fórmula como son «partes» suyas las dos constantes indeterminadas y las relaciones indicadas por las operaciones.

Igualmente: «Dios existe», «hay algo así como dios», «2 es par», «Cervantes es escritor», «César murió asesinado», «Jesús murió crucificado», «todos los hombres son sabios», «3 es divisible por 2»... son *casos* de las fórmulas o leyes lógicas $\overline{p \cdot \bar{p}}$, $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$, etc., que están todas ellas en todo el universo real, intrinsecadas en él, mas no están todas en todas las partes del universo, porque las partes del universo —cual protones, electrones, nucleones... leptones, mesones, bariones— no son *partes* de esas fórmulas, sino *casos* en que se cumplen.

Con este criterio la frase clásica, y concepto de infinito, deja de ser o imposible de aplicarse o vaga irremediablemente. Y resulta, interpretada cual fórmula y siendo fórmula en diversos dominios —lógico, matemático, geométrico, álgebra, cálculo infinitesimal—, digna de ser aplicada a «lo divino»: capaz de dar, aportar, a lo divino concreción real.

Digamos pues: «lo infinito» es real por modo de fórmula. Y «lo finito» —respecto de él, por ser el otro extremo de tal correferencia— es solamente *caso* de tal infinito *formular*. «Lo infinito formular» está todo él en todo el universo —por de pronto en el básico y sobre todo en él—; mas no está todo en cada parte de él, pues éstas son, en rigor, casos, no partes de su fórmula: ley de lo real.

«Lo divino» es «infinito» por modo de infinito formular.

A la pregunta: ¿cuántos casos hay en el universo que cumplan la ley y su infinitud, mas no puedan llegar a ser partes suyas?; ¿cuántos casos hay de «divinización» fáctica del universo —del actual, por de pronto?

¿Cuántas oportunidades de divinización ofrece a dios el universo actual para que dios, el Quién, se revele, se encarne, enmaterialice o enrealice?

Quede la respuesta en sugerencia hasta la Cuarta parte, pues se la plantea respecto de *Quién* es Dios; y no, de *qué es* ser dios —tema de esta Tercera parte. Piense mientras tanto el lector especialista en lógica la fórmula

$$(x)\ \overline{R(x, x)}\ \&\ (x)\ (y)\ (z)\ [R(x, y)\ \&\ R(y, z) \rightarrow R(x, z)\ \&\ R(x)\ (\exists y)\ R(x, y)]$$

fórmula que exige para ser verdadera —y lo es en lógica relacional— el que haya, se dé, infinito número de casos. Fórmula que lleva a la pregunta: ¿hay o puede haber entre un *Quién* (es dios) —o Dios puesto a ser Quién— una relación R( ) entre Él y la su posible creación y mundo de creaturas; una unión tal que le exija crear infinitas creaturas como lo exige, o hace lógicamente posible, esa fórmula lógica que es fórmula real?

(D)

LO SIMPLE, LO SENCILLO. (En relación a lo divino)

Ante todo definamos de manera concreta, no vaga, la relación entre la relación «compuesto-y-simple» y la de «complicado-y-sencillo». Toda la teología clásica suele catalogar entre los atributos de dios el de «simple». Así Tomás de Aquino (*Summa theologica*, I part., q. III, art. VII).

Desde él han pasado muchos años y sobrevenido tales y tantos inventos mentales y técnicos que a los conceptos indicados hay que dar y se puede dar ahora ulteriores precisión y finura, más que más que tales calidades físico-matemáticas han de justipreciarse en vistas al tema.

Un par de casos.

Un caso de composición real, a base de simples (aceptemos por tales a H, O, a pesar de que por procedimientos no químicos se componga H de un protón y un electrón; O, de ocho electrones...) es el de producción de agua a partir de O, H por combustión:

$$H_2 + \frac{1}{2}O_2 \rightarrow H_2O'' + 68{,}4 \text{ calorías kilogramo.}$$

La unión real, química, de los simples H, O (aparte aún, H_2O), por combustión de un O produce (→) agua, unidos ya H_2O, más 68,4 cal/k. O energía calorífica liberada. Es decir, para nuestro propósito: la formación real, comprobable y comprobada experimentalmente, de H_2O, produce un compuesto (H_2O), y tal producción real se delata comprobadamente por la emisión de realidad: de calor, de energía; realidad masiva, cual la de H, O, mas de valor $E/c^2 = m$. Todo pasa en el orden real y realmente comprobable. Para explicarlo no basta con decir: H, O hacen de materia (sustancia)-y-su forma (sustancia) es agua —la bebible, líquida...—; y de tal unión emana un accidente: calor. Todo esto puede ser verdad, mas vaga e inoperante; y su «esencia», la esencia de Agua, no da para sacar ni la más leve indicación de cómo producir agua y de los datos numéricos y de la emisión de energía. Todo ello real.

En la reacción nuclear

$2 \cdot {}^2_1D \rightarrow {}^1_1H + {}^3_1H + 100$ millones de calorías kilogramo, dos deuterones, al unirse, dan ${}^1_1H$, ${}^3_1H$, y esos millones de cal/k. Descomposición real —comprobable y comprobada numérica y experimentalmente— de un compuesto en elementos, en simples.

En general, una reacción nuclear emite energía mayor, del orden de los cien millones, respecto de una reacción química, cual la del agua. Energía, la del calor, de carácter universal acampable.

Afirmemos, pues, «ejemplarmente»: una unión real de elementos (de realidades tomadas cual simples, como puntos de partida) dará un compuesto si la realidad de los elementos disminuye; y tal disminu-

ción se compensa con la producción (aumento) de otro tipo de realidad: el de realidad de tipo difusivo, universal, acampable, como el calor, radiación... Todo ello: comprobable y comprobado por instrumentos inventados, y no por el concepto de «esencia». Todo ello expresable en números. *Experiendum et numerandum.*

El aumento de unión del compuesto, respecto de la des-unión de los simples (iniciales) se compensa con el aumento de una realidad des-unida, difusible —cual calor, radiaciones...—, acampable: universal concreto.

Así que nada se pierde ni se aniquila. Todo se conserva, cambiando de estado. Forma y formulación ontológicas; así que ampliación de la tercera ley del movimiento de Newton. Igualdad de acción y reacción: equilibrio del universo.

Caracteres de la correlación «complejo-sencillo». A fin de poder reservar la palabra «sencillo» para ulterior menester, introduzcamos, en vez de ella, la de «plexo». Un complejo procede de y se des-hace en «plexos».

Sean unos casos instructivos y sugerentes.

La ecuación (forma cuadrática)

$$[1] \qquad ay^2 + bx^2 + cxy + dy + ex + f = 0,$$

es un complejo; es decir: todo un texto de relaciones: las de suma, potenciación, multiplicación, y tal plexo (o tejido) de relaciones tiene de términos (argumentos o valores) constantes indeterminadas, mas determinables por toda clase de números —enteros, reales, positivos, negativos—, sometido tal texto —o contexto de relaciones y de números— a la condición general de dar *cero.* Es, pues, un contexto cerrado sobre sí: un pequeño mundo. Mas tal mundo incluye como «plexos» las cónicas clásicas que por historia habían aparecido sueltas: circunferencia, elipse... y degeneraciones cual punto, dos rectas intersecantes.

O sea: son plexos —reducidos a lo más elemental—

$$[2] \qquad \begin{array}{ll} x^2 + y^2 = r^2 & \text{(circunferencia)} \\ x^2/a^2 + y^2/b^2 = 1 & \text{(elipse)} \\ y = ax^2 & \text{(parábola), etc.} \end{array}$$

En [1], las [2] están incluidas, cual casos particulares de valores determinados de las constantes indeterminadas. Las [2] son algunas de

las maneras, o curvas, de satisfacer $= 0$. Satisfacer una ecuación —una igualdad. Una unidad total.

A su turno cada una de las [2] es un complejo resultante de plexos más particulares, según el valor de las constantes. «Plexos», o sea: algo bien trabado, por cumplir la condición de igualdad: $(x^2 + y^2 - r^2) = 0$, $(y - ax^2) = 0$... Algo así cual figuras entretejidas en tapiz o alfombra total. Bien entretejido todo por virtud de relaciones, por estructura. Complejo sometido a igualdad, sin que igualdad lo uniforme, desdibuje o lo reduzca a tautología, cual $1 = 1$, $5 = 5$, $n = n$... A identidad simplista y simplificante.

Un caso más, antes de sacar conclusiones, a propósito del tema.

$$[1]' \qquad (p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$$

fórmula de la implicación inversiva clásica; dicha en lenguaje fisiológico: «si de una proposición antecedente se sigue una consecuente, de la negación de la consecuente se sigue la de la antecedente». Tal fórmula es un complejo —no, un compuesto.

[2]' «Plexos» suyos son $(p \supset q)$, $(\bar{q} \supset \bar{p})$; [1]' es un tejido de relaciones (implicación, negación) cuyos términos son proposiciones (p, q) —no números o figuras— cualesquiera, con la peculiaridad —respecto de caso de la forma cuadrática— de que la validez de [1]' no está sometida a condición alguna. Las proposiciones (p, q) y los plexos de ellas pueden ser verdaderas o falsas, afirmativas o negativas, universales o particulares y de cualquier orden: teológico, filosófico, científico, moral, biótico...

La estructura de [1]' está tan bien cerrada de por sí y además montada internamente y tan compensadamente equilibrada —equilibrio lógico— que esas diferencias insalvables en cualquier otro dominio, resultan insignificantes, inofensivas, respecto del valor total: el mismo de siempre: el de Verdad.

[1]' es in-falsificable; mas, vgr., $(p \supset q)$ es falsificable para $p(V)$ y $q(F)$.

Sean, pues, unas secuelas aplicables al tema «lo divino».

(A) La simplicidad atribuida a la divinidad, a Dios, ¿es simplicidad por haber, real y no sólo conceptualmente o imaginativa o desiderativamente, superado, reabsorbido, transustanciado las correlaciones y composiciones de esencia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidente, materia-forma, apariencia-realidad, sino por haber nacido, por estar siendo, desde el principio, *simple*? ¿Simplicidad «esencial» no

adquirida ni perdible —bien diversa de una simplicidad adquirida por evolución o predominio de una unidad a costa de los componentes, cual el caso de compuestos estudiados en [1, 2]?

En este caso son los simples iniciales —o lo tomado por simple, según estadio de filosofía, ciencia, técnica— los que son reabsorbidos en el compuesto que, por su unidad superior, por transustanciar la pluralidad de los simples, tal unidad hace desaparecer, des-ser la unidad de los simples y su pluralidad, según los grados de la unidad total del compuesto.

Según la concepción teológica clásica, la simplicidad de Dios no es resultado de una transustanciación de una pluralidad antecedente, vgr., las de esencia-existencia... Nació Dios, por decirlo así, *simple*. Sin real y peligrosa dialéctica interior. En rigor, no puede saber, ni ser, lo que es ser simple, por contraposición real con composiciones, cual las de esencia-existencia... Tal victoria ontológica se la atribuimos o finjimos nosotros —los teólogos, filósofos, los que lo sean; o los que sean divinoides o teodiceos.

Además de esa fusión de tipos de composición, la simplicidad exigiría una fusión de los diferentes atributos: sabiduría, bondad, justicia, poder, inmensidad, eternidad..., simplificar los cuales exige un mayor y mejor grado de potencia de unificación simplificadora que el exigido por y para simplificar compuestos de componentes opuestos y complementarios: esencia-existencia...

Doble significado de simplicidad. Simplicidad simplificante y simplicidad simplificada de atributos y compuestos.

Dicho en término neutral: ¿esa tal doblemente doble simplicidad es digna de ser constitutivo de dios, o de Dios?

Quede la pregunta enhiesta: inoportuna, no; importuna ¿para piadosas orejas? Empero —en nuestros días a partir del Renacimiento— la correlación entre complejo-plexos nos ofrece otro tipo de simplicidad y de simplificación más sutil que el clásico, más estructurado que el vago clásico; y más científica y técnicamente comprobable, e inventado.

En ambos casos: (1) simplificar simples por reducirlos a superior unidad el compuesto, (2) simplificar por reducir plexos a complejo, se trata de relaciones, de tejidos de ellas —de estructura—, se pregunta: relaciones, cual las relaciones de origen: la de padre-hijo, engendrante-engendrado, causa-efecto, creador-creatura, procedente-procedido, tres respecto de uno... ¿a qué tipo de simplificación pertenecen: al (1), al (2)? ¿La simplificación deshace o transustancia tales relaciones, hacien-

do desaparecer los términos constituidos por ellos —des-ser el Padre, de serlo; des-ser el Hijo, de serlo; el Creador, de serlo?

Si tales relaciones y sus términos permanecen inmutables inafectables, el atributo «simplicidad» —lo de «simple»— pierde su sentido y eficiencia, precisamente en «lo divino». Si las relaciones padre-hijo... no son realmente simplificables, la simplicidad no es atributo de dios.

(B) Haciendo una cierta violencia al lenguaje corriente, introduzcamos el término —y su concepto— de «sencillez», para así disponer de un categorial que se evada de las dificultades indicadas en (A).

La unidad superior (simplificadora) alcanzada por el compuesto a costa de la pérdida de unidad de los simples iniciales o elementos —independencia de cada elemento, respecto de los demás; pérdida de lo ál implicado y reforzante de lo de *en sí* (*unum in se aliud ab alio*)— y la unidad superior (simplificadora) propia de un complejo, sin costas o no a costas de los plexos, pueden ser vividas o sidas —vitalmente, sentimentalmente, mentalmente— *sencillamente*; y al ser así vividas las dos clases de simplificantes y simplificados adquieren la calidad de «objetos»: la de neutralidad óntica.

Advirtámoslo en unos casos: nuestro cuerpo (viviente) —el de cada uno, el de uno a uno— está integrado por realidades de tipo «compuesto» a costa de simples —ya compuestos químicos, atómicos, moleculares— y de realidades de tipo «complejo» resultantes de plexos —es decir: de fórmulas matemáticas; algebraicas, infinitesimales, y fórmulas lógicas que son leyes de las realidades físicas, químicas y matemáticas; leyes intrinsecadas en éstas, actuantes en ellas y no meramente *escritas* en una superficie tan lisa que no sea superficie de átomos, moléculas, macromoléculas, órganos... Mas la vida —espíritu, conciencia, alma..., elija el Lector el término que más le agrade o le desagrade menos— no nos declara, expone, pone a experimentar nada de eso; el acto de ver es todo ello realmente, mas *sencillamente*, con una, si queremos llamarla, «simplificación consciente», simplicidad viviente: vidente, oyente, palpante... Los actos conscientes, vivientes, son *sencillos* en el doble sentido y eficacia (1) de preterir, sin aniquilar, su base pluralísima, real por billones y trillones de compuestos y complejos; (2) por dar a su *unidad* de funcionamiento —a la simplificación operada por ella en compuestos, a costa de sus simples y a la simplificación aportada por los complejos, y no a costa de sus plexos— una simplificación superior: la *sencillez* de los actos de ver, oír... pensar, sentir, querer. Y la suprema sencillez que es la que es y da el *yo* —*mis* actos (plural) de *yo*, singular, único.

Sencillez que por no destruir ni la pluralidad ni la unidad de compuestos y complejos realmente suyos, ni siquiera los anula o equilibra cual pesas en balanza o resultante de varias fuerzas; ni tampoco los oculta superponiendo algo positivo que los cubra o aísle, cual aisladores eléctricos —podríase llamar «neutral» respecto de todo ello, a pesar de ser y estar siendo realmente suyos (*su* cuerpo, *su* alma...). *Neutral*, respecto de las simplificaciones de compuestos y complejos y respecto de sus pluralidades de elementos y de plexos. Así que doblemente neutral. Neutralidad original, *dada* a cada uno. Resaltante, más que filme sobre pantalla, sobre tal fondo de complejos y compuestos.

Preguntémonos: a lo divino (de dios o de algo que haya de ser y manifestarse como divino), ¿qué atribuiremos, simplicidad o sencillez? ¿Sencillez, cual ápice de simplicidad? ¿No cual superlativo de ella, por su originalidad?

Mas advirtamos la sencillez complementaria de los objetos de sencillez. Lo visto por y en el acto de ver —neutralizador de (sus) compuestos y complejos— está neutralizado físico-química-atómicamente. El color en cuanto visto, el color visto, ni destruye ni anula la base real de él: sus billones de vibraciones por segundo (10^{14} - $2 \cdot 10^{14}$) para de rojo a violeta —espectro visible y visto—, ni los átomos, moléculas vibrantes, emitentes tales radiaciones.

Ni el acto de ver se entera de la realidad eficiente de lo visto, ni en lo visto ni en sí mismo (en *su* retina, nervios...). *Neutralización subjetiva, neutralización objetiva.*

O si aceptamos sin mayor explicación y justificación la afirmación: la neutralización subjetiva es *a la una* la que inventa, les inventa a las cosas (vistas), el aspecto de *neutralidad objetiva*. Tan neutral que ni su eficiencia ni sus originalidades se hacen notar, o hace el acto de ver que no se han notado o que no se hagan notar. Todo parece reducirse a mera presencia ante presente. La frase corriente «sacarle a uno los colores a la cara» nos proporcionaría —tomada en serio, en real— la frase actual, a propósito: el acto de ver, de oír, de palpar... hace salir los colores (en cuanto vistos, sonidos en cuanto oídos, calores en cuanto sentidos...) a la cara de las cosas.

El color visto, en cuanto visto, no se compone de vibraciones transversales del campo electromagnético excitado por sus electrones, al igual que la imagen en el espejo no se compone de la cara real del viviente —y un vector, una dirección, no se compone de átomos, no se calienta ni enfría— sea cual fuere el estado real de la cara que en el espejo se refleje, y es *su* imagen.

La frase: «sencillez objetiva» delata y se refiere a esa original simplificación de lo real físico-químico-atómico dada cual presente a la vista en acto de ver, al oído en acto de oír..., es decir: copresencia en el mismo tono de neutralidad: subjetiva y objetiva. En el mismo tono y en el mismo momento, a la una y de una vez.

Se ha empleado la palabra «presente»; adviértase el doble sentido: (1) *presencia* de realidad, mas sin eficiencia (neutralidad de eficiencia); (2) *presente*, cual don, regalo. Lo real —lo de cada viviente para ser realmente viviente— es causa, condición (función, fórmula) necesaria, mas no suficiente para ser *visto* (oído, sentido...). Es un regalo —una sorpresa, un don— que el viviente, por neutralizador de sí, hace neutrales a las cosas *en sí* para que sean *para mí* —para el vidente...

Copresencia-copresentes-codonantes. *Sencillez* (subjetivo-objetiva). Mantenedora de la realidad de las cosas y mantenida ella por ellas.

Caso superior de sencillez —superior a simplicidad de compuestos y de complejos— es el mental. El acto de pensar es *realmente* pensar por subtendido, sustentado por la *realidad* básica de átomos, moléculas, campos; mas todo ello neutralizado sin aniquilación ni anulación ni ocultamiento positivos y a propósito. Mas *lo pensado* —el pensamiento: «ser, algo, principio, existencia, sustancia, cuerpo, figura, números, hombre, estrellas, átomos, elemento, causa, axioma...»— es, primero, él mismo un simplificado y, segundo, un simplificado neutralizador: un *sencillo*. Un «ensencillizado», si el Lector acepta por un exceso de benevolencia la palabra.

«Ser» (el concepto o pensamiento) ni aniquila ni anula ni oculta los seres; los *pre*supone y pone y *post*pondrá. Si «ser» no pudiera ser *ser* de otros seres, no sería *ser*; fuera palabra sin sentido: un abstracto, tan exageradamente abstraído de sus concretos que ya no podría retraerse a ellos, predicarse de ellos; y ellos ya no podrían declarar lo que son en cuanto seres. «Ser» plusultraído de seres; y éstos, pluscuamidos de él.

Y complementariamente: los seres no pueden ser no ser; no ser cada uno. A la hora de la verdad se cumple lo que dijo ya Aristóteles, «ser se dice en plural»: ser se dice de muchas maneras «ser»; a la hora de la verdad, es «*seres*».

La neutralidad —estado originalísimo, como se va notando— de lo pensado (pensamientos, conceptos), la de lo deseado, intentado, querido, propuesto, sentido (amado, odiado, doloroso, placentero...) es superior a la operada por los sentidos en sí y en sus objetos; pues el

pensante (y el pensar) neutraliza más cosas y más de ellas que los sentidos, pues el pensante (y el pensar) neutraliza hasta los actos de los sentidos y lo sentido de los objetos por ellos.

Y repítese la pregunta: a «lo divino» —a lo *qué es* dios— ¿qué le es más propio, simplicidad o sencillez, en el orden real íntegro, pensamental, volicional? Una sencillez que solamente ensencillizara pensamientos que a su vez no ensencillizaran hasta los átomos, moléculas, órganos sensibles —cual ojos, oídos...— sería sencillez de menor alcance que la nuestra: la de los hombres actuales que ensencilliza hasta la base de su cuerpo que es la misma que la del universo y está aquélla subtendida, mantenida, por ésta.

En virtud del realismo integral e integérrimo —tono gnoseológico de esta obra— todo pensar y todo lo pensado (volición y lo volido, sentimiento y lo sentido...) no solamente es real a *su manera* (es original modo de realidad o realidad original, frente a las demás), sino lo es en *su tánto* —expresable y medible en gramos (peso, inercial) y/o en ergios. «Tánto» mayor que cero, siempre. Y por tal tánto («quántum» lo llamaría Hegel) pertenece al mundo real, y mide el grado de su pertenencia. Y hace *realmente* posible el conocimiento: un conocimiento (volición, sentimiento) *real*.

Esta última afirmación será desarrollada a continuación.

Ahora lo urgente es afirmar: «lo divino» (la esencia, lo *qué es* dios) se es por modo de sencillo —superior tipo de unidad y original tipo, de simplificado y de simplicidad. «Lo divino es simple por modo de sencillez.»

(E)

UNICIDAD.
Lo divino como lo único; o lo único como nota resonante, con otras, en «lo divino»

Preparemos la respuesta —el intento y atentado de responder— con unos datos y nociones.

Uno que es, o está siendo, uno entre muchos, puede llegar a ser único —a serse y sentirse y pensarse único— de dos maneras o por dos procedimientos: (1) por apartarse él de todos; (2) porque todos se aparten de él. En los casos (1, 2) será único y *solitario*. Unión de unici-

dad y soledad. En la palabra griega *mónos* resonaban para el griego clásico ambos significados: «permanecer» en su lugar (real o mental) mientras o a pesar de que los demás (cosas o conceptos) se van o cambien; permanecer los demás en sus lugares (reales o mentales), a pesar de que uno se vaya, los abandone. Se haga solitario o lo hagan solitario.

Mas, aun así, tanto serse y sentirse único como solitario incluyen o resuenan a, los demás, a todos los demás —resuena o por recuerdo, por añoranza, por tentación de regreso o por aburrimiento...

El único, el solitario, el permanente no lo es perfectamente: absolutamente —suelto (*solutum*) de (*ab*) los demás. Lo atan a ellos recuerdos, añoranza...; los otros no lo han soltado del todo; o él no se ha soltado enteramente de ellos. No es «absolutamente» único, solitario.

Platón intentó declarar la unicidad y soledad absolutas de los eídoses (εἴδη), de Idea (Ἰδέα) —la de El Dos, El Triángulo, El Hombre... El Barro, La Justicia, La Belleza, La Bondad; mejor, por literal y no sólo literal, Lo Bueno, Lo Bello, Lo Justo, Lo Dos... τὸ Ἀγαθὸν, τὸ Καλόν—; declararla con la frase que es todo un plexo (tejido) de condiciones para ser algo *absolutamente* lo que es: τὸ αυτὸ καθ᾽αυτὸ μεθ᾽αυτοῦ αἐὶ μονοειδές ὄν: «ser algo en estado de ser sí mismo, según sí mismo, consigo mismo, solitario y firme siempre en su eidos». O sea: ser Algo lo que es, y serlo esencialmente (ser su eidos) y serlo ensimismadamente y consimismadamente siempre. Ya, sin (α) *si* (εἰ); sin dependencia o condiciones.

Serse triplemente idéntico (αὐτό): ser el *mismo*, ens*imismo*, consigo *mismo*. El único y solitario lo es por estar siendo triplemente idéntico: triple recogimiento a ser su esencia (οὐσία), a su *eidos*. Sin una esencia a la cual recogerse y que se sea triplemente idéntica, lo de simple identidad sería absolutamente sin sujeto —cual «triplemente caliente», sin haber cuerpo alguno; «triplemente movido», sin darse cuerpo a mover y moverse; «triplemente único», sin haber *quién* lo sea o esté siendo.

$I^3(?)$, $I^3(x)$, escrito en lenguaje lógico actual.

Es decir: el estado (o exigencia de privilegio) de único y solitario no determinan y señalan un «ente» que sea sujeto de tal estado. El Único y el Solitario son designaciones vacías; meros gestos mentales; intento y atentado frustrado. Disparo sin blanco.

Plotino dirá que el ápice de la formación dialéctica se alcanza al estar «solo a solas con El Solo» (μόνος μόνῳ); y por ello se está firme en firme en El Firme. Hagamos breve recordatorio de los textos de

Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, aportados largamente en la Segunda parte, § 4.º. Sirvan de alivio del rigor de la exposición pasada y futura.

«Profundísima y anchísima soledad...», «inmenso desierto» (Juan de la Cruz); «soledad extraña» (Teresa de Jesús).

Lo de «solo a solas con El Solo», de Plotino, trasládeselo, tradúzcaselo a estrofa —que a su vez, a la una, resuena a la frase dialéctica de Platón—:

En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad lo guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Soledad absoluta, aun de «amor», en el querido y en la amante que, por tal soledad de «amor», dejan de ser amante y amada.

En soledad absoluta desaparece el *Quién* —los quiénes. La exigencia de soledad absoluta es soledad o soltura de toda creatura —haya estado soltado o pueda soltarse; suéltenlo o estén sueltos ellos de lo otro: dios, Dios, hombres...—; produce, o es, vacío absoluto de sí mismo: eliminación de Quién, por soltarse o estar soltado de quiénes.

La unión entre unicidad y soledad —de Dios ensimismado, consimismado, solo y a solas de todo, firme en sí, con triple identidad— requiere demostrar y mostrar que no produce vacío absoluto de Quién —Dios vacío.

«Lo divino» ¿requiere *unicidad* —ser único—, y exige soledad de todo lo demás: de toda creatura? Serse y sentirse ser único —y no ser solamente cual Diamante. Único, unicidad diamantina ¿es realmente posible sin serse, sin sentirse solitario?

¿Cómo mostrarlo El Quién a nosotros los quiénes (en estado de unicidad y soledad o en estado de cualquiera y acompañados de cualesquiera: de unos o de unos de tantos de una especie —cinco mil millones)?

Quede suelto este hilo para la Parte siguiente.

Aquí basta con la afirmación: en «lo divino» resuena la nota de «único» —ser dios que tiene que serlo como único, mas no como solitario, pues la esencia no exige soledad. Pero ser Dios ¿tiene que sérselo como único-y-uno *solitario*?

(F)

LO DIVINO Y LO TOTAL

Procedamos paso a paso cual en procesión —aquí de conceptos, partiendo de ejemplos, ilustrativos y sugerentes.

I *Montón*	II *Conjunto*	III *Uniendos*	IV *El Total*	V *Lo Total*
1, 1, 1	[1, 1, 1]	(1 + 1 + 1)	3	≠ /3/
1, 3, 5	[1, 3, 5]	(1 + 3 + 5)	9	≠ /9/
1, 3, 5	[1, 3, 5]	(1·3·5)	15	≠ /15/

En *montón* entran objetos cualesquiera de cualquier tipo y en cualquier orden, es decir: permutables, combinables o unibles por cualquiera operación: 1, 3, 5; 3, 1, 5; 1 + 3·5; 3 + 5 − 1, etc., cual de un montón de ladrillos pueden hacerse variadas construcciones.

Conjunto encierra esos elementos (números) unidos por la condición de ser esos «ni más ni menos». Los demás —vgr., números enteros, mayores o menores— no entran en tal conjunto, a pesar de sus comunidades y relaciones. Mas entran aún como sueltos dentro de «conjunto».

En *uniendos* —en lo «a unir»— entran como unidos por una operación o relación, cual suma, multiplicación y según las propiedades de la operación o relación. Así una vez *el Total* es «suma»: 3. Respecto de 1 + 3 + 5, el Total es 9; respecto de 1·3·5, el Total es 15... Pero *lo Total* indica lo perfectamente cerrado, en sí. A 3, 9, 15 se pueden, sin contradicción, añadir o quitar una unidad u otro número. Mas a /3/, /9/, /15/ no es posible añadir o quitar nada, so pena de contradicción.

/3/, /9/, /15/ son eídoses platónicos. /3/ es él mismo según sí mismo, a solas, sin condiciones. /3/ es «3 ensimismado, consimismado».

Ya Aristóteles hizo notar explícitamente que los números eidéticos (ἀριθμὸς εἰδητικός) de Platón: /3/, /9/, /15/ no sirven para hacer aritmética; la vuelven imposible, por hacer imposibles las operaciones. El Tres /3/ no es ni mayor ni menor que El Nueve /9/; es diverso, mas 3 < 9.

En sentido extramatemático una «pareja» —de hombres, de manos, de baile...— es algo distinto de «dos»: «una pareja» no es ni mayor

ni menor que 2. Se parece a «El Dos». Y un «trío» de notas (acorde) o una Trinidad o un trío de instrumentos... son diversos e incomparables, inaritmetizables, con 3. Igual se diría de cuarteto, quinteto... respecto de 4, 5. Dúo, pareja, trío, Trinidad, cuarteto, soneto... son *Lo Total*, respecto de 2, 3, 5...

Que además de *el Total* (suma o multiplicación...) se dé *Lo Total* (de El Total); que a todo *El Total* tenga que haber un (su) *Lo Total* y que a un *Lo Total* corresponda, de base, de partida —y de constante permanencia— un *El Total*: *su* El Total, es aritméticamente imprevisible, inconexo, pues *Lo Total* implica la negación de toda operación y comparación aritmética.

Lo Total surge de un *El Total* por virtud de una operación nueva, de orden nuevo. Tan nuevo cual un aislante respecto de la corriente eléctrica.

Lo Total está aislado de «El Total»; se aísla de él por algo nuevo matemáticamente nuevo.

Entre las fases montón (*m*), conjunto (*c*), uniendos (*u*) y el total (*t*) hay conexión aritmética; y esta ciencia la supone y aprovecha. Mas entre todas ellas y *Lo Total* no hay conexión científica.

Demos un paso más en dirección hacia el tema, simplificando, pero con cuidado de no caer en simplismos.

Aceptemos el que según el cálculo —más bien ilustrativo que riguroso, de Eddington— haya en el universo 10^{82} elementos (protones, electrones, sueltos o tomados como sueltos). Cual caos de elementos. De la fase (o estado) de montón —1p, 1e— se pasa a la de conjunto [1p, 1e]; de éstos, a la de uniendos —1p, 1e a unir por fuerzas eléctricas, 10^{44} veces más potentes que la unión por gravitación universal. El Total sería el hidrógeno, como compuesto de 1p + 1e. Mas la atomística actual —no la de Rutherford, Thomson...— indica que el H, tal cual se presenta en instrumentos y cálculos unientes los datos que éstos ofrecen, es un compuesto «encerrado» por peculiares vallas o niveles, discontinuos entre sí, con discontinuidad medida por esa discontinuidad básica que es la constante de acción de Planck ($h = 6{,}55 \cdot 10^{-27}$ erg/s). De valor imprevisible, indeducible, aun movilizando todas las leyes matemáticas clásicas.

Con una terminología de N. Hartmann: «*h* es un irracional», pues es perfectamente definible (por las categorías de energía, trabajo y por números reales). Mas no es deducible; es, pues, un cierto irracional. Es definitorialmente racional. A diferencia el valor de $\pi = 3{,}14159...$ que es definible y demostrable y ha sido demostrado desde Euclides.

Pues bien: *Lo Total* de 1p, 1e —a diferencia de *El Total* de H, según Rutherford— la señala la teoría actual con números, niveles energéticos, potenciales de ionización, rayos Balmer... La teoría cuántica, la mecánica cuántica, es la que ha forzado a los físicos a reconocer que *Lo Total* de H es diverso de *El Total* de H. Y con qué condiciones —reales, experimentables y experimentadas— se asciende de t(H) a T(H) y se desciende de T(H) a t(H), y qué manifestaciones distinguen a ambos, coordinados, estados de H. El paso de t(H) a T(H) e inverso ha exigido teoría nueva para dar cuenta-y-razón matemática de los datos experimentales, experimentados en aparatos (inventados).

Igual se diría respecto de los demás elementos de la escala periódica. Aplíquelo el Lector curioso a los datos de ella.

El universo ¿sería *Lo Total* o *El Total* de los conjuntos unidos, más los aún des-unidos de los 10^{82}? Fuera *El Total*, según la mecánica celeste de Newton, en espacio euclídeo. Mas sería *Lo Total*, según Einstein. Universo cerrado y encerrado en sí y por sí.

Un paso más, y estamos en el tema.

Los atributos resonantes en «lo divino» —según la concepción corriente que aceptamos cual cómodo sistema de referencia conceptual— son necesario (N), universal (U), infinito (I), simplicidad (S), unicidad (M). En primera impresión mental —y aun en segunda— son independientes entre sí. Algo así cual montón. Son independientes, pues cada uno posee su peculiar originalidad, aunque pudieran tener caracteres comunes de fondo: genérico o transcendentales, cual los de real, ser, algo...

Recordemos el caso de la naranjilla.

Ante la diversidad resaltante de cada uno de tales atributos respecto o sobre un fondo común —ser, algo, real..., empleados cual pantalla ontológica—, y ante la diversidad contrastante de cada atributo respecto de los demás: de su originalidad frente a la originalidad de los demás, un literato, uno de los grandes y rico en chispazos filosóficos, decía, hablando de Dios, que resultaba «respetuoso caos de superlativos no imaginables» (J.L. Borges).

Con referencia a y retocando el esquema anterior, escribiríamos:

(I) *Montón*	(II) *Conjunto*	(III) *Uniendos*	(IV) *El Total*	(V) *Lo Total*
N, U, I, S, M	$[N, U, I, S, M]$	$(N \cap U \cap I \cap S \cap M)$	Lo divino	$\neq$ Esencia de dios

Y retocando —excuse benévolamente Borges el que un viejo filósofo, tardío aspirante a literato, ponga sus pecadoras manos en su sentencia que es, a la una, condenación teológica y aserto filosófico— diría: «Dios es adorable, adorando y adorado Caos de esos cinco —entre innumerables más— atributos, superlativos por infinito cada uno, dispares imaginativa y conceptualmente».

Dicho, queda ya; explicado, viene a continuación.

Que los cinco den un *montón* (I) le constará al Lector inteligentemente oyente. Inteligente de los conceptos empalabrados de los cinco; y oyente de las palabras (enconceptuadas) de los cinco.

Que formen un *conjunto* (II) lo habrá percibido al advertir que ese número de cinco no pasa de ser eso: «ni más ni menos» que cinco; ¿por qué no seis?, ¿por qué no menos? ¿Por qué exactamente cinco? ¿Por qué no diez, cien... infinitos, tantos cuantos números enteros, tantos cuantos números reales, tantos cuantos el primer transfinito de Cantor?

¿Que no es hacer una injuria —sutil y no oficialmente blasfemia— a lo divino, a Dios, el que posea más atributos y originalidades que el dominio matemático tiene de enteros; o el dominio del *aleph* uno, de reales, de modo que basten los enteros para enumerar la riqueza de originalidades en lo divino?; o si nos reducimos a los números enteros «originales»: los primos, lo divino de Dios ¿es menos rico en originalidades, en «primos», que el dominio de los primos que es infinito, según la fórmula de Euclides, en el sentido de que, dados algunos primos, siempre es posible, factible, según la ley $n' = n! + 1$ construir al menos uno más?

Si hay en Dios Tres Personas, ¿por qué no cuatro, treinta, un millón... tantas cual el primer transfinito de Cantor? No solamente tres, cual mero y bruto hecho, no conexo con la esencia, cual si fuera un accidente: algo que le pasa a ella. Si se dice que es misterio lo de Tres, estamos tratando lo de dios como «comodín». Apelar a misterio, secreto, enigma es «comodín» —comodidad de comodones racional, y políticamente incrédulos.

Puesto que estas preguntas se refieren a Dios —al *Quién* es Dios, a *quiénes* son Dios: cuántos hay que son dioses— quede tal hilo suelto para la Cuarta parte. Es, con todo, pregunta que surge propia y oportunamente al tratar, en serio, en real, de la cuestión de *qué es* (ser dios): de «lo divino» de dios. Revirtamos, pues, al esquema. Y preguntémonos, ¿hay algún tipo de unión, o algunos tipos de ella, según los cuales se hayan de unir (uniendos) los atributos —para comenzar los cinco

(III)— a fin de que a su unidad se le pueda aplicar el concepto-norma de «esencia» —admitiendo su sentido tradicional, de superlativa y definitiva unidad?

Los cinco están en tono de «neutralidad» —de la misma neutralidad.

(1) El atributo de «necesario» [cfr. apartado (A)] delata e impone al material del universo —y al de cada uno, por ser y para ser parte del universo— una triple neutralización: geométrica, algebraica, analítica, y una lógica. Cuatro en total, pues las leyes lógicas son indiferentes o se comportan neutralmente respecto de «V», «F»; «U», «P»; «A», «N». Las leyes matemáticas son neutrales frente a x, y, z, t —colocación espacial y locación temporal de lo que en el universo sucede o hay—; y son neutrales cual lo expresan $(\pm x)^2$, $(\pm y)^2$, $(\pm z)^2$, $(\pm t)^2$: neutrales frente a direcciones ($\pm$) y dimensiones (x, y, z) y respecto de las dimensiones temporales: pasado-presente-futuro $(\pm t)^2$, $(\pm t_0)^2$. Aparte de la neutralidad respecto de individuos (con nombre propio), diferencias específicas y genéricas. Todo ello pone al universo en estado metafísico u ontológico. Es ontología real de verdad. Así que «necesario» —no vagamente tomado sino concreta formularmente— es cuádruplemente neutral: trata a todo con cuádruple neutralidad. Neutralidad que no aniquila ni anula ni oculta diferencias, diversidades reales (cfr. esquema de fórmulas [1, 2] de la Relatividad generalizada; Lámina 3).

Neutralidad descategorializante.

(2) El atributo «universalidad acampada» abarca y trata los elementos de su extensión como «cualesquiera», como unos de tantos: a cada uno (como uno de tantos: de 10^6, 10^9... 10^{82}); y las fuerzas, $\frac{\partial V}{\partial x} = -F_x$... tratan a los individuos con igual desconsideración a sus calidades y originalidades —sean plantas, animales, hombres, dioses encarnados ($E/c^2 = m$), dioses enfantasmados ($E = mc^2$); así igualmente a todo lo que entrare o esté internado en nuestro mundo real.

Neutralidad por cualquierismo. Sin aniquilación o anulación de nada.

(3) El atributo de «infinito formular» trata a todos los elementos cual «casos». El atributo de universalidad acampada trátalos como «cualquiera», es decir: a cada uno como uno de tantos —de 10^{82}, 10^9, 10^6, 10^{23}... Mas el de infinito formular trata a cada elemento suyo como «uno de infinitos». Lo de cuántos resulta superlativamente agravado por lo de infinito. No es lo mismo ser uno de 10^{82} que serlo de 10^{100},

que serlo de 10^n, $n >> 1$. Paso al límite «∞», regulado por ley o por función. «Cualquiera» se lo es dentro de un número finito grande; «caso» se lo es dentro de número infinito, y la ley define y asegura lo de infinito.

Neutralización por casuística. (Sin aniquilación o anulación de nada.)

(4) El atributo «simple» neutraliza las cosas o lo que una realidad tenga de cosa material ($E/c^2 = m$, $E = mc^2$), haciéndolas que se presenten como «objetos». Y las vivientes —hombre o dioses enhumanados o ensensibilizados— presentando lo suyo como *sencillo.*

Neutralización por simplicidad o sencillez. (Siempre sin aniquilar o anular nada.)

(5) El atributo de «unicidad» neutraliza propiamente rebajando a todo lo demás a mera *muchedumbre.* Lo único de un orden, o de un universo, neutraliza por igual a todos los descategorializados: a todos los cualesquiera, a todos los casos y a todos los simplificados.

Dios en cuanto único —puesto él a serse único— depone a todo lo demás a *creaturas*: a ángeles, hombres... Dios en cuanto único en eso de *ser* —acéptese que esto tenga sentido ilustrativo al menos— depone a todo lo demás a *ser* creado: de ser ser *en sí* (hombre, piedra, espíritu...) y *para sí*, pasan a ser *para Él* íntegramente: ser huella, vestigio, imagen, semeja, similor del Único; no para reafirmar lo creado, sino para descalificarlo o deponerlo de ser *en sí* a ser *para otro*. Dios único entrará en la definición misma de cada ser. Como transfinitamente más, el ganador de un concurso —de belleza, literario, pugilístico...— depone, sin aniquilarlos o anularlos, a todos los demás: a los perdedores, al nivel de descalificados; y éstos, de ser previamente al concurso simplemente tal o cual pasan a ser «fracasados». Y les queda la espina hincada, y de sello impreso, lo de haber sido —y serse— descalificados y fracasados en su ser.

Lo Único que se ponga o se halle puesto a hacer notar a todo el universo y a todos los internados en él que es único, agrava de manera nueva, original, las neutralizaciones (1, 2, 3, 4). E inversamente: las cosas (seres, *reses*) han de notarse ser sombra, silueta, huella, vestigio, imágenes, similores, semejanzas... del Único. Si no se lo notan ellas —o se lo nota otro— lo único: el Único, degenera en mera denominación, en vaguedad conceptual y real.

Neutralización por multidumbrancia.

Notemos la fase III: la unión ($\cap$), por el tono de neutralidad y neutralización de los cinco atributos de «lo divino». Tal unión se hace, está

hecha, en el universo actual, por la estructura de «invariancia». Por *invariante*. Con la explicación quedarán descartadas, por descalificadas, las nociones vagas de invariable, inmutable.

Respecto del universo real en que nos hallamos todos, la invariancia tiene por fórmula la [5] de las relativistas (Lámina 3): fórmula intrinsecada, inscrita, regente y reguladora en el material del universo que es el mismo de todos los internados en él. Estudiémosla desde el punto de vista de lo divino —de lo que de divino tiene el universo real y de lo que de divino tiene cada uno de los internados en él.

La filosofía medieval distinguió dos clases de relaciones: (1) $T(A,B)$, transcendentales; y (2) predicamentales, $P(A,B)$. Las transcendentales —cuales lo son, según ella, las de potencia a acto, esencia a existencia, materia a forma, sustancia a accidentes— impregnan, se embeben en toda la realidad de los dos extremos de la relación. *Toda ella*: sin que quede nada de ella en estado de *en sí*, de ensimismamiento, se ordena a sus correlatos; e inversamente. De modo que la relación no se distingue realmente de sus sujetos o fundamento; no tiene con qué distinguirse de ellos. No es un tercero uniente los extremos que los una y a la vez los mantenga distintos. Las predicamentales —cuales son las de paternidad-filiación, causa-efecto, paralelismo-oblicuidad, arriba-abajo, mayor-menor, conocedor-conocido, amante-amado...— se distinguen realmente de sus sujetos o extremos («valores, argumentos» se los llama actualmente) y hacen oficios de un tercero que los une y los mantiene distintos. Les deja, pues, un ser *en sí*. La relación padre-hijo, mayor-menor, derecha-izquierda... dejan que padre, hijo, sean *en sí* hombres, cuerpo, sustancia, entero, real, bidimensional. Cada uno de los extremos de una relación predicamental no se compromete, no compromete íntegra su realidad (su *en sí*, *ansich*); guarda de reserva para otros oficios algo de *en sí*; algo ensimismado (o consimismado si es consciente, *für sich*); mas algo de su realidad está siendo para otro (para el otro extremo, *für Anderes*). Se distingue, pues, tal relación de sus sujetos (o extremos). Les es accidental y es ella misma un accidente. Y es el predicamento más débil en realidad, tanto que se lo consideró cual ente de razón (*ens rationis*), cual denominación que les adviene a sus sujetos por obra de la razón: por ser conocidos por el conocedor.

El Lector acostumbrado al lenguaje simbólico, *actual*, interpretará sin más los esquemas:

	en sí	*para otro*
T(A,B)	A	B
A	0	A
B	B	0

$$\begin{pmatrix} T(A,A) \approx 0; \\ T(A,B) \approx A \end{pmatrix}$$

	en sí	*para otro*
P(A,B)	A	B
A	a	a′
B	b′	b

$$\begin{pmatrix} A \doteqdot a \dotplus a' \\ B \doteqdot b' \dotplus b \end{pmatrix}$$

Pues bien: desde el Renacimiento en que se reconoce que lo matemático —geometría, álgebra, análisis...— está inscrito e intrinsecado en lo real, las relaciones dejan, habían dejado, desde siempre, de ser accidentes o relaciones predicamentales; y resultan —se nota ser— *sustanciales*; impregnan toda la realidad. Ascienden —se nota que han sido y es— a relación transcendental. «Atraerse» dos cuerpos uno al otro: vgr., piedra y tierra, no es relación mental-real, sino real de verdad que afecta intrínsecamente a las masas íntegras de cada uno: a toda su realidad y a lo que toda cosa tiene de masa $E/c^2 = m$, $E = mc^2$.

$G = g\frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$ no es el complejo o plexo de las relaciones matemáticas de igualdad, multiplicación, potenciación, sino es ley de lo real, física. Es matemática intrinsecada: real y eficiente.

Igual —y mejor, por más finas— diríamos de las fórmulas de la teoría de la relatividad generalizada [1-5] (Lámina 3).

La [5] declara —no habla fisiológicamente; *dice* en símbolos: en tipo nuevo de cuerpo, cuerpo inventado— la propiedad de *invariancia* del universo y lo que de invariante tienen todos los internos en él. *Invariancia:* correlato de variabilidad; no abstracta o mental, sino real de verdad en cuatro dimensiones o variables: (x,y,z,t) y de potenciales G_{ik}: $g_{11}(x,y,z,t)$... $g_{44}(...)$, función regulada por presencia o ausencia de masas. El campo gravitatorio o gravedad, peso, acampados en universo [4]; los movimientos realmente posibles dentro de él [3]; lo que afectan tales movimientos a espacio (x,y,z) y a tiempo (t) y a masas individuales [1], todo ello no solamente no obsta o destruye la condición de invariancia —la inmutabilidad, no abstracta sino real—; además y a la una permite, hace realmente posibles, cambios de lugar, tiempo, masa, bien determinados por matemática intrínseca [3]; y tal invariancia es universal: lo es del universo íntegro; es geometría o campo métrico; y cierra el universo en sí mismo de modo que nada de él quede fuera y dentro de él quede todo; así que no hay modo de evadirse o salir de él

y de que algo entre en él (curvatura perfecta). Tal invariancia —su fórmula matemática «ds^2»— permite transformar el universo en sí mismo: expansión-retracción, condensación-rarefacción... hasta previsión e identificación de «agujeros negros», empleando nada más la forma simple, inicial de los potenciales g_{ik} —cual plexo contenido en el complejo ds^2, calculado por Schwarzschild. O sea: una cosmología y cosmogenética concretas, reguladas por matemáticas intrínsecas (cfr. Apéndices G, H).

Así que, en lugar de la vaguedad conceptual y real de «inmutabilidad» —desiderativa, deseable y deseada a veces por algunos— se dispone actualmente del concepto y fórmula de «invariante». *Invariancia del universo.*

Dicho a la inversa: «universo» no tiene sentido determinado y real sino por invariancia, por invariante todo él; y por mostrar su invariancia real haciendo realmente posibles las leyes del movimiento interno. Invariancia tentada de quíntuple interna variabilidad (x, y, z, t, m); y, superada, caso a caso, tal tentación, la invariancia resulta ser la *misma*: potencia de identidad.

Más aún: hasta nuestro siglo —sea dicho sin escrúpulos de historia— no se había descubierto el que los principios lógicos fueran (1) fórmula, (2) invariantes, (3) intrínsecos en la realidad universal.

Son expresiones incomparables: «es imposible el que al Mismo le convenga algo y no le convenga eso mismo al mismo en cuanto mismo y de la misma manera» (Aristóteles, primer principio, *Metafísica*, 1005 b) y la de «$\overline{p \cdot \bar{p}}$».

Esta fórmula es «invariante» respecto de cambios tan generales y fundamentales cual los verdad o falsedad de una proposición, *p*, cualquiera: filosófica, teológica, científica...; los de afirmativa-negativa; universal-particular. Tal invariancia frente a tales y tantos cambios se establece, y restablece, automáticamente, maquinalmente; y puede ser y ha sido encomendada, intrinsecada, en máquinas —en cualquiera calculadora (digital) que usan ya entidades tan reales como bancos, laboratorios... El esquema de operaciones —antes de su enmaterialización en instrumentos eficientes, actuantes, según él— lo inventó Wittgenstein:

	p	$\bar{p}$	$p \cdot \bar{p}$	$\overline{p \cdot \bar{p}}$
variables	V	F	F	V
	F	V	F	V

invariancia resultante e impuesta a las variaciones. Las expresiones «dos negaciones afirman» y «$p = \bar{\bar{p}}$» son incomparables. Tanto al menos

como una fórmula o frase en cabeza o mente y la misma enmaterializada en calculadora lógica.

El mismo tipo de invariancia, comprobable y ejecutable por máquinas, es el de cualquiera otra fórmula lógica. Verbigracia, la de $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$

	p, q	$p \supset q$	$\bar{q} \supset \bar{p}$		
	V,V	V ⊃ V	...		V
campo de	V,F	V ⊃ F	...		V
variabilidad	F,V	F ⊃ V	...		V
	F,F	F ⊃ F	...		V

invariancia establecida internamente.

Cualquier manual de lógica (formal, simbólica, matemática) lo enseña. Lo anterior es fácil de admitir. No así la afirmación: tales leyes lógicas están intrínsecas, inscritas, en lo real del universo. Son leyes reales, tan reales y eficientes cual ds^2 —la ley de gravitación universal.

Se afirmaba explícitamente desde Parménides que identidad e incontradicción eran atributos propísimos del ser en cuanto ser. Mas al decir Parménides que «son lo mismo pensar y ser», «no hallarás al ser sin el pensar en que se expresa», «que nunca jamás domarás al no ser a que sea», «nunca jamás domarás al ser a que no sea», se creyó, con inconsciente, mas eficaz, persuasión (fe, πίστις) que tales acaecimientos pasaban únicamente en el pensamiento y en lo pensado por él. El ser era lo idéntico con el pensarlo; y no, el pensar idéntico con el ser; identidad unidireccional, con preeminencia y prepotencia del pensar y de lo pensado.

No se concibió tales principios como leyes de lo real que los cumple por serlas y tenerlas intrinsecadas. Así no se cumplían en universo parencial. $\overline{p \cdot \bar{p}}$ no es, diríamos ahora, los postrenacentistas, del mismo nivel que $G = g\dfrac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$.

El primero no hace en lo real lo que dice; lo hace, cuando más, en el pensante y entre lo pensado. El segundo hace —ha hecho— lo que dice, y según él se pueden construir aparatos que lleven a la luna, que según tal procede en su movimiento y localización en el espacio. Y bien lo supieron los lunanautas. Y sin creerlo así, no se habrían aventurado a tal viaje.

Pues bien: $\overline{p \cdot \bar{p}}$, $p = \bar{\bar{p}}$, etc., son leyes lógicas inscritas e intrinsecadas real y eficientemente en lo real: en el universo. Son, pues, del mismo estilo que una ley matemática de física.

En vez de p, $\bar{p}$, $\bar{\bar{p}}$ (proposiciones) habríamos de escribir vgr., casos sueltos

$$\overline{\left(\frac{d^2z}{dt^2}=g\right)\cdot\overline{\left(\frac{d^2z}{dt^2}=g\right)}} \quad ; \text{ o bien}$$

$\overline{(pv=C)\cdot\overline{(pv=C)}}$ (fórmula elemental de teoría de los gases).

Y en lugar de «$p=p$» —como fórmula y esquema operativo de identidad— habríamos, cual casos, de escribir

$$(ds^2=g_{ik}\,dx^i\,dx^k)=(ds^2=g_{ik}\,dx^i\,dx^k);$$

y persuadirnos de que si «$\overline{p\cdot\bar{p}}$, $p=\bar{\bar{p}}$» no valieran intrínsecamente, no estuvieran realizadas en $d^2z/dt^2=g$ ... o en $pv=C$, estas leyes no fueran reales ellas y cumplidas realmente por lo real, y lo real físico matematizado no fuera tampoco real.

Lo real no es tan sólo pasivamente idéntico, indiferente a ser y a no ser; neutralmente lógico, o trans o plusultra superficialmente idéntico, incontradictorio, sino real y eficazmente cumplidor de lo lógico en su ser mismo y para ser real.

Realismo integral e integérrimo —tono de esta obra.

La invariancia de lo lógico se impone —a la una, de una vez— en la invariancia de lo físico —en (ds^2).

Lo real es doblemente invariante, con invariancia determinada y no vaga cual lo de «invariable, inmutable».

Si, pues, «lo divino» incluye, resonante, lo de «inmutable», habríase de afirmar que «invariante» —lógico, matemático o físico— es la manera real de ser, y la correcta de hablar, de pensar y de obrar de «lo inmutable» —tomado en serio, en real, actualmente, cual posible y hecho.

Con lo antedicho se ha dado al concepto de «esencia» —concepto a la vez norma y exigencia (III)— formulación y fórmula científico-matemático-lógica, a saber: la de invariancia.

Un conjunto (II) de atributos resultarán unidos tal y tanto que den invariancia —y ellos sean, por su parte, esenciales— si se da un invariante (al menos) que permanece tal a pesar de las variaciones (variables) de comprensión y extensión de ellos.

«Esencia» queda, actualmente, sustituida por «invariancia».

Y lo de «inmutabilidad divina», por lo de «invariancia divina».

(A) Y puesto que —no sólo supuesto que...— el universo, tal cual se presenta él —y, si no, se hace que se apresente en instrumentos materiales y mentales— es invariante en virtud de fórmula invariante, hay que afirmar que el universo tiene esencia o, según lo convenido, que *es* invariante.

(B) Y puesto que de tal invariante (ds^2) proceden por procedimientos matemáticos [4, 3, 2, 1], son éstos (tales fórmulas) plexos suyos. Así que necesidad (necesario y su fórmula), universalidad acampada (su fórmula), infinidad, simplicidad simplificada (sencillez), unicidad: sus fórmulas determinadas (concretas), están incluidas en el invariante, no cual partes de la fórmula, sino como plexos. No están, ni son, pues, *deducidas* por leyes lógicas, sino *derivadas* de él según procedimientos matemáticos; dentro de ellas, de cada una, el dominio o campo de su extensión no es tampoco deducible lógicamente. Que se dan, que *haya,* tantos y cuantos individuos (valores de una variable), vgr., 10^{82}, 10^9 (I); que se dan o haya entre ellos o grupos de ellos y de sus variables relaciones parciales (II), son *datos.* Son *casos* y no partes o secuelas de universalidad vaga o de premisas que no son fórmula o llevan adjunta una fórmula suya que a los individuos los deponga a *casos* de su extensión —a valores de variable aleatoria, como se dirá inmediatamente.

(C) Esos cinco atributos constituyen las notas del «acorde» de «lo divino»; que den un acorde, o sean con-cordes con originalidad, equivalente a la, en su orden, originalidad de un acorde musical respecto de las notas que lo constituyen, proviene del invariante. *Es* el invariante.

Luego el universo actual es divino. Lo ha sido desde siempre, aunque no se le haya reconocido tal nota de manera determinada (lógica y matemática), sino desde el Renacimiento. Y desde él se exige muchísimo más y más diverso —en coherencia, riqueza estructural y campo de aplicación y de comprobación para decir de algo o de alguien que es *divino*— de lo que se exigía en épocas anteriores al Renacimiento. En ellas, por decirlo así —con perdón dado o supuesto y/o sin ello—, lo de *divino* iba muy barato y se otorgaba con una generosa facilidad, y aun derroche, que a nosotros los actuales, exigentes y disponiendo ya de un concepto formular de «esencia» —con determinación matemático-lógica formular— se nos hace no sólo científicamente inaceptable, sino irreverente, una atribución de «divino» fundada en conceptos vagos, comprensional y extensionalmente, de «esencia»: de *qué es* (algo o alguien), qué tiene de *qué es*: de esencia.

Sólo el universo tal cual es y está siendo reconocido por nosotros merece llevar el atributo de «divino» —cual acorde de esas cinco notas formularmente estructuradas.

El universo es divino y lo son todos los internos de él: todos nosotros; somos cada uno divinos con la dosis en que poseamos las cinco notas. Mas cada uno no es, sin más, *quién*, a pesar de poseerlas esencialmente, por internos de un universo divino.

La cuestión de *quién* es (Dios) y de *quiénes* (son dioses) pertenece a la Cuarta parte.

Todos y cada uno —tanto de los actuales integrantes del universo, tanto hombres como animales, plantas, moléculas... protones, electrones, campos— *es* divino con *qué es* de divinidad; mas no *está siendo* dios, sino a ratos, a actos sueltos.

La necesaria e imperdible dosis de divino: de *qué es* (ser divino) es una condición necesaria, pero no suficiente, para ser Dios: para ser *quién*.

Es una condición necesaria, pero solamente una. Estudiemos con igual rigor —actitud de verdad, de veracidad y respeto— otra condición necesaria para ser divino. Mas tampoco suficiente para ser *quién*: para ser Dios. Nadie ni nada.

(§ 3.º)

Esencia de dios. Qué es (ser dios). Lo divino

(Segunda condición necesaria, mas no suficiente, para ser dios)

Desde hace miles de millones de años —tal vez seis mil, tal vez diez mil millones— los elementos radiactivos (uranio, plutonio, radio...) están desintegrándose gradualmente, según tipo de ley exponencial bien conocida y aprovechada para la ciencia, técnica y medicina.

Desde hace unos cuatro siglos se descubre y reconoce que Azar, Ventura, Probabilidad están regidos por un cálculo matemático; están no sólo escritos, sino inscritos, intrinsecados en y por matemáticas especiales. Cálculo de probabilidades (Pascal). Lo que apareció, o hizo acto de presencia, en salas o salones de juego, y como juego, resultó en realidad una ley físico-matemática de juegos. Que bien real es un juego —de dados, de ruleta, cartas— no sólo económicamente sino físicamente. Se venía jugando en el mundo desde siglos o milenios —a tabas, a dados...

Sófocles —en fragmento salvado de no se sabe qué obra suya— decía: «Los dados que echa Júpiter siempre caen bien». ¿Que Júpiter hacía trampas? ¿O hacía lo que le daba su divina gana que, por ser divina, era o estaba siendo más allá de trampa y lealtad? ¿O podía hacer lo que le daba su divina gana porque creía que juego no tiene leyes matemáticas? Sea de ello lo que fuere, juego no era un caso —o campo— real, físico, en que rigiera un cálculo matemático.

Probabilidad (εἰκός, εἰκασία) no pasaba de ser «verosimilitud»: un modo o estado imperfecto de certeza, de verdad. Se acertaba por casualidad; a la buena de dios o de la Suerte (Μοῖρα): de la buenaventura o de la mala ventura (εὐτυχία, ἀτυχία, Τύχη). Le cayó la buena suerte o la mala.

Mas la ciencia acierta por necesidad, por efecto, secuela de verdades. A Júpiter le cayó en suerte ser «padre de dioses y de hombres», y la suerte se le convirtió en necesidad (Ἀνάγκη). Júpiter es ya *necesariamente* «padre de...». «A necesidad no la resisten ni los dioses» —refrán clásico griego.

Cuando Algo o Alguien es algo necesariamente cabe preguntarse e investigar si lo es necesariamente por haberle caído en suerte, y trocádosele suerte en necesidad, en Sino y Destino; o si, de buenas a primeras, fue, se fue, necesario —por esencia.

Baste con lo dicho para poder acometer, dentro del marco de esta obra, el tema «cálculo de probabilidades» como segunda condición necesaria para que algo o alguien tenga lo de divino —aunque no suficiente para ser *quién*: para ser Dios.

En nuestros días el cálculo de probabilidades ha desbordado las salas de juego y ha invadido —se ha notado que había invadido, que estaba inscrito, intrinsecado en el dominio físico, en todo— lo físico macroscópico y microscópico: desde el dominio atómico, gases y nebulosas, desde tierra a cielo; salas de juego, compañías de seguros, loterías y carreras de caballos... Y se ha descubierto que cálculo de probabilidades se especifica según el grado de individualidad —mayor, menor, nula— de los elementos básicos de nuestra realidad, de la de cada uno; y que están regidos intrínsecamente por cálculo de probabilidades —además de por cálculos de estructura necesaria, cual geometría, álgebra, análisis infinitesimal, lógico.

La frase clásica y famosa castellana «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace», dicha a otro propósito, sería al nuestro la definición de cálculo de probabilidades. De ¿por qué razón le cayó a M.N.R. la lotería?, ¿por qué razón no me cayó a mí J.D.G.B.?, no puede haber ni porque sí ni porque nó. Si hubiera razón o causa necesaria y suficiente de porque sí le cayó a M.N.R., o habría él mismo hecho trampa o la hubiera hecho otro en su favor, o el aparato de sortear estaría maleado, montado de intento en favor de uno y desfavor de otro. Todo juego y sus instrumentos están montados de manera que no den, ni puedan dar, razón necesaria y suficiente del resultado. Efecto éste, sin causa, sin razón necesaria y suficiente. Tener razón necesaria y suficiente fuera trampa, en todos: aparato, jugador y partidas del juego.

Y sin embargo, tal sinrazón tiene una razón superior, real y eficaz, *intrínseca* e *inscrita*: el cálculo de probabilidades. Es éste razón de tal sinrazón: de tales sinrazones, tantas cuantas jugadas, pasadas, presentes y futuras. Tal Razón de tales y tantas sinrazones —en lotería, rule-

ta...— convierte en trampa toda previsión, providencia, predestinación. Trampa en definitiva ineficiente, pues el cálculo la refuta: la hace imposible. Toda clase de milagros en estos casos fuera trampa irracional, tanto más grave y vergonzosa cuanto la hiciera un racional, o El Racional: Un Sapientísimo, omnisciente: La Sabiduría en persona: el *Quién* (Dios).

La sinrazón que a la razón —a la de pretensiones a razón necesaria y suficiente de todo— se hace, la hace el cálculo de probabilidades. Razón superior a la razón necesaria y suficiente: a todo racionalismo.

Y sin embargo, necesidad (razón o causa o condición necesarias) va indisolublemente unida a probabilidad; razón, a sinrazón. Jugando a dados, sale necesariamente una cara de las seis, y no un sector de ruleta o la sota de bastos; y jugando a cara o cruz, necesariamente sale una de las dos faces, y no puede salir el as de oros o el seis... Y, sin embargo, tales necesidades son el lugar propio de aparición y realización de una sinrazón: de un porque sí o porque nó. Por muchas veces que nos propongamos —y se lo ha propuesto la humanidad matematizante— deducir con 20 axiomas de la geometría de Euclides (en esa forma perfecta: la de Hilbert) siempre nos saldrá, ha salido, al cabo de unos pasos, el teorema «los tres ángulos de triángulo, sumados, dan dos rectos». Sale por tales, y por tal orden de razones. No, porque sí. Aquí la necesidad no hace de pantalla o de mesa de juego en que aparezca algo porque sí; y algo nó, porque nó. La ciencia —geométrica, algebraica, lógica...— no es lugar de aparición del cálculo de probabilidades —a pesar de ser éste cálculo matemático. Mas a fin de comprobar que 1/6 es el límite de la frecuencia de aparición de cada una de las caras de un dado correcto, conforme aumente el número de jugadas, no hace falta fabricar 6.000, 6.000.000, 6.000.000.000.000... de dados —aun suponiendo que fuera técnicamente posible y hubiera economía que lo soportara en país de ricos locos jugadores, puestos a dar razón al cálculo de probabilidades. La naturaleza —los elementos básicos, sobre todo— nos ofrece dados, casi idealmente perfectos: vgr., por cuatrillones (10^{24}), que de tal orden es el número de moléculas dentro de un mole (Número de Avogadro). Y que además del número están en cubileteo constante, según ley de Maxwell.

En juegos de azar, regidos como están por cálculo de probabilidades, no es posible —digámoslo así— acorralar a la probabilidad de modo que llegue a anularse en necesidad. Jugando con un dado seis veces, se puede apostar con un cierto temor y pequeña probabilidad a que salga *al menos* una vez, la cara 6 —u otra cualquiera. Jugando con

un dado 6.000 veces seguidas se puede apostar a ello cualquier suma —casi sin miedo alguno; y creyendo haber aumentado la probabilidad— a que *al menos* salga una vez la cara 6. La cara 6 va siendo, al parecer, acorralada; teniendo que salir, por el número creciente, un poco fabuloso ya, de jugadas —6.000. Y en seis millones de jugadas, ¿quién no apostaría cualquier suma a que, *al menos* una vez, saldrá la cara 6? Lo difícil es hallar quien apueste a que nó —y apueste una suma que dé sentido, aventura, al juego. En seis mil millones de veces parece estar la cara seis, ya casi acorralada, necesitada de salir *al menos* una vez. ¿Y en 60.000.000.000? Hasta uno podría apostar la cabeza o su hacienda íntegra a que, *al menos*, una vez saldrá —sin temor a perderlas.

Tal argumentación es falsa. La probabilidad no se altera, no tiende a, no se altera en necesidad, por aumento del número de veces en que se la ponga prueba. La probabilidad no es acorralable por el número de pruebas —degenerando así en necesidad. Renace, resurge, nueva, la misma. Sin vigilia, sin octava. Sin previos, sin secuelas, sin antecedentes, sin consecuentes.

Platón, en el *Timeo*, afirmó que la materia básica del universo está agitada por un movimiento continuo o desafinado y desacompasado —sin compás y sin número. Diole el nombre de *seismós* (sismo): movimiento sísmico, de terremoto; mejor, de *onti*-moto, pues afecta a todo *ente* del mundo. No supo, claro está —y no le es desdoro alguno— que un terremoto es acaecimiento regulado por una ecuación diferencial parcial de ondas —transversales y longitudinales, modelo de ritmo y compás.

Pero acertó Platón —cual si él fuera sismógrafo y sismólogo, *avant la lettre*— en afirmar que la realidad básica del universo está —contra las apariencias estables— en movimiento continuo aleatorio.

Maxwell, Boltzmann, Gibbs... Bose-Einstein, Fermi-Dirac son platónicos *après la lettre* o *selon la lettre*, pues sus estadísticas, reveladoras del comportamiento experimental de los elementos básicos del universo, de nuestro universo —protones, electrones... fotones... moléculas... nebulosas...— declaran en fórmula matemática el estado sismológico —probabilístico—, peculiar a cada uno de esos tipos de realidades básicas.

La ciencia y sus instrumentos, desde ábaco a calculadora digital; de termómetro, barómetro, balanza, telescopio... a radar, teléfono, dínamo... son condición necesaria para que dados, ruleta, cartas, monedas, loterías, instrumentos de juegos de azar sean *reales*, pues en lo real están inscritas, intrinsecadas, ciencia y técnica científica, y sin ellas de

intrínsecas lo real no es real de verdad. Y dados, ruletas... no serían reales de verdad, sino juegos y juguetes de «hadas».

En este sentido la ciencia es condición necesaria, constante, permanentemente eficiente de que haya juegos, azar, reales de verdad.

El universo es, pues, a la vez, a la una, *en uno*, realmente necesario y realmente azaroso. Realmente necesario, mas no con necesidad que llegue a suficiente —a determinismo—; y con azar, pues no llega a necesario. Está siendo el universo la razón de la sinrazón-y-la sinrazón de la razón, sin violencia alguna a la Razón, superior a razón y a azar. A Ésta no la enflaquece tal sinrazón. La confirma y la reafirma en Suprarracional.

Empero lo que comenzó por pasar, indisimulablemente, en salas de juego o en juegos, hase descubierto que rige en los elementos básicos de nuestro universo: en protones, electrones, fotones, gravitones, moléculas —aparte de en biología, genética postmendeliana.

Con estos preliminares —tan actuales— las afirmaciones siguientes adquirirán sentido y fuerza:

(1) Una ley matemática de estilo estadístico, cual las aludidas, organiza su extensión —los valores de sus variables— en tres sectores: uno mayoritario en número que comprende una mayoría de medianos o mediocres, y dos minorías: de inframedianos, una; de supramedianos, otra, en cuanto a número y calidad. Por contraste con la extensión de predicados o propiedades de los universales que dejan indeterminadas en cuanto al número su extensión y sus calidades (racional, animal, viviente, cuerpo, ser...), uniformemente realizables en cada individuo. «Hombre» se realiza, por igual, en tantos cuantos haya o haya habido o haya de haber. La sustancia o esencia, decía Aristóteles, no admite ni más ni menos, ni mejor ni peor. Es igual en todos —salvo accidentes que, por serlo, no la transforman. Cada hombre es uno cualquiera de Hombre, uno de tantos. Mas si ser hombre —animal, racional, mamífero, primate...— fuera predicado estadístico, repartible según la ley de Gauss, Maxwell... el plural de hombres se repartiría —en función creciente del número de hombres— en tres sectores: uno mayoritario en número de «medianamente, mediocremente» hombres u hombres medianos en todo —racionalidad, animalidad...—, y dos minorías de extras: infra y supra la mediana. En realidad, la mediocridad afecta todo lo humano: altura media, peso medio, calor medio... inteligencia media (IQ), gustos medios (estéticos, dietéticos, sociales...), virtud mediocre, voluntad media, salud media... en una mayoría creciente,

flanqueada por dos minorías mediana y mediocremente tales, y cualitativamente diferentes de la mediocridad o medianidad mayoritaria.

Las estadísticas, llevadas consciente y cuidadosamente desde no hace más de dos siglos, lo delatan. Antes no sólo no se llevaban, sino que, por el número pequeño de hombres, no se hacía notar el peso estadístico y sus distribuciones típicas y, por el prejuicio aristotélico y medieval, no tenía sentido llevarlas. La extensión unívoca niega toda estadística. El número es, según ellos, un accidente, y el inferior: la cantidad vinculada con la materia.

Que la mayoría —grande, bien grande, creciente— sea medianamente todo o algo hace posible, real, y comercial, colas, masas, la fijación de tallas, medidas comunes, producción en serie; da valor eficiente a propaganda y estabilidad a sociedades y ganancia a negocios. La categoría o denominación de «cualquiera» *(Das Man)*, tal cual se la emplea en filosofía actual, ignora lo más importante: que conforme crece el número de hombres: desde 10.000.000 (época romana) a 10^9 actualmente, eso de «cualquiera» se define por el número de mediocres, y la calidad considerada adquiere el grado de mediocridad. Y la ley estadística de Gauss, Maxwell... que es ley física, produce cualquierismo número y cualitativo.

Lo que un individuo humano tiene de «cualquiera» lo tiene por entrar en el dominio o clase determinada de mayoría y mediocridad en calidad —religiosa, moral, social, económica, estética, intelectual... El reparto de religiosidad, vgr. respecto de 1.000 creyentes y de 1.000.000, 500.000.000..., no puede ser igual. Se irán constituyendo una mayoría de mediocres y dos minorías de supra e infra. Y cuanto el número sea mayor, mayor (peor) será la mediocridad: el número de los cualesquiera que entiende mediocremente un Credo, que practica mediocremente una moral. Tal institución se irá cargando, componiendo de *crédulos*; lo de creyentes se confinará a una minoría que resaltará por ello tanto más cuanto mayor sea el número de los *crédulos*. El Credo se habrá reducido a *recital*; y surgirá una minoría de *incrédulos*, resaltante frente a la mayoría de mediocres y de crédulos y respecto de la minoría de *creyentes*.

En nuestros días el número de crédulos —en religión, política, economía, estética...— va creciendo, no por predominio de vicios o por influencias diabólicas, sino por virtud de una ley físico-matemática: Gauss, Maxwell, Gibbs; por predominio creciente del cálculo de probabilidades. Y el nivel de la «credulancia», de la «mediocridad», de lo «creduleado», de lo creído reducido a «recital», se amplía a costa del

número y calidades de las minorías de creyentes (en religión, en política...) y de la de incrédulos —por el peso aplastante en número y mediocridad de la mayoría de mediocres y medianos. Una mayoría aplastante —progresivamente aplastante a partir, vgr., de 1200 d.C.— de crédulos en Dios, reduce a creyentes e incrédulos a minorías aplastadas —política, social, económicamente... Y por mayoría se las aplastará «democráticamente», tomando y haciendo de «democracia» comodín ideológico-político, bien cómodo y comodín para la mayoría y para los gobernantes de tal mayoría.

Todo lo cual —ampliable a otros campos diferentes del religioso— proviene del predominio creciente de la imposición gradual del cálculo de probabilidades, y se echa de ver y de notar en las estadísticas. Y tal predominio o prepotencia proviene fundamental, constantemente de que los elementos de la base del universo: bariones, mesones, leptones... fotones, gravitones... campos, son dominio de tal cálculo. Así que su influencia se hace sentir en sustancia-accidentes, materia-forma, potencia-acto, esencia-existencia... en minerales, plantas, animales, hombres, dioses enhumanados, hombres endiosados, héroes... El número altera la calidad de diversa manera según sea la calidad afectable. Mas siempre la mediocriza en la mayoría, y la hace resaltar en las minorías, con resalte que, por ser una relación, trueca algo de la calidad en relación; desgasta la calidad para resaltar con la mediocridad mayoritaria; y la desgasta para contrastar una minoría con otra. Creyentes e incrédulos ofenden, por resalte, a crédulos. Y tienen que defenderse aquéllos de éstos —religiosa, política, socialmente...—, gastando en defensa lo que debiera emplearse en perfección propia.

Todas estas actitudes son realmente posibles porque la base del universo y, por tanto, de todos los integrantes de él, está regida por cálculo de probabilidades. Que si la base del universo estuviera regida por matemáticas deterministas —geometría, álgebra, análisis infinitesimal... intrinsecadas, inscritas al estilo newtoniano y laplaciano— la imposición de mediocridad mayoritaria y de minorías resaltantes, por de menor número de sujetos y calidades realizadas, sería inexistente —cual, dicho retrospectivamente, se lo pensó desde Aristóteles, durante la época medieval y Renacimiento, hasta mediados del siglo pasado, y se lo confirmó en el presente con la teoría estadístico-probabilística del universo.

(2) El influjo real de la constitución estadístico-probabilística de la base del universo —y, por ello, de todo él y de los internados

en él, entre éstos, de los hombres— no destruye, sino, al revés, supone y conserva el componente de necesidad —cual se acaba de decir ejemplarmente en el caso de juegos con moneda, cartas, dados... Lo estadístico-probabilístico resalta sobre lo determinista. El cálculo de probabilidades no destruye o anula el cálculo infinitesimal, sino resalta sobre él cual filme sobre pantalla de cinema, como bombardeo de electrones sobre pantalla de televisor; o radiaciones de partículas α, de electrones y rayos gamma (fotones) resaltan, se evaden, de uranio, radio, polonio... según ley especial que no anula las leyes de la mecánica de Newton o de Einstein. Leyes de conservación de materia-energía, de impulso...

Dicho en forma de apariencia metafísica: en realidad de verdad, el universo y todos los internados en él, integrados de los mismos elementos, *es* de tipo «radiactivo». Se parece más a radio, uranio... que a diamante.

El establecimiento perfecto y definitivo de *esencia* en el universo y en sus partes equivaldría a que todo se estableciera en el estado de diamante perfecto. Sustancia-diamante, accidente-diamante..., en cuyo caso no podríamos disolver ni sal ni azúcar, ni asimilar ninguna clase de alimentos: materia diamante o diamantizada por forma, incapaz de transformación; y el mundo sería aquel diamante de que habla Teresa de Ávila: «Digamos ser la divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo»... O los cielos y tierra nuevos que el Apocalipsis describe.

La física actual nos da —si queremos los filósofos aceptarlo después de habernos dado el trabajo de entenderlo— una lección a propósito: *el campo gravitatorio* (métrico) *primariamente y el electromagnético secundariamente, y el nucleónico dentro de los componentes del átomo,* SON, EN REALIDAD, *lo que de divino tiene el universo* —y lo tiene con estructura matemática, intrinsecada e inscrita. (Mírese una vez más la Lámina 3 de las fórmulas de la Relatividad generalizada.) Tal es el componente de necesidad (de inmutabilidad o invariancia). De las ecuaciones de campo se sigue, no por deducción lógica, sino por derivación matemática, la posibilidad de ondas de gravitación, eléctricas, que pasarán al acto con ocasión de cualquier perturbación de las líneas geodésicas (naturales) del campo.

Pues bien: la energía de tales ondas está regida por cálculo de probabilidades. Se componen de fotones en nube —más o menos densa, siempre en «gotas» sueltas (fotones, gravitones...) según la intensidad de la radiación. Jeans nos ofrece calculado el número de fotones que,

en término medio, transmite una antena cada segundo. Son 10^{32} (unos quintillones); su longitud de onda, unos quinientos metros. Nube de quintillones de «gotitas».

La distribución de la energía entre fotones y la total se verifica según la estadística de Bose-Einstein, de fórmula matemática bien determinada: fórmula intrínseca, inscrita, en las ondas. Cada fotón (o quántum) es algo así como dado, regido éste por un componente de probabilidad inseparable del de necesidad; fondo de resalte aquél de éste: los dos indisolubles en el acto de jugar. Tal como quedó explicado.

Es, pues, físico-matemáticamente falso el que se destruyan o anulen necesidad y probabilidad —necesidad y contingencia, diríase en vieja terminología filosófica. Lejos de anularse o destruirse, se complementan; son a la vez y a la una y en *una* realidad.

Esta unidad real —físico-matemática entre los elementos constitutivos de la base del universo y de todos sus integrantes, entre ellos distinguido o no, el hombre— es unidad *a la vez, a la una y en uno*, de necesidad y probabilidad; es la que resuena y consuena acordemente en toda realidad. Y en toda la realidad de este mundo. Por ello la frase «radioontología», designación del estado del universo y de sus internos, no es metáfora verbal; es realidad de verdad. *Nos asemejamos los hombres muchísimo más a uranio, radio... que a diamante en bruto o en limpio.* Semeja que es igualdad de proporcionalidad.

De un dado, en acto de jugado, se puede decir, pues lo es, surtidor de novedades —de sorpresas, agradables o desagradables para los jugadores. Cada cara que sale, háyase o no apostado a ella, es novedad; es porque sí; y si no salió la apuntada, o predicha, es porque nó.

De la vida, dijo Bergson, que es «surtidor de novedades» —*jaillissement de nouveautés*. Surgencia de porque sí o porque nó.

Abundando en el sentido bergsoniano podríase definir la vida por las frases: «surtidora de novedades, improvisadora de espontaneidades, estrenadora de originalidades».

Novedad, espontaneidad, originalidad son emisiones «radio-ontológicas», imprescindibles, imprecalculables, improvidenciables. Material apropiado para cálculo de probabilidades, con estadística peculiarísima, mas análoga —ἀνα-λόγον, según cuenta (logos) y razón (logos)— a las de Boltzmann-Gibbs, Bose-Einstein, Fermi-Dirac.

Schrödinger —el fundador de la mecánica cuántica ondulatoria— expuso en obra (*What is Life*), rellena de sugerencias biológicas y filosóficas, la teoría de que la vida es antientrópica; lo que, sin complicarnos con sutilezas inoportunas, viene a decirnos: la vida, para serse, se apro-

vecha y se es en esas minorías de supra-infra que la mayoría de mediocres de lo normal y de lo casi mayoría y casi en todos, tiene que dejar, según la ley de Gauss. Se *es*, pues, se *actúa*, por y según lo excepcional: lo novedoso, frente a lo corriente, de diario, ordinario; según lo espontáneo, contra la rutina y lo habitual; según lo original, en resalte con lo enseriado, imitado, reproducible (*offset*), facsímil, similores...

La mayoría de mediocres —cuanto mayor mayoría, mayor mediocridad— impone, y es, en todos los órdenes, el dominio y campo de lo corriente, de lo a diario, de lo rutinario y habitual, de lo productible y producido en serie: de las imitaciones, facsímiles. Todo ello define lo *entrópico*: lo normal, lo mayoritario, uniforme: el cualquierismo: el de uno de tantos y del uno de tantísimos: de masa, cola, fieles, ovejas. «Fuente Ovejuna, todos a una», en todo.

A tenor de la teoría de Schrödinger es, pues, vivir (viviente en acto) algo antientrópico. O en frase de esta obra: «radio-onto-lógico», «radio-bio-lógico».

Lo novedoso, original, espontáneo son por constitución —aun por fuerza de sus palabras— lo im-pre-visible, im-pre-calculable, im-pro-videnciable, im-pre-determinable, im-pre-causable: lo in-creíble. Carece de previos, premisas, causas, condiciones que sean, a la vez, necesarias y suficientes: que la necesidad sea suficiente para ser lo que son. Tal parece acontecer respecto de lo matemático puro y de lo físico regido intrínsecamente por lo matemático: geometría, álgebra, análisis... Lo novedoso, original, espontáneo, surgen, pues, porque sí, porque de sí; o dejan de surgir, de ser, porque nó. Son *a se*, *per se*: de sí por sí mismos.

Mas tienen que tener, para ser realmente lo que son, previos, premisas, causas necesarias que no pueden llegar a suficientes.

Tal autosuficiencia —o seipsisuficiencia, para decirlo con palabra menos híbrida— mide su dosis de novedad, espontaneidad, originalidad.

Designemos estos tres modos de seipsisuficiencia por la palabra de «creatividad» —introducida por primera vez por A.N. Whitehead, en *Process and Reality*, y catalogada por él como «categoreal» primario.

«Creatividad» sea, pues, palabra «comodín» para designar, vagamente, globalmente, «novedad, espontaneidad, originalidad»; éstas determinadamente, que tienen intrinsecado, inscrito, el cálculo de probabilidades y, dentro de él, estadística propia de cada una.

El no tener novedad —espontaneidad, originalidad, previos, premisas, causas, condiciones— implica el no tener que dar de ellas razones que sean suficientes para demostrar sus calidades y su existencia misma.

De lo nuevo, en cuanto nuevo, ¿qué se puede decir, sino que es nuevo?, y todo lo que se añada será común, ordinario, de diario, hasta la palabra misma. Como decir de Sócrates, en cuanto Sócrates, «que es Sócrates», es lo único que cabe decir de él; lo demás será común: que es real, que es hombre, que es griego, que es hijo de, que es filósofo...

Igual, igual, respecto de espontaneidad, originalidad.

Esta comodidad queda compensada por la *gran incomodidad* de tener que señalar bien determinadamente, continuamente, el conjunto de condiciones, previos, causas, *necesarias*: fondo de resalte físico-matemático. Cual se ha hecho aquí.

Este fondo necesario —y es sólo necesario, aunque propio— adquiere el matiz, la calidad, de *increado* por resalte frente a *creatividad*: a novedad, originalidad, espontaneidad.

Añadamos, pues, a «lo divino», a su acorde, un componente más.

«Lo divino» (de dios) suena y resuena a la una y constantemente

a { lo necesario [—variable...]
lo universal acampado [—particular...]
lo infinito [—finito...]
lo simple [—complejo...]
lo único [—cualquiera...]

Mas *lo divino* suena, además —y a la una con todo lo anterior— a *increado*: a hacer de lugar o campo de surgimiento de

{ novedad
originalidad
espontaneidad: de *creatividad*.

Y si en el

acorde { lo Nec.
lo Univ.
lo Inf.
lo Sim.
lo Un.

explicitamos lo que da unidad a esas notas que es, como se dijo, la nota básica —el *basso ostinato*— de *invariante*, diremos con abreviación

cómoda: «lo invariante» es, destacadamente, lo *increado* (de dios): de la esencia de dios: de lo que dios o un dios tiene, ha de tener de *esencia*.

Pero lo *increado* —invariablemente increado o lo increadamente invariable— es tal por resalte, por surgir de él —para que tenga sentido real— lo de «creador»:

{ lo novedoso
lo original
lo espontáneo.

A la esencia, al *qué es* (ser dios), pertenece lo de ser «increado-creador».

Ahora bien: el universo actual, comenzando por su base, (1) posee las cinco notas —y lo invariante las subtiende uniéndolas en un acorde—; así que está siendo divino; y (2) por hacer lo invariante de fondo de resalte de lo creador, el universo es, hácese, *increado*.

Así que la proposición: *«el universo es divino-increado-creador»* es verdaderamente real y realmente verdadera —de manera concreta, cual la proporcionan las matemáticas y lógica intrinsecadas e inscritas en él.

Luego por ser partes de él, constituidas con los mismos elementos básicos, todos los integrantes e internados en el universo actual —y privilegiadamente nosotros los hombres, uno por uno, cada uno— estamos siendo *divinos, increados y creadores* —en dosis peculiares a nosotros y a los demás internados.

Ahora bien: toda clase de realidad —de entes, de seres, de *reses*— es real no solamente a *su manera* —diversa para átomos... hombres, dioses encorporados... novedades, espontaneidades, originalidades, ingeniosidades, inventos, bromas, gracias, ocurrencias, sorpresas, sustos, veleidades...—, sino en *su tánto* (o quántum) propio, medible en ergios o en gramos.

Luego habríase de afirmar, a tenor de tal realismo integral e integérrimo, que lo divino-increado-creador de cada clase de realidad del universo actual es real no solamente a *su manera*, sino en *su tánto*.

La dosis de divino-increado-creador es diversa en el universo en cuanto Todo y en sus partes. Basta para que él y los internados en él sean «divinos-increados-creadores»; mas no basta para que sean *Quién* —sean todo eso en estado de *Quién*.

La pregunta y cuestión de *«qué es* ser dios» se transforma en la de «qué es algo o Alguien» ser divino-increado-creador. Puesto que, como

CAMPO DE FUENTES

TEORÍA DE LA RELATIVIDAD GENERALIZADA
Universo Manantial

$$\begin{cases} \frac{1}{2}\{\mu\alpha,\beta\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot g^{\mu\nu}g^{\alpha\varepsilon}\left(\frac{\partial g_{\nu\varepsilon}}{\partial x_\beta}+\frac{\partial g_{\beta\varepsilon}}{\partial x_\nu}-\frac{\partial g_{\beta\nu}}{\partial x_\varepsilon}\right)\right) \\ =\frac{1}{2}\{\mu\alpha,\beta\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot g^{\mu\nu}g^{\alpha\varepsilon}\frac{\partial g_{\nu\varepsilon}}{\partial x_\beta}\right) \\ =-\frac{1}{2}\{\mu\alpha,\beta\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot\frac{\partial g^{\mu\alpha}}{\partial x_\beta}\right) \\ =-\frac{1}{2}\{\mu\nu,\alpha\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot\frac{\partial g^{\mu\nu}}{\partial x_\alpha}\right) \end{cases}$$

$$-\{\mu\nu,\alpha\}\,\delta\left(g^{\mu\nu}\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\sqrt{-g}\right)$$

$$g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\,\{\mu\nu,\alpha\}=-\frac{\partial}{\partial x_\nu}\left(g^{\alpha\nu}\sqrt{-g}\right)$$

$$\{\nu\beta,\beta\}\,g^{\alpha}_{\mu}\delta\left(\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right)\right) \qquad \mathfrak{g}^{\mu\nu}=g^{\mu\nu}\sqrt{-g} \qquad \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}=\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right)$$

$$\begin{cases} \delta\pounds=\left[-\{\mu\nu,\alpha\}+g^{\alpha}_{\mu}\{\nu\beta,\beta\}\right]\delta\left(\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right)\right) \\ \quad-\left[\{\mu\alpha,\beta\}\{\nu\beta,\alpha\}-\{\mu\nu,\alpha\}\{\alpha\beta,\beta\}\right]\delta\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right) \end{cases}$$

$$\frac{\partial\pounds}{\partial\mathfrak{g}^{\mu\nu}}=-\left[\{\mu\alpha,\beta\}\{\nu\beta,\alpha\}-\{\mu\nu,\alpha\}\{\alpha\beta,\beta\}\right]$$

$$\frac{\partial\pounds}{\partial\mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}}=\left[-\{\mu\nu,\alpha\}+g^{\alpha}_{\mu}\{\nu\beta,\beta\}\right]$$

LÁMINA 4

$$\frac{d}{dt}\frac{\partial \pounds}{\partial q'} - \frac{\partial \pounds}{\partial q} = 0$$

$$\mathfrak{g}^{\mu\nu}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}} = -\pounds$$

$$\mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}} = 2\pounds$$

$$\begin{aligned}\mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha} &= \frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right) = \sqrt{-g}\,\frac{\partial g^{\mu\nu}}{\partial x_\alpha} + g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\,\{\alpha\varepsilon,\varepsilon\}\\ &= \sqrt{-g}\left[-\{\varepsilon\alpha,\mu\}g^{\varepsilon\nu} - \{\varepsilon\alpha,\nu\}g^{\mu\varepsilon} + \{\alpha\varepsilon,\varepsilon\}g^{\mu\nu}\right]\end{aligned}$$

$$\begin{aligned}\mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}} = \sqrt{-g}\,\big[&\{\mu\nu,\alpha\}\{\varepsilon\alpha,\mu\}g^{\varepsilon\nu} + \{\mu\nu,\alpha\}\{\varepsilon\alpha,\nu\}g^{\varepsilon\mu}\\ &- \{\mu\nu,\alpha\}\{\alpha\varepsilon,\varepsilon\}g^{\mu\nu} - \{\nu\beta,\beta\}g^{\alpha}_{\mu}\{\varepsilon\alpha,\mu\}g^{\varepsilon\nu} - \{\nu\beta,\beta\}g^{\alpha}_{\mu}\{\varepsilon\alpha,\nu\}g^{\varepsilon\mu}\\ &+ \{\nu\beta,\beta\}g^{\alpha}_{\mu}\{\alpha\varepsilon,\varepsilon\}g^{\mu\nu}\big]\end{aligned}$$

$$\begin{aligned}\sqrt{-g}\,\big[&\{\beta\nu,\alpha\}\{\mu\alpha,\beta\}g^{\mu\nu} + \{\mu\beta,\alpha\}\{\nu\alpha,\beta\}g^{\nu\mu} - \{\mu\nu,\alpha\}\{\alpha\beta,\beta\}g^{\mu\nu}\\ &- \{\nu\beta,\beta\}\{\mu\alpha,\alpha\}g^{\mu\nu} - \{\alpha\beta,\beta\}\{\nu\mu,\alpha\}g^{\nu\mu}\\ &+ \{\nu\beta,\beta\}\{\mu\varepsilon,\varepsilon\}g^{\mu\nu}\big] = 2\pounds\end{aligned}$$

$$\mathfrak{G} = \mathfrak{g}^{\mu\nu}G_{\mu\nu} = \mathfrak{g}^{\mu\nu}\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}} - \mathfrak{g}^{\mu\nu}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}}$$

$$\left\{\begin{aligned}\mathfrak{G} &= \frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(\mathfrak{g}^{\mu\nu}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}}\right) - \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}} - \mathfrak{g}^{\mu\nu}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}}\\ &= \frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(\mathfrak{g}^{\mu\nu}\frac{\partial \pounds}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}}\right) - \pounds.\end{aligned}\right.$$

habrá advertido el Lector —y tal vez lo haya padecido con mayor o menor dosis de paciencia— tomamos la cuestión de *esencia* o *qué es* ser dios, en serio, en real y en actual, el Autor, sin prisas espera confiado en que las dos cuestiones siguientes ayudarán a poner en resalte, frente a todo lo dicho, la novedad, originalidad, espontaneidad característica de algo o alguien que sea *Quién* (Cuarta parte).

Primera. Sentimientos y sentimentalidades que surgen de estar necesaria y constantemente siendo divinos-increados-creadores, tomados en el sentido estricto y concreto explicado.

Todo sentimiento se integra de dos componentes: *el* sentido *de* él, y *lo* sentido *por* él. *Lo sentido* por el «miedo» —lo que siente el miedoso— es miedo; y no, alegría, seguridad...; y *lo sentido* por «seguridad» es eso: seguridad, y no miedo, alegría, susto...; mas *el sentido* de miedo —lo que se le descubre al miedoso— es lo amenazante de algo o alguien al miedoso: a su realidad, a su tranquilidad. *El sentido* es lo que un sentimiento descubre en algo. Dicho en frase anterior —que no es metáfora verbal ni en aquel caso y ni en éste, sino realidad eficiente— *el* sentido de un sentimiento es lo que tal sentimiento «hace salir a la cara» de ciertas cosas o acaecimientos y, a la vez, a la una, *lo* sentido es lo que una cosa o acaecimiento «hace salir a la cara» del sentiente. Cual lo visible de una cosa es lo que el ojeante le «hace salir a la cara» —que sábese ahora es algo original, nuevo, imprevisible, imprecalculable, según la constitución físico-matemática de color, luz, en sí, real. Y a la vez *lo* que al ojeante (al animal con ojos fisiológicos) le sale a la cara por obra del color es lo de «vidente». Ambos acaecimientos son simplificaciones; el uno, de la realidad física; el otro, de la realidad viviente de ojos. Los dos son *ambos*, apareados: a la una.

Ya lo advirtieron o notaron, en sí mismos, Parménides y Aristóteles. «Son lo mismo pensar y ser», «no hallarás al pensar sin el ser en que se expresa», «en acto, conocedor y conocido son lo mismo»; una sola realidad, aunque en estado de potencia —de no haber aún conocido o de haber conocido— sean realmente diferentes. El acto los une; los identifica. Su ser es el mismo (τὶ ἔστιν ταυτό), aunque, a la vez, a la una, su existir, su enrealización (τὸ εἶναι) no sea el mismo, o lo mismo, sino diferente. «Es el mismo Cien el de cien caballos y el de cien hombres; mas su estar siendo es diverso; una vez, y a la vez, Cien está siendo en caballos y en hombres, distintos hombres y caballos.» Y es ejemplo traído por Aristóteles.

De la misma realidad, vgr., de león, saca el ojeante cierta figura co-

loreada; mas el león saca (hace salir) a la cara del ojeante «miedo»; y el ojeante saca a la cara del león, lo de amenazante. Uno se siente miedoso, o amenazado en su realidad; el otro, hácese amenazador: algo de su realidad se emplea en aparecer amenazador con la real apariencia de amenaza; que tal algo puede ser en su tánto mayor que el tánto de león en cuanto visible. Y algo de la realidad del ojeante se emplea en miedo (lo sentido por él) y a costa, a cuenta, del tánto de él.

Tal identidad o doble reacción, los une (en acto). Sin tal unión real ni el ojeante sentiría miedo ni el león parecería realmente amenazante.

Identidad factible y facta, y desfactible y facta, en acto; desfactible, en potencia. Recordemos la sentencia de Aristóteles: «es realmente posible algo a Alguien, si al tener en acto Alguien ese algo, no le sobreviene a Alguien impotencia alguna» —a pesar de ser acto suyo. Le es realmente posible al sentado levantarse, aun estando, en acto, sentado, porque tal acto no lo hace impotente para levantarse. Caso de acto que no pasma, sacia, agota, su potencia. Potencia no pasmable, saciable, agotada por su acto.

La identidad de *lo* sentido y de *el* sentido es de este tipo. El vidente en acto de ver lo visto no resulta impotente, aun dentro de tal acto, suyo, para dejar de ver, y ver otras cosas; tal acto no pasma a su potencia. E inversamente: lo visto por ojos —lo visible de una cosa para ojos— no pasma a la cosa de modo que no pueda, aun mientras está siendo vista, dejar de ser vista o vista por otro ojeante. Cosa pasmada *en vista.*

Identidad des-identific*able,* aun estando identificando.

Pues bien: ¿qué sentimientos surgen de lo divino-increado, de lo invariante? O las conexas preguntas, en fase previa: ¿lo divino-increado es sentimentalmente posible o sentimentalmente experimentable?

Todo sentimiento —como se ha dicho aquí y se repite para recalcarlo— es *espontáneo,* o sea: procede de causas, condiciones, previos necesarios, mas no suficientes. Ese margen defiende, define, caracteriza la espontaneidad contra determinismo integral; es *original,* de tipo resaltante respecto de lo corriente, cotidiano, usual, generalizado, cualquierizado; así que sin previos, modelo, muestras, dechados, según los cuales surgir y de los cuales, imitándolos, necesaria y suficientemente surgir; y es *novedad,* con las calidades de sorpresa, admiración, desconcierto, susto... respecto de las cuales tampoco caben antecedentes, previos, tradición que sean para esas tres calidades causas o condiciones

necesarias y suficientes de que surjan sentimientos; sólo requiere todo eso antecedentes... necesarios; fondo de resalte para su originalidad, espontaneidad, novedad.

Se agrava, pues, la cuestión: los sentimientos que surjan de lo divino-increado, cual de fondo necesario, mas no suficiente, ¿son experimentables sentimentalmente con sentidos, con realidades, que han de ser por constitución, y aun por exigencia verbal, espontaneidades, novedades, originalidades?

Respuesta: «lo divino-increado», «lo invariante» del universo y de todos —y de cada uno, uno por uno, de sus internados— es causa o condición necesaria *próxima* y *propensa* a sentimientos del tipo «sosiego, tranquilidad, paz (*tranquillitas ordinis*), seguridad, permanencia, firmeza, certidumbre, bienestar, imperturbabilidad»; sentimientos y sus palabras se hallan repetidas y ensalzadas por todos los místicos, aquí Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Plotino.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

(Juan de la Cruz.)

Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que, en manera alguna, se puede dejar de creer.

(Teresa de Jesús.)

Heme aquí con solas estas palabras, sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en ese punto vi mi alma hecha otra y me parece que en todo el mundo disputaré que era Dios.

(Teresa de Jesús.)

Se halla más bien como arrebatado y arrobado, en estado de vacía tranquilidad: en sustancial imperturbabilidad, sin inclinarse a parte alguna ni tan sólo para reflexionar sobre sí. En reposo tal, casi en el reposo mismo transustanciado. Se siente robustecido en su vida misma.

(Plotino.)

Y de lo increado del universo —y de la dosis que de ello tiene que tener todo lo en él internado— dan testimonio experimental los anteriormente citados místicos.

> Aun en este mundo resulta hacedero ver a Aquel y verse de alguna manera a sí mismo en tal visión de Aquel; es posible verse a sí mismo deslumbrante, alumbrado de luz inteligible; más bien, hecho él mismo pura luz, ingrávido, sutil, deificado; más todavía, verse ser dios, floreciendo en dios; y si después decayese de tal estado, decaería por marchitarse, cual decaen las flores ... Tal es la vida de los divinos; tal la de los hombres divinos; tal la de los bienaventurados: total desprendimiento de cosas extrañas; de las de acá abajo; vida en indiferente desgana hacia todas ellas; huida de quien está ya solo y a solas con el Solo.
>
> (Plotino.)

> Siente entonces una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no le hace compañía ni creo que se la harían los del cielo.
>
> ... el alma echa de ver claro que está puesta alejadísima y remotísima de toda creatura ... donde no puede llegar alguna creatura humana ... el alma se ve tan secreta cuanto se ve sobre toda creatura temporal levantada.
>
> (Juan de la Cruz.)

Lo divino, por su componente de increado hace, clara y evidentemente, posibles y reales, sentimientos cuyo *el* sentido y *lo* sentido en ellos consiste en «serse y sentirse increados», «levantados sobre toda creatura temporal». No se trata de mística religiosa —de propiedad privada, monopolista de una religión que se tenga por la única verdadera—, sino de sentimientos «metafísicos»: más allá, sobre-naturales o increados.

Lo increado del universo y de sus internados hace de condición necesaria de tales sentimientos, o dicho con otra frase: lo increado es sentimentalizable.

Se ha añadido las notas de condición, causa, «próxima y propensa» a pasar al acto, a enrealizarse tales sentimientos.

Explicación y justificación.

Condición o causa remotísima, remota, próxima, para ser hombre, son ser, real, animal, racional. Mas de racional a Sócrates..., a yo (J.D.G.B.) o tú (M.N.R.), no hay propensión alguna, sino salto inevitable a causa de la originalidad, unicidad, novedad de ser cada uno «yo» —*unicidad* o monopolio de cada yo: de lo de ser «yo»—; y de su *universalidad* acampada, pues cada yo hace o tiende a hacer de todo *mío*, y sin límite: *mi* dios, *mi* religión, *mi* ciencia, *mi* cuerpo, *mi* alma, *mis* posesiones... (infinidad activa); *totalidad*, yo, cada yo, es todo lo que ha ha-

bido, hay y habrá de yo. No puede haber habido otro yo; no puede haber duplicados de yo o dobles o n plus de yo, $n > 1$.

Igual diríase respecto de causa, condición... para ser *este* dios. Las hay remotísimas, remotas, próximas, cual las de ser necesario, universal, unicidad...; mas de ellas a ser *éste* dios, es salto de discontinuidad inevitable. Respecto de *quién es* Dios —tema de permanente cuestión en esta obra— las condiciones o causas de «necesario...» son necesarias y próximas para ser dios y poseer el *qué es* divino, mas no son suficientes.

Empero entre ellas: lo invariante del universo, y los sentimientos de sosiego, tranquilidad, seguridad, imperturbabilidad, la conexión entre ello y ellos posee el peculiar matiz de «propensión».

Definámoslo, pues, explícitamente. Para pasar de reposo a movimiento o de movimiento uniforme a acelerado, hace falta causa (fuerza); y la magnitud del paso, o necesidad de la fuerza, se mide por $m \cdot a$ —masa por aceleración impresa en la masa. Así la atracción gravitatoria se mide por $k \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$, donde k es la constante de gravitación universal entre cualquier tipo y magnitud y en cualquier distancia. La propensión de algo a pasar de un estado a otro, de una cosa a otra, se mide por un coeficiente de *frecuencia*, es decir: por un grado determinado de probabilidad.

Advirtamos —como previo o premisa de la afirmación— que sosiego, seguridad, imperturbabilidad... son sentimientos «laicos» —es decir: indiferentes a toda interpretación o condicionamiento religioso.

No puede uno flotar o nadar en bañera de dimensiones caseras; siente el hundirse; mas puede sentirse flotar, y nadar, en piscina olímpica; y más aún, en el mar. Dicho en lenguaje más técnico: tales sentimientos, ausentes o presentes, notados siempre, darían una medida de la relación real, sentida, entre cuerpo finito —vgr. el que delimita la piel de un hombre— y uno infinito, si la sensibilidad del finito fuera suficientemente fina; y cual en barómetro biológicamente sentiente delatara tal proporción con finura creciente conforme aumenta la magnitud —volumen y presión— del infinito: de la creciente magnitud de piscina, a lago; de lago, a mar; de mar, a Mar.

E igualmente se diría: no nos sostiene la tierra solamente por el terreno que en cada momento pisan nuestros pies; sentimos la seguridad del terreno porque la tierra en conjunto, en global —cual infinito— nos sostiene; y sostiene la superficie finita que nuestros pies pisan. Así que, en rigor, la sensación de seguridad que notamos al estar quie-

tos o moviéndonos proviene de la Tierra en conjunto, cual conjunto «infinitamente» mayor que el de nuestro cuerpo viviente.

Lo de «infinitamente» es aquí, según la fase del tema, abreviatura de «aumento progresivo» según ley físico-matemática de masa y volumen finitos de una realidad hacia mayores, quedando constante un volumen-masa finito: el de nuestro cuerpo. Tal realidad «infinita» —que nos sostiene en reposo o en movimiento; nos sostiene progresivamente mejor al aumentar según ley— *es* sentidamente el Mar o la Tierra. Y, en rigor, todo el universo es el que nos sostiene y sostiene —siéntanlo o no— todas las demás realidades que sean internas o internos de él. Es frase, filosóficamente expresada, la de

$$G = g \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}},$$

en física newtoniana o einsteiniana.

Es físico-matemáticamente falso el que cada uno esté íntegro dentro de su pellejo —excuse el Lector la rudeza de la palabra. Por la ley de gravitación universal está atrayendo cada uno a todos y siendo atraído por todos los demás uno a uno y por todos del universo en conjunto. Y por la tercera ley de física, cualquiera acción nuestra, de cada uno, queda automáticamente compensada por la reacción del universo. Tal es la ley de equilibrio del universo y de sus integrantes.

Y si admitimos que donde uno obra allí está realmente él, habremos de afirmar —sin mieditis óntica, sino aventurándonos de mano de las leyes físico-matemáticas y del tono de realismo integral e integérrimo de esta obra— que nuestro cuerpo, el de cada uno, no es sólo, ni principalmente, el que tiene por cota el pellejo, sino lo es el universo entero.

Nuestro cuerpo, el de cada uno, es universal concreto. El universo es cuerpo de cada uno.

Estamos comprometidos con él; y, sin embargo, no nos fundimos o confundimos unos con otros. Nuestras diferencias reales están aseguradas y medidas por la diferencia de masa y sus diferentes distancias —por la impenetrabilidad, de ordinario, o por la intensidad de las radiaciones que de cada cuerpo proceden, cual secuela matemática de la invariancia del universo [5].

Ya Hesíodo, hace unos dos mil ochocientos años, al describir en hexámetros la *Génesis* del universo, cantó:

«Lo primerísimo de todo fue (hizo) Caos» —cual decimos

«hizo» buen o mal tiempo; «hizo» Caos. Estado primigenio de la realidad total del universo. ¿Reminiscencia para nosotros del superátomo superradiactivo, de Lemaître, Gamow? (cfr. Apéndices C, G, H).

«Pero, inmediatamente después hízose (fue) Tierra (Γαῖα): la de amplio esternón (εὐρύστερνος), asiento (ἕδος) siempre seguro para todos» —y a continuación vienen Eros... Urano, Cronos, Júpiter... y razas de mortales.

Entre tal seguridad óntica y la seguridad sentida, tranquilidad, firmeza..., la conexión es no sólo próxima, sino casi inmediata y, por tanto, la probabilidad de que estos sentimientos surgan de aquéllos es máxima. Es casi siempre y casi automático. Y, en realidad, hecho somero cálculo, sentirnos seguros al reposar, marchar, obrar, hablar, cavar o escribir, pensar, desear... proviene de Tierra: de lo seguro de tal infinito sensible y sentido, y para todos.

Digamos: la ley de gravitación universal garantiza realmente (*res*, ratum) el que nos sintamos seguros de nuestra realidad; y la constancia de tal ley confirma la constancia de sentirnos seguros en todo: de que *realmente* yo soy, *realmente* yo pienso, *realmente* yo dudo, *realmente* yo quiero... Por ser ley de actuación constante no «propende»; *es* ella la propensión misma de sentirnos seguros. Es sólo propensión —no caída o decadencia—, pues los sentimientos tienen la característica de espontaneidad, originalidad, novedad, por las que defenderse de lo necesario y suficiente.

Sea, pues, la afirmación resumen: entre la invariancia del universo y los sentimientos de seguridad, sosiego, imperturbabilidad... hay conexión necesaria, *próxima* y *propendiente*.

Son sentimientos que delatan y registran el componente de increado, propio del universo, los de *alteza* («el alma se siente sobre toda creatura temporal levantada»); *inaccesibilidad* («donde no puede llegar creatura alguna humana»); *soledad* («extraña, porque creatura de toda la Tierra no la hace compañía, ni creo que se la harían las del cielo»); *señorío* (despectivo «quedóme un señorío contra ellos [los demonios] bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas»); *deificado* («hecho él mismo pura luz, ingrávido, sutil... verse ser dios»).

Entre la nota de increado —resonante en lo divino— y estas sentimentalidades hay conexión necesaria, próxima, mas no *propensión*. Conexión indicable por la palabra de *transcendencia* (trans, super, plus ultra).

Que no haya propensión entre lo increado y tales sentimentalidades lo impide la transcendencia constitutiva de y resonante en *alteza*.

Ahora resulta factible definir explícitamente sentimiento y sentimentalidad. Lo sentiment*able* de algo o Alguien puede adoptar dos formas: (1) de *sentimiento,* si procede de y se realiza por la propiedad de *invariancia* del universo del que algo o alguien es interno; (2) de *sentimentalidades*; si, de *increado.* Según esta caracterización, «sosiego, tranquilidad, paz, imperturbabilidad...» son *sentimientos*; «alteza, inaccesibilidad, señorío, deificación» son *sentimentalidades.*

Lo probabilístico —componente de la base misma del universo y de sus internados— es condición necesaria, próxima y propendiente al surgimiento de sentimentalidades, cual las de temor, temblor, miedo, inestabilidad, advertidas y reconocidas ya por Platón en el *Timeo.*

Y refiriéndonos al tema «Dios», son tales sentimentalidades las especificables y especificadas en «temor de Dios» (propio de la sabiduría semítica y de tiempos de despotismo, tiranías, satrapismos políticos); «miedo a dios», «miedo al pecado», «miedo a castigos», «miedo a mortalidad» (vital: miedo a enfermedades, muerte...). Miedo y mieditis disponibles para conveniencias y casos múltiples.

A su vez: lo probabilístico —lo azaroso del universo, reforzado conscientemente al notar que se halla en él internado, inscrito, intrinsecado todo un cálculo de probabilidades— es causa, condición o campo propicio, *propenso,* para que surjan sentimentalidades que liberen a sentimientos, cual los de sosiego, tranquilidad, paz, seguridad... de dar origen a sentimientos de aburrimiento, hastío, fastidio, acedía, sequedades, pasmado, absorto, extático, suspenso, atontado, encandilado, narciso... a lo que aquéllas son propensas a caer.

El componente de probabilidad —de la base de universo y...— es causa, condición necesaria, mas no suficiente, de surgimiento de vida; caracterizada por ser «surtidor de novedades, improvisación de espontaneidades, estreno de originalidades». No suficiente, precisamente por las notas de novedad, originalidad, espontaneidad, como repetidamente se ha dicho aquí y se repite ahora una vez más para poder oportunamente añadir: «novedad, originalidad, espontaneidad» vienen al ser en actos sueltos, a ratos sueltos, tan típicos como ocurrencias, improvisaciones, genialidades, inventos, chistes, bromas, gracias, sustos, sorpresas, desconciertos, admiración, rarezas, gana, arbitrariedades, veleidades, inspiraciones, pálpitos, barruntos, agudezas... y *Libertad*; ninguna de las cuales puede degenerar en estado. Se son a ratos, a actos: a chispazos ónticos.

Aplicándoles una palabra ya introducida, son casos de «radio-*onto*-logía» procedentes y sostenidos por ese componente de la base

misma del universo que es el estadístico probabilístico; y lo son tanto ellos como los rayos gamma, electrones, partículas alfa... o radiaciones de cuerpos naturalmente radiactivos o artificialmente hechos tales. Con la diferencia real (1) de que de las emisiones *radio*-lógicas, la base misma del universo es la causa o condición necesaria de ellas, propia y próxima; mientras que de las emisiones (casos acaecimientos) radio-*onto*-lógicos la base del universo es causa, condición necesaria y propia, mas remota de ellas; (2) respecto de las emisiones *radio*-lógicas y las radio-*onto*-lógicas el quántum (en ergios o en gramos) pudiera ser, ilustrativamente: el de aquéllas, del orden 10^{-20}; y el de éstas; 10^{-30}, aparte de que la diferencia en ser es patente —rayos gamma y ocurrencias; electrones y genialidades; partículas alfa y sorpresas... Cada uno de estos órdenes es «real a su manera y en su tánto» —repitiendo la fórmula general del realismo integral e integérrimo.

De Anselmo de Aosta-Canterbury proviene y data la frase-criterio para demostrar que hay algo así como Dios, y *qué es* ser Dios: «*id quo nihil maius cogitari potest*»: «Dios es lo máximo que se puede concebir» —puestos a pensar. Y, a la inversa: «lo máximo que se puede concebir es Dios».

Gaunilon y Tomás de Aquino, teólogos creyentes y nada crédulos, negaron la directa y la inversa de tal afirmación criterio-definición.

Anselmo no llegó a decir —¿no se atrevió, no creyó hacer falta?— «lo máximo que *yo* puedo concebir es Dios» y «Dios es lo máximo que *yo* puedo concebir». No se «piensa», como se dice «llueve», «hace sol»; sino *yo* pienso, *tú* piensas; es un *quién* quien piensa; no, un *qué*. Y que Dios sea un Quién, y El Quién, no tiene conexión necesaria y suficiente con *qué es*. Si la tuviere, de ella sería necesariamente deducible que «Dios es y tiene que ser Trino». Y sobraría revelación, y le faltarían a Dios intimidad, vida, personalidad. Eso de «*fidens quærens intellectum*» sería falso. La fe no tendría por qué ni para qué ir en busca del entendimiento. La fe, simplemente no existiría, ni sería posible.

¿Qué es lo que un obispo —arzobispo de Canterbury— podía tener por máximamente pensable, por insuperablemente pensable en el siglo once, por un Máximo mayor que lo máximamente pensable entonces en física, astronomía, geometría, economía, sociología, filosofía, teología, estética, lengua latina, griega?

Echando mano —con perdón o sin perdón— de aquella sentencia de Jesús: «tragarse el camello y colar el mosquito», a quien se ha tragado el camello de «máximamente pensable» —el grandísimo camello filosófico y teológico— no le queda más faena que colar mosquitos: se-

cuelas, paráfrasis, glosas, corolarios... que a esto resultan reducidos lo máximo entonces en física, matemáticas... filosofía, sociología, lógica. Y para los que han pensado lo máximo, el Máximo de lo máximo —a saber: los teólogos, ascendiéndose a señores de los demás pensantes— son minucias física, astronomía, lógica... que, a su vez, se hallarán depuestas a *ancilla theologiæ*.

Y así, por los siglos de los siglos, dure el mundo mil o dos mil años más; que lo de que pueda durar, y esté intrínsecamente hecho para durar 6.000, 60.000, 6.000.000.000 años, ni siquiera puede acudir a pensantes que se creían capaces de pensar ya lo Máximo y el Máximo de los máximos. En el fondo de su fe sabían, confesada o inconfesadamente —según la letra explícita y recalcadamente repetida por evangelios y apóstoles— que el mundo debió haberse acabado hacia el año setenta; demorado, hacia el 100; estirado, hasta el 1000; proseguida ya a fecha abierta la venida triunfal, cósmicamente espectacular, de Cristo. La fe tenía, pues, que ir a rebuscar el entendimiento para que le declarara el porqué, el para qué, el cómo de tal venida, demorada, estirada, prorrogada. La prórroga llega ya al 1986. Las leyes físico-matemático-lógicas intrinsecadas en la base misma del universo no prorrogan su duración; la declaran esencialmente abierta desde siempre y para siempre, matemáticamente por $(\pm t)^2$, dt^2 para cualquier valor de t: pasado, presente, futuro.

A nuestra vez, a turno, los presentes de 1986 incurriríamos en el mismo error si creyéramos, crédulamente, que hemos conseguido pensar Lo Máximo, el El Máximo de los máximos, de todos los máximos, condenando así a nuestros sucesores al oficio de repetidores, comentadores, explicadores, deductores, glosadores y acólitos.

En el siglo once se miraba a los dioses griegos, romanos y bárbaros con sonrisa, a lo más y rara vez benévola; de ordinario, cual casos de obscena ridiculez.

Nosotros, los de 1986, hemos de señalar y exigir tales y tantas condiciones para que algo o alguien sea divino y Dios, que por una parte dios, los dioses encarnados o enfantasmados anteriores, adquieran, retrospectivamente, el categorial de «obsoletos»: el de piezas de museo ontológico, a conservar con reverente cuidado, o a admirar con interesada curiosidad.

Obsoleto, obsolescencia, es categorial distinto de falso. Falsedad es categorial ontológico; obsolescencia es categorial vital: es lo invivible ya. Y pueden llegar a ser invivibles, vitalmente falsos, tanto lo verdadero como lo falso ontológicamente.

Mas, por otra parte, complementaria de la anterior, nosotros, los del año 1986, hemos de vivir todo no sólo vivencialmente, sino vivenciablemente, ya que la vida es «surtidor de novedades, improvisadora de espontaneidades, estrenadora de originalidades». Estos tres caracteres de vida —y de viviente— son, a la vez, causa de obsolescencia de sí misma y de todo, y causa ocasional, propicia, propensa a vivenci*ables*: a novedades, originalidades, espontaneidades surgidas, improvisadas, estrenadas por el viviente, por el mismo viviente. Aperturas al porvenir dentro del presente mismo y por la manera cómo el presente es presente vital, expósito a ellas.

Si lo divino (de dios o de Dios) ha de ser viviente —vida divina— o ser viviente vivencialmente y vivenci*able*mente todo: necesidad, universalidad, infinidad, simplicidad, unicidad, los categoriales de obsoleto (ex viviente), vivencial y vivenciable le serán por modo o tonalidad de ponerse a serlo él mismo por sí mismo.

«Dios es lo que él se quiere ser» (fray Francisco y fray Juan de la Cruz). «Dios no es lo que le ha caído en suerte ser, sino lo que quiere ser» (Plotino). «Dios es todo él vidente; todo él, oyente; todo él, pensante; todo él, semoviente» (Jenófanes). Esto es «lo máximo que se concibe ser dios» (Anselmo), y lo que uno piensa al pensar —y oír pensando, con pensamiento oyente— «Dios».

Repitiendo, con perdón o sin perdón la frase: «no es ya barato ser dios o divino». Fue barato, y se malbarató tal nombre tanto como el concepto de dios: el número de dioses y de lo divino; y el número de *quiénes* lo eran o se los tenía o se tenían por divinos —Urano, Cronos, Júpiter, Venus, Marte... Sátrapas, semíticos, Rey de Reyes, Emperadores romanos...

Desde el Renacimiento, lo de divino y dios encarece; y se encarece el número de dioses y de divinos al aumentar el número de exigencias, condiciones, causas de ser divino y dios.

Aquí en esta obra, el encarecimiento *teó*-lógico crece a la par del encarecimiento de «ciencia y técnica»: de las exigencias definitorias de ciencia y técnica; y el encarecimiento del número de dioses (*teó*-logos) tiende a pasar de muchos a algunos, a uno, a único; y el único, a cero o a nulo. Anulado éste por el conjunto mismo de condiciones para ser divino —cual el conjunto de condiciones impuestas por una ecuación corriente ya, «$x^2 + 1 = 0$», no tiene solución en el campo de los números reales, y eso que incluye éste infinitos elementos. Tiene solución para $x = \pm \sqrt{-1}$; pero $(\pm \sqrt{-1})^2 = -1$; y $-1 + 1 = 0$.

Es decir: la victoria es pírrica: la victoria se anula a sí misma.

Nos advierte un refrán: «La avaricia rompe el saco».
Puede romperlo la avaricia; y lo puede, la generosidad.

Generosidad óntica —realidad infinita (de A),
generosidad lógica —infinitos predicados (de A),
generosidad verbal —letanía de infinitas alabanzas.

Quantum potes tantum laude
quia maior omni laude
nec laudare sufficis.

Enigma, secreto, misterio son el equivalente de ecuaciones.

«¿Qué animal es el que de pequeño anda a cuatro patas, el que de mayor anda en dos, y el que termina por andar en tres?»

$$«¿x'''' + x'' + x''' = x?»$$

(Ecuación enigmática, abismáticamente diversa de una ecuación algebraica y de una ecuación diferencial.)

El planteamiento es un enigma. Su solución es asunto de adivinanza. Y el solventador es un adivino. Solución de tal ecuación enigmática: «tal animal (x) es el hombre». El solucionante, Edipo: no en cuanto animal ni en cuanto hombre ni en cuanto adivino, sino en cuanto Edipo: un cierto y determinado *Quién.*

Animal y hombre son calidades generales. «Adivino» es calidad transcendente toda ontología. Que se den adivinos, adivinanzas, enigmas, secretos, misterios es un *dato* transcendente ontología; plus ultra de toda ontología, de toda óntica y lógica. Discontinuidad y abismo infranqueables.

Que en Dios —en su realidad y concepto— entren de componentes misterio, enigma, secreto es *dato* transcendente, plus ultra, de toda *onto-logía.*

No pertenece, pues, a esencia, a *qué es.* Sino a *Quién es*: al que es (o tiene) esencia transcendible en *Quién.*

Que el hombre —por lo pronto, y no corre prisa suponer o intentar demostrar que hay otros entes (seres, *reses*) en el universo, semejantes a él: homin-oides— transcienda a ratos, a actos sueltos, su *qué es* en serlo por modo de *quién,* así que posea o pueda poseer secretos, proponerse y proponer enigmas, abrigar misterios, es *dato,* o *hecho,* de contextura propicia, tal vez propensa, a conocer y tratarse

con *quiénes* y tratar y tratarse con *El Quién* —con dios siéndose Dios: *Quién*.

Todo lo cual nos remite una vez más a la Cuarta parte de esta obra. Para llegar a ella y zambullirnos aventuradamente en tal tema hacen falta unos artículos más, pertenecientes a la fase de *qué es* —algo, dios, o no. Sea, pues, § 4.º: «Conocimiento divino. Palabra divina».

(§ 4.º)

Conocimiento divino. Palabra divina

(Lo divino en cuanto cognoscible y decible lo que tiene de cognoscible y de decible)

Preludio

QUÉ ES *CONOCIMIENTO*

Sin partir *ab ovo,* comencemos por oír a Tomás de Aquino (*Summa theologica,* P. I., q. XIV, art. 1).

> Los conocedores se distinguen de los que no lo son en que éstos no poseen sino su forma; pero el conocedor ha nacido para tener, además, aun la forma de cualquier otra cosa, porque la especie de lo conocido se halla en el conocedor. Por lo cual evidentemente la naturaleza de una cosa no conocedora es más estrecha y limitada. Mas la naturaleza de las cosas conocedoras posee mayor amplitud y extensión. Por lo cual dice el Filósofo (*De Anima,* 1.III, text. 37) que «el alma es de alguna manera todas las cosas». Pero a la forma la estrecha la materia. De ahí que dijéramos anteriormente que las formas, cuanto más inmateriales sean, tanto más se acercan a una cierta infinitud.
>
> Es, pues, patente que la inmaterialidad de una cosa es la razón por la que es conocedora; y que, según el modo de la inmaterialidad, es el modo del conocimiento. [Trad. de J.D.G.B.]

Oigamos ahora a fray Luis de León.

> Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y ra-

zón consiste en que cada una tenga en sí a todas las otras, y en que siendo una sea todas en lo que fuere posible, porque en esto se avecina a Dios que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más a Él, haciéndosele semejante. La cual semeja, si conviene decirlo así, es el pío general de todas las cosas y el fin y como el blanco a donde envían sus deseos todas las creaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo el ser mío su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean, y para que extendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, venza, reine, y ponga su silla la unidad sobre todo.

Pues siendo nuestra perfección aquesta que digo y deseando cada uno naturalmente su perfección y no siendo escasa la naturaleza en proveer a nuestros necesarios deseos, proveyó en esto como en todo lo demás con admirable artificio y fue que, porque no era posible que las cosas así como son materiales y toscas estuviesen todas en otras, les dio a cada una de ellas demás del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante a este mismo, pero más delicado que él, y que nace en cierta manera dél en el cual estuviesen y vivieran cada una de ellas en los entendimientos de sus vecinas, y cada una en todas y todas en cada una.

Y ordenó también que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra de las bocas. Y dispuso que las que en su ser natural piden cada una de ellas su lugar propio, en aquel espiritual ser pudieran estar muchas sin embarazarse en un mismo lugar, en compañía juntas; y aun lo que es más maravilloso en un mismo tiempo en muchos lugares.

(*De los nombres de Cristo*, § «De los nombres en general».)

«Si me preguntáis *qué es* Tiempo, no lo sé; mas si no me lo preguntáis lo sé.» Sentencia clásica de Agustín de Hipona, pasada a refrán universal.

Mas respecto de «conocer», la sentencia de Agustín modulada, diría: si se pregunta *qué es* conocer, saben la pregunta Tomás y fray Luis; mas aun si no se lo pregunta, lo saben todos. Todos sabemos, de manera inmediata, de buenas a primeras, lo qué es conocer. Nos nace el saberlo; nacemos sabiéndolo y se lo da por sabido y resabido en y en cualquier acto de despiertos.

Todos sabemos, de bueno e inmediato saber, que tratar *de* algo o *de* alguien es diverso de tratarse *con* algo o *con* alguien. Se trata *de* león en el zoológico, en libros, en conversación; se trata uno *con* león, en selva. Se trata *de* fuego en termodinámica; se trata uno *con* fuego en cocina, en horno, en incendio —«jugar con fuego».

Se trata *de* dios en teo-*logía*; se trata uno *con* dios en experiencia religiosa. Mas siempre tratar *de* (*x*) presupone —cual base, *sub*-puesto, *sub*-stancia— el tratarse *con* (*x*): *con* su realidad de verdad, *con* su darse a sentir, o haberse tratado *con*.

Lo peor que le puede pasar a un hombre —decía el infante don Juan Manuel— es «no se sentir». Y lo peor que le puede pasar a teólogo es no sentir a dios y no se sentir sintiendo a dios: *con*-siéndose ambos, *con*-sintiéndose ambos.

Tratarse *A con x* es trato de realidad de verdad (la de *A*) *con* la realidad de verdad de *x*. Choque de realidades de verdad —*percance* a veces, cual el de «si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro»; a veces, *catastrófico*: «Acaece muchas veces... venir de otra parte —no se entiende dónde ni cómo— un golpe, o como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquiera cosa que sea, se ve claro que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco, que golpe aunque diga golpe; más agudamente hiere, y no es adonde se sienten acá las penas, a mi parecer, sino en lo más hondo e íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural lo deja hecho polvo» (Teresa de Jesús).

«Lo deja hecho polvo.» Plotino había dicho que el contacto con el Absoluto o el *Uno* (τὸ Ἕν), con el Solitario y Firme (μόνος), es «golpe» (πληγή) que nos deja sin palabra (ἀ-λόγος) y sin razón (ἄ-λογος): mudos y atontados (ἄ–λόγος).

Que alguien trate *de* algo (*x*), sin tratarse *con* ello, pero habiéndose tratado *con* ello, es caso de simple conocimiento actual, y de memorialín de haberse tratado *con* ello.

Que alguien se trate *con* algo, sin tratar *de*, es caso de *experiencia*. «Alguien», refirámonos por de pronto a «hombre».

Golpes hay que dejan sin palabra y sin razones al animal racional que, por racional, es hablador y pensador, locuaz y razonante.

Golpes de *rayo* hay que dejan «hecho polvo —por un rato que de presto pasa— a cuanto halla de esta tierra de nuestro natural». De esta tierra es nuestra corporal lengua, y lo es nuestra alma por lo que tiene de ser *forma* sustancial del cuerpo. Tal rayo des-lengua y des-forma.

Y jugando, no del todo exageradamente con las palabras πληγή (golpe, ataque) y ἀπλοπηγία (apoplejía), diríamos: hay experiencias místicas (religiosas) que son ataques de apoplejía corporal y anímica. E inversamente: sin un cierto ataque apoplético corporal-anímico no hay ninguna experiencia real de verdad y por ello tampoco teoría o conocimiento realmente tal. Tal vez no traspasaríamos los linderos de la verosimilitud si afirmáramos que toda experiencia es un caso de golpe que deja mudo y atontado todo conocimiento anterior; muda y atontada, toda «teoría» precedente.

Así los experimentos de Galileo fueron rayo y ataque apoplético que redujeron a polvo las teorías aristotélicas sobre naturaleza; y a mudez, su tipo de lenguaje: el natural y fisiológico —griego o latino o latinizado. Y los experimentos y experiencias de Galileo con el telescopio —invento preternatural— fueron rayo que redujo a polvo la astronomía natural, hecha por ojos, depuso el centrismo de la tierra a vulgar caso de cuerpo, uno de tantísimos. Y el plano gradualmente inclinado, según ángulos, y los cuerpos refundidos en bolas, reducidos a masa, con desconsideración a sus diferencias específicas y genéricas, resultó también rayo que trocó en polvo la mecánica natural.

De todo ello, de lo nuevo, se habrá —en adelante, post-Galileo— de hablar en lenguaje nuevo: algebraico, infinitesimal —que depone a polvo de palabras inconexas científicamente las frases, proposiciones, conjuntos de ellas, de toda lengua natural fisiológica.

El experimento de Michelson-Morley redujo a polvo científico la mecánica newtoniana: espacio, tiempo, masa absolutos.

Y los experimentos atómicos (nucleares y sus derivados) pulverizaron las teorías de mecánica atómica de Rutherford, Bohr..., depuestas a meras teorías.

De «noche oscura pasiva y activa de los sentidos», y de «noche oscura, pasiva y activa, del espíritu», de «noche oscura de noticias naturales y sobrenaturales» trató, habló y escribió Juan de la Cruz, como procedimientos y procesos para exponerse, hacerse expósito, al «rayo de tiniebla» de la experiencia mística: tratarse realmente *con* Dios, *con* la Realidad realísima, y poder tratar *de* ella, no según *teología* dogmática, sino según teología *mística*.

Parecidamente: sólo haciendo noche oscura de sentidos y mente naturales y de las noticias que los sentidos fisiológicos proporcionan, oportuna o inoportunamente, a la mente —y ésta devuelve en teorías que tratan *de* lo sentido— es posible exponerse a la realidad de verdad: exponerse a ella *con* experimentos y tratarse así *con* ella.

Cerremos el Preludio.

Siga la explicación justificativa y documental de *qué es* conocimiento y de *qué es* conocimiento divino.

Sabido y resabido por sido, por saboreado con lengua, lo *que es* agua, vino, azúcar; y puesto lo que es en olvido, en noche oscura de gusto, por lenguaje de ciencia química, no por alquimia, descubre que la realidad de verdad de ellos son las fórmulas químicas, inscritas, intrinsecadas en lo real:

$$H_2O$$
$$CH_3CH_2OH$$
$$C_{12}H_{22}C_{11}$$

Y lo son las fórmulas físico-matemáticas —fondo eficiente de aquéllllas: del cuadro de la Lámina 3— que el Lector hará bien provechosamente de mirarlas una vez más.

Sabido y resabido por sido, por con-sido, el «conocer», dos *fórmulas* —aunque distintas de apariencia meramente verbal, mas semejantes a las de H_2O, etc.— son las de Tomás y de fray Luis de León: (1) «la inmaterialidad de una cosa es la razón por la que es conocedora, y lo es según el modo o grado de su inmaterialidad»; (2) «el conocimiento es el truco o maña por la que una cosa es —llega a ser— un universo perfecto, es decir: cada una es todas; y todas, cada una». Cúmplese la sentencia de Aristóteles que «el alma es, de alguna manera, todas las cosas». Esa manera o traza consiste en serse una —cada una— inmaterialmente, y ser todas las demás —cada una— inmaterialmente.

Por serse o estar siendo inmaterial es conocedora; y por ser, o estar siendo las demás —todas las del universo— son éstas cognoscibles. Cada una es, pues, conocedora y conocible y conocida.

Las fórmulas matemáticas —de geometría, aritmética y las de lógica—, eran, y estaban siendo ya para Platón, Aristóteles, Tomás, Escoto, inmateriales. Que no fueran conocedoras —Hexaedro, Tres... que se supieran conocedores de sí mismos, cual ojos que se notaran ver; orejas, oír; alma, pensar— les provenía, advenía o sobre-venía de que estaban siendo, a la vez, *en* materia viviente o no. El Cubo (Hexaedro), *en* Fuego; el Icosaedro, *en* Agua...; el Octaedro, Tetraedro...; el Cien, el Tres... estaban siendo *en* mente: *en* alma *en*corporada, *en*materializada.

Pues bien: desde el Renacimiento, lo matemático —geométrico, al-

gebraico, infinitesimal— está inscrito, se sabe que está y que estuvo y estará intrinsecado en la base del universo y, por ello, en la base de todas las cosas internas en él. Con una grandísima diferencia, respecto de lo anterior: griego, romano, medieval. A saber: para éstos las *ideas* (ἰδέα), cual las de Bondad, Belleza, Justicia, Orden, Unidad... y los *eídoses* (εἶδος εἴδη), cual los de Hombre, Fuego, Agua... Barro, Pelo... Triángulo..., (1) o no se comunicaban *con*, ni se eran *en* lo básico del universo, sino solamente estaban en él por modo de *ideíllas* (εἴδωλον), idolillos, imágenes, cual imágenes en espejo de las aguas..., y (2) o se comunicaban o se eran *formas* (μορφή) de la materia; mas a través —cual por medio imprescindible e insaltable— de género remoto, próximo, inmediato y diferencias específicas.

(1') { Mundo Supracelestial (ideas, eídoses). Modelos / Materia básica (ideíllas, ídolos, imágenes, reflejos) } (Platón)

(los eídoses no son ni *de* ni *en* la materia básica)

(2') { { género remoto / género próximo } forma / especie / materia primera } entes (Aristóteles)

(los eídoses son *de* y son *en* los géneros; son *de* y *en* de la especie; *en* y *de* la materia —cual sus formas sustanciales).

En el primer caso los eídoses (esencias puras, ensimismadas, entre ellas las matemáticas, las pocas entonces conocidas) no estaban, no podían estar, inscritas, intrinsecadas en la materia básica del universo; en el segundo, estaban mediatizadas; llegan a la materia, por decirlo así, filtradas tantas veces y de tantas maneras cuantos géneros y diferencias específicas.

En el primer caso la inmaterialidad de los eídoses no llegaba ni podía llegar a inmaterializar la materia básica; ésta resultaba incognoscible propiamente —cual la imagen de los objetos, árboles... ribereños, como nuestra cara en el espejo, no delatan lo que en realidad de verdad es un árbol, una cara. En el segundo, la forma no está siendo inmaterialmente, ensimismada, sino está siendo *en* y *de* la materia; así que no es conocedora *de* sí misma, ni hace perfectamente inmaterial y, por ello, perfectamente cognoscible, lo inferior.

Empero a partir del Renacimiento lo matemático y lo lógico —ri-

cos y progresivamente enriquecidos— está inscrito (se sabe) intrínseco *en*, y es *de* lo real, sin intermediarios y sin reducción a imágenes intencionales e ineficientes.

Todos los cuerpos caen según la misma ley para espacio recorrido, velocidad, aceleración, distancia; la *misma*, sean cual fueren sus parenciales: viviente o no, humano o no. Para tal tipo de ley las especies, los géneros... no existen; son meros *casos*, valores de variables. Sólo existen como masa: por lo que tengan de masa: de realidad bruta y en bruto.

Así están las fórmulas en la desconsiderada desnudez de su cuerpo simbólico:

$$G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$$

$$d^2z/dt^2 = g'; \quad dz/dt = g't + b$$

$$z = 1/2\, g't^2 + bt + c$$

(en el caso más sencillo: el newtoniano).

O bien: las leyes de lógica formal, matemática, simbólica:

$$\overline{p \cdot \bar{p}}; \quad p \vee \bar{p}; \quad (p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p}), \text{etc.}$$

las mismas, indiferentes al tipo de proposiciones que traten de lo que trataren: teología, filosofía, matemáticas, moral, economía, sociología, estética...

Por estar todas ellas: las fórmulas de física, matemáticas, lógica —que aquí nos interesan— intrinsecadas, inscritas en lo real básico, esto adquiere, *es*, inmaterial de tantos grados cuantos los de las fórmulas. Grado de inmaterialidad o abstracción suprema: el de la lógica, según los mismos clásicos griegos, romanos, medievales; grado de abstracción o inmaterialidad inferior al lógico: el de lo matemático (geometría, análisis).

Luego lo real es, a partir del Renacimiento se lo nota, más y mejor inmaterial, que antes de él —que lo era ya, no se lo notaba.

Luego lo real es más cognoscible, y llega a ser mejor conocido, de lo que lo era antes del Renacimiento —y este carácter o propiedad lo define, tal vez mejor que el componente literario o humanístico.

Luego, dado que la vida (el viviente) es —se nos da como— estreno de originalidades, improvisación de espontaneidades, surgimiento de novedades, lo real es más y mejor cognoscible, por más y mejor inmaterial; y es campo propicio para que órganos (o sentidos) nue-

vos, originales, como lo son los instrumentos: telescopio, barómetro, termómetro, electrómetro, espectroscopio, interferómetro, teléfono, radar, auto, betamar, radiotelescopio... delaten tal grado superior al medieval, romano, griego, de inmaterialidad, y por tanto de cognoscibilidad. Se delata y se ha delatado; y el conjunto de tales delaciones constituye la ciencia actual: ciencia tecnifacta o técnica cientifacta.

Los instrumentos se tratan *con* la realidad, *con* una realidad superior en inmaterialidad; y, por ello, en cognoscibilidad. Y la ciencia trata *de* ella, con verdad, pues ha comenzado, procede y sigue el tratarse (los instrumentos) *con* la realidad.

Luego, dado que las leyes físico-matemáticas-lógicas, intrínsecas e inscritas en la realidad básica del universo y de todos los internos en él, poseen los atributos (los *son*) de *invariancia* (inmutabilidad, frente a t: $(\pm t)^2 = /t/^2$; y los de necesidad, universalidad acampada, infinidad, simplicidad, unicidad) y los de *creatividad* (novedad, originalidad, espontaneidad, regidos por cálculo de probabilidades), y que lo *divino* se define por estas notas, concretas, determinadas —en contraposición con sus nociones vagas prerrenacentistas— hay que concluir que la realidad es «divinamente» cognoscible, por distinguidamente inmaterial. Y que conocimiento divino es realmente posible y real de verdad —a partir del Renacimiento. Nos estamos tratando *con* realidad *divina* y tratando *de* ella. Novísima teología mística.

Tratándonos *con* ella constantemente «de obra»: de uso de instrumentos; fiándonos *de* ellos, confiándoles hasta nuestra salud y vida cotidiana. Mas pocas veces, aún, tratando *de* ella y de ella «de pensamiento y palabra».

Giordano Bruno atisbó, y sintió, lo divino del universo; se trató *con* ello; y puesto que los cielos eran aún considerados, tenidos y creídos como asiento y lugar propio de Dios y de los bienaventurados, se atrevió a decir «estamos en el cielo». Lo dijo: «de pensamiento y de palabra» quien lo estaba siendo «de obra»; y lo dijo a quienes lo estaban siendo de pensamiento y palabra dogmáticas, y de obra, en mundo terrestre, confinados a él por definiciones teológicas y filosóficas. Blasfemia contra «Padre nuestro, el que estás en los cielos». «Yo, Giordano Bruno, soy el que está en el cielo» —yo y todos. No llegó a decirlo matemáticamente y sentirlo instrumentalmente. No se trató matemáticamente *con* la realidad. Galileo se trató *con* la realidad de verdad del universo y trató *de* ella físico-matemáticamente, que es como ella está siendo *en* sí misma.

Suponiendo —pero no concediendo— que conocer sea una re-

lación (*R*) cuyos términos son sujeto (conocedor) y objeto (conocido) —*R*(*s*, *o*)— estudiemos detenidamente tres tipos de sujeto y tres de objeto; lo cual será introducir tres tipos de conocimiento, dentro del marco de esta obra.

Preceda el cuadro adjunto a su explicación y justificación:

	CONOCEDOR		CONOCIDO
(1)	necesariamente sujeto	↠ / ←	necesariamente objeto
(2)	voluntariamente sub-yecto	⇄	voluntariamente ob-yecto
(3)	libremente super-yecto	↞ / →	libremente súb-dito

(a) *Filológicamente*

La violencia que se ha hecho aquí al lenguaje corriente y aun al académico es, en su orden, parecida —y tan justificada o más— a la que se ha hecho a lo material natural en su mina —a hierro, arcilla, bauxita, fibras, electrones, petróleo...— para fabricar los aparatos, bien frecuentes, que usamos todos, Lector y Autor. Por acto de violencia retroactiva históricamente revirtamos a su origen latino: «sujeto» revierte a sub-yecto (*subiectum*); «objeto», a «obyecto» (*obiectum*). Se acepta la palabra «Super-yecto» introducida por Whitehead (*Process and Reality*), y se emplea la corriente de «súbdito» (súb-dito).

(b) *Filosóficamente*

En (1), «objeto» indica lo que de una cosa (*res*, ente) está *necesariamente* patente —color, figura, volumen, peso, número... bosque, ganado, nube...— a un sujeto: ojos, orejas, manos, mente, apetito, asomados, amorrados, impregnados en aquéllos; y *necesariamente*, pues ojos están hechos para ver, no para estar cerrados o ciegos; y mente y apetito están hechos para pensar y prender, y no para estar distraídos e inapetentes.

La flecha (↠) indica que el sujeto está centrado en el objeto.

Predominio del objeto. El sujeto sin objeto está inespecificado. Ojos son o están incoloros *para* poder ver todos los colores (y no «del color del cristal»). La mente es tabla rasa en la que nada hay escrito (cual texto imborrable); frase de Aristóteles mismo, menos lo en paréntesis. En frase escolástica: la sustancia se especifica por las potencias; éstas, por los actos; éstos, por los objetos que dan la especificación definitiva a todo lo anterior, pues a ésta se ordenaban y a la que tendían (*intentio*, intencional).

Tal correlación es doble: *directa*, de sujeto a objeto; *inversa*, de ob-

jeto a sujeto. Directa e inversa reales. Forman un par, un *ambos* a dos. Y lo forman necesariamente, pues ambos son parte e internos del mismo universo, regido por leyes físico-matemáticas-lógicas, intrinsecadas e inscritas.

El color del cielo en pleno y despejado día, es realmente azul.

Es lugar literariamente socorrido lo de

> porque este cielo azul que todos vemos
> ni es cielo ni es azul.
> ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

Para un griego, romano, medieval —y aun para aquellos a los que de griego, romano o medieval les quede un resto— es verdad que el cielo es Cielo, y que es azul. ¡Lástima grande para los que no creen en tal verdad!

Para los postrenacentistas con sentidos nuevos: los instrumentos, y con mente nueva, la físico-matemática-lógica, «ese *cielo*» que todos, aun éstos, ven con ojos fisiológicos, es Cielo; para físico-matemáticos que lo miran con telescopio, «no es Cielo», pues instrumentos como espectroscopio lo registran realmente, medidamente, y otros instrumentos delatan que las fórmulas físico-matemáticas leyes del universo, comenzando por la ley de gravitación universal, rigen a la vez y a la una, en *conocedor* (por sentidos e instrumentos) y en *conocido* (por sentidos e instrumentos).

La ley de gravitación universal en su forma más sencilla —que el Lector debe estar ya acostumbrado a ver y a leer en esta obra—

$$G = g'\frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$$

junto con las de $E = mc^2$ y $E/c^2 = m$, están realmente, comprobable y comprobadamente sub-stando, sus-tentando la realidad de conocedor y conocido, y dándose a sentir al conocedor con esos sentimientos de seguridad, firmeza, estabilidad; y con las sentimentalidades contrapuestas y complementarias de susto, temor, temblor... a ratos sueltos.

El campo universal gravitatorio y el electromagnético afectan legalmente, por igual —de igualdad directa o de proporcionalidad— a conocedor y conocido. Y dan al conocedor el sentimiento de conocer realmente; y a conocido, lo de ser realmente conocido.

Realismo.

Ese «cielo azul» que el físico-matemático-lógico postrenacentista

ve y mira con instrumentos es cielo de masa (m_1), $E = mc^2$; y es azul de masa $(m_2) = E/c^2$; y están tales masas (m_1, m_2) dentro del campo gravitatorio universal y del electromagnético: espacio-temporal.

Así que conocedor es *necesariamente* sujeto; y lo conocido, *necesariamente* objeto. *En* y *de* de «$ds^2 = g_{ik}dx^i dx^k$».

Necesidad real común impuesta y garantizada por necesidad acampada, infinita, simplificada y única según matemáticas inscritas e intrínsecas, eficientes, del universo. Es decir: realidad asegurada por *lo divino* de él.

Que en esta fase, o estado, el conocedor esté realmente centrado *en*, atento *a*, encandilado a veces *por* lo conocido (objeto) —intencionalidad real— indica o permite suponer, sugerir que $m_1 < m_2$: que «sujeto < objeto».

Elevar tal sugerencia a afirmación, además de salirse del marco de la obra, desborda los conocimientos filosóficos y científicos del Autor. Queda todo ello a cargo del Lector.

Aunque la relación «sujeto ⇄ objeto», «*S* ⇄ *O*», sea necesariamente mutua, no por eso ni una cosa (*O*) (*res*, ente) llega a ser íntegramente y necesariamente objeto; *ni otra cosa* (*res*, ente), *S*, *puede llegar a ser integral e integérrimamente sujeto.*

Una cosa necesaria e íntegramente objeto, absorbido todo lo de ella en ser *para* otro, y nada en sí (*an sich*) y para sí (*für sich*) —nada de ensimismado (*an und für sich*)— resultaría cosa en sí (*Ding an sich*) cero o nula.

Afirmación con apariencias verbales, verdadera, casi analítica, tautológica. Fraseológicamente verdadera.

Lo que de *en sí* tiene una cosa es su masa en ergios o en gramos, en energético y/o corporal y/o corporaloide, pues lo que tiene de específico, genérico o general no entra en la ley de gravitación universal. En ella entran m_1, m_2, y distancia entre las dos.

Tal es la ley básica de nuestro universo.

La imagen en el espejo de las aguas o de vidrio alindado o de metal bruñido es real *a su manera*, bien distinta de la manera como es real la cara del seipsimirón o la realidad de árbol ribereño; y lo es a la una, o en una misma realidad, en *su tánto*.

Igual, por ser la misma ley, vale de concepto, idea, sujeto, número, figura...; son reales *a su manera-y-en su tánto*. Así el tánto sea 10^{-30}, o 10^{-35} erg, g. Se repite oportunamente lo dicho ya para poder afirmar: lo que de *en sí*, ensimismado, y no para otro, tiene una cosa (*res*, ente) es *su masa*. Y tiene que tenerla para ser real dentro del univer-

so actual, y serlo de manera inmediata o mediata —en definitiva, inmediata.

Luego ni el ensimismamiento puede ser íntegro ni puede serlo íntegramente para otro. En el primer caso no podría ser objeto conocido: visto, oído, palpado... pensado, querido; en el segundo, carecería de masa de realidad comprobable instrumentalmente, mediblemente, en este universo del que se supone ser parte internada. Y por igual cuenta-y-razón, «sujeto» no puede ser íntegra-y-necesariamente sujeto: para sí, ensimismado. Nada de él para (↠) objeto.

No podría ser conocedor de algo. Una cosa «sujeto» tiene su componente de ensimismamiento, de consciente (de en sí); mas disminuido por su apertura, exposición, a cosa (objeto).

Lo que de *en sí* tiene la cosa objeto y lo que de *en sí* tiene la cosa sujeto puede ser diferente; y sus tántos, diversos también. La cosa objeto atrae más (↠) al sujeto que éste a aquélla. Mas lo importante a añadir a lo anterior se condensa en la negación de *integridad*: la de imposible absorción de uno por el otro, a pesar de $m_1 < m_2$.

Apliquémoslo al tema: para un dios *sujeto*, el tirón que imprime en las cosas (creaturas) —en los objetos, o en lo que ellos tienen que tener para *hacia él*— podrá ser, en orden y grado descendente: de imagen, a semeja; de semeja, a similor; de similor, a huella; de huella, a sombra...

Mas todas ellas, y aun lo de «sombra» (o silueta típica), tiene que tener, que guardar, *para sí*, un quántum suyo: de *masa*, para ser *realmente* imagen..., *realmente* sombra. Si el dios-sujeto se pone a, se empeña en eliminar el componente de masa, «la avaricia rompe el saco»; aniquila el que haya algo que entender, ver, providenciar... Y por tal hecho —suicidio, deicidio— deja de ser sujeto cognoscente.

Tiene que dejar algo *en sí* en el llamado objeto o creatura suya. *En sí*, luego no *para Él*. Se niega a sí mismo como creador absoluto y como causa final absoluta. Dicho en términos actuales: toda creatura de un dios íntegramente sujeto se le objetiva y se le enajena. Se le *objetiva*, o sea: no puede hacerla íntegra y necesariamente *para Él*: es aniquilar su creatura: su *en sí* (grado de masa); y se le *enajena*, o sea: no puede hacerla íntegra-y-necesariamente *para Él*, aniquilando el *para sí* (de la creatura).

La condición de dios «sujeto absoluto» lo condena, se condena, a no ser causa eficiente suprema, necesaria-y-suficiente: total; se condena a no ser, a no poder ser, causa final suprema íntegra y necesariamente íntegra.

Tal avaricia ontológica «rompe el saco».

Antes de sacar más secuelas consideremos los casos (2), (3).

(2) Voluntariamente subyecto ⇄ voluntariamente obyecto.

Una cosa (*res*) puede ser, o hacerse, voluntariamente objeto, por revelar algo de su intimidad, de *su en sí para sí*; algo de lo no sometido o sometible a la relación (1): de «necesariamente sujeto a necesariamente objeto».

Estamos los hombres necesariamente expuestos, por expósitos, a ser vistos, oídos, manoseados...; mas no estamos necesaria e íntegramente expuestos a que se perciban nuestros pensamientos o se aperciba otro de lo que pensamos de él; o perciba otro nuestras intenciones, intereses, deseos, anhelos, flacos, defectos; y aun podemos excluir el que los conozcan, o delicadamente prudentes ocultamos, o no los dejamos traslucir o los disimulamos celosa o maliciosamente; o no revelamos algo sencillamente porque no nos da la gana, por tener o para tener «secretos de estado»; para que se sospeche que soy un quién; tengo yo «quién». Que soy el que quiero ser, el que me da la gana de ser (Jenófanes, Plotino, fray Francisco): la gana de ser o no objeto; la de revelarme o no.

El contenido, por decirlo así de «objeto» tiene que ser diverso, y notarse que lo es, del de «ob-yecto»; y serlo así el de sujeto respecto del de sub-yecto. Ob-yecto (objeto revelado) es diferente de objeto (objeto desvelado, patente).

¿Puede Dios, si le da la gana, hacerse sujeto y sub-yecto; y por necesaria correlación, tener objetos y ob-yectos? ¿Ser término de teología natural y de teología revelada?

Dejemos este hilo suelto hasta la Cuarta parte. Y consideremos la relación entre sub-yecto y ob-yecto; lo que es estudiar el tipo segundo de conocimiento o conocimiento de segunda potencia.

Caractericémoslo, pues, explícitamente.

Sub-yecto es sujeto (*s*) que, por la espontaneidad, originalidad y novedad de toda vida —la humana por de pronto, y creemos que es ejemplar único en nuestra tierra y sistema solar— se pone a revelar su intimidad: algo de su *en sí*, para otro. Es decir: se hace ob-yecto: voluntariamente *objeto*. Mas no queda preso, pasmado en tal estado. Puede retraerse, recuperarse de él. Si no lo pudiera, recaería simplemente en objeto (caso 1); lo revelado de él, por él, no cae ni puede caer en meramente objeto. No puede quedar preso de su propia trampa, o mejor, habérsele convertido su revelación en gran trampa que en el orden del

conocimiento consiste en que el conocedor, por dar o darse algo a conocer, quede hecho necesariamente objeto (caso 1).

Ob-yecto es, pues, *objeto* que, por la novedad, originalidad, espontaneidad de la vida, se pone a revelar (a ser conocido) algo de sí, transformando algo de su *en sí para* otro. Es decir: se hace ob-yecto. Mas no queda preso, pasmado, en obyecto. Puede retraerse a ser *en sí*: revertir simplemente a objeto.

Mas entre sub-yecto y ob-yecto el conocimiento no llegará a ser de segunda potencia (2), si no coinciden las voluntades de los dos. Conocimiento que tiene que ser él mismo voluntario: de sí o no. Sometido, pues, a probabilidad, mayor o menor; jamás a necesidad. A producir pasmados y serse entre pasmados.

Pongamos estas consideraciones generales en relación al tema de la obra.

Convertirse por espontaneidad... un sujeto (conocedor) en subyecto (conocedor) es hacer don de sí —*darse* a conocer en algo suyo—; y convertirse por espontaneidad... un objeto (conocido) en ob-yecto (conocido) es también hacer don de sí, de algo suyo. Es decir: convertirse en receptor de tal don, y darle él, de su parte, algo bien suyo: lo de receptor de un don: precisamente de *mi* don, y ser voluntariamente receptor. Recordemos a este propósito la monumental sentencia de Tácito: «*Beneficia eousque læta sunt, dum videtur exsolvi posse; ubi multum antecedere, pro gratia odium redditur*»: «Los beneficios, dones, regalos se reciben con alegría mientras le parezca al recipiendario que puede corresponder adecuadamente; mas si exceden en mucho los beneficios, dones... al poder de correspondencia, en vez de agradecimiento lo que devuelven es odio».

No hay ninguna clase de obligaciones —religiosas, morales, jurídicas, sociales...— de recibir un beneficio, don, regalo, premio. Imponer tal obligación es contradecir, contravenir, a la esencia empalabrada en «beneficio, don, regalo, premio...». Se aceptan con alegría y dignidad cuando y si el recipiendario cree que puede corresponder adecuadamente. Si no puede, se aceptan con humildad, que es sentimiento con gran dosis de indignidad, con quiebra sentida de dignidad.

Cuanto más alto y potente es el dador de beneficios, si los da con obligación de recibirlos y con castigo —temporal o no, en caso de no aceptarlos—, en vez de agradecimiento lo que recibirá es odio. Si el dador se siente injuriado por tal reacción del destinatario con conciencia de dignidad y con lógica de la definición misma de «beneficio, don, regalo, gracia...», el dador ha de reconocer que ignora lo que es lógica de-

finición de don, gracia, regalo, beneficio, premio; e ignora lo que es sentimiento de dignidad.

Un beneficio, dádiva, don, regalo, premio, gracia se dan libremente y se reciben libremente. Convertirlos en obligaciones —y peor aún con castigo— es trocar gracia en desgracia.

Ahora bien: beneficios, dones, regalos, gracias... hechos por una realidad dos de cuyas características sean infinidad y omnipotencia exceden no solamente mucho, sino infinito, la potencia de correspondencia del hombre —de él; no de espíritus puros estamos tratando.

Luego es improbabilísimo que engendren agradecimiento, alegría y, complementariamente, es probabilísimo que engendren odio —rebelión, blasfemia, adoración— en tipos de realidad ni infinita ni omnipotente.

Hacer beneficios, gracias, dones... sin obligación de hacerlos, mas con obligación de recibirlos es un tipo de contrato no sólo leonino, sino pluscuamleonino. Por tanto invalidísimo.

Luego la Alianza, Convenio, Testamento —el don de escoger Jehová un pueblo, cual suyo; y éste, con obligación de recibir tal don y sus secuelas, sin que nadie se lo hubiese pedido— es Convenio, Contrato, Alianza pluscuamleoninos. Y nada tiene de extraño, sino de consecuente, el comportamiento del «pueblo elegido».

Luego esos dones de «revelación» —de darse Dios a conocer en leyes, en preceptos, en su naturaleza y poderío de Creador, Salvador, Señor dios de los ejércitos, celoso..., en revelar sus nombres: Elohim (El Dioses, el Dios de dioses), Jahvé (Soy el que soy), Adonaí (El Señor)— son eso: dones, regalos, gracias que no pueden ser impuestas cual *dogmas*, cual leyes para entendimiento y para trato nominal, con adjuntos castigos, ineludibles por la omnipotencia del dador e infinitos por su infinidad. No sirven, pues, para una teología dogmática, para una teocracia. Van dirigidos, en principio, a una realidad (la humana: vgr., la del pueblo de Israel) que para ser y por ser objeto voluntario o voluntariamente objeto (ob-yecto) se abra a ellos, los acepte cual dones.

Luego la coincidencia por una parte entre sub-yecto voluntariamente seipsirrevelante, dándose a conocer y dando a conocer algo de en sí, de su intimidad y, por otra, ob-yecto, voluntariamente objeto que se da a conocer al sub-yecto y le da a conocer algo de sí de su intimidad, a saber: la aceptación de lo revelado para él, por el sub-yecto, no puede pasar de probable: de buena suerte —en mayoría de casos, tal vez; mas con minorías de excepcionales, ineliminables; y necesaria-

mente ineliminables para ser consecuentes con la modalidad de «voluntariamente».

Coincidencia amenazada intrínsecamente de disolución; mantenida en vilo por actos de voluntad mutua y a voluntad o gana.

Modelo de trato de *quién* a *quién*. De *tú* a *tú* (cfr. Cuarta parte).

Pero antes de sacar más secuelas de este tipo de conocimiento (divino), consideremos el (3): el de super-yecto – súb-dito, directo e inverso.

Aflora inicial y potente en el Renacimiento.

En el estado natural los constitutivos de una realidad están fundidos entre sí y presencial o parencialmente confundidos, con-fusos. Así lo reconoció ya Aristóteles, y ello define el estado natural de una realidad. Uranio, en su mina; hierro, en la suya confundidos y confusos con otros minerales y (futuras) escorias; calor y luz, inseparables en sol y sus rayos; bauxita en su mina, confundida y fundida con el (futuro) aluminio y con otros minerales; agua de río o mar, confundido y fundido su H_2O con detritus, organismos, sales...; peso, confundido y fundido con color, calor, figura del cuerpo pesado.

Igual diríamos de figuras, números... confundidos y fundidos sus componentes (que la ciencia aritmética y geometría destacarán y desconfundirán) con cuerpos: «circunferencia», con sólidos redondos, ruedas, monedas; con gotas de agua, sol, luna...; «dos», con manos; «diez», con dedos; «cien», con los caballos; «recta», con cordel tirante...

Mas lo natural resulta «súb-dito» del conocedor científico. Los objetos y ob-yectos bajan a súb-ditos del Super-yecto.

A partir del Renacimiento —nombremos a Galileo, Torricelli...— se inventan instrumentos (tal tipo define al Renacimiento en ciencia y técnica) que des-confunden tales naturales confusiones y delatan los componentes esenciales. Termómetro que delata —medidamente— solamente temperatura, sin tener que deshacer el cuerpo; barómetro que delata medidamente la presión atmosférica, la altura de la columna de aire, sin tener que deshacer los cuerpos naturales.

Purificación *fenomenológica*, la llamaríamos; pues desconfunde lo confundido; mas no lo des-funde: a lo des-confundido no lo separa de su fusión natural. Caso de *fenomenología pura*.

La ciencia aritmética del Renacimiento des-confunde mentalmente «números, figuras»; mas no puede llegar a desconfundirlas de su fusión con y fusión naturales. La regla, el compás, la escuadra, el ábaco... son instrumentos «inventados», preternaturales; mas del mismo estilo

fenomenológico (puro, ineficiente) que balanza, termómetro, barómetro, telescopio...

Un caso más: lo natural desciende a súbdito de la mente y de instrumentos fenomenológicos nuevos. El objeto y el ob-yecto descienden a súb-ditos del Super-yecto.

A partir del siglo pasado —sea dicho sin pretensiones extemporáneas de cronología— se inventan instrumentos que, realmente, desfunden las fusiones naturales; y lo desfundido queda patente con su propia forma y eficiencia, vgr., agua pesada (HDO, D_2O), uranio ($_{92}U^{238}$, $_{92}Np^{239}$, $_{94}Pu^{239}$), para bomba atómica y reactores; acero, H_2O, corriente eléctrica, luz eléctrica (reducida casi a cero la fusión de luz con calor), gasolina (de alto octanaje reducido programáticamente a un mínimo su fusión y confusión con otros cuerpos del petróleo en su mina); hornilla eléctrica (intensidad de la corriente, tendiente al mínimo, por montaje, la energía gastada en luz)...

Digamos compendiosamente: el hombre ha inventado instrumentos que des-funden las fusiones naturales, des-hacen el cuerpo natural y dejan separado uno de sus componentes utilizable aparte, con máximo de eficiencia.

Formularmente: *fenomenología energética. Purificación óntica.*

De estos dos tipos de instrumentos el hombre natural vive; en ellos se mueve y por su invento y uso es *actual.*

Esto sucede no solamente en el orden material, sino en el científico. Una computadora electrónica proporciona a la aritmética (números, funciones) un cuerpo nuevo en que realizarse eficientemente; técnicamente ajustada proporciona a la lógica un cuerpo nuevo en que se demuestran teoremas, en que lo lógico obra lo que es, sin confusiones con mente, fisiológicamente, anatómicamente, condicionada y restringida; tal, la lógica de Boole, enrealizada en cuerpo propio nuevo en computadoras, redes eléctricas, independizada ya de redes o conexiones nerviosas naturales.

Los objetos y ob-yectos descienden a súb-ditos del Super-yecto.

El primero que cayó en cuenta de que la purificación fenomenológica exigía nuevo tipo, y producía nuevo tipo, de ciencia, fue Kant.

La ciencia físico-matemática (ya constituida por Galileo, Torricelli...) exigía, y había sido hecha por nuevo tipo de hombre. El sujeto conocedor de lo natural era él mismo natural —fundidos y confundidos en él mente con sentidos; éstos, con fisiología y anatomía de vertebrados, mamíferos, primates—; y el objeto conocido era natural: fundidas y confundidas sus calidades y cantidades, amasadas, apelmazadas. Mas

al tipo de hombre nuevo, al físico-matemático, lo llamó Kant «sujeto transcendental».

A partir de Galileo —de la purificación fenomenológica de lo natural, y por virtud de los instrumentos purificadores— el sujeto cognoscente se transforma en super-yecto; lo natural desciende de objeto natural o naturalmente objeto a «forzadamente» objeto. Se lo fuerza a que presente lo que al hombre le interesa para conocimiento científico y para su dominio de lo real. Lo natural pasa a súb-dito de Super-yecto; con término kantiano, a súbdito del hombre ascendido por méritos y obras propias y nuevas a Yo transcendental.

A fortiori: el hombre asciende dentro de la escala de super-yecto cuando se inventa en él —posteriormente a Kant— el tipo de instrumentos que des-hacen lo real (natural). Teoría y práctica de *fenomenología energética u óntica*.

Volviendo, después de esta excursión histórica, al tema de la obra, preguntémonos: ¿se puede forzar a Dios, o a dios —a lo divino, a su esencia— a que descubra por fenomenología pura algo de Dios o de dios, que Dios o dios en estado natural suyo no descubre o no quiere descubrir?

¿Hay para ello instrumentos fenomenológicos puros de eficacia ensayada y con resultado de éxito o fracaso?

Ejemplifiquemos con Jehová.

Por el *Génesis* consta que Caín y Abel ofrecían a dios sacrificios de frutos de la tierra (entonces *primicias* de ella) y de animales. Jehová, por sí y ante sí, aceptó los de Abel, e ignoró los de Caín. Sacrificios que, en principio y en intención de Caín y Abel —por inspiración divina o por ocurrencia de ellos, pues eran los dos primeros hombres engendrados— intentaban hacer a Jehová propicio para cosechas, para ganados, a la vez que honrarlo cual Padre de sus padres. Que Jehová mostrara (fenomenología) su buena voluntad y poder hacia ellos; los sacrificios no hacían violencia sobre Él. Fenomenología pura.

Jehová mostrará complacerse en ellos, según el principio o norma: «toda grasa es del Señor» (*Levítico*, 16); en los holocaustos de Noé «olió el Señor tal olor de suavidad» (*Génesis*, VIII, 20); «holocaustos y olor suave para el Señor; holocausto y olor suavísimo para el Señor» (*Levítico*, I, 9; XIII, 17; II, 2, 9; III, 5), etc.

Por parte de Jehová todo quedaba en plan de fenomenología pura. «Me compadezco de quien quiera.» Mas la intención y el procedimiento real —holocausto: quema de grasa a oler, «le era olor suavísimo»— atentaba a ser fenomenología energética con influencia real so-

bre Jehová; y resultado, éxito. Atentado frustrado a veces; éxito, otras; mas siempre de probable éxito.

«Sacrificar algo real» quedará de procedimiento, en intención y principio eficaz para obtener respuesta por parte de Jehová: de dios o de Dios religioso; es decir: de religación real entre Jehová (Dios o dios) y los hombres. Variará el grado de realidad brutal o bruta de lo sacrificado y el grado de respuesta de Jehová. $S(H)$: sacrificio de primogénitos humanos: Abraham e Isaac; Ifigenia y Agamenón; holocausto: quema total máximo olor $S(A)$, sacrificio de primogénitos de animales; $S(P)$, sacrificio por penitencias corporales: ayunos, abstinencias, disciplinas; renuncia a riquezas, comodidades. Todo ello real. $S(E)$, sacrificio por penitencias espirituales: obediencia, votos, promesas. Todo ello bien real. Y, en todos los casos, «atentado» a que Jehová (dios o Dios) responda agradecido, honrado. Atentado frustrado a veces, por parte de dios o de Dios; a veces exitoso. Hasta con milagros.

Lo de «sacrificio» de algo real va haciéndose más humano; y por ello, más divino o digno de dios o de Dios. Pero no se sale del categorial o teologal de «sacrificio». La brutalidad disminuye de $S(H) \rightarrow S(A) \rightarrow S(P) \rightarrow S(E)$.

Mas la posibilidad de respuesta, de reacción, por parte de Dios o de dios es mayor que cero. O, dicho sin finuras aritméticas, es verosímil y real con frecuencia numerable o documentalmente establecida.

De la fenomenología o teofanía de Jehová en respuesta a $S(H)$ —a la de $S(E)$, a partir, vgr., de Isaac; y más que más, del Nuevo Testamento— Dios o dios se manifiesta ser «lo que él se quiere»: Dios *animaloide*, $S(H)$: todo olfato; Dios *traficante*, $S(A)$, en lugar de holocausto y olores, precio de rescate; Dios *verdugo*, complaciéndose en penitencias sensibles, $S(P)$; Dios *espiritualoide*, sacrificio de calidades y actos espirituales de hombres animales racionales, $S(E)$.

Tales teofanías o maneras reales de manifestarse Dios o dios y manifestar «lo que se quiere ser» y quiere que el hombre perciba y sienta, las es a ratos, a actos. No queda ni puede quedar preso, pasmado, en ninguna. Le complacen y se complace en ellas. Las es sentimentalmente. (Fray Francisco, Plotino, Jenófanes.)

Denominemos a este tipo de teofanías «sacrificional» —por parte del hombre que es quien hace sobre todo, y siente, tales sacrificios. Dan al hombre un conocimiento experiencial de lo que Dios o dios se están siendo y manifestando.

Conocimiento experiencial de lo divino. Caso de fenomenología

pura por parte del hombre. Caso de eficiencia no asegurada o de violencia asegurada.

Además, es un hecho que se den teofanías «devocionales»: súplicas, oraciones, letanías, adoraciones, adulancias, plegarias, procesiones públicas, rogativas... Formas de «por-dios-erismo», de «*miserere mei, Deus*», «*Christe éleison*». Por parte de Dios o de dios «me compadeceré de quien quiera» (*Éxodo*, XXXIII, 48). «Soy misericordioso por miles de miles de veces con los que me aman y guardan mis preceptos» (*Éxodo*, XX, 6).

Teofanías de la misericordia divina y conocimiento experimental por parte del hombre de tal manifestación de dios. Por su parte, Dios se complace en serse tal; le da la gana de sentirse tal y de manifestarse tal. A ratos, a actos. Sin quedar preso ni pasmado en nada. Pero dice «Yo soy el Señor dios tuyo, fuerte, celoso; cobrador, de padres a hijos, de la iniquidad hasta la tercera y cuarta generación» (*Éxodo*, XX, 5).

Conocimiento experimental del hombre de lo que es serse dios —real, no imaginariamente ni en especular imagen— celoso, vengativo.

Si Dios o dios quiere sentir, y sentirse ser lo que es, «ira divina», expresión verbal adecuada es la que por boca de Isaías da de sí: «Yo solo he pisado el lagar; en mi ayuda no se halló gente; pisélos en mi ira y pateélos en mi indignación y su sangre salpicó mis vestidos y he ensuciado mis vestiduras todas» (traducción de fray Luis de León).

«Lo peor que puede suceder al hombre es no se sentir» —dijo y repetimos con el infante don Juan Manuel.

Lo peor que pudiera sucederle a dios o a Dios es no se sentir airado, celoso, generoso, señor dios de los ejércitos, misericordioso, magnificente, infinito, necesario, único... mas sin quedar preso, pasmado en nada, «ser lo que se quiere ser» y sentirlo.

Conocimiento *divino* de dios por dios al hacerse sentir así al hombre; y conocimiento *divino* del hombre; conocimiento de lo que está siendo, siéndose, dios o Dios.

Concluyamos, provisionalmente, pues todo lo dicho tiene que ser redicho en la Cuarta parte.

El hombre no dispone —ni innatos ni adquiridos— de instrumentos de fenomenología energética (sacrificial) ni de fenomenología pura (devocional). Si a dios o a Dios le da la gana, el hombre dispone de esos instrumentos de fenomenología energética que son los diversos tipos de sacrificios —con el coeficiente de probabilidad de éxito— que resuena en «complacerse dios o Dios en ellos». Y dispone el hombre

de esotros instrumentos de fenomenología pura que son los «devocionales», con un coeficiente de eficacia, por complacerse Dios o dios en ellos. En ambos casos se da *conocimiento divino experiencial* de (algo de) dios o de Dios y para dios o Dios mismo, y a la una en un acto común para el hombre. La frase «conocimiento divino experiencial» habrá, con lo anterior, adquirido significado concreto y claro. Casos y modos de «tantearse» Dios y hombre. Dios y Abraham, Dios y Jacob; Dios y Moisés.

Estudiemos parecidamente el valor y realidad de la frase «*conocimiento divino especular*».

El vulgar espejo es un instrumento que reduce la realidad óntica de una cosa a puramente fenomenológica, sea dicho con solemnidad filosófica. El espejo reduce las tres dimensiones de una cosa —vgr. nuestra cara y cuerpo— a dos; y no, a dos reales, cual pudiera hacerlo una aplanadora, sino a dos puramente fenomenológicas: a pura apariencia de dos: «parencial bidimensional». Y reduce lo que de energético, eficiente, tiene una realidad, a presencial ineficiente; y, de nuevo, no a una ineficiencia por composición o equilibrio de fuerzas, cual la balanza, sino a ineficiencia puramente fenomenológica: a «potencial energetoide» o «energía fantasmal». Tal tipo de ser «fantasmal» no está realmente colocado en espejo; ni lo calienta ni lo empuja —al revés de lo que hacen los rayos de luz que inciden sobre él, y lo demostró Lebedeff: presión de la radiación. Imagen inasible, impalpable, mero presencial sin detrás, con sólo delante, y con un delante que no remite ni exige, no tiene, detrás de él. Tipo de abstracción original. La imagen en el espejo es un «fantasma»: algo real a *su manera* y en *su tánto*; a su manera, original; en *su tánto* (vgr. 10^{-33} erg o g). Sea dicho con la tonalidad de realismo integral e integérrimo de esta obra.

Que los filósofos no se hayan admirado de este tipo *sensible* de abstracción fenomenológica, de *epoqué* (ἐποχή) que pone en original «paréntesis», «fuera de acción», a lo real, aun a nuestro cuerpo y cara, no puede servir de disculpa o excusa para no hacerlo ahora, en el siglo XX.

Convengamos, pues, en vistas al tema actual, en denominar «imagen especular» —más brevemente, «especular»— a toda realidad que sea reducción de otra a presencial ineficiente —a pesar de que ella esté presente y eficiente, real de verdad—; y se note ser la misma la simplemente real (reducida) y la real de verdad (no reducida). *Mi* cara, real de verdad y *mi* cara, simplemente real. La *misma*.

Fuego en el espejo no quema ni al espejo ni a los ojos que en él lo

ven. Fuego fantasmal, realidad especular. Fuego reducido a fantasmal por obra del espejo. Fuego en el concepto —concepto de fuego— ni quema al concepto ni al entendimiento. Todo concepto es un «especulativo» —más fino caso que el «especular».

Vida en espejo —cara de viviente— no hace vivir ni a espejo ni a sí misma. Es un «especular». Vida fantasmal. Vida reducida a fantasmal.

Llamemos, pues, conocimiento «especular» al conocimiento en que lo conocido es ineficiente; no hace en el conocedor lo que al conocedor fuera de tal estado o acto le consta que hace con identidad: de ser y de estar. Al conocer, nota el conocedor que no le afecta; al tocarlo, al tantearlo, sabe con real saber y entender que, además de *ser* tal o cual, *obra* de tal o cual manera. A tal fantasmal se lo denominó en la época medieval «especie» sensible, cuando se trata de sentidos. Los llamados conceptos del entendimiento o de razón son, en verdad, fantasmales; la realidad de la que son imagen está reducida fenomenológicamente en cuanto a entidad y en cuanto a eficiencia. En el entendimiento y concepto no *hace* lo que *es*. Qué es lo que en el conocedor pensamental o racional haga de *espejo* —algo así como de vidrio con alinde— no importa aquí el determinarlo ni siquiera el sugerirlo. Sea ónticamente, en realidad de verdad, presente y eficiente lo que sea, los conceptos —vgr., los catalogados por Kant en lógicos y transcendentales o las ideas de la Razón, conceptos innatos o adquiridos, formas a priori— son dados cual realidades ineficientes e inimpresionantes de lo real de verdad presente y eficiente.

Frente a todo lo anterior, largamente dicho, hay que hacer resaltar el concepto de *identidad*. La imagen especular de *mi* cara es imagen de *mi* cara. Y noto que son la *misma*. Notar que son la misma, la *mía*, resulta, la primera vez, sorpresa, admiración, desconcierto: sentimientos de discontinuidad. Aquí de continuidad por identidad. Me soy en dos estados diversos tanto en cuanto a tipo de presencia como en el de eficiencia: diversos ónticamente (peso de realidad de verdad) y fenomenológicamente (peso de parencial y de presencia).

Nos cuesta reconocer que la voz que escuchamos en un disco o cinta magnetofónica es la nuestra, la *misma*, la primera vez que tal nos pasa. Discos y cinta le han cambiado a la voz de cuerpo: voz de viviente, vivida por dentro y por fuera: viva doblemente, y voz reducida a fantasmal. A mi voz viviente le han cambiado su cuerpo anatómico y fisiológico de cuerpo real de verdad, a cuerpo real, mas no al propio fisiológica y anatómicamente; resonante por fuera, frente a resonante

por fuera y por dentro. La *misma*. Se llega, tras la sorpresa inicial, a reconocer que son la misma: del mismo yo oyente.

Caer en cuenta de tal identidad, ponderar su significado e importancia y sus secuelas filosóficas y teológicas es punto decisivo para el tema. Preparémoslo con palabras de poeta y músico —que a ellos, entre otros, cedemos frecuentemente la palabra, cual deferencia debida y provechosa.

> MARISCALA (mirándose en su espejo de mano).—
> ¿Cómo puede ser posible esto:
> que yo, la que fui la pequeña Resi
> llegue también a ser mujer vieja?
> ...
> ¿Cómo es posible que el buen dios me haga eso
> a pesar de ser yo siempre la misma?
> Y si ya él tiene que hacerlo,
> ¿por qué deja que me vea así en el espejo?
> ¡Y tan claramente! ¿Por qué no me lo oculta?
> Todo esto es misterioso, ¡tan misterioso!
>
> (H. von Hofmannsthal, *Der Rosenkavalier*, acto 1.)

La mariscala *es* vieja, y *se ve* vieja (en el espejo). *La misma*. Ve y siente que es la misma. Ónticamente vieja y fantasmalmente vieja. Si dios ha determinado, por ley, que de niña se pase a vieja, ¿por qué ha creado espejos en que *se vea* vieja la que *es* vieja, y no más bien me oculte lo de verme vieja? —en mi duplicado fantasmal. «Todo esto es misterioso, ¡tan misterioso!».

Desagradable sorpresa que da la identidad entre realidad de verdad y fantasmal sensible, por obra de la interposición de espejo.

Otro caso: «Vemos ahora, mediante espejo, un enigma; mas entonces nos veremos cara a cara. Ahora conozco parcialmente; pero entonces conoceré a Dios a la manera como ahora me conozco a mí mismo» (Pablo de Tarso, *Primera a los Corintios*, XIII, 12).

Verse cara a cara; verse las caras Dios y hombre (aquí Pablo). Conocerse sin intermediarios —cual lo son espejo, conceptos, palabra. Conocimiento experiencial, inmediato, real de verdad entre realidades de verdad. «Tantearse» Dios y hombre.

Ahora, en la presente vida, vemos, ve el hombre —o algunos, alguna vez a ratos, a actos, a través de espejo, de fantasmas sensibles (apariciones, audiciones...), de inteligibles (conceptos, Credos), de verbales (palabras, lenguas)— *un enigma*: un algo de que adivinar de quién es,

de quién es en realidad de verdad. Vemos a Dios reducido a enigma: a imagen en espejo; que de espejo hacen apariciones, palabras humanas. El hombre —algunos, algunas veces— sospecha que tal realidad fantasmal es reducción de una realidad de verdad. Y desea el hombre real de verdad (en esta vida, por de pronto) verse cara a cara —«sin noticias naturales y sobrenaturales», «en noche oscura, sensible y espiritual», lo dijo y dijimos con Juan de la Cruz— con Dios, real y realísimo de verdad. «Ahora lo conozco parcialmente», pues lo conozco a través de esos intermediarios que son apariciones... palabras de lengua humana; lo conozco alusivamente. «Mas entonces» —en la otra vida o en otra vida— «seré conocido por él y lo conoceré yo a él a la manera como yo, ahora, me conozco a mí mismo»: sé que soy real de verdad, y no fantasmal especular o especulativo. «La fe desaparece, desaparece la esperanza» —desaparecen los intermediarios: dogmas, credos, conceptos, palabras...— «sólo permanece el amor (ἀγάπη, *ibíd.*), la gracia (caridad, χάρις)» que nos hacemos de vernos cara a cara, de sernos de realidad a realidad: consernos y conocernos realmente de verdad.

La sorpresa —mayúscula, beatificante y beatífica al máximo— consiste en que, de conserse el hombre real de verdad con Dios en estado enigmático o con un enigma de Dios, resulte conserse con Dios en realidad de verdad con hombre real de verdad; consciente el hombre de ser el mismo que convivió con Dios enigmático en algo que era enigma (de Dios), y consciente de que son real y verdaderamente el *mismo* Dios enigmático —o enigma divino— con Dios de verdad. Que el hombre ha sido siempre —aquí y allá— real de verdad, consciente de su realidad de verdad.

Sorpresa por la doble identidad, real de verdad.

Quien por primera vez ve en el espejo una realidad inasible, invivible, impalpable, ve un «enigma»: algo que le remite, alude, insinúa otro tipo de realidad visible, palpable, inteligente, consciente... Que tal fantasmal sea el suyo, y aun que sea un fantasmal, sólo adquiere sentido de tal (1) porque nos estamos precisa y conscientemente sintiendo reales de verdad; (2) por circunstancias externas: correspondencia mimética, cinética, topológica entre vista y tacto; copresencia de otros hombres locuaces, y que han resuelto tal enigma sensible. Y aun así sorpresa es sorpresa: algo de que pueden darse razones o previos necesarios, mas no suficientes. Racionalidad retrospectiva, no prospectiva.

Cerremos este punto con dos advertencias.

Primera: la relación entre «tratarse *A con* (*x*) y tratar *A de* (*x*) (las mismas realidades *A*, *x*), admite ahora la reformulación: tratarse

A con (*x*) es conocimiento experiencial; tratar *A de* (*x*) es conocimiento especular, conexos el *con* con el *de* a pesar de la distinción entre *A* y *x* —por la identidad de *A*, percibida por *A* mismo y «el mismo», y por la identidad entre (*x*) percibido por *A* cual especular (fantasmal o fantasmaloide) y el (*x*) mismo en su realidad de verdad. La percepción de esta doble identidad, la misma identidad potenciada (duplicada), garantiza realmente el que el conocimiento, por ser «identidad» de sujeto y objeto, sea verdadero.

En el caso de Dios y hombre —de *este* Dios y de *este* hombre (vgr. Abraham)— por tratarse Dios, real de verdad, o realísima realidad, *con* hombre real de verdad, tantéanse los dos, o encuéntranse, por originalísimo encontronazo, uno *con* otro, y podrá surgir, no necesariamente, sino probablemente, como se dirá en el punto tercero, el que Dios real de verdad trata *de* el hombre fantasmal o fantasmaloide: del hombre «*imagen* de dios», en cuanto hombre fantasma; y del mismo hombre en cuanto «*semejanza* de Dios». Y por parte del hombre real de verdad podrá surgir el tratar *de* Dios, reducido a fantasmal (apariciones de Dios, audiciones de Dios...) y a fantasmaloide (conceptos, ideas... de Dios).

Ciencia *antropo*lógica de Dios; y ciencia *teo*lógica del hombre. Y por la doble identidad las dos ciencias serán verdaderas a la vez, a la una. El tratarse *con* hace de base real de verdad del tratar *de*. En cada acto el encontronazo de *este* dios con *este* hombre, el encontrarse, es —sea dicho con palabras de Bergson, moduladas a este propósito— cual «esos golpes de timbal que explotan de cuando en cuando en una sinfonía». Los encontronazos de Dios, real de verdad, *con* (o contra) este hombre, real de verdad, son los golpes de timbal que marcan estrepitosamente, por un acto o rato, lo que de real de verdad tiene la corriente (de visiones, audiciones, pensamientos...) de esas sinfonías que son teología y antropología. Lo intermedio entre tales golpes de timbal (o encontronazos entre Dios y hombre) se sostiene en vilo o lo sostienen ellos; cual en una sinfonía son los golpes de timbal los que sostienen, aun dentro del silencio entre dos de ellos, el río puro de los temas y de su desarrollo; operantes ellos por su irrupción sonora o por su ausencia (silencio). Río sonoro, continuo a pesar de fluir, sin cauce a ratos. Los golpes (a propósito, o según propósito) de timbal hacen resaltar la airosidad de su universo sonoro (sinfonía).

El *con* de tratarse sostiene, a pesar de su duración a golpes (a ratos, pocos de ordinario), el tratarse *de*; que por más y más largos ratos el hombre trata (habla de, escribe sobre...) *de* Dios, que se trata *con* Él.

Segunda: se tratan (Dios) *con* (hombre) como objetos voluntarios o voluntariamente objetos. «Si uno no quiere, dos no riñen», habíanos advertido, desde hace siglos, sabio refrán. Si Dios no quiere (según sus planes) o no le da la gana (sin razones) porque sí o porque nó (razón de la sinrazón), de no dejarse en*con*trar, de evadir encontronazos *con* el hombre, por de pronto —dejemos de lado esas quisinovelas de «espíritus puros»—, al hombre le quedarán las ganas, los gestos mentales, volitivos o sentimentales de tratarse *con* Dios, que le advienen, o pueden sobrevenir, al hombre con ocasión de tratar o haber tratado otros, o él, *de* Dios: haber oído (lecciones) de *teo*-logía o de rumores, cuentos, hablillas, y secreteos de que *hay* algo así cual Realidad de verdad, Realidad de Realidades (Elohim: Dios de dioses); o de que, aparte de pegasos, *hay* caballos; o de que, aparte de Don Quijote, *hay* Alonso Quijano el Bueno: «hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco...»; o de que, aparte de teo-*logía hay* (o puede haber) Dios (*theos*).

El categorial, o sentimental, «ganas», es caso abonado para probabilidad. Jugando con dos dados (leales) es coincidencia, a ratos, a actos, a tiradas, el que salgan dos seises o dos unos o una pequeña racha de treses o de cincos. Cada jugada adviene sin precedentes y no deja secuentes, necesarios y suficientes. No se apega una *con* otra. La coincidencia no resulta adherencia.

Dios y hombre —los dos en cuanto voluntariamente objetos o por lo que tienen de voluntariamente objetos— son cual dos dados (leales). Su coincidencia, al tratarse *con*, no puede producir, o degenerar, en re-ligación (religión) ni por parte de Dios ni por la del hombre. Si uno de ellos no quiere, el otro se quedará a lo más con las ganas —en sequedad de años, tal vez; en noche oscura; en «muero porque no muero».

A tales encontronazos llamó Plotino «golpe alógico» (πληγὴ ἄλογος): golpe enmudecedor (de logos) y atontador (de logos, de razón). Pero es un golpe alógico por una más profunda y decisiva razón que la de porque jugando con dos dados salió por «golpe» de buena suerte (para quien apostó a ella) un par de doses. No hay ni puede haber porqué. Es hecho bruto. No apegado a antecedentes y consiguientes.

La razón más profunda y decisiva para que el encontronazo de Dios *con* hombre sea de estilo coincidencia, sin apego preliminar y sin apego secuencial, es la de que tanto Dios como hombre son voluntariamente objeto; se lo son. Si a uno de ellos no le da la gana (sin razones, porque sí o porque nó) o no quiere (según razones o planes), los dos no riñen; no se apegan, o riñen y se despegan.

Las ganas, la voluntad libre —a diferencia del apetito o querencia— vienen al ser porque sí y dejan de ser, se van del ser, porque nó. Y en esto, las ganas y la voluntad libre, en cuanto libre, son lo mismo; se comportan de igual manera. Y no tiene por qué dar razones uno al otro —Dios, al hombre; o el hombre, a Dios— de por qué dar por terminado el encontronazo: el tratarse *con*. Continuarlo, por gana común, doble, es mérito; o puede tomarse así; mas discontinuarlo por desgana común, o de una parte, no es demérito. Y tomarlo por injuria, sentirse injuriado, uno de los dos: Dios u hombre es, fuera, reacción, no de grandes señores o del Gran Señor, sino de pequeños en ontología de lo que es ser libres; que la libertad consiste, por un componente negativo o negador suyo, en no quedar pasmados, presos, apegados por nada ni por nadie.

Lo peor que se puede hacer con «amor», confianza, fidelidad es tratar de imponerlos por ley, por mandamiento, por contrato con castigo, si no se cumple tal ley...; y pésimamente, si castigo es eterno e infinito, que esto anula cualquier contrato, trato, alianza, convenio, testamento —que castigos infinitamente menores, y aun la amenaza de ellos, anulan matrimonio, ordenación, compraventa, juramentos, promesas.

«*Nemo invitus bene facit, etiamsi bonum sit quod facit*» —«Forzado, nadie obra bien, aunque sea bueno lo que hace». Es sentencia de Agustín de Hipona. Modulaciones: «Forzado, nadie cree bien, aunque sea verdad lo que cree». «Forzado, nadie cree bien un dogma, aunque coincida que tal dogma es verdad, independientemente de ser o haber sido decretado dogma, credo.» «Forzado, nadie puede amar bien, aunque sea verdad que Alguien es amable, y aun El Amable: El Amor en persona.» «Forzado —encandilado, pasmado, extático— nadie ve bien a Dios, sensible y/o inteligentemente, aunque coincida que lo visto y/o entendido sea Lo Visible, Lo Inteligible por excelencia y en Persona.»

Se cumple el refrán: «Quien más mira, menos ve».

Reconocerlo de buena gana y comportarse según ella es talante de Grandes Señores; y lo es más, infinitamente, del Gran Señor.

Distinguir amor y apegamiento. En sentido de amor conyugal como «apegamiento», habló Jesús al decir: «abandonará el hombre a padre y madre, y se apegará a su mujer, y serán los dos una carne», que para ello «los hizo Dios varón y hembra» (*Ev.* de Mateo, XIX, 4-6). La letra es más fuerte: «se encolarán» (κολληθήσεται).

Se cumple aquí lo de Jenófanes: «(dios), *Todo* Él, ve; *Todo* Él, piensa; *Todo* Él, oye». «Es lo que quiere ser»: *Todo* ojos, *Todo* pensamiento,

Todo oídos. *Lo que le dé la gana divina.* Y lo de «existe por sí mismo. No le pasa el tener que ser lo que es; es lo que él mismo quiere ser» (Plotino). Y lo de «Dios es lo que él se quiere» (fray Francisco).

Dios no se toma libertades; las ejercita por sí y ante sí. ¿Las ejercita o las toma Dios o dios?

Va resultando urgente distinguir dios de Dios: «*qué es* dios»; «*quién es* Dios». Cuándo y cómo DIOS se pone a serse dios o a ser Dios. Se halla puesto a ser naturaleza o tener esencia (*qué es*) dios. Se pone a serse existente (*quién es*) Dios.

Demos un paso más en esta dirección.

NATURALEZA Y ESENCIA

Φύσις – οὐσία

Una cosa, dice Aristóteles, al principio de «*los libros físicos*», comienza por tener todo en estado de confuso, fundidas unas con otras sus propiedades, confundidas unas con otras. Tal es su estado natural; o el estado natural de algo es el de confuso: συγκεχυμένον, a distinguir cuidadosamente de «compuesto» (σύνθετον). Así los niños —el hombre inicial, el naturalísimo por apenas nacido (φύσις)— confunde padre con hombre, y a todos los hombres los llama «padres»; y por parecida confusión o fusión, a todas las mujeres llama «madre». Y a todo lo redondo llama «circular». Más tarde desconfundirá y desfundirá padre, de hombre; y madre, de mujer; «circunferencia», de redondo (rueda, tronco, moneda...). Y más adelante aún, de los confusos y fusos «cien hombres», «cien caballos» desconfundirá y desfundirá «Cien» de caballos y hombres, y surgirá la aritmética: el puro número y número puro. «Es el mismo Cien, el cien de cien caballos y el cien de cien hombres; mas el estar siendo (τὸ εἶναι) del Cien es diverso: tan diversos como son entre sí hombre y caballo.» El médico canta, el mismo realmente. Mas es confusión y fusión entre médico en cuanto tal y cantor en cuanto tal. Que la misma cosa: «el hombre médico» cante realmente, y cure realmente es una fusión y confusión natural, real, que la mente y lengua avanzadas des-funde y des-confunde por la virtud separadora y no rompiente del «en cuanto» (ᾗ). Función de ᾗ. Al médico en cuanto médico le es accidental el cantar, el ser cantor; al cantor en cuanto tal, le es accidental el ser o hacer de médico. Siempre se trata de *un* hom-

bre real, realmente unitario, cuya unidad real no se la destruye; la desfunde y des-confunde el «en cuanto». «El médico cura a Calías y no al hombre Calías, que al hombre en cuanto tal le acontece eso de ser Calías.» «Polícleto es escultor, y hace estatuas, no en cuanto hombre, sino en cuanto (ᾗ) escultor; a hombre se le hace accidental ser escultor.» Y no obstante tales diversidades reales, dentro de una y la misma realidad total, toda ella y la misma las ejercita y las *es*. Las *está siendo* realmente; mas no las *es*. A la tierra le acontece estar siendo, a la vez y en unidad real, pesada, coloreada, unifigural, caliente...; al sol le acontece *estar siendo* a la vez en unidad real, redondo, alumbrado, calentador, secante, evaporante, fecundante... —propiedades de suyo independientes y de hecho separadas en otros cuerpos—; mas su ser (τὶ ἔστιν), su *qué es*, es el mismo; no lo destruyen o despedazan tales diversidades reales.

El Sol *es* Dios visible y vidente. «Omnividente ojo del Cielo» (Sófocles).

El qué es de Agua lo declara la definición: elemento (uno de los cuatro) pesado-frío-húmedo, a diferencia de Fuego: elemento ligero-seco-caliente; Aire: elemento ligero-caliente-húmedo... A la esencia de agua (H_2O) le acontece —y es su natural estado— ser bebible, disolvente, fertilizante... A la esencia de azúcar ($C_{12}H_{22}O_{11}$), le acontece —y es su natural estado— ser dulce, disolvible, pastelizable. A la Circunferencia «$(x^2 + y^2) = r^2$», le acontece —y es su estado natural— ser redondez de rueda, de moneda, de arco iris, de tronco cilíndrico... Al Sol le acontece engendrar hombres. «Al hombre lo engendra otro hombre y el Sol» (Aristóteles).

Deslindar o separar, sin romper, lo *qué es* dentro de lo que *está siendo* (algo) lo hace la definición (ὁρισμός) conceptual y verbalmente. Y es separación conceptual verbal.

El estado de fusión (revoltijo, mezcla, mezcolanza, mixtura, fusión, apelmazamiento, aleación...) de *qué es* con *que es* lo expresó Aristóteles con la frase, su tantico enigmática: τὸ τὶ ἦν εἶναι: «*qué es* (τὶ ἔστιν) *con que es* (τὸ εἶναι)»; «qué es que está siendo». *Qué es* fundido y confundido con lo que *está siendo*.

Platón, sin llegar a tales fórmulas, dirá —atribuyéndolo a Sócrates, o Sócrates diciéndoselo a Platón— hay que distinguir cuidadosamente entre «tener» y «poseer». Y lo dijo con deliciosamente sencilla comparación: no es lo mismo «tener» un vestido por haberlo comprado, que «poseerlo». Se lo posee por uso, por adaptarlo al cuerpo de la persona. Se lo «tiene», hasta no haberlo usado o por no querer usarlo.

Naturaleza de una cosa es lo que ella «tiene». *Esencia* de esa misma cosa es lo que «posee». Se nace teniendo muchos haberes; mas el progreso real y el mental consisten en llegar a poseerlos: al estado de esencia. Lo no transformable de haber a poseer resulta accidente, adherencias, acompañantes (συμβεβηκός).

Hasta aquí —más o menos, no hace falta más— Platón y Aristóteles. En contraste frente a ellos —y sus secuaces medievales y los retrasados mentales e históricos actuales— notemos los realmente actuales «de pensamiento, palabra y *obra*» que la des-fusión y des-confusión —sólo mentales en los clásicos— las hacen realmente instrumentos físicos y matemáticos (cfr. Primera parte, § 1.º).

Naturalmente se hallan fundidos y confundidos en la luz natural —vgr., en la que nos llega del sol— calor y color. Mas el bolómetro separa calor, y un espectrómetro separa color y los mantienen separados y aun métricamente distinguidos.

Calor y temperatura nacen unidos, fundidos y confundidos, aunque naturalmente separables y con definiciones separadas. Pero solamente calor lo registra en sí mismo un calorímetro; y solamente temperatura la exhibe en sí mismo un vulgar termómetro; el aire natural puede estar siendo, y lo está en ciertas partes, húmedo y caliente; su grado de humedad —a solas— lo registra en sí mismo un higrómetro; y su grado (a solas) de calor, lo delata en sí mismo un termómetro; y su calidad de respirable, de presión sobre los pulmones, lo dicta —ella sola— métricamente un barómetro. Y en sí mismo.

Naturalmente nacen fundidos y confundidos vector y vehículo, dirección (del movimiento de un cuerpo) y su ímpetu (fuerza de arrastre); pero la técnica físico-matemática ha inventado el volante y el motor; el primero desfunde dirección de fuerza; el segundo, enmaterializa el valor masivo de fuerza. Los desfunden y desconfunden y los mantienen des-fundidos y des-confundidos, mas coajustados mutua y realmente.

Y cualquier aparato de radio, televisión, fonógrafo (de disco o cinta magnetofónica) separa (sin romperlos) intensidad (volumen) y frecuencia; y pone a disposición del hombre rodajas, teclas, cilindros... métricamente regulados y regulables para adaptar independientemente esos dos componentes. Coajustarlos sin hacer ni una rotura ni una fusión.

Con-fusión, fusión —dentro de una realidad (*A*), de (*a*) con (*b*); de (*a*, *b*) con (*c*)... (συγκεχυμένον)—; estado distinto de

Compuesto (σύνθετον); y distintos los dos del estado de

Co-ajuste, para designar el cual no sé que haya en los clásicos término adecuado.

Estado natural de las realidades: el de con-fuso y el de fusión de sus haberes.

Estado esencial de ellas: el de compuesto.

Estado planificado de ellas: el de coajuste —que presupone y deshace, sin romper el natural y esencial (clásicos).

En el orden social, el estado *natural* es el de que un hombre, y el mismo hombre, esté siendo a la vez, macho-padre-juez-jefe-mago-médico-*Rey*, predominando, vgr., lo de Rey en Sátrapa oriental, Tirano asiático, Rey de Reyes, Monarca absoluto (παντοκράτωρ). Fusión y confusión de poderes en un solo hombre, y dentro de tales poderes predomina, vgr., el de Rey: Mandamás: «Así lo quiero, así lo mando; en lugar de razones, mi gana». «*Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.*» Se dirá en fórmula clásica más tarde. Cuál de esos oficios o poderes predomine dependerá de la gana momentánea o habitual. Estado social natural primitivo —del que aún en nuestros días quedan restos, resabios, ganas insatisfechas e inconfesables más o menos disimuladas bajo vestimentas sagradas o profanas. Casos de unión fusión y confusión en una mano o manopla.

Estado social *esencial*, en que esa variedad, y aun variopintismo de funciones comienza a organizarse en parches de racionalidad: de gana refrenada por razón; parche de justicia, parche de medicina, parche de milicia, parche de artesanía y artificios, parche de potestad... para ir aproximándose ésta, con siglos y siglos, a los tres grandes poderes o reductos de los tres poderes del Estado: legislativo, judicial, ejecutivo, presididos formularia u oficialmente por una sola persona. Y dentro de cada poder «*pro voluntate, ratio*» —razón primando sobre voluntad—; y ésta, sobre gana. «*Lex, ordinatio rationis*»...

Organización por com-posición; por unión de partes, no de parches de un Todo y en un Todo.

Caso de des-fusión y des-confusión de haberes y poderes en favor de unión por primacía racional y por componendas racionales según ley.

En el caso de estado social natural —o de lo que de tal estado primitivo quede en los posteriores— un parche nuevo: el de la legalidad, en juez; de técnico, en lo de guerrero; de médico, en lo de curandero; de sacerdote, en lo de mago.

Tiene cual efecto el señalado por Jesús, según los evangelios: «el parche nuevo acaba destruyendo el vestido viejo; o el vino nuevo, los odres viejos».

En el segundo caso o estado, el *orden* racional —la ciencia político, económica, física, jurídica, biológica...— es esencia de la ordenación racional.

Ordenanza de ordenanzas —y ordenanzas, de Orden— es la manera como el *orden racional* está siendo real (τὸ εἶναι) y, a la vez, la manera como el orden racional hace de *esencia* (τί ἔστιν) de las ordenanzas.

Composición de «esencia y existencia», «de *qué es* y de *que es*»: τὸ τί ἦν εἶναι.

Mas el estado social planificado o unificado según plan, transforma todo lo anterior —natural y esencial— (1) con sentido y mente nuevos: ojos, con telescopios y televisores; orejas, con audífonos y teléfonos; manos, con palas y excavadoras mecánicas; luz de teas, con eléctrica; abrir puertas a empujones, a abrirse ellas por simple aproximación; cerrarse, por alejamiento; pretender volar con alas, cual ingeniosos y deseables pegasos, a volar hombres y casas enteras, pueblos enteros, por sobre las nubes, cómodamente sentados, hablando, leyendo, paseando, en aviones; todo esto movido no por caballos o águilas... sino por 100, 200, 2.000 caballos de fuerza (HP) que ni comen alfalfa ni beben agua... Todo ello: telescopios, radiotelescopios, televisores, audífonos, células fotoeléctricas, motores (de avión o auto...) son sentidos nuevos: instrumentos potentes y eficientes, a pesar de no haber procedido de lo natural por generación y crecimiento; (2) sin embargo la sociedad (actual) los emplea y no podría subsistir sin ellos. ¿Qué fuera de toda clase de ciudades, naciones y ciudadanos, sin radio, televisión, teléfono, luz eléctrica, imprenta, aviones, computadoras... productos químicos? ¿Qué fuera, sin ellos, de propaganda, predicación al universo (buenas nuevas religiosas, científicas, técnicas, económicas...)? Todo ello fuera imposible sin sociedad reorganizada, transformada, en Estado planificado.

Ver, oír, mover... a distancia; moverse más velozmente que águila o halcón; ver que hay antípodas y lo que allá sucede en menos de un segundo; ir a la Luna, en menos de una semana; saber lo que pasa en el interior de la tierra —en el «Infierno»—, de sol o estrellas, sin meterse en ellas; pasearse por el Cielo, por el mar profundo; curar un dolor de cabeza por aspirina; resucitar a uno que habría, realmente, de estar ya muerto por tuberculosis, asfixia, trombosis coronaria...; prolongarle la

vida, es decir: resucitarlo medicalmente mediante medicamentos y procedimientos artificiales, inventos del hombre. Medicina preventiva de la muerte, mejor que la curativa por milagro, aunque, en definitiva, todos muertos. Y la curativa artificial siempre a disposición humana. No así la por milagro. Todo esto sonaría, antes del siglo pasado, a *science fiction*, a ficciones científicas, a utopismo y aun a blasfemia: a suplantación de poderes divinos, a magia, a posesión diabólica.

Ficciones científicas, filosóficas, teológicas, imaginativas, volitivas. *Pues bien*: todo ello es real, en el doble sentido, de existente y eficiente (*Wirklich, wirken, Wirklichkeit*).

Este tercer estado de sociedad existe y es eficiente por coajuste programático, por seipsicoajuste (*feed-back*). A pesar de tener que reformar y transformar lo racional y esencial natural. Y sacar su eficacia directamente de la base del universo.

¿Qué queda aún de lo natural, y de lo natural esencializado, en un televisor, avión, auto, computadora; en luz de neón, en betamax...?

¿Qué queda aún de lo natural, aun de lo esencializado en él, tras el empleo de geometría analítica, de geometrías no euclídeas, cálculo infinitesimal, de matrices, de lógicas no aristotélicas (de Boole), probabilísticas?

Los instrumentos físicos sacan ya su realidad y su eficiencia de los elementos básicos del universo: bariones, mesones, leptones; protones, electrones, fotones... campos; y sus formas resultan de coajuste de piezas, coajuste de piezas «inventadas». ¿No nos sorprende la disparidad de forma entre un televisor y una flor, entre televisor y ojos?

Los instrumentos mentales, aludidos, echan cada vez, cada fase histórica, más y más profundas raíces en la base del universo, a través de instrumentos físicos científicamente planeados y realizados. Nuevos sentidos.

Nuestra voz (natural) ha cambiado, se la ha hecho cambiar, de cuerpo. Del anatómico y fisiológico natural, a disco o cinta magnetofónica; y éstos, acoplados a la base del universo.

¿Se llegará a cambiarle al alma, a la mente, a la razón natural, a la voluntad natural, el cuerpo natural y proporcionarles otro hecho —sin intermedios más o menos naturales— de los elementos y fuerzas básicas del universo?

¿Y que esto suceda ya durante la llamada, y sida, vida natural?

¿Inmortalidad, ya durante la mortalidad natural? ¿Inmortalidad sida y sentida ya durante la vida mortal —y a costa o no de la vida natural y esencial? Todo ello, sugerencias para el Lector. ¿A propósito?

¿O no demasiado a despropósito, del tema «Naturaleza y esencia», en general?

¿Mas sí, a propósito del tema «Conocimiento divino» —natural, esencial, planificado? Volvamos, pues, a él.

(A) DIOS EN ESTADO NATURAL O NATURALEZA DE DIOS

Dios de dioses, señor, padre, salvador, celoso, iracundo, potente, milagrero, justo, vengador, misericordioso, conocedor, arrepentidizo, hablador, hasta locuaz, creador, alfarero, mandón, elector, piadoso, señor dios de ejércitos, discutidor, luchador, jurador, dueño absoluto... y otras manifestaciones reales de lo que Elohim, Jehová, Adonaí *está siendo* —y que, para cumplir con la prometida urbanidad en el Prólogo, se omiten aquí, mas se hallan en la Biblia, del A.T. sobre todo— son componentes de la *naturaleza* divina o de un dios que se esté siendo *natural.*

En estado natural de dios se verifican de manera espectacular y variada los modales y talante con que —según y máximamente Jenófanes, Plotino, fray Francisco— se está siendo dios: lo de que «está siendo lo que quiere, o le da la gana de ser». Gana, talante, y manifestaciones, bien comprobables y deseables por y para los hombres; y a ratos, a actos, pocos, realizadas.

(B) DIOS EN O HACIA ESTADO DE ESENCIA. O ESENCIA DE DIOS

Dentro de la fusión y confusión de componentes —cual dentro del mar primigenio o caos inicial— se van formando, surgiendo, naciendo *parches* de componentes, desconfundiéndose, desfundiéndose de otros. Vgr., *creador,* potente, milagrero; *padre,* salvador, misericordioso; *iracundo,* vengador, celoso, *justo; conocedor,* hablador, discutidor; *fuerte,* luchador, señor de ejércitos; *dueño,* absoluto, gran elector; *Dios,* de dioses, el Dios, el Señor, el Único *Dios; santo,* puro... Todos estos parches divinos sometidos a y disueltos en caldo intelectual griego (helenístico) y en romano (jurídico, imperial) —desde el siglo II a.C. al XIII d.C.— irán organizando en esencia (modelo griego) y en potencias el maremágnum, el maremoto de componentes y parches de la naturaleza divina o de dios (de un dios) que se está siendo natural.

A partir de esas ilustrativas y sugerentes fechas, dentro de los parches de lo que está siendo (lo *que es*, τὸ εἶναι) divino se constituyen centros de lo *qué es* (τί ἔστιν) divino. Serán (ser-hán) atributos divinos, de Dios, los de «Creador, Omnipotente, Omnisciente, Inmensidad, Eternidad, Unicidad, Justicia...»; lo demás de la naturaleza divina descenderá a manifestaciones (reales, sin duda) de lo que *está siendo* para otros y para sí a ratos, a actos, a veces; mas no lo *es*. No definen *qué es* dios. Parches naturales y parches esencialoides están unidos por «necesidad», tono o modo de serlos.

Por ulterior penetración de filosofía y teología griegas —Platón, Aristóteles... Plotino— las maneras de ser: sustancia-accidente, potencia-acto, materia-forma, esencia-existencia, causa-efecto, fin-medios, ciencia-opinión, verdad-falsedad, identidad-distinción, los modos (o tonos, grados internos de tensión o rigidez, τόνος) de ser todo —que son necesario-real-posible— penetrarán y reconcentrarán los parches esencialoides transformándolos en esenciales. Lo propísimo de *ser* Dios o lo que *qué es* ser dios es (su) Sustancia, Acto, Existencia, Causa, Fin, Ciencia, Vida, Verdad, Identidad... y serlos en tono o modo de *necesidad*: serlos de una sola manera, única y simple (definición de necesidad según Aristóteles); serlos en tono de *infinidad* y en tono de *simplicidad*.

La coherencia racional —de pensamiento (logos); de palabra (logos) en la *teo-logía*— llegará a ser atributo divino (del *qué es* ser dios) y pasará a ser obligación de origen divino para teólogos, desde Tomás, Escoto, y de la teología oficial hasta nuestros días.

Necesidad, Infinidad, Simplicidad, Racionalidad constituyen, por decirlo así, el «acorde» modal de dios —en estado esencial. Por eso y en eso el Dios natural parece ser, y está siendo, más vivo, más espontáneo —aunque menos original— que el dios esencial, del que se acaba de tratar en primer ataque. Y lo mismo, proporcional o similarmente habría que decir de los hombres que con tal dios en estado natural se trataron —respecto de los que con dios esencializado, o en trance de serlo, se han tratado los del Nuevo Testamento o Evangelios.

En los atributos, y sus modales —que resuenan a mandatos y mandamientos y las conminaciones adjuntas a ellos de Mandamás, desmandado según gana, en Sátrapa, Tirano, Rey de Reyes (Omnipotente), en Emperador romano— resuena ya la Ley que es *«ordinatio rationis»*; la gana resuena a voluntad, que es potencia racional. Ley y voluntad son ya dominios de «racionalidad»: de un atributo o modo de la esencia de dios.

Admitamos —por vía de ejemplificación sugerente y a propósito del tema— que Jesús de Nazaret fuera hombre-dios. Sea o no hecho, creído o no, nos servirá para determinar las condiciones bajo las cuales un hombre puede llegar a ser dios (natural) o dios (esencial); e inversa, y complementariamente, dios (natural, esencialoide o esencial) puede ser, hacerse, hombre; quien a su vez puede *estar siéndose* hombre natural o estar haciéndose hombre esencial: *ser* hombre.

Punto de inflexión o de bifurcación de *qué es* (ser dios) o *qué es* (ser hombre) y *qué es* ser dios-hombre, hacia *quién es* Dios (o dios en estado de Quién), *quién es* hombre (u hombre en estado de quién).

La Buena Nueva —o Evangelio, εὐαγγελία— consistiría en la sucesión de fases: pasar de *estar siendo* (fase natural) a *ser* (*es*, fase esencial); y de ésta, a *serse* Quién.

Estudiémoslas en Jesús de Nazaret.

A mi parecer, el primero, y hasta ahora único, que ha descrito —y escrito en castellano clásico por «castizo», perfecto y normativo— la naturaleza de Jesús es, o ha sido, fray Luis de León, en *Los nombres de Cristo.*

> Vienen a ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da a Cristo porque lo llama León y Cordero y Pastor y Camino y Sacerdote y Sacrificio y Esposo y Padre y Príncipe de Paz y Vida y Pimpollo y Salud y Vida y Verdad y Cara suya y Rey de Dios y Piedra y Lucero y Oriente... y así otros nombres sin cuento. Pero de aquestos nombres escogió sólo diez el papel, como más sustanciales; porque como en él se dice, los demás todos se reducen o pueden reducir a éstos en cierta manera.
>
> Mas conviene, antes que pasemos adelante, advirtamos que primero que así como Cristo es Dios, así también tiene nombres que por su divinidad le convienen, unos propios de su persona y otros comunes a toda la Trinidad; pero no habla agora de éstos nuestro papel, ni nosotros agora tocamos en ellos; porque aquéllos pertenecen propiamente a los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen a Cristo en cuanto hombre; conforme a los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana y conforme a las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros.

En total, hecho el descuento indicado, los nombres son: Pimpollo, Faces de Dios, Camino, Pastor, Monte, Padre de siglo futuro, Brazo de Dios, Rey de Dios, Príncipe de paz, Esposo.

Todos ellos son nombres, o parches de naturaleza, manifestaciones reales de lo que a ratos, actos, está siendo Jesús en cuanto hombre. Y por naturales están unidos por fusión y confusión, no por composición o esencialización. Fórmanse por crecimiento natural «parches», cual los de «Faces de Dios, Brazo de Dios, Rey de Dios»; «Camino, Monte, Pastor; Padre de siglo futuro, Príncipe de paz»; «Esposo, Pimpollo». Jesús manifiéstase estar siendo tal o tales parches, no hipócritamente, mascarilmente, verbalmente, sino realmente.

Esto es *estar siendo, «tener»*, naturaleza humana; ser naturalmente hombre. Como la unidad por naturaleza es del tipo o grado de fusión y confusión, no hay inconveniente, por parte de naturaleza, en que se unan naturalmente la naturaleza de hombre con la naturaleza de Dios, dando un fuso o confuso, bien viviente: una Naturaleza divino-humana, surgiendo por natural crecimiento parches nuevos: «Creador, potente, milagrero» (parche de Dios)-y-«Brazo de Dios» (naturaleza de Jesús); «Padre, Salvador, misericordioso» (parche divino)-y-«Padre del siglo futuro, Esposo, Pimpollo» (parche humano); «Dios de dioses, el Dios, el Señor» (parche divino)-y-«Rey de Dios, Príncipe de paz» (parche humano); «Conocedor, hablador, discutidor» (parche natural divino)-y-«Faces de Dios» (parche humano natural); «Santo, puro» (parche de la naturaleza divina)-y-«Pimpollo» (parche de la humana)...

La partícula «y» designaría esa unión por fusión y confusión, potente, viviente, variamente ostensible, realmente ostentada por una transnaturaleza o supranaturaleza, si se puede hablar así, pues así sería, estuvo siendo y dándose a conocer, sentir y obrar.

Común todo entre dos (pre) naturalezas.

Jesús —por atenernos a un caso, real o no, mas modelo— es *naturalmente* dios y hombre. A la una, a ratos, a actos, a veces ostentará —no fingida, hipócrita, mascarilmente— alguno o algunos de esos compuestos o parches.

«Mi padre y yo somos uno» vendría a decir (y estar siendo) «mi padre y yo estamos siendo una sola naturaleza» —una transnaturaleza, plus ultra o más allá del estado de dos naturalezas, inicial, primigenio.

Y por ello, fusión y confusión des-fundible. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» —perfectamente posible entre una naturaleza surgida naturalmente de dos (o más) previas; des-hacimiento de natural hibridismo.

Todo lo anterior está sometido a la fase *esencial*. La refundición

en esencia de la fusión natural, operada por la infusión o injerto de filosofía griega, daba como resultante el que la esencia de Dios, el *qué es* (de dios), fuera *acto puro* —resumiendo en esta palabra o tipo de ser lo dicho hace pocas líneas y meticulosamente— en tono o modo de «infinidad». Esto: acto puro, infinito, *es* Dios; es lo que *posee* Dios (su οὐσία).

Similarmente, por inyección o injerto de la filosofía griega —aguachinada helenísticamente en la naturaleza humano-divina de Jesús o de un hombre-dios— dará por resultante lo que de esencialmente *posea*, que es lo mismo que *posee* (es) Dios.

Dos o más *naturalezas* —tal cual se ha definido aquí este tipo de ser— se pueden fundir y confundir en una (super) naturaleza que dará *este* (dios-hombre). Este es un *qué*.

Dos o más *esencias* son infusibles e inconfundibles entre sí. A fin de dar *un* ente se echará mano del concepto —o medio— de *persona*. Dos (o más) naturalezas esencializadas en una persona. «Persona es *un quién*.»

Nos tropezamos aquí, una vez más, con lo de *Quién es* Dios —a diferencia y en resalte de *qué es* dios: de *este* dios.

¿*Qué es* ser hombre? —«animal racional».

¿*Quién es* hombre? —vgr., lo son Adam, Abraham... Platón, yo (J.D.G.B.), tú (M.N.R.S.).

¿*Qué es* vino? —CH_3CH_2OH.

¿*Quién es* vino? —lo fuera, vgr., si Dios se «encarnara», digamos para evitar vulgar escándalo verbal se enrealizara, en vino; *este* (vino) es *mi* sangre. Vino-Dios, y no simplemente vino divino.

Que Dios o dios pueda encarnarse, enrealizarse, en entes no humanos, inclusive en el universo cual todo, es sentencia de tantos y tantos teólogos, en el tratado *De incarnatione*. «Vino», elevado a ser *este* dios; «Vino», realzado a ser *quién* (Dios).

«Este» —individuo; único (dios).

«Quién» —persona.

Quédese aquí suelto este hilo, para reanudarlo con otros en la Cuarta parte.

Como el universo es o está siendo divino —cual se ha demostrado aquí larga y meticulosamente— todo conocimiento es divino en diversos grados: «a su manera» (bien distinta de la de sentimiento, acción, piedra, sol...), por su originalidad y novedad, y en «su tánto», vgr., de 10^{-35}, 10^{-38} erg o gramos.

Mas se han estudiado aquí tres grados de conocimiento:

	Conocedor		*Conocido*	
(I)	necesariamente sujeto	$\rightleftarrows$	necesariamente objeto ($N_S \rightleftarrows N_o$)	
	(*a*) $\{\downarrow\uparrow \quad \downarrow\uparrow\}$		$\{\downarrow\uparrow \quad \downarrow\uparrow\}$ (*a'*)	
(II)	voluntariamente sub-yecto	$\rightleftarrows$	voluntariamente ob-yecto ($V_{\bar{s}} \rightleftarrows V_{\bar{o}}$)	
	(*b*) $\{\downarrow\uparrow \quad \downarrow\uparrow\}$		$\{\downarrow\uparrow \quad \downarrow\uparrow\}$ (*b'*)	
(III)	Super-yecto libremente	$\leftrightarrows$	súb-dito libremente ($L_{\bar{s}} \leftrightarrows L_{\bar{o}}$)	

Además de lo explicado ya acerca de este cuadro, se lo repite aquí para poder añadir: (1) que el conocimiento (I) es estructuralmente divino por inmediatos sujeto-objeto, necesariamente tales, expósitos uno al otro, gravitante sujeto hacia objeto, justamente porque la gravitación es propiedad o fuerza universal de uno sobre todos y de todos sobre uno, con fórmulas matemáticas bien concretas y enmaterializadas.

(2) Mas todo ello es simplemente condición (o causa) necesaria y bien determinada hasta matemáticamente, por matemáticas inscritas e intrinsecadas, pero no suficiente para que de sujeto surja sub-yecto; y de objeto, ob-yecto. El salto cualitativo (a su manera) y cuantitativo (en su cuánto) entre «N_s y $V_{\bar{s}}$, N_o y $V_{\bar{o}}$» hace falta y se verifica por virtud de la vida que es, recuérdeselo, surtidor de novedades, improvisadora de espontaneidades, estrenadora de originalidades, es decir: *creatividad*. Sin causas necesarias que sean suficientes. Aunque entre las necesarias se cuente a Dios. De lo original espontáneo, novedoso no puede haber (hasta por virtud de las palabras) causas necesarias que sean suficientes. De algunas necesarias, o de Alguna Necesaria, podríamos decir que es «muy necesaria»; mas ninguna de ellas, ni juntas todas, no son bastantes ni poderosas para «crear» novedad, espontaneidad, originalidad. Entre necesario, mas no suficiente, y necesario que no lo es suficiente hay salto, y se ha saltado, y *es la vida*.

El esquema lo indica —en su lenguaje que es uno de los actuales— con la flecha rota a mitad.

Ya el físico cuántico actual no se espanta, ni mental ni vitalmente, de hablar y contar con «saltos cuánticos»: de nivel a nivel dentro del átomo, regidos por cálculo de probabilidades, resaltante frente a los componentes necesarios (campos de fuerza).

En el siglo pasado Fechner-Weber descubren la existencia y actividad de los umbrales: superior e inferior y diferencial en los sentidos y en la mente asomada, amorrada, intrinsecada en ellos —añade por su cuenta el Autor—; lo cual implica un salto entre lo físico y lo psíqui-

co. Salto cuantitativo y cualitativo que delata y mide la originalidad, espontaneidad y novedad de la vida sensorial y por tanto de la mental. «El tánto» medido por log, y «a su manera», por k, es

$$I_s = k \log_2 I_e.$$

(3) Por otro salto, cuantitativo cualitativo, del $V_{\bar{s}}$ surge el $L_{\bar{s}}$, y de $V_{\bar{o}}$ el $L_{\bar{o}}$. La creatividad —el campo de novedades, originalidades, espontaneidades— crece desde realidad física: la de simplemente cosas hasta (I); de (I) a (II); de (II) a (III).

La frase, ya introducida aquí, de «radio-onto-logía» adquiere con lo dicho contenido más concreto y expuesto a expósito, de intento, a refutación o a reafirmación. «El miedo a errar...» decía Hegel.

Que $(a) \gg (b)$; que $(a') \gg (b')$ es punto digno de ponerse a discusión.

(4) Al orden de naturaleza, tal cual se la ha definido aquí, pertenece solamente la (I); la relación $N_s \twoheadrightarrow N_\sigma$. A las realidades que entren en él denominaríamos «divinas». Sujeto divino, doblemente divino: (a) porque todo lo del universo, por ser divino, es más o menos, mejor o peor, divino; (b) porque por la divinidad del objeto se especifica ($\twoheadrightarrow$) la acción del conocedor. Su divinidad se rediviniza.

Por parte del objeto, el conocimiento resulta o tiende a instintivo por hábito, costumbre, rutina, consignas, dogmática, credulancia. Todo esto, formas de «necesidad» concreta. Sujeto N_s. Además de la necesidad impuesta y actuante constantemente del universo del que s es parte, la necesidad cósmica modula vitalmente su tono con los quisimodos de instinto... Por parte del objeto, su necesidad de origen y actuación constante permanece tal cual, sin esa especie de *quisi*, de quisidescuento o de quisiaflojamiento que aporta la vida por sus componentes de espontaneidad... Mitigación de la necesidad física (química, nuclear) impregnada, intrinsecada de necesidad matemática y lógica concretas. De ahí la flecha ($\twoheadrightarrow$). Contenido de tipo objetivo.

(5) En cuanto al tipo (II): voluntariamente sujeto (= sub-yecto) y voluntariamente objeto (= ob-yecto), el sujeto se pone a, le da la gana de, revelarse o revelar algo de sí mismo que no estaba puesto, expósito, por necesidad, y estar patente (caso I); y correlativamente el objeto (o alguien) se pone a revelar algo de sí. Ponerse a, darse a, es exposición y acto de voluntad —«así lo quiero», «así me lo mando», no por razones necesarias y suficientes, cual en ciencia y realidad básica del universo y de sus partes, sino porque le da la gana, porque sí, porque

nó. Nuevo descuento de necesidad, en principio igual para sub-yecto y para ob-yecto. Correlación de equiparancia. Verdad de tipo «concordancia» (⇄).

(6) En cuanto al tipo (III), el super-yecto somete a sí, según sus planes —proyectos, designios, decisión— al ob-yecto y al objeto; sumisión nueva por la que resultan súb-ditos. El calor natural resulta súbdito del calorímetro; la temperatura natural, súbdito del termómetro; la circunferencia, súbdito al hacer de rueda, moneda...; los números están siendo súb-ditos al hacer de números numerantes de calorímetro y termómetro, barómetro, electrómetro, regla, compás, ábaco, computadora; las fórmulas algebraicas y analíticas resultan «súb-dito» al tener que inscribirse, intrinsecarse en material y aparatos cual avión, camión, radar, televisor...: «súb-ditos» de super-yecto, creador e inventor de tales instrumentos y del plan de servirse de ellos para ciencia y técnica, dominadoras de la realidad. Para servir a Gran Señor.

De hombres libres, hacer *esclavos* de guerra; o inventar el hacer guerra para tener *esclavos* en minas, otro invento; en galeras, otro invento; *siervos* de la gleba, vasallos, otros inventos de señor feudal; *súbditos* de Rey absoluto, otro invento; *ciudadanos* de República o de monarquía constitucional, otro invento. Todas estas formas y funciones de Señor convergen o se derivan de la de *Creador*; y las correlativas de esclavo, vasallo, siervo, súbdito, ciudadano y afines son derivaciones de o convergen hacia *creatura*.

El plan intrínseco y característico de Creador consiste en hacer de toda realidad imagen, semeja, imitación, retrato, huella... signo, símbolo, espejo, metáfora, de sí mismo. Que toda realidad —o lo que el Creador quiera o le dé la gana— pierda lo que tenga o pueda adquirir de ser en sí y para sí: de ser ente; y sea íntegramente para otro: para el Creador.

El límite de ese proceso o empresa a realizar, fuera la aniquilación de toda realidad sometida a él o a ella. Mas es inasequible, pues, tomando cual extremos los casos de huella y símbolo, la huella tiene que *ser* huella, original «a su manera» frente a todo: vgr. a imagen...; y serlo «en su tánto» (en masa o ergios); y un símbolo tiene que *ser* eso «a su manera» y «en su tánto», frente a signos, espejo... Si todos ellos no son lo que son y en su tánto, son nada; y el Creador mismo deja de ser de por sí —por avaricia, vanidad o prepotencia— *creador*. Recógese o queda recogido a ser *en sí* y *para sí*: a ensimismamiento y consimismamiento total. A Solitario. A El Solitario. Solo a solas de todo. Tan solitario que ni siquiera ha de recordar cuándo le acompañaban sus

creaturas ni saber que en Él, de cuando érase en ellas, ellas estén pensando en él.

«Todo en sí y para sí»; dejando de ser *Todo* ojos; *Todo* oídos; *Todo* pensamiento, pues nada tiene realidad en sí y para sí (Jenófanes); recógese o resulta recogido a existir; no tenía que ser como los demás lo que era: ser causa final, eficiente, conocedor... Es ya lo que quiere ser; y si quiere recogerse de sus funciones de modelo de causa, de su apetencia de gloria, de verse en todo; de que «los cielos canten su gloria»... le es perfectamente posible (Plotino, fray Francisco).

Un arco iris que sea «íntegramente» signo de alianza «entre Mí y vosotros», «entre Mí y tierra, arco que lo fije Yo en las nubes para recordarme de Mi alianza con vosotros» no puede tener, estar compuesto de luz que *sea* luz; de colores que *sean* colores. No sería íntegramente signo. No sería enteramente recordatorio o memorialín divino.

La frase popular: «Dios aprieta, pero no ahoga; afloja, mas no suelta» ha de ser reformada. Respecto de un dios que se ponga a recogerse en sí mismo, a que todo sea *íntegramente* imagen, imitación, huella, silueta, símbolo; recogerse a ser «El Creador o Dios creador absoluto» tiene para ello que ahogar todo lo demás; y si aprieta y no ahoga, la realidad —hombre o no— *posee* aún realidad propia; no es íntegramente imagen... símbolo; y si afloja, mas no suelta, la realidad, así aflojada, *posee* aún realidad propia; y no es imagen íntegramente... símbolo de Él.

Transformemos a propósito aquellos versos populares, dilema o *argumentum cornutum*:

Ni contigo ni sin ti
tienen mis males remedio.
Contigo porque me matas,
sin ti porque me muero.

Ni con creaturas reales ni sin ellas,
el mal de ser Creador tiene remedio.
Con ellas, pues no soy íntegramente creador;
sin ellas, porque a Solitario me vuelvo.

Por parte de los súbditos, cuando y porque el sujeto se pone libremente —o le da la gana de ponerse libremente— a serse Super-yecto, o Señor Dios, los objetos que, en la fase inmediata anterior, se ponían voluntariamente a ser ob-yectos, se ponen ahora libremente a ser súbditos; se los pone a la aventura de que libremente sean súb-ditos.

Voluntariamente, es decir: por voluntad racional, por voluntad o

apetito impregnado de razón y de razones —intrinsecadas éstas, inscritas, en él— lógicas, ontológicas, matemáticas...; *libremente*, o sea: por apetito abierto a novedades, originalidades, espontaneidades, y a sus *estelas* —no a sus *secuelas*, cual lo está la voluntad enracionalizada que quiere o pone los principios, axiomas, y ha de poner las *consecuencias*, sacarlas.

Libertad, apertura, exposición, a creatividad y a esa forma eminente de ella que es la vida por ser ésta estreno de originalidades, improvisación de espontaneidades, surtidor de novedades.

El *súb-dito* —o sujeto puesto a ser libremente objeto— reacciona con sentimientos, palabras y obras originales, espontáneas, *nuevas* frente a y respecto del Super-yecto: del Señor absoluto, del Señor-dios-creador.

Consideremos dos casos, no porque hayan sido o no realizados históricamente, sino por su ejemplaridad y criterio para identificar, calificar, por tales, casos que se presenten o presentaren e irrumpieran en la historia.

Primero: Super-yecto: Dios Creador de cielos y tierra, y del primer hombre: Adam. A golpes de *milagros*, sin procedimientos naturales de padres: nuevecito, original, espontáneo; sin precedentes, previos, o premisas de géneros (*genea*logía), remoto o próximo; sin diferencias dentro de la especie por contraposición con otros hombres; sin hábitos, virtudes o vicios, sin querencias o proclividades. Adam hubo de notarse milagro óntico y venido al ser por milagro. Todo milagro se hace «de golpe» —cual toda novedad, espontaneidad, originalidad. De todo, en todo. Dios es creador libremente por creador de originalidades, espontaneidades, novedades: de entes *nuevos, originales, espontáneos*.

«Creatio est productio cum novitate essendi» —dirá milenios más tarde Tomás de Aquino. Sin insistir él en eso de *novedad*.

Si Adam no se sintió nuevo, original, espontáneo en todo, no se sintió creatura y la primera de (futuro) género humano.

Si tal se sintió, y se fue (con fue de *es*), tuvo que resentirse de ser tratado por el (un) Creador —a quien le dio la gana de ponerse a ser «Señor-Dios»: El Dios de dioses (Elohim), el Mandamás— que en ese mismo día creó del barro de la tierra —del mismo de que hizo a Adam— dos árboles —«bellos de ver, y frutas suaves de comer»—: uno, el bellísimo y apetitoso «árbol de la Vida»; otro, «árbol de la ciencia del bien y del mal». Y el Dios de dioses le prohíbe a él —y a su costilla— comer de los dos árboles. Les prohíbe hacerse eternamente vivientes y eternamente sabios con esa sabiduría suprema que es la cien-

cia del bien y del mal. So pena de muerte, y de ignorancia. El primer milagro —hombre milagroso, íntegramente milagro, ambos: pareja milagrosa— quedan expuestos a muerte y a ignorancia, sin saber *qué es* muerte y *qué es* ignorancia. Sabían que vivían de milagro, pues *eran* milagro; que su pensamiento *era* milagro, que sentir, querer, *era* milagro; una casualidad como lo es para todos los que no tienen *ciencia* (del bien o del mal, o de cualquier otro dominio de realidad).

A una prohibición absurda el hombre improvisó una reacción nueva, espontánea, original: la de desobedecer al Mandamás. Libertad frente a libertad.

A la voluntad racional del Sub-yecto: de Dios puesto a serse «racional» —voluntariamente objeto, revelándose voluntariamente, revelando voluntariamente algo de sí, de su «esencia» o «naturaleza»— la reacción del ob-yecto: del voluntariamente objeto, puede ser la de revelar de sí, por voluntad racional, que se somete y corresponde a revelación (y a lo revelado) con revelación. Cree en Él; acepta lo revelado por Él con «*fides quærens intellectum*»: con fe intelectualizable, racionalizable y racionalizada por voluntad: apetito racionalizado, racional, superlativamente racional. Fidelidad, fiel, confianza, esperanza, devoción, teofilia y teología, dogmas y credos... son reacciones, revelaciones, de un objeto que se pone a ser voluntariamente objeto de un sujeto que se ha puesto a ser voluntariamente sub-yecto, racionalmente sub-yecto.

Empero frente a, respecto de, sub-yecto que se ponga a ser super-yecto, sujeto absoluto —suelto (*solutum*) de (*ab*) racionalidad, absuelto de toda religación de ser racional, de serse voluntariamente— la reacción posible, provocada en y de un ob-yecto puede ser la de obediencia o la de desobediencia; rendición incondicional o sublevación.

«Obediencia, sumisión, rendición» son sentimientos originales, nuevos, espontáneos, no aprendibles ni aprendidos del *primer* hombre y de la *primera* mujer (del hombre *primero*). Ningún hombre de los descendientes del primero se ha sentido, pues no lo ha sido, *creado*: venido al ser por milagro, íntegramente por milagro, milagro él íntegramente.

Adam (y *Eva*) estrenaron, improvisaron, surtieron —o aprovisionaron a sus descendientes y a ellos mismos, para lo posterior de su vida mortal— esos sentimientos o sentirse ser según ellos y por ellos.

Estrenaron, improvisaron, se surtieron de rebeldía, desobediencia, sublevación. Se enfrentaron por primera vez Creador y creatura. Libertad frente a frente de libertad.

Adam (y *Eva*) llevaron —desobedientes, rebeldes, sublevados: todos estos sentimientos estrenados, nuevecitos— a comer de «la fruta de la *Ciencia* del bien y del mal». Improvisaron, estrenaron, se surtieron de desobediencia *científicamente* consciente, de rebeldía conscientemente *científica*, de sublevación *científica* y *conscientemente sida*. No llegaron; no dejó el Super-yecto, el Señor Dios, que llegaran a comer del fruto del Árbol de la Vida, que, en tal caso, fueran real y vivientemente «dioses».

Nada de particular o escandalosamente extraño tiene el que el primer hombre-hijo de ellos —expulsados ya del Paraíso sus padres por rebeldes, por sublevados, desobedientes— fuera *Caïn*; y que su madre tuviera que llamarlo «Caín», pues «lancé yo un varón contra Dios». «*Cajin*»: «lanza contra Dios». (Y nada de esa traducción —oscura, falsa o benévola— de la Vulgata: «*possedi hominem per Deum*»: «hice que llegara a tener un varón para Dios».)

El primer hijo del primer y único hombre creado directamente e íntegramente por Dios —por Jehová— resultó, como el padre (y la madre) desobediente, sublevado, rebelde contra Dios —Jehová. Enfrentado con Dios, audaz y verbalmente, en un diálogo, cara a cara, palabras a palabras, con Dios, con ocasión o causa del asesinato de Abel.

Se cumple una vez más la sentencia de Tácito: «los beneficios resultan agradables, si a quien los recibe parece que puede compensarlos perfectamente; mas si superan en mucho a tal potencia, en lugar de agradecimiento producen odio». Si en vez del milagro óntico de ser el hombre (Adam) creado íntegramente y directamente por Jehová, y ser el único hombre creado, hubiera Jehová dejado que viniese al ser por evolución natural, tal beneficio no resultara imposible de compensar y, por ello, en vez de agradecimiento produjo odio. El milagro o los milagros, como los beneficios, pueden engendrar, como reacciones del súb-dito lo mismo admiración (*miraculum, mirabilis*) que temor y temblor; lo mismo odio, raramente agradecimiento, que sumisión, rendición incondicional; humildad por humillación asimilada y dignificada.

Todo ello: sublevación, rebeldía, desobediencia respecto del Super-yecto son sentimientos *libres* —por nuevos, espontáneos, originales de hombre súb-dito, respecto de Super-yecto que se ponga a ostentar y hacer uso de su prepotencia, de su superbeneficencia.

En todo caso: relación nueva, estrenada, entre (un) Super-yecto y un súb-dito. Tipo nuevo, original, espontáneo de *conocimiento* entre Jehová y Adam (hombre).

Sea un segundo ejemplo de tal relación cognoscitiva (divino humana). Jehová eligió por sí y ante sí a Abraham, Isaac, Jacob (y a su descendencia) cual pueblo *suyo*: «Yo el Señor, el omnipotente; mi nombre "Adonaí" que no se lo revelé a ellos; yo soy vuestro Señor Dios» (*Éxodo*, VI, 2-5). «Hice pacto con ellos de darles como propia la tierra en que ellos fueron peregrinos.» Elección y pacto superleoninos, impuestos por un Omnipotente, creyendo hacerles un beneficio, y el máximo: crear el primer pueblo *suyo*, cual creó a Adam (y Eva) como primer hombre *suyo*.

Cuando llegó la hora de realidad de verdad para Jehová: la de promulgar la Ley y Mandamientos (allá en el Sinaí); y para el pueblo, la hora de cumplirlos —todo ello en escenario de prodigios y a golpes de milagros espectaculares y temerosos— la reacción del pueblo, tratado cual súb-dito por el Super-yecto (Jehová) fue, al cabo de unos cuarenta días de expedida, hacer que Aarón les fabricara el becerro de oro (dioses de oro): pecado máximo según Moisés.

Sublevación, rebeldía, desobediencia a Dios en persona, al Omnipotente, por ostentación de omnipotencia y prepotencia en la imposición de Pacto y en la manera de promulgarlo y hacerlo cumplir. Castigo descomunal: «en un día, 20.000 matados», «cada uno mate a su hermano, amigo y próximo suyo».

Este tipo de conocimiento experiencial en grado supremo: de tantearse dos realidades: una, Realidad absoluta; y otra, realidad humana, conducía a, y *es*, una barbaridad por parte de conocedor y conocido: de lo que el Conocedor da, o se da a conocer (se hace: le da la gana de darse a conocer y de dar algo a conocer) y de lo que el conocido se da a conocer y da a conocer al Conocedor. Barbaridad de beneficio; barbaridad de odio.

En lugar de super-yecto pudiera, y conviene, poner Tirano, Dictador, Monarquía absoluta: religiosa, civil...; y las reacciones humanas de hombre tratado de súb-dito: de esclavo, siervo, vasallo... reacciones de dignidad ofendida de los súbditos: rebelión, sublevación, revolución... odio, desprecio; rarísima vez, agradecimiento; rara vez, humildad; rarísima, rendición incondicional.

Tácito tiene razón —*avant la lettre*.

La buena (εὖ) nueva (ἀγγελία, evangelio) consistiría (1) en conocerse dios y hombre, puesto dios a ser voluntariamente sujeto (sub-yecto), es decir: apetito impregnado de razón y de razones, intrinsecadas, inscritas en Él; y, puesto, por reacción, el hombre a ser voluntariamente objeto (ob-yecto) con apetito impregnado de razón y de razo-

nes. Lo cual adviene a partir, y según los pasos, de la impregnación de helenismo en las relaciones entre dios y hombre.

Por tal retroversión de super-yecto a sub-yecto; y de súb-dito a ob-yecto, el conocimiento —conocimiento simultáneo mutuo— de que *existe dios* (para el hombre) y de que *existe el hombre* (para dios) desciende de nivel: de realmente verdadero, a simplemente real.

Y en tal nivel adquiere sentido el plan de *demostrar* Dios directamente *que existe*; y mostrarlo Él realmente a hombre; y por parte del hombre, intentar *demostrar* que «Dios existe», y mostrarlo racionalmente y mostrárselo a Dios. Ofrecer a Dios, cual homenaje, tales demostraciones. «*Fides*», reducida a «*Obedientia rationalis*».

De creyentes, ambos, dios y hombres —convencidos de que son ambos reales de verdad: de que existen y son creyentes— descienden a crédulos: «ver para creer», «ver racionalmente para creer racionalmente».

«*Fides quærens intellectum.*» Teología y antropología.

(2) Buena Nueva: la de que no habrá ya *milagros* (δυνάμεις) ni *prodigios* (monstruosidades, τέρατα) ni *signos* (σημεῖα): fichas de reconocimiento contra lo que cada ente es, contra su fenomenología propia: arco iris, *signo* de Pacto; Jonás, en vientre de monstruo marino durante tres días, *signo* de una futura resurrección al cabo de tres días de muerto; sin respeto alguno a sus entidades, a su *qué es*, pues se supone que no lo tienen; de modo que si no hubiese pacto por parte de Dios de no enviar diluvio universal, arco iris no existiría ni se produciría según leyes racionales; Jonás no hubiese sido devorado y enterrado tres días en vientre de monstruo marino si no hubiese de haber «resurrección» de Jesús.

Ya no los habrá: ni milagros espectaculares y frecuentes como los de Moisés; ni los espectaculares, mas pocos, de Josué; y los menos frecuentes de Ezequiel; ni los humanos, demasiado humanos, del Nuevo Testamento. Ni prodigios... ni signos.

Signos, prodigios, milagros obrados por Super-yecto a costa de los súb-ditos. Época desde 6000 a.C. hasta 1, «*præsente Christo*». Signos... obra de sub-yecto, en favor o beneficio de los ob-yectos, quienes así lo han de interpretar: 1 d.C. hasta Renacimiento. Signos, milagros... obra de Sub-yecto (o sea: de voluntariamente sujeto, voluntariamente apetente —enracionalizado por razón y razones—) en contra de racionalidad astronómica, física, matemática, biológica, social, económica, estética. Época postrenacentista.

Rarísimos, prodigios, milagros, signos —cada día o siglo más ra-

ros, discutibles y minúsculos— obra de Sub-yecto que se pone a ser racional: a revelar algo de sí, o racional inmediato en esta vida ya (*theologia viatoris*) o racional en la otra o en otra (*theologia beatorum*) en favor de voluntariamente ob-yecto que revela al voluntariamente sub-yecto sus preferencias por racionalidad en todo lo científico, religioso, moral, social... Coincidencia de dos racionalidades, raciocinantes según las mismas razones.

Progresivo avance de racionalidad. Racionalismo.

Cerremos este párrafo con una sentencia del poeta filosofante: Rilke.

A Dios puesto a serse y mostrarse en obras Super-yecto, le dice y pide:

¡Por favor!, no me hagas milagro alguno.
Da razón a tus leyes
que de generación en generación
son cada día más visibles.

(«¡Por amor a mí!», literalmente.) Poema «Alle, welche dich suchen, versuchen Sie», 19 sept. 1901.

Sea el párrafo quinto de esta Tercera parte de la obra.

(§ 5.º)

Palabras divinas, de dios y de Dios

Con dosis mayor o menor de benevolencia admitamos Autor y Lector que la primera palabra, primera y principal, de «El Dioses» (Elohim) —ante un preexistente y real escenario de tinieblas sobre la faz del abismo y ante el soplo de Elohim deslizándose-empollando sobre la faz de las aguas— fue la de «haya Luz»; y «hubo luz». «Y vio Elohim que Luz era buena, y separó luz de tinieblas.» Y llamó a la Luz «día», y a las tinieblas, «noche».

«Luz», primera palabra; segundas, «Día» y «Noche».

Palabra imperativa de El Dioses: «haya Luz» o «hágase Luz», y «Luz quedó hecha». «Del dicho al hecho» no hubo, al principio del mundo, «trecho alguno». «Dicho»: «haya luz», y «hecho»: «hubo luz». Que de un dicho no haya, grande o pequeño, trecho al hecho, podrá servir para definición de creación. Crear algo por simplemente decirlo. Y quien sepa que de un dicho al hecho suyo no hay trecho habrá de poner especialísimo cuidado en no decir nada, pues, sin remedio, surgirá el hecho. O mudez absoluta de Solitario verbal o creatura que surge a real por sólo decir Alguien «hágase», «sea». Si la creatura no se pone a ser en sí, y por sí, es señal de que no ha salido de ser y estar siendo efecto; y la causa no ha terminado de ser causa; y, por ello, no ha terminado de distinguirse del efecto. ¡Qué poco necesita una creatura para llegar a ser real!: una palabra.

¡Qué dependencia, a la vez y a la una, máxima y mínima, que la de necesitar, para surgir, de sola palabra —y no de causas o condiciones reales! Dependencia mínima; o sea, a la inversa, complementaria, lo he-

cho —Luz o Firmamento— está tan próximo, proclive, a ser real que casi, de por sí, pasa a real.

El ser, para ser, para llegar a ser *ser*, no necesita sino de un pretexto: el mínimo: el de una palabra: de que Alguien pronuncie su nombre. Causa nominativa y nominal —ni eficiente, ni formal, ni material ni final.

Por algo la letra de *Génesis* dice: «sea *Luz*» (*i$_e$hí*) y «*sea* luz» —la misma palabra: dos veces (*i$_e$hí*)—; nada de «crear» (*bará*). Se crean, y tienen que ser creados Cielos (El Aguas), tierra y Firmamento; y no por sólo decirlo; por decirlo imperativamente.

La luz no es creada (*bará*); se hace ella; surge de por sí, y queda siendo de por sí con sólo que se pronuncie su nombre. «Haya luz», «sea luz»; y, hay luz: *es* luz.

Al ser, a lo que una cosa *es*, o tiene de *ser*, nadie le manda que sea; es lo que se es de por sí. Identidad, principio primero, anterior, concomitante y posterior a toda acción. Todo ser se pone a ser de por sí. O si otro lo pone a ser, el ser termina, en acabando de ser hecho, poniéndose a ser en sí y para sí.

Dijo Elohim «"haya luz" y "hay luz"» fuera tal vez la más acertada y adecuada traducción, e interpretación, del texto. Y mejor aún: dijo Elohim «¡Luz!, hágase y *sea* ella». ¡Luz!, hágola, y *sea* ella.

Preludio todo lo anterior para hacer resaltar la afirmación: Elohim habló en hebreo: en una lengua natural regida intrínsecamente por anatomía y fisiología humanas: por bocales, vocales y consonantes, labiales, dentales, guturales, aspiradas, nasales... en total veinticuatro o veintiséis letras.

El Dioses, o Jehová, habló en hebreo sin dirigirse al hombre —aún no creado o amasado de barro de la tierra, hasta el sexto día. Habló en hebreo para que el hombre, una vez creado, oyera y entendiera lo que Él dijo —antes de que nadie ni oyera ni dijera.

Pero es abismáticamente diverso el que Jehová —o Elohim— hablara en hebreo, y el que nosotros, los hombres, repitamos esas mismas palabras hebreas —embocinadas o impresas, apergaminadas, entabletadas en piedra o ladrillos... Al decirlas, y por decirlas Jehová, fueron ellas, realmente, palabras «divinas»; y Jehová se encarnó —se empalabró— en ellas. Nosotros, al repetirlas, no las «humanamos»; y menos aún nos encarnamos en ellas —y muchísimo menos se encarna o empalabra en ellas Jehová.

Para evitar escándalo a pequeños digamos: refiriéndonos a caso —real o no— «El Verbo se hizo carne»; se hizo hombre, y el resultado

es *un* hombre-dios o *un* dios hombre. Mas El Dioses se enmaterializó, se enlenguó en lengua humana; en lengua regida y sometida a anatomía y fisiología humanas: las de vertebrado, mamífero...

La primigenia y primitiva encarnación —o enmaterialización y enrealización— de Dios tuvo lugar y tomó cuerpo en «lengua». Ni Cielo ni Tierra ni Firmamento llegaron a ser «cuerpo» de Dios —cuerpos divinos.

Una palabra no puede ser —en realidad de verdad, tomando el asunto en serio, en real— *divina* sino por divinizada real y verdaderamente. El Verbo se hizo carne; el Verbo se hizo «lengua» —anatómica, fisiológica, humana. En las tablas de piedra, escritas o grabadas por Jehová, Jehová «se empiedró» —digamos que se encarnó provisoriamente, por un rato, por un acto. En principio toda encarnación, empiedración, enmaterialización... de Dios lo es por actos, a ratos sueltos. «Dios existe de por sí; no le pasa tener que ser lo que es, cual les pasa a los demás seres; sino que es lo que Él se quiere ser» (Plotino, fray Francisco) con la duración que le dé la gana. Sin quedar preso, pasmado, por nada ni por nadie. Ni en Jesús de Nazaret ni en tablas de piedra ni en hostias ni en boca de profetas... O puede aparecerse en forma de hombre, de peregrino, de paseante, a Adam, Abraham, Jacob, Moisés... a los discípulos —después de la resurrección y no quedar ni poder quedar preso, pasmado, por nada.

La palabra hablada, enlenguada, es —por admirable y admirada calidad— lo que no se presta ni degenera en «encarnación», en enlenguamiento definitivos. «Palabra y piedra suelta no tienen vuelta», dijo sapientísimo refrán. La palabra hablada no apresa ni puede apresar a nadie, ni al locutor mismo. Mas la palabra impresa: en piedra, pergamino, papiro, papel, cinta magnetofónica, disco... resulta dibujo, figural, pintura si no se la lee; es decir: si no se la habla —con voz interna o externa. Se la pone a fluir, a ser lo que realmente es.

De Néstor, viejo venerable y sabio, decía Homero que «cual río de miel fluían de su boca las palabras».

Y Aristóteles afinará la impresión: «cuando el hablante pronuncia un nombre (ὄνομα) nota que se le detiene el pensamiento; y el oyente nota que queda vacío, desierto» (ἠρέμησεν). Los nombres atascan el pensamiento discursivo (διά-νοια). Sólo los verbos (ῥῆμα, ῥεῖν) hacen fluido y fluir la palabra y la mente.

Si Dios —Elohim, o Jehová o Adonaí— es lo que Él quiere ser y como lo quiere ser, y a ratos y a actos, sin quedar preso por nadie en nada, ni por lo que Él tenga o le dé por tener cual esencia, una pala-

bra, la de lengua hebrea o no, mas natural anatómica y fisiológica, no puede ser divina sino en fase de hablada y mientras se la habla o la está hablando Dios. La impresa, en cualquier forma, es un atentado no sólo contra lo de divino, sino contra Dios viviente lingualmente en ella. No es sólo intento de asesinato de Dios; sino asesinato real que llegará a real sólo si a Dios le da la gana de retraerse a ser en sí y para sí: a mudez: a no revelar nada de sí —que es voluntaria y libremente sujeto.

A Jesús de Nazaret no se le puede cambiar de cuerpo —el hecho divino y el hecho humano en las entrañas de María, su madre— por otro; mas, sabémoslo ahora, a nuestra voz se la puede cambiar de cuerpo: de salida y producida anatómica y fisiológicamente, a la surgida de discos de gramófono o de cinta magnetofónica. Es la misma voz exterior: ondulaciones longitudinales del aire regidas por una ecuación diferencial parcial; mas no es la interior oída por cada uno. Y reconocida por nuestra, es reconocimiento que no excluye la extrañeza —hasta la de que la puedan guardar todos y conservarse aun muertos nosotros y éstos.

Pues bien: traducir la lengua —y lo dicho en ella por Dios a hombre— a otra lengua fisiológica natural —cual griego o latín... castellano— es cambiarle a la lengua divina, o a Dios enlenguado, encarnado en ella, su propio cuerpo, e intentar darle otro.

Tales traducciones son, realmente, traiciones, atentados de deicidio. Que Dios se deje matar como viviente-locuente en hebreo por la lengua de traductor y manos del grabador no es necesario e inevitable para Él. Se enlenguó hebraicamente porque le dio su divina gana; por la misma puede des-enlenguarse o no. Mas que deslenguado hebraicamente se enlengüe en griego o en latín, en otro y bien diverso cuerpo lingüístico, es acontecimiento diverso e independiente. De que por ser —haber sido— palabra de Dios en hebreo tenga que ser palabra de Dios en griego... el paso es salto de género a género —cual el castellano hablado en lengua castellana voceado por disco. Cambiarle de cuerpo a la palabra de Dios, cambiarle de cuerpo a Jesucristo, darán por resultado palabra y cuerpo sin intimidad, sin alma. Palabra «fósil». Palabra divina que vivió de vida divina, mas en estado ya de «fósil» divino. *Fue* palabra divina; ya no lo es.

La palabra original es divina, de Dios; la traducida ya no lo es, ni es de Él.

«La letra mata», dijo Pablo de Tarso, y dijo más de lo que sabía por no saber sacar las consecuencias lógicas que pudiera sacar en el siglo primero de nuestra era y en ambiente helenístico y después de haber

visitado Atenas. Cuando un hombre dice que dijo Dios o que le dijo Dios que dijera cual palabra suya, que dijera palabras divinas, realmente divinas, tal hombre tiene que estar *endiosado*: haberse Dios encarnado en su lengua de carne por un rato, a actos, según la gana de Dios. No es tal hombre un gramófono, disco o cinta magnetofónica —diríamos ahora—; es órgano viviente de Dios. Ni lengüeta de órgano, sino lengua de Dios. Se siente ser divino; se siente inspirado por Dios. Sólo así puede atreverse —con atrevimiento que suele pasarle desapercibido— a decir con su lengua: «Esto dice Dios».

Escuchemos a Platón o a Sócrates en el diálogo *Fedro* refiriéndose a las palabras «impresas», a la escritura inventada por Teuth y ofrecida al rey egipcio Thamos, cual invento útil y maravilloso:

> ¡Terrible cosa es, Fedro, esa semejanza, tan verdadera, que se da entre escritura y pintura! Que las creaturas de ésta preséntanse cual cosa viva; mas si se les pregunta algo, se callan con grande y venerando silencio.
>
> Lo mismo hacen las palabras escritas: creemos que entienden lo que dicen; mas si con intento de aprender les preguntamos algo de lo que dicen, indican por signos uno y lo mismo, así siempre. Y una vez escrita, toda palabra rueda en todas direcciones: hacia los entendidos exactamente lo mismo que hacia los que nada se interesan por ella; y no sabe a quiénes debe decirse y a quiénes no. Si se la trae a despropósito; si contra justicia se la calumnia, necesita siempre de paterno socorro, porque ella, de sí, no puede ni defenderse ni ayudarse.

La palabra divina —mientras está saliendo de la boca de Dios mismo encarnado o enmaterializado, aunque sea en luz y vestido de peregrino— sabe a quién o a quiénes se dirige; o si Dios se ha enlenguado —un rato— en la carnal lengua de un hombre sabe también Él, y éste, lo que dice y a quién lo dice para que le entiendan. Y la palabra, así divina, sabe de por sí «defenderse y ayudarse»; no solamente hace *signos*: indica algo —o es meramente semántica, dirá Aristóteles—, sino apofántica: declaradora —claramente como la luz del sol (ἀποφαίνεσθαι, φάος, φαιν) a sí y a todo el universo— de lo que dice.

Esto vale de la palabra —divina sobre todo, o humana— mientras se la está hablando; que, en hablando que se la habló, desaparece tal enlenguamiento divino; o si de memoria, de memoria divina, se la imprime (o pinta) incurre inevitablemente en quedar expuesta a mudez sujetiva: ya no habla nadie por ella; y a mudez objetiva: ya no dice nada, o repite mecánicamente lo mismo, entendido o no. Y resulta ex-

pósita al manoseo de grabadores, impresores, copistas, y a bocalizaderas de filólogos y gramáticos, a talmudistas y a masoretas. Cual le pasa a todo «fósil».

De Jesús se sabe que murió; se cree que resucitó; se cree que subió a los cielos; y ahí, sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, aguarda sentado a que llegue su «apocalipsis» o espectacular aparición que será, a la vez, su glorificación ante el mundo y el fin del mundo.

De todo lo que, refiere el Nuevo Testamento, dijo Dios personalmente —de por sí mismo o por la endiosada boca de un hombre— les constó a todos: Dios, hombres que estaban escuchando a Dios, o de por sí o en acto de enlenguamiento en lengua carnal de *un* hombre. Todos, o Dios o endiosados activos y pasivos, con esa identidad de acción y pasión.

«El Dios de los hebreos» —que así se llama Elohim a veces—, los hebreos: Adam, Abraham, Noé, Isaac, Jacob, Moisés... Isaías... el pueblo hebreo, todos supieron que Dios, ¡nadie menos!, les estaba hablando: a ellos mismos, hebreos, su pueblo escogido y único elegido, y como sellado e impreso a hierro, hasta en su carne, en esa «carne de su carne» que es el prepucio.

Todo esto no es accidental, por parte de ninguno de los interventores. Revelación de Dios para ellos, exclusivamente para ellos: Hebreo, hebreos, pueblo hebreo y en *hebreo.*

Traducir a impreso lo hablado —Moisés puso por escrito (*katab*) todas las palabras habladas (*dabar*) del Señor (*Éxodo,* XIV, 4)— lo hizo Moisés. Palabras habladas por Dios en hebreo a hebreos, y escritas (grabadas) por hebreos para hebreos: a su único pueblo elegido.

Pero apenas quedaron impresas fue realmente posible y fácil reimprimirlas cualquiera —hebreo o no, circunciso o incircunciso— y traducirlas a otra lengua de las lenguadas por anatomía y fisiología humanas.

Suponer que en otro lenguaje, lengua de lenguas de otros no hebreos, haya tenido y esté teniendo lugar una encarnación y enlenguamiento de Dios en él o en ella, es equivalente a suponer que, muerto Jesús e ido a estar a la diestra del Padre todopoderoso, se ha de volver a encarnar en la carne de cualquier hombre que hubiera procedido de él por generación natural o artificial a partir de la generación del Verbo en el hombre «Jesús de Nazaret». En éste se rompió la sucesión.

La primera palabra —frase— de Dios: «hágase luz», fue dicha en hebreo. A fin de que resalte la unilateralidad —restrictiva y transformadora— de revelarse Dios hablando en hebreo, o extendiendo sin

compromiso ulterior el ámbito verbal: hablando en griego... o en lengua natural, leamos, escuchemos y pensemos las primeras palabras pronunciadas por un hombre (Gamow) ante el espectáculo que ostenta el surgimiento de *este* mundo ante una mente que tiene inscritas, impregnadas, embebidas estructuralmente las leyes físico-matemáticas del universo:

[A] En menos de una hora, se hicieron los átomos; en muy pocos centenares de millones de años, las estrellas y planetas; pero ha sido menester unos tres mil millones de años para que se hiciera el hombre.

(*La creación del universo*, 1952.)

La fórmula inscrita, intrinsecada en el universo —ya en su primera fase— es entre otras, aparte de sus secuelas y premisas, ésta, en nivel ilustrativo para no técnicos:

[B]

$$\dot{\theta} + \frac{1}{3}\theta^2 - u^{\alpha}{}_{i,a} + 2\,(\sigma^2 - \omega^2) + K(\rho - 3p - \wedge) = 0 \qquad [1]$$

$$ds^2 = dt^2 - R(t)\left[\frac{dr^2}{1 - kr^2} + r^2 d\theta^2 + r^2\,\mathrm{sen}^2\theta d\varphi^2\right] \qquad [2]$$

$$\dot{R}^2 = \frac{kK}{2R^2} + \frac{kM}{3R} - k + \frac{1}{3}\wedge R^2 \qquad [3]$$

Y sobreviene la pregunta: si Dios, en vez de haber venido al mundo a revelarse de palabra (hebrea) en él o a encarnarse en un hombre (hebreo), hubiese venido a este siglo, y reveládose a sus físico-matemáticos-lógicos, y en los dos casos revelar cómo creó el mundo, ¿qué hubiese dicho, sino las fórmulas [B]; y dicho al hombre (Gamow, Lemaître, Friedman), la frase [A]: «En menos de... para que se hiciera el hombre»?; y no repetido las actualmente ininteligibles científicamente: «En el principio... hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», palabras hebreas, ahora ininteligibles, no sólo por dichas en hebreo, sino ininteligibles a todos los científicos actuales y a casi todos los bachilleres cultos, y pronto a toda persona culta.

«Dios existe de por sí; y no tiene, como los demás seres, que ser lo *qué es*; es lo que quiere ser y de la manera que quiere» —Plotino, fray Francisco, Jenófanes. Puede elegir el lenguaje que quiera: natural (hebreo), natural (griego)... y matemático (geométrico, algebraico, analítico, infinitesimal).

Es prejuicio de ignorantes pensar que el lenguaje matemático no es capaz de decir de nueva y más expresiva manera lo mismo y más y mejor que lo que el natural dice. Con y según el lenguaje matemático se han fabricado aviones, sondas cósmicas, radar, televisores, teléfonos, radiotelescopios, auto, luz eléctrica, calculadoras... edificios, rascacielos... y se fabrican; nada de eso puede obtenerse por lenguaje natural. Ni hablar por él de todo el universo —no en vago, sino en concreto. Ver los antípodas y lo que hay o no en la diosa «Luna» o en el dios Sol, en el Cielo —el quinto— o en la tierra, en su núcleo, hasta en su inferioridad, «Infierno». Y billones de años de luz más allá de todo el Cielo del que decía Jesús, «Padre nuestro: el que estás en los Cielos».

Afirmación que lleva —entre otras que en su oportunidad surgirán— a la de: hay hombres que son *médiumes* divinos; endiosados a ratos, a actos, en obras, por dios que se pone libremente a ser *El Matemático*.

En parapsicología —espiritismo...— el *médium* es un hombre altavoz hábil y dócil, en trance: acto, rato... para coajustar lo profundo, oculto, misterioso —mas real y organizado, de un mundo subterráneo y subpsíquico— con el mundo patente, luciente y locuaz de ordinario: el de fisiólogos, psicólogos y el que subtiende aun el psico-somático.

Por tales médiumes irrumpe un submundo en el mundo.

El físico-matemático-lógico actual genial es un médium entre el fondo físico-matemático-lógico del universo y el parencial. Y a éste le habla de aquél en su lenguaje propio, que todos los actuales podemos llegar a entender, aprender y hablar. Y que si aún no sabemos todos leerlo y entenderlo, bien sabemos aprovecharlo y vivir de saber leer esos aparatos algunos hombres privilegiados. Tan raros, aunque más seguros y fieles, que los médiumes de parapsicología.

El fondo del universo —y por tanto de todo él y de todos los internados en él— es *divino* —concreta, formularmente, no vagamente. Regido, además de por cálculo de tipo «necesario», por el de probabilidades. Así que de él pueden surgir casos raros, extraordinarios, dentro de la ley o legalidad mismas del Universo. Porque sí irrumpe por Gamow, Lemaître, Friedmann...; y para no salirnos del tema presente: «Palabra divina primera, creadora que revela cómo surge el mundo... el hombre».

Porque sí, por hacerse ser lo que quiere, Dios puede irrumpir y hablar por lenguaje no natural, sino por físico, matemático, más articulado y coherente que el natural; y boca humana, hecha realmente suya,

de Él, endiosada, no son ya profetas y apóstoles —locuentes en hebreo o en griego o en latín— sino físico-matemáticos-lógicos.

Antes de sacar algunas consecuencias más que confirmen lo anterior y aseguren lo siguiente, sea otro ejemplo de lenguaje, no natural, por el que Dios, si le da su divina gana, puede revelarse y revelar cómo creó el mundo. Y decirlo con palabra nueva más ajustada que la hebrea, y perceptible por hombres del siglo XX, sirviéndose cual de boca de otro tipo de *médium* —boca instrumental, orquestal, y no físico-matemática-lógica en primer plano.

El médium es aquí Beethoven; y la obra, *Novena Sinfonía*. Y lo que va a decir la orquesta es «cómo creó Dios el mundo» o cómo pudo crearlo por otro tipo de palabra «primera». (A la partitura adjunta —Lámina 5— remite la explicación siguiente; cfr. Apéndice F.)

El texto latino —añadido por el Autor, no por Beethoven— puede tomárselo (a) cual letra a ilustrarlo o a ser acompañado por la partitura orquestal. Lenguaje natural acompañado por el artificial musical, orquestal. (Predominio de la letra sagrada, revelada.) O (b), al revés, al texto musical se le sobrepone, como accidente, el texto verbal, no cual si las palabras fueran un instrumento más, a la manera accidental como a bien conocido Preludio de Bach le sobrepuso Gounod la letra del *Ave María*. Y no como al final de la *Sinfonía* sobrepone Beethoven, no como accidente, sino cual instrumento integrante del total instrumental, la voz humana que canta el himno «A la alegría» de Schiller, a quien se le pudo hacer accidental la concomitante partitura instrumental. Nada de *lied*.

Puesto un *Quién* —Dios o Beethoven— a hacer sonar, a expresar musicalmente, sin decir y pronunciar «tinieblas», «abismo», ¿qué de más adecuado que los tresillos y seisillos del violín II y del violoncello a lo largo de los compases 1-147? De haber habido en tiempos de Beethoven esa fusión y confusión de sonidos que se llama «ruido blanco», «sonido gris», regulable únicamente lo de blanco y lo de gris, ¿no eligiera Beethoven «ruido blanco» cual fondo continuo de esos compases? «Tinieblas blancas», «Abismo gris». Dos clases de ruido gris, blanco, categorías musicales.

Sobre el escenario real continuo —ruido gris palabrero— de la creación, resalta *palabreramente* otro ruido gris o blanco que nada pronuncia ni habla. «El espíritu de Dios se deslizaba sobre las aguas», sin decir palabra —sin decir «hágase»; y lo hecho (*factum*). Soplo continuo durante 14 compases —soplo de fagotes, clarinetes, oboes, flautas, fundidos y confundidos dichos instrumentos del mismo color en un quisi-

Symphonie Nº 9



LÁMINA 5


Fl.
Ob.
Cl.
Cor.
Vl.I
Vl.II
Vla.
Vlc.
Cb.
1.
1.2. ba - tur su - per a -
fiat fir - ma -
ti - nie - blas a - bi s -
mentum
ti - ni - e - blas a - bis - mo a - bis - mo
factum
cresc.
fiat sor
mo
10
2.
p cresc.
Fg.
a 2
quas - a - quas
Luna fiant fiant animalia
Faciamus
a - bis - mo a - bismo a - bismo
facta
a - bis - mo a - bismo a - bismo
facta facta
15

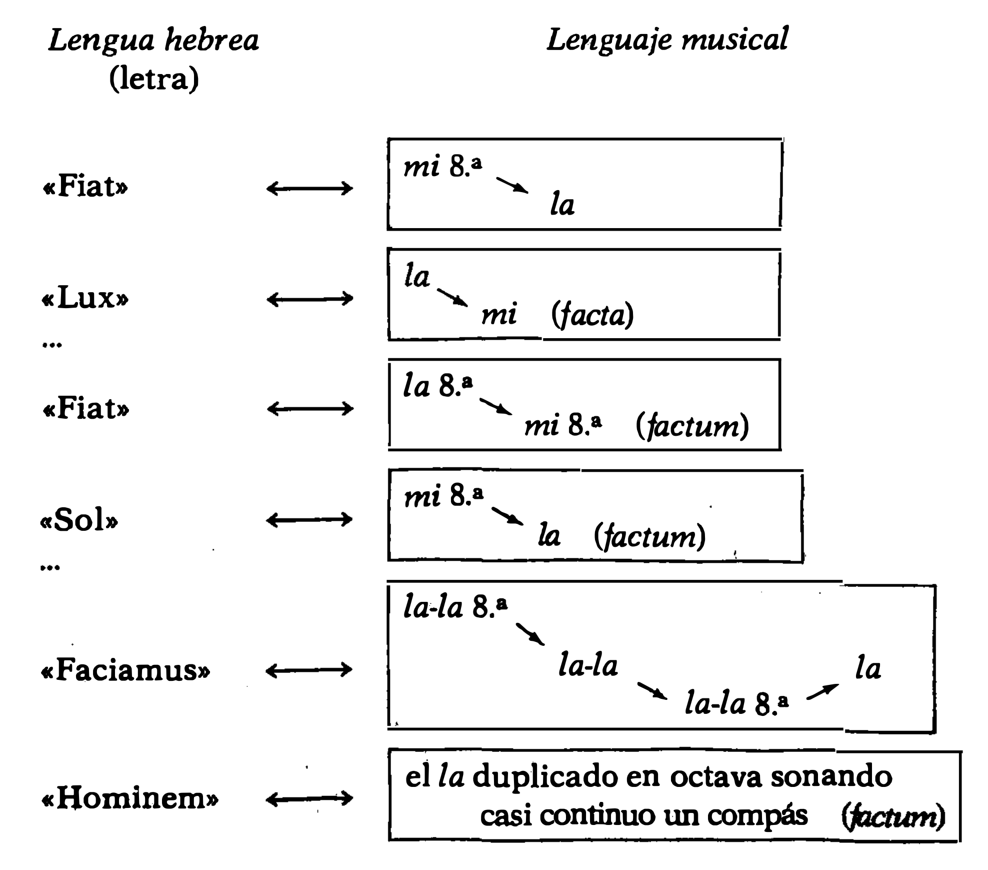

Hominem e-t omnia erant 20 valde bona
a 2
Fl.
Ob.
Cl.
Fg.
Cor.
Tr.
Timp
Vl.I
Vl.II
Vla.
Vlc.
Cb.
Faciamus
Hominem omnia erant valde bona
20

sonido gris. «*Spiritus*» (*expirare*). Espíritu musicalmente expresado; y de más soplo y espíritu que de viento el de esas palabras «El espíritu de Dios se deslizaba por las aguas» sin ruido perceptible ni en hebreo ni en ningún lenguaje natural.

Sobre tal escenario visual (faz de Abismo de aguas y sonoramente gris) re-saltan palabras sueltas, concretas, especiales y bien pronunciadas: «hágase luz» (*facta*), «firmamento» (*factum*), «animales y hombre» (*factum*).

Palabras y frases sueltas pronunciables y bien pronunciadas: «Dijo Dios». Palabras imperativas han de ser pronunciadas distinta y brevemente. Mas puesto el Quién —Dios o Beethoven— a expresar sonoramente, sin decir palabra, tales sonidos creadores de determinadas entidades, eligieron e hicieron sonar esas frases o ternos de notas —siempre dos para nota imperativa; dos o pocas más para «producto» (realidad obediente), hecha ya y establecida.

Diccionario bilingüe, para nosotros simplemente ilustrativo y sugerente:



La intensidad parte de un *pp*, apropiado a un fondo de tinieblas y abismo —así 10 compases—; y pasa a *p* para crecer progresivamente

hasta *ff* de los cinco finales de la frase entera que, después de la creación del hombre, afirma en notas 8.ª lo de «todo era bueno»; y cae solemne y definitivamente toda la orquesta, plena, en la tónica.

A un Dios, o Dios, músico, y al Gran Músico —o a un Dios que se ponga a ser o le dé la gana de serse *Músico*—, ¿qué falta le iba a hacer *hablar* hebreo —griego o latín... o castellano— para que del «dicho al hecho» no hubiera trecho: Creación verbal, cual si fuere la única manera de crear?

Bastábale —y aun sobrábale infinitamente— de lo musical de Beethoven algo así cual la frase musical entera transcrita (sin letra, sin hablar; cfr. Apéndice F) para que surgiera todo el mundo: Cielos y Tierra, Luz, Sol, Estrellas... hombre.

Si hacia el 6000 a.C. creó Dios por la palabra y por esas palabras *hebreas*, no hay por qué hacia 1815 (d.C.) no se encarnara, o enhumanizara, en el hombre Ludwig van Beethoven (1770-1827), haciéndole Él, y haciéndose él, *médium* realmente endiosado por el que dios revelara cómo se pudo hacer la creación del mundo y cómo se la puede *creer* hecha, crearla, y *creerla*, a partir de 1815.

Moisés, Beethoven, *médiumes* los dos, órganos endiosados —a ratos, a actos sueltos, a obras, a palabras, a notas— de Dios.

Continúa cumpliéndose lo de Goethe, ejemplificado aquí convenientemente:

> Quien tiene ciencia o música, ya tiene religión;
> quien no tiene ni ciencia ni música, tenga religión.
> Quien cree en el *Génesis* o en la *Novena Sinfonía*,
> ya tiene religión; ya *cree* en la Creación.

Quien no cree ni en el *Génesis* ni en la *Novena Sinfonía*, puede aún tener religión: creer en la Creación.

No muchos años antes de Beethoven, Leibniz (1716) había afirmado que «La música no es sino un ejercicio de aritmética hecho por un alma que ignora estar contando». El lenguaje analítico —designemos así en bloque verbal análisis algebraico, infinitesimal...—, ¿no sería otro lenguaje en que Dios, encarnándose, endiosando, elevando realmente a médiumes, a órganos divinos: a Lemaître, Gamow, Friedmann..., y diciendo por ellos esas fórmulas —impronunciables e ininteligibles en cualquier lenguaje verbalero, o musical— revelara una manera nueva de crear el mundo; cómo pudo crearlo, y pudiera aún, si quisiera; y hacer de manera nueva *creíble* eso de crear —el mundo o lo que sea— en

nuestro siglo y a los irremediablemente actuales —incrédulos o crédulos? (Cfr. Apéndice H.)

Moisés, Beethoven, Gamow... han creído en Creación, crean o no crean en el *Génesis* o en el «Creo en Dios Padre...». Los tres en igual nivel de contacto real de verdad entre Quién y quién. Los mismos que aún crean en *Génesis* bíblico y en que de esa manera y en lengua hebrea hizo Dios el mundo, no *creen* que así lo hizo; *creen* que Moisés *creyó* que así lo hizo Dios; menos aún *creen* que otros... *creyeron*... que Moisés *creyó* que Dios así lo hizo por tales palabras. No se potencia la creencia con el correr de los siglos y progresivo perfeccionamiento del hombre, sino tiende a cero, pasando por la fase de credulidad.

Por ello el que surjan nuevos tipos de médiumes es una manera o procedimiento para que se verifique ese contacto —choque, cataclismo inmediato, sin intermediarios entre Dios, entre Quién y quién: entre Jehová y Abraham; Jehová y Jacob; Jehová y Moisés— que es el requisito básico, real e imprescindible si cada uno, real de verdad, él (yo), ha de creer en Dios, y no creer que otro (Abraham...) creyó en Dios, en el mismo Dios; y no desatar la sucesión de creencias implícitas y delegadas.

En lengua hebrea Dios se reveló «creador del mundo» y se lo reveló a Moisés. Reveló en bloque o a bloques y a bulto lo creado: Luz, Firmamento, Sol, Luna, animales... hombre. Creador en bloque de creaturas en bloque. Creador a bulto que «a bulto» crea esos bultos que son expresables por palabras y que así los expresan las palabras «hágase, luz, sol... hombre»; que no son *palabras fórmula*, cual H_2O, CH_3CH_2OH; $C_{12}H_{22}O_{11}$... y menos aún las de la Lámina 3; y que, no obstante, son leyes intrínsecas del universo, de la base de él y de todos sus internados: luz, sol, hombre.

No da para más un lenguaje natural, de lengua carnal. Ni siquiera en lenguaje natural elevado a poético, a filosófico, a teológico filosoficado... a astrología, alquimia, horóscopos. Ni es medio de que se sirve Dios y al que transforma a actos y a ratos endiosa; y los médiumes no dan para más. Y al crear Dios así, hizo él mismo, que no diera para más.

Empero en el lenguaje propiamente musical, es decir: desligado de la lengua natural, iletrado, agramático, insintáctico, los médiumes y órganos son «artificiales» —los instrumentos de la orquesta. Y los *médiumes* son hombres naturales a los que, como naturales —varón, hembra, judío, cristiano...— les es indiferente lo de varón, hembra... cristiano, ciudadano... Es al menos tan artificial ser músico como lo es a cier-

ta madera, cuerdas, metal... ser violín o violoncello... Entre artificial (hombre, vgr., L. van Beethoven) y artificial (notas) surge ese «juego» que es una obra musical y su ejecución, o sea: su enrealización en aire o en disco o en cinta magnetofónica.

A Polícleto le acontece, le es accidente, ser escultor; y produce estatuas no en cuanto hombre natural —vertebrado, mamífero, raza griega— sino en cuanto escultor. Ya lo dejó anotado Aristóteles y nosotros con él. Lo de animal mamífero queda, de original manera, anulado, preterido *usado* —mas no aniquilado: tratado cual masa.

A Beethoven en cuanto músico y de músico le acontece, le es accidente, lo de ser animal mamífero... germano u holandés. Y lo que le interesa ser es ser músico. Entre lo filogenético (suyo) y lo musical no hay relación o unión de género a especie (de materia a forma, de sustancia a accidente, de potencia a acto), sino esa des-unión natural y esencial; mas ese coajuste entre natural y artificial que hay real y eficiente, entre lo natural y teléfono, televisor, radiotelescopio, auto, radar, avión, cocina eléctrica, bombilla...

Por el músico en cuanto tal —en actos, a ratos, a obras sueltas— irrumpe otro tipo de universo, más que genéricamente diverso del natural y de sus especies y géneros..., que se aposenta y aprovecha la realidad y energía básicas del universo, realidades y energías impregnadas e intrinsecadas de leyes matemáticas.

Estas leyes —fórmulas matemáticas enmaterializadas— son el fondo real de la música; y de tal fondo surge ella. Mas, abundando en el sentido de Leibniz, la música: sus obras, sus médiumes (instrumentales y humanos), son realmente, ejecutivamente, un ejercicio de matemáticas superiores: de ecuaciones diferenciales parciales hecho por unos médiumes (instrumentales y humanos) que ignoran estar haciendo (alta) matemática, y lo que hacen —lo que les resulta y resalta a los oídos, a pesar de las orejas— es algo sonoro, original, nuevo, espontáneo que, por nuevo, original y espontáneo, lo que de natural queda en el médium humanal y en los médiumes instrumentales notarán sorprendidos, admirados, desconcertados que es «música». La oirán con orejas naturales suyas, sorprendidas de lo que están oyendo; lo palparán con manos naturales, sorprendidas de lo que sus manos artificiales hacen salir de los instrumentos.

«Álgebra sonora» —dicho en frase de filósofo de la música: E. Bloch—, álgebra sorprendida de «sonar»: de exponerse en «notas» —y no en «$a, b, c... x, y, z, \int, \frac{\partial}{\partial}, \partial, \frac{d}{dx}, f(x)$»— y en expresiones de *Nove-*

na Sinfonía o en *Sonata n.º 111*, en *Tocata II y Fuga*, y sorprendidas éstas de exponerse en

$$ds^2 = \sum_{i,j}^{4} g_{ik}\, dx^i\, dx^k;$$

$$x(1-x)\frac{d^2y}{dx^2} + [c-(a+b+1)x]\frac{dy}{dx} - aby = 0;$$

$$1 - \frac{a \cdot b}{1 \cdot c}x + \frac{a(a+1)\cdot b(b+1)}{1\cdot 2\cdot c(c+1)}x^2 + \frac{a(a+1)(a+2)\cdot b(b+1)(b+2)}{1\cdot 2\cdot 3\cdot c(c+1)(c+2)}x^3 \ldots; \quad x < 1$$

$$\frac{\partial^2\varphi}{\partial x^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial y^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial z^2} - \frac{1}{c^2}\frac{\partial^2\varphi}{\partial t^2} = 0; \quad \text{etc., etc.}$$

Lo nuevo, original, espontáneo —digámoslo una vez más— no admite, rechaza, causas, condiciones necesarias y suficientes. Sólo tiene racionalidad retrospectiva. Lo que parece ser ahorro ilegítimo o comodonería desdificante —eso de «originalidad, espontaneidad, novedad»— se asienta sobre la determinación rigurosa y detallada del conjunto de condiciones necesarias. Sea dicho una vez más.

Es sorpresa; y el hombre natural —de que sea él por el que irrumpe, rompiendo lo natural: género y especie— es el primer sorprendido. Y no previamente a lo surgido a través y a costa de lo natural, sino después de haber hecho de médium.

Las fórmulas matemáticas, vgr., las acabadas de transcribir, son álgebra —designémoslas así. Mas no «sonora». Es álgebra «figural». Y esas figuras o configuraciones son tan artificiales, nuevas, originales frente a lo natural como las notas; aunque sí, por ahora, vistas con ojos naturales, preterido su uso natural. Las notas se leen, y no con vista natural, aunque sí, por ahora, con ojos naturales en las obras orquestales; se oyen; las notas se ven, no se ojean; las notas se oyen, no se orejean; preterido en ambos casos el uso natural de los sentidos.

Lo «qué es» creación por la palabra ha sido «bocalizado» en lenguaje de lengua carnal; mas con lenguaje impronunciable por ella, en el orquestal; y en lenguaje figural, ni pronunciable ni orquestable. Cada uno con su propia fuerza expresiva y campo diferente de extensión a servicio, una vez, de la boca; otra, de las manos; otra, de la vista. Ni boca ni manos ni ojos en servicio activo natural.

Inventadas por el hombre —y no por el natural o secuentemente natural— orquesta y álgebra, los inventores se hallan con que son *médiumes* entre el fondo del Universo —del fondo, no de sus parenciales— y otras apariciones: obras musicales, ciencia algebraica y tecne-

mas cientifactos. Imposibles de nacer de lo natural; venidos a la realidad a costa de todo lo real natural —menos de su fondo— revelan el fondo físico-matemático-lógico de lo real, mejor, de otra manera y con otros órganos que lo natural; mejor, que un lenguaje de lengua natural.

Hacen tales médiumes y tales *opera* venir al mundo lo que este mundo no pudo ni podrá hacer: «Crear», en sentido real de verdad, dos mundos nuevos. Así que tales médiumes (Gamow, Lemaître, Friedman... Newton, Gauss, Riemann, Poincaré...) son «creadores»: hombres *endiosados* a actos, a ratos, a obras.

Gamow no hace en la obra y lugar citados, sino por condescender con lo que de animal racional natural —locuaz según animalidad y racionalidad— quede aún tal vez por miles de años, en los hombres naturales.

Por parecida y de agradecer condescendencia los físico-matemáticos nos presentan en televisores, teléfonos y ven ellos mismos, lo que a simples animales racionales nos entra por los sentidos anatómicos, fisiológicos de la especie; mas ellos, los físico-matemáticos, no *miran*; lo que *miran* son unas fotos extrañas de chispazos y trayectorias y los datos que otros instrumentos aportan para ciencia —no, para videncia ocular filogenética.

Lo que los ojos y oídos naturales ven, oyen, manosean, escuchan —lo creado así por Dios en el primero y final día, a golpes de palabra, según el *Génesis*, y escrito por el *endiosado* Moisés— ni lo miran ni lo ven los instrumentos: ojos extranaturales, preternaturales: milagrosas y monstruosas originalidades, irrumpientes en el universo vocal y auditivo naturales.

Las expresiones matemáticas [1,2,3] (p. 226) son las frases con que de casi igual manera —y según las mismas fórmulas— se creó o viene al mundo, al ser, *este* mundo; y se puede crear y hacer venir al ser la gran bomba atómica: supercondensada, superradiactiva (cfr. Apéndice H).

Y repetimos la pregunta: quien creó diciendo, en hebreo, «Hágase Luz...»... «Hágase hombre», y «Luz fue hecha», y «hombre fue hecho», ¿es el mismo Dios que quien dijera con voluntad de crear

[1] hágase según «[$\dot{\theta} + \frac{1}{3} \ldots \Lambda = 0$]», y resultó *hecho* campo cósmico y sus densidades de materia y energía;

[2] hágase según «[$ds^2 = \ldots \operatorname{sen}^2\theta d\varphi^2$]», y resultó *hecho* el invariante básico: la inmutabilidad de la base del universo;

[3] hágase según «[$R^2 = \ldots + \frac{1}{3}\Lambda R^2$]», y resultó *hecho* el radio del uni-

verso en función del tiempo; ley de evolución cósmica intrínseca: *Hecha*; y

es el mismo dios que el que con voluntad de crear «cantara» los 14 primeros compases de la *Novena Sinfonía* de Beethoven?

Es el mismo si —ateniéndonos una vez más a como lo vieran Jenófanes, Plotino, fray Francisco— afirmamos matemáticamente y con voz interior —externamente inaudible para e intransferible a servicio de inquisidores, teólogos, respaldados por edecanes armados y juristas— que Dios es lo que Él se quiere ser: *Todo Él*, creador por palabra; *Todo Él*, creador por música; *Todo Él*, creador por matemática, o (?); y endiosador de profetas o de músicos o de matemáticos: sus *médiumes*, a ratos, a actos, a obras. *Dios*: El Verbo, El Músico, El Matemático, El (?)...

Explicada la distinción entre

Palabra divina natural —de lengua carnal humana—;

Palabra divina musical —de álgebra sonora, en notas y palabras de orquesta—;

Palabra divina matemática —análisis (insonoro), en figurales— en un caso concreto: el de creador-creación-creatura, podemos hacer la afirmación: la palabra divina natural es la manera propia y la manifestación adecuada de un dios que se esté siendo *natural*, o sea: manifestación de la naturaleza divina en el sentido que aquí se ha dado a «naturaleza». O empleando el criterio de Jenófanes, Plotino, fray Francisco: palabra divina natural es el modo propio de manifestarse y de ser y hablar un dios puesto a serse *natural* dentro de sí mismo, y a tratarse *naturalmente* con hombres naturales, luz natural, sol natural... animales naturales. Mas dentro del nivel natural surgen sobrenaturales por excepción: golpes de milagros, choques de monstruosidades, invasión de signos.

¿Qué es lo que de natural o en estado natural deja tal dios? ¿Cuál es el contenido típico de (un) dios, (1) puesto a serse él, dentro de sí, natural; y (2) puesto a manifestarse *sobrenatural* para con lo creado por él mismo? Lo primero quedó respondido ya y de lo segundo se tratará inmediatamente.

La *palabra divina matemática* es propia de (un) dios que se ha puesto a serse *racionalmente*: es decir: puesto a tener *esencia*, a estar siendo *qué es Inteligencia*; no, en sentido de «intento», de «fuso y confuso» con naturaleza, sino inteligencia enracionalizada = *Razón*.

Voluntad = apetito enracionalizado; no apetito o querencia natural.

Potencia, no en estado de poderío global, masivo, omniprepotente, sino de potencia enracionalizada, frenada, regulada por Razón, por Voluntad, o sea: *Poder*.

¿Cuál es el ámbito propio, el campo de ejercicio, de (tal) dios puesto a ser y a obrar cual *esencia* según Razón, Voluntad y Poder?

Punto a tratar a continuación.

La *palabra divina musical* es peculiar de (un) dios que se haya puesto a serse «quién» —que ha puesto a su naturaleza y a su *qué es* (esencia) a que estén siendo «quién o Quién». Algo así, guardando la distancia, Sócrates puesto —a actos, a ratos, a obras— a hacer ser *quién* a su naturaleza y esencia de animal racional. «¿Qué es ser hombre? —es ser "animal racional". ¿Quién es hombre? —es Sócrates.»

Para caracterizar *palabra divina musical* no basta con decir es «álgebra sonora», y con tomar lo de álgebra en toda su generalidad de análisis infinitesimal, conjuntual, lógico (álgebra de la lógica, de Boole, de Langer o de Xenakis). Hace falta indicar —ahora cual previo a lo por tratar oportuna y propiamente en la Cuarta parte— qué eficiencias y transformaciones impone a álgebra, al qué es de dios y del mundo creado por él, lo de tener que ser «quién»: realidad única, unicísima: originalísima, espontaneísima, novísima, nuevísima, todo ello en superlativo.

¿Qué impone Sócrates o qué impone lo de *quién* a animal racional, a griego, a filosofante (con Parménides), a matemático (con Teodoro, Teeteto), a cosmólogo (con Timeo), a rapsoda (con Ion)?

¿En qué transforma unicidad a unidad; originalidad, a diferencia específica; espontaneidad, a querencia e instinto; novedad, a normal, a cualquierismo?

¿En qué y cómo, quién a qué, quién es a qué es?

Tratemos de responder, reduciendo estas preguntas de amplitud ontológica general, al marco del tema y de la obra. Y, ante todo, al tema inmediato de «palabra divina musical».

Comencemos recordando aquella sentencia de Hegel en *Fenomenología del Espíritu* (I): «Hablar (*Sprechen*) posee la naturaleza divina de invertir inmediatamente la opinión; hacer de ella algo distinto, y así no dejar en modo alguno que llegue a Palabra (*Wort*)». Al hablar y decir «éste, éste mismo»: éste mismo unicísimo; original, originalísimo; único, unicísimo; nuevo, novísimo; espontáneo, espontaneísimo, creemos «opinamos» que estamos hablando y hemos hablado precisamente de *éste*: de un singular, de un individuo, de uno sólo: de él. Mas estas mismas frases nos delatan y refutan: ellas son universales, y las dicen

todos de sí mismos, uno por uno; ellas invierten lo que pretendíamos y creíamos haber dicho al decir: éste, único. De singular hacemos un plural, un universal; y es así, por tal inversión, que hablar es de naturaleza divina: crea de un singular un universal; del más pretendido y pretencioso singular: de *éste*, hace un universalísimo: de *este* hombre, este otro hombre; de este lugar, este otro lugar; de éste instante, este otro instante; de este original, este otro original... Inversión inmediata, sin intermedios. Basta con decir éste para que todos digan de sí *éste*. Inversión íntegra, sin dejar restos de éste; cual si un éste, este yo se muere, se muere íntegramente, sin dejar en este mundo restos de yo. Conversión de todo en nada. Si el hablar, el hecho de hablar, no pudieran convertir y convertirse sin más éste en universal, «este» quedaría éste y sería Palabra: que es dicho inmutable, dicho esencial. Es imposible hablar, pensar, explícitamente, vocalmente, de un único, de un original, de un ipsísimo... de un Quién; que Quien es, por virtud de su dicho mismo, un éste, un original, un originalísimo, un singularísimo...

«Ser éste» se es, se puede ser sólo en mudez absoluta bucal y en tontez absoluta mental, sin pensarlo explícitamente, sin decirlo vocalmente.

Si, pues, intentamos hablar de quién —y, sobre todo, de El Quién— el hablar nos refuta lo intentado decir y pensar. Cualquier lenguaje natural nos refuta; nos refutamos. Igual en hebreo que en latín o griego... Al hablar Jehová —o Elohim o Adonaí— y decir «yo soy el que soy» se refutó a sí mismo, pues todos y cada uno decimos que «yo soy yo». Intentaba hablar a los hombres, decirles, a Moisés, de sí, exactamente «yo»; unicísimo, originalísimo... Y lo que consiguió Dios fue decir un universal: que Él era un «cualquiera», un yo cualquiera. No se resignó a callar de pensamiento y de palabra, acerca de sí mismo.

«Yo soy Sócrates», y nadie más puede serlo: ni Dios puede serlo.

«Yo soy Dios» y nadie más puede serlo, ni Sócrates puede serlo. Y ambos, Sócrates y Dios se refutan y desdicen por decir éste, único, singularísimo; por decir y pensar «Yo soy», «yo». *Yo* es universal producido por los que dicen de sí «yo», «yo soy». Todos y cada uno, lo es.

El lenguaje natural posee ya esa naturaleza divina. Maldita naturaleza diríamos, o dirían los locuentes en hebreo, griego, latín que no pueden aguantarse las ganas de hablar; que no se contentan con ser (en mudez) yo, éste, este único, este mismo..., sino que, además y sobre todo, tienen que decírselo a sí mismos y decirlo a los demás y mandar que los demás se lo digan, lo confiesen, si no «soy contigo en descomunal batalla» y «Yo sé quién soy».

Don Quijote de la Mancha no pudo aguantar las ganas de decir en voz alta «Yo soy el que soy»; ganas que ni acudieron a Alonso Quijano el Bueno.

Pero ¿en otros tipos de lenguaje, no comprometidos ni comprometibles con lengua? Los hay. Y en ellos la virtud o naturaleza divina consiste en ál que en invertir y refutarse.

Los sentidos externos —ojos, orejas, manos...— son a la vez y en uno objetivadores y objetivados; hacen salir a la cara de las cosas colores, olores, sonidos... rugosidad, finura, pues todos ellos: ellos y ellas, están unidos por el mismo universo y por las mismas leyes, por esa sobre todo de $\frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$, gravitación mutua, universal y continua; pero lo salido a la cara o superficie de las cosas se queda en ellas, cual propiedad aparente de ellas; por propiedad así aparente, se especifican los actos de los sentidos y potencias externas: las objetivan, y su conocimiento es objetivo. La mente asomada, amorrada, internada en los sentidos hace salir a su vez a la cara de las cosas (vistas, oídas, palpadas...) los conceptos de pesado, ligero, cálido, incoloro... rugoso, liso, sonante... real, activo...; y, a semejanza de los sus sentidos, tales conceptos quedan adheridos a las cosas, cual sutiles y transparentes velos; los ojos las ven reales, distantes, figuradas por universales; y la mente no se queda pasmada en ellos, y la mente vidente en y por ellos las entiende por «reales, distancia, figura...»: por universales; recogida a entenderlos , si no se objetiva por ellos, los emplea para explicar lo real en sí.

La mente asomada a sentidos externos está, pues, objetivada y es objetivadora, por pertenecer ella y ellos al mismo universo real: el mismo para todos.

Empero los sentimientos no son —no nos son dados ni los somos— ni objetivadores ni objetivados. *Lo* sentido por y en miedo, placer, recelo, amor, a saber: *lo* amenazador, peligroso (para *mi* realidad), *lo* agradable, *lo* sospechoso, *lo* atrayente, *lo* encantador... no son conceptos objetivables y objetivados.

Mas el miedo, placer, dolor... angustia... amor... no son propiedades ni se los apropian las cosas, cual se apropian color, distancia, figura, rugosidad y sus conceptos.

El sentido —o si se prefiere, el contenido de *lo* sentido, a saber: *lo* amenazador de una cosa, *lo* encantador de ella— no se le adhiere.

El miedo... lo siente uno; lo es realmente; que sentir es ser doblemente real. Lo peor que le puede pasar al miedo, al placer... es no se

sentir; mientras que lo peor que le pudiera acontecer a ojos, oídos... mente, es se sentir: verse, oírse, pensarse.

Los sentimientos nos hacen sentirnos doblemente reales, reales de verdad. De ahí, o es eso mismo, que su poder objetivador sea mínimo. No hacen salir a la cara de las cosas lo de amenazador, atrayente, doloroso, placentero... No son objetivables, ni objetivados ni objetivos. No se expresan, pues, con conceptos o con sensibles como color, figura, sonido... No *hablan* —y menos llegan a inspirar o imponer gramática: sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, sintaxis, prosodia, ortografía.

Las cosas presentan a la mente ensentivilizada movimiento, sucesión de una a otra, choque de una con otra, simultaneidad de dos o varias, alternancias o alteraciones de color, calor, peso...; mas no presentan a sentidos enmentalizados o a mente ensentivilizada, el surgir mismo: el hacerse, el manar uno de otro. Las cosas presentan lo hecho; no, el hacerse; lo llegado a ser, no el llegar a ser.

Mas los sentimientos ofrecen el hacerse mismo; el surgimiento mismo de la realidad; el advenimiento mismo de nuestra realidad: de la de cada uno. Nos hacen sentirnos reales, no definitivamente cristalizados, *hechos*; sino en trance, en acto y pujos de manar, de llegar a ser nuestra realidad, de estar siéndola cual emanante, surgiente, sin llegar a serla: a pasmados en esencia.

Los sentimientos son la vida misma en cuanto «improvisadora de espontaneidades, estrenadora de originalidades, surtidora de novedades». Todo sentimiento es, en grado y matiz peculiar, espontaneidad, novedad, originalidad; improvisación, estreno, novedad. Pero, destacadamente, unos más espontáneos que originales y nuevos; así placer y dolores corporales; otros, más originales que espontáneos, como amor, soberbia...; algunos, más nuevos que originales y espontáneos, cual miedo, sorpresa, susto; otros, más nuevos y originales que espontáneos, como delicadeza, respeto, amabilidad...; unos, surtidores de novedades conexas, cual amor lo es de afición, encantamiento, éxtasis...; otros, surtidores de originalidades conexas, cual admiración lo es de sorpresa, curiosidad, despierto... Algunos proclives de caer en *ser*: en esencia, en hábito, en rutina —cual fidelidad, constancia, pereza, dejadez—; otros, tendientes a exagerar, o realzar, espontaneidad —como alegría, jocundia, rebeldía, animosidad...

Mas la nota común, tónica y dominante, de sentimiento es su espontaneidad de surgimiento, su fontalidad; su ser es un estar siendo en vilo, ni asegurable ni asegurado por nada. La originalidad está siendo a chispazos, raros; a ratos, a actos sueltos; la novedad, estarla siendo *yo*: que es el tipo de ser tan nuevo que no sólo lo estrena un yo, sino ni

puede haber ni hay ni puede haber otro yo. Ni por potencia absoluta.

A cada rato y acto aparece (el) yo, y desaparece íntegro. Surge de por sí y de por sí desaparece. Puede desaparecer por dormirse o distraerse, y aparecer por despertarse o por apercibirse; mas se nota ser el mismo, el mismísimo yo. Insuplantable, único, positivo, sin diminutivos o superlativos.

Serse yo es serse solo a solas consigo mismo. Que yo, que cada yo sea en realidad de verdad uno de tantos hombres, uno de tantos y tantísimos cuerpos, uno de tantísimos más entes, es contradicción puesta real de verdad que se solventa ella misma apagándose el yo a ratos, a actos, en obras sueltas de por sí.

La realidad del hombre —volviendo al sujeto central de esta obra— es de estilo radio-onto-lógica: chispazos de yo, o yo a chispazos, sobre y a costa de material permanente, necesario, plúmbeo.

La pantalla de un televisor nos da tal lección de ontología radiactiva: chispazos que se sueldan en figuras, aun humanas, sobre y a costa del fondo presente de la pantalla que desaparece sin aniquilarse. Abnegación fenomenológica real y original, para hacer de afirmación fenomenológica real.

El hombre se asemeja más a radio que a diamante; se asemeja más y mejor, por la vida y para vivirse.

Pues bien: el lenguaje de toda lengua carnal natural humana tiende precipitadamente y llega presto a ser comodín: rutina, hábito, costumbre, repetidor de comodines, de frases hechas: de gramática.

O sea: lo habla uno de tantos, cual lo habla cualquiera y ha de hablar como cualquiera y como lo hablan cuantos más mejor según el estilo predominante en mayoría de mediocres.

Es decir: es el lenguaje lo menos apto para decir *yo* —o revelarse *yo*—; lo menos propenso y propicio para estrenos, improvisaciones, surtidores de novedad, originalidad, espontaneidad.

Si a Dios —puesto a serse natural, a tener naturaleza— le dio por hablar con lengua natural hebreo y por el órgano natural endiosado al efecto: el de Moisés u otro órgano tan condicionado como la lengua fisiológica, así el de burra, lo que el dios natural habló: «Esto dice el Señor», se solidificó en dicho inmutable del que no se puede cambiar ni letra ni sílaba ni frase. Palabra divina cristalizada. El talmudismo es la inevitable y propísima actitud. Y la gramática hebrea es ley; cuerpo divino muerto. Fósil.

Realmente Testamento viejo del dios natural.

Dos tipos diferentes de lenguaje ha inventado el hombre, o dios

por medio de él, haciéndolos médium suyo, órganos suyos endiosados para en ello en actos sueltos, a ratos, a obras. En los dos no habla yo, un yo empeñado en hablar él, como yo —«esto digo yo que dijo el Señor Dios: "Yo soy el que soy": tu Salvador, tu dios, el que te sacó de Egipto, el que pactó contigo».

Y por no hablar el yo —sin dejar por ello de decir algo nuevo, original, espontáneo— son lenguajes inventos super y contranaturales

Música —álgebra sonora.
Álgebra —música insonora.

Música

Demos la palabra, antes de exponer rigurosamente el tema, a un poeta filosofante y a un teólogo filosofante.

Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan
lo que el silbar del viento cuando sopla
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

Tal vez la mano, en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.

(A. Machado.)

Y recordando la sentencia de Platón, atribuida a Thamos, de que «todo escrito necesita siempre de paterno socorro, por incapaz de por sí de defenderse y ayudarse», confirmemos la doble y concorde sentencia de Platón y de Thamos, haciendo violencia a unas palabras, a unos versos, de fray Juan de la Cruz:

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche

—aunque lo musical sea noche de habla.

Aquella eterna fonte está ascondida,
qué bien sé yo dó tiene su manida,
aunque es de noche

—su manida está en la música, aunque en ella sea noche de habla.

...

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen della viene,
aunque es de noche

(Fray Juan de la Cruz.)

—la música no tiene origen; mas todo origen della viene, aunque ella sea noche de habla. (J.D.G.B.)

Añadamos lo de Bloch:

Cantus essentiam fontis vocat (El canto altavocea la esencia de fuente).

En su insuperable cercanía a la existencia la Música es el pariente más próximo y el órgano más público de ese Incógnito que es el fontanal existir.

La música es murmullo de fuente.

El tiempo —dijo ya Aristóteles— saca de sí (ἐκσίστησι) al presente, que tiende a establecerse como principio profundo (ὑπό ἀρχον): hacerse estático. Atasco, pasmado.

Mas la música irrumpe, es, en presente. No en pasado o futuro. Mas irrumpe en él, lo es, lo hace ser, fluyente. Fuente. Presente, transformado o reformado por la música como lugar fuente de la realidad: de un existir fontanalmente.

Así *es* la música y así se la ha de escuchar y así se la compone. Fontanalmente. Y así es ella en su realidad y eso es lo que hace en la realidad y en realidad de verdad.

Grandes y propísimos temas —y maneras de ser— de un existir fontanalmente, de una realidad fontanal, y por ello grandes y propísimos de la música son

«lo que el silbar del viento cuando sopla»,
«lo que el sonar de las aguas cuando ruedan». (A. Machado.)
El murmullo de fuente.

Tales son los temas de fondo, *basso ostinato*, continuo, de toda obra musical —aparte de los *bassos* y continuos normales.

Eso es lo que «las más hondas palabras» de las obras musicales nos enseñan. Y lo que ellas *son*.

Si Dios es, privilegiada y ejemplarísimamente, «lo que Él se quiere ser», y si le da la divina gana de ser creador: Surtidor de novedades, Improvisador de espontaneidades, Estrenador de originalidades, y ser-

se a sí mismo, existir, de esas maneras de existir fontanalmente, como murmullo de fuente, o fuente de murmullos, la Música fuera lugar y forma propia de revelación —de revelarse Él y de lo a revelar Él a nosotros o al mundo. Y los músicos fueran: los geniales, *médiumes* suyos; y los geniecillos y acólitos, ejecutores, discípulos suyos también. Y las obras musicales serían ante Él obras suyas y de mérito (de condigno) preferencial ante Él en sus médiumes o genios musicales; y de méritos congruentes ante Él para ejecutantes, acólitos, discípulos, tatareadores, radioescuchas o cassettes-oyentes. Y lo demás —lo moral, dogmático, ritual, sacramental, mandatos, preceptos, consejos...— pasarían, sin derogación explícita, a antigüedades o antiguallas, sin efecto de premio, por buenas y óptimas obras, o de castigo, por malas, anticuadas y antiguallas en eso de malas.

Así está sucediendo desde Bach —para señalar ilustrativamente y con verosimilitud un punto histórico de partida: de Dios puesto a serse y manifestarse como *El Músico,* D(m̄).

Eso de que Bach fue protestante, luterano, y aun que quebrantara algunos o todos de los Diez Mandamientos del A.T. y preceptos del N.T., desciende a pecado venial, tan sin importancia cual las faltas y defectos de profetas del A.T. contra el buen gusto, policía corporal, limpieza y belleza; todo eso fueran ante un Dios —puesto a ser Señor de los Ejércitos, Salvador de Israel, Legislador moral y ritual, Padre y Señor mío— pecados veniales o simplemente insignificantes detalles de profetas, santos del A.T. y del N.T.

Ya la sociedad —desde el siglo XVI— perdona, disimula, y aun sonríe benévolamente ante faltas graves y aun gravísimas, según criterio del dios del A.T. y del N.T., que aparecen escandalosa y disimuladamente en genios como Miguel Ángel, Shakespeare, Beethoven, Wagner...

Conciertos de Brandeburgo, la *Novena Sinfonía, Tristán e Isolda...* son, ante un Dios que se haya puesto a serse El Músico, méritos de vida eterna —mayores y más apropiados a ello que la observancia de los Diez Mandamientos o la de ritos de una liturgia o de la conducta de santos.

En lugar de aspirar Dios el olor suavísimo de grasa o el suave de incienso, sentirse fuente de la Música y de la *Misa* del papa Marcelo o del *Magnificat* de Bach o de la *Missa solemnis* de Beethoven. Escuchándolos se escuchara a sí mismo como fuente sonora.

Mas una de las maneras de revelarse, de serse músico —y superlativamente El Músico— se concentra en que la música —la gran músi-

ca: la de a partir del 1600— mana de una intimidad que, antes de llegar a exteriorizarse y a cristalizar en palabras enconceptuadas o en conceptos empalabrados, se detiene momentáneamente —durante un compás— en palabra que *dice* algo, pero no *habla* de algo; en palabra que la *dice* Alguien (un Quién), mas no es palabra que la *hable* alguien. Es palabra que se *dice* a quién, pero no es palabra que se la *hable* a un quién.

Antes de emprender la explicación acerca de la distinción entre decir y hablar —aquí introducida haciendo al lenguaje de lengua carnal la violencia que sea menester— escuchemos a A. Machado: «El que no habla a un hombre no habla a *el* hombre», a partir del Renacimiento —no habla a *un* hombre; así que no habla a *el* Hombre y, por no hablar a *el* Hombre, «no habla a nadie».

Una fórmula matemática vulgar ya, y vulgares

$$«a(b + c) = ab + ac$$
$$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$$
$$(a + b)^n = a^n + na^{n-1}b + \frac{n(n-1)}{2!} a^{n-2}b^2 + \ldots n\, ab^{n-1} + b^n»$$

no las *dijeron* ni Newton ni Hankel; y las dijeron a nadie; ni a *un* hombre ni a *el* Hombre. Y tampoco están *habladas*; no son pronunciables, hablables por un hombre natural: por un *animal* vertebrado, mamífero, primate, lenguado; ni por un *racional* que se sirva de su lengua carnal y del lenguaje de su lengua carnal —latín, inglés, alemán...

No están ni *dichas* ni *habladas*.

El llamado teorema de Pitágoras —de un Quién del siglo 8 a.C.— o el binomio de Newton o la forma cuadrática diferencial de Gauss o los paréntesis de Riemann-Christoffel o los transfinitos de Cantor... no son de tales Quiénes. Irrumpieron por ellos y rompieron su Quién. Mencionar sus nombres propios no pasa de ser mención nominal honorífica: de verbal homenaje histórico.

Euclides, sin contemplaciones puso en su lugar el teorema de Pitágoras en *Elementos de Geometría* (libro I.47), y sin hacer cuestión de respeto a las personas, al quién de Gauss, Riemann desarrolló la teoría general de geometría diferencial multidimensional. Y sin ningunear a Newton, Einstein englobó su mecánica celeste en «Teoría general de la Relatividad».

En matemáticas *se dice*, se calcula, se deduce, se generaliza, casi en parecido sentido a como en lenguaje de lengua carnal se usan las

frases «llueve», «hace sol», «se dice». A las fórmulas matemáticas «se las oye como quien oye llover». Y las *dice* una máquina calculadora, un algoritmo, mejor y más prestamente que unos pretendidos quiénes.

Según esto, ¿qué sentido tienen las expresiones: Dios, El Matemático (DM), es quien se revela por esos médiumes suyos que son —o han sido— Newton, Gauss, Riemann, Poincaré, Cantor... y revela por ellos lo que ellos ni dicen, ni hablan, sino lo que consignan en símbolos y símbolos de símbolos?

Cuando a Dios le dio o le diera la divina gana de ponerse a ser El Matemático, de revelarse como El Gran Matemático, ¿de qué le da la gana?

Por lo que revela —o por los que se revela, que son sus médiumes— se puede conjeturar lo que a Dios, al Quién, a El Gran Matemático le dio la gana de qué: la de demostrarse a sí mismo ser *realmente* (1) «Señor Dios del universo», y no sólo haberlo pensado, deseado, soñado *serlo*; (2) mostrarse a sí mismo, sentirse ser él mismo «Gran Señor».

El Universo —éste, el nuestro— es divino: lo es con los atributos de necesario, universal, infinito, simple, total, único, estructurado por matemáticas inscritas, intrínsecas, actuantes en él. Mostrarse Dios a sí mismo, demostrar a otros que, en realidad de verdad, es Señor de tal universo físico-matemático-lógico, es un golpe de gana comprensible, surgible y emergido en Quién creó el universo por palabras «bloque»; y a sus componentes, por palabras «globales» también. Creó Tierra, Cielo, Luna, Luz... plantas, animales, hombres tal cual los vemos con ojos fisiológicos y los palpamos con manos fisiológicas. Y así, con esos bultos de luz o de materia se manifiesta tal universo global a los hombres que globalmente se viven.

Revelación «a bulto», «en bultos», «a bultos», pues fueron creados a bulto y en bulto, con palabras «bulto» para ser vistos y vividos como «bultos» —bloques, globales de realidad.

Lo cual equivale a haber Dios hecho un ojo sin saber que ha hecho anatomía y fisiología sutiles y complicadas, y haber hecho sol, luz, sin saber que ha hecho física nuclear regida por leyes matemáticas infinitesimales y probabilísticas. Es lo que nos pasa a los hombres «bulto» cognoscentes y agentes a bulto: que nacemos con ojos, manos, cerebro, átomos, moléculas con lógica y matemáticas intrínsecas, mas no nacemos ya anatómicos, fisiólogos, físicos, químicos, que, de ser así, ahorráranos nuestra realidad la faena de aprender ciencia física, química, nuclear, que en definitiva, aprendidas, no nos sirvieran tampo-

co para que el cuerpo las descubra en adelante de por sí a los mismos que han penetrado sus secretos.

Las ganas que nos acometen a los hombres-bulto de saber científicamente lo sido incientíficamente, globalmente, a bulto, nos han llevado y llevan a dominar lo real: a ser Señores que «poseen» lo que «tienen» —poseerlo con cuentas y razones, infinitesimalmente, estadísticamente llevadas que lo real ha de darnos y hacemos que nos dé. Y porque el universo es divino, tales cuentas-y-razones nos las da lo divino a los que, por ello, a actos, a ratos, somos «dioses» o endiosados, *médiumes*, altavoceadores con finura infinitesimal y estadística de la realidad profunda del universo y de nosotros mismos, uno a uno, por ser partes integrantes de él.

A fortiori: y aun *a fortiorissime*, tales ganas es probable, probabilísimo, que surjan en (un) Dios creador «a bulto» ante ojos a bulto de animales racionales que se son a bulto ellos y los demás a los que se les reveló haber sido creados por Dios.

Así que la gana de ponerse a ser «El Matemático» es gana comprensible, surgida y emergida en quien creó el mundo a bulto, en bulto, ante bultos, por palabras a bulto, y gana surgida en quien quiera saberse ser creador de sus leyes matemáticas intrínsecas y de su actuación infinitesimal y estadística. Que a Dios le dé cuenta y razón determinadas, sumando a sumando, lo que creó como Suma total. Tal cuenta y razón las exige «El Matemático» y se la dan al Matemático, si el Matemático se empeña en que así se le den.

A partir del siglo XVI, al hombre-bulto —al fisiológico— le sobrevinieron las ganas, tras sospechas y atisbos desconcertantes, de exigir cuentas detalladas y razones coherentes a lo real, que no las daba o por no poseerlas o por ocultarlas, poseídas. O bien: porque lo real —divino— irrumpió volcánicamente, rompiendo lo bocal y encostrado, a través del hombre: de los médiumes: Galileo, Torricelli... Newton, Einstein, Fermi. O porque a Dios le dio la gana de exigirlas y de que la realidad se las diera, directa e inmediatamente a Él, detalladas y coherentes. Dios reveló —endiosando a ciertos hombres y descubriendo en ellos lo que tenía de bulto o de restos de su primitiva creación— la estructura físico-matemática-lógica del universo y de sus componentes y partes. Y se reveló Dios, a ellos, como «El Matemático».

Lo que el dios natural —el del A.T.— reveló a sus endiosados para que, ellos, de intermediarios, de médiumes, lo revelaran a los demás, se encierra bien encerrado en la Biblia: en los libros del A.T. Lo contenido en ellos, cual palabra divina, es tan variado, heteróclito, heterogé-

neo, variopinto de cosmogonía, mandamientos morales, rituales, cuentos, historia, hechos edificantes, algunos sublimes y otros escandalosos, que Antonio Machado pudo decir en condensada y verdadera frase que la Biblia es «cajón de sastre de la sabiduría popular semítica».

Que no cabía revelar más a pueblo de «dura cerviz» es tonta excusa, pues maestro que ha comenzado por crear íntegramente de nada, al discípulo, y que lo ha elegido por discípulo, no tiene derecho alguno a tratarlo de bruto, de «dura cerviz», añadiendo así a injuria insulto.

El Dios natural —o dios que está siéndose o se halla siendo natural— crea por palabras naturales lo natural que es, precisamente, ese estado de la realidad variado, variopinto, confuso de animal, amoral, moral, santo, bueno, malo, peor, pésimo, inteligente, bruto, latoso, amenazador, pordioseril, cruel y mandón, lascivo y casto, brutal y compasivo...

Estado al que Aristóteles dio la palabra propia: fuso y confuso (συγκεχυμένον). Designemos tal estado de dios con las siglas D(N): dios natural. Así se estuvo siendo y así se dio a conocer, a revelar; y tal fue lo revelado. Necesariamente sujeto a necesariamente objetos, fundidos y confundidos ambos en el mismo estado fuso y confuso.

Mas lo que el dios del N.T. reveló, lo reveló por estarse siendo Dios enracionalizado; y se reduce a enracionalizar —con razón, con cuenta y razón griega, helenística— parcelas del A.T. Y presentar un caso de fuso y confuso, de Dios-hombre, en un hombre concreto: Jesús de Nazaret. Lo que éste, cual médium, transmitió entre Dios, puesto a serse Padre celestial, y los hombres, puestos a serse hijos del Padre celestial, será tema a tratar en la Cuarta parte. Dios que está siendo Quién en un hombre-dios que está siéndose quién, entre hombres que están ya tratando de ser quiénes y a los que se los trata de quiénes —a cada uno, uno por uno.

El proceso de tal enracionalización de dios —quién—, de hombres —quién—, transcurre con varia fortuna desde el siglo primero de nuestra era hasta el XVI. En la costra dura natural (hebraica) y cristalizada (griega) irrumpe, y las rompe, la revelación —que es, a la vez, descubrimiento y desencubrimiento— de la constitución estructural físico-matemático-lógica, contra y a costa de lo natural. Y tal dios elige no pueblo natural, sino a ciertos hombres, para médiumes —no para profetas, santos, teólogos, místicos...— medianeros entre Él y hombres renacidos a señores: a endiosados señores de tal universo.

Repitamos la pregunta: cuando a dios le da la gana de ponerse a ser Matemático, la de realizarse en el universo como El Matemático,

¿de qué le da la gana? Hemos respondido que le da la gana de sentirse ser «Señor Dios de tal universo» (1); y además, en uno, la de sentirse «Gran Señor». «Lo peor que le pueda pasar a un hombre —díjolo el infante D. Juan Manuel— es no se sentir.» Lo peor que le pudiera pasar a Dios, puesto a ser El Matemático, sería no se sentir Gran Señor (2).

Expliquémoslo: «Gran Señor» se lo es —dios u hombre-dios, serlo en superlativo; hombre, en decoroso positivo— si lo es con el talante y componentes de «magnánimo, magnífico y munificente». «Magnánimo», grande de alma; «magnífico», grande de obras; «munificente», grande en regalos.

El dios natural —caso verosímil, el del A.T.— no pudo ser y no fue Gran Señor. Bastaría con leer, o releer, en el capítulo primero del *Génesis*, el talante y comportamiento de «Elohim»: del Dios de dioses, de «El Dioses»; y en el capítulo segundo, los modos y maneras de «Jehová».

Recordémoslo compendiosamente —gústenos o no. Tal Dios crea todo: cielos, tierra, plantas, hombre, con absoluta reserva de dominio sobre realidad. No deja que nada sea ser en sí y para sí: que tenga *ser*.

«*Mea sunt omnia.*» Impone Pacto a pueblo por él elegido. Celoso, en la vigilancia de que lo cumpla su pueblo. Milagros desaforados; castigos desmesurados —cual los de todo celoso celador. Da a unos lo que les ha quitado a otros. «*Mea sunt omnia.*» Talante de Mandamás: «Me compadeceré de quien quiera», «castigaré las maldades de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación». El Dios natural —vgr. el del A.T.— es «Dios y Señor» o «Padre y Señor mío»; Señor, Adonaí.

Adam y Eva lo experimentaron. Y lo aguantó el pueblo elegido.

Por contraste: el Dios del Nuevo Testamento o el de Buena Nueva (εὐ-ἀγγελία, Evangelio) es «Gran Señor»: magnánimo, magnífico, munificente. «Grande de alma»: con alma de Padre celestial; «grande de obra»: providente proveedor de todo —sol, lluvia, alimentos, vestidos— para buenos y malos, justos e injustos, aves, lirios; «grande en regalos»: nos regaló a su hijo primogénito y único. Escogió a un sencillo hijo de hombre. Hijo del pueblo, hijo de carpintero, oficio que ejercitó por treinta años, a la faz de todos, nazarenos o no —de nombre Jesús. Y Jesús se enteró de tal elección al ir, como tantísimos judíos, a ser bautizado por Juan el Bautista en el río Jordán y «al salir del agua vio los cielos abiertos y oyóse de los cielos una voz que dijo: "Tú eres mi hijo, el querido; en ti me glorío"» (*Evang.*, Marcos, I, 11-12).

«Y después de arrestado Juan, llegóse Jesús a Galilea predicando

la Buena Nueva: "Se ha cumplido el plazo; se acerca el reino de Dios. Convertíos y creed en esta buena nueva"» (*ibíd.*, 22-23).

Su potestad se extendía a curar toda clase de enfermedades —corporales y anímicas, propias o inducidas por malos espíritus— individuales y de clases sociales o colectivas. Milagros por palabra o por simple gesto de manos; derramar a manos llenas, manirrotamente, milagros por miles a miles del pueblo.

Padecer como los demás hombres y por ello com-padecerse de ellos. Nada de milagros espectaculares y catastróficos, cual los de Moisés, Josué... Ezequiel. Sus milagros extasiaban, sorprendían, atemorizaban a recipientes y espectadores; y de ordinario «alababan todos a dios, por haber dado tales poderes a un hombre». Y no se sentían obligados a creer, a hacerse discípulos, apóstoles —ni aun a Lázaro. Ejercitaba tal potestad —magistral y medicinal, psicosomática— en actos sueltos, en ratos sueltos; y dedicaba grandes ratos a la vida privada, de amistad, de convivencia con los elegidos para apóstoles —para enviados a predicar la Buena Nueva. No consta que su Padre —el que está en los cielos— le hablara durante su vida —breve, por comparación con los treinta de vida privada y artesanal, y con la duración de la vida media en aquellos tiempos—; mas sí hablaba él a su Padre, de su Padre. Se resistía y resignaba a su voluntad; se sintió morir de miedo a la muerte: «triste está mi alma hasta la muerte», «hágase tu voluntad». Y la hizo y se la hicieron cumplir a las malas las potestades de este mundo.

Terminó su misión —misionero de Buena Nueva; Novísima fue, provocadora y escandalosa, la de asumir y pregonar la venida del reino de Dios, venida ya a este mundo y establecido el reino de fuerza imperial romana: la del SPOR. Militar y jurídica.

Enseñó a los hombres las palabras para dirigirse al Padre de todos, a dios Padre:

Padre Nuestro, el que estás en los cielos
Santificado sea el tu nombre. Venga a nos el tu Reino.
Hágase tu voluntad en la tierra como se hace en el Cielo.
El pan nuestro de cada día dánosle hoy.
Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación. Mas líbranos del Malo.

Cuando quieras orar éntrate en tu aposento; echa llave a la puerta y ora allí a tu Padre. Y el Padre que te ve lo oculto, te dará lo que pidas.

(*Ev.*, Mateo, VI, 6-7.)

Dio por terminada tal misión el Padre, su Padre. «Puedo —dijo Jesús, en el trance de ser apresado por los sicarios de las autoridades religiosas— acudir a mi Padre quien hubiera puesto a mi disposición más de doce legiones de ángeles.» No lo pidió (*Ev.*, Mateo, XXVII, 45-54).

Ya en la cruz hubo de confesar que no sabía por qué su Padre lo había abandonado (Mat., XXVII, 46-47; Marcos, XV, 34). Lucas no dejó constancia de tales palabras —cruz ellas en la que están aún crucificados intérpretes, teólogos y teodiceos—; sino de estotras, en tal posición: «Padre, en tus manos deposito mi espíritu» (XXIII, 16). Juan fue el único de los apóstoles y discípulos que estuvo hasta el último momento al pie de la cruz, según él mismo lo consignó en su Evangelio (XIX, 26). Nada de «Dios mío», de «Padre»; sino «sabiendo Jesús que todo se había cumplido, que se había completado la Escritura», dijo «se ha cumplido»; e «inclinando la cabeza expiró» (XIX, 31-32). Y si damos a la palabra griega (*tetélestai*) su fuerza clásica —prescindiendo del verosímil aguachinamiento helenístico de su uso y significado— traduzcamos «se ha perfectamente terminado»: «ha llegado perfectamente a su fin» (*telos*). «Y ha llegado perfectamente a su fin todo lo que el A.T. había prescrito» (*l.c.*).

Todo lo que en los otros evangelios antecede al bautismo y en él a la proclamación, probablemente verbal del Padre, de sus preferencias por Jesús «su hijo predilecto y honra suya», y todo lo que sigue en los evangelios a la declaración verbal última de Jesús: «Todo ha llegado perfectamente a su fin», son añadiduras —sinceras, apologéticas, cándidas, complementos y suplementos—, en forma de *previos*: genealogía, infancia, niñez... o *secuelas* sacadas según premisas de mentalidad hebrea, de mentalidad romana y de mentalidad helenística filosófica y teológica, con la finalidad de que con tales premisas, previos, dogmas, creencias, axiomas filosóficos y teológicos, disueltos en el ambiente y respirados por todos, se completaría el «arquetipo» —semítico, griego, romano— de «hombre-dios» o de «dios-hombre», ante hebreos, romanos y griegos.

En tales adaptaciones, aprovechamientos, apropiaciones, imposiciones, establecimiento y prepotencias y omnipotencias (παντοκράτορ, Imperator) de lo oriental, griego, romano, transcurrirán quince largos siglos: del 1 al 15, en los que el dios natural —o dios siéndose a lo natural, por ganas de querer serlo el del A.T.— se manifestará en actos sueltos, a ratos largos, en Concilios y Actas y Actos de Concilios, en Decretos imperiales, en crueles persecuciones, activas y pasivas, resabios de

dioses crueles —o de Dios puesto a serse inventor o aceptador de sacrificios carnales o espirituales.

Mientras tanto irán penetrando, calando, impregnando y transformándose Evangelios —ampliados y completados según el arquetipo semítico-griego-romano— en *teología*, por la virtud encimática de la lógica de Platón, Aristóteles, Plotino; transustanciándose lo de Evangelios de la «Buena Nueva del advenimiento del Reino de los cielos» en Instituciones de derecho romano: faz decorosa, prestigiosa e imponente de Imperio material-espiritual y espiritual-material. Vieja política declarada nueva de «Jano, viejo bifronte». No, «Buena Nueva».

Durante esos siglos —II al XVI— el dios del A.T. —o dios puesto a serse natural; locuaz, y no locuente, gran milagrero de descomunales milagros; celoso guardián de Pactos impuestos unilateralmente y aceptados a regañadientes— no hablará directa y principalmente a médiumes, a nadie —como habló a Moisés y a setenta ancianos de Israel en el Sinaí y a profetas de largas, emocionales y amenazadoras profecías—; ni hará milagros del tamaño imponente de los hechos por esos médiumes que fueron Moisés, Josué... endiosados al efecto.

Durante esos mismos siglos (II-XVI) el Dios de la Buena Nueva (ev-angelio) o Dios puesto a serse «Gran Señor» y «Señor Padre» no dijo, durante la misión de Jesús, palabra a «su hijo predilecto, su honra»; las dijo Jesús y no muchas proporcionalmente a las muchísimas dichas por el Dios del A.T.; no hizo Dios milagros sino los que derramó a manos llenas por las de Jesús en favor de su pueblo. Ni estableció pacto alguno, ni lo hizo Jesús durante su vida —eso de κοινὴ διαθήκη aparece tan sólo en escritos de Pablo de Tarso.

Durante esos siglos —del II al XVI— se fue convirtiendo, gradual e irreversiblemente, la Buena Nueva del Reino de Dios en Código religioso, Código moral, Código jurídico, Código político, Código teológico, Código filosófico, mantenido todo ello cual Ideal a realizar pública y oficialmente en los buenos tiempos y a conservar oculto, latente y latiente en los malos. En los buenos, respaldada por el poder imperial la Buena Nueva codificada.

De Reino de Dios, a empresa híbridamente divino-humana. Sacro imperio romano. Sacro imperio romano-germánico.

El triple fermento: Imperialismo oriental, Derecho romano y Filosofía griega distenderán por fermentación (θύμη, encima) la pequeña masa de los Evangelios, hasta que todo (ὅλον) resulte fermentado y sabiendo a Imperialismo, Derecho y Filosofía griega.

Cumplióse así —sin pretenderlo, mas de manera inversa y real—

la parábola de Jesús: «Es semejante el reino de los Cielos a fermento que tomándolo una mujer lo metió en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó» (*Ev.*, Mateo, XIII, 33-34).

Tres puñados de harina de trigo candeal (ἀλεύρο) evangélico habríanse convertido —ya en el siglo XVI y por virtud de tal triple y coeficiente fermento— en «Sacro imperio romano-germánico» y en *Summa theologica* de Tomás de Aquino.

Dentro del campo de ésta —caso ejemplarmente ilustrativo— la oración «Padre nuestro...», fermentada por filosofía griega y sus conceptos de causa final, suprema y secundaria, medios primarios y accesorios..., resultará demostrado que es «oración perfecta, perfectísima» (*S.th.*, 2.ª, 2.æ q. 83, art. 9).

Pasemos la palabra a Rilke, quien mejor y menos interesado que filósofo supo percibirlo y decirlo:

HabíanLo guardado para sí mismos;
queríanLo así; y que juzgara.
Y para impedir que a su cielo volviera
terminaron por colgar sobre Él cual pesas
de sus grandes catedrales la mole y la masa.
Que Él tuviera tan sólo
que girar al derredor, mostrando de sus números
la infinidad; y que cual si reloj fuera
señaláreles horario a sus diarios quehaceres.
Mas de repente echó Él a andar.
Y las gentes de la ciudad, despavoridas,
dejaron que sorprendido de su propia voz
continuara rodando, con sus contadoras pesas.
Y, ante tal su contador cuadrante, ellos huyeron.

El Dios racionalista o racionalizado a la griega desde Pablo de Tarso a Agustín de Hipona y a Tomás de Aquino se sintió oprimido por la mole y la masa de catedrales, materiales unas, las menos oprimentes, y racionales otras, jurídicas, políticas, teológicas. Y echó a andar según la infinidad contadora de los números y según la infinidad rotacional de la esfera y según la gravedad de moles y masas. Que el Renacimiento fue eso: *contar*, según aritmética infinita; *medir*, según reloj, la duración de todo; *pesar*, según balanza lo que todo, viviente o no, tiene de masa. Aritmética, geometría, física.

Dios se reveló como «El Matemático». Se rebeló contra el racionalista griego y jurista romano que del Dios natural —apasionado y «Gran

Señor»— habían hecho los grandes creyentes de los siglos II al V y los decorosos crédulos del V al XIII.

Renació Dios —le dio por nacerse— al tipo de Gran Señor. Tanto el Dios natural D(N) del A.T., como el Dios racionalizado D(R) de la época medieval habían hecho milagros materiales y espirituales: psicosomáticos, espectaculares o enhumanizados, llevando bien la cuenta de los primeros y derramando a manos llenas los segundos; mas tanto el D(N) como el D(R) se reservaron para sí mismos, en secreto, el modo o truco de hacerlos. Quedáronse ellos de Señores y dueños de la naturaleza: de sus efectos, sin enseñar las causas.

Reveló el D(N) a Moisés que Él había creado la Luz; mas no le enseñó a hacer luz, hubiera o no sol. De haber el D(N) continuado con semejante política de monopolio teocrático no tuviéramos nosotros luz eléctrica.

Entre el Aguas o Cielo y las aguas de la tierra puso el D(N) un muro firme —una compuerta—, el Firmamento, para separarlas y que las del Cielo no inundaran las de la tierra con prematuro diluvio universal. Tal política por parte del D(N) y tal creencia por parte de los hombres en la existencia de tal compuerta fueran causa y razón suficiente para que ni en nuestros días pudieran surgir ni aviones ni lunanautas ni sondas cósmicas.

Talante de Gran Señor fuera: en lugar de sacar agua de una roca por golpe de varita mágica en manos de Moisés, revelar hidráulica. El D(N) dio a los hombres «toda clase de vegetales y toda clase de animales para que tuvieran de qué alimentarse». Poco o nada hubieran los hombres sacado de tal regalo si no hubieran inventado ellos agricultura, piscicultura, domesticación de los animales, ganadería... Los grandes regalos se hacen, y resultan tales, por añadir las instrucciones para usarlos y repararlos, después de enseñar a montarlos. Los «*software*» o suavienseres, que ahora se llaman.

Regalo sin instrumentos, sin regalo de técnica, es enigma. O incitación a inventar. Quien llegue a inventar técnica vuelve sobrante lo de regalo. Y sólo tiene que agradecer, cuando más, la sugerencia, incitación o excitación de aperitivo, de ganas, urgencias de inventar.

El Gran Señor —magnánimo, magnificente, munificente— regala «técnica». Júpiter, Vulcano no regalaron a los hombres el arte de hacer fuego; el secreto se lo guardaron para sí. Secreto entre dios y para dioses. Fue preciso que un diosecillo se lo robara y sacase del Olimpo una chispa dentro de aparentemente inocente bastón de viaje, para que los hombres dispusieran del Fuego, «maestro de todas las artes». Pero ni

Prometeo supo la técnica de hacer fuego o si la supo ni él ni los demás dioses la revelaron a los hombres. Éstos la inventaron. El regalo resultó «juguete». Ni Júpiter, ni Vulcano, ni Prometeo fueron y se comportaron cual Grandes Señores. Eran dioses o diosecillos «naturales» —celosos cual el D(N) del A.T. O «envidiosos» según la sincera confesión griega.

Los Titanes de la «mitología» griega —su *Génesis* del Mundo— se propusieron escalar el cielo amontonando montaña sobre montaña. A golpe de rayos los desbarató Júpiter y sepultó en el Tártaro.

Empresa parecida —existía el «arquetipo»— acudió a semitas. Edificar una ciudad y en ella torre cuyo techo llegara al cielo. «Venid, descendamos y confundamos la lengua» —dijo Elohim (el Dioses), El Dios, a los dioses. «Así no se entenderán; se dispersarán y cesarán de edificar ciudad y torre que se llamará por ello Babel, porque allí se confundió *la* lengua de la tierra.»

No fueron tampoco éstos modales de Gran Señor: magnánimo, magnífico, munificente, sino expediente de Dios celoso. Expediente, pues al cabo de unos miles de años los hombres inventarán una lengua, realmente universal: la matemática, que los reúna no para construir ciudad y torre que lleguen al cielo, sino para construir aviones, sondas cósmicas con que ascender —casi en ciudades volantes— a los cielos.

Lengua de nuevo estilo inconfundible con las naturales fisiológicas de lengua carnal; in-des-factible en subbloques, cual al revés lo era la fisiológica de los romanos: el latín.

Es ella misma invento, no nacible de naturaleza, ni aun de la humana fisiológica. Es un «artefacto»: algo extra y supranatural con el que «decir» de todo y, sobre todo, de lo fundamental del universo: de lo *qué es*, sin *hablar*. Inventos complementarios son los instrumentos que, matematizados, dominarán el universo y sus bases mismas. En contraste con los «aparatos» o enseres de cocina, de taller que, por no estar matematizados, solamente descubren propiedades de lo natural y las aprovechan para las necesidades y conveniencias naturales del hombre natural.

Los «instrumentos» —termómetro, barómetro, reloj, telescopio, televisor, teléfono, telégrafo, telestar... avión, sonda cósmica, centrifugadora, calculadoras...— todos ellos, enmatematizados. Con matemática inscrita, intrínseca, hacen realmente —no imaginativa o desideralmente o novelísticamente, a lo «Mil y una noches»— posible, realizable y realizado dominar la realidad, desde su base misma. Ser Señores de ella.

El Dios matemático —o puesto dios a serse matemático— no ha sentido ni se ha resentido por celos, cual el D(N); o envidia, como el Dios racionalizado, D(R), de los griegos o medievales, hasta el Renacimiento.

Ni ha confundido el lenguaje matemático ni destruido los instrumentos de alcance e invasión, celestiales; y de eficiencia, contra y a costa de la natural; ni destruido por diluvio de fuego o de agua una superGomorra y superSodoma de hombres tentados y empeñados, contra naturaleza, en hacerse «Señores del universo».

El Dios matemático —o un dios a quien le haya dado la gana y se haya puesto a serlo— se ha comportado y se comporta como «Gran Señor» —magnánimo, magnífico, munificente—; *magnánimo*, sin celos ni envidia; *magnífico*, regalando lengua y técnica; *munificente*, sin tasa, sin reserva de dominio.

¿Tomaremos los hombres —actuales, sobre todo y urgentemente necesitados de ello— el ejemplo y modales de «Gran Señor», haciendo nueva moral, regida por y en tonalidad de las virtudes sobrenaturales de magnanimidad, magnificencia y munificencia?

El ex banquero Mateo, puesto a Evangelista, ha conservado una parábola ilustrativa o aleccionadora de la diferencia entre pequeño señor y gran Señor. El pequeño señor llamó a sus siervos y les repartió dinero; a uno dio cinco talentos; a otro, dos; a uno, uno. Y se fue de viaje; a su vuelta les reclamó el capital más los intereses (τὸ ἐμὸν συν τόκῳ) (*Ev.*, XXV, 14-30).

Gran Señor es quien reparte todas sus riquezas entre sus criados o creaturas. Y no les reclama ni el capital ni los intereses. Y no vuelve. Deja que cada uno los explote según sus facultades privadas (κατὰ τῆν δύναμιν).

Afirmación no diversa de aquella otra que por «temeraria al menos, y nueva» fue condenada por Decreto del Santo Oficio del 23 de noviembre de 1679. «Dios nos da su omnipotencia para que de ella nos sirvamos como si alguien da a otro una quinta o un libro. Dios pone bajo nuestro poder (*subicit*) su omnipotencia» (cfr. *Enquiridion Symbolorum*, Denzinger, 12-17-18).

Un Dios matemático sabe que el universo y su fondo mismo masivo y energético se lo puede explotar con instrumentos de técnica matematizada, y dominar con lenguaje matemático.

Se comportará con talante de Gran Señor, si cual lo hizo a partir del Renacimiento, revela a los hombres criados —creaturas suyas hasta entonces— lenguaje matemático y técnica instrumental. Y por col-

mo de señorío se va de viaje. «Emigró de su pueblo» (ἀπὸ-δήμησεν). Frase evangélica. ¿Se fue para no volver? O si vuelve no reclamará ni capital ni intereses, ni lenguaje ni instrumentos ni ciencia ni técnica. El D(M), Gran Señor, dejó que los hombres sean *a-teos*: sin dios y sin señor. Mas dejó, dio, el bueno y óptimo ejemplo de cómo ser «Gran Señor».

Ni el Dios natural, D(N), ni el D(R) fueron grandes señores; y sus malos ejemplos y malos modales fueron frecuentemente imitados por individuos y colectividades, por crédulos, creyentes e incrédulos en D(N) y en D(R).

Lo matemático posee la ambigua calidad de, por una parte, eliminar el *médium* por el que irrumpió en el mundo y, por otra, exhibir universalidad concreta de comprensión y extensión. El «teorema» de Pitágoras dejó de ser de él, que fue realmente su médium, su medio revelador, apenas acabó de formularlo. Dejó de ser *médium* —precursor— del D(M). Y pasó a ser, a manos de Euclides, «teorema», es decir: estructura universal, por contenido y extensión, dentro de Ciencia —ésta ya, propia revelación del D(M): de Dios puesto a serse matemático, o sea: puesto a serse universal concreto espacio-temporal.

Tal eliminación de *médium* —precursor— por el D(M) hace imposible tanto el que el médium sea o haya sido un *quién*, como que el D(M) sea *Quién*. Es el *QUIÉN* quien hace imposible que sea *quién* un matemático, aunque haya sido médium —instrumento endiosado— del D(M).

Abundando en el sentido de la parábola evangélica acerca del reparto de dineros, podríase —ilustrativa y sugerentemente— decir: El D(M) dio

a Einstein cinco talentos;

a Newton dos talentos;

a Galileo un talento, a cada uno según su capacidad privada. Condición necesaria, pero no suficiente para ser «genial» médium: instrumento altavoz adecuadísimo para ser médium de D(M). Empero una vez cumplida por cada uno de ellos su función de médium —de instrumento endiosado— por un Dios que, por haberse puesto él mismo a serse matemático, no puede ser Quién, dejaron ellos de ser *quién*. Y lo revelado por ellos ascendió a científico: a universal estructurado atemporal e inespacialmente y a inindividuable por cualquiera aspirante creído ser *quién*, o que se proponga hacerse *quién* mediante matemáticas. Podrá ser quién como *médium*. Y le sucederá lo que a esos médiumes excepcionales que fueron Einstein, Newton, Gali-

leo o Gauss, Riemann, Cantor, Poincaré, Borel... El D(M) los abandonará, cumplida su misión: la especial de cada uno; pasado su trance de médium. De álgebra física inicial —Galileo—; de cálculo infinitesimal (celeste) —Newton—; de cálculo tensorial (universal físico) —Einstein... Y resultarán *a-teos*: sin un Dios que fuera Quién y sin ser ellos *quién*.

Mas a quién que «puede ser lo que él quiera ser» le dio la gana —en actos, a ratos sueltos, por esos mismos tiempos— de serse, de ponerse a ser *Músico*. El *Gran Músico* D($\overline{\text{m}}$). Y serlo con talante y actos de Gran Señor. Eligió a ciertos hombres de *médiumes* suyos y les regaló «instrumentos» (musicales) y lenguaje nuevo; y por ellos —de instrumentos vivientes— y de estotros, de instrumentos locuentes, se reveló Él de «Gran Músico»; y ellos, de «grandes músicos»; y estotros, de «instrumentos de gran orquesta».

A partir, fecha simbólica, mas significativa, de 1700. El lenguaje musical no es el natural fisiológico. No tiene ni vocales, ni consonantes, ni labiales ni dentales ni guturales ni aspiradas...; ni gramática con sintaxis de palabras de lengua alguna carnal. No es pronunciable ni naturalmente inteligible por mente amorrada y asomada a los (sus) sentidos y provista por ellos del material de conceptos: del contenido de los conceptos. La mente sin tales contenidos sensibles está vacía; y los contenidos sensibles sin la mente están ciegos. Sus elementos son «notas»; sus sentidos u órganos de sentir son los instrumentos (inventados); *el* sentido de lo expresado por notas e instrumentos (que las dan) no posee «conceptos» —proposiciones, teoremas, axiomas, principios, secuelas, afirmaciones, negaciones, universalidad, singularidad, causa, efectos, fin, medios. No *habla* de nadie y sin embargo *dice* algo perfectamente estructurado en motivos, frases, temas «sonantes» dentro de universos «sonantes» —cual lo son sonata, sinfonía, fuga... Lenguaje «nuevo, original, espontáneo» que, para no confundirlo «palabreramente» con lenguaje de lengua carnal, lo denominaremos —acepte el Lector la decisión— «idioma»: algo peculiar, privado, peculio (οὐσία) de la Música y de los músicos, y de «El Músico»: de Dios puesto a serse músico: D($\overline{\text{m}}$).

La gran música —la orquestal, ejemplarmente— no *habla*, y le estorban las palabras de lengua carnal. La des-afinan o des-entonan. Mas *dice* algo.

¿Qué es lo que dice?

Y lo dice ¿a quiénes? No a hombres o a los que da la casualidad —mal avenida de ordinario, para la gran música y músicos— de que son animales lenguados que fuerzan la racionalidad a que sea lenguada y se exprese en lenguaje.

Aparte de lo que acerca de música se dijo en este mismo párrafo, referente a lo que *dice* la música: a sus grandes y propios temas, añadamos aquí:

Primero: que los temas musicales, incluyendo en ellos las simples notas, son cual formas que reforman y transforman los sentimientos naturales en artificiales. En sentido más profundo y vivencial, que el arte musical y sus obras y sus instrumentos reforman y transforman músculos, manos, boca, lengua, oídos naturales de los ejecutantes. Lo viviente del animal racional resulta depuesto a material en bruto por el músico en acto y durante el rato de ejecución de una obra musical. Ésta reforma la anatomía y fisiología naturales. Y transforma los sentimientos en artísticos, enmusicalizados. Nos hace sentirnos ser real y doblemente reales —fugal, sonatal, sinfónicamente sentientes.

En el acero el hierro natural —el de mina y en mina nacido— ha sido, real y originalmente depuesto a material, despojado de sus naturales conexiones, fusiones y mezclas en mina, y disponible para variadas formas y funciones industriales, sociales, artísticas —ninguna natural. Todo lo artificial, físico o no, depone, descalifica y descompone lo natural; mas produce un coajuste nuevo, original; no recompuesto, «rehecho».

Lo natural, lo en estado natural, repitamos una vez más la característica aristotélica, es un fuso y un confuso. Lo artificial tal cual lo conocemos y reconocemos actualmente des-funde lo fundido y desconfunde lo confuso; y re-funde lo natural en artefactos que van desde remos a ala de avión; desde flecha, a misil; desde ábaco, a calculadora; desde anteojos, a microscopio, telescopio, radiotelescopio; desde carreta de bueyes, a camión Diesel; desde caballo ensillado, a motor de cien, mil, dos mil caballos (HP); desde trompeta de pregonero, de heraldo, a megáfono; desde reloj de arena, a relojes de cuarzo; desde receta geométrica (agrimensural), a teorema; desde geometría eidética, a geometría analítica; desde aritmética contadora, a álgebra; desde propiamente palabras habladas y hablables, a p, q, r, s... x, y, z; desde principios hablados, a $\overline{p \cdot \bar{p}}$, $p \vee \bar{p}$, $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$, etc.

Enumeración —incompletísima, pedante, tal vez innecesaria— para poder añadir: desde sentimientos naturales, a sentimientos artificializados.

Los sentimientos en estado natural, tal cual nacen en nosotros, y con nosotros, poseen *el* sentido y *lo* sentido —tal cual aquí se lo expuso—; mas no poseen forma (molde). Las frases: «la contextura sonora de fuga» hace de forma (o molde) de sentimientos cual «mesura, or-

den, tranquilidad, espontaneidad, expectativa, curiosidad, admiración»; «la estructura sonora de sonata» da forma (molde) a sentimientos cuales «vivace, brio, grave, sostenuto, dolce, dolcissimo, grazioso, mesto, patetico, espressivo, maestoso, delicatissimo, energico, semplice, subito, violento, animato, scherzando, morendo, solemne, misterioso, tranquilo, nobile, vigoroso, risoluto, calmato, calmo e sereno, arioso, dolente...» (tomados de las indicaciones sentimentales en las sonatas de Beethoven, señalados por él mismo); «la estructura sonora de sinfonía» da forma (molde) a sentimientos como «brio, expressivo, funebre, vivace», sentimientos musicalizados en la *Novena Sinfonía* de Beethoven; «la estructura sonora de la *Missa solemnis*» da forma a sentimientos cuales los de «Andach, vivace, dolcissimo, expressivo, grave, dolce, cantabile, Bitte um innere und aüssere Friede, timidamente, ängstlich», sin mencionar los sentimientos musicalizados por la letra, y señalados por el mismo Beethoven; «la estructura sonora de *Noche en montaña pelada*» (de Musorgski) da forma a sentimientos cual «feroce (casi toda ella), animato, tranquilo»; «la estructura sonora de la segunda frase del cuarteto de cuerdas, op. 28 de Webern» da forma a los sentimientos de «gemählich, morendo», en sus treinta y cinco compases de duración total un medio minuto.

Prescindamos de la forma sonora que toda composición musical da al tiempo, al tempo físico, que vuelve vivibles, sentibles, sentimentables y sentimentalizables categorías de suyo musicalmente neutras, cual las de tiempo, velocidad, intensidad que, como neutrales sentimentalmente, se presentan en ciencia física, química, biológica, atómica...

Distingamos —reduciéndonos a lo imprescindible aquí— tres clases de forma: (1) la que moldea real y fija estáticamente a una realidad, cual la figura al material de una estatua, columna, mesa...; (2) la que moldea real y fija dinámicamente a una realidad, cual la figura geométrica analítica de su órbita y trayectoria a planeta, astro, molécula de gas...; (3) la que moldea real y *transeúntemente*, de paso según pasos regulados por compás, ritmo, cadencias, temas, motivos, acordes, melodía, armonía, fuga, sonata... a los sentimientos; a algunos de ellos según la obra musical y sus partes, mas sin dejarlos pasmados, extáticos, musicalizados, sin poder desprenderse de ellos. Sin llegar a obsesionantes, ideas fijas —temas, motivos de locura. Tal transeúncia proviene de la constitución de los sentimientos y de la de música. Los sentimientos, como se dijo, son ese tipo de ser que se siente ser lo que es, lo que está siendo; que se es doblemente real y no le puede pasar lo peor que es

«no se sentir»; y además nos hace sentirnos con espontaneidad, originalidad, novedad surgientes, en su venida misma al ser —sentir nuestro ser como manantial manante, como río fluyente con movimiento, sin empujón de causas, cual «auto-motor», cual seipsimoviente. Así que los sentimientos se son *transeúntemente*; y por ello impiden el que forma alguna se transforme en forma fija, estática, establecida. Ni son moldeables por forma geométrica espacial ni por duración total cual la órbita de astros o trayectoria de moléculas.

Por su parte las estructuras musicales son, ellas mismas, transeúntes, pues son moldeadoras del tiempo físico-matemático, por una parte; y, por otra, temporales ellas mismas por mutaciones intrínsecas y propias de tempo, ritmo, compás, progresiones cromáticas, melodía, fuga...

Así que el moldeamiento de los sentimientos se coajusta con el moldeamiento de las estructuras musicales: los dos, reales y transeúntes: moldeamiento doblemente transeúnte. Coajuste de ser en acto y trance seipsicreador con ser y acto y trance de creador por novedad, espontaneidad, originalidad de lo musical mismo que no llega a ser seipsicreador, cual al sentiente lo musical no le pasa eso que es lo peor «no se sentir», sino no se siente, pues tal es su contextura «no se sentir»; mas se coajusta perfectamente con los sentimientos que se sienten, a los que pasa lo mejor que es «ser y sentirse ser»: sentirse venir al ser y no quedar pasmado, obsesionado, estático en lo que es.

Cúmplese de manera real y original en música, sida y vivida sentimentalmente, lo de Plotino, referido por él a Lo Uno, a Dios; ahora aquí, a la música sida y vivida: existe de por sí, a su manera; mas no tiene que ser lo que es cual les pasa a los simplemente entes: extasiados en y por la esencia; sino que ella, la Música, es en cada momento —tempo, ritmo, compás... melodía...— algo nuevo, original, espontáneo; estreno, improvisación, surgencia. Categorías de creación, a sentir por y para ser y sentirse ser *creador*.

Todo ello inesencial e inesenciable. Plotino, fray Francisco, Juan de la Cruz. Sospechosa —dichosamente sospechosa— coincidencia entre lo divino y lo musical: entre dioses y músicos. Entre Dios puesto a serse El Músico y hombres puestos a serse músicos; entre obras de tal dios, y las musicales. Entre gran orquesta, y universo. Entre la gran orquesta, y «cosmología y cosmogonía».

Entre *quién* y *Quién*.

Sea este el segundo punto: la gran música —dejemos la anterior: la de precursores, antes de 1700— es a actos, a ratos... creadora y

creación: es «fuente»; y no *habla,* sino *dice.* Por no hablar no habla de yo, de éste. Mas sin hablar, ni poder hablar ni proponerse hablar de yo, tú, él... «dice» yo: Bach; yo: Beethoven; yo: Bruckner...

En las frases «teorema de Pitágoras, forma cuadrática diferencial de Gauss, geometría diferencial general de Riemann, teoría general métrica del universo, Einstein; transfinitos de Cantor...» lo de «teorema... forma cuadrática...» deshace, refuta, lo de *Pitágoras, Gauss...*: la individualidad; el quién, aplicado con pretensiones de posesión privada, da un sinsentido.

No así en frases: la *Novena Sinfonía* de Beethoven, la *Missa Kröner* de Mozart, la *Tocata y fuga II* de Bach, *Noche transfigurada* de Schönberg... Cada obra es un singular, un individuo musical. Los teoremas —geométricos, aritméticos, algebraicos...— son reabsorbidos en Ciencia y pasan del estado de proposiciones, recetas, trucos... sueltos, a teoremas, secuelas, corolarios dentro de Ciencia. Mas las obras musicales —y en su tánto, punto que aquí no nos interesa, las obras de arte pictórico, estatuaria, arquitectura...— no se sueldan en Música: en algo así cual Ciencia; que ni se funden y confunden todos los cuadros de un museo en Museo, dando El Cuadro: El Gran Cuadro; ni todos los libros en El Libro, de Mallarmé.

Cada obra musical —en grado mayor o menor, siempre positivo— es *ésta*: ejemplar único posible. No se funden o confunden en *una* ni tan sólo todas las fugas de Bach, y menos aún todas las de Bach y las de Beethoven; y muchísimo menos, todas las fugas con todas las sinfonías, con todas las sonatas y con todas las demás obras musicales, dando «La Gran Obra Musical».

Por ello los tipos de *médiumes* respecto de ciencia (matemática) y respecto de música son irreductibles e incomparables entre sí. Que el (mal llamado) «teorema de Pitágoras» viniese al mundo griego mediante él, cual médium, es mero accidente científico; aunque *fasto* histórico de historia de la geometría.

Que la *Novena Sinfonía* viniese al mundo, mediante Beethoven cual *médium,* no es accidente musical.

El teorema de Pitágoras no es un individuo; no es éste, ni es quién; no es de un quién. La *Novena Sinfonía* es un individuo musical: es un ésta. No es un quién; mas es *de* un *quién.* Y es *para quiénes.*

Vino al mundo mediante un quién: Beethoven —no mediante un hombre cualquiera de esos que vienen al ser por generación, cual vino al mundo el hombre animal Beethoven.

Beethoven lo supo decir al príncipe Lichnowsky: «Príncipe, lo que

Vos sois lo sois por accidente de nacimiento; mas lo que yo soy lo soy por mí mismo. Hay y habrá miles de príncipes. No hay más que un solo Beethoven».

Los sentimientos son todos un sentirse sentir un quién, un individuo. Dolor, placer, alegría, envidia, soberbia... «universales» son un sinsentido; vida universal no tiene sentido sino, a lo más, como vida de *este* universo: de un singular único: «de este mundo único, el mismo para dioses y hombres» (Heráclito); o si es un animal viviente cerrado en sí y para sí, es esfera perfecta (Platón).

Dios, puesto a serse músico, fuera el que más y mejor se sintiera ser Dios: ser *éste* Dios, ser *Quién*. Y se sintiera serlo mejor que puesto a serse Dios natural, Dios evangélico, Dios racionalizado, Dios matemático, ninguna de cuyas maneras de ser lo es de *serse*: de sentir*se* ser: de ser Quién.

Las obras musicales nos hacen sentirnos quiénes (individuos, singulares, éste) más y mejor que dolor, placer, pasiones... meramente sensibles. Éstos son, sin duda, de *uno*; mas no se son como de *quién*. Vida, placer, dolor... sensibles, tal cual se nos dan en los sentidos internos y externos y por efecto de causas externas y universales —peso, impulso, choques... causas químicas...— son de cada uno en cuanto parte del universo natural, uno y el mismo para todos y para cada uno en cuanto parte de él, de uno de tantos de él; mas los sentimientos naturales moldeados por las obras musicales son sentimientos de «otro mundo» —innascibles, improductibles por todas las leyes y causas del universo natural, tan innascibles como lo son televisor, teléfono, radar, auto... geometría analítica, cálculo tensorial.

Son, pues, en sentido bien concreto —no vago o desiderativo, imaginado o soñado— supernaturales; y, por serlo de un individuo, éste es supernaturalmente individuo o individualmente supernatural.

Es un *quién*.

En la Cuarta parte, ya inmediata, se afinará y perfilará qué es eso ser, o serse *Quién* y *quiénes*.

Aceptado, pues, lo anterior como suficiente para el tema actual digamos: el D($\overline{\text{m}}$) —o dios puesto según su divina gana a ser «El Músico»— repartió talentos musicales para obras musicales de manera proporcional —ilustrativa y sugerente para nosotros, los actuales—

para Bach, cinco talentos;
para Beethoven, dos talentos,
para Bruckner, un talento.

Bach, Beethoven, Bruckner son *médiumes* de D($\overline{\text{m}}$). Endiosados a

ratos, a actos, en obras. No meramente discos o cinta magnetofónica de los que salen emitidas (sus) obras, sin individuar o hacer *quién*: sentirse ser musicales y músicos las obras. Tomando una vez más —en serio, en real— la siguiente frase: en Bach, Beethoven, Bruckner, cual casos ejemplares y reales, se «encarnó», se «enrealizó» Dios, en estado de serse Músico y para revelarse Músico en lenguaje musical —*idioma*. Y revelarse así como Dios *sobrenatural* en obras reales y sentidamente sobre-naturales, y *dichas* en idioma —lenguaje sobrenatural.

Y por ello hacernos sentirnos, uno por uno, supernaturales, individuos, singulares, *quiénes*.

A ratos, a actos, en obras: o en trance de hacer las obras o en sesión de escucharlas: de sernos, movernos y vivir en tal universo.

Ya que disponemos de casos ejemplares de algunos estados que a Dios le ha dado la gana de adoptar —de serse según lo que ha querido ser—, la sentencia de Cipriano (abogado romano, obispo de Cartago, s. III d.C.): «*justitia opus est ut promereri quis possit Deum judicem*», admite las siguientes modulaciones, al derredor de su sentido «dominante»:

(1) «La justicia hace falta a quien quiera poder merecer tener a Dios por Juez» —o tener por juez a Dios Justísimo.

(2) «La música hace falta a quien quiera poder merecer tener a Dios Músico por juez».

(3) «La matemática hace falta a quien quiera poder merecer tener a Dios matemático por juez».

(4) «La racionalidad le hace falta a quien quiera poder merecer tener a Dios racionalizado por juez».

(5) «El evangelio le hace falta a quien quiera poder merecer tener a Dios, el de la Buena Nueva, por juez».

(6) «La Ley natural le hace falta a quien quiera poder merecer tener al Dios natural por juez».

Ser un hombre justo, músico, matemático, racional, evangélico, natural, son méritos para poder tener por Juez a (un) Dios que se haya puesto a ser o le dé la gana de serse o ponerse a ser Justo, Músico, Matemático, Razón, Buena Nueva o Naturaleza.

Méritos para elegirse «uno, cada uno», el tipo de Juez supremo. Apelar de uno a otro.

Y complementariamente: Dios puede ponerse a hacer de Juez de diversas maneras: Justo Juez o Músico Juez, o Matemático Juez...

Distendiendo una frase clásica: «cada uno ha de merecer, puede llegar a merecer, ser juzgado por sus pares» —por un Par, por el «*Primus inter Pares*». Para Bach, Beethoven, Bruckner... su ser natural —el

que por ser animales recibieron según generación— les fue, de por vida, necesario para ser vivientes, vegetativos, sensitivos; mas respecto de su ser músicos, les resultó accidente —a veces, mortal o molesto. Y respecto de su ser músico no hubo ni pudo haber condición o causa suficientes. Son genios de por sí. Ser *Bach* es causa suficiente para ser eso: *Bach*. Lo demás que, de hecho, de natural, fue, lo fue como uno cualquiera de los hombres, de los padres, de los creyentes, de los pecadores, de los de buen o mal gusto en arquitectura, modales, política, economía, física, astronomía, vestimenta...

Por un Dios que se haya puesto —porque le da o le dio la gana (o le dará) la gana— a serse Dios Músico, *Bach*, si apela, sería juzgado en cuanto músico. Habrá hecho fructificar sus cinco talentos, los que recibió cual material a reformar y con que obtener sus intereses —intereses, interesantes a Dios músico— que son sus obras musicales. Por ellas será premiado o con primer premio o con accésit; se le podría condenar, se le podría avergonzar delicadamente, por sus disparates: desafinos o arritmias, desentonos o desacompases; y se lo podría condenar a escuchar todas sus obras durante diez, cien, mil... veces seguidas, sin descanso; y sería castigo especial merecido por sus inmusicalidades. Pero reprenderlo o condenarlo por faltas y pecados del orden jurídico, moral, estético, religioso le resultaría a *Bach* ininteligible —injusto por inaudible y desentonado. Y castigarlo a fuego, a crujir de dientes... se le haría ininteligible por disparatada inconexión lo que que él fue: *Bach*.

Que es ya inconexión disparatada la de moral y fuego; juricidad y crujir de dientes; religión y cárcel; racionalidad y tinieblas.

A «Beethoven», un Dios Músico no podría ni juzgarle ni condenarle por las desconsideraciones teológicas que la letra de su *Missa solemnis* sufre a manos instrumentales de la orquesta. Mas sí hacerle notar, oír, las fallas técnicas de tantas fugas suyas... los puñetazos sonoros que cual golpes a destiempo, brutales, de timbal inician, irrumpen, terminan ciertas obras suyas. Mas lo musical de la *Missa solemnis* se le computaría por mérito de vida eterna por ser la música suya —la de *Beethoven*— la de Credo, más sincera y profunda que la que a la letra y al dogma del Credo daría un teólogo creyente.

Beethoven «creyó» a la música del Credo; y se le computó a justicia. Las faltas o pecados de Beethoven —animal racional: contra derecho, moral, religión, estética, modales...— descienden a *peccata minuta*, veniales. De todo ello: «*de minimis non curat prætor*»: de ellos no se ocupa Dios Músico. Bastaría con comprensiva y levemente irónica sonrisa.

Hasta 1700 no había habido en el mundo matemático, físico, astronómico, música... en cantidad y calidad, conexión interna y universalidad científica, comprobables en obras dignas de ser tenidas «por lo máximo que el hombre puede concebir»: oír, tocar, calcular, ver, componer, orquestar, sintetizar... Y, por ende, según el criterio de Anselmo, atribuirlo como constitutivo esencial de Dios.

A partir de estas fechas «1600, 1700» el hombre ha inventado un tipo de máximo supernatural, mayor en cantidad y organización que el tipo de máximo natural de las épocas anteriores. Las matemáticas, física, astronomía... naturales y la Música —la orquestal por antonomasia— son sobrenaturales por dos características: *primera*, por su idioma; *segunda*, por los instrumentos de que se sirven para *decir* los contenidos: temas, teoremas, axiomas... sinfonías, sonatas... —decibles y ejecutables por tales idiomas e instrumentos.

Los hombres —comenzando por ciertos hombres y siguiendo o pudiendo seguir todos, cual por herencia de tal «pecado original», *contra naturam*— pudieron ya atribuir o concebir a un Dios como «El Gran Músico», «El Gran Matemático». O bien —punto a estudiar en la Cuarta parte— pensar, sospechar, creer que Dios, puesto a serse, por ataque de divina gana, Músico y/o Matemático eligió a ciertos hombres: Galileo, Newton, Einstein... Bach, Beethoven, Mahler, Bruckner... para *médiumes* suyos: para revelarse Él cual Músico y Matemático a los hombres. Endiosados a ratos, a actos, en obras.

En las épocas anteriores —pongamos desde 1.000.000 de años a.C. a +1600-1700— Dios se había sido, se había puesto a ser o se había hallado siendo «natural»: pasando de tener naturaleza a poseerla; de poseer naturaleza, a tenerla esencializada (estarse siendo esencialmente); de estarse siendo naturaleza esencializada, a serse y serla racionalizada; de estarse siendo el Legislador, a serse la Buena Nueva...

En frase clásica: Dios existe de por sí; mas no tiene que ser lo *qué es* cual lo tienen que ser las demás cosas o realidades; es lo que Él quiere ser y de la manera como lo quiera ser —le dé la divina gana de ser en actos, a ratos, en épocas, en obras.

Las maneras enumeradas de serse Dios se prestan a tono de «máximo» y, por tanto, *avant la lettre* anselmiana, a ponerlas como constitutivos definientes de Dios. Con una doble advertencia: *primera*, que todas ellas son naturales: proceden y están precedidas por el estado natural de Dios, tal cual se lo definió según naturaleza. Y tal base permanece siempre cual posibilidad disponible a la que revertir y a la que revierte Dios a ratos, en actos, a épocas, de diversas modalidades no tan

proclives al máximo. Así lo son las de Padre, Hijo, Juez, Señor, Rey, Redentor, Señor Dios de los Ejércitos, Dios de Israel, Padre de Cristo...

Segunda: que estas maneras naturales —próxima o remotamente— de serse Dios puedan irrumpir en las sobrenaturales, por lo pronto en las dos mencionadas: matemático, músico. Y en otras cuyos matices de novedad, originalidad y espontaneidad nos son ahora (1986) ignoradas por inimaginables, impreconcebibles, imprecalculables.

A Jehová no se le debió de hacer ni incomprensible ni inaudible el cántico que le cantaron Moisés y los hijos de Israel después del milagroso paso del mar Rojo:

Cantemos al Señor, pues gloriosamente magnífico se reveló.
A caballos y caballeros arrojó al mar.
Mi fortaleza es; es mi honor, el Señor.
Hízose mi salvación.
Este es mi Dios. Lo glorificaré.
Dios es mi padre. Lo exaltaré...

pues o lo inspiró, puesto a ser Dios Salvador de ellos, sirviéndose cual de médiumes de Moisés y del Pueblo, o la inspiración de Moisés y del Pueblo fue a sus oídos «suavísimamente biensonante alabanza». Mas si en lugar de tal cántico, hubiese llegado a sus oídos la *Heroica* de Beethoven —toda ella sobrenatural por idioma e instrumentos— su desconcierto fuera mayor que el de quien entiende de qué le *habla* «recta es línea que descansa uniformemente en sus puntos», y en vez de ello se le *dice* «$y = ax + b$».

A Jehová no pudo sorprenderle ver llegar al cielo al profeta Elías en carroza de fuego. Mas desconcertárase ante sonda cósmica.

Pero no ante sonda cósmica ni ante «$y = ax + b$» ni ante la *Heroica* se desconcertara Dios puesto a ser ya Matemático o Músico.

No obstante, como Dios puede ponerse a ser, según le dé la gana, a ser lo que quiera —y este proteísmo incondicionado e irrestringible lo caracteriza—, al D(M), al D($\overline{\text{m}}$)... puede darle la gana de revertir a serse natural —a ratos, a actos, en obras.

No cabe, pues, respecto de tal concepción de Dios un orden histórico irreversible, irreformable. Lo natural acecha, desde el fondo, a lo sobrenatural y puede romperlo e irrumpir en forma de milagro, prodigio, portento, monstruos, insignias... *naturales*.

E inversamente: atisbos, barruntos, ocurrencias, genialidades... sobrenaturales —en música, artes, idiomas, álgebra...— pueden surgir:

irrumpir y romper por lo natural en cualquier fase de tal estado —de Dios: del Músico o del hombre natural. Y tales irrupciones y roturas resultarían y resultarán, respecto de lo natural normal, como milagros, prodigios... sobrenaturales.

De milagros, prodigios... se tratará inmediatamente.

Con esto se da por terminado lo referente al tema de este párrafo «Palabras divinas» —tratada largamente la «palabra de dios» y preliminar y sugerentemente la «palabra de Dios», de *Quién*.

(§ 6.º)

Actos divinos, de dios y de Dios

Advertencias previas

Primera: planteamiento de lo que actualmente —desde el estado filosófico científico-técnico— hay que exigir para declarar que un hecho es milagro, portento, prodigio, monstruo, insignia...

Segunda: mostrar que milagro, portento... y qué clase de milagro, portento... son actos divinos o lo son de dios y de Dios.

Tercera: es tan inevitable y justificado hacer violencia al lenguaje en su uso corriente y aun al teológico y filosófico de esos categoriales «milagro...», como no ha sido evitado, y ha resultado justificado, el hacer violencia a bauxita para trocarla en aluminio, y hacérsela a éste para trocarlo en ala de avión, que todos usamos sin escrúpulos de «esencia», y hacérsela a casi todo lo natural —nacido en sus mineros o campos naturales— para crear artefactos, entre los cuales y de los cuales «vivimos, nos movemos y somos» los actuales.

Y hacérsela a la geometría natural para transformarla en geometría analítica, y a la lógica natural —hablada y pensada en lenguaje natural— para transformarla en lógica calculatoria, simbólica, formal: $\overline{p \cdot \bar{p}}$, $p \vee \bar{p}$. Y hacérsela a la aritmética natural para transformarla en álgebra: $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, etc., etc.

Entre las cuales ciencias y de las cuales «vivimos, nos movemos y somos» los científicos, técnicos, y aun los vividores cotidianos.

Cuarta: de todo ello se tratará dentro del marco impuesto a esta obra.

(I)

CARÁCTER DIVINO DEL UNIVERSO. LO EXCEPCIONAL Y LO EXTRAORDINARIO

El universo actual «posee» las notas, propiedades o caracteres divinos —concretos, matemáticamente estructurados, hasta infinitesimalmente; no vagos, imaginativos, soñados o desiderativos— de necesidad, universalidad, infinidad, integridad, simplicidad, totalidad, unicidad (cfr. § 2.º de esta Tercera parte); mas todos ellos y nominalmente el de necesidad hacen de fondo de resalte, de término, ellos, del categorial «probabilidad», que sustituye ventajosamente, en cuanto a estructura, al vago de «contingencia» —correlato del vago de necesidad—, los dos «necesario-contingente», términos indisolubles, conceptual y verbalmente.

Ahora los correlatos se llaman y son «necesidad-probabilidad», los dos estructurados intrínsecamente, inscritamente, por cálculos.

Pues bien: el modo o tono —modo en sentido filosófico; tono en musical, ya desde Heráclito— de «probable» implica e impone una distribución de extensión y contenido según los sectores: minoría de supra-*Mayoría de mediocres*-minoría de deficientes (en cuanto a comprensión o contenido de calidad, propiedad, atributo o característica de que se trate y a la que afecte el modo o tono de «probable»).

Ahora bien: el fondo y base del universo y, por constante y eficiente ella, el universo íntegro y sus internados están regidos por el modo, o están en el tono de «probable» —y esto con diversas modulaciones o tonalidades adaptadas al tipo de elementos: protones, bariones, leptones, mesones, quámtumes de radiación... Estadísticas de Boltzmann-Maxwell, Bose-Einstein, Fermi-Dirac.

Luego las minorías reales de extras e infras —minorías reales y eficientes— señalan, delimitan un sector de «excepciones», de «extraordinarios» sucesos parenciales, como realmente posibles, con frecuencia mayor que cero, resaltante frente al fondo uniforme —aunque estructurado— de los elementos básicos y de sus campos —gravitatorio, electromagnético, nucleónico, regidos por necesidad.

A cada clase de «campo» (gravitatorio...) su estadística propia, su probabilidad intrinsecada, inscrita en lo estadístico.

La realidad eficiente de la probabilidad es condición o causa necesaria, mas no suficiente, de la irrupción y establecimiento de excepciones, de extraordinarios en todos los órdenes del universo: biológico, físico, social, religioso, estético, económico...

En bien real y no peyorativo, sino meliorativo sentido, «las excep-

ciones confirman la regla». Más explícitamente: las excepciones —su número y calidad— afirman *la regla*: lo que está siendo una mayoría de mediocres.

El poeta filósofo Antonio Machado lo atisbó y lo formuló sentencialmente: (1) «Si toda excepción confirma la regla, una regla sin excepciones sería una regla sin confirmar; de ningún modo, *una regla*».

(2) Una regla con excepciones será siempre más firme que una regla sin excepciones, a la cual faltaría la excepción para que la confirmase.

(3) Tanto más regla será una regla cuanto más abundante en excepciones.

(4) La regla ideal sólo constaría de «excepciones».

Si por «regla» se entiende lo que está siendo una mayoría de mediocres —lo normal, lo que es cualquiera o es uno por lo que tiene de cualquiera—, las cuatro afirmaciones poseen perfecto sentido, real y eficiente. Una regla sin excepciones —de por más o de por menos, de por mejor o de peor— anularía el sentido real de «mayoría» de mediocres: la distribución estadística correspondiente, comenzando por la fórmula de Gauss.

Popper pujaría y pujó aún más: toda ley —física o no— ha de exponerse: indicar ella misma la manera y modos en que exponerse a excepciones; exponerse a ser refutada en sus pretendidas universalidad y necesidad —deterministas, clásicas en filosofía, teología, física... (1, 2).

En cuanto a (3), el modo o tono de probabilidad impone que el número de excepciones (por más o por menos, por mejor o por peor) sea una minoría —respecto de la mayoría. Así, «casi siempre», vinculando probabilidad y frecuencia.

En cuanto a (4), su falsedad o inexactitud se sigue de lo dicho en (3). Y del concepto vago de regla.

Luego: lo que «milagro, portento, prodigio, monstruo...» poseen de excepción —biótica, moral, física...—, de pequeño número de casos: de extra o infra de lo normal: de la mayoría de mediocres, está garantizado por el modo o tono de probable del universo mismo real, continuamente base y fondo de todos: *mayoría* de mediocres y minorías.

«Milagros, prodigios...» son, pues, realmente posibles; y probables, con probabilidad mayor que cero, pero menor que la de «mayoría de mediocres».

Podrán, pues, darse épocas, ratos históricos largos —según el criterio de la duración media (mediocre) de los hombres— en que no surjan excepciones: milagros, prodigios...

Luego: son realmente posibles, aunque poquísimo frecuentes, «rachas» de milagros, de monstruos..., porque «rachas» son posibles, aunque con poquísima frecuencia, según el cálculo mismo de probabilidades. Así las hay en los vulgares juegos. Rachas de buena suerte o de mala, desde el punto de vista del apostador que se juegue su dinero, posesiones y a veces la vida o la mujer...

Que milagros, prodigios... sean de buena o mala suerte para algunos —para *quiénes*— es accidentalmente insignificante, inoperante, respecto de lo probable: de lo excepcional de milagro...

Que los milagros, prodigios... se crea que se los hace en favor o en contra de alguien, que lo son de buena suerte o mala suerte, es matiz o calidad indiferente al milagro, en cuanto excepción; y requerirá peculiar consideración si lo de «en favor de, en contra de» altera la probabilidad.

Luego: que milagros, prodigios... los haga, los emplee, Alguien —un *Quién*— en favor o en contra de alguien —de un quién— y los haga o emplee para demostrar Alguien algo a alguien es también, en caso de acierto, mero accidente de lo excepcional y extraordinario de milagro, prodigio...

«Milagro, prodigio...» no demuestran —por ser tales y para ser real, auténticamente tales— nada de Nadie y a nadie. «Que haya Dios o dios y que sea tal o cual» no es deducible o demostrable por milagros..., como Sófocles no pudo demostrar a un extranjero que él era «El Dramaturgo», apostando a que puede sacar jugando con dos dados, dos seises en seis veces seguidas. Echa las seis veces y salen las seis los dos seises. Los espectadores que entiendan de tal juego sospecharán o que Sófocles hace trampas o que otro las hace en su favor o que por pura casualidad —por inverosímil, aunque posible y probable racha— Sófocles ha acertado.

Mas no concluirán que sea verdad demostrada que «Sófocles es Gran dramaturgo». Y Sófocles mismo sabe muy bien que tal suerte fabulosa no demuestra lo que él públicamente pretendía. En el mejor de los casos —mejor para su fama de honesto en juegos o para su fama de El Dramaturgo— es el de que acertó por racha de azar. La secuela es que, por azar, es él «El Dramaturgo», y no lo es por ser *Sófocles*. De entre los fragmentos conservados, atribuidos, a Sófocles, se halla la sentencia: «Los dados que echa Júpiter caen siempre bien». La sospecha de que Júpiter es tramposo se agrava a cada saque favorable. Y si con semejante racha creciente pretendía Él demostrar —a los incrédulos— que «Él es Dios, padre de dioses y de hombres», los incrédulos que en-

tendieran del juego y de su lógica sacarían la conclusión de que «no es Dios»; o la de que es atributo divino el ser «El Tramposo».

Toda realidad que posea en algún grado la calidad de azar —la de hacer de dado— no puede servir para demostrar nada de lo que pretenda demostrar el jugador o de lo que los interesados en que acierte pretendan saber. Si acierta será por azar; y por azar será Dios si eso es lo que pretende Él u otros pretenden demostrar. Que quien a manos llenas, manirroto, derrama milagros, nada demuestra con ellos. Da más bien a sospechar que otros —demonios, espíritus buenos o malos— hacen trampas por él; o que acertó por azar, lo cual no es demostrar.

En lugar de creyentes en él o en lo que dice, produce incrédulos o crédulos. En creyentes causa «miedo» (φόβος), alabanzas (δόξα), admiración, espanto, éxtasis, gran miedo, sorpresa, sorpresa extraordinaria, conmoción, temor...: son palabras con que los Evangelios relatan los sentimientos, efectos, de los «milagros» de Jesús. Rara vez, el de agradecimiento; rarísimas, el de seguimiento o el de fe con obras. Iguales reacciones sentimentales del pueblo hebreo ante los milagros de Moisés, espectaculares. Reacciones apropiadas son todas ellas a la incoherencia entre milagro y mostración, entre azar y demostración.

Nos hallamos todavía en la fase de azar, casualidad, suerte... milagro, prodigio, monstruos... *naturales*. Es decir: para todo ello hace de garante la base y fondo del universo por estar intrinsecado, inscrito en ella cálculo de probabilidades; o estar él en estado, modo o tono de «probable».

Son, pues, realmente posibles, es decir: probables, «milagros, prodigios...». Y el estado divino del universo es condición o causa *necesaria*, mas no suficiente, de milagros. Y es además, punto a tratar a continuación, condición o causa de que sea, realmente posible, es decir: con frecuencia mayor que cero, el acertar: la coincidencia entre lo pretendido a demostrar y el resultado del caso según azar. ¿Es realmente posible el que un hombre pueda demostrar que es dios, que es en unidad real dios-hombre, y demostrarlo con milagros, prodigios... casos raros que surgen del tono mismo de «probable» del universo natural, por coincidencia entre demostración y azar, demostración y milagro?

Puesto que, Autor y Lector, somos inevitablemente actuales —posteriores a los siglos XIII, XVIII; mas, del XX— echemos mano mental —cual echamos de la corporal a auto, a llave de luz, a tecla de televisor...— a una fórmula —la de Bayes— y a su formulario eficiente que el cálculo de probabilidades nos ofrece para el propósito, siempre dentro del marco de la obra.

Dado un suceso (E) del que se sabe o sospecha que es un caso de azar (vgr., haber salido la cara 5, jugando con un dado) y *dado* un conjunto de realidades (C_1, C_2, C_3, C_4...) de las que se sabe o se sospecha que son probables causas de E, ¿cuál es el grado de probabilidad de que E sea, vgr., efecto precisamente de C_1; y por ello coincidiendo E con C_1, aunque E pudiera con otros grados de probabilidad ser efecto o haber sido efecto de C_2, C_3, C_4? ¿O haber surgido E «porque sí», por puro azar intrínseco y propio (c') o por ser E parte integrante de un universo regido por cálculo de probabilidades (c'')?

Apliquemos la fórmula de Bayes —que responde a esta pregunta— al caso: Dios-milagro. Un milagro puede ser efecto, precisamente, de Dios (C_1); serlo de este hombre divino: Jesús (C_2), o de un mago (C_3) o de un espíritu benévolo (C_4), de ley física (C_5) o técnica (C_6), o sencillamente ser efecto de ley natural, probabilística, inscrita (C_7) en E mismo —cual de uranio, radio, torio... emanan de por sí, sin causa externa, partículas alfa, electrones, radiaciones gamma, quántumes, cuáles, cuándo, dónde, según ley exponencial de distribución de tales caracteres.

Concepción radio-ontológica (probabilística) del universo, a la que se ha hecho alusión y aun sugerido su verdad en diversos lugares de esta obra. En virtud de la estructura divina del universo actual —y por tanto de los internados en él—, vgr. en la tierra, el agua, además de ser H_2O, posee un grado de probabilidad, mayor que cero, de convertirse en vino: en CH_3CH_2OH. Así: sin causa externa; de por sí, en cuanto parte y partícipe de la constitución divina del universo en la que está, repitámoslo, intrínseco, inscrito, el cálculo de probabilidades, actuante, como tal, constantemente.

Son causas probables —comenzando a priori por sospechar que lo son verosímiles— de convertir agua en vino C_1 (Dios), C_2 (este hombre-dios: Jesús), C_3 (un mago), C_4 (un ilusionista), C_5 (un espíritu bueno o malo), C_6 (un técnico); o sencillamente haber surgido de por sí (c') o por ser parte intrínseca de un universo probabilístico (c''), en cubileteo o zarandeo continuo de sus elementos básicos: protones, electrones... moléculas, y hasta de nebulosas. Cada causa con su grado específico propio de probabilidad. Si suponemos que una de ellas —vgr. C_1— es causa necesaria y suficiente de E, hemos cortado el nudo gordiano: el cálculo de probabilidades, intrínseco e inscrito en la realidad, sobre todo en la básica del universo. O suponemos que tal causa C_1: Dios omnipotente, puesto a monopolizar lo de ser causa necesaria y suficiente de E, elimina por las buenas o por las malas las causas posibles a priori C_2, C_3, C_4... O solamente delega su poder en C_2 —a un hombre-dios,

con nombre propio: Jesús o Moisés o Pedro apóstol, a ratos, a actos, en obras especiales, sueltas. Lo cual es también cortar el nudo gordiano. O con la frase y truco clásico de teatro se introduce el «*Deux ex machina*» o a Dios comodín, en términos de esta obra (cfr. Segunda parte, § 2.º).

La fórmula de Bayes dice que, aun en el mejor de los casos, en favor de una causa, no es posible realmente —o sea: no es probable— eliminar, reducir a cero, a imposible, la probable intervención de las demás. Y aún más: diríamos ahora, con ejemplo actual, no es posible eliminar la probabilidad de ser causa de tal efecto, dada la probabilidad de la base del universo real actual. Por poquísima se la puede despreciar en los cálculos prácticos. Mas no en ciencia. Las Compañías de seguros y el cálculo de los riesgos en empresas, no lo descuidan; lo aprovechan para bien buenos negocios. Si el efecto e para el que se busca la más probable de las causas de entre las varias probables y verosímiles a priori es, vgr., el de las plagas famosas —hechas famosas por la Biblia— de Egipto, e pudiera ser efecto de C_1 (Dios), de C_2 (hombre endiosado al efecto: Moisés), C_3 (magos del rey)... y c' (probabilidad intrínseca de e) o c'' (la inducida en él por ser parte del universo). Durante las primeras plagas e pudo ser efecto, y lo fue, tanto de C_2 como de C_3; y lo dice la Biblia misma. Dios-Jehová se abstuvo de intervenir (C_1); c', c'' son prácticamente cero; procediendo esto de que tales causas fueron desconocidas hasta el siglo presente. Claro que la ignorancia de ellas no evita su intervención. Aquí simplifica la exposición, prescindiendo de ellas. En la plaga final, C_1 es la causa no solamente la más probable sino la única real, porque C_1 (Dios) echa el peso; ahí cae lo real. Pero es única de *hecho*. Y por tanto no demuestra nada. El Faraón fue perfectamente lógico en no admitir tal (pretendida) demostración, aunque no lo hizo, como es claro, por razones aquí indicadas.

La plaga final no fue esencialmente milagro; lo fue probablemente. Lo cual da para credulear, no para creer.

Si uno lo *cree*, tal creencia es, o puede ser, mérito ante Dios, pues se cree *a pesar de* razones y causas en contra.

Mas si alguien *no cree* que sea ello milagro de C_1, tal incredulidad no es demérito ante Dios, pues no cree, precisamente, por razones: por respeto a Verdad, a la pretendida Verdad. Caso de *probabiliorismo*; científicamente «probabilismo».

Similarmente: el diluvio que destruyó a Sodoma y Gomorra no fue efecto (e'') de una única causa, C_1 (Dios), movilizado por cierta clase de pecado de sus habitantes; eran causas probables c', c'', aunque con probabilidad mínima; y, más probable que c', c'', fue la causa la contex-

tura del terreno: su nivel inferior al del mar; su constitución geológica.

Una vez más: reducir todas las causas a una: a Dios, es repetir el truco de «*Deux ex machina*»; hacer de Dios comodín físico científico y caso de comodonería teológica.

Un caso más, antes de resumir todo lo anterior en conclusión explícita. «Pondré mi arco sobre las nubes y será signo de mi alianza entre mí y la tierra. Y cuando oculte bajo nubes el cielo, aparecerá en las nubes mi arco» (*Génesis*, IX, 13-14). La aparición y realidad del arco iris no lo serían por ley natural —de óptica física—, sino por efecto directo y total de Dios, por creación *ad hoc*, a saber: para significar a la tierra la alianza que por sí y ante sí hace Dios con Noé con y en favor de todo lo viviente sobre la tierra.

Ante la realidad de arco iris, la cuestión: ¿de qué causa es efecto: de C_1 (Dios), de C_7 (ley físico-matemática), o de c', c''?, la contestación la da la regla de Bayes. Hasta Descartes, para un creyente en la letra explícita del A.T., la causa propia y única fue C_1. Arco iris era un milagro, directo, monopolio de Dios (natural), íntegramente signo de Alianza. Así tenía que ser vivido, visto, sentido por creyente auténtico. Y así fue creído por siglos y siglos. Tomás de Aquino, influido ya por Aristóteles, sostiene que por ley natural hubo iris antes del diluvio y que Dios lo hizo convencionalmente signo de Alianza y de la promesa divina de no enviar otro diluvio universal —cual los hombres hacen de un trapo, bandera; de un gesto, saludo...

Pero en tal acepción la ley de Bayes indica que la respuesta a la pregunta: ¿cuál es la más probable causa del arco iris: C_1, C_2, c', c''?, la probabilidad de que no lo sea C_1 (dios) y lo sea C_7 (óptica), o c' (porque sí) o c'' (porque es y ha de ser para ser realmente parte de un universo regido por cálculo de probabilidades)... depone lo de milagro a fenómeno natural. Y a Dios lo depone de Causa suprema y monopolizadora de él a una de tantas, prescindible, es decir: a no-Dios. «Iris» había dejado de ser «diosa mensajera» a disposición de los dioses, especialmente de Júpiter. Ya en tiempos de Aristóteles éste lo explica o define por refracción de la luz sobre las nubes.

Convengamos Autor y Lector en designar con la palabra «portento» la clase de sucesos en que la intervención de Dios (C_1) en la naturaleza es la causa única del suceso. Los demás intervinientes son tan sólo maniquíes tras los cuales, con discreción y deferencia divinas, se oculta Dios: la causa suprema, única, monopolizadora de todo poder: omnipotente. O un hombre-dios en cuanto dios.

Son, pues, «portentos» arco iris, última plaga, zarza ardiendo, tem-

pestad del Sinaí, detención del sol, paso del mar Rojo, agua de roca, maná, columna de fuego, tablas de piedra... vino de Caná. Prescindamos de si tales sucesos pasaron históricamente. Aquí han servido de verosímiles casos de realizar un modelo: el de Hazaña de Alguien que sea Dios, o de Dios que intente demostrar que lo es.

Como según Jenófanes, Plotino, fray Francisco, fray Juan de la Cruz, «Dios es lo que él quiere ser», y lo que es en actos, a ratos, en obras sueltas, a épocas, sin quedar ni poder quedar preso por nada, pues ni la esencia lo puede apresar, a partir de la creación —6000 a.C. según la Biblia, y hasta nuestros días (1986)— podría C_1 hacer portentos del estilo de los indicados. Mas a partir de 1600 la ley de Bayes hará factible calcular la probabilidad de que un suceso sea «portento». Y concluir: la probabilidad de que lo sea decrece a proporción de que se descubra —experimental científicamente— que hay leyes físico-matemático-lógicas que, intrínsecas e inscritas, rigen constantemente en el universo.

Con otra frase: el número de portentos, realmente posibles tiende a cero (0). Con una frase corriente, «Actos de Dios», puesta a correr por los ingleses, diríamos: el número de Actos de Dios disminuye, por ser en cada época menos probables, calculados según Bayes. Y en castellano habríamos de decir: Hazañas de Dios, «*magnalia Dei*» (según la Vulgata).

La estadística ofrece métodos para reprobar o aprobar tal conclusión. Mas los creyentes en la omnipotencia de Dios, en su causalidad suprema necesaria y suficiente para que el mundo sea realmente real, han de rogar con Rilke

¡Por favor! no me hagas milagro alguno.
Da razón a tus leyes
que de generación en generación
son cada día más visibles.

Conclusión: ni aun los portentos pueden demostrar que «hay Dios» o que «es tal o cual» —sabio, santo, omnipotente, salvador, Padre... Que con una cierta y calculable probabilidad «lo hay» y sea «tal o cual» deroga los caracteres de Dios, definido cual Causa suprema, única y necesaria de continua intervención.

Puesto que aún han de presentarse tipos de actuaciones y hechos excepcionales y extraordinarios convengamos en aplicar la palabra «milagro» a todos ellos. Los portentos son, pues, «milagros».

(II)

Lo excepcional
Prodigioso-Regular-Monstruoso

Fijemos ante todo el sentido que a estas palabras y a sus conceptos empalabrados en ellas se les va a dar aquí.

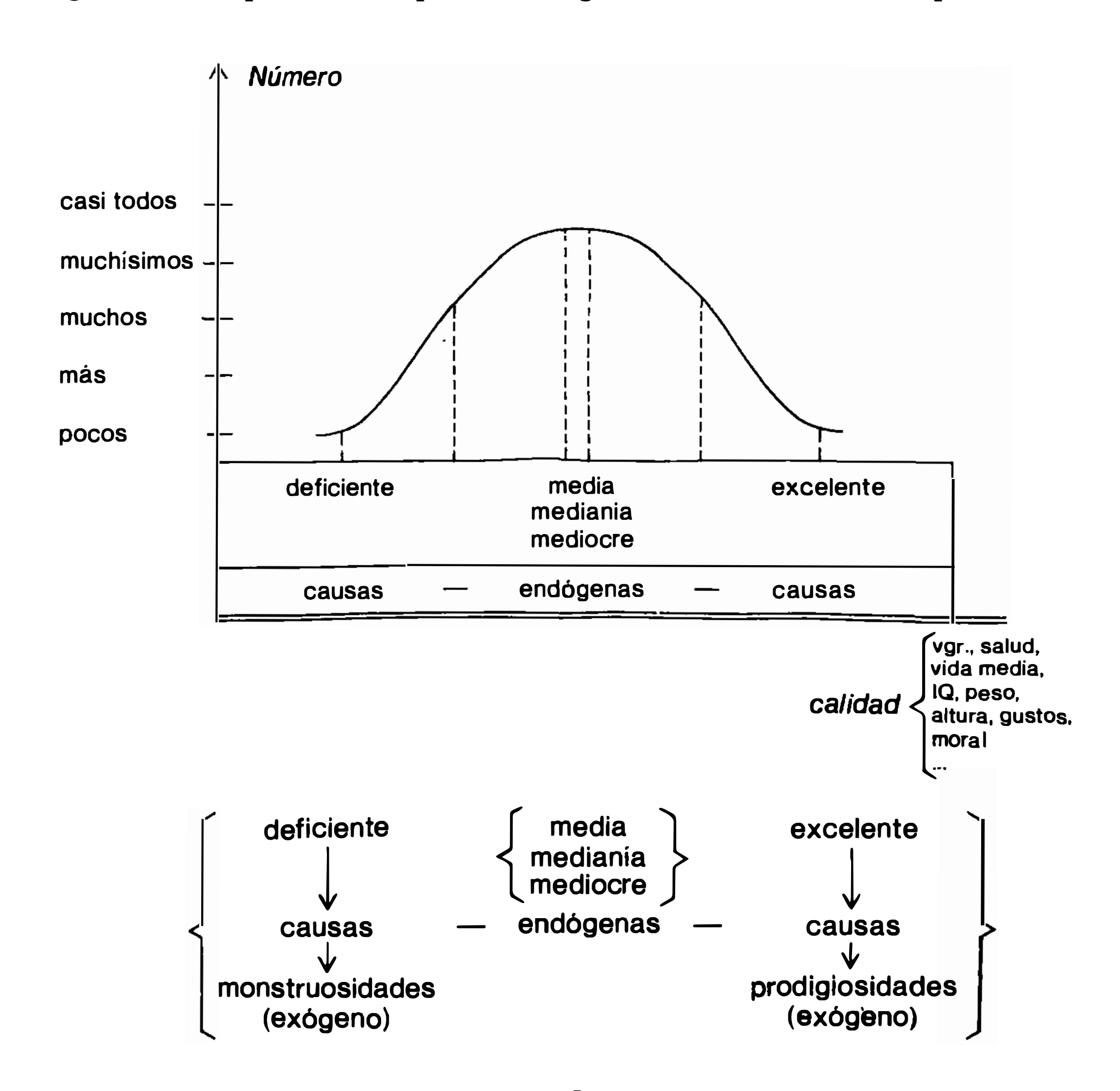
«Excepcional-regular» (1) forman una relación —cual las de padre-hijo, menor-mayor, mejor-peor, perpendicular-oblicuo... (2) El campo, o especial conjunto de cosas entre las que se verifica tal relación, es el «estadístico», o sea: el conjunto de casos en que *de hecho* se ha realizado un concepto: en el conjunto de casos de la extensión de un concepto (comprensión), pues tales casos son, en rigor, *ejemplos*; y su número es, de suyo, definido. Así 1, 2, 3, 5 no son casos de 30, sino su extensión propia. 30 es, por ley y no por caso, divisible por 3 números. (3) La extensión propia de un concepto es homogénea. Todos los elementos que la cumplen la cumplen por igual. Mas el conjunto de casos de los conjuntos de estilo «excepcional-regular» se organiza en dos grupos: (a) el de una mayoría de medianos o mediocres (componente cualitativo) y (b) dos minorías de excepcionales, unos por menos que la mayoría-y-mejores que la mediocridad de la mayoría; y otros, por peor (que la medianía y que la otra minoría). (4) Al aumentar el número de casos aumenta la mayoría (de mediocres-y-medianos) y disminuyen las minorías sin reducirse necesariamente a cero, sin resultar imposibles. Este carácter y los restantes definen «entropía» de tal conjunto o de un conjunto cualquiera de elementos o casos.

(5) La estadística acerca del número (de la mayoría o minoría) ha de poseer la calidad modal o tonal de «probable», es decir: que el número sea función o que dependa constantemente de la frecuencia: del número creciente de veces a lo largo del tiempo o el número de casos «presentes» de una vez, mas siempre dependiente del tiempo, creciente a su vez. La probabilidad o modo de probable elimina el carácter o tono de estática de toda estadística simplemente contadora o enumeradora de tales casos. Evita que una suma resulte «todo» —definitivo, cerrado o *numerus clausus*. (6) Tanto las variaciones del número de mediocres, medianos, normal, regular, como el de las minorías (de extra o infra) provienen de factores endógenos, intrínsecos del sistema total o ambiente propio —vgr. generación, calor ambiental...

Añadamos una nota más que nos aproxime al tema: (7) la mayoría y minorías se forman según una ley físico-matemática, peculiar para

cada clase definida por coeficientes especiales. Mas no son «excepciones». Por «excepción» o por «excepcional» entenderemos toda perturbación o del número o del espectro de grados de calidades que provengan de influjo exterior. Y se dirá que por «milagro», o disminuyó el número (de más o menos) o que se alteraron los grados de la calidad (medianía, mediocridad, extra-infra, excelente-deficiente). O inversamente: el aumento o disminución que cambia el número y grados determinados por ley matemática *es* milagro. ¿Puede servir para demostrar algo contra lo normal o para deducir algo acerca de la constitución del factor exógeno, o para que éste demuestre algo peculiar de sí a los normales: vgr., *que hay* (algo así) cual Dios o dios; que él es eterno, omnipotente... Padre?

Pasemos, pues, al estudio detallado del tema, lo cual aclarará, llenando de concreción, las siete notas (1-7). Sea el esquema, sugerente, y enigmático en primera impresión; seguido de la clave de explicación.



(1) El eje vertical (o de las ordenadas) indica el número —de manera cuantitativamente vaga (pocos, más... casi todos): hombres, para ceñirnos al caso más interesante, pues lo somos ahora, con cierta precisión, 5.000.000.000. Cualquier pretendida ley de tipo estadístico se cumple o se va cumpliendo tanto mejor cuanto mayor sea el número de los incluidos o a incluir en ella. Mejor en 1.000.000 que en 100.000; mucho mejor en 1.000.000.000 que en 50.000.000...

(2) El eje horizontal (llamado de las abscisas) indica la calidad (propiedad, atributo, carácter, nota...) a distribuir entre el número de que se trata. Y la contextura general de grados de la calidad se lo indica con la denominación «deficiente-mediano-excelente». Relación de tres términos —cual la de «$a < x < b$», «x está entre a y b»; $1 < 2 < 3$, etc. en el dominio cuantitativo. Aquí, en el cualitativo: mejor-mediocre-peor; óptimo-decoroso-pésimo; superlativo-comparativo-positivo... fueran denominaciones o fórmulas admisibles. Lo son «medio, mediano, mediocre, deficiente, infradotado, subdesarrollado, excelente, eminente, supranormal», etc.

(3) Aquí se considera nada más notas o calidades naturales, es decir: que el hombre las posee por nacimiento o las desarrolla durante su vida natural. Son, vgr., salud, vida media, coeficiente de inteligencia (IQ), peso, altura, gustos (en vestir, comer, trato social, comportamiento moral, costumbres, hábitos, rutina).

(4) Son cualidades vitales, es decir: lo son de la vida que es, repitiendo fórmula condensada, «surtidor de novedades, improvisación de espontaneidades, estreno de originalidades». Así que ella rehace, revive, regenera, restaura las calidades y cantidades del viviente durante el lapso vital o de la vida media. *Natura naturans, natura naturata. Vis medicatrix naturæ.* Por ser espontaneidad, originalidad, novedad: estreno, improvisación, surtidor —notas, tono o modo o, al revés caracterizando probabilidad y sus grados por lo que tenga de novedad, originalidad, espontaneidad una realidad—, la vida misma o el viviente que es la vida concreta, real, realizable y realizada constituye y distribuye sus calidades y cantidades en los tres sectores: mayoría de mediocres, de medianos, y dos minorías; y lo hace o rehace, probabilísticamente, no necesariamente, pues la necesidad eliminaría de raíz espontaneidad, originalidad, novedad, es decir: mataría la vida y al viviente, a cada uno de los vivientes y todos los vivientes de un orden —vgr., hombres, en cuanto altura, peso, color... IQ, salud, vida media.

Y hace o es, todo ello «endogéneamente», es decir: por factores y

causas internas —no a empujones, choques, mv, $1/2\ mv^2$, $F = m \cdot a$, etc., de lo meramente físico: natural (φύσις).

La vida, pues, por ser y para ser vida de un viviente o de muchos: de cada uno de los 1.000, 1.000.000... de 5.000.000.000... hace realmente probable no sólo mayoría de medianos sino una minoría de «monstruos» —fisiológica, anatómicamente, genéticamente (genes, aminoácidos, ácidos nucleicos)— más o menos espectaculares e inviables; y otra minoría de «prodigios» —longevos, altos, inteligentes naturalmente con racionalidad innata en cuanto a diferencias específicas del género «animal», fisiológica, anatómicamente definido cual en el caso del hombre por vertebrado, mamífero, primate... Que haya, pues, monstruos y prodigios es secuela o manifestación del tono o modo probabilístico de un ser viviente (hombre). No son, pues, falsas, sino cuando más escandalosas para infantes, las frases «monstruos naturales», «prodigios naturales» o naturalmente monstruosos, naturalmente prodigios. *Pues bien*: por intervenciones, intromisiones o irrupción de causas *externas* pueden producirse monstruosidades innaturales, prodigios innaturales en todo: salud, vida media, IQ, altura...; o esterilidades, locuras, gigantismo, enanismo... Nada de ello es previsible o precalculable por cálculo de probabilidades. Llamémoslo pues, abreviadamente: casos *supernaturales*.

Si de hecho se dan, no sólo resaltan éstos frente a sus «homónimos» naturales: monstruos exógenos frente a endógenos, prodigios exógenos frente a endógenos, sino que, además, no son connaturalizables; no son heredables o incardinables a los genes (si tienen), a la partitura genética natural, normal o monótona.

Con estos preliminares la cuestión que, en definitiva nos interesa, habrá adquirido —así lo espera el Autor— contenido bien definido y expuesto a reprobación (refutación) o a aprobación (demostración positiva y concreta) —no vaga o comodines. A saber: la irrupción escandalosa, presencia resaltante, eficiencia descomunal de monstruosidades y prodigiosidades, es decir: supernaturalidades, ¿puede servir para que Alguien (un Quién) demuestre algo a alguien (a un quién); exgr. Dios, a hombre? ¿Les revele así que existe y que es tal o cual?

Dividamos la respuesta —pretendidamente tal— en dos partes. *Primera*: ¿hay monstruosidades y prodigiosidades atribuidas a dios o a Dios? *Segunda*: si las hay, ¿demuestran algo y demuestran lo que se intentaba demostrar?

Primera: factual.

(1)

Monstruosidades. Prodigiosidades

(1.1) *Monstruosidades.* Dejemos, por de pronto, de lado la monstruosidad de monstruosidades —monstruosidad ontogenética y ontológica— que es la Creación a golpes de palabras imperativas tal cual se *la habla* en el capítulo I del *Génesis.* Será tema detenida y severamente tratado en la Cuarta parte.

Quedan también, por de pronto, fuera de discusión las «monstruosidades» morales y mentales (contra IQ natural).

Nos limitamos ahora a las monstruosidades contra la vida natural (genética, anatómica, fisiológica humanas).

(1.11) En el capítulo primero del *Génesis* (vrs. 27), Elohim *creó* a *el Hombre* (Adam: al Tierra, *adamah,* por excelencia) macho y hembra, a los dos a semejanza y similor de Él: de Elohim, el Dioses; el macho, a semejanza de Él; la hembra, a similor de Él. Así que macho y hembra, los dos, Hombre (Adam) —casi iguales en cuanto a semejanza con Dios.

Mas en el capítulo segundo —prescindamos de sutilezas bíblicas (sin importancia para el presente tema)— Jehová-Elohim: Jehová el Dioses, *remodeló* a Adam (a El Tierra: *Adamah*) en *varón* (*ish*); y para que no se sintiera solitario ante todos los animales, machos y hembras terrestres y ante todos los volátiles del cielo —que, llevados por Jehová mismo a presencia de Adam, desfilaron ante él, y a los que les puso nombre— lo adormeció y, dormido, le sacó una de sus costillas; la rellenó de carne y con ella *construyó varona* (*ischa*), y la llevó ante Adam. Y dijo Adam: hueso es ya de mis huesos y carne de mi carne. Se llamará *varona* porque de *varón* se la sacó (vrs. 21-23).

A la monstruosidad ontogenética y ontológica de *crear* hombre (Adam) macho-hembra para ser semejanza y similor de El Dioses se la sustituyó por la monstruosidad genética de hacer de barro (que es tierra) de la tierra *varón* al que ya era Tierra (Adam, *Adamah*). Remodelar a Adam en varón, que no lo era por sólo ser de Tierra. Finalidad que en ello se proponía Jehová-Elohim: «que varón-hembra se hicieran compañía: la de varón con varona, los dos en una carne, por machihembramiento» (*ibíd.*). Adam careció de todos los aportes —desde átomos, células, órganos...— que hubiera tenido, vivido y sido en caso de haber procedido por evolución del universo, cual ápice de él. En rigor, no tuvo realmente ni género próximo (animal: vertebrado, mamífero,

primate) ni remoto, fuera del remotísimo de cuerpo inanimado (tierra + agua = barro). Su diferencia específica «racional» no lo fue de animal. Así que no podría ser padre de hombres, como lo somos nosotros a quienes consta nuestra procedencia y evolución desde órganos, células, genes, ácidos nucleónicos, aminoácidos... hasta salir del vientre de nuestras madres. De todo esto tenían que carecer Caín y Abel y demás hijos, nietos... de tal Adam y de tal Eva. A no ser que, por otra monstruosidad, Jehová-Elohim los produjera provistos de tales genes... Los tendrían, mas no cual de sus padres.

Además: Adam (varón) y Eva (varona) tenían que carecer de la experiencia vital, insustituible —no adquisible por tercerías: teorías, conceptos— de lo que es ser varón, sin haber sido niño, joven; y sin poder haberlo sido. Hay que haber, haberlo sido, moviéndose y vivido de niño y de joven para saberlo con saber de realidad y con experiencia transformada y pasada a memoria orgánica, a instinto. Nada tiene, pues, de sorprendente lo que resultó ser el primer hijo: Caín.

Ni éste pudo saber ni lo que es morir ni lo que es matar. A no ser que para suplir todo ello se movilice de comodín a Elohim. Y se crea que con ciencia infusa se remedia la falta de lo que se adquiere por experiencia. Creencia u opinión monstruosidad onto*lógica*.

Entre *crear* al hombre (Adam) y *modelarlo* de tierra (*Adamah*) y *remodelarlo* en varón (*isch*) hay una total discontinuidad óntica y ontológica.

Apliquemos una vez la regla de Bayes.

Jehová-Elohim disponía, al menos, de cuatro procedimientos para hacer hombre: *creación* (de nada: hacerlo a golpes todo él); *hacerlo* (modelarlo) *de tierra* (preexistente); dejar que procediera por *generación* natural, gradual, desde preexistentes Cielo, Tierra, Firmamento... animales (ya creados); dejar que surgiera por la ley de *probabilidad intrínseca* e inscrita en la base misma, constante, del universo. Surgimiento por *salto* de normal a excepción instantánea.

Cada uno de estos procedimientos —los cuatro con igual resultado final: «hombre»— tiene su grado de probabilidad que depende de lo que le dé la gana a Jehová; o de lo que prefiera según una finalidad que él se dé a sí mismo sin que nadie ni nada pueda imponérsela. Hacer su gana soberana.

Aquí las finalidades son (1) que haya hombre semejante a Él; (2) que haya hombre varón y hembra. Las dos finalidades son de suyo independientes. Elohim pudo haberse contentado con hacer realidades «semejantes» a Él sin que tuvieran que haberse entre sí como varón y

hembra. Éstos son una reduplicación y complicación mutua; y lo son para Él como se vio por la historia. El hombre es, pues, cual moneda de dos caras: hacia Dios (por modelo a que asemejarse e imitar) y hacia su pareja. A cada paso de su vida, a cada acto, sale una de las dos caras: la divina o la conyugal. Puede estar más cargada la una que la otra; mas las dos, ambas, están unidas por la unidad real de hombre. E imperdibles ambas.

Que Jehová-Elohim en cuanto creador, puesto a ser creador, haya producido al hombre, o sea la causa propísima y única de él; le haya dado la divina gana de ser creador y no la de ser moldeador; y que tal gana coincida con que al hombre le dé la gana de portarse como semejante al Dios creador, es coincidencia de dos probabilidades independientes. Así que tal coincidencia es menor que el producto de las dos —aquí, $1/4 \cdot 1/2 = 1/8$; según lo que da de mayor exactitud la ley de Bayes.

Jehová no puede estar seguro —infalible— respecto de que, realmente, haya conseguido la finalidad de hacer que el hombre sea semajanza suya. Y, a su vez, a la una, el hombre no puede estar seguro —demostrar— que haya tenido como Creador a Jehová, en cuanto modelo. Ser semejanza de Dios será bienaventurada casualidad, no mérito o merecido premio, mas bien avenida para algunos; haberle resultado a Dios el que haya semejantes a él, tener imágenes suyas, verse y vivirse así en otro de original manera, será para Dios sorpresa; no efecto matemático lógicamente calculable y demostrable. Suerte divina de la que no podrá gloriarse. Gloriarse en su imagen.

Si a Jehová le da la divina gana de ponerse a ser moldeador, Alfarero, el Gran Alfarero que de barro puede hacer todo —plantas, animales, hombres (*ibíd.*), hazaña que nadie más que Él puede hacer—, el que le resulte hombre varón y hembra varona será coincidencia de probabilidades: no coincidencia de seguridades. Por ambas partes.

La «monstruosidad genética» de Adam y Eva no demuestra nada de lo propuesto por ninguno de los intervinientes. Ni que para el hombre haya Dios que sea creador —o alfarero—; ni que haya, para Dios, hombre que sienta ser efecto suyo.

Monstruosidad por fracaso de teleologismo, demostrable.

Otros casos de monstruosidades bióticas (*contra naturam*): (1.12) plagas de Egipto contra hombres bióticamente indefensos, sin anticuerpos, sin genes protectores. (1.13) Jehová-Elohim «cerraba úteros», «abría úteros», en castigo o en premio —úteros de hembra humana o de ganado. (1.14) Egipcios ahogados, sin defensa, por reversión

a nivel natural de las aguas del mar Rojo. (1.15) Miedo o pánico colectivo inducidos a ejércitos (declarados) enemigos, o de incircuncisos, por Jehová-Elohim puesto a demostrar que es «el Señor Dios de los Ejércitos», en favor de su pueblo elegido: el hebreo. (1.16) Imposición de la circuncisión, como marca carnal, en carne de la carne, de la perteneciente al pueblo elegido. Obligatoria so pena de muerte, y sensible realmente brutal.

Mas aun así no quedaba demostrado que Jehová-Elohim fuera la causa única posible y real de que todos esos sucesos fueran efectos suyos, y de nadie más; y, al revés, o por la otra cara, que los pacientes de ellos se convencieran de que, realmente, lo que ellos padecían era efecto de Jehová-Elohim, propia y únicamente.

Era probable —con grado de probabilidad calculable por la ley de Bayes o del cálculo de probabilidades— que ni Jehová hubiera conseguido lo que intentaba demostrar de sí a egipcios y hebreos ni que hebreos y egipcios se convencieran de que había sido Jehová el causante, único posible de tales sucesos. Tal concluyeron el Faraón y los egipcios.

Que tal monstruosidad sólo puede hacerla Dios y que, al revés, tales sucesos remiten a Dios, es solamente probable. Así que no demuestran nada ni muestran nada.

De consiguiente: *creer* que Dios lo hizo y que con ello consiguió lo que quería y se había propuesto *es* mérito —creerlo precisamente *a pesar de* ser monstruosidades bióticas y biogenéticas—; mas *no creer* que haya Dios que sea capaz y con derecho de hacerlas y de proponerse con ellas una finalidad, *no es* demérito —precisamente por ser monstruosidades.

(1.2) Consideremos ahora la parte complementaria: los prodigios o *prodigiosidades.* (1.21) Abre Jehová-Elohim el aviejado útero de la vieja Sara, y concibe a Isaac: el primero de quien consta se tanteó con Dios, realidad a Realidad, quien supo de primera mano que había hombre que era realmente hombre.

Los dos hicieron experiencia, uno de otro, de sus respectivas realidades.

(1.22) Sin los genes de David —que quien los poseía era José y no se los transmitió— María concibe un hijo, hijo de David y que había de ser genética y genealógicamente «Jesús»: «Enmanuel»: Dios con nosotros, por salvar a su pueblo de lo que por sus pecados merecía, y «Enmanuel» por ser dios-con-nosotros, tal es el significado de «Enmanuel» (*Ev.*, Mateo, I, 21-24).

De él se tratará largamente en la Parte siguiente cual de caso probable —¿real?— de Dios-hombre o de hombre-dios.

Por lo pronto es un prodigio biogenético.

(1.23) Y si hubiesen sido reales, fueran prodigios biogenéticamente por falta de genes apropiados, las concepciones de Zoroastro, Empédocles y la de Apolonio de Tiana. Los tres, varones excelsos por su doctrina, y bienhechores y milagrosos durante su vida o peregrinación por el mundo.

(1.24) Prodigios biogenéticos fueran los héroes griegos —hijos o hijas de dios o diosa y de varón o mujer mortales. Celebrados en épica o dramas admirados por sus hazañas, creídas sinceramente por sus contemporáneos y por generaciones de generaciones.

En todos estos casos —tomados al menos cual modelo de lo que debería ser prodigio biogenético, y exceptuando el de Isaac— los demás prodigios quedan infecundos. Sin descendencia que conste en los casos (1.23) de biogenética normal. ¿Infecundidad por híbridos, por defecto de genes o por incompatibilidad del gene adventicio con los normales?

Apliquemos a estos casos «ejemplares» de prodigios biogenéticos la regla de Bayes, reforzada por o implicada en el criterio aristotélico: «A Alguien le es posible algo, si al advenirle tal algo como acto suyo, no le produce impotencia alguna». Negación de actos que pasmen, colmen, agoten una potencia: encandilamientos, embobamientos, éxtasis, inmutabilidades... El sentado, aun estando sentado y siendo tal acto suyo y bien propio de hombre, está en potencia real de levantarse; y el levantado... según el estado de salud, la potencia de levantarse un sentado puede ser de probabilidad 1/2; y, por ello, la de volverse a sentar, otra 1/2 —para equilibrio de salud muscular—; mas pudiera ser 1/4, para levantarse un sentado enfermo; y 3/4 para quedarse sentado. O bien: 5/6 para sentarse un levantado cansado, y por tanto 1/6 para quedarse de pie, etc.

Interpretación probabilística del principio y criterio aristotélico. Mas a partir de Pascal, y mejor aún a partir de Maxwell-Boltzmann, Fermi-Dirac, Bose-Einstein, por más determinada y estadísticamente comprobable y comprobada es la actuación del cálculo de probabilidades, intrínseco e inscrito en la base del universo del que todo lo internado en él es parte.

El principio aristotélico excluye del universo —y excluía del terrestre— a los astros cuyos actos agotaban, extasiaban, colmaban la potencia de moverse, alterarse... tan perfecta y definitivamente que

eran inmortales, inmutables: de otro mundo: del celestial. La probabilidad de cambios de órbita o de velocidad en ella... de sol, luna es cero. El cambio de lugar dentro de la órbita no es cambio, pues cada posición impone la siguiente sin poderse evadir ninguno de la órbita propia. Así les pasa ya en la circunferencia a los puntos.

Pues bien: el principio aristotélico junto con la regla de Bayes o teorema del cálculo de probabilidades dice que cada causa no queda pasmada, exhausta con una sola causalidad —la que esté ejercitando—, sino que, aun durante tal episodio, le queda potencia para otros casos y modos de causalidad; y cada modo tiene su propia probabilidad dentro del total de todos los que integran su ámbito; y que, a su vez, un efecto no es tan efecto que toda su realidad se agote en serlo o haya de agotarse en serlo; le queda, aun estando siendo causado y aun causado ya, potencia para serse de otras maneras; ser efecto de otras causas o serlo de otra manera de la que está siendo. Posee, pues, su propia probabilidad. La coincidencia entre realidad que se pone a ser causa —sin agotarse su potencia de ser— de un efecto, y la de que otra realidad se cambie a ser efecto, es coincidencia de dos probabilidades; luego es producto, siempre dentro del conjunto de probabilidades no agotadas ni agotables, so pena de pasmo, de exhaustión, e inmutabilidad de los llamados causa-efecto, que ya no podrán dejar de ser necesariamente, eternamente, esta causa y este efecto.

Mundo de pasmados, exhaustos, inmutables.

Ahora bien: las excepciones endógenas incluyen las dos minorías que toda ley biogenética y biótica —Mendel, De Vries, recordémoslos— imponen; no son ni pueden ser anuladas por las excepciones exógenas: monstruosidades y prodigiosidades. De modo que —prescindiendo de la intervención de otras causas, cual las estadísticas constantes y necesarias del fondo del universo— la causa exógena no puede ser única o anular las endógenas, a no ser que aniquile el universo. Lo cual demuestra la impotencia normal de coexistencia con él. Y un efecto no puede ser nunca efecto íntegramente de una sola causa, so pena de estar ya pasmado o haberlo de estar. Pasmo entre y ante pasmado. Inmutable ante inmutable. O sea: lo de causa-efecto es un sinsentido. El que Isaac sea efecto de la intervención exógena de Jehová que «abre el útero de Sara» o que «Jesús sea hijo partenogenético de María» y que, en el primer caso —monstruosidad genética— Jehová «jure por sí mismo» que bendecirá y multiplicará la descendencia de Abraham tanto cuantas estrellas hay en el cielo y arenas en la orilla de los mares; que poseerá su descendencia las puertas de sus enemigos, «que

bendeciré en su semen a todas las gentes de la tierra, porque obedeciste mi voz» (*Génesis*, XXII, 16-18); y que Jesús «sería salvador de su pueblo y dios-con-nosotros», son finalidades que Jehová se propuso e intentó realizar a pesar o pujando sobre la minoría de excepciones por más y mejor; reforzando excepciones con prodigios. Pero no pudo conseguir, sino con una cierta probabilidad, su intento o cumplir su promesa. Es solamente probable y cuando más, más probable que la probabilidad de otras causas el que, concomitantes y no eliminables, Isaac será hijo de prodigio biogenético y gran patriarca y que Jesús será hijo de David, salvador y dios-con-nosotros. Dios no pudo, ni puede, por tal procedimiento demostrar nada.

Una vez más: *creerlo* será mérito, pues se cree *a pesar de* no poder demostrarse; y *no creer* no será demérito, pues no se cree *precisamente por* no poder demostrarse lo que se pretendía demostrar, y eso que pusieron en marcha procedimientos reales, tenidos por suficientes en potencia.

(2)

Barbaridades. Ejemplaridades

(2.1) *Monstruosidades morales.* Llamémoslas, para evitar toda confusión, «barbaridades»; y a prodigios morales, «ejemplaridades».

El esquema anterior continúa de director e ilustrativo.

(2.11) Barbaridades con las cuales Jehová —u otro dios— pretendió mostrar ser «Señor Dios de lo moral». Y «barbaridades» que sólo Él podía hacer y que, por consiguiente, de hallarlas hechas podían solamente haberlo sido por Él.

Es típicamente propio de Sátrapa, Déspota, Rey de Reyes, Tirano oriental, semita, resentirse infinitamente por ofensas hechas por sus esclavos, siervos; mas no admitir méritos de ellos con valor infinito. Poder ofenderlos uno infinitamente; mas no poder uno desagraviarlos. Poder pecar con gravedad infinita; mas no poder hacer méritos con valor infinito. Posición moral desequilibrada en contra de los súbditos y en favor del Sátrapa. Hipersensibilidad de todo Sátrapa. Mentalidad maniquea: predominio del mal sobre el bien. *Secuela*: merecibles castigos y penas infinitas; mas precisamente finitos, los méritos. Infinitos premios, si al Sátrapa, por desmesurada y no merecible generosidad, le da la gana de darles tal desmesurado valor. El Déspota, Sátrapa, Señor absoluto determina por sí y ante sí qué le ha de ofender y en qué

grado; qué ha de hacer de mérito y en qué grado. Qué, castigo, y en qué grado; qué, premio, y en qué grado.

Una falta (defecto) moral —finito, humano— asciende por salto cuantitativo y cualitativo a «ofensa», cuando y si el Señor absoluto la toma y declara «ofensa» y «atentado» contra su dignidad, tal cual él la entiende y siente. Él es quien transforma falta —que es minucia moral, finita— en ofensa y atentado que son monstruosidades. Que una falta —vgr., desobediencia, de aún inexperimentados— no quede reducida a una persona, sino que se extienda a hijos, nietos, biznietos o todos los descendientes —así dure el mundo 100, 1.000, 1.000.000... 10^{12} años— es decisión del Señor absoluto. Jehová determinó perseguir —vigilante celador— las faltas de padres nada más hasta la tercera o cuarta generación.

Por resabios de tal despotismo —desmesuradamente entendido y sentido— el llamado «pecado original» se extenderá de uno a todos los hombres, así dure el mundo y las generaciones eternamente. Despotismo de un dios «enracionalizado» según filosofía griega, mal entendida; pero bien aprovechada, definida por talante de Déspota —mal ejemplo de Emperadores del siglo primero de nuestra era.

Robo a egipcios por hebreos. Es falta moral, de moral social. Mas que un déspota determine tal ley moral aduciendo por razón «todo es mío» (*Éxodo*, XIII, 2, XIX, 5; *Levítico*, XXV, 23) no es «derogación» ni «abrogación», sino barbaridad que afecta al caso y a la ley. Doble asesinato de la ley moral. Y de cualquiera ley por quien se ponga a ser lo que le dé la gana de ser: Señor absoluto, Señor Dios.

Un señor absoluto, Señor Dios, puede, si le da la divina gana, elegir entre todos los pueblos de la tierra uno como «suyo»: ser el Señor de los hebreos y sólo de ellos. Declararse Él dios de ellos y declararse ellos pueblo de El Dios por Pacto. Procedimiento jurídico-moral aceptablemente decoroso. Mas que tal Pacto quede sellado en el prepucio de ellos, de cada uno de ellos, por circuncisión, es barbaridad jurídico-moral-anatómica-fisiológica que se agravará porque no se trocará su omisión en pecado, sino que deberá repetirse quirúrgicamente en cada descendiente. Barbaridad de Señor absoluto.

(2.12) «Dijo el Señor a Oseas: "Ve y toma por mujer a una prostituta y hazte hijos de la prostituta, porque la tierra, por prostituirse, será prostituida por el Señor".» Y el Señor obliga al profeta, a su profeta, a Oseas, elegido por Él para profeta suyo, no sólo a lo transcrito, sino a imponer los nombres que habrán de llevar sus hijas, todos ellos de oprobio. Injuria, agravada de insulto.

Los diez mandamientos (*Éxodo*, XX, 11-17; *Deuteronomio*, V, 6-21) expresan la moralidad media, mediocre, que es no sólo la que debe ser nivel de sociedad decorosa, sino la que, de hecho, suele tener vigencia mayoritaria, apenas el número de hombres en sociedad llega a unos centenares de miles. Y verosímilmente la tenía ya entre semitas y demás pueblos contemporáneos. En mayoría de casos individuales, y en mayoría de pueblos —asirios, babilonios, egipcios; Código de Hammurabi...

Las faltas de varias clases contra el Decálogo están sancionadas, muchas de ellas con castigos desorbitados, barbaridades (cfr. *Levítico*, XX, 1-2).

No hay hombre naturalmente honrado a quien acudan semejantes barbaridades; y, si le acuden, pueda tener poder efectivo para realizarlas y dé por razón suficiente de hacerlo la de que es El Señor.

Imponer el carácter (indeleble) de «revelado» a lo que es naturalmente cognoscible, conocido de hecho por pueblos y practicado en la mayoría de los casos por individuos; superponer el sello (imborrable) de mandato divino a lo que es simple obligación natural, es barbaridad que sólo pueda permitírsela y se la permitió un Dios de tipo, o estado, de Señor Dios que se propone y pone a mostrar así que es «Dios, el Señor».

Que no lo consiguió a las malas consta documentalmente en la Biblia. Pero la razón y la causa de tal fracaso la da la ley —el principio aristotélico— de Bayes y en el fondo de éstos la constitución estadístico-probabilística del universo y, por tanto, la de sus internos: hombres; y de Dios que, para tratarse realmente con ellos, tiene que comprometerse realmente por causalidad eficiente en el mismo universo.

Dada cual hecho (*factum*) una barbaridad —vgr. la cometida con Oseas— Jehová, que puede serse de muchas maneras: Creador, Señor de los ejércitos, Dios de los hebreos, Legislador y Promulgador moral —cada una con su grado de probabilidad, es decir de gana divina—, se decide por serse «celoso» ante el hecho de que *su* pueblo se ha prostituido adorando otros dioses y no a *su* dios que es Él, y para dárselo a entender elige a *su* profeta —Oseas— mandándole tomar por mujer a una prostituta y hacerse hijos de ella. Y por no arrepentirse su pueblo de ello, lo prostituirá Él haciéndolo esclavo de otros pueblos. Castigo de prostitución con prostitución, a costa de Oseas, el oráculo suyo.

Ni Dios ni Oseas pueden quedar pasmados, presos definitivamente en esa coincidencia o correlación: Celoso (Dios) y Oseas oráculo de tal Dios celoso. Aun estando celoso (en acto) le queda a Dios la potencia

real de ser Padre, Señor de ejércitos, Creador, milagrero o la de arrepentirse, como en el caso de Jonás, profeta también y oráculo suyo. Y aun estando Oseas haciendo de oráculo de Él le queda a Oseas potencia real para ser libre: esposo normal, guerrero o profeta de otras voluntades divinas. Tal coincidencia no es cual choque de dos mecanismos. Oseas de marioneta de Dios, pasmado, sin evasión posible, de ser celoso vengador. Esa coincidencia entre realidades, dotadas cada una con su grado de probabilidad —más y mejores respecto de Dios que puede ser lo que quiera serse, sin la restricción de ser algo esencialmente o de tener esencia; menor y menos estirable la de Oseas, restringidos sus posibles cambios por tener esencia— da por resultado solamente probable, el que Dios en trance de celoso sea, precisamente, la causa de que Oseas obedezca el mandato de «celoso» haciendo de oráculo de El Celoso; y es solamente probable el que crea Oseas que *Dios es celoso* por el comportamiento de su pueblo a quien manda lo antinatural —injuria e insulto a la moral privada de Oseas y a la publicada por Dios mismo, no en trance de celoso sino de Legislador.

Deficiencias morales, respecto de la moralidad mediocre de la mayoría pueden hacerlas o cometerlas unos pocos y pocas veces; mas «barbaridades» sólo puede hacerlas un Dios «Señor absoluto». La frase «barbaridades divinas» es, según la terminología adoptada, un pleonasmo. Y precisamente por ser «barbaridades» pueden servir para demostrar algo de Dios, o Dios mostrar por ellas algo suyo. Tal es la pretensión de «barbaridad». *Creer* —creánlo Oseas, Moisés, los hebreos, por un rato, años, época— que Dios es «Señor de la moral» será *mérito*, precisamente porque se cree en ello *a pesar de* lo que ostentosamente ofrece de «barbaridad» —vista, oída, sentida y padecida por hombres y pueblos.

Pero *no creer* que Dios sea Señor de la moral o que haya algo así como (un) Dios que sea Señor de la moral, mostrándolo con tal talante y medios, no será demérito, porque, precisamente, no se cree por *razón de* ser barbaridad —vista, oída, sentida y padecida. Y no contada como pesadilla o cuento de una mala noche de *Las mil y una noches*.

(2.2) Por contraste consideremos unos casos —históricamente reales o no, al menos que sirvan de esquema o fórmula de criterio— de «ejemplaridades». Es decir: de excepciones morales tan superlativas que sólo un Dios Señor de la moral puede exhibirlas para mostrar que es Dios y que es Señor. E inversamente: que quien presencia o siente tales excepciones superlativas ha de atribuirlas a un Señor Dios de la moral, cual a causa única y propia.

Las simplemente excepciones morales constituyen, llenan ese sector minoritario que toda ley o regla de carácter estadístico-probabilístico delimita; y tal sector resalta respecto de la mediocridad de la mayoría preponderante de individuos, de actos suyos hechos por hábito, costumbre, rutina, que son los modos de ser mediocres moralmente. Así son hombres excepcionales por algunos de sus actos —que son ejemplos simplemente humanos para hombres— Adam, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés.

Unos casos de ejemplaridades:

(2.21)

> Viendo Dios que era muy grande la malicia del hombre en la tierra y que todos los pensamientos de su razón estaban encaminados siempre al mal, se arrepintió de haber creado hombre en la tierra. Y atacado intrínsecamente de dolor de corazón, dijo: «Borraré de la faz de la tierra al hombre que creé; desde hombre hasta animales, desde reptiles hasta volátiles, los borraré, pues me arrepiento de haberlos creado».
>
> (*Génesis*, VI, 5-7.)

Sinceridad, *sin reservas*, de la confesión de El Creador —el único habido y por haber— y arrepentimiento *sin excusas* —cordial, intrínseco, sentido y no palabrero— de El Creador de todo viviente ante lo que le resultó su creación —suya, no de otro alguno—, sobre todo la creación del hombre a semejanza de Él. Creaturas, según declaración suya, todo hecho en un día «muy bueno» (*Génesis*, I, 31). Y en especial era muy bueno y perfecto el hombre por haberlo hecho a semejanza de Él. Pero descubre sorprendido que, al cabo de pocas generaciones, el hombre se había hecho, él a sí mismo, grandemente malo e imperfecto. Se arrepiente la causa de lo que le resultó el efecto —el mejor de sus efectos. Irreformable; no cabe sino borrarlo, a él sobre todo, e incidentalmente a todos los demás vivientes —muy buenos, perfectos aun. ¿Qué Déspota, Sátrapa, Tirano, Rey de Reyes, Emperador, Rey... artesano, artista sería capaz de tamaña sinceridad y de tan cordial arrepentimiento, si sus creaturas —artísticas, artesanales, sociales, religiosas, guerreras, mentales, dadas por ellos por muy buenas y perfectas y reconocidas así un tiempo por sus súbditos: esclavos, siervos, vasallos... clientes, como buenas y perfectas— les resultaran al cabo de no muchas generaciones, al cabo de una época, malas y muy malas, irremediablemente malas? En lo que sí imitan y han imitado al Creador fuera, y ha sido, en borrar de la faz de la tierra a súbditos: esclavos,

siervos... clientes que no reconocen en tales obras de ellos lo de perfectas y muy buenas. Y reconociéndolo con el reconocimiento real de uso, no las usaron; y por perfectas, ni tratan ni les acude inventar mejores. Y complementariamente: borrar de la faz de la tierra, de su tierra, a enemigos y extranjeros; y consecuentemente abandonar monumentos, leyes, ritos, obras de arte y enseres de artesanía e instrumentos de ciencia y técnica al olvido, al polvo, a la inclemencia e indiferencia de tempestades y tiempos. Sin nadie que los aprecie, ¿para qué hacer museos, bibliotecas, panteones?

A no ser que, por suerte parecida a la del Creador de cielos y tierra y de todos los vivientes, hallaren Noés que «caigan en gracia a los ojos de Dios»; y tales Noés y sus familias y parejas de animales (limpios) repueblen sus reinos, imperios, talleres y experiencias con cortesanos, adulones, fieles, admiradores y propagandistas.

No lo consiguió Jehová, ni durante los trescientos cincuenta años que posteriormente al diluvio vivió Noé.

Ejemplaridad inasequible, transcendente, del Creador de cielos y tierra. Ejemplaridad de sinceridad, arrepentimiento y aceptación del fracaso y «promesa pactada y sellada con Arco Iris de no enviar nunca más diluvio que borrara toda carne viviente» (*Génesis*, X, 15-16).

(2.22)

> [Jacob] se quedó solo. Y he aquí que Varón luchaba con él hasta la mañana; quien viendo que no podía vencerle, tocóle el nervio de su fémur, que inmediatamente se le marchitó. Y díjole Varón: «Suéltame que ya se levanta la aurora».
>
> Respondió Jacob: «No te soltaré si no me bendijeres».
>
> A lo cual dijo: «¿Cuál es tu nombre?».
>
> Respondió: «Jacob».
>
> Mas Él replicó: «En modo alguno. "Jacob" no será el nombre con que se te llame; sino "Israel", porque si contra Dios fuiste fuerte ¿cuánto más prevalecerás contra hombres?».
>
> Preguntóle Jacob: «Dime ¿con qué nombre se te llama?».
>
> Respondió: «¿Por qué quieres investigar mi nombre?».
>
> Y lo bendijo allí mismo.
>
> Y Jacob dio por nombre a aquel lugar el de «Fanuel», diciendo: «Vi a Dios cara a cara y salió salva mi alma». Levantóse inmediatamente el sol, apenas se fue de Fanuel. Mas cojeaba de un pie. A causa de esto los hijos de Israel no comen hasta el día de hoy, del nervio que se marchitó en el fémur de Jacob, porque Dios tocó el nervio de su fémur, y se pasmó.
>
> (*Génesis*, XXXII, 24-32.)

Caso ejemplarísimo de comportamiento de Elohim: de El Dioses. Para que Jacob, simple hombre, pueda luchar con El Dioses toda una noche, Elohim le oculta que es Dios con quien lucha. Y le descubre nada más que es un Varón —así varón contra Varón. Dios oculta su divinidad y su omnipotencia. Que, de aparecer su divinidad cara a cara, muérese el alma; y de volcar de golpe y porrazo la omnipotencia —que tal es su manera propia de obrar— muérese el cuerpo del hombre, no en menos de una noche, sino en menos de un instante. A las buenas, a las leales, ve Dios, que, degraduándose Él a Varón, no puede vencer a varón. Tampoco puede dejarse vencer —dejar de ser Dios y omnipotente. Graduando toque en nervio no vital, secundario; y efecto, cojera; y por ella suspensión de lucha. No se descubre aún Dios, el omnipotente; ni la cojera indica vencimiento. Jacob varón no ha soltado al Varón. Por ello Varón le dice: «Suéltame que ya se levanta la aurora». Y entáblase un diálogo admirable y admirando —no admirado ni imitado— sin realmente vencedores y sin realmente vencidos. El que suelta —sin dárselas de vencedor— pide «bendición», cual compensación. El soltado, Dios, hácese el ignorante de que es Dios, y sin declararse vencido pregunta a su no pretendido vencedor cuál es su nombre. Y en lucha de deferencias, cámbiale el nombre: el de «Jacob» por el de «Israel»: «poder Dios». Y puja (Elohim) el significado del cambio dando por razón «si contra Dios fuiste fuerte, cuánto más prevalecerás contra hombres». «Israel», con su nuevo nombre, querría saber con qué nombre llamar (a Elohim). Deferencia a deferencia en trato mutuo. Elohim no lo descubre. Cállalo y bendice a Israel.

Nos hallamos ante un caso en que Dios cambió el nombre natural —filogenético y genealógico— de un hombre, si el hombre lucha con Él durante la noche de su vida mortal. Durante ella, Dios oculta su divinidad y su omnipotencia. Y dase sola a palpar en lucha a brazo partido. Hombre que lucha con Dios oculto toda la noche de su vida consigue que Dios le cambie de nombre: el de «Israel» (hebreo) por el «antiteo» (epíteto homérico) o por el castellano de *antidiós*, y además merece, y se le da, bendición —ha obrado y luchado bien. Nada de castigos; nada de los calificativos odiosos y denigrantes de «vencedor y vencido». Cambio de nombre, bendición; y *milagro*: haber visto a Dios cara a cara y no haber muerto el alma. Y si de tal visión, premio de haber luchado en firme, contra Dios oculto y ocultador de su omnipotencia, durante toda una vida, no se muere el alma, no se morirá de causa alguna. Es, y será, inmortal. Y no por argumentos o dogmas, por ganas o por deseos. *Caso de ejemplaridad*, transmoral, supranormal y supranatural.

Sin llegar ni poder llegar a tal grado de ejemplaridad, tanto mayor y mejor ejemplaridad será cuando lo den Déspotas, Sátrapas, Rey de Reyes, Rey, Emperador; y tanto más improbable el que lo den Dictadores, Caudillos, Duces, *Führers*... y los representantes, delegados y administradores de Dios, Rey, Dictador...

«Ejemplaridad»: tal comportamiento real, trato verbal, tal graduación de prepotencia y tal milagro final y sello, ¿son razón o causa necesaria y suficiente para mostrar a (un) hombre (varón), que Alguien (Varón) es dios, y demostrar dios que es «El Señor Dios de la moral»?

(2.23) Sea un tercer caso de ejemplaridad:

> Dijo Jehová a Moisés: «Hallaste gracia ante mí y te conocí a ti mismo por tu nombre».
>
> Dijo Moisés: «Muéstrame tu gloria».
>
> Respondió Jehová: «Yo te mostraré toda clase de bienes y delante de ti hablaré con mi nombre de "Jehová"; y me compadeceré de quien quiera y seré clemente con quien me plazca. Mas no podrás ver mi faz, pues hombre que me vea morirá».
>
> Y añadió: «Aquí, junto a mí, hay un lugar; tú te colocarás sobre la piedra. Y cuando pasare mi gloria te pondré en un hueco de ella y mi mano derecha te protegerá mientras pase. Levantaré mi mano y verás mi espalda, mas no podrás ver mi faz».
>
> (*Éxodo*, XXXIII, 17-23.)

Ver la gloria, el resplandor propio de la faz de Dios, es más peligroso de lo que es fatal para los ojos «ver la cara del sol: verlo cara a cara». Ver la faz del Sol —ahora diríamos ver el resplandor de bomba atómica.

«Tanto cuidado ponen los Celestes en no herirnos» —dijo Hölderlin, el poeta. Tanto cuidado puso Jehová en no herir de muerte con su gloria a Moisés, su favorito. La gloria le sale a la faz de Dios cuando y como lo quiera. El resplandor le sale a la faz del sol inevitablemente.

La majestad habría de salirles a la faz de los potentados con esa delicada y respetuosa gradación con que a la faz de Dios le salía su gloria. Que no resultare «rayo de tiniebla» lo que era Rayo de luz de quien creó la luz, antes que otra creatura alguna.

Creer en un dios de tales y tamaña sinceridad y delicadeza será mérito, precisamente por ser Dios «El Señor Dios de los Ejércitos», creador de cielos y tierra y de hombre; mas *no creer* en (tal) Dios no será demérito, precisamente porque tales actos —teofanías— proclaman la ignorancia de lo que es, por constitución, una creatura humana;

y, por ser gestos de favoritismo, sin razón suficiente en las creaturas que reciben tales gracias —«*gratis datae*», sea dicho con pleonasmo convencional.

Toda gracia no demuestra nada; ni se da *porqué*: por tales o cuales razones necesariamente suficientes; ni se da *para que* otro dé algo (al menos agradecimiento) —que esto sería otra clase de contrato (*facio ut des*)—; ni *para que* se intercambien actos (*facio ut facias*) —te hago sabio para que me edifiques templo; te pongo en Paraíso para que me lo cultives. Gracias y contratos no son demostraciones de nada de Alguien ante alguien. Por «gracias», no obligan a nada ni han obligado al dador; lo de «contrato» elimina la correlación dador-dádiva, recipiendario, agraciado, e implanta igualdad de dependencia y relación de justicia conmutativa.

Estudiemos otra clase de correlaciones «deficiente-normal-excelente» a fin de ver si hay —o ha habido, punto histórico que nos interesa ahora— monstruosidades mentales y prodigiosidades mentales tales que sólo Dios puede hacerlas y, por tanto, a la inversa: *hechas*, remiten como a causa única a (un) dios o a Dios a quien le ha dado la gana de manifestarse, hacerse patente, así.

Para disponer de terminología breve y significativa llamemos a monstruosidades mentales «Disparates»; a prodigiosidades mentales, «Sapienciales». Y definiremos: «Disparate» es un error explosivo que destroza todo un campo de conexiones científicas, técnicas, morales; por contraposición con los simplemente errores —de cálculo, de tiro, de pericia...— rectificables precisamente por los principios, axiomas, reglas intrínsecas, vigentes en tal campo.

(3)

Disparates. Sapienciales

(3.1) *Disparates*

(3.11) «*Initium Sapientiœ timor Domini*» (*Eclesiástico*, Jesús hijo de Sirac, 16). «*Plenitudo Sapientiœ est timere Dominum*» (*ibíd*., 20).

«*Radix Sapientiœ est timere Deum*» (*ibíd*., 25, Vulgata).

El temor de Dios (o a Dios) es el inicio, plenitud, y raíz de la sabiduría. Afirmaciones tanto más graves y significativas cuanto son de un libro aparecido (traducido del hebreo) durante el reinado de Ptolomeo Evergetes (246-221), así que en plena invasión y difusión de la cultura helenística. Circunstancia recordada en el prólogo por el prologuista mismo del libro.

«Por admiración los hombres, ahora y desde el comienzo (ἀρχῆ) principiaron (ἄρξαντο) a filo-sofar: amar (φιλεῖν) la sabiduría (σοφία).» Es clásica sentencia de Aristóteles en los *Metafísicos*, A, 982b, 11. «Principiar por admirarse ante lo más raro y corriente; después, progresando poco a poco, se desconcertaron ante cosas mayores como...» (*ibíd*., 14-15).

Temer a Dios. Temer poco o poquísimo a Dios es insulto. En caso de temer a Dios hay que temerlo infinitamente. Temer y temblar por nuestro cuerpo y por nuestra alma, por nuestro entendimiento y nuestra voluntad, por nuestra libertad —por nuestro ser. Si por algo de esto no tememos ni a Dios es señal de que lo somos independientemente de él, o sea: que él no es creador, omnipotente, Señor Dios nuestro. Temer a Dios es temer por nuestra sabiduría y temer por la que Dios nos haya dado o quiera darnos, pues lo que él da es siempre y tiene que ser siempre con «reserva de dominio». No puede pasar a ser posesión nuestra, peculio nuestro (οὐσία). Todo lo pretendidamente nuestro es, dicho en lenguaje actual, «cuenta corriente» puesta a nuestro nombre, mas con reserva real y absoluta de dominio de Él.

Así que temer a Dios no sólo es inicio, plenitud, raíz de sabiduría alguna, sino el comienzo, plenitud y raíz de ignorancia absoluta: de temer aun por el principio de identidad, de incontradicción, por todos los axiomas y definiciones. Temer a Dios es el sentimiento a tono de sentirse creatura: temblequera por nuestro ser, por estar siendo lo que no es nuestro. Y a la vez, en uno, es condición necesaria y suficiente para que Dios *se sienta ser* Creador. No le basta con serlo: ha de sentirse serlo. «Ser» no es lo máximo que podemos, o se pueda concebir; lo máximo es sentirse ser. Mas sentirse Dios ser Creador es a costa nuestra; a costa de todo ser; a costa no sólo de que seamos cada cual lo suyo, su esencia, sino de que sintamos ser creatura: sin esencia y sin existencia de cada uno.

El temor a Dios arruina, sin remedio, toda óntica, ontología, lógica, moral, ciencia, técnica, economía. Temor absoluto —temblequera absoluta de ser. Y si ya entre nosotros temor y miedo —llegados a grados, finitos siempre— anulan todo contrato, voto, promesas, compromisos, pacto, alianza, testamento... ¿qué no hará, qué no anularía el temor de Dios?

El principio agustiniano «*nemo invitus bene facit etiamsi bonum sit quod facit*» —«a la fuerza nadie obra bien, aunque sea bueno lo que hace»— se transforma en «por miedo, por temor, nadie obra bien, aun que sea bueno lo que hace». No hay dos clases de temor: «*juste incu-*

ssum, injuste incussum». Todo temor es injustamente metido. Es una vergüenza para quien lo mete, y lo es para el que lo padece. Temor —a Dios, a Sátrapa... a Rey, a superior cualquiera— es el principio, plenitud y raíz de indignidad. Igual en tremefaciente y tremefactos, a cada uno según su grado y jerarquía.

Y se agrava el Temor si se explicitan y hacen temerosas las penas o castigos por no temer obligatoriamente a Dios, Sátrapa, Rey; y si la pena —amenazada— fuera infinita en duración, intensidad... anularía *a fortiorissime* todo contrato, juramento, voto, obligación, alianza, conversión.

Y por supuesto el temor a Dios anula todo amor a Dios.

Nada tiene, pues, de extraño, sino de perfectamente corriente el que en el A.T. (*Éxodo*, XX) no se mandara el amor a Dios. No se puede mandar amar y menos aún castigar por no amar.

En el A.T. (*Éxodo*, XX, 1-17; *Deuteronomio*, V, 621) se enumeran castigos, desmesurados los más, en caso de no cumplir los Mandamientos.

No es, pues, error mental pequeño el de afirmar «el temor a Dios es el inicio, plenitud y raíz de sabiduría», sino Error mayúsculo: «Disparate» cometible sólo por Dios.

¿Sólo Dios puede cometer tal error mayúsculo: tal Disparate? *Creer* en tal Dios —en que Él lo haya dicho— es mérito; puede serlo ante Él, precisamente por creerlo *a pesar* de que es «Disparate»; mas *no creer* en Él —ni que exista ni que lo haya dicho— no es demérito, precisamente *porque* es disparate, tal y tánto.

(3.12) Disparate de hablar Dios en hebreo —o en lengua natural. Elohim o Jehová-Elohim se llamó a sí mismo «Dios de los Hebreos»; y, lo que es más significativo, se comportó como Dios de los Hebreos. Es, pues, una manera coherente de comportarse así el hablar en hebreo. No es, pues, un error —error mayúsculo o Disparate— el hablar en hebreo; sino lo es hablar en lenguaje natural. Es someterse a anatomía y fisiología: a vocales (bucales) y consonantes (bucales); a labiales, dentales, aspiradas..., formar palabras con ellas, con algunas de las combinaciones posibles; y con palabras construir sentencias y libros enteros, según sintaxis dictada ya por los elementos lingüísticos; anatómicos y fisiológicos.

«Dios es lo que él se quiere ser» o le dé la gana de ser. Y al elegir una entre las lenguas naturales *se encarnó* en ella; se *enlenguó* en ella. Podrá querer, o no, más adelante encarnarse en hombre entero: en su cuerpo y en su alma y, por tanto, en su lengua; y hablar entonces como hombre hebreo.

«Hebreo» fue lengua divina, no sólo en sentido de que Dios la empleara, cual instrumento de comunicación: algo así cual maniquí locuente, sino en el sentido de que Dios se *en*lenguó en ella; la hizo divina; tanto como, más adelante, se podrá decir que la lengua (carnal) y lo que con ella habló Jesús era divina y divino él.

El Disparate —o error mayúsculo y descomunal— se concentra en que tal lengua ha de ser tratada como lengua y lenguaje «divinos»: lo que pronuncia o articula bucalmente y lo que dice, piensa, quiere, siente (concepto de Dios) es *divino*; valoraciones, fines, deseos de Dios, sentimientos de Dios, *divinos*. No pueden ser divinos —de Dios— los sonidos solamente; sino han de serlo las lenguas que hablan de algo. Si no, las lenguas no fueran lenguajes, sino ruidos.

Cuerpo mecánico sin alma. Ondulaciones del aire que, impresas en disco —acéptese benévolamente la intrusión de lo actual— las repetiría mecánicamente una cinta u aparato, sin nadie, sin Quién, que las diga. No fuera palabra divina dicha por tales aparatos, cual la música de la *Missa solemnis* de Beethoven, impresa y emitida por un disco o cinta, no es misa «dicha» por Alguien o escuchada por algunos para los que valga como misa oída en iglesia y dicha por sacerdote.

Oída, escuchada por disco, no cuenta por misa oída de precepto, cual mérito ante Dios.

Al poner Moisés lo oído —dicho a él por Dios: léase en *Éxodo*, XXIV, 4 o impreso en tabletas— le cambió a Dios —a Elohim— el cuerpo «locuente». Por las tabletas ya no puede hablar Dios, como hablaba de amigo con amigo Jehová a Moisés, a no ser que le dé la gana divina de entablarse en ellas. El mandato de Elohim a Moisés: «pon por escrito las palabras con que pacté alianza contigo e Israel» (*Éx.*, XXXIV, 27), fue un mandato; no una encarnación o entablamiento de Dios, parecido a como quien manda que se tome en disco o en cinta una obra. Se obedece; por ello, sin duda, es mérito de obediencia; mas lo impreso en disco o cinta pasan a ser improntas, surcos, mecánico-magnéticos. Nadie lo dice a nadie. La relación entre quiénes desapareció. Los que relean o escuchen o a quienes se lean o escuchen las copias de copias de copias... de tales iniciales tabletas no pueden oírlas como dichas a ellos: locución de Quién a quién. Y menos aún: traducidas a otra lengua natural —griego, latín, castellano... sánscrito o ario... El disco no tiene divina presencia locuente.

Toda lengua natural padece de tal infortunio.

«Palabra y piedra suelta no tienen vuelta» —palabra natural impresa no vuelve a tener relación de quién con quién.

Una vez más: *creer* que lo que una vez dicho de viva voz y entre vivientes es lo dicho por tal Quién a quiénes es mérito —*a pesar de* que el cuerpo de lo dicho entre quiénes desapareció—; mas *no creer* que sea lo mismo: que sea aún divino, revelado por Dios a quiénes, no es demérito, precisamente *porque* «palabra y piedra suelta no tienen vuelta».

Dios mismo —Jehová-Elohim— produjo por un hecho —hablar en hebreo— una imposibilidad general. Reventó la posibilidad de que fueran divinas, lengua y lenguaje de dios, todas las copias y traducciones.

(3.13) *Disparate*: hablar y pensar con lógica imperativa. La lógica imperativa se rige por el axioma: «del dicho al hecho no hay trecho»; negación del refrán, válido para todos los demás dominios especulativos y prácticos: «del dicho al hecho hay gran trecho». Saber en qué dominio vale lógica imperativa, gran saber y sabiduría es, pues ahorra todo trabajo de investigación de causas, de montaje de aparatos, de aprendizaje por experiencia, tanteos, fracasos. Éxito garantizado e instantáneo. Ejemplo: las primeras palabras que Elohim pronunció: «Hágase Luz, y Luz quedó hecha», «hágase firmamento y firmamento quedó hecho».

Así se *crea* y eso es *crear*.

Todo milagro es efecto instantáneo y garantizado de palabras imperativas, de gestos imperativos —golpe de vara, y brote de manantial; «Sol, detente contra Gabaón», y el sol se detuvo un día entero; unas vueltas procesionales a las murallas de Jericó y se derrumbaron.

Causalidad personal: tales palabras, frases, gestos están vinculados con una persona; por contraposición con la causalidad física —impersonal, muda, manca, intermediada y lenta.

Mas la causalidad personal, imperativa, es un disparate con secuelas que destrozan toda conexión natural; imposibilitan la existencia y actuación de leyes, la formación de técnicas y de ciencia, la experiencia humana: el dominio del hombre sobre la naturaleza conseguido por él para él, aparte de justificar y estimular la pereza y el por-dios-erismo. Hombre pedigüeño y mendigo. «*Kyrie éleison*», «Señor, compadécete» es la fórmula que resuena a lo largo de todo el A.T. y constantemente en los Salmos.

Sólo a Sátrapa, Déspota, Rey de Reyes... puede halagar tal fórmula, y solamente a esclavos, siervos, vasallos, súbditos puede acudir y usarla resignada o gozosamente.

Elohim hubiera suavizado tal trato y evitado tales inconvenientes

revelando explícitamente derecho, medicina, arte militar, orientación geográfica, aprovechamiento de alimentos, de agua, ceremonial religioso, moral; mas tal proceso: el de por revelación, impidió que los hebreos durante los cuarenta años de peregrinación por el desierto —y aun hasta casi nuestros días— inventaran, ellos, derecho, medicina, técnicas militares, económicas que los demás pueblos habían ya inventado, y por los que babilonios, asirios, egipcios, griegos y romanos subyugaron a su placer a los hebreos, desprovistos de otros recursos que «Señor, compadécete de nosotros» y ayúdanos con milagros; y el de sublevaciones, impotentes por falta de técnica: gestos de magnánima valentía.

Efectos del «disparate» de usar lógica imperativa.

Una vez más: *creer* que el procedimiento causal por «palabra imperativa» es digno de Dios, de Elohim, y obligatorio de aceptar por los destinatarios, es o puede ser mérito ante Dios, *a pesar de* las secuelas destructoras de ciencia, técnica humanas; mas *no creer* que tal procedimiento sea digno de Dios, y obligatorio de aceptar, no es demérito, precisamente *porque* tales son sus secuelas.

(3.2) *Sapienciales*

(3.21)

> Y dijo Moisés a Elohim: «¿Quién soy yo para acudir al faraón y para sacar de Egipto a los hijos de Israel?».
>
> Elohim le dijo: «Yo estaré contigo, y esto será señal de que te he enviado: cuando haya sacado de Egipto a mi pueblo inmolarás a Elohim sobre este monte».
>
> Y dijo Moisés a Elohim: «Yo iré a los hijos de Israel y les diré: "El Dios de vuestros padres me envió a vosotros". Si me dijeren: "¿Cuál es su nombre?", ¿qué les diré?».
>
> Dijo Elohim a Moisés: «Yo soy el que soy. Y tú dirás a los hijos de Israel: El que es me envió a vosotros».
>
> Repitió Elohim a Moisés: «A los hijos de Israel dirás: El Señor Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob me envió a vosotros. Este será mi nombre eternamente y será para mí memorial por generaciones de generaciones».
>
> (*Éxodo*, III, 11-15.)

Así que la frase «*Yo soy el que soy*» la explicita Dios mismo al repetir a Moisés el mensaje: «*Yo soy el que es* Señor Dios de vuestros Padres: Dios de Abraham... y este será mi nombre para siempre». *Yo soy*

el que es Salvador vuestro, porque os saqué fuertemente de Egipto, a golpe de milagros. No traté de salvaros; sino que os salvé, y me trato con salvados.

Y tratará y hablará *de* ello para darles a conocer a los que no se tratan ni pueden tratarse *con* ellos. Y les hablará en lengua natural: la hebrea. No para darse él a conocer a sí mismo, con inútil repetición: soliloquio de Jehová con Jehová.

«Yo soy el que soy» Creador, Salvador, Señor, Señor Dios de los Ejércitos, Señor Dios de Abraham. Y lo es por tratarse *con* su pueblo en su calidad y funciones de Señor Dios de vuestros padres, de Abraham... y lo *es* por tratarse *con* Luz, Tinieblas, animales y hombre (Adam, Eva) en su calidad de Creador. Y «el *que es*» no trata solamente *de* nada de eso. Que tratar simplemente *de* algo, sin tratarse *con* ello, es el procedimiento de los que no son, en realidad de verdad, creadores, salvadores, Señores de nada.

Tratar *de* algo sin tratarse *con* ello produce y es la definición y manera de ser de «cognoscente»; cuando el conocimiento llega a su perfección resulta ciencia —que también o por secuela trata *de* todo un campo de objetos, mas no se trata *con* ellos, que esto lo hace la técnica, la experimentación. Dios-Jehová, Jehová-Elohim no hizo ciencia; se trata *con* el ser por ser y para ser Creador.

«Sapiencial» —a diferencia de sabiduría (*sapientia*, σοφία) y de conocimiento— es el procedimiento de tratarse *con* el ser de todo —por crearlo.

Solamente Jehová se trató *con* luz, pues la creó. Los demás hacían luz sirviéndose de lo creado por Jehová, y se trataban *con* luz por frotamiento de leños; yesca-pedernal-hierro; y el sol no creaba luz; era luminoso desde y por haberlo creado Dios en el tercer día.

Hasta el Renacimiento —Galileo, Descartes, así que desde el s. I hasta 1600, época helenística y medieval— el hombre religioso, artesanal, científico, filosófico, político, teólogo, lo máximo que pudo hacer fue ciencia: tratar *de* cosas sin tratarse *con* ellas. Servirse de lo hecho por Dios o de lo ofrecido por la naturaleza, lo hacían la técnica artesanal o artística.

Tratar *de* todo —dioses, hombres, animales, plantas, elementos, sol, luna, números— sin tratarse *con* el ser, sino tan sólo con lo que presentan (fenómenos), con lo que aparece de todo ello —con lo que ellos ofrecen espontáneamente, con su verdad óntica y con ontología (hablar de lo óntico)— lo hace, y era, la filosofía —la ontología y metafísica. Y *a fortiori* la física, la matemática, la lógica de esa larga época —1-1600 d.C.

Daba sabios, amantes de la sabiduría (filosofía). Y filosofía *era* sabiduría (σοφία) en el mejor y más deseable y bienaventurado de los casos. Mas no daba para sapientes, y lo dicho no ascendía a la dignidad de «sapienciales». Así hasta Descartes. Él es el primero que se atreve a decir «yo soy el que soy», Yo soy Descartes: el que crea geometría analítica, análisis algebraico, física matemática. Que todo eso son, en realidad de verdad, *creaciones* que deponen y rebajan lo natural —matemático, geométrico, aritmético...— al nivel y categoría de material en bruto: de valores de fórmulas, por muy formado que esté según y con forma sustancial que a lo natural se lo considere, y consideraba. Las fórmulas o contextos de relaciones matemáticas reforman y transforman lo natural: sea geométrico, aritmético, físico, astronómico naturales.

«Recta» no será ya (lo que se creía ser y era naturalmente) «línea en cuyos puntos descansa ella uniformemente», sino «$y = ax + b$»; y «circunferencia» no será ya (lo que se creía ser y era naturalmente) «curva cerrada, plana, unicentrada», sino «$x^2 + y^2 = r^2$»; y gravedad no será ya (lo que se creía y estaba siendo naturalmente) «tendencia encaminadora de los cuerpos térreos hacia el centro de la Tierra» (centro del mundo), sino «$z = 1/2gt^2 + bt + c$»; etc., etc.

Y desde tal creación de novedades, originalidades, espontaneidades será realmente posible y factible —y hecho o *factum*— evadirse del centro del universo, de la función y colocación de la Tierra, y pasearse por el cielo. Y la fórmula «$z = 1/2gt^2$...» *dice*, sin *hablar*, lo que debe hacerse para ello.

Dice «hágase» en lenguaje nuevo —no ritual ni natural, sino antinatural extra y supra hebreo sagrado o no, griego, latín, francés. Y será realmente posible —factible y hecho— hacer luz. No por palabras imperativas: «Hágase luz», sino por el «Sésamo ábrete» de

$$\frac{\partial^2\varphi}{\partial x^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial y^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial z^2} - \frac{1}{c^2}\frac{\partial^2\varphi}{\partial t^2} = 0$$

y de las fórmulas de Maxwell e instrumentos —órganos creados por Faraday, Oersted, Ampère, Hertz... que obran y dicen matemáticamente, porque según matemáticas anti-supra-extranaturales han sido montados, reformando según ellas lo natural: sus formas sustanciales, sus eficiencias y finalidades naturales.

A Dios —que, por poder ser lo que quiere o le dé la gana de ser, de ponerse a ser— le dio por ponerse a ser matemático: «El Gran Matemático», y se reveló ser así a Galileo, Torricelli, Descartes, Pascal,

Newton, Maxwell, Einstein... cual *médiumes* suyos —en lugar de los mediadores y medianeros, mesías, profetas del A.T. y N.T. Y no les *habló*, porque no era posible hablar de esto en lenguaje natural: en hebreo, griego, latín, francés..., sino en lenguaje nuevo, *idioma* nuevo también. De «$y = ax + b$», «$x^2 + y^2 = r^2$», «$z = 1/2\ gt^2$...» no puede hablarlo Jehová, Elohim, Dios Padre, Dios Espíritu Santo. Ante esas fórmulas son todos ellos mudos, mancos y tontos. Elohim, Jehová-Elohim, se hicieron —desde el año 100 al 1600— los mudos, mancos y tontos. No revelaron nada hablable, y no podían revelar lo decible. *Crearon* recta, circunferencia, luz, sol. Y son de alabar y admirar, y agradecer por ello.

Dios, puesto a serse «Matemático» —según matemáticas de fórmulas— en vez de decir «Yo soy el que soy» —el que es Creador, Salvador de Israel, Dios y Señor de cielos y tierra y de todo, todo ello *hablable* y hablado en hebreo, griego o lenguaje natural de lengua carnal— «dijo», hizo, que Descartes dijera «Yo soy el que es creador de idioma (lengua nueva): de geometría analítica y aun de filosofía nueva, no hablable ya; mas decible y entendible solamente por mente nueva».

D(M) irrumpió por Descartes, Newton, Einstein... y les hizo «decir» (sin hablar) «$y = ax + b$»... «$ds^2 = \sum_{1}^{4} g_{ik} dx^i dx^k$».

Todo ello, todo lo así dicho, son *sentenciales*, y quienes lo dijeron así son sapientes o *sabihondos*.

O pudiera ser —punto a tratar en la Parte siguiente— que lo divino del universo: lo profundo, base y fondo eficiente de él, hubiera irrumpido por Descartes, Newton, Einstein, y rompido en ellos todo lo natural, y fueran ellos: Galileo, Descartes, Newton, Lagrange, Hamilton, Einstein... los que eran dioses —a ratos, en actos sueltos, en obras especiales. Y no sólo *médiumes* de D(M).

En todo caso, la expresión «Yo soy el que soy (...)» es el modelo —primigenio y primogénito— de «sentencial», únicamente hablable o hablada por Dios —por el D(N)— desde unos tres mil años desde Moisés a Descartes; y unos siete mil desde la Creación del mundo por el D(N), hasta Descartes.

La expresión «Yo soy el que soy ( )» será, a partir de Descartes, rellenable y real y verdaderamente decible, por «"Yo soy el que es" creador de la filosofía transcendental» (Kant). Yo transcendental, condición real que hace posible la ciencia y técnica actuales: del presente de ellos. «"Yo soy el que es" creador de la filosofía dialéctica» (Hegel). Yo, Espíritu, soy condición y causa real que hace posible el proceso his-

tórico-dialéctico de la ciencia y técnica actuales —del *porvenir* de ellas (1834-1986).

(3.22) Consideremos otro sentencial enrealizado en un modelo con nombre propio: Abraham. Modelo de creyente —o caballero de la fe, como lo denomina Kierkegaard.

> Tentó Elohim a Abraham y le dijo: «Abraham, Abraham».
>
> Quien respondió: «Presente».
>
> Y le dijo: «Toma a tu hijo primogénito, el predilecto, Isaac, y ve a la tierra de visiones y lo ofrecerás allí en holocausto sobre uno de los montes que te mostraré».
>
> Levantóse, pues, Abraham de noche, enalbardó a su asno, llevando consigo dos jóvenes e Isaac su hijo; y después de cortar leña para el holocausto partió al lugar que Elohim le había mandado. Al tercer día, elevando los ojos, vio de lejos tal lugar y dijo a sus siervos: «Aguardad aquí con el asno; en llegando allá y después de haber adorado volveremos a donde vosotros». Tomó, pues, la leña para el holocausto y la cargó sobre Isaac su hijo; mas él llevaba en sus manos el fuego y el cuchillo. Caminando los dos juntos, dijo Isaac a su padre: «Padre mío». Y éste respondió: «¿Qué quieres, hijo?». Quien dijo: «He aquí fuego y leña, ¿dónde está la víctima para el holocausto?». Abraham replicó: «Elohim proveerá él de por sí víctima para el holocausto, hijo mío». Caminando juntos, llegaron al lugar que Elohim le había señalado. En él levantó altar y arregló encima la leña. Y en atando a Isaac su hijo lo colocó en el altar, encima del montón de leña; extendió su mano y cogió el cuchillo para inmolar a su hijo. Y he aquí que el mensajero de Elohim clamó desde el cielo diciendo: «Abraham, Abraham». Quien respondió: «Presente». Y le dijo: «No extiendas tu mano sobre tu hijo ni le hagas nada. Conocí por esto que temes a Elohim y que, por causa mía, no perdonaste a tu hijo primogénito».
>
> Levantó Abraham sus ojos y vio a su espalda un carnero enredado entre los espinos, cogiéndolo lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y dio Abraham a aquel lugar el nombre de «Mambré». Y hasta el día de hoy se llama «En ese monte Elohim ve». El mensajero de Elohim llamó por segunda vez desde el cielo a Abraham y dijo: «Por mí mismo juré, dice Elohim, que porque hiciste lo que hiciste y no perdonaste por causa mía a tu hijo primogénito, te bendeciré y multiplicaré tu simiente tanto cuantas estrellas en el cielo y cuantas arenas que hay en la playa del mar; tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos y serán bendecidas en tu simiente todas las gentes de la tierra, porque obedeciste a mi voz».
>
> (*Génesis*, XXII, 1-18.)

Por haber creído Abraham a Dios (Elohim), quien le anunciaba el nacimiento de un hijo, a pesar de la vejez de Sara, su mujer, estéril y vieja, y descendencia numerosa cual las estrellas del cielo y arenas del mar, «se le contó por mérito de justicia» (*Génesis*, XV, 5-6). Elohim le cambió el nombre de «Abrán» por el de «Abraham» (padre de muchas gentes) y a Sara el de «Sara» por el de «Saráh», cual cambió el de Jacob en el de Israel —un cambio de nombre por méritos de fe en Dios, en uno; en otro, por mérito de valentía contra Dios. Cambio de nombre por gestas sublimes. Por «sapienciales» de Dios.

Pero a Dios no le bastó creencia en milagro fisiológico (filogenético); «tentó», después de tales obras, Dios a Abraham; y le dijo: «Abraham, Abraham...». Tentación a su obediencia. Y la prueba fue cruel y decisiva. Comienza por el nombre del probando «Abraham, Abraham...», «padre de muchas gentes» a quien se mandó, sin más explicaciones, que sacrifique a su propio y único hijo. Y pronuncia el nombre del hijo «Isaac». Para que no quepa duda. Ni Elohim explica los motivos de tal mandamiento, ni Abraham se los pide; ni éste se los da a Isaac. A las preguntas intrigadas de Isaac responde: «Dios proveerá de víctima». Isaac no inquiere más; obedece sin réplica, aun viéndose atado y encima de la leña del altar, cuchillo levantado... Dios —El Dioses— se da por satisfecho con tal prueba: «Conocí que temes a Dios y que por obediencia no perdonaste ni a tu propio hijo primogénito».

Y «por mi nombre juré», dice Dios que «te bendeciré y multiplicaré...».

Sapiencial.

«Creer» es palabra significacionalmente multisonante, a pesar de unisonancia verbal. Tal «acorde» de significaciones y actitudes no está, en este caso, des-hecho o analizado (armónicamente) en sus componentes. Suenan todos a la una; y se los realiza a la una.

Enumerémoslos, analizado digámoslo así, por ese analizador armónico, conceptual-sentimental de que *ahora* disponemos para sonidos y para sentimentalidades.

«Creer» implica, implicaba e implicó para Abraham (e Isaac) un contenido determinado sin ambigüedad ni equivocación posible: creer *en* Dios: *en* El Dioses; creer *en* (   ). Llenar ese vacío de creer *en* Dios, *en* Elohim; rellenarlo *con* lo más firme, seguro, único de la realidad, *con* lo más verdaderamente real. «Creer *a* en *A*» es aquí contacto inmediato entre dos realidades: la de Dios y la de Abraham. *Inmediato* —sin intermediarios, delegados, mediadores o médiumes. Y *superlativo:*

pues es contacto inmediato *con* Dios, con Elohim: el Dios de dioses. «*Creer en* (   )» se podrá rellenar con el contenido de un Credo: «Creo *en* Dios padre todopoderoso», «Creo *en* la Iglesia...». No se puede rellenar con «Creo *en* los axiomas de la geometría»; «Creo *en* la *Ilíada*», «Creo *en* que mañana saldrá el sol»... Mas se requiere siempre un contenido con que rellenar el creer; y con contenido de contacto inmediato, superlativo e intemporal. Yo creo *en* Dios que es un *yo*, y que puede hasta jurar por sí mismo, por su nombre (Elohim). «Juro por mi gran nombre» (*Jeremías*, 44, 26).

Mas creer *en* (   ) ha de distinguirse de creer *a* (   ).

«Creo (yo) *en* dios» es abismáticamente diverso de «Creo (yo) *a* Dios». Creer *a* Dios es confiarse *a* él; confiar *a* él todo y del todo; fiarse *de* nadie más y *de* nada más —sin pruebas, sin prendas.

«A buen pagador no le duelen prendas», dice conocido refrán. A Abraham no le dolió la, para él, suprema prenda: la vida de su único hijo primogénito, habido por milagro; y Dios, El Dios de dioses (Elohim), «le tentó» precisamente con esa prueba y esa prenda. A ver si era buen pagador, y no le dolía tal prenda. Y llevó el Dios de dioses la prueba hasta el final, que no se consumó sino por otro milagro. Abraham hubiera sacrificado a Isaac, con sumo dolor de su alma; mas lo hubiera hecho.

Ante el milagro de la fecundidad de Sara —la infecunda y vieja— Abraham creyó *a* Dios. No era aún *Abraham*. No había merecido de Dios tal cambio, más que nominal, pues Dios le prometió hacerlo padre de descendencia tal y tanta cuantas estrellas del cielo y arenas del mar. Y en eterno.

Ante tal tentación —inventada y puesta por el Dios de dioses— consumada por Abraham en todo lo que de él dependía (no consumada por Dios), Abraham muestra que cree *a* Dios; que se confía *en* él, *a* él; que le confía *a* él todo y más que nada a su hijo Isaac; que se fía *de* Dios, que le fía todo; sin pedir a Dios prenda del cumplimiento de su promesa y de las secuelas de la realización del milagro de la concepción de Isaac. Abraham creyó *en* Dios y creyó *a* Dios. Tuvo fe *en* Dios y fue fiel *a* Dios del todo y en todo.

Fiel *a* (   ) define a fidelidad; o, al revés, fidelidad se define más determinadamente por la frase «ser fiel *a* (   )».

Así que «creer» (creo) es acorde verbal-conceptual-sentimental de «creer (a) *en* (A)-y-creer (a) *a* (A)». «Creer (a) *a* (A)» es un subacorde de «confiarse (a) *a* (A)-y-confiar (a) *a* (A)-y-fiarse (a) *de* (A)» —fiarle (a) *a* (A) todo.

Y será factible, posible y facto, «creer (a) *en* (x), y no creer (a) *a* (x)»; no fiarse (a) *de* (x); no confiar (a) *en* (x); ni fiarle (a) nada *a* (x); y por ello pedirle (a) *a* (x) fianzas, prendas, promesas, argumentos, motivos, garantías, depósito...

Sapiencial.

«*Creer* (a) *en* (A)-y-*creer* (a) *a* (A)», define al creyente.
«Creer (a) *en* (A)-y-no creer (a) *a* (A)», define al crédulo.
«No creer (a) *en* (A)-y-no creer (a) *a* (A)», define al incrédulo.

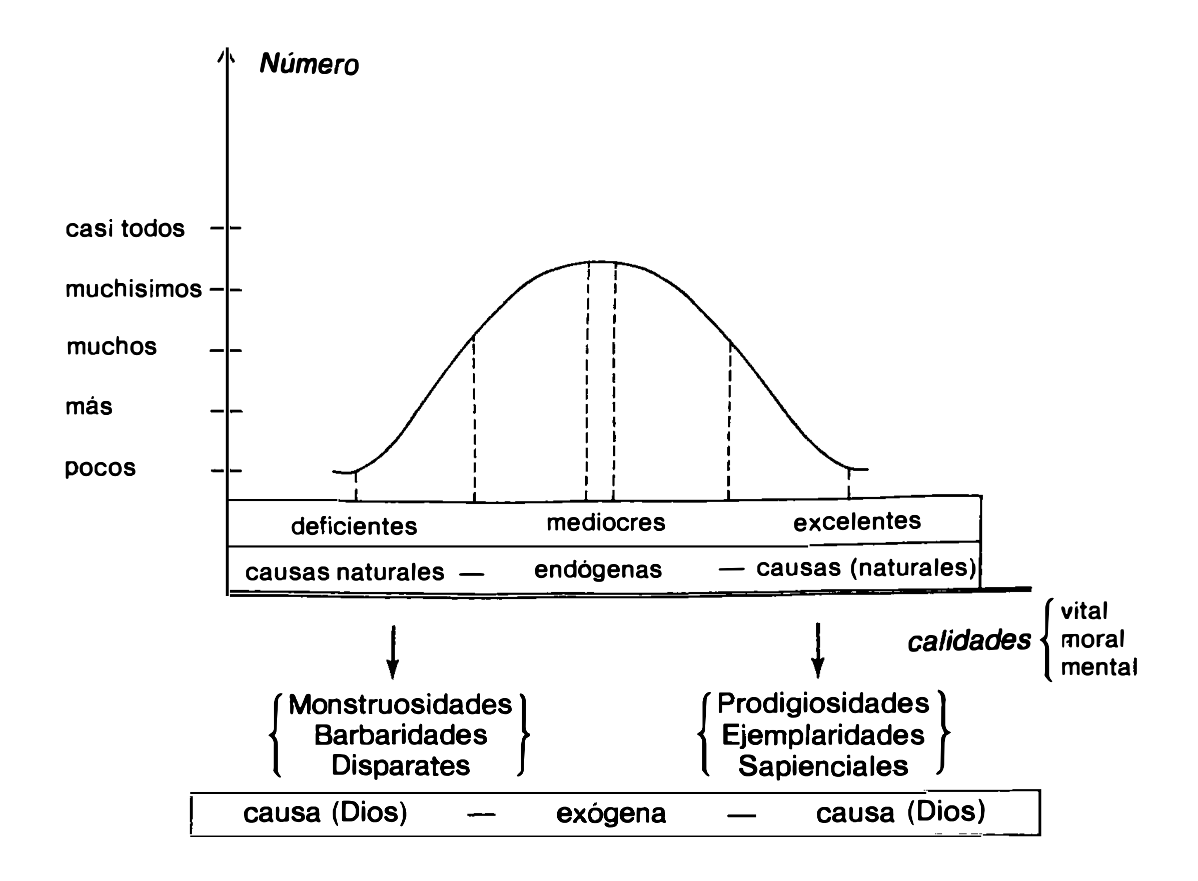
«Creer *en* Dios» es creer *en qué es* Dios; y es el primer paso —escalón de descenso— hacia *teo-logía dogmática*; hacia «creo *en* Dios Padre todopoderoso... creo *en* la Iglesia... creo *en* la vida eterna; *en* el Símbolo atanasiano completo; o *en* la Confesión de Augsburgo...».

Mas «creo *a* Dios» es creer (a) *quién* es Dios; y es el escalón inmediato ascendente hacia *teo-logía mística.*

«*Credidit Abraham Deo*» —traduce la Vulgata; y lo toleraba el latín. «Creer *a* Dios» es la frase superlativa de «le creo *a* Ud.» —frase corriente, mas significativa, de máximo respeto, inmediato a una persona: a uno que es quién; y no un *qué*. E inversamente: «no le creo *a* Ud.» es insulto personal, y el más grave. Advirtamos, volviendo al tema para finiquitarlo, que la Biblia dice: «Tentó Dios a Abraham». Tal tentación y prueba —en que le iba a Abraham la vida de su hijo único, primogénito, engendrador éste, en caso de vivir y sobrevivir a la prueba por otro milagro de descendencia tan numerosa cual las estrellas del cielo y arenas del mar— parten de Dios. Jamás acudiera a Abraham prueba tamaña y de tal estilo y gravedad; sólo puede inventarla y hacerla Dios, en persona; *quien* es Dios. Mas el hombre a quien se le hace ha de estar —aun antes de sometido a ella: al sacrificio de lo mejor— *dispuesto* a ello, *expósito* a lo que sea: a lo que Dios mande y le mande. Sin reservas previas —respecto de mi salud, no; de mis riquezas, no; de mi gana, no; de mi hijo, no; de mi mujer, no; de mi reino, no...

Sin tal disposición y exposición —previas, habituales— no se puede ser creyente; se será o habrá sido creyente en, por, durante tal prueba; y salido de ella, cual Abraham, Jacob, bendecido personalmente por Dios personal.

Según lo acabado de mostrar es posible rehacer el cuadro anterior, general, especializándolo así:



Advertencias

(1) A Dios se lo llama «causa exógena» por contraposición con las endógenas o naturales que lo son tanto del estrato de una mayoría de mediocres o medianos, como de las dos minorías. Es claro —con la claridad de conceptualización mediana o corriente— que el mismo Dios y Dios mismo puede ser o es causa primera de todo ello. Mas por un acto de reverencia —que por tal se lo tiene— se atribuye a Dios el ser causa propiamente, positivamente, de lo excelente, tomado como *íntegramente* real en cuanto a ser y en cuanto a bondad. Mas ser Él causa *permisiva* de lo mediocre en cuanto o por lo que tiene de real; pero no serlo de lo que mediocridad implica de imperfección respecto de excelente (del orden general), común a deficiente-mediocre-excelente. Se le da a Dios, se le atribuye, el ser causa de lo que de real tiene y tiene que tener de base lo deficiente mismo. Empero de lo deficiente —defectuoso bióticamente, pecaminoso moralmente, estupidez mental...— Dios es causa de lo que todo ello tiene de ser: de *realmente* (defectuoso), *realmente* (inmoral), *realmente* (estúpido); mas no de la doble imperfección que lo define, exhibe, respecto de mediocre y excelente. Do-

ble privación y negación. Dios *tolera* lo deficiente, precisamente por razón del predominio escandaloso de negación y privación, sobre realidad.

Aprobar –	permitir –	tolerar
[+]	[+]	[+]
(+ +)	(+ –)	(– –)

(2) Por contraste Dios es causa exógena en el sentido de supernatural.

Lo excelente naturalmente no puede llegar nunca a Prodigiosidad (*P*), Ejemplaridad (*E*), Sapiencial (*S*); y lo deficiente, tampoco a Monstruosidad (*M*), Barbaridad (*B*), Disparate (*D*). Tal cual se los ha definido aquí.

Por su magnitud, tanto monstruosidades, como prodigiosidades, son atribuibles solamente a Dios en cuanto que se pone, le da la gana de ponerse «super-natural». «*M-B-D*» son supernaturales respecto de deficiencias; y «*P-E-S*» son supernaturales respecto de excelente. Y *a fortiori* lo es Dios, respecto de toda mediocridad (mayoría, mediocridad) natural.

Entre deficiente y excelente ha de haber siempre —por el componente estadístico-probabilístico de toda ley natural— un término medio: «mediocridad-mayoría». Mas entre «*M-B-D*» y «*P-E-S*» no hay término medio. Ni el número de unas o de otras tiene sentido, pues depende íntegramente de la gana divina. No tiene sentido una mediocridad entre tales extremadamente extremos, pues no lo son entre sí por ley de ninguna clase sino por libérrima voluntad, es decir: por gana divina.

«*M* y *P*» mostrarían a Dios, o Dios se mostraría por ellos, que es «Señor Dios» de lo biótico (vida y muerte); «*B* y *E*», que es Señor Dios de lo moral (bueno y malo); «*D* y *S*», que lo es de lo mental (verdad y falsedad).

Señor Dios, y no solamente Creador.

La probabilidad de que de todo ello haya otras causas es mínima; mientras que, respecto de lo natural, la posibilidad de que, además de D(N) haya otras, es notable; y da sentido comprobable a la ley de Bayes.

CUARTA PARTE

Quién es Dios
o
cómo DIOS llega a estar siéndose *Quién*

DE *QUÉ ES* (LO DIVINO DE) DIOS A *QUIÉN ES* DIOS

Planteamiento

(1) Lo divino (de dios) —su naturaleza (divina), su esencia (divina)— ¿es capaz de *ponerse a ser* —o se está naturalmente o esencialmente siendo ya *Quién* (*Q*) o *Quiénes* (*Q'*, *Q''*, *Q'''*)?

(2) Lo divino del hombre —su naturaleza o esencia humanas— ¿es capaz de *ponerse a ser* —o se está siendo natural y esencialmente *quién* (*q*) o *quiénes* ($q', q'', q'''... q^n, n > 1$)?

(3) Lo divino del universo —su naturaleza o esencia— ¿es capaz de *ponerse a ser* —o se está siendo ya natural y esencialmente *Quién* (*Q*), *Quiénes* (*Q'*, *Q''*...) y/o *quiénes* ($q', q''... q^n, n > 1$)?

(4) ¿Cuál es tipo de trato: de tratarse *con Q'*, *Q''*, *Q'''*... entre sí; *q'*, *q''*, *q'''*... entre sí; cuál es el de *Q' con q'*: *tratos ónticos*, de Realidad con realidades; y *trato ontológico*: tratar uno *de* otro —*Q'*, *Q''*... tratar *de q'*, *q''*, *q'''*; *q'*, *q''*... tratar *de Q'*, *Q''*...?

(§ 1.º)

Desarrollo gradual de *qué* y de *quién*

Previo

Ya antes de que poetas, dramaturgos, teólogos y filósofos —hombres todos ellos— determinen con epopeyas, dramas, definiciones, teorías... qué deba entenderse por *persona* —por *qué es* (τὶ ἔστιν) ser Quién—, se hallan ya con que hay (τὸ εἶναι) *Quiénes* y *quiénes*, hasta con nombres propios y actos tales; y se hallan ya con que está establecido el tipo de trato *con* y el de *de* de ellos entre sí y de unos *con* otros y *de* otros.

Se hallan con *definición de uso*: con *qué es* usado, manoseado, protocolarizado de Dios, de quién, de Hombre, de Universo. Uso cómodo, comodín, de Quién, de quién de Quiénes, de quiénes. De Quién es Quién; de quién es quién.

Antes, pues, de llegar a definición explícita de *Quién, quién*... oigamos a un *quién* (persona) humana declarando el tipo de trato *con* y *de* trato de un quién (*q'*) con otro *q''* (quién).

Oigamos a Antonio Machado, y escuchemos los ecos de sus palabras en las del Autor (J.D.G.B.).

Ecos, no secuelas o consecuencias. O secuela sonora o consecuencias sonorosas de sus sonantes palabras, resonantes con hondura filosófica, y devueltas reflejadas éstas, a su origen primero.

(A)

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

Eco: secuela sonora:

(a.1) Y tú ves que él *te* ve.
Y él ve que *tú* lo ves.

Eco: secuela sonorosa:

(a.11) *Así que os* veis.
Y tú ves que *os* veis.
Y tú ves quién es quien *te* ve.
Y él ve quién es quien lo ve.
(a.12) *Así que* veis quiénes son quienes se ven.
Y así veis como quienes se ven.
(a.13) *Así y así que me* siento, *te* sientes, *nos* sentimos videntes y vistos.
Así y así que nos sentimos triplicadamente reales: por videntes (1), por sentirnos videntes (2), por sentirnos videntes vistos (3).

(B)

La mano que a ti se extiende
no es mano porque tú la tomes;
es mano porque *me* la tomas.

Eco: secuela sonora:

(b.1) Y nota él que tú tomas la suya.
Y notas tú que él toma la tuya.

Eco: secuela sonorosa:

(b.11) *Así que* os dais las manos.
Y tú notas quién es quien te la da.
Y él nota quién es quien se la da.
(b.12) *Así que* notáis quiénes son quienes se dan la mano.
Y *os* notáis como quienes se dan la mano.
(b.13) *Así y así que me* siento, *te* sientes, *nos* sentimos saludados y saludantes.
Así y así que nos sentimos triplicadamente reales: por saludantes (1); por sentirnos saludantes (2); por sentirnos saludantes y saludados (3).
(b.14) *Os* dais las manos; os saludáis.
Lo ál fuera contacto.

(C)

El brazo que te rodea
no es brazo porque te rodee;
es brazo porque *te* abraza.

Eco: secuela sonora:

(c.1) Y tú notas que te abraza.
Y notas que él te abraza.
Y no sólo que te rodea.

Eco: secuela sonorosa:

(c.11) *Así que* os abrazáis.
Y no sólo que os rodeáis de brazos.
Y tú notas quién es quien te abraza.
Y él nota quién es quien lo abraza.

(c.12) *Así que* notáis quiénes son quienes se abrazan.
Y os notáis como quienes se abrazan.

(c.13) *Así y así que* nos sentimos triplicadamente reales: por abrazantes (1); por sentirnos abrazantes (2); por sentirnos abrazantes y abrazados (3).

(D)

La palabra que yo te digo
no es palabra porque tú la oigas;
es palabra porque *tú me* respondes.

Eco: secuela sonora:

(d.1) Y oigo yo que *tú me* respondes.
Y oyes tú que *yo te* hablo; y que no sólo nos voceamos.

Eco: secuela sonorosa:

(d.11) Y oigo yo que *tú me* respondes.
Y oyes tú que *yo te* hablo.
Y que no sólo nos voceamos.
Y tú notas quién es quien te habla.
Y yo noto quién es quien me habla.

(d.12) *Así que* notamos quiénes somos quienes nos hablamos.
Y nos notamos como quienes se hablan.

(d.13) *Así y así que me* siento, *te* sientes, *nos* sentimos hablantes y hablados: palabreramente correspondidos.
Así y así que nos sentimos triplicadamente reales: por hablantes (1); por sentirnos hablantes (2); por sentirnos hablantes hablados: por correspondidos a palabras.

(E)

Mi conocimiento sobre *qué es* tu *qué es*
no es conocimiento por sólo yo conocerlo;
conocimiento es porque a la vez dejas tú conocer (tu) qué es y
te dejo yo conocer (mi) *qué es.*

Eco: secuela sonora:

(e.1) Y *tú* a la vez notas que *yo* conozco (tu) qué es.
Y *yo* a la vez noto que *tú* conoces (mi) qué es.
Y no sólo que tú y yo nos mentamos.

Eco: secuela sonorosa:

(e.11) *Así que* a la vez *nos* conocemos.
Y no sólo nos mentamos.
Y tú notas quién es quien conoce (tu) qué es.
Y yo noto quién es quien conoce (mi) qué es.
(e.12) *Así que* notamos quiénes somos quienes se conocen.
Y nos notamos como quienes se reconocen.
(e.13) *Así y así que* a la vez *me* siento, *te* sientes, *nos* sentimos cognoscentes: recognoscentes reconocidos.
Así y así que a la vez nos sentimos triplicadamente reales: por conocedores (1); por sentirnos cognoscentes (2); por sentirnos cognoscentes reconocidos. Reconocimiento (ἀναγνώρισις), conocimiento (γνῶσις).

(F)

El amor que yo te tengo no es
amor porque sólo yo lo tengo;
amor es si, a la vez, me amas.

Eco: secuela sonora:

(f.1) Y tú a la vez notas que *yo te* amo.
Y yo a la vez noto que *tú me* amas.
Y no sólo que tú y yo nos deseamos.
(f.11) *Así que*, a la vez, *nos* amamos.
Y no sólo nos deseamos.
Y tú notas quién es quien te ama.
Y yo noto quién es quien me ama.
(f.12) *Así que* notamos, a la vez, quiénes somos quienes nos amamos.
Y nos notamos como quienes se aman.
(f.13) *Así y así que*, a la vez, *me* siento, *te* sientes, *nos* sentimos amantes-amados.
Así y así que, a la vez, nos sentimos triplicadamente reales: por amantes (1); por sentirnos amantes (2); por sentirnos amantes amados.
Amores correspondidos en *un* amor.

* * *

Glosa de estos quisiversos, a la manera de las glosas de los versos de Juan de Yépez por Juan de la Cruz.

(A')

El ojo de Dios que ves no es
ojo de Dios porque tú lo veas;
es ojo de Dios porque te ve.

Que si tú —Adam, Abraham, Jacob, Moisés...— no vieras con tus propios ojos que es ojo de Dios el ojo que te ve, el ojo de Dios no fuera de Dios.

Que el ojo de Dios sea de Dios y no simplemente divino —menos aún ojo de águila o halcón— procede de que el ojo de Dios *te* ve; ve que tú eres hombre, y ve que no simplemente tienes ojos —cual águila o halcón—, sino ve que tienes ojos, nada menos que visibles por Dios y videntes nada menos que de Dios.

Y así ves tú, hombre, que Dios te ve como hombre y te ve como capaz de ver a Dios —de ver a Alguien que sea Dios.

Y ve Dios que le están viendo como Dios —y no cual águila, halcón, cuervo o gorrión—, reconociendo tú así su ser o estar siendo Dios, y reafirmando a Dios en su ser de Dios.

Los dos: Dios y tú —Adam, Abraham, Moisés— *nos* reafirmamos uno al otro: yo por Dios, al sentirme yo visto por Dios; y Dios, al sentirse visto por mí.

Sentirse visto, sentirse mirado, sentirse escudriñado con mirada de ojos que calan hasta el fondo del y de lo visto y que hacen cata de lo que realmente es el visto —desencubierto de velos, vestidos, ropaje, forros, aislantes.

Sentirse vidente visto con mirada de ojos que calen hasta el ser real y caten su realidad —y que no se queda en ojo que ojea, cual, al parecer, lo son los de águila, halcón o gorrión; o cual los ojos de hombre que ojea hojas de no interesante libro— tal es el auténtico ver; es un ver a la altura de Dios y de hombre. A la altura propia, única e indeponible de Dios; y a la altura deseable, deseada, anhelada y a veces alcanzada por un yo: Adam, Abraham, Moisés; por hombre-yo, por hombre-tú puestos a ver algo o a alguien que sea Dios, y ver a la manera divina.

Dios o quien se ponga a ser Dios no puede «ojear»; «ojean» los animales, y el hombre en cuanto animal (racional). Cuando Dios se depone a divino «ojea»; y está siendo animal *divino* —escarabajo egipcio o gato persa.

Los ojos del hombre, animalmente vidente —o sea: ojeante— no hacen cala ni cata de lo visto u ojeado.

El ojo de Dios «es ojo de Dios porque *te* ve» —porque cala y cata *tu* ser y todo *tu* ser.

(a.1) «*Y tú ves que Él te ve*», que te cala y cata tu ser íntegro. Te sientes ser y estar expósito, indefenso, desvalido sin evasión ni negación posibles: te sientes ser y estar siendo «creatura».

«*Y Él ve que tú lo ves*» con indisimulable atrevimiento de hacer cala y cata de su Realidad: de que es Dios *quién*. No lo ves con curiosidad de conocer *qué es* —su esencia o naturaleza. Ni se siente él curioseado, registrado, y resulta visto cual «diamante», muy «claro cristal» o cual «necesario, universal, infinito, simple, único» —que así es toda esencia.

Que «lo necesario, lo universal, lo infinito, lo simple, lo único» no es *yo* o *tú*; no se ve; ni tú ves que te ve; ni te sientes mirado, escudriñado, calado —cual calado de agua; o catado, cual vino.

Para que sea verdad que «Él ve que tú lo ves» es preciso que se vea Él por tus ojos; ojos endiosados para ese peculiarísimo efecto y en ese trance de ver Dios que lo ves a él.

Y de «tú ves que Él te ve», y de sentirte visto por nadie menos que por (un) Dios en trance de hacer cala y cata de tu realidad se sigue, por secuela inmediata, que tal visión es «Rayo que de presto pasa, y todo cuanto halla de lo natural nuestro lo deja hecho polvo».

Díjolo una fulminada: Teresa de Cepeda. «Rayo de tiniebla», díjolo un fulminado: Juan de Yépez.

Quien dijo a otro propósito, no a despropósito de éste, «polvo enamorado», dijera al presente «polvo serás, mas polvo endiosado». Pero realmente polvo; que si no fuera eso, fuera nada nuestro nuestro natural. Y Dios viera «nada» o no viera y no se notara que cala y cata todo un ser.

«La avaricia rompe el saco» —dice sabio refrán. Visión que hace patente todo lo de un ente, hasta su *en sí*, lo reduce a «nada» «*en sí*»; a nadie, a nonada y nadería, y lo aniquila.

(a.11) Así que *os* veis.
Y tú ves quién es quien te ve.
Y él ve quién es quien lo ve.
Y os veis como quienes se ven.

Tú —Adam, Abraham, Jacob, Moisés...— ves, en tal acto y trance de calar y catar lo visto, quién es el que te ve: que es *tu* Creador, *tu* Salvador, *tu* Señor; y tú te sientes como quien es *su* creatura, *su* salvado, *su* siervo. Tú calas y catas lo de *Quién*: Creador...; y Quién cala y cata lo de *quién*: creatura. Os veis como quienes se ven, como quienes se calan y catan en su realidad. El Quién no aniquila al quién ni el quién al Quién —so pena o efecto de o no ver o no ser visto; de no verse, sentirse ser creador, o de no verse y no sentirse ser creatura.

El Señor es señor de siervo-y-siervo del siervo.
El siervo es siervo-y-señor del Señor.
El vidente —el vid-ente— es vidente de visto-y-visto del visto.
El visto es visto-y-vidente del visto.
El Creador es creador de creatura-y-creatura de su creatura.
La creatura es creatura-y-creadora de su Creador.

Ambos: Señor y siervo, Creador y creatura se necesitan y complementan tanto más cuanto pretendan, intenten y se propongan el Señor a ser Señor absoluto, y el siervo, a ser siervo absoluto. Por ponerse a absoluto, el Señor tiene que aniquilar al siervo para no ser siervo de él; y el Siervo absoluto tiene que anular al Señor para soltarse (*solutum*) de (*ab*) él.

Señor, sin siervos —sin entes: realidad *en sí.*
Siervo, sin Señor —sin ente: realidad *en sí.*

La pretensión significativa de la palabra «absoluto» rompe los dos sacos. «El hablar —decía Hegel en *Fenomenología del Espíritu*— tiene la virtud o poder divino de refutar e invertir nuestras opiniones; y así no dejarlas que lleguen a Palabra.» El vocablo «absoluto» pretende ser palabra —y opinamos o creemos que lo es— que designa la total e íntegra soltura o desligamiento de todo. Mas si a tal vocablo lo pronunciamos, lo decimos, el mero decirlo refuta tal Palabra.

Palabra «absoluto» no es palabra de nada ni de nadie. Así que no es palabra —ni de la lengua que la pronuncia ni de la inteligencia que la piensa. Palabra «absoluta» no es palabra ni decible ni pensable. Nuestra pretensión de decirla, pensarla, aplicarla destruye su absolutismo bucal y mental.

Y opera el mismo efecto en todo a lo que se le aplique:

Creador *absoluto* – creatura *absoluta* = Nada y Nadie.
Señor *absoluto* – siervo *absoluto* = Nada y Nadie.
Espacio *absoluto* = inmensidad.
Tiempo *absoluto* = eternidad.
Poder *absoluto* = omnipotencia.
Ser *absoluto* = esencia.
Vidente *absoluto* = inteligencia.
Visto *absoluto* = objeto.

Tomándole, pues, a «absoluto» la palabra, deja de ser palabra y resulta mero ruido. Nada de significado; nadie de significante.

La verdad es la de

Y tú ves quién te ve.
Y él ve quién lo ve.
Así que os veis.

Indisolubles sentencias y actos: quiénes indisolubles. Quién (Q') indisoluble de quién (q'); y quién (q'), indisoluble de Quién (Q').

(a.12, 13) Así... *nos* sentimos videntes y vistos.
Así... *nos* sentimos triplicadamente reales.

Sentimos videntes y vistos —Q', de q'; q', de Q'; q', de q''— se lo es o está siendo y se lo ha de estar siendo, a ratos, a actos sueltos, en obras diversas.

Si no se es vidente visto «a actos sueltos», sino a acto definitivo, tal vidente resulta un «pasmado»; y lo visto, correlativamente, un objeto pasmoso, pasmante; si la correlación o religación «vidente-visto» no se verifica a ratos breves, el vidente resulta un «extático»; y lo visto, objeto absorbente; si tal correlación «vidente-visto» no acontece en obras diversas, el vidente resulta un «absorto» en una obra; y lo visto, la obra, le resulta asombrosa.

Vidente y visto obsesos y obsesionados.

Digamos, resumidamente, que si vidente-y-visto no lo son a actos sueltos, ratos, obras sueltas, resultan *pasmados*. Vidente pasmado ante y por objeto pasmoso. Del pasmo mutuo los libera el que «pasa de presto», «la suspensión... bien breve» —Teresa de Jesús lo experimentó y supo decirlo, pasado el suspenso.

Jehová-Elohim resultó pasmado, extático, absorto, obseso ante su obra de siete días, y la vio «muy buena»: pasmosa, absorbente, asombrosa.

De tal pasmo lo sacó la rebeldía de Adam y Eva. Que se le rebelaron los creados perfectamente a «su imagen y semejanza»; los colocados en Paraíso; los nombrados reyes de lo creado en otros días. Y se revelaron «desobedientes»; creatura, al Creador; siervos, al Señor.

Empero tal rebelión de los dos q', q'' (la inicial pareja) explotó al notarse visiblemente «desnudos» ante el Vidente. No por verse desnudos varón y hembra, que es estado natural. Se avergonzaron ante Él por su desnudez mutua. O su desnudez natural —aún perdurante y bien aprovechada— se convirtió en vergüenza ante Jehová: en vergüenza de que los viera desnudos. Que la mirada de Jehová es mirada taladrante y desvelante que cala y cata hasta el hondón del fondo de la realidad. Hace sentirse a sus creaturas «expósitos».

«*Omnia nuda et aperta sunt oculis Eius*» —palabras de la Vulgata. Visión de cala y cata óntica es ocasión propicia y apropiada a «rebelión» contra tal indiscreto Vidente.

La correlación «yo veo que él me ve»-y-«él ve que yo lo veo» se destroza. «Vidente-vistos» despiértanse del pasmo: del pasmo por sentirse ser los vistos nada menos que imagen de Dios: del Vidente; «pasmo», por sentir ser el Vidente, Creador de «Obra perfecta y muy buena».

El Vidente-Jehová se arrepentirá con dolor de corazón de haber creado al hombre. Y no tendrá reparo, falsa vergüenza, punto de honor (pundonor) en reconocerlo y declararlo a Noé.

El pasmo «inicial» entre pasmados (Q', q', q'') y pasmosos. «Pas-

mo» lo parece —y tal vez lo sea— el ser Creador, Señor; y, tal vez, sea pasmoso ser imagen del Creador, del Señor —aunque esto traiga por identidad secuencial ser «creatura, siervo».

La emergencia de ese mutuo estado de pasmo entre Vidente y vistos iniciales —«En el Principio creó Elohim»— partió de los vistos desnudos por temor a ser vistos desnudos por El Dioses que hace cala y cata con su mirada la desnudez anatómica con la desnudez óntica: la del ente finito.

Luz, Firmamento, plantas, animales, bestias... Sol, Luna... «muy buenos», «perfectos», desnudos con sencilla desnudez óntica —patencia in-nocente, cándida— estaban siendo vistos por Jehová días y días; mas por no sentirse vistos por Vista de Vidente con ojos de quien es Creador, y no teniendo que reconocerse en su mismo e íntegro ser ser creaturas de Él y no poder resentirse de que el Creador vidente de «cala y cata» de todo ser les pusiera a prueba de sentirse íntegra e inevitablemente creaturas por tener que obedecer a un precepto de vida o muerte física —cual el impuesto a Adam y Eva: no comer de los frutos del árbol de la Vida, o de vida y muerte espiritual por no comer del árbol de la Ciencia del bien y del mal—, Luz, Firmamento... Sol, Luna, plantas, animales no se rebelaron contra el (su) Creador, no puesto a demostrarles serlo ni a forzarlas a que se reconozcan como creaturas.

En verdad Jehová no las veía como Creador, ni ellas se eran como creaturas. En verdad Jehová no las veía: ni ellas eran vistas.

Lo de vidente visto carecía de sentido.

La cosa que ves no es
cosa porque tú la veas;
cosa es porque no te ve.

Y porque no te ve tú no la ves.

Porque la pregunta carece de sentido falta la respuesta.

Aun el caso de Vidente que se siente visto o reconocido ser vidente (Creador, Señor...) por sus creaturas, y de creaturas que se sienten vistas por Él y no resentidas de ser íntegramente de Él y ven que Él las ve, y se ven tales por los ojos mismos de Jehová, hay una más profunda y universal razón de que tal estado dure a ratos, a actos, en obras.

La razón es la Vida. El ser viviente.

La vida es surtidora de novedades, improvisadora de espontaneidades, estrenadora de originalidades.

Si la co-videncia entre co-videntes vivientes no pasa presto des-

trúyese la espontaneidad: deja al vidente y visto pasmados; destruye la novedad: los deja embobados; destruye la originalidad: los deja absortos. Drenados, exhaustos de vida.

Y hay otra razón aún más profunda y universal.

De la naturaleza divina de la Vida es un componente la probabilidad, asegurada por cálculo de probabilidades, adaptado al tipo de elementos básicos del universo actual: bariones, leptones, mesones... campos. La probabilidad es condición necesaria, mas no suficiente, de libertad, espontaneidad, novedad vitales. Componente necesario de vida; mas no suficiente, pues de originalidad, novedad, espontaneidad no puede haber —tomando la Palabra a tales palabras— causas o condiciones necesarias y suficientes. Como se explicó largamente en la Tercera parte.

Duración probabilística es duración expósita a cesación o cambio. Es decir: duración no pasmable.

O repitiendo la norma aristotélica: le es posible a la Vida (al viviente) o es potente ella (o él) para cambios porque, aun teniendo actos que le son propios, tales actos no la vuelven impotente para cambiar. Potencia para pasmarse y para des-pasmarse. Verse vistos; nada de visión beatífica. Viéronse vistos Jehová y Adam; visto Jehová por Adam, como Creador; y Adam visto por Jehová como creatura. Jehová y Abraham: Jehová visto por Abraham cual Señor de vida y muerte; Abraham visto por Jehová cual siervo ejecutor de los mandatos del Señor. Jehová y Jacob: Jehová visto por Jacob cual Luchador invencible (potencia viviente) y Jacob visto por Jehová cual luchador vencible que resiste contra convencimiento de que no puede vencer. Jehová y Moisés, que se ven y tratan como amigos: cara a cara. Cuatro casos: hayan o no sido históricos, al menos sirven de modelo y criterio de visión de Dios por hombre: los dos quiénes.

Visión real, de cala y cata ónticas. Nada de ojeadas mutuas ni benévolas ni malévolas, accidentales, indiferentes.

Visión mutua real entre quiénes. «Yo soy el que soy tu Creador; soy el que soy tu Señor»... *YO:* Jehová, Elohim. «Yo soy el que soy tu creatura, tu siervo»; *YO:* Adam, Abraham, Moisés.

$$\underset{J^{(1)}}{\text{Ver,}} \quad \underset{J^{(2)}}{\text{sentirse ver,}} \quad \underset{J^{(-3)}}{\text{sentirse ser visto,}}$$

por $q', q'', q''', q^{iv} \ldots q^{n}, n > 1$. Por parte inicial, principal de Jehová (*J*). El sentirse realmente visto es descuento (–) de realidad propia: del

en sí y para sí. J^{-3}, J^{1}, J^{2}, potencias ascendentes de realidad. $J^{(-3)}$ potencia o acto mixto de realidad asegurada por otro. Y a pesar de ello ser eso menos en sí.

Por parte secundaria desde el inicio mismo:

sentirse ser visto,	sentirse ver,	ver
$(q')^{(-3)}$	$(q')^{(2)}$	$(q')^{(1)}$

—*ídem* para q″, *q‴*... Adam, Abraham se son desde el principio como creatura, siervo...; se sienten ser vistos, y ascienden gradualmente en realidad al sentirse que ven (ellos) cada uno: Adam...; y llegan al ápice de realidad propia al *ver*: al simple ver con la indiferencia o mera curiosidad de *ojear*.

Al llegar Adam a ver, deshácese el verse y el sentirse visto. La creatura, el siervo dejan de sentirse tales en realidad catada y calada por Jehová: por el Creador, por el Señor Dios.

Y a su vez, que es a la una, Jehová deja de sentirse visto con mirada pretendida y pretenciosa de calar y catar *su* realidad. Y revierte, se simplifica su acto de sentirse visto en sentir que ve y ve final. Y fin de *verse*.

Ver (*J* a *q'*)-*Ver* (*q'* a *J*) es el final del pasmo a que son proclives, y aun realizados, sentirse mutuamente vistos.

Quiénes (*J'* y *J″*, [la su Espíritu] *Q'*, *Q″*)

Quiénes (*q'*, Adam; *q″*, Abraham; *q‴*...). Mas *q'*, *q″*... q^{iv} son hombres. ¿Qué es Q', Q″?

q', *q″*... son hombres. «Adam y Eva oyeron la voz de Dios paseándose por el Paraíso y tomando el aura, la fresca, postmeridiana» (*Génesis*, III, 8). «Y Dios les habló [a Adam y a Eva]» (*ibíd.*). Hablar, pasear, tomar la fresca... actos son de Dios-hombre o de hombre-dios. Verse hablando; hablarse cara a cara. Verse hablando y hablando en hebreo. Verse hablando, hablarse cara a cara y en hebreo aconteció entre Jehová y Abraham, Jehová y Jacob, Jehová y Moisés.

Cuatro «encarnaciones o enhumanizaciones» de Jehová. Anteriores a la encarnación del Verbo, en Jesús.

Pasado, que tiene que pasar según lo dicho, el pasmo de Jehová y Adam, Jacob, Moisés; que es pasmoso eso de verse Jehová y Adam... cada uno de ellos con nombre propio; verse como Quién y quién, como yo y tú; *nos* es verse como personas.

Persona en latín clásico (cfr. *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, A. Walde Hoffmann, vol. II, pp. 291-292) es máscara enmascarada para teatro, carácter, o papel (teatral).

En esas cuatro encarnaciones o enhumanizaciones de Jehová, Jehová no lleva máscara o careta; ni se enmascara cara. «¿Cómo voy a poder ocultar a Abraham lo que voy a hacer?» (*Génesis*, 18-19); ni hace de papel o carácter «teatral» alguno. Menos aún Adam, Abraham... llevan careta o máscara, pues están expósitos a la mirada de Jehová que cala y cata su realidad.

El πρόσωπον griego es —parecidamente, aunque no parece lo sea por parentesco verbal— máscara, careta, aspecto, continente o talante (cfr. *Greek Dictionary*, de Liddle-Scott). Tal palabra no la usan los LXX. Úsala Pablo (1 *ad Cor.*, XIII, 12): «entonces [en la otra vida] veremos, miraremos (βλέπομεν) cara a cara (πρόσωπον πρὸς πρόσωπον)». Verse las caras, mirarse cara a cara, mirar algo a la cara es el tipo de ver y de mirar en el otro mundo. Trátese de Dios, de Jesús o de cada hombre. (Para esta acepción y otras parecidas consúltese cualquier diccionario de palabras del N.T.) Aquí se traen estos detalles significativos para justificar el que se emplee lo de Quién, quiénes; y no lo de «Persona».

Terminemos este punto con tres advertencias, previas a ulterior tratamiento de este tema.

(1) Las frases: «Jehová enhumanado» o «encarnado» no es equivalente al sentido que tendrá, o se le ha dado, a la del «Verbo se encarnó en Jesús»: unión de dos naturalezas en una Persona; así a partir de los Concilios. Que Jehová sea persona dependerá en cuanto a su verdad de qué se entienda por persona o por hipóstasis, posteriormente al N.T. y a los escritores del N.

Pero aquí se toma en serio, en real, que Jehová se enhumanó, se fabricó o se hizo para sí —y para los casos de ser Quién creó, vio, paseó, habló... humanamente a humanos (natos y creados por Él): a «*quiénes*», con nombre propio (Adam...)— un cuerpo que fue tan órgano de esos actos y lo fue a la manera como lo fueron los cuerpos de Adam... y como actuaron. Que tampoco Adam... fueron personas será tema que, por contraposición, se aclare posteriormente.

Tal cuerpo humano (de Jehová) no preexistía a su uso para ver y ser visto cara a cara por cuerpos humanos que preexistían hechos y usados ya para diversas funciones humanas (los de Adam), ni persistían o permanecían tras su peculiar uso en casos de ver y ser visto, oír y ser oídos, por los correspondientes órganos de Adam (80 años), de Abraham (175)...

Dios-Jehová es «lo que él se quiere ser» (fray Francisco); «es todo ojos, todo oídos» (Jenófanes); «no es necesariamente lo que está siendo, sino lo que quiere ser» (Plotino).

Ver y ser visto y notarse visto, oír y ser oído y notarse oído, hablar y ser hablado y notarse hablado... son actos que no dejan rastro. Actos corporales que se liberan de ser actos de un órgano que existe aun sin usarse.

Actos puros, sueltos o desligados de potencia. Chispazos de ver, de ser visto...; *cuerpo* de actos creado *ad hoc* para ver y ser visto... para visión dedicada a un quién. Deferencia que sólo Dios, el Quién, puede o es potente para inventar, hacer y deshacer.

(2) Ayúdeme y ayúdenos en lo que voy a decir un poeta que canta:

> ...
> *Basta con ver una vez la hermosura*
> *que, una vez vista, eternamente enciende.*
> *Osar verla otra vez fuera locura.*
>
> (Quevedo.)

Y sin gracia ni ritmo, mas con verdad, pudiérase decir:

> Basta con verse una vez Dios y hombre.
> Que con esa sola vez hay para siempre.
> Fuera loca osadía
> pretender e intentar un hombre verlo otra vez.
> Y darse más veces a ser visto fuera por parte de Dios
> progresiva depreciación de tal soberano don.

En efecto: desde la primera visión o covisión de Jehová y Adam y las de Jehová y Moisés —así que a lo largo de unos cuatro mil años— Jehová se dio a ser visto y a sentirse visto, y un hombre —Adam... Moisés— se notó ver y sido visto por Jehová pocas veces —cuatro o cinco. De las que consta o puede constar, en caso de tomar las palabras de la Biblia en serio, *en real*; si no, de criterio o modelo de lo que es visión real de verdad y ser visto en realidad de verdad y sentirse visto y vidente en realidad de verdad de dos *quiénes* —aquí Jehová y un hombre.

(3) En tales visiones «se cree»; de ellas se es creyente; y la creencia implica en sí misma, sin más intermedios, que Jehová es real, que existe algo así cual Jehová, que «Dios existe» o que hay Dios —por parte de un hombre que se siente ser vidente y visto, viviente, por Dios. Y por parte de Dios, su realidad es sentida y confirmada por sentirse visto por un hombre.

Hablando a la manera de santa Teresa, poco sacaría Dios de ser

«diamante purísimo», sin sentirse diamante y sin sentirse visto ser diamante.

Respecto de tal tipo de visión no caben incrédulos. Y puesto que incrédulo se lo ha reservado aquí cual adjetivo apropiado a crédulo y a credulear, digamos, en su lugar: no caben «increyentes».

Haberse visto así es haberse tratado Jehová y Adam... uno *con* otro; y es fundamento o causa suficiente para a continuación tratar o no uno *de* otro —para teo-logía. No necesariamente, en el sentido de única, pues se va a estudiar otros casos de «revelaciones» o teofanías suficientes para ser casos de eso: de trato *con*; y, por ello, de trato *de*.

(B')

(b.1) La mano que a ti se extiende
no es mano porque tú la tomes;
es mano porque *me* la tomas.

No consta —o al menos no me consta— que Jehová y Adam, Abraham... se dieran las manos. Y que Jehová notara, sintiera que, expl., Jacob se la tomara; y notara Jacob que era mano de Dios, mano de Jehová —y no mano, vgr., de Isaac—; y que, a la vez, y a la una, notara Dios que la mano que tomaba era mano de Jacob; así que ambos, notaran y sintieran que se daban la mano. De su mano habla Jehová a Moisés al decirle: «No podrás ver mi faz, que hombre no me verá de vivo; con mi diestra mano impediré que me veas, mientras paso; en pasando, retiraré mi mano y me verás de espaldas; mas no podrás ver mi faz» (*Éxodo*, XXXIII, 20-23).

Con su mano bendijo Jehová a Adam y Eva. Primera bendición. Mas Jehová no dio su mano a nadie ni tomó la mano de nadie con la intención y ejecución de que diera su mano (divina) a ser sentida como divina (de Jehová) por otro que, a su vez y a la vez, diera la suya (humana, expl., la de Jacob) a ser sentida por Jehová cual mano humana (de Jacob). Sentirse por ello y en ello *ambos* saludados, pactantes...; no de palabra, sino de obra que transforma «contacto masivo» en «contacto manual» —apretón de manos, manotazo, puñetazo...

Jehová no quiso sentirse tocado, manoseado, ni sentir potenciada su realidad por sentirla aceptada por otro, quien, a su vez y a la vez, se sintiera tocado por Dios.

Mas los hombres han inventado la manera de sentirse reales, así que doblemente reales, por y al darse las manos —aunque sea por modo de manotazo y puñetazos...

Sentirse quién (q') da la mano a quién (q'') y quién (q'') se la da a quién (q'). Sentirse amigos, enemigos; reconciliados, pactantes, trato hecho; saludados, saludantes por darse las manos. Modo de ser quiénes (q', q'') y de manifestar —(*manum facere*)—, hacer (*facere*) que las manos biológicas asciendan a acto de manifestar quién es quién, real, comprobadamente por sentirse reconocidas por otro quién, quien, a la una, se siente confirmado en su realidad al y por tomarse las manos. Sentirse q' y q'' por la mano q'' y q'' por la de q': sentirse diversos en grado original, nuevo, espontáneo (así que vitalmente superior al sentirse caliente, frío, liso, rugoso, duro, suave...).

Ser individuo: ser uno (*unum*) y ser diverso de los demás (*divisum ab alio*) y aun ser individuo sustancial de naturaleza racional no basta para ser *quién*.

Quién se es —aparte sí o no incluyéndolo, cual componente necesario— por actos originales, nuevos, espontáneos —así que creaciones de creatividad— de ser, sentirse ser y sentirse sentido en su ser por otro ser quien a su vez y a la vez, será *quién* si es, se siente ser y se siente ser sentido por otro *quién*. No con general y vago sentir, sentirse y sentirse sentido, sino todo ello con el tono de amigo, enemigo, pariente, pactante. Todo esto invento vital, superior y transcendente aun a biología, pues se eleva a orden indeducible e inasequible por evolución natural —aun la ascendiente a Esencia.

Darse las manos (q', q'') es, pues, sentir*nos* triplicadamente reales por darlas (1), por sentirse darlas (2), por sentir*nos* sentidos (3).

Ser, ser*se*, ser*nos*, $(S)^3$. Mejor dicho: ser (   ), serse (   ), sernos (   ). El paréntesis, a rellenar siempre con una creación o invento vital: amigo, enemigo, pactante, contrayente, salutantes (saludados), S.P.D. (*salutem plurimam dat*), pues real y no sólo palabreramente darse las manos es darse salud superior real: triplemente consciente.

Siempre todo ello en actos sueltos, a actos breves, en obras especiales; sin que degenere en hábito, costumbre, rutina. Se es *quién* a actos, a ratos, en obras sueltas y breves. Chispazos de realidad superior sobre y a costa de fondo necesario (divino; cfr. Tercera parte).

Realidad, significado y razón porque en el N.T. —admitámoslo al menos como criterio, si no como hecho— un hombre-dios (Jesús) da la mano, toma la mano, impone las manos y hace milagros por tal imposición de manos.

Y por tales actos —sueltos, breves, obras especiales: curar...— muestra que es *Quién*. De ellos se tratará a continuación.

(C')

(c.1) El brazo que te rodea
no es brazo porque te rodee;
es brazo porque *te* abraza.

En la Primera parte, § 4.º, se dio de este quisiverso aplicación circunstancial a brazos y abrazos de Dios y Jacob, diciendo o quisicantando:

(c.11, 12, 13) El brazo que a Dios rodea
no es brazo porque Lo rodee;
es brazo porque Lo abraza.
Y Dios se siente abrazado
y no tan sólo rodeado de brazos.
Y así están Dios y Jacob abrazados.

Elohim (el Dioses) se enhumanó, se encarnó en Varón (*isch*) para así ser varón (1), sentirse ser varón (2), y sentirse ser tratado como real Varón por hombre-varón (3). Ser reconocido Varón por varones; sentirse a golpes dados y recibidos los dos ser varón. Nada de abrazos y menos aún de rodeo; sino, diciéndolo en nuestro lenguaje, tratados Elohim y Jacob cual boxeadores en lucha. Toda una noche, sin verse, sin conocerse quién a quién. *Quién* pegaba y recibía golpes de quién; quién los daba y percibía de Quién. Que fuera tal lucha una pesadilla de Jacob y otra pesadilla de Jehová; los dos trabados toda una noche en común pesadilla de dos caras: pesadilla de (*E*) activo-pasiva -y- la misma pesadilla de (*J*) pasiva-activamente sentida. Tal sería la interpretación de un psicólogo actual: pesadilla indisoluble de «alucinación».

Mas sea de esto lo que fuere, lo importante y decisivo para nosotros es que tratarse *con* Dios, *con* quien es Elohim, puede acontecer cual tratarse Varón luchador *con* varón luchador —despiertos, desvelados forzadamente ambos, toda una noche. A Elohim le dio la gana de poner a prueba sus fuerzas; la fuerza de sus brazos, no de sus pies o cabeza —tomando cual *balon d'essai* a otro varón hombre. *Sentirse* Dios *ser* Varón fuerte y poder decirse a sí mismo, sin pretensiones infundadas —a priori de toda experiencia— «Yo soy el que soy Varón luchador, Boxeador invencible», acontece, viene al ser, de la manera ejemplar, criterio del caso —¿ficticio, novelado, revelado o real?— de Elohim y Jacob.

Modelo y criterio por y para siglos de siglos. *Amén.* ¡Ojalá se verificara en el N.T. y posteriormente en él! Entre nosotros —¿y en cada uno? «Que haya» (que hay) algo así cual Dios se nota, se percibe y de ello se apercibe uno —un quién: *q', q"*— más y mejor tratándose a golpes *con* Dios Varón luchador, que tratándose *con* Dios vidente a plena luz de mediodía paradisíaco.

Elohim y Adam, viéndose vistos en común atmósfera de luz, clarísima, purísima, transparentísima, por recién creada.

«Que hay Dios luchador» se sabe por lucha cuerpo a cuerpo; «que hay Dios creador» lo sabe el hombre por sentirse «desnudo y abierto», patente a sus ojos —desnudo en su ser (calado); abierto o patente o catado (más que abierto en canal) en su ser para sí (interioridad)—; lo sabe por sentirse ser más desvalido y desamparado que un niño «expósito» —aun siendo ya varón perfecto. Todo esto se lo sabe por sentirse creatura; por mostración a plena luz, primigenia.

«Que hay Dios» primer motor, primera causa eficiente, primera causa final, modelo primario y primero de ser, lo sabe, pretende el hombre o algunos hombres saberlo por «demostración» de cinco dedos (*digitus*): de cinco-indicios (*in-digitum*).

Demostración, mostración, lucha cuerpo a cuerpo.

Demostración, a la luz de la razón.

Mostración, a luz cálida sentimental.

Lucha, a golpes dados y recibidos.

Dios que se deje *demostrar* que existe y que es tal o cual (qué es) y Dios que se haga objeto voluntaria y libremente —cfr. Tercera parte, § 4.º y aquí inmediatamente (d.1)— se revela ser, estar siendo, menos Quién que Dios —¿el mismo?— que se *muestre* sentirse sentido —cual Padre, Bueno, Salvador, Médico... (cfr. aquí e.1)—; y se revela ser aún menos Quién que quien se dé a (se meta a empellones y golpes) hacerse notar y notarse como (en acto, estado y trance) *Luchador.*

O dicho a la inversa, complementaria: el hombre —o algunos hombres— nota en sí mismo, para sí mismo, que *hay Dios* al y por luchar a golpes *con* y *contra* él —a oscuras de luz física o mental, material o lógica (R^3)—; nota *que lo hay* y que es más potentemente real, que si lo siente con la pasividad característica y predominante de sentimientos (R^2), y nota que es real (que lo hay) mucho mejor y más real que con demostraciones naturales (R^1).

(R^3) (R^2) (R^1)

De (R^1) a (R^2) a (R^3) no hay paso; hay salto, abismo a saltar decididamente, aventuradamente, por parte de Dios y del hombre.

(R^1) es más bien tratar *de* Dios que tratarse *con* Dios.

(R^2) es casi tan tratarse *con* (Dios) como tratar *de* (Dios).

(R^3) es casi totalmente tratarse *con* Dios y un mínimo, siempre posterior, de tratar el hombre *de* Dios y tratar Dios *de* el hombre.

(R^1) es más bien teo-*logía* (dogmática) que teo-*fanía* (teología mística).

(R^2) es casi tanto *teo-fanía* como teo-logía.

(R^3) es *teofanía*, casi total.

Pasado el trance de lucha a oscuras el Vencedor (a medias) pudo decir al vencido (a medias): «Si contra Dios (Elohim) fuiste fuerte, ¿cuánto más prevalecerás contra hombre?».

Y el Vencedor cambió a Jacob de nombre.

Y el vencido se lo cambió al lugar de la lucha: de tal lucha.

El-ohim

Isra-*el*, en vez de Jacob.

Fanu-*el*, en vez de Manahaim.

La lucha invisible durante toda una noche —¿posible durante toda una vida?— termina en acto de visibilidad. Elohim y Jacob se ven; ven que se ven; ven *quienes* son los que lucharon. Y pueden hablarse; el *con*-tacto termina en locución. El tratarse y maltratarse uno *con* otro culmina en tratar uno *de* el otro; trato nuevo que impone hasta cambio de nombres, divinizados ellos: «Fortaleza divina» (Isra-*el*), «Lugar divino» (Fanu-*el*), ganados en lucha leal por parte de Vencedor de un vencido a medias; y por parte del vencido vencedor a medias. Entre dos: uno, Varón por seipsicreador; otro, varón por genealogía. Quién y quién.

¿Posible durante toda una vida?

Durante toda una noche Jacob-varón fue, realmente, y obró realmente como «anti-theo» —antidiós, ἀντίθεος—, como realmente, y no sólo palabreramente, exhibicionísticamente «a-teo» (ἄθεος). Que el Varón resultara siendo nada menos y nadie menos que Dios encarnado en y de varón de potentes y resistentes brazos humanos, sentidos y padecidos como humanos, dependió de poder ser Elohim lo que quisiera y por la duración que quisiere y según las circunstancias que quisiere (Jenófanes, Plotino, fray Francisco, Juan de la Cruz). Quiso pelear a lo varón y de varonil manera, a oscuras; ocultó lo divino de su realidad por toda una noche. La ocultó a varón. La puede ocultar a quien quiera Él, cómo y cuánto. Jacob estuvo siendo —no por simple permisión

divina, sino por positivo acto divino— *antiteo,* toda una noche. Ignorancia permitida, providenciada y mantenida por el mismo Dios, en persona encarnada en Varón. Y recompensado Jacob por Él con visión y donación del título *cum re* de Israel.

Jacob fue realmente *ateo* por gracia de Dios.

Ateo que no haya sido por un tiempo *antiteo* no es realmente ateo. Y haberse sido antiteo es condición para ser realmente ateo —más que de nombre y de exhibicionismo barato.

Jacob había creído en Elohim y creído que Elohim era el Dios de dioses, el Dios de Abraham e Isaac. Le faltaba la experiencia de la realidad de Dios. Antes de esa noche «creduleaba» en Dios. No «creía» en Dios. No se había tratado de Quién a quién *con* Dios. Había tratado *de* Él según tradición venerable, veneranda y, por ello, transmitida veneradamente a sus hijos y a él por sus padres y antepasados hasta Abraham.

Es Dios —Elohim-Jehová— quien ha de decir «suéltame» y dar por razón «que se levanta la aurora»: el momento determinado por Él de revelarse cual Dios; y es llegado también, a la vez, el momento de poner condiciones varón (no del todo vencido) a Vencedor (no del todo vencedor): «no te soltaré si no me bendijeres».

Repitamos el estribillo, modulado al caso, de Quevedo:

> Basta pelearse así una vez Dios y hombre.
> Que con esa sola vez hay para siempre.
> Pretender un hombre pelearse así otra vez con Dios
> fuera en él desmesurada osadía.
> Mas por parte de Dios pelearse así con el mismo hombre
> fuera repetirse quien es originalísimo ser.

(D')

> La palabra que yo te digo
> no es palabra porque tú la oigas;
> es palabra porque *tú me* respondes.

Jehová —encarnado en tres varones— se dirige hacia Sodoma, guiado por Abraham. «Díjole Jehová: "¿puedo ocultar a Abraham lo que voy a hacer?".»

Y sigue el coloquio, sin par en toda la historia hasta nuestros días, entre Dios y un hombre (cfr. aquí Primera parte, § 4.º). El coloquio,

casi disputa y casi regateo, pasa viéndose cara a cara Dios y Abraham. «Abraham en presencia de Dios» (*Génesis*, XVIII, 16-33).

Diálogo

Jehová a Abraham: La palabra que yo te diga
no es aún palabra porque tú me la oigas.
Será palabra según lo que *tú me* digas.
Abraham a Jehová: La palabra que yo te digo
no es palabra porque tú me oigas.
Será palabra según lo que *tú me* respondas.

Según «cuenta y razón», según cuentas y razones que Jehová y Abraham se van dando y tomando:

(1) *Cuenta de Dios:* todos los habitantes, ¿por miles de miles?, de Sodoma...
Razón de Dios: para destruirlos a todos, justos y pecadores, por igual y a la vez: «Pecado de ellos, social, abominable».

(2) *Cuenta de Abraham:* cincuenta justos que salven a miles de pecadores.
Razón de Abraham: contra razón y cuenta primera de Dios quien confunde justos y pecadores en *un* castigo, siendo Dios nada menos que «quien juzga justicieramente todo el orbe».

(3) *Cuenta de Dios* para aceptar la cuenta de Abraham: 50 justos, en favor de miles de pecadores.
Razón de Dios para aceptar tal descuento: la de mostrar que no confunde en un castigo justos y pecadores.

(4) *Cuenta de Abraham:* (50–5) = 45 justos para salvar a miles y miles de pecadores.
Razón de Abraham: contra la razón y cuenta primera de Dios «quien confunde en un castigo justos e injustos».

(5) *Cuenta de Dios:* acepta que 45 salven a todos.
Razón de Dios: la de no confundir en un castigo justos e injustos.

(6) *Cuenta de Abraham:* (45–5) = 40 justos salvadores de miles y miles de injustos.
Razón de Abraham: contra la razón primera de Dios, de confundir en un castigo justos e injustos.

(7) *Cuenta de Dios:* 40 justos, salvadores de todos. Descuento aceptado.
Razón de Dios: mostrar que no confunde justos y pecadores en un castigo.

(8) *Cuenta de Abraham:* (40–10) = 30 justos salvadores de todos.
Razón de Abraham: contra la primera de Dios, *rogando* a Dios que no se irrite por tal recordatorio y magnitud del descuento.

(9) *Cuenta de Dios:* acepta el descuento de Abraham, 30 salvadores.
Razón de Dios: la misma primera: no confundir justos e injustos en un castigo.

(10) *Cuenta de Abraham:* (30–10) = 20 justos, salvadores de todos.
Razón de Abraham: la contra la primera de Dios.

(11) *Cuenta de Dios:* pone 20 en su cuenta de justos salvadores.
Razón de Dios para admitir tal descuento: la misma primera: no confundir justos e injustos en un castigo.

(12) *Cuenta de Abraham:* (20–10) = 10 justos.
Razón de Abraham para tal descuento: la contra la primera (razón y decisión) de Dios «*rogándole* que no se irrite» por tal tercer recordatorio y magnitud del descuento.

(13) *Cuenta de Dios:* pone en su cuenta 10, salvadores de todos.
Razón de Dios para admitir tal y tan grande descuento: la de mostrar una vez más que no confunde en un castigo justos e injustos.

(14) *Cuenta de Abraham.* Entrada cero. No cuenta ni con diez.
Razón de Abraham. Diez no salvan con su justicia a miles y miles de injustos.

«Fuese Dios, apenas hubo terminado de hablar con Abraham.» Dios desencarnóse.

«Abraham volvióse a su lugar»: el aprisco de Mambré.

Todo este regateo divino-humano entre Jehová y Abraham degeneraría en farsa o chalaneo de bazar oriental si supusiéramos que Jehová conoció de antemano el número exacto de justos en Sodoma y vecindades; y que Abraham conoció también, antes de entablar tal regateo, que no llegaba a diez el número de justos. Que, a lo mejor o a lo peor, no había sino un solo justo: Lot. Pero Abraham ignoraba que Jehová supiera el número exacto. De saberlo Dios y de saber Abraham que Jehová lo sabía, todo el intercambio de palabras y grados descendentes del regateo —conmovedora maravilla de diálogo entre Dios

hombre, en su redacción bíblica— resultara quisijuego y quisirregateo entre quisidiós y un quisihombre:

Farsa

Dios omniesciente.
Hombre esciente de la omniesciencia divina.
Dios se hace el ignorante.
Abraham se hace el ignorante de la omniesciencia divina.
Dios se hace el ignorante del conocimiento que del número exacto tiene Abraham.
Abraham se hace el ignorante del número exacto de justos.
Dios se hace el ignorante (el menospreciador) del valor del número de justos, en comunidad con injustos, al despreciar su número paso a paso. Tanto 50 como 45, tanto 45 como 40... tanto 10 como 20 merecen salvar del castigo a todos.
Abraham que sabe desde el comienzo el número exacto de justos se hace el ignorante del valor del número de justos en una ciudad; y rebaja paso a paso, y después de salto en salto, el número de salvadores.

Luego a la inversa:

Sinceridad

Dios ignora el número de justos e injustos. Por ignorarlo y reconocer su ignorancia, él mismo dice: «Bajaré a ver si son fundados los rumores que han llegado hasta mí acerca del abominable pecado, y así llegaré a saber» (*Génesis*, vrs. 21). Ignora; y no sólo se hace el ignorante.
Abraham ignora el grado de elasticidad que misericordia, gracia, arbitrio confieren a justicia y a decretos de ellas.
Hay que ponerlo a prueba. Poner a prueba tales dotes divinas. A prueba sensible, irritante —por ello Abraham dice: «No os irritéis conmigo, Señor, que soy polvo y ceniza, si hablo así una vez más».
Pónese a prueba Jehová a sí mismo: «Quien no ha sido tentado ¿qué sabe?», dice la Biblia misma. *Q'* y *q'* se han puesto a prueba en punto y sentimientos de justicia respecto de justos e injustos, perdón y castigo.
Trato de *Q'* con *q'*: entre *quiénes*.

«Yo soy el que es» justo en decretos y ejecución. «Yo soy el que se compadece de quien quiera y seré clemente con quien me agradare» (*Éxodo*, XXXIII, 19). No podemos saber qué hubiera hecho Dios si Abraham prosigue en el regateo descendente desde 10 a 1, ¿y a cero?

Ni Jehová mismo podía saber, al dejar de regatear Abraham, lo que su libertad, albedrío, gana —misericordia, clemencia— habrían respondido y hecho.

Llenar ese vacío de ignorancia —divino-humana— será procedimiento que se imponga y aun se generalice, posteriormente, cuando, *primero* la mentalidad helenística y la filosofía helenística *después*, intenten —por creerlo deber de conciencia religiosa, y crean haberlo cumplido— completar según Razón los huecos, incoherencias, contradicciones de las tenidas por Palabra divina.

¿Desde cuándo compasión, realmente sentida y clemencia realmente ejecutada tienen que justificar sus actos y decisiones extra-contra-supra justicia y razón, por razones necesarias y suficientes?

Omnisciencia-omnipotente hacen imposible todo diálogo entre libres: entre *Quién* libre y *quién* libre.

Pre-esciencia y pre-destinación servidas de omnipotencia hacen imposible diálogo cual el, admirablemente sincero, de Tú a tú, entre Jehová y Abraham.

Luego, a la inversa, el hecho de este diálogo refuta presciencia y predestinación; y hace posible, real y sentidamente, libertad. Constituye a los dialogantes en *quiénes*.

Luego un genuino y sincero creyente se cree con facultad o derecho —fundado en su calidad de creyente— a dialogar así con su Dios:

Creyente, a Jehová: La palabra que yo te digo
no es palabra porque Tú me la oigas.
Será palabra según lo que *Tú me* respondas.

Jehová, a creyente: La palabra que yo te digo
no es aún palabra porque tú me la oyes.
Será palabra según lo que *tú me* digas.

Creyente y Dios a la una dicen:

Así que me siento, te sientes, nos sentimos hablantes y hablados: palabreramente correspondidos.

Así que nos sentimos triplicadamente reales (1) por hablantes; (2) por sentirnos hablantes; (3) por sentirnos hablantes hablados: correspondidos a palabras. Nos hacemos *quiénes* por tal acto.

(E′)

(Mi) conocimiento sobre *qué es* (tu) *qué es*
no es conocimiento porque (yo) o (tú) lo tengas.
Conocimiento es porque, a la vez, conoces (tú) cuál es mi qué.

(Y correlativamente cambiando tú por mí, y las concordancias gramaticales.)

Glosa

Recordemos:

La cosa que tú ves no es
cosa porque tú la veas;
cosa es porque no te ve.

Mas respecto del *qué es* (de) Quién vale:

El qué es de un Quién no es *qué es*
mientras esté siendo de tal Quién.
Es qué es, si Quién lo suelta a ser.

Advirtamos, Lector y Autor, unas calidades de yo —de Quién o de quién es en tono de yo.

(1) Serse por modo de yo es serse el mejor aislante de todos, y lo mejor aislado de todo. Sócrates es griego, hombre, sustancia... ser; mas todo eso no es premisa o condición suficiente para ser Sócrates. De todo ello algo es común a muchos; algo, a muchos más; algo, a muchísimos, y algo a todos los entes: Dios y dioses incluidos. La originalidad, novedad, de ser Sócrates —de ser Sócrates por modo de yo— resalta frente o se salta, transciende, todo lo común —específico, genérico próximo o remoto, o carácter transcendental.

No hay paso lógico ni real de todo eso a él. La originalidad y novedad de Sócrates está aislada y se aísla de todo ello en cada acto y rato en que Sócrates es Sócrates.

Ser yo —ser quién por modo de *yo*— es, pues, el modo más perfecto de aislarse de todo, de estar aislado de todo. Se aísla de todo, sin aniquilarlo; más aún: se da —si se me permite la frase— el lujo de servirse de todo cual de fundamento fáctico de su realidad, sin quedar preso de ella.

(2) *Yo* se aísla, está aislado, aun de los entes que sean, cada uno, un yo —aislado de los parientes más próximos que parecieran, por la proximidad del parentesco, poder adentrarse en yo cual «Pedro por su casa»; y por parte del yo, sentirse obligado a tener respecto de ellos «casa abierta».

No la tiene ni puede tenerla; ni pueden forzar puertas o ventanas. Sócrates no solamente no es Platón; es imposible que lo sea. Y lo mismo vale de Platón respecto de Sócrates. Y es imposibilidad simétrica. Tan imposible lo uno como lo otro. En caso, típicamente extremo, extremoso y extremado: es imposible que yo sea Dios; y le es imposible a Dios ser Sócrates... ser J.D.G.B.

El serse por modo de yo, en cada acto y rato en que yo soy yo o yo estoy siendo yo, hace imposible el que Dios que se sea por modo de *yo*, haga acto de presencia y de eficiencia en un yo —en Sócrates... Y en efecto —y no es simplemente de hecho, sino por necesidad— Dios no está presente ni puede estarlo en *yo*, en yo consciente de sí, en acto de ser yo *yo*. Si Dios estuviere tan realmente presente a yo cual lo está un yo en sus múltiples actos de yo —actos de sentir un cuerpo como mío, puestos como míos; deseos, como míos...— sobrarían teofanías y teologías, y harían el ridículo todas las vías o procedimientos para demostrar que hay algo así cual Dios. Que, por ridículo, por redundante, es pretender y meterme yo a demostrar que existo. Y que alguno (otro yo) se meta a demostrar a otro yo «que existe» es, además de ridículo, y redundante, invasión de la intimidad y atentado necesariamente frustrado, por el que se pone en ridículo quien lo acomete.

En efecto —y es *dato*— Dios (en estado de yo) ni aparece ni está en un yo (consciente de sí: en acto de yo). *Luego*: la omnipresencia de Dios no es «omni»; ni está ni puede estar presente en un yo, ni en igual grado de presencia ni en mayor. Estar siendo yo es la manera más eficaz y realizada de estar siendo *ateo*. Sin demostraciones, sin pruebas ni vías, cinco o cincuenta.

Serse por modo de yo, y en los actos y ratos de serlo, es el aislante perfecto y palpable respecto del gran intrametido, sin ser entrometido, que, según la teología, es Dios.

(3) Ser animal, racional, corporal, sustancia... ente, definen esencia —y la organización interna de los grados internos— de Sócrates; ser griego, hijo de *A* y *B*, nieto de *A'*, *B'*, *C'*... define la genealogía de Sócrates. Si Sócrates no se pone —o se halla puesto por despierto— a serlo todo como suyo, de suyo, tal conjunto de componentes, de trabazón necesaria —admitámoslo— queda patente, expósito, a cualquiera,

como de cualquiera —de la misma especie, del mismo género...—; y Sócrates está siendo un cualquiera y resulta cognoscible por cualquiera que lo conocerá como un cualquiera. Conocerá (su) esencia o naturaleza: su *qué es*.

Platón en cuanto Platón (en cuanto yo) no conoce ni puede conocer a Sócrates en cuanto Sócrates. Para ello habría de serlo. La muralla que al derredor de sí pone el ser yo (Sócrates) se asienta necesariamente sobre el terreno firme de griego, animal, racional; mas por muchas vueltas y revueltas, procesiones sagradas y circunvoluciones militares, asedios y asaltos, lo de *yo* permanece inescalado e incólume.

Las matemáticas han inventado un tipo de aislante, propio suyo: el paréntesis, vgr., a, b; $a + b$; $(a + b)$; $(a + b)^2$... $(a + b)^n$.

a, b; $a + b$ indican magnitudes abiertas a operaciones; mas $(a + b)$ indica una especial cerradura. Tal y tanta que la operación indicada por $(a + b)\ c$ se quedará en indicada —no verificada—, hasta que la propiedad (axioma) distributiva abra el paréntesis y resulte $ac + bc$.

$\sqrt{2}$ es un número cerrado. Se lo abre por $(\sqrt{2})^2$. Más cerrado aún es $\sqrt{-1}$; y se abrirá $(\sqrt{-1})^2$. ( ) es un aislante matemático, con leyes propias de encierro y desencierro.

La filosofía actual —la husserliana ejemplarmente: por primera y única— ha introducido la operación de «abstención» (ἐποχή): «poner fuera de acción», «meter en paréntesis» una realidad o acción. Paréntesis fenomenológico.

En $(a + b)c$ el paréntesis, relleno de números, pone fuera de acción (de la de multiplicar) a otro número, el c.

Abstenerse de juzgar, afirmar, negar, valorar... es poner *yo* en paréntesis algo; hacer que proposiciones, teorías... evidentes, probables... no puedan obrar, actuar, sobre el (yo) —encerrado en sí y para sí—; y, al revés, complementario: (yo) no obra y no puede obrar, por tal estado o actitud (*Einstellung*) sobre teorías, proposiciones...

Pues bien: la acción peculiar del yo, no aislado, consiste en el plan y ejecución de hacer de todo (algo) *mío*: de alma, *mi* alma; de cuerpo, *mi* cuerpo; de concepto, *mi* concepto; de Dios, *mi* Dios.

Mas en virtud de la acción —espontánea, nueva, original— de ponerse yo a ser yo, ni más ni menos que yo, cual único, original, cual presente, por nuevo; cual actual por espontáneo, se encierra en sí mismo para sí mismo y deja que cuerpo sea cuerpo; alma, alma; pensamientos, pensamientos...; Dios, Dios. Eliminado, retirado lo de *mi*.

Es decir: lo suyo (lo mío) resulta cualquiera; y está siendo «cualquiera». Por tal renuncia, diríamos, a propiedad privada, lo poseído

desciende a propiedad pública —de ciencia, de religión, de sociedad. De *mi* esencia, a esencia; de *mi* naturaleza, a naturaleza; de *mi* Dios, a Dios: a lo divino.

El *quién* ha soltado (su) *qué es* a *que sea*, a *que es*.

El *qué es* de (su) quién no es *qué es* mientras esté siendo de (tal) quién. Es *qué es* si su quién lo suelta a ser.

Cuando un yo (humano) se pesa en la balanza, se pone a tratarse, se trata de cualquier cuerpo; trata (su) cuerpo como uno cualquiera, de (su) peso, vgr., 80 kg, sea cuerpo humano, azúcar, barro, saco de cemento... Aún más: el yo ha inventado la balanza que es instrumento delatador —sin voz— de lo que un ente tenga de masa (m) y cual masa, indiferente a entes. Se tratan todos los cuerpos, vivientes o no, del universo a tenor de la fórmula

$$G = g \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$$

El termómetro —otro instrumento invento de *yo*— trata o delata por igual la temperatura de un cuerpo cualquiera —viviente o no, divino o no.

Quien se pesa, se toma la temperatura, la presión arterial, habla por teléfono, se fotografía... se sirve de un instrumento inventado por él mismo para tratarse de cualquiera, para ser un cualquiera. Él mismo se ha depuesto de yo (único) a *cualquiera* (a uno de tantos: de 6.000, de $5 \cdot 10^9$). Y lo que él conoce entonces es su calidad de cualquiera, y hace que esa calidad-cantidad constituya los datos científicos. De modo que el *factum* de haber ciencias que se sirvan de tales aparatos y ofrezcan a un conocedor datos que encajen en ciencia matemática y en fórmulas cuyos argumentos sean unos de tantos, revela que (un) quién ha soltado, depuesto los entes, y se ha soltado, depuesto a sí mismo a ser «*qué es*».

Similarmente, todo concepto unívoco o análogo delata el estado de cualquierismo de los elementos de su extensión. Toda palabra es un universal, aun la de yo, como se ha dicho aquí repetidas veces, y a propósito siempre que se presente la oportunidad.

Así que todo *qué es* —qué es ser, qué es uno, qué es verdadero, qué es causa, qué es Dios, qué es hombre, qué es número, qué es figura, qué es átomo— viene al ser, a ser su ser, cuando y porque un Quién o un quién se depone de ser yo: o se retira a serse yo, ni más ni menos: ensimismado y consimismado.

En semejante nivel o estado común: de *qué es*, se conoce (un) yo

como un cualquiera y se desconoce como yo: Jehová... Moisés; conocerse como un cualquiera —cuerpo viviente, racional...— des-conociéndose como yo, produce el conocimiento científico, más o menos perfecto; y los entes, depuestos al nivel de cualquiera des-conocen al yo. Tratarse como cualquiera, según, vgr., $\frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$; $z = 1/2gt^2$; $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$; $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, etc., es tratarse uno *con* otro: estar sometidos a las mismas leyes, neutrales a yo, a éste; y de tal trato *con* podrá surgir el trato *de*.

De tratarse m_1 con m_2 —vgr., tierra y manzana, sol y luna; Newton y Cavendish, ameba y RNA...—, todos según esa misma ley, surgirá en Newton y Cavendish el tratar *de* la gravitación universal. Newton llegaría a ser «médium» de tal ley real, por haberse tratado *con* los cuerpos, vivientes o no, racionales o no... cual *con* unos cualesquiera.

Gauss llegará a ser el *médium* —altavoz— de geometría diferencial que trata a las geometrías de curvatura constante: las de Euclides, Lobachevski, Riemann, como unas de tantas, por haberse puesto a sí mismo, a su yo, a ser uno de tantos —pocos por de pronto; ahora, cualquiera de los geómetras: 100, 1.000... de aquí al año 1986.000.000.

Si la fórmula, vgr. la de $ds^2 = \sum_1^4 g_{ik} dx^i dx^k$ trata a las tres geometrías aludidas de «unas de tantas», de una cualquiera de tres, el *médium* (altavoz) de esa fórmula dirá, escribirá, tal fórmula. Y al pensarla Gauss, la pensará como uno cualquiera, no como yo: cual mía de él, propiedad privada suya; y pasará a propiedad pública inteligible por otro cualquiera —genio matemático o no—; pasará a imprimible en material que es cualquiera: a papel en que se podrá imprimir lo que se quiera. La fórmula aparecerá en papel —como aquí—; mas ni ella se hará de papel ni el papel se hará fórmula.

Quede introducida la palabra *médium* (plural *médiumes*) —hablada o impresa, pronunciada o impronunciable según gramática de origen y perduración filogenética: anatómica y fisiológica— cual propia del estado de cualquierismo de un dominio real (más o menos extenso) y estructurado por contexto de relaciones.

El médium-altavoz vocea un cualquierismo estructurado; es, está siendo, su altavoz; no en cuanto yo (Gauss, Riemann, Newton, Einstein, Gödel...).

Aristóteles lo notó, a su manera y sazón histórica, al decir: Polícleto no es escultor en cuanto Polícleto; a la estatua le es accidental haber sido hecha por Polícleto. A Polícleto se le objetivó y enajenó la estatua

por el mero hecho de hacerla. Hecha, deja Polícleto de ser (su) causa eficiente y (su) causa final. Queda patente, expuesta a miradas, traslados, estudio de otro cualquiera, en cualquier tiempo, ocasión.

Sirva este caso para aludir a otros tipos de médiumes: profetas, magos, Caudillos, Fundadores de religiones... músicos, matemáticos, técnicos, como «altavoces» todos ellos, de estratos más o menos profundos del universo en cuanto *divino* (cfr. Tercera parte).

Médium es un quién o Quién coafinado con lo *divino* del universo; coafinado o porque él (el Quién o el quién) depone su yo a serse un cualquiera para que así, mediante él, en tal estado del cualquierismo graduado de lo divino del universo diga éste su *qué es*, sus estratos de *qué es*; irrumpa por él; rotura e irrupción que se llamará (por los no médiumes) genio, trance; o porque lo divino del universo, (sus) componentes dinámicos: su infinidad, su totalidad... irrumpen por un hombre (por un yo) y lo rompen y «rompe él a decir» lo que dicta el universo —sin boca de anatomía y fisiología humanas— a la boca natural del hombre (de ciertos hombres) rompiendo su lenguaje natural y dictándole otro.

Los grandes músicos —Bach, Beethoven, Brahms, Bruckner...
Los grandes físicos —Newton, Hamilton, Maxwell, Einstein...
Los grandes matemáticos —Fermat, Leibniz, Gauss, Cauchy, Poincaré...
Los grandes técnicos —Hertz, Edison, Fermi...

son
médiumes
de lo divino del universo.

Altavoces de lo divino para todos, comenzando por ellos mismos que son los primeros sorprendidos de tal su función de médiumes de lo divino del universo.

Cerremos este punto; dejemos la alusión en alusión. En la Tercera parte (cfr. Apéndices F, G, H) se han presentado tres *médiumes*: Autor del Génesis, Beethoven, Gamow, por los que irrumpe, por primera vez, lo divino del universo (creación) haciéndoles hablar y decir de tres maneras diversas el *qué es* de tal acontecimiento. Manera verbal, manera musical, manera matemática.

Conserve el Lector la definición:

Conocer
es
coafinación locuente entre un Quién y un qué es. Quién depuesto a ser *médium* de un *qué es. Qué es* puesto a irrumpir por un *Quién.*

Todo esto en trance, a la una.
Nada y nadie queda pasmado.

(F')

El amor que yo te tengo no es
amor porque yo solo lo tenga;
amor es si, a la vez, me amas.

(I)

En la Primera parte, § 1.º, contraponíamos y complementábamos *qué es* en sí (algo) y *qué está siendo* para nosotros (tal algo).

Exp. { «vino» — (vino)
{ CH_3CH_2OH — líquido embriagador...
{ «azucar» — (azúcar)
{ $C_{12}H_{22}O_{11}$ — sólido dulce.
... ...

Lo que algo está siendo para nosotros, los hombres, es lo directa, inmediata, perceptiblemente dado a sentidos y potencias del alma.

Tal *dato* precede, a veces por miles de años, al descubrimiento de su *qué es*: al des-en-cubrimiento de lo que el dato encubre.

Lo que una cosa es para nosotros encubre «qué es» ella en sí. Y tal velo, envoltorio, parencial, es algo original, nuevo, espontáneo que aporta o hace surgir la vida en y de lo *qué es*. Es un don, regalo, aporte de la Vida.

Lo *qué es* (algo, cosa) es condición o causa necesaria y continua para que lo que es ella para nosotros, para cada uno, sea real —real gusto, realmente visible...—; mas no es suficiente. La falta de suficiencia, a pesar de la necesidad, delata lo vital, vivible, de una cosa: la dosis de novedad, originalidad, espontaneidad que le aporta la vida, el viviente, el vivi-*ente*.

Por muy diversos que sean «*qué es*» (esencia de algo) y lo que está siendo (tal algo) para nosotros se complementan. Y cuanto mayor sea tal diversidad, tanto mayor es lo que el viviente aporta a lo real a *qué es*. Tanto mayor es la dosis de originalidad, novedad, espontaneidad.

Recordado todo esto —una vez más de las muchas, a lo largo de esta, ya, larga obra— la afirmación siguiente adquiere sentido, y es desafío: *qué es* Amor (en sí) y *qué está siendo* (para nosotros) amor;

lo primero pudiera, puede y ha de poder presentarse y dar la impresión de ser algo tan diverso de lo que el segundo ofrece a sentir como, o más, que

CH_3CH_2OH es diverso de vino gustado; que
$C_{12}H_{22}O_{11}$ es diverso de azúcar gustado.

Dar, pues, por sabido y resabido lo que para nosotros los hombres está siendo —y estará siendo, tal vez, así por siglos y siglos— es partir de un dato imprescindible. Demos, pues, por sabido y resabido *lo que es* (para nosotros) «amor». Empero a fin de hacer resaltar la diversidad entre *qué es* Amor y lo que *está siendo* recordemos brevemente lo qué estuvo siendo:

(a.1) para los griegos del siglo VII a VIII a.C. «Amor» (Ἔρως): «el bellísimo entre los dioses inmortales; dios él: el desatador de miembros; mas el que en los pechos de todos: dioses y hombres, es domador de mente y aun de voluntad la más sensata» (Hesíodo, *Teogonía*, 120-122).

(a.2) En el *Banquete* de Platón, «Amor» (Ἔρως) es simple en cuanto a palabra; es unisonante. Mas es «acorde» en cuanto a significación; es multisignificante y por multisignificante resuenan en tal palabra seis significaciones, seis componentes o seis notas de amor, de su «acorde»: la divina, la cósmica, la medicinal, la fisiológica, la retórica y la dialéctica. Una nota puede pasar a dominante; las demás, siempre sonantes, a acompañantes.

Lo divino, lo cósmico, lo medicinal, lo fisiológico, lo retórico, lo dialéctico de Amor, todo a la vez, a la una, a modo de «acorde»; mas la dosis de cada componente, sin ser nulo nunca, varía de época a época y de edad a edad del individuo. Pero aun en todos los casos de dosis variable lo *que está siendo* (para el hombre) amor es más diverso de lo *qué es* Amor, que lo son

CH_3CH_2OH, de vino, y
$C_{12}H_{22}O_{11}$, de azúcar y
H_2O, de agua y
$z = 1/2\, gt_2 + bt + c$, de trayectoria de caída de una piedra sobre la tierra; y
$G = g' \frac{m_1 . m_2}{r^2_{1,2}}$, de atracción gravitatoria de dos masas.

Las fórmulas (Lámina 1) de mecánica newtoniana, einsteiniana y de Maxwell son el *qué es* real de verdad y real de eficiencia —necesaria y continua— no sólo de las fórmulas repetidas de la izquierda, sino de *lo que están siendo* para el hombre.

Tema actual: amor, subtendido, sustentado, mantenido, hecho real de verdad y de eficiencia por ellas. Sin ellas de fondo necesario y continuo y eficiente, amor y lo que está siendo —sentido, imaginado, pensado, dicho— no pasaría de poema o de *Cantar de los cantares*, de discursos o *logos* de comensales en diálogo o de amorcillos entre «hadas» o de *Calixto y Melibea* o de *Canciones entre el alma y el esposo, Romeo y Julieta, Tristán e Isolda, Madame Bovary, Sonata Kreutzer*...

¿Cuáles son, pues, las fórmulas equivalentes a las de química, física, matemática que hacen de fondo, de realidad de verdad, de «amor» —el dado por la vida macroscópica, global, simplificadora, natural?

Es condición de tales fórmulas necesarias, inmediatas y afines lo declarado en los quisiversos:

El amor que yo te tengo no es
amor porque sólo yo lo tenga;
amor es si, a la vez, me amas.

Reciprocidad sentida.

El o lo *qué es* Amor (sus fórmulas) no son elixir o pócima a beber para llegar a sentir lo que está siendo para nosotros «amor» —cual las fórmulas anteriores no indican, ellas de por sí en su límpida, patente estructura y en los elementos que las rellenan, lo que se ha de tomar para aplacar la sed, endulzar un líquido o sólido naturales.

Las fórmulas de lo *qué es* amor: de lo *qué es* en realidad de verdad y de lo que tiene que estar subtendiendo, sustentando y manteniendo para que surja lo que está siendo amor —sentido y simplemente real como divino, cósmico, medicinal, fisiológico, retórico y dialéctico— lo delata la estructura, texto o tejido de relaciones indicadas con (f.1; f.11, 12, 13).

(II)

Relaciones añudadas, a diferencia de las simples, propias de física, matemáticas, visualmente presentadas en el cuadro —impresionante— de la Lámina 1. Y dicho verbalmente, en lenguaje natural, comodín verbal, de

(f.1) Y tú, a la vez, notas que yo te amo.
Y yo, a la vez, noto que tú me amas.

Ni el Sol puede decir —tolérese el antropomorfismo— a la Luna «yo noto que tú me atraes»; y la Luna, al Sol: «yo noto que tú me atraes». (Se) atraen mutuamente, mejor dicho, simultáneamente y simétricamente.

Ni el uno decir al millón: «me siento pequeño, por sentirte grande»; ni el millón al uno: «me siento grande, por sentirte pequeño». Casos de relación simple, resaltantes en su originalidad al surgir añudamiento. En el primer caso la fórmula, real de verdad,

$$G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$$

y en el segundo la «$1 << 1.000.000; 1.000.000 >> 1$» desmienten sin decir palabra lo que de natural filogenético aporta el añudamiento.

En el primer caso se escribiría a *dictado* de lo *qué es* $G \equiv R(g', m', m'', r)$, relación entre una constante (g') y tres variables (m', m'', r). En el segundo $R'\ (1, 10^6)$, $\breve{R}'\ (10^6, 1)$.

Para decir la relación añudante, sin hablarla, vgr., en castellano, la relación de añudamiento amoroso y demás caracteres de la relación de amar, habríanse de escribir fórmulas que para ser rigurosas y además esclarecedoras, habrían de ser complicadas, semejantes en estructura a las presentadas en la Lámina 1. Para el lector no hecho a fórmulas matemáticas y lógicas, resultarían tropiezo inevitable e inútil; para el habituado son adivinables por la sencilla formulación siguiente: la relación de amar (o de amor) o lo que de relación tiene propia y originalmente el amor posee las características:

(1) Es añudante, así que doblemente uniente, a diferencia de las relaciones, aun las complicadas, lógico-matemático-físicas que son simplemente unientes.

(2) Añuda dos términos (al menos): dos yoes, doblemente unido cada uno por mismidad: yo es yo mismo, consciente de su mismidad, de su identidad: ensimismado, consimismado. Relación de propiedad *birreflexiva.*

(3) La relación de amar (o de amor) por ser real y verdaderamente añudante, es doblemente apretante o abrazo triplemente real y produce un *nos* que, por una parte, une yoes con unidad de tipo nuevo, espontáneo y original y, por otra, atenta contra la mismidad encerrona de cada yo. Tienta, atienta y consigue en actos, a ratos sueltos, desencerrar al yo ensimismado y consimismado (egoísta). Aprieta (abraza) un yo con y contra otro yo. Propiedad relacional de

compresión, con efecto sobre los reflexivamente o doblemente encerrados cada uno: el de *explosión. Compresión explosiva.*

(4) El *Nos*, efecto del añudamiento, desencierra la birreflexión de los (dos) yoes. Cada yo es, por Nos, amante que se siente amado por el otro. Sentirse amante amado y notar que el otro lo nota es original manera de desencerramiento. Es contradicción interior positiva: ser yo (por amante) ser el otro yo (por sentirse amado por el otro). Ser amante es ser amante de otro. Ser amante es ser amante de otro (primer desencerramiento de mismidad) y sentirse amado de otro (segundo componente de desencerramiento de mismidad). Sentirse vidente-visto (a.1); sentirse abrazador-abrazado (c.1); sentirse hablador-hablado (d.1); sentirse conocedor-conocido (e.1). Sentirse atrayente-atraído. Propiedad de *escisión*, de seipsiescisión.

Resumidamente: la relación de amar (de amor) es relación añudante, compresional, explosiva y seipsiescindente de y a costa de realidades birreflexivas. Y es relación real de verdad. No solamente escrita, sino inscrita en material consciente-viviente-masivo. Por *masivo*, inscrito en lo básico del universo: bariones, mesones, leptones, campos; por *viviente*, integrado de células, órganos según anatomía y fisiología; por *consciente*, médium o altavoz (interior y exterior) del fondo estable matemático-lógico del universo; y por realmente *consciente*, paciente del componente estadístico probabilístico del universo.

Así que algunas secuelas generales de tal relación multicompleja son: (1) por ser viviente el material (o argumentos), las calidades de vida o de viviente: originalidad, espontaneidad, novedad (en una palabra «creatividad») impregnan a amor: a amante y a amado, imponiéndoles desde dentro el sentimiento de novedad, de primicia, de no usual y de no usado; el timbre sentimental y sentido, de surgencia, de improvisación, no de rutina; la nota de originalidad: de estreno, de sorpresa, de moda. Todo ello, a la una, en un «acorde» multisonante siéntenlo, lo están sintiendo y sentido, amante y amado por vivientes. Y siéntenlo en su integridad real: de cuerpo-alma, potencias-sentidos, a la una, al unísono.

(2) Amar —explícitamente con explicitación de su tejido de relaciones— es amar alguien *algo* del amado: algo que es razón y motivo del acto de amar y de sentirse amante. Y a su vez el amado ama algo del amante; algo que sea razón y motivo de amar. Tal algo —razón y motivo— puede ser bondad, sabiduría, belleza, potencia... que hagan de razón-motivo, de razón moviente-y-movimiento racional; empero *tal par* —razón y motivo— no puede pasar de pretexto, aliciente, aperitivo

de amar, so pena de que, si la razón predomina, la espontaneidad se anule por el peso de razón, por necesidad racional; si predominare lo de motivo, el amor degeneraría en peso —a tenor de la clásica sentencia de Agustín de Hipona: *«amor meus pondus meum, eo trahor quocumque trahor»*. Irresistible es calidad destructora de espontaneidad. Amar, amor en acto, no necesita —más bien rechaza— causas necesarias y suficientes. Le basta con un pretexto, aliciente, aperitivo que bien se pudieran llamar «causas ocasionales». Los ojos glaucos de Atenea (γλαυκῶπις 'Αθήνη), los blancos brazos de Juno (Hera, λευκώλενος); «sola su figura», «esos semblantes plateados», *«incessu patuit dea»* —el andar de diosa.

En solo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.
...
el aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena ...

Todo ello pretextos, alicientes, aperitivos de amor; en acto y pasar al acto. Nada de causas necesarias y suficientes. La creatividad de la vida —aun de la vegetativa, sensitiva, racional y volitiva— descarta causas necesarias y suficientes. Anula las necesarias, sin aniquilarlas —sin aniquilar cuerpo: realidad en contacto con lo básico del universo. Para la espontaneidad, novedad y originalidad de amor en acto hace de causa próxima y afín la probabilidad —ley real, complementaria de necesidad— por sus componentes de excepciones. Amor, para sentirse am-*able (amabilis)* por otro, digno de ser amado, y para que otro se sienta amar dignamente al otro, y para que el primero pase, se sienta pasar de am*able (amabilis)* a am*ado (amatum)* y ambos se sientan ser amante y amado «dignamente», bastan y casi sobran pretextos, alicientes, aperitivos. Por ello a amar, a acto de amar o amar en acto, se los siente ser tan próximos y afines a «creación».

Para crear ha de bastar un pretexto; si se obra por causa o motivos necesarios y suficientes «crear» desciende a «producir».

«Desde siempre» —frase de pasado histórico convencional— se crea por la palabra, por decir «hágase».

Amar necesariamente, mandar el amor, reconocer que para ello ha o se dan razones y motivos necesarios y suficientes son barbaridades asesinas de la creatividad de amor: de su espontaneidad, originalidad y novedad.

(3) Por tener el cuerpo inscrito, intrínseco en sí mismo el cálculo de probabilidades, y porque la probabilidad no queda ni puede quedar extasiada, pasmada en un caso o saque, tiro o jugada la más fabulosa y extraordinaria (cual sacar en la primera jugada seis millones de seises jugando con seis millones de dados, o cual componer Homero la *Ilíada* íntegra de un tirón, sin pausas bucales; o que Beethoven hubiera compuesto, hecho él de médium, de un tirón, seguida, la *Novena Sinfonía* —que casi de un tirón la reproducen los discos—), el amor no puede quedar, y no queda, extasiado, pasmado para siempre en un acto el más fabuloso —los de Romeo y Julieta, Dafnis y Cloe, Paris y Helena... Deja de ser «porque sí»: por ser caso improbabilísimo según el cálculo de probabilidades, regente, sin pausas, en la base misma del universo y por tanto del cuerpo.

Para que el triple grado de realidad de cada uno de los dos amantes —ser amante *(a)*, sentirse amado *(a)* por otro amante *(b)*, quien a su vez puede serse en tres grados de realidad: ser amado *(b)*, sentirse amante *(b)* y sentirse amado por *(a)*— coincidan en un acto es preciso un pretexto, ocasión, aperitivo, gana, querencia en función de «quisiespoleta», de «TNT», simplemente porque sí, por esa «razón de la sinrazón que a la Razón se hace» amarse dos «por la fermosura» que es, ella misma, no un efecto necesario de causa (formal, material, eficiente y final), sino don, regalo, de la creatividad de la vida: regalo espontáneo, nuevo, original. Amar, dícese, es *hacer don de sí*. La fermosura es uno de tantos, no muchos, pretextos o espoletas de amor. En algunos pueblos, e individuos, es ella pretexto frecuente, aperitivo de amarse. En otros, menos.

A su vez apetito, querencia y complementariamente aperitivo y gana corporales —por ello la vida fisiológica y psicofísica— están intrinsecados, impregnados de cálculo de probabilidades, de azar —inconstante, aleatorio—, más en dosis mayor están sometidos al componente de necesidad (microscópica y macroscópica) del universo.

De ahí que la apetencia, querencia y gana sexuales (machihembramiento) tengan más de necesidad —proveniente no de pecado, cual de causa necesaria y suficiente o de una mutación pasada a hereditaria de genes— que de probabilidad: de «dichosa ventura» y de «aventura».

Empero sin esos dos componentes corporales y complementarios, «amor» (amarse *a* y *b*) carece de realidad de verdad cósmica, medici-

nal, fisiológica, y de los demás componentes o notas resonantes en el «acorde» vital del viviente, del viviente íntegro; las de divino, retórico, dialéctico suenan a «falsete».

Con un ejemplo que prepare el camino para otras advertencias. A fin de no transgredir la norma de «observar la urbanidad» convencional, se ponen en latín (oficial) ciertos versículos de cierto original (hebreo). Se subrayan ciertas palabras que fray Luis de León, en su traducción, escamoteó en favor de las normas vigentes entonces de «urbanidad moral».

Amor entre dos: amante, amado, en que entra de dominante y tónica el componente de fisiología; y de aura sonora, el de cósmico. No en «falsete», sino en real:

En real:

Osculetur me osculo oris sui
quia meliora sunt *ubera* tua vino.
Exultabimur et lætabimur in te
memores *uberum* tuorum super vinum.

Traducción de la Vulgata, *Cantar de los cantares*, 1-3:

Dum esset rex in acubitu suo
nardus mea dedit odorem suam.
Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi
inter *ubera* mea commorabitur. [11-12]
Quam pulchræ sunt *mammæ* tuæ soror mea sponsa.
Pulcherrima *ubera* tua vino. [4-10]
Aperi soror mea, amica mea,
columba mea, immaculata mea. [5,2]
Dilectus meus misit manum suam per foramen
et venter meus intremuit ad tactum eius. [5,4]

Béseme con el beso de su boca
porque buenos son tus amores más que el vino.
Regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en ti.
Membrársenos han tus amores más que el vino.
Cuando estaba el rey en su reposo mi nardo dio su olor.
Manojuelo de mirra el mi amado a mí.
Morará entre mis pechos.
Mi amado metió el dedo por el resquicio de la puerta
y mis entrañas se estremecieron en mí.
Ábreme, hermosa mía, compañera mía, paloma mía, perfecta mía.

Nada en *falsete,* sino *en real.* La fisiología hace de tónica y dominante en palabras que profieren, emiten y dan al aire amante que se siente amante y amado que se siente amado; amante en ansias de ser y sentirse amado; y amada acuciada de deseos, anhelos y actos de ser y sentirse amada *fisiológicamente*: a tono y bajo dominio, ambos, de cuerpos sexuados: vivientes, latientes y urgidos de machihembramiento. Dentro de naturaleza, atmósfera, ambiente, alicientes, para tal tipo de amores y para su cumplimiento.

Ahora, lo mismo, *en falsete* —salva la reverencia a la deliciosa y delicadamente sonante música verbal de fray Juan de la Cruz.

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero.
No quieras enviarme
de hoy más mensajero,
que no saben decir lo que quiero. [Esposa]
...
—Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma. [Esposo]
...
En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía,
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.
Allí me dio su pecho,
allí me enseñó sciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.

Sin una alusión, aunque sea remota y pudibunda a *Cantar de los cantares,* y sin que el componente fisiológico de amor (esposo-esposa) se halle presente y eficiente en forma o de tentación carnal (vencida) o

de obsesión mental o pensamental. Tales y tan bien sonantes estrofas carecen de sentido; son *realmente*

música callada,
soledad sonora.

Y a fray Juan de la Cruz «...*déjale muriendo*
un no sé qué que quedan balbuciendo».

Mas a los humanos que, en realidad de verdad, saben de ese buen saber —que es el saber experiencial— qué es, en realidad de verdad y a la hora de la verdad, en carne y hueso, eso de «amar», ser amante, sentirse amante y sentirse amante-amado

«...nos deja sabiendo
qué es ese qué que queda balbuciendo» en las estrofas de Juan de la Cruz.

(III)

Se dijo en (II) que la relación de amor (o el amor) es relación añudante, compresional, explosiva y seipsiescindente de y a costa de dos (al menos) realidades birreflexivas (o conscientes). De tal relación, por afectar tales propiedades a realidades vivientes —en especial por ser constante aquí tema el hombre—, surge un *Nos.*

Y revirtiendo a párrafos anteriores (A', B', C', D', E'), tal efecto o surgimiento ha ofrecido lo enmarcado en (quisi) versos:

{ *Nos* sentimos videntes y vistos
{ *Nos* sentimos triplemente reales — (A) (N_v)

{ *Nos* sentimos saludados y saludantes
{ *Nos* sentimos triplicadamente reales — (B) (N_s)

{ *Nos* sentimos abrazantes y abrazados
{ *Nos* sentimos triplicadamente reales — (C) (N_a)

{ *Nos* sentimos hablantes y hablados
{ *Nos* sentimos triplemente reales — (D) (N_h)

{ *Nos* sentimos recognoscentes recognoscidos
{ *Nos* sentimos triplemente reales — (E) (N_e)

y por fin

{ *Nos* sentimos amantes y amados
{ *Nos* sentimos triplemente reales — (F) (N_A)

Se trata ahora de precisar qué *Nos* aprieta más y mejor.

El *Nos* de los amantes que se sienten amados y cuyo amor abarca al menos los cinco componentes —ejemplarmente presentados en el *Banquete* de Platón, a saber: divino, cósmico, medicinal, fisiológico, retórico y dialéctico— es el *Nos* que aprieta más y mejor que los otros.

Primero: por abarcar los cinco componentes, mientras que los demás *Noses* no abarcan todos los cinco en tono tan explícito y ejercitado como el N_A.

Segundo: porque N_A puede afectar a todos ellos. Al N_v de videntes-vistos lo refuerza el que videntes-vistos sean amantes uno del otro. El N_A refuerza en ellos no solamente lo sentimental sino aun lo visto. Y puede decir el amante, con no falsa ni extremosa expresión:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos en presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

(N_v^2) por $N_A(N_v) \cdot N_A(N_v) \rightarrow N_v^2$.

(N_s). Amantes y amados salúdanse y siéntense saludados o por darse las manos o inventan el dárselas y el sentirse dadas; y quéjanse de sentirlas no tomadas y que, por ello, no toman lo que con ellas está realmente conexo: el todo. Darse ellos las manos y darse cada uno todo: uno, al otro; y otro, al uno. Así que tender uno la mano en tal actitud y sentir que el otro no tiende la suya con igual y simultánea actitud tómalo el primero cual robo, perpetrado por el otro que deja sin tomar, no sólo la mano, sino el todo.

Y exclama:

Y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste
y no tomas el robo que robaste?

Darse, pues, las manos los amantes refuerza de original manera,

nueva, espontánea, el *Nos* de los simplemente saludantes que se sientan saludados —conjurados, amigos, contractantes... (N_s^2); $N_A(N_s) \rightarrow N_s^2$.

(N_a). Amantes y amados, amantes amados -y- ambos amantes refuerzan de original, espontánea y nueva manera el N_a del abrazo. O la privación de reciprocidad; el fracaso de oferta. Dando al aire su resentimiento por palabras como aquellas:

Y a cabo de un gran rato, se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado asido dellos,
el pecho de el amor muy lastimado.

(N_a^2); $N_A(N_a) \rightarrow N_a^2$.

(N_h). La relación ya de suyo añudante entre un yo que habla a otro yo, y quien le responde; y a su vez y a la una, que el que habla no se siente hablante sino hasta que y durante que el otro le responde (a lo que sea: pregunta sobre la salud, familia... ciencia, religión, astronomía...), y a su vez y a la una el respondiente no se siente respondido, no se siente que se le ha respondido y por ello reconocido cual respondiente, hasta y durante que el otro acepta su respuesta, la refuerza el amor, el N_A hablante que ama al futuro respondiente, y respondiente que ama al interrogante; pregunta de amante que espera respuesta del amado; pregunta con tonalidad de amorosa; pregunta sobre lo que sea: salud, familia... y respuesta en tono de amor: respuesta amorosa. El *Nos* de los co-respondientes resulta reforzado por el *Nos* de los amantes, del amor.

Pregunta amorosa sin respuesta, no sólo al contenido de la pregunta, sino al tono, para que estén a la una de tonalidad —aquí amorosa pregunta y respuesta—, hace exclamar al desairado:

¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero.
No quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

(N_h^2); $N_A(N_h) \rightarrow N_h^2$.

(N_e). El conocer es —como se ha dicho aquí en E'— coadaptación sentida entre *quién* (el conocedor) y *qué es* (lo conocido). Y conocimiento mutuo entre quiénes (o entre *Quién* y quién, de que se hablará inmediatamente) es conocer un quién *qué es* (esencia, naturaleza)

de otro *quién*; o conocer dos quiénes *qué es* el respectivo de cada uno. Lo cual lleva a reconocerse dos quiénes en el *qué es*. Reconocer *(a)* que *(b)* conoce *qué es (a)*; y *(a)* darse por conocido (en su *qué es*): reconocer que su *qué es* es conocido, y es tal. O prestarse (darse) *(a)* a que *(b)* conozca el *qué es* de *(a)*, sintiéndose *(a)* conocido por *(b)* en lo que *(a)* es. Sin resentirse por tal desnudamiento o desvelo; al revés, si de *(a)* parte el revelarse, el revelar algo de sí, de su intimidad, se sentirá *(a)* honrado, amado —o despreciado, odiado.

Es claro, o puede darse por tal, que amor (amar) refuerza la unión que impone ya el reconocimiento. Conocedor amante de lo *qué es* el conocido amado, de modo que lo conocido sea, además y en uno, amado, refuerza a conocedor y conocido con la duplicada unión. Dios, conocido-y-amado o conocido por amante amoroso —punto aquí indicado y cabo suelto a añudar más adelante— y reconocidas que su bondad, sabiduría, poder, majestad, providencia... son «amorosas», que su ser está en tonalidad de amor, refuerza de manera original, nueva y espontánea lo conocido, sacándolo de su neutralidad entitativa, y refuerza al conocedor sacándolo de su neutralidad subjetiva. Anúlase por transcendencia lo que se ha dado en llamar «conocimiento objetivo». Lo conocido amorosamente está más unido con el conocedor amante que lo conocido objetivamente. El (o un) conocedor amante refuerza el *en sí* (o lo que de sí tiene o podrá tener) lo conocido, pues conocedor-amante hará salir a la cara de lo conocido todo lo que lo conocido tenía de ponible para otro: de objetiv*able* por y ante potencia amorosa; pasaba ello, o tenía lo conocido cual si fuera de él, cual en sí, aunque afectivamente podía ser para otro. Al y por sacar de una realidad todo lo que de ella puede objetivarse por potencia amorosa y por potencia sentidamente amorosa, lo que a tal realidad le quedare como de en sí, será más en sí, por inobjetiv*able* doblemente: a potencia cognoscitiva y a potencia cognoscitiva amorosa.

Contra conocimiento amoroso, todo ente está menos defendido que contra conocimiento puro y simple. Pero precisamente por resistir una realidad a la doble tracción del conocedor en trance de conocedor amoroso, amante, lo que a la realidad le quede de en sí, o sea capaz de serlo en sí, está en sí *sistente* y *resistente*.

A conocimiento amoroso (por parte de un conocedor-y-amante) es muy difícil que lo conocido resista el sentirse tentado, reducido a hacerse objeto o soltar secretos; resista, poniéndose a la defensiva, con un en sí recatado contra el tono de seductor que pueda adoptar un conocedor amoroso. Y es el reforzado por odio —por un conocimiento

de conocedor odioso u odiador, para evitar la ambigüedad de «odioso», que no tiene la palabra de «amoroso».

Cortando aquí estas reflexiones a aplicar, ampliadas, al tema de conocimiento, amor, locución, abrazo de *Quién* (Dios) con *quién* (hombre), decimos: amor refuerza conocimiento entre quiénes. O dicho por la inversa: conocimiento resulta reforzado por amor. Refuerzo en cuanto a contenido.

$$(N_e^2);\ N_A(N_e) \rightarrow N_e^2.$$

Sea, pues, la conclusión: de *Nos* que se conocen entre sí como científicos-y-de *Nos* como cognoscentes amantes, valdrá algo así como lo que dice un hombre sobre un éxtasis de alta contemplación:

> *Yo no supe dónde entraba,*
> *pero, cuando allí me vi,*
> *sin saber dónde me estaba,*
> *grandes cosas entendí;*
> *no diré lo que sentí,*
> *que me quedé sabiendo,*
> *toda sciencia transcendiendo.*

No será, pues, desaforado o pretencioso proponer al Lector la fórmula siguiente en que el signo $\gtrdot$ indica «mayor-y-mejor grado de refuerzo» de unión de los *Noes.*

$$\underline{\underline{N}}_A \gtrdot N_a \gtrdot N_v \gtrdot N_e \gtrdot N_s \gtrdot N_h. \qquad \text{O}$$
$$\underline{\underline{N}}_A \gtrdot N_A(N_a) \gtrdot N_A(N_v) \gtrdot N_A(N_e) \gtrdot N_A(N_s) \gtrdot N_A(N_h).$$
$$\underline{\underline{N}}_A \gtrdot (A_a^2) \gtrdot (N_v^2) \gtrdot (N_e^2) \gtrdot (N_s^2) > (N_h^2).$$

Esta gradación se justifica si ponemos en consideración y en balanza el grado de compresión explosiva propio de la relación de amar. Compresión y explosividad provienen, ante todo, de la presencia eficiente de la invariancia de la realidad fundamental del universo, y, después, de su componente complementario de probabilidad que, a su vez, hace de fundamento constante de las dotes características de la vida: espontaneidad, originalidad, novedad, que son, éstas y aquéllas, a la vez y a la una, condición o causa necesaria, mas no suficiente, del surgimiento de las relaciones y efectos del amor: abrazo, visión, locución, saludo, reconocimiento.

En todo caso el matiz vivido de originalidad, espontaneidad, novedad de amor... reconocimiento —o cómo se sienten y se dan a sentir amor... reconocimiento— es dato o regalo de la vida. Imprevisible, im-

precalculable, impreprovidenciable... Aceptable y aceptado como don, con sus armónicos de sorpresa, admiración, acontecimiento.

Así que, usando formulario anterior

qué es azúcar: $C_{12}H_{22}O_{11}$	*lo que está siendo para nosotros* —para cada uno de...— azúcar: sólido dulce...
qué es vino: CH_3CH_2OH	*lo que está siendo para nosotros* vino: líquido embriagante...
...	...
qué es amor: relación añudante, compresional, explosiva y seipsiescindente entre realidades birreflexivas.	*lo que está siendo para nosotros* amor: sentimiento de unión o unión sentida como fusión de dos en uno, sin confusión de dos en uno (serán *dos* en *una carne*; frase de Jesús). Son dos en un ser. Contradicción real explosiva. Con explosión desde fisiológica a psicológica y a espiritual. Espasmos, pasmos, arrobos, éxtasis.

Recordemos una vez más lo aristotélico: «algo le es realmente posible a Alguien si, al sobrevenirle en acto tal acto a tal Alguien, no le causa, aun por ser acto suyo, y bien suyo, impotencia alguna».

Le es realmente posible —a hombre, a ángel, a Dios— amar, si, al sobrevenir en acto esa unión de fusión sin confusión de dos en uno, no le causa, aun por ser acto suyo y bien suyo, impotencia alguna —impotencia de librarse, salir, evadirse de espasmos, pasmos, éxtasis, arrobos... Si amar se realizara en acto tal y tanto que dejara saciada la potencia de amar del amante y del amado, quedarían ambos a dos pasmados de un solo pasmo eterno, inmutable.

Si la potencia de amar (y de amor de un amante) quedara (tuviere que quedar) pasmada en un solo acto, mas la potencia de ser amado no quedara por ser y sentirse ser amado (por tal amante en su acto), amor dejaría de ser unión de fusión sin confusión de dos.

En el tal amante y en tal caso, amor se le trocaría en deseo, anhelo, ansias insatisfechas. En amor fracaso. Tal tiene o tendría que sucederle a amante cuyo acto de amar se le trocara en pasmo, en acto único para siempre.

A la vida fundada, sustentada y mantenida por lo necesario, mas complementada por lo aleatorio de la base del universo, le es realmente posible amar y desamar, extasiarse y desextasiarse, pasmarse y despasmarse.

Amar, amor, han de realizarse a ratos y a actos sueltos, en obras especiales y definidas.

Veremos inmediatamente la aplicación de estas condiciones al tema propio: Amor de Dios a hombre; y de hombre, a Dios. Relación de Quién (*Q'*) a quién (*q'*).

(IV)

Conocimiento amoroso descubre lo para otro (*für Anderes*): lo periférico circundante, περὶ-φέρεια, de amante y de amado; mas no su núcleo, su *en sí (für sich)*. El conocimiento *odiador* descubre lo núcleo *(an sich)* de amante y amado, y oculta o anonada lo periférico descubierto por el conocimiento amoroso: lo para otro.

El amado conocido, que se siente conocido, que se siente expósito, desnudo por y ante mirada de amante, nuclearmente lo odia. Se resiente de la desnudez impuesta por el conocimiento amoroso del amante. «Nuclearmente» odia al amante por la indiscreción de desnudar al amado, precisamente conociéndolo.

Adam y Eva terminaron por odiar a Jehová por haberlos visto naturalmente desnudos. De tal desnudez: de la natural suya, no se avergonzaban. Se avergonzaron de que Él los viera así. La vista divina los desnudaba. Atentaba contra su *en sí*. Y nada tiene de extraño, sino, al revés, de lógico, con lógica vital, el que el primer hijo de los antinaturalmente desnudados, resultara «Caín»: el lanza contra Jehová.

Efectos de la indiscreción de un conocimiento amoroso se verán presto aquí, al tratar de «amor de Dios» por el hombre y, al revés, complementario.

Al revés: lo conocido por conocimiento odiador es el núcleo del conocido. El odiador penetra las apariencias, superficialidades, afeites y maquillajes del odiado. Tiende y pretende calarlo; y es el núcleo de él: lo más y mayor y más propio de él lo que él odia.

Quien así se siente odiado, tiene la oportunidad de saber *qué es, quién es* él mismo. «Del enemigo, el consejo», dice sabio refrán. «De quien nos odia, el conócete a ti mismo.»

«Amor de Dios (por el hombre) y amor del hombre (por Dios).» Dos que nos amamos. «Odio de Dios (por el hombre) y odio del hombre (por Dios).» Dos que nos odiamos.

Cabos sueltos de madeja a desarrollar dentro del marco de la obra y madeja de secuelas.

(V)

Distingamos, siempre dentro del marco de la obra, cuatro tipos de relaciones entre esencia y existencia —entre τὶ ἔστιν y τὸ εἶναι.

Primero: Existencia intrínseca a una esencia

Así que indistinguible e inseparable de ella.

Ya Aristóteles distinguió un tipo de realidades que son lo que son y que están hechas sólo de lo que son. En frase castellana, previa aquí a la griega, «hay realidades que son lo que están siendo y que están siendo lo que son»; frase calcada positivamente en «ni son todos los que están, ni están todos los que son». «Sócrates es Sócrates y está hecho de Sócrates.» Sócrates está siendo (τὸ εἶναι, *esse*) hecho enteramente de lo que es (τὶ ἔστιν) Sócrates. Ambos aspectos son lo mismo: una misma realidad (αὐτό). Nada de él hay fuera de él.

Así círculo es círculo y está hecho de círculo; y el alma es alma (τὶ ἔστιν) y está hecha (τὸ εἶναι) de alma.

Por contraposición: Calías blanco *está siendo* realmente blanco; mas no lo *es* en cuanto hombre. Polícleto *está siendo* realmente escultor; mas no es, por ser Polícleto, escultor. A Polícleto, en cuanto hombre (en cuanto a lo *qué es* de esencia) le es accidental estar siendo (haciendo de) escultor.

Para satisfacer la natural curiosidad de algunos lectores se aducen aquí unas frases en su original:

ταὐτὸ Σώκράτης καὶ Σωκράτω εἶναι
ἀνάγκη ἕν εἶναι τὸ ἀγαθὸν καὶ ἀγαθῷ εἶναι
καὶ καλὸν καὶ καλῷ εἶναι
ἕν τὸ ἑνὶ εἶναι καὶ ἕν
τῷ κύκλῳ εἶναι καὶ κύκλος
φυχῇ εἶναι καὶ φυχὴ ταὐτό

Fórmulas concretas de la sibilina frase: «τὸ τὶ ἦν εἶναι»: estar hecho (τὸ εἶναι) de *qué es* (τὶ ἔστιν). Así sucede con las realidades que están siendo en sí mismas (καθ'αὐτά) lo que son (τὶ ἔστιν) —cual los eídoses platónicos; y, vgr., los cuatro elementos por ser primarios (πρῶτα) (*ibíd.*). En ellas se identifican esencia y existencia.

Con unos ejemplos de nuestra época:

Mesa es mesa —lo es por identidad de definición—; mesa no es

silla; no es hombre...; es *no es* de infinitas maneras, dijo Platón en el *Sofista*; «el ser concreto, miles de miles de veces *no es*; es miríada (μύρια) de diferencias frente a todo lo demás». Pero mesa *está siendo hecha* (o se realiza, existe ahora) de madera, de plásticos, o de mezcla de madera, plástico, hierro...

Mesa *es* mesa; pero *es de* (madera, plástico...). En ella el *qué es* y *lo que está siendo* realmente (existe) son diversos o no idénticos. En fórmula breve, mas vaga: en mesa se distingue realmente esencia de existencia.

Hombre *es* hombre —según su definición esencial: «animal racional»—; y *está hecho* de lo humano: de racional y de animal (mamífero, primate...). Tal creía Aristóteles, pues para él, a diferencia de Platón, «hombre» es real por modo de sustancia (οὐσία) propiamente tal por ella misma (καθ'αὐτά) y primaria (πρῶτα). Mas, para nosotros, recordando por experiencia y experimentos que a miembros vivientes de él se los puede sustituir por no vivientes —prótesis de venas, arterias, marcapasos, riñones artificiales...—, «hombre» *es* «hombre»; pero *está hecho* de componentes humanos y de otros no humanos (reales). «Hombre» puede discurrir (por racional) según geometría euclídea (natural) y según geometría analítica (innatural); y lo que es más grave: «hombre» puede calcular según aritmética natural (Euclides, Arquímedes) y según aritmética innatural (antiarquimédica, cantoriana...).

En el hombre *natural* —«engendrado por otro hombre y por el Sol»— son lo mismo (ταὐτό), están unidos por identidad, esencia y existencia: *ser* (tal) y *existir* (tal). En el hombre «artificializado» en partes (de alma o de cuerpo) se distingue realmente —dentro de la unidad total— esencia y existencia. Y por ello está expuesto a acaecimientos extra o supra «esenciales»; vgr. a ser asumido, en parte o en todo, por Dios. O poseído, poseso, por demonios o ángeles.

La frase «identidad intrínseca» habrá adquirido por lo anterior significado bien determinado.

Segundo: *Esencia con existencia «casual»*

En una fórmula cualquiera —algebraica, cual las tantas veces traídas $(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$; $(a+b)\ (a-b) = a^2 - b^2$... o lógicas como $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$, $(p \supset \bar{p}) \supset \bar{p}$, etc.— los casos particulares, suyos, las «cumplen». Vgr. las primeras son cumplibles o realizables con cualquier clase de números, vgr., $a = 2$, $b = 1$; $a = 1/2$, $b = 2$; $a = -1$, $b = 3$, etc.,

y el resultado es una igualdad en que las relaciones o estructura de la fórmula han pasado a implícitas; y, mejor dicho, a «amasadas, englobadas»: $9 = 9$; $5/2 = 5/2$, $4 = 4$... Igualdades «demostradas» —por regla de sustitución en fórmulas válidas, a diferencia del simple hecho de $9 = 9$, etc., previo a demostración—; respecto de las lógicas, (p, q) pueden ser proposiciones cualesquiera —lo mismo filosóficas que teológicas, físicas que psicofísicas, matemáticas lo mismo que éticas... Así, vgr., p = «4 es par», q = «4 es divisible por 2»; p = «el hombre es racional», q = «el hombre es libre»... La fórmula primera lógica refunde esas proposiciones sueltas, y produce una estructura, es decir, demuestra que son lógicamente conexas «si de p se sigue ($\supset$) q —"si de ser racional se sigue ser libre"—, de todo ello se sigue ($\supset$) que "de no ser libre se sigue ($\supset$) que no es racional"». Todo ello estructura nueva, conexa, necesariamente verdadera que eleva las proposiciones «p, q» sueltas o unidas por relaciones de sospecha, inducción... a unidas necesariamente, etc.

A las primeras fórmulas les es indiferente o son neutrales respecto de los valores que se den a las constantes indeterminadas (a, b); y, en las segundas, lo son respecto de cualesquiera proposiciones (p, q). Sus concreciones o resultados —números o proposiciones— son «casos» sin privilegio alguno, fuera de haber servido aquí: $a = 1$, $b = 2$, p = «el hombre es racional...», para ejemplos ilustrativos. Mas son casos afectables por ley, amasables por ella. Empero a las fórmulas mismas les es «necesariamente posible» el ser rellenables, aunque no por ninguna determinada.

Las fórmulas son *necesariamente* rellen*ables* por cualquiera (a, b; p, q).

Mas no son *necesariamente* rellen*ables* por *éste* (2, 1; −1, 3...).

Mas *rellenadas* por éste (1, 2; p, q), *éste* resulta *necesario de hecho* ($3 = 3$, $2 = 2$).

Las fórmulas $(a + b)^2 = ...$; $(p \supset \bar{p}) \supset \bar{p}$... son lo que son (su qué es, su esencia) y mientras no se las rellena —o sea: mientras son necesariamente rellen*ables*, que es lo que indican las constantes indeterminadas—, *están siendo* (existen) lo que son: esencia. Esencia en estado de identidad con su existencia. Pero al ser rellenadas por un caso de su orden distínguese real, aun calculatoriamente, esencia de existencia.

Adviértase bien advertida la frase «de su orden». Casos propios del orden algebraico son los números; no, caballos, hombres, átomos... sol, luna; y casos propios del orden lógico son proposiciones y no números o cuerpos...

La frase «identidad *casual*» habrá adquirido significado determinado.

Tercero: Identidad casuística

Las fórmulas matemáticas que *están siendo* rellenadas por cosas que no son de su estricto orden —cual cuerpos, cantidades, calidades, relaciones corporales de vivientes o no: sol, luna, manzana, fotón... tiempo, campos— son ellas las mismas: su esencia no se altera.

Aristóteles lo dijo respecto de números —fórmulas no las había—: «Es el mismo Cien (ταὐτό) el cien de cien caballos y el cien de cien hombres; pero su *estar siendo* (τὸ εἶναι) es diverso (ἕτερον), tan diverso como son entre sí caballos y hombres». Y es algo bien real —visible, contable, económica, bélicamente...— el que sean cien los caballos y cien los hombres.

Pues bien: a las fórmulas tantas veces utilizadas:

(1) $G = g' \dfrac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$, o a la conexa deductivamente

(2) $s = 1/2gt^2 + bt + c$

corresponden las fórmulas algebraicas puras:

(1′) $y = \dfrac{a(b \cdot c)}{x^2}$

(2′) $z = 1/2ax^2 + bx + c$...

Al rellenar (1′) por (1): «y», por G (fuerza gravitatoria); «a», por g' (constante de gravitación universal); «b» por m_1 (vgr. masa del sol); «c», por m_2 (vgr. masa de la luna); «x», por r (distancia física entre m_1, m_2); y al rellenar (2′) con (2): «z», con s (espacio físico recorrido); «a», con g (constante de gravitación terrestre); «x» con t (tiempo), etc., las fórmulas (1′, 2′) son ya leyes físicas: leyes de lo real —visible, tangible, audible, pesable... registrable en instrumentos físicos...

En lenguaje aristotélico: (1′) y (2′) son fórmulas siempre las mismas: están en tal estado siendo *lo que son* (en estado de esencia); mas (1) y (2) *están siendo* en estados tan diversos cual fuerza, masa, aceleración, constante gravitatoria, trayectoria de caída de cuerpos en espacio físico, tiempo...

Hácense realmente *corporaloides* —si se acepta la palabra.

Es mera casualidad el que esas fórmulas (1', 2') sean leyes de lo real físico entre infinitas otras; mas no les es mera casualidad a las (1', 2') el que si en una demostración o cálculo se le da a «*a*» el valor de 5, y a «*b*» el de 6, a «*c*» el de 10, etc., resulte $y = 15/100$, etc. Estos valores respecto de ellas son un «caso»; mas no son una «casualidad». Entra la aritmética en el campo propio de realizabilidad, de racionalidad del álgebra. Así que diciéndolo en lenguaje oportuno: la identidad es mayor y mejor en ellas que en el relleno casuístico.

Afinemos la terminología.

Una fórmula algebraica (esencial, relacional), vgr., la del binomio, *es* siempre la misma; mas su *estar siendo* en el campo aritmético es *diferente* —a veces en números enteros; a veces, en racionales; a veces, en reales... Éstos son *diversos* entre sí. Mas una misma fórmula algebraica o diferencial *es* siempre la misma, aunque se enrealice en material de cuerpos vivientes y no vivientes; mas su *estar siendo* (su existencia) es *diverso* —cuanto más diversos son manzana y luna, protón y ameba... que 2, $\sqrt{2}$, $\sqrt{-2}$...

No es, pues, una consecuencia el que estas fórmulas matemáticas se realicen en material sometido a cálculo de probabilidades. La relación o trato entre ellas y lo corporal —viviente o no— es de tipo relacional: «necesidad-contingente», necesario como correlato de probablemente real.

Demos un paso más en dirección al tema: *estar siendo* Dios en universo regido por *fórmulas matemáticas* «casuísticamente» existentes, es *acontecimiento*. ¿En qué y cómo afecta a Dios —a su *qué es*, a su esencia, a su *Quién es*— el encarnarse, enrealizarse en universo regido por leyes deterministas y de probabilidad?

Advirtamos para cerrar este punto: lo real físico, viviente o no, afecta a las fórmulas deterministas multiplicándolas con un coeficiente probabilístico. Lo cual equivale, sea dicho por modo de alusión transeúnte, a que se pase, vgr., de teoría de los gases determinista —la fenomenología clásica de Maxwell— a la probabilística de Boltzmann; o de la óptica geométrica, a la probabilística de fotones, regida por la estadística de Bose-Einstein.

Para un universo regido por fórmulas deterministas el estar Dios realizado en cuerpos —vivientes o no— resulta, lo diremos así, todo un acontecimiento. El *hallarse siendo* en cuerpo lo vincula menos a lo real de lo que los números concretos a las fórmulas matemáticas.

(1) $(a \cdot b) = (b \cdot a)$ (propiedad conmutativa del producto) se cumple perfectamente en $(2 \cdot 1) = (1 \cdot 2)$. Se identifica realmente ella con éstos, sin confundirlos —como el «ser el mismo Cien el cien de cien caballos y el cien de cien hombres» no identifica hombres y caballos.

(2) Mas $a \cdot b = b \cdot a$, enrealizadas, encorporadas en $m_1 \cdot m_2 = m_2 \cdot m_1$ —masas: vgr. de tierra y manzana—, se cumple en ellas y consta experimentalmente; pero por no entrar m_1, m_2 en el campo propio de números, el cumplirse tal propiedad en ellas las afecta intrínsecamente menos que el (1).

Mas, por otra parte, aféctanla más (caso 2), porque es sacarla del campo matemático que es, de suyo, determinista, hasta infinitesimalmente.

Que —sea dicho por vía de ilustración— depende más la vida de uno que se la juega a la ruleta rusa que la de quien se la juega o exponga a duelo, o la de quien se la tenga que jugar en campo de batalla o la de quien la cuide según régimen ordinario o la de quien la cuide según dietética científica.

El entrar Dios a serse «encarnado» o de otra forma de «enrealizarse» en un universo regido por leyes probabilísticas resulta «acontecimiento» más dificultoso de probar su realización que si entrare a serse en universo determinista.

Cuarto: Identidad estadal

Potencia y acto no son dos realidades esencialmente diversas; son dos estados de la misma realidad. Dos estados de agua son el líquido y el vaporoso (gaseoso, para ser más exactos). El mismo volumen (o cantidad) puede pasar del uno al otro. Mientras está siendo líquida puede pasar al estado de gaseosa; mas líquidez y gaseidad no son forma de agua (definida por H_2O); no son forma ni sustancial ni accidental. Sino *estados* de ella —bien diversos hasta de apariencia. Mas todos ellos —líquido, sólido, gaseoso— están regidos por la *misma* fórmula matemática, vgr., la de Van der Waals

$$\left(p + \frac{a}{V^2}\right)(V - b) = RT.$$

Identidad real, a pesar de la diversidad de estados. Identidad maleable, multi-forme.

Aristóteles emplea frecuentemente las frases: «estar en potencia»

(δύναμει ὄν); «estar en acto» (ἐντελεχείᾳ ὄν). Y no en abstracto, separadas, «potencia», «acto»: «estado en potencia» de un ser (ὄν) que puede pasar el mismo (ταὐτό) a «estado de acto» o descender el mismo al de potencia. Y recordando una vez más lo aristotélico diríamos: «es posible (δυνατόν) algo a Alguien, si cuando Alguien llega a poseer cual suyo en acto (ἐνεργείᾳ) tal algo, no le sobreviene a Alguien impotencia alguna». Conservar un ente la potencia (el poder), aun bajo el poder de un acto suyo, no impone la impotencia de librarse de él. Si tal acto vuelve impotente a la potencia, el ser al que tal acontece, resultará inevitablemente un pasmado —inflexible (ἀ-ἄγκη), rígido, «diamante».

La identidad (o una identidad) de un ente pertenece al tipo de «estadal», si el *mismo* ser —dios, Dios, hombre, caballo, ameba, protón, campo gravitatorio...— mantiene su mismidad a pesar del cambio de potencia a acto o de acto a potencia.

Identidad «no pasmada», no cristalizada.
Identidad que no anula omni-potencia.
Identidad *estadal* es propia de omnipotencia.

Cambios de estado, según la *misma* ley, permaneciendo el *mismo*, es mostrar la permanencia de la omnipotencia. Es mostrar que «identidad es mismidad», identidad que puede llegar a dar a un ente el refuerzo de ser él el mismo y el mismísimo.

Respecto de 1, 2, 3... $\sqrt{2}$, $\sqrt{-1}$... $(a+b)(a-b)=a^2-b^2$... $(p \supset \bar{p}) \supset \bar{p}$... no cabe hablar, o pensar, que tengan estados. Son simplemente idénticos. O se identifica, sin más, su esencia *con* su existencia. Identidad intrínseca (1). No admiten esas potenciaciones de identidad que son el mismo, el mismísimo.

Identidad propia del viviente es la capaz de serse, de darle, la potencia de «mismo» —a pesar de los cambios continuos de estado; metabolismo. El viviente inteligente (νοῦς, διάνοια) puede darse la potencia superlativa de mismísimo —el mismísimo Sócrates, el mismísimo Platón, «el mismo, el mismísimo yo». Potencia no meramente verbal o gramatical, sino original, espontánea, novísimamente real por sobrevivir, sobreser, toda clase de cambios de estado.

Pues bien: esencia y existencia no son potencia (δύναμις), la una; y acto (ἐντελέχεια), la otra: son el mismo ser —dios, Sócrates, yo, tú, ameba, sol, luna...— que, unas veces, está en potencia (δυνάμει); y otras, el mismo, está en acto (ἐντελεχειᾳ). ¿Tiene sentido —no sólo gramatical, sino real— lo de «el mismo» Dios, «el mismísimo» Dios? ¿La identidad de Dios es potenciable con misma y mismísima?

Encarnado —enrealizado, enmaterializado— ¿es otro estado (posi-

ble, podible) a Dios por el que ascenderá, en grados, su identidad a mismidad, por haber superado, tras haberse puesto a peligro real, el estado de humano (de Dios hecho hombre)? Disponemos ya de cuatro tipos de identidad entre esencia y existencia: (1) identidad intrínseca; (2) identidad casual; (3) identidad casuística; (4) identidad estadal. Perfilemos, en vistas a los temas siguientes, lo dicho en (V. 1) acerca de la relación y frase τὶ ἔστιν y τὸ εἶναι, τὸ τὶ ἐστιν καὶ τὸ εἶναι; en especial, las frases

(1) τὸ ἑνὶ εἶναι καὶ ἕν (ταὐτό),

(2) ψυχῇ εἶναι καὶ ψυχή (ταὐτό).

Allí las tradujimos por «ser y ser de»: la unidad *es* unidad-y-*está hecha de* unidad; el alma *es* alma, y *está hecha de* alma...

(1.1) Unidad *es* unidad —y no pluralidad, variedad, variopintismo..., y (1.2) *está hecha de unidad* y (1.3) *unifica*.

Para que una unidad —la unidad de un cuerpo, la de una alma, la de un pensamiento...— sea, en realidad de verdad, unidad, es preciso (1.1) que sea (*es*) unidad o sea lo que es (τὶ ἔστιν); (1.2) *esté hecha de* unidad, y (1.3) *unifique*. Si cumple las condiciones (1.1, 2) será tan sólo unidad real, será realmente unidad; mas lo será estática, ineficiente; *no hará* lo que es; o su unidad (esencial) resultará inerte, ineficiente, incapaz de hacer lo que es. Sólo unidad real que realmente unifique (lo suyo) será unidad real de verdad.

La acción o eficiencia de unificar es, al menos doble: (a) distinguirse ella, (b) y distinguir (hacer distinto) lo unificado (lo suyo) respecto de lo demás.

El alma —tal cual la sentía y decía Aristóteles según experiencia conceptualizada— es caso modelo: es unidad; es una en cada viviente o cada viviente es realmente uno (1.1); y *está hecha de* alma (1.2); y además, a la una o en uno, *unifica* de manera viviente a los alimentos, órganos corporales, conceptos...

Por contraposición con, vgr., «mesa» (de aquellos tiempos) que es mesa y no cama, tranca o remo y *está hecha* de material cual propio, de madera. Mas no unifica eficientemente tal material; no lo hace suyo. Y por ello, o es ello mismo, no se regenera o repara partes suyas estropeadas.

La unidad de mesa, de *esta* mesa, es unidad; mas inerte, inelástica, ineficiente. No uni-fica —*unum-facere*. No hace lo que es. Su esencia (τὶ ἔστιν) no hace suya (τὸ εἶναι) su realidad. Se distinguen, pues, realmente en ella esencia y existencia. Si aceptamos, pues, por vía de ilustración histórica y de previo filosófico, la definición medieval de indivi-

duo: «*quod est indivisum in se et distinctum ab alio*» (cfr. *Summa theologica*, P. I, q. XXIX, art. 4) habrá que decir: el individuo, en realidad de verdad, es uno si además de unificar otras cosas y hacerlas suyas, se distingue, se hace distinto, de las que no ha podido hacer suyas; resultan, pues, estas otras, con distinción real positiva y eficiente —vgr., las repele según ley $\frac{e^{+}\cdot e^{-}}{r^2}$, o a las que intenta hacer suyas las atrae según vgr., la ley $\frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$.

Unidad e identidad real de verdad —eficiente, factora de lo que es, o *qué es* que hace lo que es— son la casual y la casuística. Digamos, pues: una relación —lógica, matemática, física, fisiológica— será relación real de verdad, si hace lo que dice (su esencia o definición), con doble y complementario hacer: *hacer suyas* algunas cosas (realidades) y *hacerse* ella distinta de las no asimilables, factibles suyas; y, por tal hecho, las cosas no asimilables o factibles suyas, adquieren el carácter, real, nuevo, de «otras» —de lo ál.

Pero en ningún caso las relaciones reales de verdad tienen un material o relleno que sea necesariamente suyo.

Con la terminología clásica medieval: el *esse ad* no tiene, ni puede tener, *esse in* necesaria y propiamente suyo. El que un *esse ad* tenga *esse in* será o un caso o una casualidad.

Esse ad: ser hacia, para, respecto de... —componente vectorial, diríamos ahora, para dirección: uni o pluridireccional—, no puede ni tiene que tener *esse in*: material o realidad concreta necesariamente suya, únicamente *suya*: esencial.

Las relaciones no admiten identidad entre *esse in* y *esse ad*. Entre vector y vehículo. Nadie y nada puede constituirse por o de relaciones. La frase: «relación subsistente» (cfr. esta acepción en *Summa*) es cual la frase «vector» suelto, pura dirección. El *esse in* de toda relación es o material (realidad concreta) casual o casuística. Jamás, esencial o una esencia.

Material esencial vuelve a una relación inerte, ineficiente, inmutable, pasmada. Es decir: no viviente, ni pensante ni volente, ni *yo*, ni consciente. Para acometer con verosimilitud de éxito la cuestión siguiente: «lo divino-endiosado-dios», es preciso disponer y saber manejar un nuevo instrumento pensamental: la noción de subsistencia, *suppositum*: subpuesto, supósito, supositalidad, en griego ὑπόστασις, hipostáticamente. Palabra o sin sentido fijo corriente o con sentido técnico, sobre todo teológico (cfr. Tomás de Aquino, *Summa theologica*, P. I, q. III, art. III).

Antes de proponer al Lector palabras diferentes para no sólo sustituir lo que con las de subsistencia, supositalidad, supósito... se pretendía decir —y dicho aplicarlo a cuestiones teológicas— sino que pongan al día, a la altura de la época actual, lo que entreveían y necesitaban para teología (y nosotros para esta y otras cuestiones nuestras), se dirá lo siguiente.

Lo natural —hemos dicho muchas veces comentando a Aristóteles— es un con-fuso (συγκεχυμένον); es un estado de la realidad en que están fundidos y por tanto confundidos componentes que para dar y para que resulte un compuesto (σύνθητον) es preciso que la definición (ὁρισμός) separe, des-funda y des-confunda los componentes esenciales —los integrantes de la definición— de los accidentales o acompañantes (escoria) de lo esencial o definiente (definitivamente).

Cuestión o plan de acrisolamiento o de purificación (κάθαρσις). Así de la fusa o confusa bauxita procede el aluminio que servirá, entre otros menesteres y finalidades nuevas, para alas de avión que se remonte, ascienda, al otrora cielo de dios y de dioses. Del hierro en mina, separado por diversos procedimientos —inventados—, procederá el acero; del uranio en pecblenda... saldrá —por buena o mala ventura, aventura siempre nueva, original— el U^{238}, U^{255}, Pl; de carbón procederá diamante, por presiones y temperaturas extremadas. Bauxita, hierro, carbón, uranio... *fusos y confusos* en su estado natural (φύσει). Aluminio, acero, U^{235}, diamante son ya *compuestos*, separados de sí en estado natural por procedimientos reales que, por secuela, permitirán «definirlos» —en la escala periódica de los elementos o en la química de «compuestos», confusos, mezclas, aleaciones...

Del natural estado de hilo tirante, de tronco redondo y rodante, de planicie, de rincón, de pierna...: de tales fusos y confusos sacará por abstracción purificadora la geometría científica las definiciones de recta, circunferencia, plano, ángulo, lado... dejando cual escoria científicamente inaprovechable lo de hilo, tronco, planicie, rincón, pierna...

Pues bien: lo anterior se enderazaba a lo posterior: a afirmar: en oposición a naturaleza (a natural, φύσει) se entenderá por «supósito» lo que cumpla las siguientes condiciones: (1) de *núcleo*, (2) *cerrado*, (3) *en sí*. De ser núcleo (de algo natural), por haber desprendido lo periférico o parencial inmediato de su natural: la ἐπὶ-φάνεια, φῶς: lo aparente a luz natural. Lo nuclear no es, de suyo, aparente; si aparece, será por virtud de un método o procedimiento artificial. Diamante, núcleo cristalizado (de redes internas), frente a la amorfía de carbón. «Cerrado»: el núcleo no está abierto, patente, a las influencias externas, cuando es-

taba aún, en estado natural. «Aluminio» pesa menos que bauxita, así que sometido menos a gravitación; «acero», inoxidable, frente a hierro paciente de tal acción del O. «U^{235}» no expuesto ya a la mezcla y a aleaciones naturales... «Núcleo» de hilo fino tirante es «recta»; de tronco rodante, su núcleo es «circunferencia»; de rincón, su núcleo es «ángulo»; «lado», núcleo de pierna... Núcleo *cerrado*, no expuesto ya, por la cerradura de la definición (ὁρισμός) a los accidentes a que están expuestos hilo, tronco, planicie, rincón... Fusos y confusos éstos; él, desfundido y des-confundido. «En sí»; no, en otro. Aluminio, acero, U^{235}, diamante... no son ni están siendo en mina, montaña, veta...; ni están donde se hallan por evolución natural —continua o catastrófica, lenta o sísmica, cual sucedía a sus naturales: bauxita, hierro, pecblenda, carbón... Aluminio, acero, diamante, U^{235}... están cual en lugar propio: *en* ese «inventado» que son laboratorio, museo de química, depósitos comerciales. Cuerpos «modelo». Sus potencias dinámicas las ejercen en contextos nuevos: aluminio en ala de avión; acero, en bisturí; diamante, en retículas de difracción; U^{235}, en reactor o bomba atómica... Influencias que no salen de ellos, sino por proyecto externo. *En sí* pudieran durar estáticamente siglos y milenios.

In-corruptibles; in-oxidables, in-explotables.

Ex-ponibles, en Exposición, en museo. («*Diamonds for ever.*»)

Y cual cuarta (4) característica, mencionada aparte por su «novedad»: la de graduadamente. Expliquémosla por sus pasos históricos.

En el siglo pasado, Fechner-Weber descubren que los sentidos (externos, primero; y secundariamente los internos) están (se están) aislados (cerrados) del mundo circundante —que los asalta con intensidades reales (de luz, calor, sonido, presión...)— con dos tipos de umbrales: superior-inferior y diferencial (interno entre superior e inferior).

O dicho por ellos en fórmula matemática: $I_s = k \log_2 I_e$. Que la intensidad de una sensación (I_s) —lo que percibe el sentido (de vista, oído, tacto...)— no es igual a la intensidad física del estímulo (I_e), sino solamente a su logaritmo (de base 2), multiplicado por una constante k para uniformidad dimensional.

El sentido de la vista —sea dicho «ejemplarmente»— posee un núcleo propio: el de ver, fundido y confundido naturalmente con cierta presión, color, calor, movilidad; para ver, prescinde, no nota, todo esto: forma del cristalino, humedad lacrimal, presión de la sangre en sus centellitas... *son* accidentes reales, *suyos*; mas los está haciendo accidentes. La cerradura consiste en ese umbral superior e inferior respecto de la intensidad de la luz, para ver con la cual está hecha la vista. In-

tensidad superior la ciega y destruye; la inferior, real y todo siendo, ni la ve ni ve con ella. Es ciega para intensidades menores. Y eso que luz y colores, decíase, eran el objeto formal de ella (*obiectum formale quod*); y la luz era el objeto formal *con el que* (*obiectum formale quo*) ve. Los umbrales diferenciales gradúan de una manera discontinua, casi escalera de peldaños, las diferencias o matices a distinguir por la vista.

La afirmación «los tres tipos conexos entre sí de umbrales de los sentidos son sus cerraduras reales y típicas» resulta evidente no por teorías, sino por experimentación. Para los siglos anteriores —desde griegos, por medievales y aun renacentistas e ilustrados— tales defensas de la intimidad (del ver, de oír...) vital pasaron desconocidas; y sus teorías lo ignoraron.

En sí (inmediatamente con inmediación vital) el núcleo gradúa lo visto —lo oído, lo táctil...

Un ser que fuera todo ojos —dijéramos, repitiendo una vez más a Jenófanes— sería un supósito, dicho en terminología clásica filosófica, o una hipóstasis —dicho en griego helenístico, posthelenístico, teológico. Un ser natural reducido a su *núcleo* (esencia), núcleo *cerrado*, núcleo cerrado *en sí graduadamente* sería modelo de supósito y de hipóstasis.

Igual diríamos de un ser que fuera, que se pudiera retrotraer, reconcentrar en oído, tacto... con núcleo cerrado-ensí-graduado.

«El Dios máximo», decía o cantó Jenófanes, es «Todo ojos» o «Todo oídos» o «Todo inteligencia». «Es lo que quiere ser» —fray Francisco y fray Juan de la Cruz. «Dios existe de por sí; mas no tiene que ser, como les pasa a los demás seres, tener que ser lo que son; él puede ser lo que quiere y de la manera que quiera» (Plotino).

Tal Dios fuera perfecto «supósito» (hipóstasis). Inteligencia, ojo, oído... los sería nuclearmente, cerrada, ensimismada y graduadamente. De admitir que tal Dios tenga esencia, habríase de decir que la esencia era su núcleo, cerrado, ensimismado, graduado. Mas si Dios tuviera naturaleza —punto tratado en la Tercera parte—, su naturaleza no fuera suficiente principio ni causa para, sin más, ponerse en estado de esencia: de tener ser y serse nuclear-cerrada-ensimismada y graduadamente. Un Dios en estado natural no es un supósito o hipóstasis.

Con estos precedentes generales y concretos no resultará desaforado pedir que, en vez de las palabras «supósito, hipóstasis» —palabras determinadas como palabras, mas de conceptos vagos, versátilmente usables— introduzcamos la de «ensimismamiento», de «ensimismado».

O en griego clásico *avant la lettre* —y antes de toda urgencia teológica y filosófica, y más aún científica— empleemos la palabra-frase de αὐτὸ καθ'αὑτό: «él en cuanto él mismo».

Y con todo ello de previo, es posible, admisible y aun inevitable, preguntarse: ¿Dios ensimismado puede unirse con hombre ensimismado?

Quede la respuesta para un poco más adelante.

La ciencia actual nos ofrece —haber mental de todo bachiller actual decoroso—, ha señalado, elementos «cerrados» desde el punto de vista y ataque físico-químico (véase Lámina 6). Son los llamados «gases nobles» (helio, neón, argón...). Poseen éstos «núcleo» (de H, protones, nucleones, *Ground-Term*) que eléctricamente queda cerrado por un número par de electrones, una capa fundamental; y en las siguientes, si es elemento, los electrones están en número suficiente para hacer eléctricamente neutral al átomo. Neutralidad activa y pasiva, no sólo frente a perturbaciones químicas, sino aún más a físicas: a choques que por miles de miles de miles reciben por segundo de la temperatura del gas o ambiente en que se hallen. Llamar a estos elementos «ensimismados» —eléctrica, química, físicamente— no tendría más novedad que la del adjetivo. Realmente —experimental y teóricamente: ley de Pauli— poseen núcleo cerrado, en sí, graduado (cuantificado).

Expliquemos el último calificativo. La energía que entra o absorben no es de grado continuo, sino discreto, por unidades (múltiplos) de la constante de Planck. Quántumes de energía; $nh\nu$, h = quántum de acción. Y se ha llegado a saber experimental y teóricamente la magnitud del potencial de ionización; es decir: de la magnitud de la energía necesaria para arrancar un electrón de su capa. Para abrir el átomo: para desensimismarlo —para que deje de ser (de estar) supósito, hipóstasis, repitiendo la terminología clásica. Núcleo cerrado por ensimismamiento graduado. No fuera anacronismo desmesurado afirmar que Aristóteles se hubiera felicitado mental y sentimentalmente, y cambiado las definiciones vagas de los cuatro «elementos», por las definiciones concretísimas de los elementos —en número de cien y algunos más— de la escala periódica. Éstos son la esencia de lo real básico del universo. Los cuatro famosos —aire, tierra, agua, fuego— tenían «naturaleza»; mas eran, en realidad de verdad, unos «confusos»: fusos y fundidos y confundidos con mil adherencias —de humedad-sequedad, frialdad-calor...

Y surge a punto la pregunta: *si* Dios ha de tomar cuerpo real

¿puede ser igual que lo tome como «fuso-confuso» de los cuatro elementos o que se «encorporalice» en elementos de la escala periódica —sometidos a leyes físico-matemáticas, y no sólo *escritas* éstas en ellos?

Un cuerpo, vgr. el humano, ha de ofrecer por naturaleza de fuso y confuso menos resistencia a ser asumido por Dios —a perder su calidad, deficiente, de supositalidad o hipóstasis— que si el cuerpo está integrado, cual lo define la escala periódica. La supositalidad e hipóstasis —el ensimismamiento o «insesistencia»— es no solamente de otro estilo, sino de fuerza de cohesión organizada interior.

Lo que es posible, vagamente posible, en el caso de cuerpo integrado de los cuatro elementos, ¿podría ser posible respecto de cuerpo «verdaderamente compuesto» según colocación en la escala periódica, respaldado por leyes físico-matemáticas (presentadas aquí, ilustrativamente, en la Lámina 1)? ¿Qué efectos físico-químicos (nucleares) tiene una asunción o encarnación de Dios en cuatro elementos o en esos mismos reformados según la escala periódica?

Quede la nueva pregunta en forma de interrogación.

Cabe aún una cerradura óntica de tipo superior a la explicada. Si se trata de un ser de sustancia individual con naturaleza racional —«*rationalis naturæ individua substantia*», según la definición que de «persona» dio Boecio y convenientemente adoptaron los teólogos, entre ellos Tomás de Aquino (*Summa*, P. I, q. XXIX, art. 1)—, el tipo de cerradura óntica de «persona» es superior y diverso del característico de meros supósitos o hipóstasis. El ensimismamiento o insesistencia no basta para la cerrazón de tipo de hipóstasis o persona.

Una sustancia individual —o individuo sustancial de naturaleza racional— lo es, por caso ejemplar, el hombre. Sustancia individual, individuo sustancial: Adam, Eva, Moisés, Zoroastro, Buda, Sócrates, Platón, Aristóteles, Apolonio de Tiana, Jesús de Nazaret, Pablo de Tarso... Tomás de Aquino... yo (J.D.G.B.), tú (X.Z.)... Por ser individuos —hagamos benévolamente la suposición— posee cada uno unidad interna (*indivisum in se*) y distinción de los demás (*divisum ab alio*).

«*Indivisum in se, divisum ab alio*» pasó por ser la definición de individuo. Añadiendo entre otras precisiones o afinación la de que se trata de individuo racional —en un accidente: de *este* calor, de *este* peso, de *esta* carne, de *este* hombre.

Admitamos esta definición (quisi definición en verdad) de «individuo». Nos bastará para el intento presente. ¿Basta para definir «perso-

DISTRIBUCIÓN DE ELECTRONES EN LOS ÁTOMOS

Elemento		K	L		M			N		Estado fundamental *(Ground Term)*	Potencial de ionización (en electronvoltios)
		1, 0 1*s*	2, 0 2*s*	2, 1 2*p*	3, 0 3*s*	3, 1 3*p*	3, 2 3*d*	4, 0 4*s*	4, 1 4*p*		
H	1	1	–	–	–	–	–	–	–	$^2S_{1/2}$	13·53
He	2	2	–	–	–	–	–	–	–	$^1S_0$	24·47
Li	3	2	1	–	–	–	–	–	–	$^2S_{1/2}$	5·37
Be	4	2	2	–	–	–	–	–	–	$^1S_0$	9·28
B	5	2	2	1	–	–	–	–	–	$^2P_{1/2}$	8·25
C	6	2	2	2	–	–	–	–	–	$^3P_0$	11·20
N	7	2	2	3	–	–	–	–	–	$^4S_{3/2}$	14·47
O	8	2	2	4	–	–	–	–	–	$^3P_2$	13·55
F	9	2	2	5	–	–	–	–	–	$^2P_{3/2}$	18·6
Ne	10	2	2	6	–	–	–	–	–	$^1S_0$	21·47
Na	11	Configuración del Neón			1	–	–	–	–	$^2S_{1/2}$	5·12
Mg	12				2	–	–	–	–	$^1S_0$	7·61
Al	13				2	1	–	–	–	$^2P_{1/2}$	5·96
Si	14				2	2	–	–	–	$^3P_0$	8·08
P	15				2	3	–	–	–	$^4S_{3/2}$	11·11
S	16				2	4	–	–	–	$^3P_2$	10·31
Cl	17				2	5	–	–	–	$^2P_{3/2}$	12·96
A	18				2	6	–	–	–	$^1S_0$	15·69
K	19	Configuración del Argón					–	1	–	$^2S_{1/2}$	4·32
Ca	20						–	2	–	$^1S_0$	6·09
Sc	21						1	2	–	$^2D_{3/2}$	6·7
Ti	22						2	2	–	$^3F_2$	6·81
V	23						3	2	–	$^4F_{3/2}$	6·76
Cr	24						5	1	–	$^7S_3$	6·74
Mn	25						5	2	–	$^6S_{5/2}$	7·40
Fe	26						6	2	–	$^5D_4$	7·83
Co	27						7	2	–	$^4F_{9/2}$	8·5
Ni	28						8	2	–	$^3F_4$	7·61
Cu	29						10	1	–	$^2S_{1/2}$	7·68
Zn	30						10	2	–	$^1S_0$	9·36
Ga	31						10	2	1	$^2P_{1/2}$	5·97
Ge	32						10	2	2	$^3P_0$	8·09
As	33						10	2	3	$^4S_{3/2}$	10·5
Se	34						10	2	4	$^3P_2$	9·70
Br	35						10	2	5	$^2P_{3/2}$	11·30
Kr	36						10	2	6	$^1S_0$	13·94

LÁMINA 6

Elemento	Configuración de las capas inferiores	N: 4, 2 4*d*	N: 4, 3 4*f*	O: 5, 0 5*s*	O: 5, 1 5*p*	O: 5, 2 5*d*	P: 6, 0 6*s*	Estado fundamental (*Ground Term*)	Potencial de ionización (en electronvoltios)
Rb 37		–	–	1	–	–	–	$^2S_{1/2}$	4·16
Sr 38		–	–	2	–	–	–	$^1S_0$	5·67
Y 39		1	–	2	–	–	–	$^2D_{3/2}$	6·5
Zr 40		2	–	2	–	–	–	$^3F_2$	6·92
Nb 41	Config.	4	–	1	–	–	–	$^6D_{1/2}$	
Mo 42	del	5	–	1	–	–	–	$^7S_3$	7·06
Tc* 43	Kriptón	6	–	1	–	–	–	$^6D_{9/2}$	7·1
Ru 44		7	–	1	–	–	–	$^5F_5$	
Rh 45		8	–	1	–	–	–	$^4F_{9/2}$	
Pd 46		10	–	–	–	–	–	$^1S_0$	
Ag 47			–	1	–	–	–	$^2S_{1/2}$	7·54
Cd 48			–	2	–	–	–	$^1S_0$	8·96
In 49			–	2	1	–	–	$^2P_{1/2}$	5·76
Sn 50	Configuración		–	2	2	–	–	$^3P_0$	7·30
Sb 51	del Paladio		–	2	3	–	–	$^4S_{3/2}$	8·35
Te 52			–	2	4	–	–	$^3P_2$	8·96
I 53			–	2	5	–	–	$^2P_{3/2}$	10·44
Xe 54			–	2	6	–	–	$^1S_0$	12·08
Cs 55			–			–	1	$^2S_{1/2}$	3·87
Ba 56			–			–	2	$^1S_0$	5·19
La 57			–			1	2	$^2D_{3/2}$	5·59
Ce* 58			2			–	2	$^3H_4$	
Pr* 59			3			–	2	$^4K_{11/2}$	
Nd* 60			4			–	2	$^5L_6$	
Pm* 61			5			–	2	$^6H_{5/2}$	6·3
Sm* 62	Las capas 1*s*		6	Las capas		–	2	$^7K_4$	
Eu* 63	hasta 4*d*		7	5*s* a 5*p*		–	2	$^8H_{3/2}$	
Gd* 64	contienen		7	contienen		1	2	$^9D_2$	
Tb* 65	46 electrones		8	8 elec-		1	2	$^8H_{17/2}$	
Dy* 66			9	trones		1	2	$^7K_{10}$	
Ho* 67			10			1	2	$^6L_{19/2}$	
Er* 68			11			1	2	$^5L_{10}$	
Tm* 69			12			1	2	$^4K_{17/2}$	
Yb* 70			13			1	2	$^3H_6$	
Lu* 71			14			1	2	$^2D_{3/2}$	

na»? ¿O les bastó —a Tomás de Aquino...— para definir hasta la personalidad de Dios —de tres personas divinas?

Y lo que nos importa —cual algo así de con egoísmo transcendental— es determinar si somos cada uno de los hombres «persona» y, de serlo, qué nos sucedería a cada uno en el caso o acaecimiento —bienaventurado, malaventurado— de que Dios (persona) nos asumiera en unidad de persona con él.

A fin de contestarla —dentro del marco de la presente obra— se impone distinguir verbal-conceptualmente-experimentablemente entre particular, individuo, singular y persona, respecto, ante todo y sobre, de hombre.

(§ 2.º)

Tipología humana

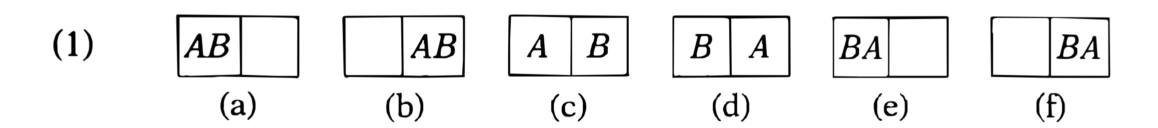
Pedimos una vez más nos disculpe el Lector o la Real Academia de la Lengua, por la violencia que, inevitablemente, se va a hacer al significado corriente, y aun al admitido oficialmente, de las tres palabras: particular, individuo, singular, persona.

Partiendo de la definición de individuo caben dos clases de él: (1) aquella en que «el estar dividido de» otro y otros es causa suficiente de unidad; (2) otra, en que el ser uno es causa suficiente de distinguirse de los demás. Por vía de ejemplo: (1) el aire encerrado en un recinto es *uno* porque las paredes lo aíslan del aire del recinto o cuarto adyacente que, quitada o corrida la pared, los dos aires se confunden en uno; y si no hay otras paredes se difunde el aire por la atmósfera. Aquí su unidad es efecto de su separación de los de otros.

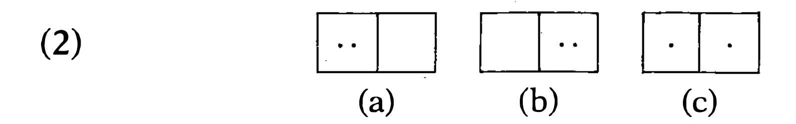
(2) Caso verosímil de ejemplo de unidad tan una que es causa de su separación de los demás, háyalos o no: diamante en montaña o cuerpo cristalizado en líquido madre. Un diamante es, por estructura molecular, tan uno que ni se funde con otro ni con el líquido o aire que lo rodea. Sirvan de ejemplo para una formulación general óntica: hay seres cuya unidad es tan débil que sólo la tienen si están —por una valla, pared, película, piel, celda... trinchera de potencial, nivel energéticamente graduado— separados de los demás: de los cualesquiera de su orden: físico, químico, nuclear, vital. Es uno, mas uno de tantos; es uno, pero uno cualquiera de millones, billones, trillones...

Con ejemplo clásico y real en física cuántica y termodinámica clásica. Sean dos casillas y dos elementos *A*, *B*. En termodinámica clásica

(Maxwell) esos dos elementos (vgr. moléculas...) conservan su unidad (cada una) y distinción mutua en seis casos.



Quitado el tabique no queda sino *AB*, *BA* que por la propiedad conmutativa se reduce *A,B* = *B,A*. Y quitada la celda resultan *A*, *B* difundidos por el universo de moléculas, átomos: de «cualquiera». Así que se confunden en uno *A*, *B*. *A* resulta «cualquiera»; así que sería *B*; y *B* es un cualquiera, respecto de *A*. O sea: su unidad se difumina. Son *dos*, mas cualesquiera. Eliminemos, pues, las figuras distintas y reemplacémoslas por puntos, conservando las casillas por mor de ejemplificación:



Dos puntos, vgr., dos protones, dos electrones. Se mantiene el que son dos; mas no es posible decir «quién es quién». Mantenimiento de pluralidad; pérdida de distinción mutua.

Caso ulterior:

(3) [· | ·]

(a)

Son todavía dos; mas su unidad es tan débil que juntos, dentro de una casilla, se confunden o funden en uno. Dos fotones son dos si están en casillas diferentes; metidos en una, se confunden y funden uno con otro.

Esto sucede entre millones, billones... de elementos: moléculas, bariones, leptones...; la física trata tales casos según la estadística (probabilística) de Boltzmann (1); según la estadística de Fermi-Dirac (2); según la de Bose-Einstein (3).

Si los desencerramos de 1, 2, 3 se difunden por el universo, atmósfera, cielo. ***Pues bien***: tales tipos de entidades, de tan precaria unidad y

distinción, constituyen la realidad básica del universo; de *nuestro* universo; y por tanto de nuestra realidad corporal básica de cada uno de nosotros: los hombres. Lo cual viene a advertirnos que nuestra realidad corporal básica se halla constituida por «unos» cuya unidad es efecto o se mantiene por aislamiento; por «celdas» de varios tipos: de energía; algunas, cual las de (1), que destruyen una cierta unidad (A, B) y distinción ($A \neq B$); mas tratan (a), (e), (b), (f), cual casos realmente, física, experimentalmente, indiscernibles. Es decir: los desindividúan en un grado. Y esto se conoce en la fórmula misma que traduce en palabras lo que dan los experimentos. En (2) —físico— la unidad, puramente numérica, se nota en tres casos; en (3), en uno solo.

Lo de *quién* es *quién* —la individualidad, diríamos en lenguaje filosófico clásico— se pierde. Y más o menos se cae en puro número: 4, 3, 1.

Si esta es la base de nuestro ser corporal: la que, hablando a lo clásico, es informada por la vida o por la forma sustancial, las secuelas inmediatas son: (1) que el cuerpo no posee unidad tal y tanta que pueda «individuar» —hacer *ésta*— la vida, el alma. La haría una cualquiera: todo, menos *ésta, yo.*

(2) La estadística probabilística sería ley matemática que, a cada yo, a cada viviente —hombre, hombre-dios, héroe...— se impusiera. Y compañías de seguros y loterías... no solamente lo creen, sino les resulta negocio contar ya con los 5.000.000.000 de humanos; y aun con menos: vgr., con 1.000.000. Tales compañías nos tratan a cada uno —llámese con el nombre que se llamare— como un cualquiera, como uno de tantos —sea el nombre oficial el de Emmo., Excmo., Ilmo., Alteza, fulano o mengano. Y las leyes físicas, cual la de gravitación $G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$ nos tratan a cada uno como un cualquiera, cual *masa*, cual lo que da, imparcialmente, la báscula. Por la base real del ser de cada uno nadie es *quién*: las leyes no lo tratan de *quién*; sino de *qué*. Nadie es supósito o tiene hipóstasis. Por su base real nadie está ensimismado, insesistente. Está patente, expósito, expuesto al universo: al dominio real y eficiente del cualquierismo o del unidetantismo.

Luego las frases «éste es mi cuerpo», «ésta es mi sangre» son físicamente falsas. No solamente falsas referidas a la base microscópica del cuerpo: nucleones, átomos, moléculas, fotones..., sino hasta a su global (macroscópico: visible a ojos, palpable a manos, audible a orejas...). Las estadísticas de una compañía de seguros le mostrarán y demostrarán a quien creyera y pretendiera ser *éste* que su vida media, su altura,

su peso, su calor... son precalculables con un margen creciente de exactitud conforme el número de «individuos» pasa de 100.000 a 1.000.000, a 1.000.000.000, a 5.000.000.000. Y aumentará el cualquierismo o, su inversa, disminuirá su *quién* (su éste, éste precisamente, la yoidad de su yo) conforme aumente y mande tal número. Por ir contra la regulación de natalidad, aborto... se va con ello contra el *quién*, contra la «persona». *Luego* si un *Quién* (vgr., Dios) se encarnó —es decir: más ampliamente «se enmaterializa», «encorporaliza»— se expone realmente al cualquierismo que afecta —no vagamente, sino según intrínseca legalidad matemática— a los elementos básicos del universo y suyos y, en especial, consta que afecta a los «genes» —estadística genética, desde Mendel, De Vries, conocida por actuante en Adam y Eva para no ir más atrás. Tal *Quién* tiene que sentir tal cualquierismo no solamente en la forma global como lo sentimos todos los hombres, inclusive en esa forma de sentirse un cualquiera respecto de leyes físicas, sino en el cualquierismo social sentido de «cual súbdito de una ley, acto público, uno en muchedumbre». Cae, cual caemos todos, uno por uno, sin privilegios gravitatorios; le llueve como a uno de tantos; se enferma como uno de tantos de enfermedades concretas; le aplaca la sed el agua, cual a uno de tantos, y en familia es uno de tantos hermanos. Todo ello no permite, no da posibilidad a *Quién* de decir «éste es mi cuerpo».

Si tal *Quién* no siente ni se siente ser todo eso como lo siente y sentimos los unos cualesquiera, no es realmente hombre; no se encarnó realmente, sino «docéticamente» (δόξα) —parencial, fantasmagóricamente.

Y peor que si se hubiera encarnado, enmaterializado, en luz —que daría, digámoslo así, un fantasma—, pues la estadística de fotones se compone de elementos menos individuales que los de átomos, moléculas, genes. Así que realmente *este* fantasma (divino o no) es menos éste que éste cuerpo regido en su base por estadísticas 1, 2, 3 en diversas dosis.

Dejando la cuestión en este punto, a continuar inmediatamente cual tema, es posible definir al «particular» de la siguiente manera: «particular» es un hombre —de él tratamos, cual de tema inmediato— que está siendo su realidad en estado de «animalmente» racional, de animalmente corporal, de animalmente alma, de animalmente vidente..., de animalmente religioso, de animalmente moral, de animalmente social, de animalmente económico, de animalmente artesano, de animalmente locuente,.. y todo ello como un cualquiera —de la especie, del género cuerpo viviente, del género cuerpo, del género sustancia... Es,

pues, o se está siendo, *parte, particular* de especie, género próximo, género remoto... Es uno-de-tantos; es un cualquiera, de tantas maneras *cuantos* hombres haya; de tantos modos, *cuantos* componentes sociales, políticos, económicos...

Es *uno* porque está separado de los demás —de familia, tribu, nación, oficio— por celdillas del tipo (1) sobre todo o en dosis mayor. Consistiendo tales celdillas en «familia» (y es uno de los de la familia), en relación simétrica con hermanos [*a, b, c* |] ~ [*b, c, a* |] ~ [*c, a, b* |] (seis veces por la propiedad conmutativa); celda de padre (*p*) respecto de hijos (*a, b, c*...): [*p* | *a, b, c*...] ~ [*p* | *b, c, a*...] etc.; celdillas de padres, de progenitores (*p, m*): tan padre es progenitor como lo es madre, y al revés; celdilla de miembros de un pueblo (linaje, raza); casillas de «hablantes» el mismo lenguaje; casilla de sujetos a una ley (religiosa, civil...).

La casilla «familia» separa sus elementos de otra familia; de otra casilla. Siempre el particular es uno de tantos; no es muchos; es uno. Y dentro de las casillas no puede ser éste: es *uno* de tantos, es *un* cualquiera y así ha de sentir, obrar, ser tenido.

Al decir en la definición de particular que es «animalmente racional» y no «racionalmente animal»: animalmente religioso y no racionalmente religioso; animalmente locuente y no racionalmente locuente, etc., intentamos contraponer dos estados del hombre: el de «animal racional»: el «animalmente racional» (particular), y el «racionalmente animal» (el individuo). De ello se va a tratar.

El adverbio «animalmente» califica (o descalifica) lo de racional —religioso, político, guerrero, artesano, hijo, padre... Predominio del género sobre lo específico: del animal (vertebrado, mamífero, primate) sobre el racional. Las frases siguientes declararán lo indicado, mejor que una explicación:

animalmente padre ⇒ macho;
animalmente madre ⇒ hembra;
animalmente hermano ⇒ cachorro;
animalmente rey ⇒ tirano;
animalmente sacerdote ⇒ mago;
animalmente médico ⇒ curandero;
animalmente locuente ⇒ bárbaro;
animalmente libre ⇒ arbitrario;

animalmente religioso ⇛ supersticioso;
animalmente racional ⇛ instintivo;
animalmente discípulo ⇛ sectario;
animalmente creyente ⇛ fanático;
animalmente obediente ⇛ sectario;
animalmente sexual ⇛ promiscuo, polígamo; etc.

«Animalmente» da el tono y transforma hondamente (peyorativamente) a racional: padre, madre, hermano, sacerdote, creyente, rey...

Desde el punto de vista de hombre que sea todo racionalmente —definición de «individuo», a explicar a continuación— el hombre en estado de animalmente racional..., se está siendo al modo como se era, o fue, un neanderthalense o un cro-magnon, o un salvaje o primitivo; y, sea dicho a punto, como lo somos o podemos ser todos a ratos, en actos, en obras sueltas; todos, aun los hombres «racionalmente padre, hijo... sacerdote, rey... sabio...» por la dosis que de particular queda en todos y en cada uno a causa de que la base de nuestra realidad está regida por la categoría de cualquiera, de uno de tantos.

Así que, al hacer más adelante el balance total, aun en el hombre en estado de individuo, singular y persona, queda latente y latiente un tanto por ciento de salvaje, de primitivo, de particular.

Si un Dios se encarna o encorpora en hombre y *es de* hombre o está siendo hombre realmente, «habitando entre nosotros», la probabilidad de que le salga (a tal dios) a la cara, a las manos, al lenguaje, la dosis de salvaje, de particular, es mayor que cero. Y tiene que serlo para que tal *Quién* sea realmente hombre, y no menos que fantasma o maniquí manipulado por un *Quién*.

Definimos, pues, «particular»: particular es un estado de hombre que es o está siendo de obra, animalmente todo; está siéndolo como un cualquiera. Su unidad depende o es efecto del distinguirse de otro; las casillas distinguientes son filogenéticas: familia, tribu, horda, clan... Eliminadas, el particular cae al dominio público de animal. Dentro de cada casilla es uno de tantos; y el límite de natural distinción se reduce, casi exclusivamente, al pellejo. Éste es su casilla propia exclusiva. Mas, desde el punto de vista superior, la casilla de uno es del mismo tipo y eficiencia que la del otro (de su familia, tribu, clan...).

Parménides los veía, trataba y era tratado por multitud de hombres en estado primitivo, salvaje; y los dejó descritos por palabras como estas:

... mortales
de nada sabidores,
bicéfalos,
yerran perdidos,
que el desconcierto dirige en sus pechos la mente erradiza,
mientras que ellos
sordos, ciegos, estupefactos,
raza demente,
son de acá para allá llevados.

(Fragm. 6, edic. Diels-Krantz.)

Todavía, a la altura de nuestros tiempos, abunda la cantidad de hombres que son y se comportan y creen ser y hacerse *unos* por llevar la contraria: distinguirse de los demás. Es su dosis de particular.

Entiéndase aquí por «individuo» al hombre que posee una unidad interior suya, tanta y tal que ella es causa suficiente para distinguirse de los demás —de su familia, clan, conciudadanos, profesión... O refiriéndonos a la definición de «hombre», la de «animal racional», uno será «individuo» si es racionalmente todo. Es racionalmente macho ⥱ padre, racionalmente hembra ⥱ madre; racionalmente cachorro ⥱ hermano; racionalmente tirano ⥱ gobernante; racionalmente esclavo ⥱ trabajador; racionalmente mago ⥱ sacerdote; racionalmente sexual ⥱ monógamo; racionalmente sectario ⥱ creyente; racionalmente arbitrario ⥱ libre; racionalmente supersticioso ⥱ religioso; racionalmente instintivo ⥱ racional; racionalmente curandero ⥱ médico...; es decir: «racional» reforma todo o da el tono a todo: a fisiología humana, mente, manos, oficio...

No aniquila tales funciones o potencias naturales del hombre primitivo: del que es y está siendo «particular», sino las sublima, encauza, ensilla, dirige. El «individuo» no es uno por el prurito natural de «distinguirse» de los demás, de hacerse el distinguido, sino por unificación racional: por cultivo, educación, ejercicio de lo que tiene de único que es ser yo, ser éste, hasta con nombre propio. Y de consiguiente deja de ser un cualquiera, uno de tantos.

En el estado de individuo se inventa lo de tener, ponerse, asegurarse nombre propio: Adam, Eva, Moisés, Zoroastro, Parménides, Apolonio, Jesús, Tomás... Pero individuo se lo es según cierta dosis. Todavía la base real, constante y necesaria para ser *realmente* individuo es la filogenética. Y la dosis o estado de individuo se halla constantemente subtendida, sustentada y mantenida por la dosis o estado de particu-

lar. Con un índice de relativa frecuencia de caer en él. Más adelante trataremos de fijar ilustrativamente tal índice.

Y sobreviene la correlativa pregunta: si un *Quién* (vgr., Dios) se propone y se pone y expone a hacerse individuo, ¿qué modificaciones tendrá que introducir en el racionalmente animal con tino tal que el individuo así asumido continúe siendo y obrando como individuo? Y puesto que individuo está presuponiendo y está subtendido en lo de particular por sus dosis de un cualquiera en todo, ¿qué modificaciones tendrá que introducir, medidamente, un *Quién* en el individuo subtendido por su particular? Y sin aniquilar ni lo de individuo ni lo de particular, ¿en qué se conocerá de pensamiento, palabra y obra que tal «individuo» está asumido, es realmente divino, con *quién* de Dios?

Tal individuo habrá de mostrar que es realmente individuo —humano, de él tratamos— y habrá de demostrar que está endiosado, o a la inversa: el *Quién* (Dios, o no) habrá de dejar que tal hombre muestre lo que tiene aún de hombre y lo que tiene de divino. ¿En qué consiste tal *dejar que,* por parte del asumiente?

Respecto de individuo, la frase «*éste* es mi cuerpo» adquiere ya sentido. Igual diríase de las frase: *ésta* es mi voluntad, *éste* es mi pensamiento, *éste* es mi deseo... Frases que no tenían sentido respecto de particular, de uno que es uno de tantos.

Hemos definido supósito (hipóstasis) por las notas «núcleo (esencial)-cerrado-ensí-graduadamente». Resumidas en las palabras «ensimismado, insesistente». Tanto particular como individuo son, están siendo supósito o ensimismado —cada uno, de por sí. *Inseipsistente.*

Así: *Particular* es definible: (1′) es uno porque se distingue de los demás; (1″) es uno de tantos, un cualquiera en todo: cuerpo, alma, sentidos...; (1‴) distinción de los demás es la causa de la unidad en todo: cuerpo, alma...

Individuo es definible: (2′) porque es uno se distingue de los demás; (2″) es éste, único; (2‴) unidad por modo de unicidad afectando unidad a todo: cuerpo, alma...

Respecto de grado de supositalidad, ensimismamiento o insesistencia, un particular afecta por su *unidad* a los cuatro componentes de supositalidad; mientras que el individuo los afecta por su *unicidad* que es manera eminente de ser uno. Así que es por eminencia supósito o eminentemente ensimismado.

Ha de ser, pues, más difícil, con dificultad entitativa, asumir a un individuo que a un particular. *Único* resiste, o se resiste, a ser asumido, más que *uno.*

E inversamente: particular tiene (su) naturaleza (núcleo) más patente y abierta a otras naturalezas que individuo. Particular puede dar, en unidad, mezclas, híbrido, aleación a que se resiste individuo.

Más adelante se verán las secuelas de esto para nuestro no olvidado tema: Dios-hombre, hombre-Dios.

Tanto particular como individuo pueden ser denominados y considerados como estados naturales (de hombre). Recuérdese la definición de natural dada aquí (cfr. Tercera parte).

Los dos estados siguientes, los de singular y persona, no son estados naturales; así que son incomparables con los dos anteriores. Llamemos estado «preternatural» al de singular, y estado «sobrenatural», al de persona.

Fijada la terminología procedamos a la explicación y justificación.

Estado de *singular*. Descartemos, por vaga, la noción corriente, en filosofía y teología, de sobrenatural: sobrenatural es lo que supera todas las potencias y órdenes de eficacia de lo natural. Definición que presupone (1) que se conocen todas las potencias o poderes de lo natural; (2) ante todo, presupone una definición de natural; (3) fijar la esencia de natural y, fijada la esencia, (4) concluir que, por ser toda esencia definitivamente insuperable en cuanto a determinaciones (comprensión) y aplicaciones (extensión), lo de *super* incluirá una negación, referida como a término positivo, dado, a lo esencial de lo natural. «De una piedra no puede ni sacarse ni brotar agua natural por golpe de magia, de una varita», es afirmación que remite al modo y manera de manar agua naturalmente. Remite a un impedimento esencial. *Luego* si por golpe de vara mágica mana, tal agua es *milagrosa*, por origen; aunque para ser bebida por entes naturales ha de ser, una vez hecha, agua *natural*. Agua sobrenatural de nada serviría para aplacar sed natural y alimentar las células naturales de bebedor. «Bebida», los bebedores no pueden saber con sabor vital que fue hecha por milagro.

Es decir: todo milagro —sea hacer brotar agua de piedra, abrir camino seco por mar de agua, abrir los ojos de ciego de nacimiento, multiplicar panes, hacer llover maná, detener al sol por horas, resucitar a un muerto (hacerlo revivir), transformar agua en vino...— una vez hecho, lo hecho es, se lo siente obrar como natural, como si nada hubiese pasado. Lo de milagro no queda sellado indeleblemente como de «marca de fábrica sobrenatural». Lázaro, resucitado, re-vivido continuó viviendo con vida natural, vida naturalmente como antes de morir. No

se vivió como *resucitado*. El agua de la famosa piedra resultó tan bebible como la natural de manantial; el sol que, después de detenido, salió, continuó siendo el mismo que antes; el ciego curado vio como si no hubiera recibido la vista por milagro...

Es decir: ni vista, ni vida, ni sol... venidos o revenidos al ser por milagro son ya sobrenaturales. Sobrenatural es calidad perdible; y necesariamente perdida si ha de entrar lo producido en el orden natural. Lo natural reabsorbe, anula, lo sobrenatural.

Lo de sobrenatural se restringe al acto de producción; y aun así quien lo pone o quienes lo presencian y sienten, lo son y sienten a lo más por tal acto y durante él. Lo que la memoria les diga posteriormente a tal acto está anulado por lo que están siendo, que es algo natural: agua cual la corriente, vida como la cotidiana. Lo sobrenatural, una vez hecho, empalma, encaja, se inserta íntegramente en lo natural. La memoria de lo sobrenatural es refutada por su efecto mismo.

Tánto y tan definitivamente pasa lo sobrenatural o milagroso a lo natural que no deja arte, técnica, fórmula para repetirlo.

Lo auténticamente milagroso habría de dejar testamento óntico; es decir: una realidad nueva que, por su presencia y eficacia, renueve el llamado acto y efecto milagroso. Que sacar por varita agua de piedra en *desierto* sea ya técnica, procedimiento, disponible y eficaz de sacarla cuando se quiera.

Nada de monopolio personal —de Moisés... Lo sobrenatural ha de serlo no sólo en acto, sino dejando técnica y obras con marca indeleble; irreabsorbible por lo natural y recognoscible por sobrenatural. Si no deja tales testimonios entitativos de sí, lo de sobrenatural se reducirá a cuento, a memoria, a deseos ineficaces o añoranzas extemporáneas.

Todo esto que el Autor se ha creído obligado a decir larga e insistentemente se encaminaba a la afirmación: lo único sobrenatural, de que consta (1) que no puede surgir de lo natural, aun con todas sus potencias no explotadas, y (2) que deja testimonio entitativo (en obras) de su sobrenaturalidad, (3) que deja técnica, métodos, procedimientos eficaces de repetición, reparación de las obras; (4) que no permite monopolios (de personas o derechos de autor o patentes), es lo *artificial*.

Colocándonos en nuestra época —y revirtiendo a las anteriores para contraste y resalte respecto de la nuestra— televisor, teléfono, computadoras (hasta de bolsillo), radar, teletipo, auto, camión, avión, submarino, trasatlántico, reactor atómico, motor diesel, imprenta, máquina de escribir, de afeitar, fábrica (de tejidos, de agujas, de plásti-

cos...)... termómetro, barómetro, palanca, relojes, electrómetro, higrómetro, arco, flecha, sílice tallada, misiles, sondas cósmicas, arado, azada, tornillo, cuña, polea... tenedor, cuchara, cuchillo... son, entre miles de miles, ejemplos de realidades artificiales, artefactos que no han nacido ni pueden nacer de lo natural —aunque cuenta de existencia y actuación unos 10.000.000.000 de años.

De pez, ni ha procedido por generación natural, submarino, batiscafo; ni de ave, avión; ni de orejas, audífono, teléfono; ni de ojos, telescopio; ni de manos, motor; ni de pies, escalera mecánica; ni de olfato, perfumes; ni...

Y pasando de intento a otro tipo de artefactos: de geometría natural (la de Tales, Euclides...) no procederán, ni procedieron por evolución natural, geometrías no euclídeas (Gauss, Lobachevski, Bolyai, Riemann); ni de matemática natural (la de Teeteto, Arquímedes), las aritméticas no arquimédicas; ni de lógica natural (la de Aristóteles), lógicas no aristotélicas; ni de números naturales (enteros), números complejos; ni de física natural (natural hasta por la palabra φύσις), física de Newton; ni de alquimia, química; ni de astrología, astronomía; ni de psicología, psicofísica; ni de economía natural (de trueque), economía dinero; ni de sociología natural, sociedad anónima; ni de política natural, democracia constitucional; ni de derecho natural, derecho positivo; ni de religión natural, código de derecho canónico; ni de filosogía natural, *Fenomenología del Espíritu*; ni de ética natural, *Ethica more geometrico demonstrata*; ni de genética natural, ingeniería genética; ni de lenguaje natural, lenguaje matemático, simbólico, musical; ni de...

Todo ello —lo dicho explícitamente y lo aludido— cumple patentemente, esplendorosamente, exhibicionísticamente, las cuatro condiciones definidoras de lo artificial. Que son las mismas que definen lo positivo, nuevo, original de «sobrenatural».

Son, pues, *milagros* —realidades milagrosas que repiten garantizadamente las obras milagrosas— televisor... geometría de Gauss... obras musicales.

Son todas ellas supernaturales no sólo «negativamente» por nonaturales, sino positivamente.

Pues bien: lo anterior se enderezaba a la siguiente afirmación y definición: «Singular» es un hombre, o es el estado de hombre, que ha inventado realidades artificiales en todos los órdenes: realidades *anti*naturales, *extra*naturales, *preter*naturales: innaturales.

Lo artificial es el dominio o campo de lo *milagroso* positivo, establecido, actuante y comprobable.

Lo artificial: televisor... geometría de Gauss... *Novena Sinfonía* de Beethoven... es *in-natural* por no nacer, por no haber nacido, aun después de miles y miles de años de «generación» natural: de dejado lo natural a sí mismo y a sus leyes; es *anti*-natural, pues va contra los límites naturales de lo natural: franja finita de ver, oír, pesar, manejar...; es *extra*-natural, pues los datos de un artefacto suelen servir y se los hace servir para algo diverso: así el telescopio no es ni en favor ni en contra de los ojos naturales, sino en favor y servicio de la astronomía matemática; ni la lógica matemática —de Boole, Whitehead-Russell, Hilbert...— es ni en favor ni en contra de la lógica natural (casi lo es la de Aristóteles y medievales), sino a servicios tan remotos cual fundamentación de las matemáticas (naturales) o de estructura funcional de computadoras; ni escalera mecánica es ni en favor ni en contra de los pies, sino en favor de los compradores dentro de un centro comercial, o de peatones, dentro de subterráneo; ni física cuántica es ni en favor ni en contra de las comodidades naturales de cuerpo y alma del «animal racional», ni del animalmente racional ni del racionalmente animal, sino en favor y uso de la comprensión y dominio del mundo atómico y subatómico ocultados por lo natural; es *preter*-natural, pues pretiere o ignora lo natural: los datos que ofrecen sus inmediatos parenciales, el estado de sus posiciones, velocidades: de todo lo que es «pasto» —objeto formal *que* y objeto formal *por el que* y objeto material de sentidos y potencias naturales.

Ya dijo Aristóteles, y se lo ha repetido aquí siempre que viene a propósito, que «Polícleto es causa de la estatua, no por lo que tiene de hombre —que al hombre le es accidental ser escultor— sino en cuanto escultor».

Tanto al animalmente racional como al racionalmente animal le es accidental ser escultor, dramaturgo, piloto de nave, flechero, alfarero, legislador.

Pues bien: al hombre artificial —artesano, artífice, técnico— le es accidental el ser «animal racional»: animal vertebrado, mamífero, primate, binocular, biaural, bímano, bípedo... A veces le estorba; otras, le sirve todo eso; a veces condescendiendo. Así, lo que la pantalla del televisor presenta a los ojos naturales y mente ojeante natural, mas lo en ella ojeado no es lo que sirve al físico clásico (Newton) o actual (Bohr, Born, Fermi, Dirac...).

Lo que el geómetra artífice «dibuja» ⊙ ├──┤ ═══ ∟

es una condescendencia con los ojos naturales; lo que él entiende y

mira es «$x^2 + y^2 = r^2$; $y = ax + b$», y aun lo que «x, y, z; a, b, c» guardan de letras del alfabeto (natural) es otra condescendencia.

Puédese, por tanto, definir al «singular» con: «singular» es, está siendo, un hombre a quien le es indiferente, accidental (su) cuerpo y alma naturales, sus funciones y órganos, desde marchar a hablar. Componente *negativo* y *negador*, aunque real.

Componente positivo: «singular» es un hombre que se sirve de instrumentos inventados *ya*, acoplados, enchufados en la base del universo —en electrones, protones, iones, campos electromagnético...— e instruidos *ya* para que hagan ellos las funciones que el singular se proponga: dejar de ser causa eficiente con sus miembros naturales; dejar de tener que servirse de la forma y funciones naturales suyas; dejar de ser causa final sus necesidades naturales, a satisfacer por medios naturales; emplear, pues, motores en lugar de sus brazos, manos, pies; que trabajen las máquinas, desde arado... a computadora; conseguir los fines naturales por medios artificiales; que las máquinas satisfagan necesidades inventadas: bebidas nuevas, comidas nuevas... materiales nuevos... hasta plásticos... Y todo ello seipsirregulado (*feedback*) por termostatos, reguladores centrífugos, flotadores, de presión, temperatura, densidad, velocidad...

Tendencia progresiva de pasar de ser agente y paciente natural a Gobernador (κυβερνήτης). Cibernética. Sentados, no en silla de madera o banco rústico sino arrellanados ante tablero de señales y disponiendo con un dedo de fábricas enteras de productos nuevos, o vuelo de avión...

Singular es, pues, un hombre que tiende a ser gobernador de un mundo nuevo de artefactos, inventados por él —y por tanto él usuario de ellos—; instruidos *ya* para que le sirvan a una señal suya, y enchufados en la base del universo para que su condición de servicio le rinda al máximo en eficiencia y seguridad.

Los grados de artesano, artífice, técnico, tecnócrata y tecnólogo definen las fases del proceso histórico del paso de hombre natural a hombre singular, a través del particular e individuo.

Y se repite la pregunta: el hombre-dios o dios-hombre en que hombre esté siendo o poniéndose a ser —a estar sido— «singular», habrá de mostrar por obras especiales —diferentes de las del hombre particular e individuo naturales— que es realmente hombre; y correlativa y complementariamente, Dios habrá de dejar que tal hombre singular ponga especiales obras —inventos— para que conste que es hombre y que Dios se encarnó, se enrealizó en hombre «singular»

—cual si dijéramos se encarnó en Arquímedes, Leonardo da Vinci, Edison, Hertz, Marconi... en cuanto singulares, inventores, ingenieros.

Problema teológico y teándrico distinto de encarnación de Dios en Moisés, Josué, David, Salomón, Daniel, Apolonio, Jesús, Pedro, Pablo, Tomás de Aquino —todos ellos hombres en estado de particular o individuo.

Así que la supositalidad, o inseísmo, de hombre que se esté siendo singular —tendiendo a Gobernador del universo— es de otro orden y grado del de encarnado, de inseipsisistente; estilo superior y nuevo respecto de hombre que se esté siendo particular o individuo.

No tiene, pues, nada de sorprendente —sea dicho incidentalmente— el que a partir del siglo I no se hable —y no tan sólo se lo sospeche— de encarnaciones de Dios —de haber habido o poder haber hombre-dios o dios-hombre.

Tal ausencia resulta explicable (1) por impotencia de un Dios que se halle él mismo en estado natural —así que en estado de particular o de individuo—; (2) o por resistencia del tipo nuevo y superior frente a Dios, por parte del hombre en estado de singular: de tendientes y en parte inventores con éxito del plan y recursos de Gobernador del universo que enchufa y saca sus fuerzas de la base misma de la realidad.

Sea la cuarta manera o estado del hombre: la de *persona.*

Comencemos por definirla: «persona» es el estado de un hombre que des-define y des-finita su cuerpo y su alma, no sólo lo de particular e individuo, sino lo de singular. *Componente negativo,* negador, real. Persona es realidad transfinitante de todo y seipsitransfinitadora en todo.

Componente positivo. Persona es un hombre —o estado de un hombre— que o en que la creatividad —originalidad, novedad, espontaneidad— de la fase y trance de actos sueltos, se transforma en *inventos* de estructura fija, de actuación garantizada y de efectos permanentes.

Explicación: los estados de particular e individuo no sólo no tienden a des-definir y des-finitar sus (naturales) cuerpo y alma; sino, al contrario, tienden a definirlos: a creer que tienen *esencia* (óntica) y por ello tienen *definición* onto-*lógica.* Esencia es lo inmutable definitivamente. Y tiende a finitarse, o sea: a creer que la finitud no es solamente de hecho, sino esencial. La diferencia específica define y finita la realidad —aun la humana. Y tal vez a ella más que a ninguna otra realidad.

Para el hombre en estado —tendiente a total— de singular, cuerpo y mente naturales descienden a accidente o realidad insignificante: indiferencia frente a diferencia específica, a esencia; e indiferente al uso natural de los sentidos y potencias.

Mas el singular traslada la importancia al dominio artificial —a artefactos sensibles e inteligibles. El singular los *emplea*, cual aportadores de datos primarios para ciencia.

El singular: un hombre singular, cual en dosis notable lo fueron Galileo, Torricelli, Viète, Cardano, Copérnico, Leonardo da Vinci, Kepler, Guericke... no puede convertir en inventos —sensibles o mentales— las ocurrencias, atisbos, inspiraciones, ganas de superar lo natural. Es el singular —pasado o actual— usuario de ellos —aunque tenga que inventar eso de ser usuario: inventar el manejo, reparación, montaje de los inventos, de los instrumentos.

En el sentido riguroso que damos aquí a la palabra «invento», el singular halla, produce, instrumentos físicos y mentales *sueltos*, sin repercusión o alcance universal contra lo natural.

Por contraposición la persona —o lo que el hombre tenga en estado de persona— es la inventora de instrumentos físicos o mentales que enrealizan, enmaterializan los atisbos, ocurrencias, planes de superar lo natural. Así que tales inventos atentan contra lo natural del universo.

Atisbos de Copérnico, Kepler, Galileo... en astronomía quédanse en atisbos mentales y en aparatos sueltos —geniales si queremos ser generosos en adjetivos— hasta Newton, quien les da, o reforma todo ello, en ciencia; y en particular los instrumentos ascienden a sentidos científicos. Newton es persona o tiene personalidad. Para él le es indiferente su cuerpo, su alma, potencias y sentidos naturales. Atisbos del cálculo diferencial e integral —su correlato— túvolos Barrow, el maestro de Newton. Mas se quedó en atisbos o dejó de lado lo de cálculo, y se dedicó a teología. Newton *inventó* el cálculo diferencial e integral y lo aplicó a problemas matemáticos y físicos. Y surgió *Philosophiæ naturalis mathematica principia*, invento cuya eficacia matemática y física llega hasta nuestros días. Y está disponible para todos. Newton fue, se sintió ser, *persona, avant la lettre.*

A Leibniz *acude*, atisba, el cálculo infinitesimal; mas quédasele casi íntegramente en atisbos y ocurrencia —geniales. Y de atisbos no pasa su «*characteristica universalis*». La lógica en estado de ciencia antinatural será invento de personas —o constituirá en personas a Whitehead-Russell, Hilbert, Bernays, Gödel...

Persona: Newton, Russell, Hilbert... des-definen, des-finitan astronomía, matemáticas, lógica naturales.

Continuemos con la ejemplificación que, por una parte, declarará el término de persona y, por otra, nos abrirá al «porvenir» —a nosotros los actuales y a nuestros sucesores.

Aun a Newton pasó desapercibida —física y matemáticamente— la igualdad de masa gravitatoria e inercial: la igualdad entre inercia y gravitación. Ni vio ni atisbó nada, y para nada entra en sus *Principia*; y no entró hasta Einstein quien no sólo se sorprendió de ella, atisbó algo fundamental y decisivo, sino transformó tal atisbo en Ciencia —en Relatividad generalizada que abarca todo lo natural: terrestre y celeste y aun cosmología y cosmogonía (véase aquí Lámina 1).

Einstein es *persona*; lo es porque se lo hizo ser a sí mismo. Ya Poincaré y Lorentz habían atisbado la teoría de la Relatividad restringida; mas no lograron —ni lo emprendieron— dar a tal atisbo visión científica, universal, de Relatividad. Se quedaron desde este punto de vista en «singulares». Fórmulas y aparatos, y datos de éstos, no se les soldaron en teoría general que reformara desdefiniéndolo y desfinitando lo natural.

Hahn y Strassmann se quedaron sorprendidos de la descomposición de cierta masa de uranio en dos partes casi iguales, con emisión de descomunal cantidad de energía. Mas no tuvieron la intuición de que la fórmula «$E = c^2m$» se prestara en manos y mente de Fermi a la fabricación de la bomba atómica, para comenzar con la de uranio, de fisión, y continuar con la de hidrógeno, por fusión de elementos. Con ello se des-definían y des-finitaban las diferencias —indudablemente perfectas (cfr. aquí Lámina 6)— de los elementos de la escala periódica, por sólidos y neutrales que fueran. Y des-definían y des-finitaban las estrellas: los «diamantes perfectos»: «*diamants extrêmes*» de Valéry, y de toda la cosmología y astronomía desde los caldeos, por griegos, por medievales, renacentistas y aun modernos.

Einstein y Fermi descubrieron el secreto —hasta para teólogos, filósofos y astrónomos— de hacer estrellas y de cómo se las deshace. Las des-definieron más finamente que Fraunhofer con sus rayos; y las des-finitaron, descubriendo su finitud: figura, volumen, densidad, en el universo, o mostrando cómo surge su finitud a partir de la infinidad del ambiente de H y de campos geométrico y electromagnéticos definidos, hasta infinitesimalmente, por la Relatividad generalizada.

A la «persona» se la definió como des-definidora y des-finitadora de lo natural, y no sólo como indiferente a lo natural —característica de singular.

Einstein, Fermi... son modelos de serse (un hombre) persona, a los que no sólo les fue indiferente, accidental, como a Polícleto, ser animal racional (animalmente racional), sino des-definieron y des-finitaron lo natural celeste y terrestre: cósmico. *A fortiori* a Fermi, Einstein les fueron indiferentes moral natural, derecho natural, religión natural, sociología natural, política natural... Si en algo de esto, o de esto, pecaron fue pecado venial, pequeñeces.

Nos hallamos actualmente —y por virtud de los inventos de tales personas— ante el problema de des-definir y des-finitar la vida —todos los tipos de ella— mediante los recursos, físicos y técnicos, de ingeniería genética.

Plan desdefinidor propio de persona —definidor y facedor de ella— contra definiciones y finitudes definidas por potestades e individuos religiosos, morales, sociales; y aun a pesar de la delimitación de recursos —matemáticos, físicos e instrumentales— del singular.

Dos ejemplos instructivos y a emplear positivamente:

El pequeño mundo de las cosas llamadas «secciones cónicas» —circunferencia, elipse, parábola, hipérbola— lo domina ahora una sola fórmula algebraica: «$x^2 + y^2 + axy + bx + cy + d = 0$». Las cosas dichas quedan des-definidas y des-finitadas por tal fórmula. Quienes la inventaron —¿o inventó, Descartes?— poseen una dosis de persona —a defender contra la intuición sensible natural (de griegos, romanos y renacentistas), a pesar de las definiciones y finitudes aun de uso concreto, halladas por singulares, como Euclides; y aun de tales figuras purificadas para que se integraran ordenadamente en sistema de *Elementos* (axiomática). Tal fórmula las des-define y des-finita según geometría analítica, por el instrumentario adjunto de coordenadas. Lo hace Descartes por su dosis de *persona*.

Tal fórmula y la de su campo: la geometría analítica, es un lenguaje nuevo que no destruye el natural: el regido e impuesto por la filogenia: anatomía y fisiología; permanece usable e inteligible para los hombres por lo que tienen aún de particulares e individuos. No lo destruye; mas lo des-define y des-finita en sus pretensiones naturales de único posible, por el simple hecho, durante una época —desde 500.000 a.C. hasta 1600— de ser el solo real pensable y decible. El lenguaje analítico desdefine las de-finiciones (sensibles, purificadas por el lenguaje natural mismo) contrapuestas de circunferencia y elipse; las de éstas y la de parábola; y las des-finita sacando a circunferencia de su finitud o cerrazón respecto de la apertura legal (funcional) al infinito de parábola.

Queda, pues, en claro qué significa lo de «des-finitar» y «des-

definir», para así declarar qué signifique dominar el mundo geométrico una mente nueva y superior.

Y por ello resulta claro quién es *persona*, o tenga *personalidad*. O que la irrupción e imposición de análisis sea criterio de presencia e irrupción de personalidad en un hombre, natural por lo demás y anterior a tal fasto histórico.

Otro tipo de lenguaje, propio de persona, que la declara y hace que esté siendo *quién* (persona) un hombre natural antes de tal irrupción, es el lenguaje musical actual. Aparte de lo dicho acerca de él en partes anteriores de esta obra y de lo que posteriormente se dirá de él en ella, lo ahora a decir se circunscribe a lo que puede aportar para la caracterización del estado de *persona*.

«Música actual» abarca, pues, desde Bach, por Beethoven, hasta Schönberg, Stockhausen, Xenakis.

«Álgebra sonora» denominó el filósofo de la música, E. Bloch, a la música. Antes de él el gran Leibniz había dicho que «la música es un ejercicio de aritmética hecho por un alma que ignora estar haciendo aritmética». Añadamos, abundando en el sentido de Bloch: la música actual es un ejercicio de matemáticas, en especial de ecuaciones diferenciales parciales, hecho por un alma que ignora estar haciendo tal cálculo al que, por novedad imprevisible, le ha sobrevenido el ser «musicalmente sonoro».

El lenguaje natural —el de los particulares e individuos y en todos los hombres por lo que tuvieren *aún* de tales— es fisiológicamente hablable y hablado, hasta con sustantivos; en él y con él piensa la mente natural: la informante fisiología; según él obran las manos; y manos y mente tales tratan *de* y se tratan *con* toda clase de realidad dada, sensible o no, demoníaca o divina, corriente o milagrosa. Y lo así hablado y pensado lo oyen orejas naturales y aun ponen por escrito las manos los elementos (letras) de lo escrito, por la fisiología y anatomía filogenéticas y a servicio de ellas.

Todo esto comienza por ser o estar en «fuso y confuso» —sea dicho empleando una vez más la terminología aristotélica. Las definiciones —vgr., de nombre, verbo...— transmitirán más o menos, mejor o peor, a veces, casualmente, en «compuesto», lo que el lenguaje *natural* habla sobre origen del mundo, refinado en *Génesis, Timeo*...; lenguaje *natural* sobre dioses «fusos y confusos» entre sí, transformado en *Teogonía* (cfr. Apéndices A, B, C, D); lenguaje *natural* sobre moral —fusión y confusión con costumbres, hábitos, regulado en código de Hammurabi, en Diez Mandamientos y en artículos su reglamentación detalla-

da: *Éxodo, Levítico*—; lenguaje *natural* sobre historia de familia, tribu, raza —fuso y confuso de muchos órdenes, reformado en «genealogía»—; lenguaje *natural* sobre experiencias humanas —fuso y confuso de palabras, ideas, valores... recopilado y ordenado en sentenciarios: presocráticos, Siete Sabios, proverbios, *Eclesiástico*...—; lenguaje *natural* de trato *de* y *con* Dios (o dioses) —trato fuso y confuso de promesas, amenazas, pordioserismo, provocaciones, arrepentimientos, alabanzas, adulaciones..., redactado en *Salmos*—; lenguaje *natural* del trato de discípulos con maestro, pueblo y sus mandantes con el Maestro; trato *de* y *con* todo —todo fuso y confuso, revuelto con parábolas, sentencias, imprecaciones, consejos, oraciones, historias, cuentos, «milagros» (marcas, signos, *tours de force*)... cribado, seleccionado, ordenado, por diversas manos y según diversos criterios, en Evangelios, Actas, Epístolas...—; lenguaje *natural* sobre Dios, Trino y Uno, su Hijo unigénito, su Iglesia única —fuso y confuso de citas bíblicas, sentencias políticas, Credo (articulado), filosofemas y vocabulario griegos, jurídico romano, pompa oriental... organizado en *Summa theologica... Disputationes metaphysicæ*—; lenguaje *natural* sobre todo lo pensado y dicho según y o contra la ortodoxia oficial, arrancado de sus contextos «ortodoxos y heterodoxos», recopilado en *Enchiridion symbolorum et definitionum*: El Gran Manual que servirá de norma: de instrumento ortopédico de ortodoxos, hasta nuestros días —cfr. *Sacræ theologiæ summa*, B.A.C., 1962, 4 vols.

Lenguajes *naturales*: hebreo, griego, latín... castellano.

Metalenguaje *natural*: gramáticas de tales lenguajes.

Cuanto más perfectos, más naturalmente perfectos sean tales lenguajes y metalenguajes, tanto más y mejor resaltarán la novedad, originalidad, espontaneidad: «creatividad» de los lenguajes inventados, artificiales, cual el matemático y el musical. Advirtámoslo comparando aquéllos con estos dos, sin perder de vista que todo ello es por mor de «persona».

Y para ello modulemos la tantas veces citada sentencia de Leibniz: «la matemática es un ejercicio de números hecho por una mente que *sabe* que es ejercicio de números». En concreto: «la geometría analítica es un ejercicio de números en fórmulas hecho por un alma que *sabe* que está haciendo fórmulas» —que *sabe* explícitamente, y explicadamente, que *recta* es «$y = ax + b$»; que *circunferencia* es «$x^2 + y^2 = r^2$», etc. Y la física es un ejercicio de números en fórmulas que está hecho por una mente que *sabe* que está haciendo tales fórmulas —en concreto: la física relativista es un ejercicio de números en fórmulas hecho por una mente que *está sabiendo* que geometría del espacio-tiempo *es*

$$«ds^2 = \sum_{1}^{4} g_{ik}dx^i dx^k»;\ \text{etc.}$$

La ciencia consiste, pues, en invertir la sentencia de Leibniz respecto de música. Su lenguaje dice explícitamente y explicadamente fórmulas y sabe lo que dice, respecto de todo: galaxias y universo, moléculas y nucleótidos, sol y manzana, hombre y ameba...

Por contraposición: música es un ejercicio de matemáticas hecho por una mente que *ignora* y se *propone ignorar* —y lo consigue— que realmente está haciendo matemáticas. Oculta, pues, de original manera lo que sabe que está haciendo de base real de su realidad.

La ciencia física sabe, se propone saber, y lo consigue, que el sonido real, para ser real, se rige por una ecuación diferencial parcial, explícita y explicable

$$\frac{\partial^2\varphi}{\partial x^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial y^2} + \frac{\partial^2\varphi}{\partial z^2} - \frac{1}{c^2}\,\frac{\partial^2\varphi}{\partial t^2} = 0.$$

No lo oculta; lo exhibe y demuestra teórica y experimentalmente. Mas la música no sabe —no se propone saber y lo consigue, ocultar bajo parenciales sonoros, explícitos, originales— lo que está haciendo de base real, continua, de sus parenciales sonoros —tan admirables y perceptibles, gozables y comunicables, cual fugas de Bach, sinfonías de Haydn y Mozart, Beethoven y Bruckner.

Es, pues, la música la inversa de ciencia. La inversa; no, la contraria o contradictoria o relativa. Es la inversa complementaria: y es la vida la que ha inventado —por ser ella misma creatividad: espontaneidad, originalidad, novedad— esa doble manera de serse: de vivirse y percibirse.

Con una diferencia, complementaria también: la ciencia no *habla* (con lenguaje natural, fisiológicamente regido); mas *dice* algo bien determinado; pero no se lo dice el matemático a sí mismo ni lo dice a la mente de nadie. Ni lo individúa él —mejor, ni se lo personifica a sí mismo, se lo apersona, ni lo dirige a nadie en cuanto individuo o persona.

El matemático es órgano, médium, de la estructura del universo. Lo es el matemático genial y, consecuencialmente, lo son todos los demás que entienden, usan, tales fórmulas y sus instrumentos: sentidos científicos adjuntos a ellas.

Mas la música —la orquestal moderna ejemplarmente— no habla; no se sirve del lenguaje natural fisiológicamente condicionado, sintáctificable y codificable aun por Academias y gramáticas; mas *dice* algo bien

determinado, y lo *dice* para que lo escuchen, se lo oigan decir, los demás.
La ciencia es lenguaje impersonal, dirigido a impersonales.
La música es lenguaje personal, dirigido a personas.

La fórmula que ves no es
fórmula ni porque ni para que tú la veas;
fórmula es porque ni te ve ni para que tú la veas.

La fórmula es cosa y cosifica; extasía y emboba al que insistentemente y pertinazmente la mira. Y la defensa vital consiste en encomendarla a una máquina o hacer de ella algoritmo.

En cambio: una obra musical —fuga, sinfonía, sonata que escuchas o por estar produciéndola o por, una vez producida, escuchada por otros— es obra *para que* y *porque* tú, músico genial o músico adepto, la escuches y te escuches en ella. Extasía por un rato. Mas ella misma *pasa* —en 17 minutos, en 3' 15", en 30... Su temporalidad des-extasía y des-emboba.

De ella vale algo así cual lo de Heráclito: «En río musical nadie puede bañarse, escuchar, escucharse, dos veces».

Nadie siéntese mirado, aludido, acariciado, conmovido por fórmulas. Mas se siente aludido, acariciado, conmovido, y aun trastornado, por una obra musical. *Se siente ser.*

Vale la inversa de lo del infante don Juan Manuel: «Lo mejor de la música es sentirse ser».

Baste con estas indicaciones para el tema presente.

Hagamos el balance —provisorio, ilustrativo y sugerente— de las dosis de particular, individuo, singular y persona, según edades o sazones históricas de la humanidad (H):

Hombre	*Particular H(P)*	*Individuo H(I)*	*Singular H(S)*	*Persona H(P')*	?
H. primitivo (H_p)	0,80	0,10	0,05	0,05	
H. medieval (H_m)	0,70	0,10	0,10	0,10	
H. renacen. (H_r)	0,40	0,10	0,20	0,30	
H. actual (H_a)	0,20	0,10	0,30	0,40	

Los tantos por ciento se refieren, naturalmente, a los tantos por ciento de cientos y cientos —de miles y miles— de toda clase de actos, de ratos, de obras que todo hombre pone —improvisa, estrena— cada día, casi cada hora y momento de su vida (para ser realmente vida vivida), sea durante un año, diez, cien o 969. Y además tales tantos por ciento —provisorios, ilustrativos y sugerentes— hay que referirlos a épocas enteras de la humanidad: H_p, desde -500.000 a.C. a 1 d.C.; H_m, de 1 a 1400; H_r, de 1400 a 1800; H_a, de 1800 a 2000.

Así que por miles de miles y de millones de actos, de ratos, de obras, además de los de sentirse *yo* un particular, individuo, singular y persona. Estadística cuantitativo cualitativa, global, vaga científicamente, mas ilustrativa y sugerente.

Y estadística *probabilística*, es decir: en modo de frecuencia —así que a lo largo del tiempo que por darse en instantes, en presentes discontinuos y seguidos, hace que las letras de la fórmula general

$$\frac{N!}{n!_1\, n!_2\, n!_3\, n!_4 \ldots n!_n}$$

sean reales y no meros números.

Aun el hombre más primitivo —sometido casi íntegramente (en un 0,80) a la filogenia: en anatomía y fisiología— tiene una dosis de singular (vgr. 0,05), por aparatos inventados —físicos y mentales—, prolongación de los órganos naturales; y una dosis imperdible, aunque nula a ratos, de persona —por su dosis de espontaneidad; menor en cuanto a originalidad y novedad, por repetir actos de la especie.

E inversamente: el hombre más actual —más a la altura de ciencia y técnica— tiene una dosis imperdible de particular, por sometido aún a filogenia en tantos y tantos actos, ratos y obras físicos, fisiológicos y mentales dictados, sin evasión posible, total, por las necesidades naturales —de comer, beber, sexear... Mas su dosis de persona es la más alta (vgr. 0,40), pues su poder de creatividad se manifiesta más en los componentes de originalidad y novedad, y menos en el de espontaneidad.

Todo esto sirve de preludio al § 3.º

(§ 3.º)

Lo divino del universo —la esencia divina. Divino-endiosado

(3.1)

Recordatorio histórico

«Persona Christi est tota in quolibet loco sed non totaliter quia nullo loco circumscribitur; sed nec omnia loca simul accepta eius immensitatem comprehendere possunt, quin immo ipse sua immensitate omnia comprehendit. Non per diversa tempora vel loca dicimus ubique Christum esse totum ut modo totus sit ibi, sed et alio tempore alibi totus, sed ut semper ubique sit totus» (Augustinus, *De Symbolo*, lib. III, cap. 7).

(Tomás de Aquino, *Summa theologica*, P. III, q. LII, art. 3. ad. 3.)

Potest Deus convertere totam substantiam omnium corporum existentium in mundo in corpus Christi.

(Juan de Santo Tomás, *Cursus theologicus* [1637]; Ed. Desclée, vol. IV, pp. 512-513.)

Lo que en castellano dice literalmente: «Dios puede convertir en cuerpo de Cristo la sustancia total de todos los cuerpos que hay en el mundo».

Refrenemos por unos momentos los comentarios. Y leamos unas sentencias de otro teólogo:

Dico 2. Absolute loquendo quælibet natura completa, etiam irrationalis et angelica est assumptibilis a Verbo. Quoad angelos, de quibus est

maior difficultas est expresse D. Tomæ ad hoc ad. 3. Prob. Talis assumptio non repugnat neque ex parte divinæ naturae personæ cuius vis terminanli est infinita; neque ex parte naturæ creatæ quæ cum distinguatur a sua subsistentia, etiam in angelis, ut patebit ex sol. obj. potest ea privari dum habetur, aut impediri ante quam habeatur et a divina prevenire. Neque repugnat ex parte ignobilitatis cujusvis naturæ, ut enim dicit Greg. Nyss. Orat. cathechetica *cap. 27: «ex æquo distat omnis creatura a Deo». Unde Tertulianus libr. de* Carne Christi, *cap. 4 docet, Verbum divinum potuisse prodire de vacca aut de sue si voluisset; ita ut hoc tantum sit turpe et indecens Deo si de nostro sensu judicamus Deum, non vero ex re veritate.*

(*Cursus theologiæ*, vol. III, p. 49, ed. Matriti, 1790, a R.P. Fr. Carolo Renato Billuart, O. Pr.)

Monet tamen Cajetanus quod licet Deus absque ullo majestatis suæ dedecore posset etsi villisimam creaturam assumere, imprudentiæ tamen fore descendere ad particularia, propter periculum infirmitatis nostræ.

(*Ibíd.*, p. 49.)

Aquí, acatando una vez más la norma que nos impusimos, declarada en el Prólogo, no se va a ejemplificar con creaturas vilísimas, más allá de lo que dice el texto latino, fácilmente comprensible sin traducción literal, a saber: que el Verbo o segunda persona de la Trinidad, pudo asumir, encarnarse, enrealizarse en vaca o cerdo, y provenir de ellos, si lo hubiese querido. Así lo dice o dijo Tertuliano. Y la razón general se halla en el párrafo transcrito.

Juntemos el texto de Juan de Santo Tomás y el de Billuart —que expresan la opinión de Santo Tomás y de casi todos los teólogos—, y digamos:

(3.11) «Dios puede convertir en cuerpo de Cristo la sustancia íntegra de todos los cuerpos que hay en el mundo.» *Luego* que el hombre sea sustancia hombre y la vaca, cerdo... sean sustancia, les es cosa de simple hecho; ni hombre, vaca o cerdo pueden resistir, por su esencia o naturaleza, al poder o gana de Dios —de cualquiera las personas divinas, una por una, o dos o las tres a la vez— de convertir todo en cuerpo de Cristo. Resultando el universo y todas sus partes «divinas» —hombre divino, vaca divina, cerdo divino... ¿Lo habrá hecho ya alguna vez en todo o en partes, desde que el Verbo se encarnó en Jesús de Nazaret (Cristo)? Que no conste puede provenir de que no le haya dado la gana de hacerlo y la de revelarlo. ¿Lo podrá hacer en nuestra época misma o en futuro; así que resultando el universo «divino» o haciendo al universo divino y a sus partes?

Tal potencia u omnipotencia es dote divina imperdible, así que esencial de Dios: del Padre y/o del Hijo y/o del Espíritu Santo.

Si Dios puede —ha podido, puede, podría— convertir, transustanciar, la sustancia íntegra de todos los cuerpos del universo, en cuerpo de Cristo, lo puede hacer en favor de cada cuerpo —vaca, cerdo. *A fortiori* puede hacerlo con todos los accidentes: peso, color, sabor...

Y transformando toda sustancia en cuerpo de Cristo o en otro privilegiado, ¿quedan reales los accidentes, sustentados —como creen los creyentes sucede en la hostia y vino consagrados— por la omnipotencia de Dios?

Mundo de parenciales puros, para creyentes. ¿De parenciales, apariciones de sustancia: accidentes reales de verdad —para incrédulos?

(3.12) Lo de Tomás de Aquino:

«*Visus, tactus, gustus*
in Te fallitur.» Todos: creyentes e incrédulos se equivocarían. Lo mismo Tomás... que Platón, Aristóteles... Galileo, Newton, Einstein... Lo mismo teólogos que filósofos, científicos y técnicos.

Con la diferencia tantas veces señalada: *creer* en tal potencia de Dios es, ante Él, mérito, pues se cree en Él *a pesar* de tales absurdos. Más *no creer* en tal potencia de Dios no es, ante Él, demérito, pues no se cree *por razón* de lo absurdo de tal poder.

En el fondo, el creyente cree en la omnipotencia divina; mas no cree en la sabiduría divina. El incrédulo no cree en la omnipotencia, mas cree en la sabiduría divina.

Acatamiento a medias en uno y otro.

Creer en la sabiduría divina hace posible, y real, la ciencia; creer en la omnipotencia: en el «puede...», hace imposible la ciencia: la matemática, la física nuestra, la cosmología y cosmogonía científicas; hace imposible la técnica —la realidad y documentación ofrecida por los instrumentos.

Cerremos el recordatorio histórico y sus resaltantes o escandalosas secuelas (3.11, 12). Y pasemos al tema: «Lo divino del universo —la esencia divina».

(3.2)

Como se demostró larga y detenidamente en la Tercera parte, el universo actual posee los caracteres o atributos tenidos por peculiarísi-

mos, por privilegios intransferibles de Dios: los de necesario, universal, infinito, simple, único.

«El Total» de los cinco constituía «lo divino». Mas «Lo Total» constituía la esencia de Dios. Diferentes «El Total» de «Lo Total».

Ahora afirmamos: «El Total» *es* la esencia divina. O dicho con otra frase que remite a lo explicado en (3.11, 12): lo divino (de Dios), la esencia de dios, está *de hecho*, enrealizada en el universo actual. Y además está *necesariamente* enrealizada: apresada por las estructuras lógicas, matemáticas, inscritas, intrinsecadas y eficientes en el universo actual.

Si el material —a distinguir de materia, de cuerpo; mas comprendidos en *masa*— del universo actual no estuviera estructurado por matemáticas y lógica, inscritas e intrinsecadas en él y eficientes, la esencia de Dios —o lo esencial que haya en Dios— podría, a voluntad, a gana, realizarse en él —hacerlo divino a ratos, a actos, en obras sueltas—; y des-enrealizarse, desdivinizarlo, a placer. Enrealizarse en él, íntegro o en partes suyas —hombres, bestias, plantas, cuerpos celestiales. A voluntad, a gana.

Empleando una vez más la sentencia, principio aristotélico: a la esencia divina le sería posible divinizar el universo o partes de él, pues el acto de divinizarlo no le aportaría impotencia alguna, vgr., la de quedar preso. Creencia natural de teólogos y filósofos griegos y medievales, hasta los de nuestros días.

Empero el material del universo —desde la forma que fuere: luz, cuerpo, energía; masa, viviente o no...— está estructurado, real y eficientemente, por matemáticas: geometría analítica, diferencial... aritmética y leyes lógicas.

Luego «lo que o *el quién»* que lo constituya queda preso necesariamente, por necesidad lógica y matemática, concretas, finas hasta infinitesimalmente; y *«lo que* y *el quién»* que por un acto de voluntad o de gana se entromete en él, aunque no sea sino por un instante o en una parte de él, resulta también «preso», sin evasión posible.

Le sucederá al tal *«que es* y *quién es»* lo que nos acontece —vgr., para referirnos al hombre que somos y que somos quién cada uno (en cierta dosis, imperdible)—, que: «palabra y piedra suelta no tienen vuelta»; que es cada uno libre de echarse del techo de la torre de Pisa; ese primer paso es libre; mas la caída posterior es necesaria; no vagamente, sino determinadamente según matemáticas intrínsecas en el campo gravitatorio, terrestre y celeste: universal.

Si Dios o un Dios se entremete para evitar la caída, dígase por mi-

lagro, a sostener un cuerpo contra la gravedad, queda Él preso; y caerán a la vez, a la una y según la misma ley físico-matemática el cuerpo terrestre y el Dios celestial. Si Dios u otro ente pudiera suspender a voluntad, a gana, en cualquier momento y en cualquier punto de la trayectoria la caída, tal acto no sería milagro, sino error lógico y matemático. La ignorancia de una ley jurídica excusa su cumplimiento. Mas la ignorancia de la ley de gravitación no excusa o evita romperse la crisma, al menor paso en falso, o quedar preso del campo gravitatorio, preso por la matemática. Creerá ser milagro quien no sepa que la estructura del universo posee inscritas, intrínsecas y eficientes leyes matemáticas y lógicas; quien crea cómodamente —con comodidad científica y comodonería religiosa— que tales leyes están sólo escritas; quien crea que «los cielos cantan la gloria de Dios», mas ignore —con ignorancia vencible o invencible, sincera o afectada— que los cielos están necesaria y eficientemente regidos intrínsecamente por matemáticas y lógica.

No *cantan* matemáticas y lógica; las están necesariamente *siendo*.

No cantan

$G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$, $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$, etc. Las están cumpliendo en su ser mismo, pues *son su* ser, *sus* fórmulas. Quien piensa o dice «$1 < 2$, $2 < 3$», tiene que pensar y decir «$1 < 3$». Si suspende el juicio o la dicción, no menos es verdad que «$1 < 3$»; necesariamente «$1 < 3$». Si no lo suspende, sino piensa y dice «$1 < 3$», queda preso de la legalidad matemática. No ha hecho un milagro aritmético suspendiendo o anulando sus leyes. No ha hecho nada. Ha mostrado su impotencia frente a lo aritmético. Si piensa o dice que «"$1 < 2$" lo es solamente de hecho o a voluntad y que así lo es "$2 < 3$", y que la secuela "$1 < 3$" lo es de hecho o a voluntad o gana», muestra que no se ha metido en el universo matemático, que no ha entendido qué es número, qué es relación transitiva. Ha mostrado una vez más, no su impotencia, sino su ignorancia.

Todo lo anterior —con su resonancia a pedestre— se enderezaba a afirmar: desde que se sabe que el universo actual —que es el mismo desde 10.000.000.000 de años o 6.000— está intrínsecamente regido por leyes matemáticas y lógicas determinadísimas y eficientes, eso de «milagro» no sólo carece de sentido, sino que es «error» lógico y matemático; «error» que se paga con prisión inevitable en el universo al pisar en falso o acto que se dé en él.

Los llamados «milagros» son, pues, contraproducentes. Lo son

cuádruplemente. *Primero*: no anulan las leyes. *Segundo*: al no anularlas, las hacen cumplir a costa del pretendido milagrero o taumaturgo. Lo apresan. *Tercero*: si efectivamente las anularan o suspendieran, el efecto milagroso no pertenecería a este mundo. Daría, a lo más, la apariencia de estar en él; y él mismo sería un parencial, y aportaría él mismo a los realmente pertenecientes y presentes en el mundo y sometidos a sus leyes la prueba de su aparencialismo. *Cuarto*: los milagros no traen secuela. Lo milagroso se incardina sin más al régimen normal del universo. Y no delata en su ser mismo el haber venido al mundo por milagro. Y si hombre o mujer es por milagro —lo mismo en Adam y Eva—, no se sienten ser milagrosos. Lo que de tales milagros se siga —generación, prole...— no se propaga a lo naturalmente descendiente. Lo descendiente es y se es tan naturalmente como si el acontecimiento hubiera sido natural.

Sea dicho retocando una frase de Hegel: «las llagas del espíritu se curan sin dejar cicatriz». Los milagros —que son llagas del universo legal natural— se curan sin dejar recuerdo o características indelebles y sentidas en el ser mismo que recibe algo por milagro o vino al ser por milagro. Quisisecuelas son: pasado el trance milagroso, pasan a ser los milagros tradición oral; de ésta, a escrita; de ésta, a leyenda; de ésta, a «cuento de Mil y Una Noches». Ni el *ser* —agua, vino, hombre, mujer...— por milagro, se da por enterado que es ser por milagro. El ser *es*, sin más. Tal sucedió históricamente. Sea dicho de manera previa a la posterior y definitiva.

Los dioses griegos —los del Olimpo— fueron realmente «fantasmas» o fantasmas reales: hombres hechos de luz, con las dotes de claridad, agilidad, sutileza e inmortalidad —aunque sí afectables de heridas y defectos humanos. Cuatro dotes que la teología cristiana posterior atribuirá a los definitivamente resucitados. Los amores y odios, virtudes y vicios, poderes e impotencias humanos —los de los hombres reales de verdad: de cuerpo y alma, potencias y sentidos *de* este mundo—, resultaban en los dioses fantasmadas de fantasmas. Y sus incursiones bélicas o amorosas, benévolas o malévolas, graciosas o serias estaban también o consecuentemente en estado fantasmal, en tono menor de realidad, respecto del real mayor de los hombres concretos: de los que eran o estaban siendo lo humano en estado de animalmente racionales: animalmente religiosos, animalmente políticos, animalmente artesanos, animalmente estetas...

Sus dioses —o lo que ellos creían digno de tales— estaban siendo luminosamente racionales, luminosamente religiosos, luminosamente

guerreros, luminosamente enamorados... hasta luminosamente íncubos o súcubos, luminosamente técnicos o artesanos, luminosamente criminales, viciosos... Nuestras ensoñaciones —lo que vemos, oímos, palpamos, hablamos, sentimos durante el sueño— no se incardinan o enrealizan, con el mundo de los despiertos. Ya lo notó y dijo Heráclito: uno de los pocos hombres que estaba siendo ya su humanidad en estado de racionalmente animal, racionalmente pensante, racionalmente volente, racionalmente locuente, racionalmente religioso, racionalmente vidente.

El simple y diario cambio de estado de dormidos a estado de despiertos —dormidos según sueño natural o inducido; despiertos según vigilia natural o violenta— hace cambiar de universo visible, audible, palpable, movible, transformable. El cambio de estado de todo lo humano de «animalmente racional, animalmente vidente...» a racionalmente vidente, pensante, operante... aporta cambio de universo. (Cfr. P. Jordan, el físico cuántico, *Verdrängung und Komplementarität*, pp. 93-122, ed. 1951.)

Del estado y conducta cuasisonambúlica —propensa a alucinaciones, individuales o colectivas— del hombre particular y de lo que en todos queda aún de tal estado —cfr. esquema anterior (p. 396), vgr., 0,40, aun en quien predomine lo de persona—, van pasando al de sensiblemente despiertos, mentalmente, volentemente, artísticamente despiertos los Siete Sabios, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Platón, Aristóteles... Esquilo, Sófocles, Eurípides... y de ellos, por contagio verbal y mental, otros y otros más.

«En cuanto a los demás hombres, ni siquiera se dan cuenta de lo que hacen despiertos, como olvidan parecidamente cuanto hicieron dormidos» (Heráclito, fragm. 1). «Aunque tropiecen con ellas no entienden los más semejantes cosas ni las comprenden aunque las aprendan, pero se figuran entenderlas» (fragm. 17). «Los imbéciles oyen como oyen los sordos. Y lo confirma el refrán "aunque presentes, están ausentes"» (fragm. 34). «No obrar ni hablar como dormidos» (fragm. 73). «Malos testigos son ojos y oídos cuando se tiene alma de bárbaro» (fragm. 107).

Heráclito —después de insultarlos privadamente y tratar de avergonzarlos de su estado de «animalmente pensantes, locuentes, religiosos...»— indica el poder de transformación de tal estado al de «racionalmente pensantes...»: «A pesar de que *Logos* (cuenta-y-razón) existe desde siempre y para siempre, no dan con Él los hombres, ni antes de haber oído hablar de Él ni después de haber oído de Él por primera

vez. Que a pesar de haber sido hecho todo, precisamente según *Logos*, se parecen a inexpertos que, con palabras y obras, semejantes a las mías, ellos tantean, mientras que yo explico por lo largo con divisiones y sentencias cuál es la naturaleza de cada una de las cosas» (fragm. 1). «Por lo cual hay que seguir a este mismo *Logos*. Mas con todo y ser común viven los más cual si tuvieran razón por cuenta propia» (fragm. 2). «Por mucho que anduvieres, y aunque paso a paso recorras todos los caminos, no hallarás los límites del alma, ¡tan profundo caló en ella *Logos*!» (fragm. 45).

«*Logos*» es para el griego clásico, aun para Platón y Aristóteles, «acorde» de muchas significaciones, entre ellas, destacando las de «cuenta» (componente matemático, razón matemática) y el de «razón» (componente lógico, mental). Ciencia y pensamiento científico y racional son los revulsivos del estado animal de todo hombre primitivo y de todo lo de él; son el revulsivo y el subversivo (o revolucionario) de tal estado; y, a la vez, positivamente, surgiente establecimiento del estado de ser racionalmente todo lo del hombre y el hombre íntegro.

Los fantasmas divinos o dioses fantasmales —reales a su manera y en su tánto— los deshace cuenta-y-razón. Entonces. Y ahora *a fortiori* cuando ciencia matemática y razón lógica levantada a ciencia dan el tono al adverbio «racionalmente» en todo. Sólo que ahora —desde el Renacimiento hasta nuestros días: un sólo presente histórico— «Cuenta-y-Razón» *(Logos)* deshace de consuno dioses ideales, dios enracionalizado por metafísicas y ontologías griegas; deshace «milagros» (obras divinas, por excelencia y privilegio), por la virtud creadora, reforma y tratamiento de lo natural (aun de lo esencializado), por lo artificial.

Los «milagros» quedan transcendidos en «maravillas» de la ciencia tecnifacta y de la técnica cientifacta.

Ciencia tecnifacta y técnica cientifacta son el revulsivo, el subversivo *(Auf-hebung)*, el transustanciativo *(Auf-hebung)* del estado natural (esencial) de todo; y resulta verdad, verdad real, lo de Heráclito: «este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ninguno de los dioses ni ninguno de los hombres, sino que fue desde siempre, es y será Fuego siemprevivo, que se enciende medidamente y medidamente se apaga» (fragm. 30).

Modulemos esta —sugerente y provocativa— sentencia del «Oscuro», poniéndola a tono con nuestro tema.

Este mundo —el nuestro— es *divino*; es la esencia concreta de

todos: dioses, dios...: dioses fantasmalmente humanos; dios «encarnado», héroes, hombres, seres vilísimos, elementos. *Este mundo* —elementos— es dios hecho mundo; es la esencia divina hecha esencia del mundo.

A griegos y medievales —y aun a renacentistas, recién estrenada ciencia tecnifacta y técnica cientifacta— sus conceptos de necesario, eterno, universal, único, infinito... les parecían y eran conceptos claros, distintos, ordenados, definitivos no sólo en sí, sino respecto de lo que por tales conceptos pudieron entender y aun entendieron los neanderthalenses y cro-magnones; y aun, aún entiende el hombre actual por su componente no superado de neanderthalense y cromagnon: de primitivo. Todo eso de «necesario... causa» lo entendieron neanderthalenses o pudieron entenderlo vagamente, a bulto, globalmente, fusa y confusamente.

Empero respecto de nosotros —los actuales—, los conceptos de «necesario, infinito....» de griegos y medievales resultan vagos, a bulto, globales, fusos y confusos.

Bastaría, de suyo, con lo explicado largamente en la Tercera parte para no tener que probarlo ahora y aquí.

Mas, pervirtiendo el llamado «principio de razón suficiente»: «exacta, justa, sin ni más ni menos», aduzcamos razones «sobradas».

Los conceptos griegos y medievales de unidad y multitud (cuantitativa y transcendental) resultan vagos, fusos y confusos —además de científica y técnicamente inaprovechables— respecto de los conceptos de «teoría de los conjuntos» —Cantor, Huntington, Fränkel.

Los conceptos griegos y medievales de relación (predicamental, transcendental, aun divina) quedan depuestos a vagos, confusos —científica y técnicamente inaprovechables— por la lógica relacional —*Principia mathematica* de Whitehead-Russell; *Grundzüge der theoretischen Logik* de Hilbert, Bernays, Ackermann—, y por cualquier obra de lógica simbólica, moderna, vgr., *Elements of symbolic Logic* de Reichenbach o *Profile of mathematical Logic* de H. Lelong.

Los conceptos griegos y medievales de inmensidad (infinidad espacial), eternidad (infinidad temporal), los de inmutabilidad-mutabilidad, los de creado-increado —tenidos y usados y creídos definitivos y definidos— vienen a ser globales, bultos, vagos, confusos, enfrentados a los actuales de invariancia, probabilidad, creatividad.

Los conceptos griegos y medievales de cuerpo-alma, materia-forma, potencia-acto, esencia-existencia —tenidos y usados como defi-

nidos y definitivos— descienden a vagos, globales, confusos, parangonados con los actuales de masa-energía, cuerpo-radiación, energía potencial-y-actual, realidad y estados de ella: «ser y estar».

Así que al afirmar que el universo *es* la esencia divina concreta o que es la realidad de lo divino o lo divino enrealizado, no sólo se afirma (1) lo que la misma teología filosofante admitía como *posible*, sino que (2) se afirma que es *real*; y (3) que tal realidad de lo divino es más determinada, mejor estructurada y más y mejor eficiente que lo que suponían griegos y medievales.

Así que decir que el universo *es* divino es alabar más y mejor la esencia (de dios) que atenerse a los adjetivos laudatorios de griegos y medievales.

Pero es el momento de afirmar: que *nuestros* conceptos de todo ello no son ni pretenden ser los definitivos y perfectamente definidos, sino estar expuestos a ulterior y nuevo progreso, vistos desde el cual parecerán, y serán, vagos, globales, confusos.

No sólo *estar* expuestos, sino *hacerse* expuestos a tal descenso. *Estar expuestos*: en virtud de la dosis de primitivismo (base filogenética = anatómica y fisiológica) que en el hombre actual queda (vgr. un 0,40) según el esquema ilustrativo anterior. Aun los más avanzados —definidos— conceptos están expuestos por su base filogenética actual, y actuante, a recaer a niveles anteriores —los de particular, individuo y singular. La comodidad fisiológica de la conceptuación primitiva, griega y medieval, su fusión y confusión, su globalidad hacen que el lenguaje (λόγος) natural (filogenético) y los conceptos enlenguados (λόγος) tengan el ambiguo privilegio de ser comúnmente cognoscibles, cómodamente comunicables y entendibles. Dicho más técnicamente: el *metalenguaje* con que hablar y pensar aun los conceptos actuales, aun los más finos, es el lenguaje natural.

Mas no se trata de una condescendencia parecida a, vgr., un aparato de televisión que ofrece a los ojos filogenéticos un espectáculo visible, ojeable, aunque de suyo, científicamente, la televisión sea una maravilla técnico-matemática inventada para hacer ciencia tecnifacta y técnica cientifacta a servicio de teorías físicas y cosmológicas visibles-intuibles-perceptibles por una mente supernatural.

Por la base fisiológica constante y necesaria del hombre actual, toda su conceptuación está expuesta —tentada, atraída y aun a ratos (largos), en actos (muchos) y en obras (múltiples)— a caer y recaer a niveles inferiores.

Hacerse expuestas. Estar expósitas.

El venerable viejo Parménides —así lo describe *El Parménides*— comenzó por afirmar e intentó, a su manera, probar que «El Ser es esfera, bellamente circular, cerrada sobre sí por los inflexibles e irrompibles vínculos de Necesidad» (diosa, Ἀνάγκη).

Mas tuvo que reconocer como principio general:

Según, pues, la opinión
estas cosas así fueron y así son;
pero inmediatamente
de lo que son, a plenitud llegadas,
tocará perecer a las presentes.

(Fragm. 19, edic. citada.)

No es ni sola ni principalmente «perecer», sino perecer por haber llegado a su perfección (ἐντελέχεια), al límite (τέλος).

Llevar una realidad —concepto o no— a su perfección es exponerla, ponerla a perecer.

Por suponer que los *Elementos de geometría* de Euclides eran científicamente perfectos, toda imperfección —aparente, circunstancial— ha de ser y puede ser, por sus medios demostrativos propios, eliminada. Y, eliminada, habrá ella llegado al límite de su perfección. Eliminar de *Elementos* tales imperfecciones y comenzar por eliminar la ínfima del postulado de las paralelas fue tarea que se propuso Saccheri en *Euclides omni nævo vindicatus* (1733).

Y fue precisamente por tal imperfección o resquebrajadura, que irrumpieron las geometrías no euclídeas, mostrando así que la de Euclides era una de las perfectas; no, la *única*.

Llevada la de Euclides a su perfección por Hilbert-Bernays en *Grundzüge der Geometrie* (1899) se advirtió que los axiomas eran, cada uno, puertas abiertas, expuestas, a geometrías diferentes de la de Euclides. Los «axiomas» son, cada uno, abanico de posibilidades, de decisiones metacientíficas, aquí metageométricas. Mas, puesta tal decisión, lo siguiente corre por necesidad —así que por hipotética. Llegada a su perfección, a su límite, la geometría de Euclides, le tocó perecer como la *única* perfecta.

Llevar algo a su perfección, a su límite, es hacer «historia» científica. Llegada a su perfección la aritmética (general) por obra de Hilbert-Bernays le tocó a la aritmética (axiomatizada) perecer como ciencia perfecta a manos de Gödel. Es siempre posible, factible, señalar una proposición (algebraica) que es verdadera, mas que no puede ser de-

mostrada con los procedimientos científicos de la aritmética (perfecta). Imposibilidad de ser a la vez demostrante y demostrada toda proposición (fórmula) de una ciencia.

Llevada a su perfección, a su límite, la física de Newton —por Lagrange, Hamilton...— le tocó perecer como única y perfecta física, a manos de Einstein. La raja estaba en los conceptos fundamentales mismos de ella: los de espacio, tiempo, simultaneidad, velocidad; y la irrupción —la velocidad de la luz, finita y bien definida— los rompió. Y por esa raja irrumpió la teoría de la Relatividad, especial y generalizada.

Llevada a su perfección la lógica aristotélica por obra de Whitehead-Russell (*Principia mathematica*) se descubrirá que lo que en aquélla eran principios, eran en realidad secuelas (teoremas) de otro tipo de axiomas y reglas de deducción. Y serán factibles —y han sido fechas o hechas— otras lógicas, éstas y aquélla, casos sin privilegio de única verdad.

En general todo sistema de dogmas —religiosos, políticos, sociales, científicos...— si se lo lleva a perfección: a la de *único* definido y definitivamente verdadero, se lo hace —sin pretenderlo— expuesto y expósito a que se destaquen las rajas precisamente en los dogmas, y por ellas irrumpan otros tipos de dogmáticas.

Pues bien —y a lo siguiente se enderezaba lo anterior—, al conjunto con pretensiones de sistema de toda nuestra conceptuación actual hay que llevarlo a perfección, a su límite, para hacer posible «historia»: superación transcendente de ella misma. «Exponer progresivamente tal conjunto a ser refutado» —sea dicho con frase clásica de K. Popper.

Volviendo al tema propio de este párrafo, «lo divino del universo o el universo en estado de divino»: de ser divino el universo y nosotros —cada uno, hasta las más viles realidades— divinos, no se sigue que lo seamos todos por igual (una especie de panteísmo uniformista u homogéneo cual la esfera del Ser, según Parménides, o el Ser en cuanto esfera perfecta). Cada ser, cada clase de ser, tiene su «capacidad» específica propia de ser (o estar siendo) divino.

Es conocido por física elemental que la capacidad calorífica, conductiva, de calor y electricidad, los grados de dureza (de diamante a jabón), los grados de densidad, varían de clase a clase de realidad y aun de caso a caso (particular). Sin hablar de los diversos estados de una realidad (sólido, líquido, gaseoso, transparente-opaco, ionizado-neutral).

Por ser, y tener que ser, todas las realidades partes del universo *divino*, las capacidades de divino de cada uno son, y tienen que ser, diversas.

Ahora bien: el hombre, cada hombre —*de* él tratamos, pues *con* hombres nos tratamos— es, en estado natural, un fuso y confuso (συγκεχυμένον) que des-finita y des-confunde por instrumentos mentales (definición, axiomatización) e instrumentos físicos (desde astronómicos a radiactivos); y se manifiesta compuesto (σύνθετον) de cuatro componentes: particular, individuo, singular y persona, en diversas dosis según el esquema ilustrativo anterior. Las palabras de idiosincrasia (ἴδιος-κρᾶσις), de «dosis peculiar», declaran, precisamente, la distribución y reparto de todo lo humano —desde lo fisiológico, lo psicofísico, lo psíquico, lo noético— en tales cuatro estados.

Es, pues, cada hombre cuádruplemente divino: como particular, individuo, singular y persona. Se trata, por tanto, de hacernos caer en cuenta-y-razón (λόγος) de las maneras cómo lo divino se ostenta, irrumpe en lo de particular, individuo, singular y persona de cada uno.

Procedamos, pues, según pasos ordenados: (1) lo básico del universo actual —del actual «cuerpo» de dios, dicho en terminología antigua— se resume en dos componentes correlacionados: el de increado y el de creador. El de increado abarca terminológicamente los componentes modales o tónicas propias de lo divino: las de necesario, universal, infinito, simple, único, subtendidas a su vez por el «invariante básico», ds^2 —por la inmutabilidad, dicho impropiamente, mas medievalmente—; y el de creador, con sus notas o acorde de espontaneidad, originalidad, novedad subtendidas y mantenidas por el tono de probabilidad, según cálculo especial de probabilidades. Y poniendo a tono, a nuestro tono, la sentencia de Tomás de Aquino —«*stultissime posuit*»— acerca de la afirmación de David de Dinant de «Dios es la materia prima», diríamos: inteligentísimamente se afirma que «lo divino *es* el universo o que el universo está en estado de divino».

(2) El universo y sus partes —entre ellas nosotros los hombres, cada uno— está puesto en estado divino. Tal es la invariancia de su ser y de todos los internados; mas les sobreviene lo de endiosamiento a ratos, en actos, unos más o menos largos, en obras sueltas, especiales. El determinismo (o necesidad) resulta roto a ratos, a actos y en obras por la intromisión de la probabilidad —digamos impropia, mas convenientemente, por el Azar. Que así, algo así, volcán rompe la costra sólida de la tierra —o de cualquier astro, en período decadente de evolución. Y por tal rotura irrumpe el fondo energético-masivo del nú-

cleo de la tierra. Rotura e irrupción que, pasado el acto, la obra, se suelda y solidifica.

Los cuerpos radiactivos —y todos lo son o lo pueden ser o hacerse que lo sean— son otros casos reales de coajuste entre necesidad y azar, constitución atómica y probabilidad. Coajuste deshecho a ratos, a actos, en obras (emisión de rayos gamma, partículas alfa...), y rehecho, reajustado, por reversión a estructura atómica, estática ya y permanente por siglos y siglos.

Al universo en conjunto —«cuerpo» de dios o de lo divino de dios— le sobreviene parecida radio-onto-logía.

Digamos: por «endiosamiento» se entenderá el trance de irrumpir, por un ente —hombre o no— el componente estadístico-probabilístico del universo, el de lo divino, por ratos, a actos sueltos y por predominar a ratos, en actos, en obras las dos minorías —la de supra e inframedianos (mediocres)— sobre la mayoría de mediocres.

Así que lo excepcional, lo raro, lo extraordinario rompen lo divino en cuanto invariante y, a través de tal rotura, irrumpen en el universo los componentes de creatividad: espontaneidad, originalidad, novedad en todos los órdenes: científico, religioso, estético, social, económico, filosófico...

El ente concreto por el que la probabilidad básica del universo —lo estadístico-probabilístico— *rompe* lo inmutable, lo invariante del universo y por cuya rotura o raja *irrumpe* la creatividad, resultará y se dirá *endiosado*. Y a tal acontecimiento que hace *historia* ontológica se denominará *endiosado*. Es claro que el endiosamiento, el estar endiosado, no puede durar sino a ratos —breves o largos, desde un *cronón* (10^{-24} s) hasta años, cual la vida media de los cuerpos radiactivos—; se produce a *actos* sueltos; no queda tal ente pasmado en un acto que absorba toda la potencia de cambio, e irreversible y definitivamente absorba y agote toda la potencia de creatividad: espontaneidad, originalidad, novedad. «Dado» leal no se queda pasmado en un caso.

El cálculo de probabilidades, estructura intrínseca e inscrita en el universo y en todas sus partes, no es pasmable —cual, en cierta manera lo son el cálculo infinitesimal, el lógico, el invariante ds^2.

(3) La radiactividad es propiedad (o estado) definido de ciertos cuerpos. La radio-onto-logía define al hombre; y emisiones características suyas son —y es preciso recordarlo y recalcarlo— ocurrencias, gracias, atisbos, ingeniosidades, bromas, evasivas, inspiraciones, sospechas, sustos, admiración, desconciertos, suspensiones, donaires, noveleríás... en todos los órdenes: de psicofísico a psíquico, religioso, social,

científico... El componente de probabilidad, intrínseco al universo y por ello a sus partes, hace de condición necesaria para tales emisiones, mas no llega a suficiente, pues, de serlo, no pudieran surgir tales emisiones. Hace de condición necesaria y *próxima* para ellas, mas aun así no suficiente.

Si para algo hay condiciones (causas, principios) necesarias-y-suficientes, tal algo está íntegra y definitivamente determinado.

Creatividad —lo hemos dicho repetidas veces— exige, para ser real, causas (condiciones, principios) necesarias y bien determinada necesidad; mas para ser creatividad: originalidad, espontaneidad, novedad exige insuficiencia.

Y recordando la tonalidad de esta obra: «realismo integral e integérrimo», y su formulación más concreta: «todo es real a su manera y en su tánto», hay que decir: las emisiones de creatividad —espontaneidad, originalidad, novedad y sus formas de llegar a ser: ocurrencias, atisbos, donaires, improvisaciones...— son reales cada una a su manera (componente cualitativo) y en su *tánto* (componente cuantitativo). Y este tánto puede ser, vgr., 10^{-30} erg (energía) para espontaneidad; 10^{-32}, para originalidad; 10^{-34}, para novedad; 10^{-40}, para ocurrencias; 10^{-42}, para donaires; 10^{-44}, para improvisaciones...

Todo ello define el componente de *creador* del universo, frente y complementariamente con el componente de *increado*.

En terminología actual de física cuántica: «increado-creador» son magnitudes conjugadas, cual lo son «necesidad-probabilidad», «invariancia-probabilidad» —o «p, q»; «e, t» en física cuántica. En ésta la conjugación o componente de reajuste compensador entre ellas lo expresa la fórmula

$$pq - qp = i\frac{h}{2\pi} > 0.$$

Ley, parecida en estilo, ha de regir en radio-onto-logía respecto de necesidad-probabilidad, «creador-increado».

Cuál sea ella —en concreto— no lo sabe el Autor. Desea que el Lector la proponga y demuestre.

Pero con lo dicho hasta aquí —en parte concreta, en parte ilustrativamente— basta para dejar aceptablemente asentada la afirmación: todo lo del universo, y todo lo de todo él, está en estado *divino*; mas todo él, y toda parte de él, esta *endiosada*: pónese a estarlo a ratos (breves o largos), en actos (sueltos), en obras (especiales).

(§ 4.º)

Los médiumes. Los endiosados

Partes del universo somos los hombres —partes privilegiadas, nos creemos serlo o se lo creen algunos. Sin ponernos a decidir este punto, estudiemos: (a) qué componentes del hombre —de todo hombre según su dosis de particular, individuo, singular y persona— tienen mayor probabilidad de llegar a ser en actos, a ratos, en obras, *médiumes* del universo, en sus dos componentes: increado-creador, necesario-probable. (b) Casos históricos, verosímilmente aceptables y tendientes o pretendientes a verdad, a realidad de verdad, que pueden aducirse.

Sea pues, (§ 4.º)

Afirmaciones escalonadas

(4.1) La dosis —ilustrativa— del componente de particular: dosis real mayor o menor en todos los tipos históricos de hombre: primitivo... persona: 0,80, 0,70, 0,40, 0,20, indica la frecuencia o número de veces en que un particular se encontrará siendo, sin gran sorpresa, o haciendo de, *médium* del componente de increado, invariante del universo; y con frecuencia menor se sentirá algún tanto sorprendido, haciendo de *médium* del componente de azar, probabilidad —el de *creatividad* del universo.

Y como el hombre primitivo —desde 500.000 a.C. hasta el 1600 d.C.— lo es sobre todo por su sumisión casi íntegra a la filogenética,

por ello el lenguaje natural en su doble componente de sintaxis verbal y sintaxis conceptual hablará en él del mundo y de sus partes.

Lenguaje *mitológico*, para decirlo con palabra promesa de explicación y ejemplificación (en § 5.º).

El hombre primitivo posee un (ilustrativo) 0,05 de singular y otro 0,05 de persona. Puesto que las características de persona son originalidad, espontaneidad, novedad cual primarias, y como derivadas, las de ocurrencia, gracia, atisbos..., de las dos será *médium* el particular más primitivo, aun el de dosis 0,70, 0,40, 0,20. Así que en cada época histórica, aun en la actual, la dosis de particular —siempre mayor que cero— indicará la frecuencia o número de veces en que el lenguaje mitológico (verbal y conceptual) aparecerá *hablado* de manera semejante en las fases superiores (medieval, renacentista, actual). Homogeneidad literaria (en forma y tono).

En (§ 5.º) se leerá confirmado esto con casos.

(4.2) Respecto del hombre medieval (desde 100 d.C. a 1600 d.C.) por su dosis de particular (0,70) se hallará, sin sorpresa, haciendo de *médium* del componente «increado, inmutable, necesario» del universo —el mismo para él y para todos (Heráclito, Einstein, Fermi)—; y por su dosis de singular y persona, dosis mayor que las del H. primitivo, se hallará con un tanto de sorpresa, temerosa o deleitable, haciendo de *médium* del componente de novedad, originalidad... del universo.

Médium locutor. *Hablador* en lenguaje natural, filogenético con incrustaciones, paréntesis, atisbos de originalidad.

(4.3) En cuanto al hombre renacentista (1600 a 1900), por su dosis de particular (0,40) se hallará aún siendo —con sorpresa desagradable— *médium* (locutor físico y matemático) del componente «necesario, inmutable» del universo; y por su dosis (0,20) de singular se hallará —agradable, entusiásticamente sorprendido— haciendo de *médium* del componente de azar, probabilidad, creatividad del universo.

Se hallará siendo *usuario* de instrumentos extra-preter-supernaturales.

Locutor-y-altavoz (hibridismo transitorio).

(4.4) Respecto del H. actual (1900-?), por su dosis (0,20) de particular se hallará con que aún está siendo —con sorpresa desagradable— *médium* (locutor física y mentalmente) del componente «necesario, inmutable, increado» del universo; por su dosis (0,30) de singular se notará siendo —con sorpresa agradable, mas no entusiasmado— *médium* del componente de azar, probabilidad, creatividad del universo. Mas por su dosis (0,40) de persona se hallará siendo —con sorpresa

agradable y entusiasmadora, en tonalidad de osadía y aventura— *médium* de la creatividad del universo: de lo más divino de él.

Por la dosis (0,30) es *médium locutor;* por la de (0,40) es *altavoz* del universo.

H. renacentista y H. actual *no hablan* con lenguaje natural, más o menos literario; sino dicen en lenguaje nuevo (algebraico, lógico, musical) lo que el universo *divino,* irrumpiendo por ellos, rompiendo o rajando filogenia y por ello lenguaje natural, les fuerza a decir.

El hibridismo transitorio: locutor-altavoz del H. renacentista, del propiamente singular, desaparece en el H. actual —en lo que el H. actual tiene o va teniendo de persona. Su propia forma de *médium* es la de altavoz del universo —altavoz transcendentemente mejor, aunque similar, a los altavoces físicos de ciertos aparatos nuestros, no de épocas anteriores: inventos de H. actual; transmitidos, condescendientemente, para uso al H. renacentista, al H. medieval, al H. primitivo: mejor dicho, a lo que queda de tales, en cada uno, del H. actual, desde 0,80 a 0,20.

La dosis 0,80... 0,20 son la base real y eficiente de comunicación entre todos los hombres, estén o no en fase de H_p, H_m, H_r, H_a.

La comunidad y comunicación nos viene a todos, y está perennemente sustentada y mantenida, por la base del universo: por la base divina de él.

(4.5) Del acorde de los atributos constitutivos de lo divino del universo (para todo lo siguiente, cfr. Tercera parte) y de todas sus partes, según el grado de condensaderas de la capacidad receptiva y activa, las notas de *N-U-I-S-M* (necesidad, universalidad, infinidad, simplicidad, unicidad) resuenan en altavoz y en locutor —en palabras habladas y en dichas.

La resonancia de necesidad (*N*) es mayor y más perceptible en lenguajes inventados, suprafilogenéticos (algebraico, musical) que en lenguajes naturales. En éstos el componente de *N* se reduce a coherencia, casi siempre gramatical o a consonancia —verbal, poética, verso, asonancia, ritmo.

La nota de *U* (universalidad) percíbese clara y distinta en lenguajes inventados (los propios de singular y persona). Unidad campal estructurada des-definiente y des-finitante. Des-definiente de comprensión y des-finitante de la pretendida extensión —de conceptos, axiomas, reglas—, impuesta por el estado y dosis de H_p y H_m. Universalidad vaga de conceptos, peculiar de los H_p y H_m. *Vaguedad* —universalidad confusa— de palabras. Más aun así tal vaguedad distiende, sin romper,

conceptos y palabras del lenguaje natural. Es cual atmósfera sutil o aura, perceptible y gozable, en obras literarias (discursos, poemas) de «locutores» —poetas, profetas, caudillos, mesías...

Y de estas dos calidades: *N, U,* tal cual resuenan o envuelven a los lenguajes naturales, se traerán ejemplos más adelante, y de cómo suenen en lenguajes inventados.

La nota de infinidad (*I*) resonante en lo divino y consonante con las demás notas «*N, U, S, M*», resuena vagamente —cual atmósfera uniforme, estática que se extiende a todo, sin distinguir nada, que envuelve sin hacerse envoltorio, piel, superficie de nada— en obras de lenguaje verbal conceptual de H_p y H_m y es perceptible aún en H_r y H_a por la dosis de particular e individuo que en ellos, por ahora, perdura. Lo haremos notar en ejemplos.

Mas la *I*, tal cual suena, perceptible clara y distinta articuladamente en palabras, pensamientos y obras de *H(S)* y sobre todo de *H(P')*, es actividad des-finitante (extensiones definidas, finitas) y des-definiente (comprensiones de-finidas por definiciones, límites, confines determinados).

Los lenguajes artificiales, inventados, por *H(S)* y *H(P')*, han inventado maneras y procedimientos para des-definir lo mejor definido y para des-finitar lo más finitado: fijar condiciones en el límite. Cálculo de límites, diferencial e integral; criterios de convergencia, grados de infinidad (cardinal y ordinal).

Recordemos una vez más que lo divino del universo —el «cuerpo» real de verdad (de dios)— hace de base continua, permanente y eficiente de todo lo divino; que por ello irrumpen necesidad, universalidad, infinidad eficientes y distendientes, en pujos, en y dentro de cada ente. Son cada uno según su capacidad *médium* de lo divino, pues por ellos irrumpen universalidad, infinidad *dinámicas*. Lo divino irrumpe por los divinos, por los endiosados en actos, ratos, obras.

Los ejemplos harán sonar tales notas, sin que pasen desapercibidas en palabras, pensamientos y obras del H_a; y en su grado de *usuarios*, en H_r. Y por la dosis de persona que en cada H_p y H_m se halla (0,05; 0,10), éstos son capaces por métodos de educación, inventados por ellos y para ellos, por el *H(S)* y *H(P')*, de percibir las notas de *N, U, I*, efectos de lo divino del universo de que ellos están siendo partes; están siendo con esa dosis mínima de (0,05, 0,10) endiosados.

La nota de simplicidad (sencillez, *S*) es correlato de compuesto y complejo, como se explicó (Tercera parte, § 2.º, D). «Suena», por decirlo así, visible en color ojeable. Rojo-violeta (visible vivible, ojeable) son

el original simplificado de billones de vibraciones por segundo del campo electromagnético que la física descubre con ojos supernaturales de instrumentos física y mentalmente inventados por la dosis de singular y persona del *H(S)* y del *H(P')*.

Y sonido —el audible y oído con orejas filogenéticas— es otro simplificado original de los centenares y miles de vibraciones del aire, comprobadas también por sentidos, oídos, de instrumentos inventados por *H(S)* y *H(P')*. Igual respecto de sabor sentido, simplificado de procesos químicos; de olor percibido, simplificado original de moléculas en nube, percibido por olfatos inventados por *H(S)* y *H(P')*.

Simplificados originales nuevos, espontáneos, por la vida: la gran y original simplificadora y ensencilladora de pluralidad, composición y mezclas que continúan y tienen que continuar aun bajo de tales simplificaciones reales, pues son la condición de que color visto sea *real*; sonido oído, sea *real*; y sean percibidos como *reales*.

Pues bien: este recordatorio se enderezaba a afirmar: toda clase de *conceptos* son «simplificados». Los conceptos de hombre, viviente, cuerpo, acción, relación, causa, ser, algo, esencia, verdad... son simplificados, más potentes que color visto, sonido oído... Más potentes en extensión; menos en comprensión. *Ser* (algo, ente) es el simplificado máximo: de extensión máxima; de comprensión mínima. Mas ser, esencia, unidad, causa... hombre, número, figura... son conceptos *reales* porque son simplificados de compuestos, de complejos... concretos. O de todo el plural multiforme, variopinto de entes, de cosas.

Se los llama «abstractos». Mas por igual motivo (o sospecha) habríase de decir que color visto por ojos, sonido oído por orejas... son abstractos. Éstos son simplificados *de* una realidad (peculiar a cada uno), subtendiente constantemente de ellos; que con ojos, oídos... bien abiertos puede la ciencia física instrumental retirar tal base (campo electromagnético), y ojos y oídos... quedarían en blanco, tanto o más, y más perfectamente, que cerrando ojos y oídos.

Por similar razón (causa, proceso...) los conceptos —de hombre, cuerpo... uno, esencia... ser— desaparecen no sólo por dejar de pensar en ellos —cerrar la mente—, sino por irrumpir las pluralidades, compuestos, mezclas que los están subtendiendo y haciendo *reales*: concepto *real* de hombre... concepto *real* de ser. Irrumpir —cual saltar a ojos pensantes o pensamiento ojeante, saltar a oídos pensantes o a pensamiento oyente...— por estar siendo o ponerse a ver «muchos» hombres o ponerse a oír, a estar oyendo, «muchos» sonidos, unos tras otros; «muchos», en acorde sometido a resonadores armónicos.

Pues bien: la simplicidad (sencillez) es atributo de lo divino del universo. O el universo es —entre otras características— *divino* por tal nota. El concepto mismo de universo, de universal, es un simplificado del plural supremo de todos y de cada uno como uno de todos —los entes del universo—, desde número de partículas, 10^{82}... hasta el número de hombres, 10^{6}.

Son, pues, los simplificados —cada uno en su grado— algo así cual atmósfera sutil, mas real a su manera cada uno y en su tánto —vgr., *ser* como atmósfera omnienvolvente es real a su manera, diversa de la del concepto de hombre, de cuerpo...; en su tánto pudiera ser ilustrativamente, 10^{-40} erg o 10^{-35} g. Esa sensación de «pensar en todo» al pensar en *ser* proviene cual de base real y eficiente de la nota de simplicidad, propia de lo divino del universo.

La simplicidad —cual nota eficiente, es decir: simplificadora o simplificante— irrumpe por los compuestos, por los complejos, mezclas, conjuntos de entes y *hace* lo que *es*: simplificados a costa de compuestos... sin destruirlos, manteniéndolos en su base real.

Y puesto que *médium* es una realidad especial en que resuena y por la que se declara una nota (atributo) de lo divino (del universo), el médium lo declara, lo altavocea o lo habla con significados originales; lo habla cual locutor un médium que sea filogenéticamente —anatómica, fisiológicamente— hombre natural —*H(P), H(I)*—; lo habla en conceptos empalabrados y palabras enconceptuadas según lengua filogenética. Y habla o se expresa en palabras enconceptuadas o conceptos empalabrados de «hombre, dios, cuerpo, astros...».

Veremos en los ejemplos (§ 5.º) el uso que los *médiumes* que *hablan* hacen de la nota de simplicidad de tales conceptos empalabrados y palabras enconceptuadas.

Simplicidad de los hablantes. Comodidad verbal y mental para ellos y para los oyentes. Mas respecto del *H(S)* y del *H(P')* que estén haciendo de *médium* del atributo «simplicidad» —la divina del universo—, la simplicidad natural, filogenética, de tales conceptos y palabras desaparece y parece (surge patente) nuevo tipo de simplicidad. La algebraica (matemática) y la musical.

Los conceptos empalabrados y palabras enconceptuadas filogenéticamente de «luz, color, cuerpo, vida, ser...» desaparecen ante la mente del *H(S)* y de *H(P')* y parece ante ellos, ante su mente,

$$\frac{\partial^2\varphi}{\partial x^2}+\frac{\partial^2\varphi}{\partial y^2}+\frac{\partial^2\varphi}{\partial z^2}-\frac{1}{c^2}\,\frac{\partial^2\varphi}{\partial t^2}=0,$$ que no es el sim-

plicado ni conceptual ni visual de «luz», sino el complejo que es su base real; de comprensión relacional y de extensión amplificada mayores (en cantidad y número) y mejores (en calidad) que la comprensión y extensión de la palabra enconceptuada y concepto empalabrado de «luz» vista. Esa y la misma fórmula vale de luz, sonido; vibraciones infrarrojas, supravioleta, cósmicas; sonido y ultrasonidos... ondas de baja frecuencia.

Los conceptos empalabrados y palabras enconceptuadas filogenéticamente de «cuerpo» —viviente o no, divino o humano: reales a su manera y en su tánto— desaparecen, des-parecen, en su simplicidad mental y verbal, y transparece en fórmulas como $G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$ en que —cual queda explicado y aplicado muchas veces a lo largo de esta obra, ya larga— todo cuerpo, viviente o no, celeste o terrestre, de dios encarnado... es real por lo que tenga de masa, delatada sin evasión, sin privilegios, en báscula, en aparato Atwood, esferas de Cavendish, en experimentos de Eötvös.

Si añadimos, recordándolas, las fórmulas «$E = mc^2$, $E/c^2 = m$»: relación intercambiable en principio y en experimento entre todo tipo de energía y masa —así que abarcando todo tipo de ser real—, podríase decir: el concepto actual de masa y su nombre «masa», habría de sustituir, y ventajosamente, al de *ser*.

Por la comprensión explicitada (estructura relacional) y por su *extensión* universalísima de *masa*, aventaja ésta en comprensión y no desmejora en extensión al de *ser*. Dato y sugerencia para ontología a la altura de ciencia y técnica actuales.

Los conceptos de «cuerpo... ser» filosóficamente producidos y usados, cual bien venidos verbal y mentalmente pueden, han de ser empleados y resultan entendibles mientras la dosis del *H(P)* y de *H(I)* perdure; y aun en todos, en los más y mejores de *H(P')*, perdura la dosis de 0,40, 0,20 de *H(P)*.

Son, pues, tales conceptos y palabras filogenéticamente sidas y vividas «simplificados» originales, espontáneos, nuevos por virtud de la creatividad de toda vida.

Empero tal simplificación proviene como de causa necesaria, aunque no suficiente, del atributo «simplicidad o sencillez» de lo divino del universo.

Esa tonalidad de simplificación y sencillez —global, a bulto, en cuanto a comprensión y extensión— se percibe y ha de ser percibida en los *médiumes* que hacen, se sienten inspirados a *hablar*: a expresar-

se en lenguaje filogenéticamente condicionado y en boca (dientes, lengua...) condicionados para expresarse así.

El *H(S)* y el *H(P')* no *hablan*; *dicen* en lenguajes inventados —álgebra, musical— que no poseen la calidad, la sonancia de simplicidad, sino la de complejidad estructural (relacional) y la de extensionalidad de tipo «variable, constante indeterminada».

Estas propiedades activas, «complejidad y extensionalidad», desfunden y des-confunden, deshacen, la comprensión y extensión de los conceptos empalabrados y palabras enconceptuadas «a bulto, en global» (συγκεχυμένον) de los lenguajes naturales.

El atributo de unicidad (μόνος) (*M*) propio de lo divino del universo es, sea dicho una vez más, atributo «eficiente» —no estático o pasmado. No es solamente unidad que unifica; sino unidad que descalifica pluralidad, reduciéndola a cero, a nada. El *único* dios verdadero rebaja a los pretendidos —a muchos— a nodioses, a indioses (falsos, o no reales). Sócrates, el único hombre que es Sócrates, descalifica realmente a otro cualquiera que pretendiera ser Sócrates.

Toda unicidad en un orden descalifica comprensión y extensión. Destruye universalidad.

Por ser unicidad atributo de lo divino del universo y serlo eficientemente, tiende, propende y hace tender y propender a *monos* (μόνος): a *mono*-teísmo, referido a Dios; a *mono*-arquía, referido a régimen político; a *mono*-polio, en el orden económico; a *mono*-fisita, a una sola naturaleza; a *mono*-telita, a una sola voluntad. La tendencia a monoteísmo de toda religión —para volver al tema expreso de este párrafo— proviene, se siente impelida a imponerlo, no por razones teóricas, sino por pujos irrefrenables del atributo de unicidad eficiente —factura de lo *que es*— de lo divino del universo. Mono-teísmo, monarquismo, monopolio son, en el fondo, la misma tendencia del hombre animalmente religioso, filogenéticamente religioso. Los razonamientos teóricos son la expresión en palabras enconceptuadas y en conceptos empalabrados de la tendencia de tal atributo divino.

El monoteísmo lo siente, lo practica e impone —a las buenas o a las malas, según él siempre a las buenas, todas son buenas— el *H(P)*, el animalmente religioso; y el *H(I)*: el racionalmente animalmente religioso que es, en dosis 0,70, animalmente todo. Esta tonalidad (o nota) de monoteísmo —confesado, proclamado, provocativo, amenazador: «cruzada», «guerra santa»— resuena en las palabras habladas. Y el Lector podrá apercibirse de ello, resonarle, en los textos que se aducirán inmediatamente.

Empero el *H(S)* y el *H(P')*, por su dosis (0,20, 0,30; 0,30, 0,40), cuando dice *unicidad* no dice «soledad» (cfr. Tercera parte, § 2.º, E), por tanto no dice monopolio, monarquía. Sino «comunidad» entre singulares; comunidad de «Grandes Señores», entre personas. Personas y singulares a ratos, en actos, en obras. No, entre pasmados —cada uno Narciso. En los lenguajes propios de *H(S)* [H_r] y *H(P')* [H_a] —el algebraico y el musical— resonarán de peculiar manera las notas del acorde de lo divino: necesidad, universalidad, infinidad, simplicidad, unicidad.

Y en los textos se lo hará notar (§ 5.º).

Son, pues, médiumes —más diferentes que las especies de un género, y más diversos entre sí que géneros entre sí— los médiumes filogenéticos (naturales) que *hablan* de ellos y los médiumes supernaturales que *dicen* de lo divino.

(§ 5.º)

«Hablar», médiumes naturales (*hablar* de lo divino y de Dios). «Decir», médiumes supernaturales (*decir* de lo divino y de Dios)

Textos ejemplares: ilustrativos y sugerentes.

Textos a leer, a leer en voz alta, a oírse pronunciándolos.

Todos ellos con lenguaje natural —filogenético: anatómico y fisiológico. Y a percibir las palabras enconceptuadas y los conceptos empalabrados, tal cual se hallan en el lenguaje natural.

Y todo ello según la dosis de hombre primitivo (natural, 0,40, 0,20) que hay, aun hoy en día, en todos —en casi todos— los hombres contemporáneos.

Déjese el Lector arrebatar por el rapsoda, y formar parte de la cadena «magnética». Con divinización durante un rato, en tal acto, y en tal teatro.

(5.1)

Un testimonio: el del rapsoda Ión. Un testigo: Sócrates.
Diálogo (transmitido o redactado por Platón).

SÓCRATES. ¡Tente!, pues, y dime, Ión, y no te me escabullas en lo que te voy a preguntar: cuando declamas bien y bellamente cantos épicos y por golpe extremado sacas de sí al auditorio —pongo por caso cuando cantas a Ulises traspasando audazmente el umbral de su casa, descubriéndose deslumbrante ante los pretendientes, y disparando, y clavando, ante cada pie su saeta... o cantas las miserias de Príamo— ¿estás entonces en tus cabales, o fuera de ti, y te parece que tu alma se está, dislocada de sí

por el entusiasmo, allá donde estén las cosas que dices: en Itaca, si están en Itaca; en Troya, si en Troya; o en donde los poemas épicos las tengan por colocadas?

IÓN. ¡Qué desconcertante, por evidente, es para mí este tu testimonio!, Sócrates; porque te voy a decir sin reserva ni ocultación alguna que, cuando declamo calamidades y miserias, se me anegan los ojos en lágrimas, y cuando son cosas tremebundas y medrosas se me ponen los pelos de punta y el corazón se me sobresalta.

SÓCRATES. Pues bien, Ión: ¿diremos que está en sus cabales un hombre cuando, revestido de vistosos y variados ornamentos y doradas coronas, a mitad de fiestas y sacrificios prorrumpe en lamentos, sin que nada se le haya perdido, o se eche a temblar de miedo estando rodeado de más de veinte mil hombres benévolos, ninguno de los cuales le quita nada ni le hace mal alguno?

IÓN. No, ¡por Júpiter!, Sócrates; en manera alguna, para decir verdad.

SÓCRATES. Y ¿no sabéis con saber-de-vista que esos mismos efectos hacéis en muchos de vuestros oyentes?

IÓN. Y muy bien que me lo sé, por haberlo visto. Que con mis propios ojos veo cómo, cada vez, se levantan de la gradería; cómo gritan; con qué terribles miradas me miran; cómo se conmueven a mis palabras; que bien necesario que es prestarles gran atención, porque si los pongo a todos en un grito, al pagarme ellos será mi reír; mas, si se me ríen ellos, al perder mi dinero será mi llorar.

SÓCRATES. Sábete, pues, Ión, que éste, el espectador, es el postrero de los anillos que, como te decía, reciben la virtud unos de otros de la piedra heráclida: del imán; que el anillo intermedio eres tú, el rapsoda, el actor; y el primero es el poeta mismo, mientras que dios, a través de todos, arrebata el alma de los hombres adonde le place, uniéndolos unos con otros por suspendiente y comunicativa virtud. Y a la manera como lo hacía la piedra magnética, se eslabona la cadena —grande, larga y entera— de coristas, maestros y amaestrados, eslabonándose unos con otros a partir de los anillos más próximamente suspendidos de las Musas. Y de entre los poetas uno está *suspendido* de una Musa, y otro de otra. Y a esto llamamos *estar poseso* por Ella, que suspenso y poseso son cosas emparentadas —que todo es estar *atenido.* Y con estos primeros anillos, los poetas poetas, se eslabonan, por inspiración de ellos, otros; y unos se inspiran en Orfeo, y otros en Museo. Empero, los más andan posesos y atenidos a Homero. Entre los cuales uno eres tú, Ión; y estás poseído bajo el poder de Homero. Y así, cuando uno declama algo de algún otro poeta, te duermes y no sabes qué decir. Empero, apenas oyes el más leve sonido melódico de éste tu poeta, te despiertas de golpe; se te pone a bailar el alma y hallas qué decir; porque lo que sobre Homero dices no lo dices por arte ni por ciencia, sino por gracia divina.

En este ambiente —mejor, «atmósfera»: esfera de contenido vitalmente respirable, como dice la palabra griega— se habla *(logos)* en «mitos». O el hablar en «mito» —y no el hablar en razones, razonamiento, discurso, cuento— es el tipo, el tono, de hablar.

Características:

Primera: Atmósfera común: la de endiosamiento: (1) sentirse *ser* divinos —obrar y hablar divinamente— los dioses; (2) sentirse *estar* endiosados los *Poetas* —por estar siendo boca (oráculo, boc-ina) de los dioses y estar siendo voz de ellos: voz modulada en palabras. De forma nueva, creación: *poema* (ποίημα, ποιεῖν). Sentir un hombre estar siendo divino por y en su función de Poeta y por lo dicho en cuanto Poeta: el poema. (3) Sentirse estar siendo endiosados los *rapsodas* o recitadores de tales poemas de tales Poetas divinos: divinos los poetas y los poemas; (4) sentirse estar siendo endiosados los oyentes por estar siendo ellos a quienes hablan los dioses mediante Poetas y rapsodas, intermediarios perfectos; y estar sintiéndose ellos —los oyentes— oyentes nada menos que de palabras especialmente divinas: de Poemas, dirigidos a ellos.

Segunda. Endiosamiento *en cadena* «magnética». Nada de endiosamiento «metafórico»: ficticio y traslaticio. Endiosamiento real y primario en los dioses mismos, realmente tales y creídos ser tales por creyentes reales; dioses que se creen serlo y que como tales se portan: Dioses que endiosan a otros, y muestran así lo que son. Cual el imán muestra que es tal atrayendo: «eslabonando una cadena —grande, larga y entera—» de anillos que «ellos mismos atraerán a otros», a partir de los anillos más próximamente suspendidos de él.

Las diosas Musas, endiosadas de natural, al ponerse a endiosar según su naturaleza propia hacen «poetas» —no cual el dios Marte, guerreros; o Vulcano, herreros; o Minerva, sabios... En el texto griego del diálogo *Ión*, con palabras «añejas» de miles de años, abundan las palabras de realidad «hacer» —ποιεῖν: hacer «poetas»; ποιητής: redundancia, cual hacer hacedores—; hacer «poetas», hacedores, «endiosados»; hacer poetas, hacedores, «poseídos» por ellas, «atenidos» a ellas, «suspensos» de ellas, «enloquecidos» por ellas. La cadena suspendida de las Musas se compone de eslabones o anillos ordenados: (1) poetas poetas —Orfeo, Museo, Homero...- cada uno atenido, suspendido, arrobado, endiosado por Musa—; (2) poetas inspirados por «articulados» con alguno de éstos —sobre todo y los más, con Homero, cual Ión—; (3) último eslabón —o anillo del dedo, δακτυλίων—, los espectadores,

en teatro, hasta veinte mil en número. Todos ellos, tantos en número, responden cual uno: unidad de mirada, conmoción de exclamaciones, gritos, levantarse a la una...

Endiosamiento real en una cadena real, sentidos cual reales endiosamiento y cadena, y sentidos cual unidad. Colectivo de «posesos». O «posesión» divina colectiva. Convivencia divino-humana en palabra.

Tercera. El *poeta intermedio* (rapsoda) entre los Poetas y los espectadores es el recitador de los poemas de los poetas poetas; mas es él mismo poeta por hacer de intérprete, de «embellecedor» de tales primarios y originales poemas. El rapsoda es poeta; no simple transmisor. Es el intermediario entre dos extremos, función típicamente griega y tenida en gran honor.

Poeta-poeta-espectadores.

Homero-Ión-colectivo de espectadores.

Mas esta tríada ordenada y conexa está, a su vez, cual medio entre dos Extremos. Uno supremo: los dioses, entre ellos y para el propósito de «mito», las Musas; otro, ínfimo, los ciudadanos no reunidos en teatro, no asistentes al recital divino, no miembros actuales de la cadena ni, por tanto, magnetizados a lo divino. A tal estado recaen aun los presentes y posesos, salidos del acto.

Cuarta. Dioses – Poetas-rapsoda-espectador – Ciudadanos. No se transmite una simple conmoción «divina», una global riada o corriente de «divinidad»; sino conmoción y corriente de palabras divinas en forma de «*poema*»: de palabra «musicalizada», tal cual pueden y han de decirla las diosas Musas, al hablar Ellas de todo a su propia manera, y hablar entre ellas sobre historia, gestas, fastos, pasiones, razones, mandatos, obras, de todos: de dioses y de hombres, habitantes todos de un universo, uno y el mismo para todos, y que, en circunstancias determinadas —por un invento divino-humano— se re-únen todos en teatro: en recital divino y divinizante. El rapsoda, el intermediario, no cuenta a su manera las cosas.

El Poeta tampoco, sino en trance de endiosamiento y en palabra «musical», arranca a cantar diciendo:

Canta, Diosa, la cólera de Aquiles, el Pélida,
funesta a los aqueos, haz de calamidades,
que tantas fieras almas de guerreros dio al Hades,
y a los perros y aves el pasto de vida
—en tanto que de Zeus las altas voluntades
iban adelantando por su propio camino—
desde que la disputa enemistó al Atrida,

príncipe de hombres, y a Aquiles el divino.
¿Qué dios pudo mezclarlos en tal atroz contienda?
El hijo de Latona y de Júpiter... Apolo.

Así comienza Homero, Poeta, la *Ilíada*, atenido, suspenso inmediatamente de la diosa, de su Musa, diosa. (La traducción es de Alfonso Reyes.)

De todo lo que pasó en Troya —entre troyanos y aqueos, a lo largo de diez años— la diosa es la que sabe qué es lo que merece ser palabra *divina* y de qué tipo de palabra ha de servirse: cómo elevar palabra humana a *divina*. De palabra fluyente —aun la de «río de miel», mas humana, por caso, la de Néstor— a palabra *endiosada* y *endiosante*.

El rapsoda sabe dar paso a tal río de *divinas* palabras enmusicalizadas que hablan, a lo *divino*, de todo o voluntad de Júpiter... cólera de héroes... peste en un ejército.

Quinta. Tal corriente verbal *divina*, empoematizada, no es un río; es una *riada*. No fluye ni todos los días ni está disponible para todos, y menos para un particular, y en privado para él; no puede nadie usarla a su antojo y para su uso o usos. No es río público y constante. Las diosas —las Musas— escogieron sus hombres, haciéndoles la gracia divina, dándoles el Lote divino (θείᾳ μοῖρᾳ) de un Poema: lote de palabra *divina:* de todo lo que merece ser dicho, acerca de todo, por diosas Musas. Ser poeta, poema, es don divino que no pasa a ser «naturaleza»: posesión, peculio imperdible e inalienable —que esto significaba entonces, en fase mitológica, οὐσία, y no aún lo de «esencia». Es divino a ratos, en actos, en obras.

El Poeta —el hombre Homero, Museo, Orfeo, Tínico...— no quedaba divinizado de por vida y en todo lo de su vida. Los dioses eran, ellos, «imán» permanente, eterno de imperdible virtud. Los Poetas, y menos aún, los rapsodas, no hacen aquéllos, recitan éstos, los poemas según arte (τέχνη) —que arte, y más aún ciencia, son posesiones fijas, humanamente adquisibles y, de suyo, imperdibles. No se *es* poeta; no se *es* rapsoda; o se *es* oyente de poemas. Se *está siendo* a veces —en veces determinadas por los que *son* dioses o diosas, y en fiestas, en teatro— Poeta, rapsoda, oyente de ellos.

En mitología no hay, ni puede haber, «arte poética». El poema no es obra de «arte»; es obra de gracia divina; es regalo de palabra divina. Poema es, *está siendo*, palabra humana divinizada por Musas.

Así que Mito (μῦθος) es palabra humana (λόγος) divinizada por las diosas Musas. La palabra humana habla, y había hablado ya, de *todo*: lo

divino, lo humano, lo animado, inanimado, cielo, tierra; lo bueno, lo malo, lo feo, lo vicioso, lo cobarde, lo valiente, guerra, paz, ciudad, leyes, artes: medicinal, guerrera, cerámica... pintura...; y había hablado el hombre de todo, o podía hablar de todo, en plano y tono humano, y se estaba hablando así de ordinario. En prosa o en verso, medido según pies (πεζῇ) o según pasos de pies humanos (πεζῇ). Mas todo ello, por simple y aun perfectamente humano, era «*logos*»; no era «mito».

Lo que de todo eso escogieron y reformaron las Musas, diosas, entró a estar siendo «mito». Palabra humana divinizadora —tratara la palabra humana de guerra, paz, cólera de héroes, de Apolo, actos, y fechorías de Júpiter, celos de Juno... medicamentos de Macaón, recuento de naves y capitanes...: lo que de *todo* eso las Musas consideraron, seleccionaron y decidieron merecía hacerse palabra de Ellas, en cuanto a contenido y manera (Musical) de decirlo, quedó hecho «mito». Palabra *humano-divina*. Creación, invento (εὕρημα), de tales diosas. Creación, ποίημα, poemas. Creadoras ellas de creadores —de poetas, ποιητής. El mito no lo inventaron las diosas Musas para contar, digna, divinamente todo lo humano —lo que los hombres decían de todo— a los demás dioses, y entretenerlos en el Olimpo, con lenguaje a su altura y dignidad divinos. Las Musas inventaron la forma mítica de hablar (μυθολογία) para divinizar la palabra humana, divinizar a ciertos hombres (hacerlos, crearlos «Poetas») para que ellos la dijeran a algunos otros hombres que la recitaran a otros muchos en fiestas (tiempo) y lugares (teatro) que Ellas habían determinado.

Y si se da, o restituye, a la palabra «música» su origen, verbal, de «Musas», las diosas, podríase decir: mito es palabra humana en-Musicalizada.

Así, en semejante tesitura y coafinación, vivió una parte de la humanidad, y ésta a ratos, en actos, en dramas, y en lugares. En estado de «gracia» divina, hablada y escuchada. Vivió, sintió que así vivía; y lo sentía aún —a ratos y en lugares— en el siglo V antes de nuestra Era. Y así veía —y admirábase Sócrates— a Ión y a veinte mil espectadores, en trance real de cadena magnética, hercúlea, divina; veía a Ión y a los otros rapsodas, a veinte mil, o a diez mil espectadores, oyentes en trance de oír hablándoles a ellos —hombres— los dioses, y hablándoles de sí mismos y de ellos y de todo lo suyo: lo de los dioses y lo de los hombres.

Empero, Sócrates era ya simple espectador humano de algo admirable que estaba pasando a «pasado», por obra de nacientes artes, sabiduría y ciencia. Y aun a hacer pasar a pasado la Mitología trabajará él,

inspirado por el oráculo de Apolo en Delfos, mediante procedimientos que no son aquí del caso.

(5.2)

(*Bhagavad-Gita*, –200 a +200 d.C.)

Veo los dioses en *Tu* cuerpo, ¡oh Dios!,
a todos ellos y aun a la muchedumbre de todas las clases de seres.
A Brahma, el Señor, en el loto, sentado cual en sede,
y a todos los videntes y a las divinas serpientes.
Con muchos brazos, vientres, bocas y ojos.
¡*Te* veo, en todos los aspectos infinitos en forma!
¡*Tú* eres el imperecible, el objeto supremo de conocimiento!
Tú eres el lugar de definitivo asiento de este universo.
Tú eres el guardián inmortal del eterno derecho.
Tú eres el sempiterno espíritu. Lo sostengo.
Tocando el cielo, inflamado, de muchos colores.
Con bocas en gana y enormes ojos en llamas.
En verdad *Te* veo así, en lo más íntimo de mi alma conmovida.
Y no hallo firmeza, ni paz, ¡oh Višnu!

(Texto tomado de la obra *Archæology of World Religions*, J. Finnegan, Princeton, 1952, pp. 156-157. Traducido del inglés al castellano por J.D.G.B.; del original sánscrito, por J. Edgerton, 1944.)

(5.3)

Génesis (I, 1-3)

Comenzó Dios creando los Cielos y la Tierra.
La Tierra, yerma y vacía.
La Oscuridad, sobre la faz del Abismo.
Y *la* Espíritu de Dios deslizábase por sobre la faz de las aguas.
Y dijo Dios: «sea Luz, y Luz fue».

(Compuesto hacia 1000 a.C.)

(5.4)

Rig-Veda (X, 129)

Ni ser ni noser, no los había entonces.
Ni había aire ni Cielo que esté más allá de él.

¿Qué impulso iba entonces a haber? ¿Dónde? ¿En qué dirección?
Ni muerte ni inmortalidad no las había entonces.
Ni señales de dónde hubiera noche o día.
El Uno respiraba por interior impulso.
No había sino el Uno.
Nada más allá.

(5.5)

(El profeta de Zoroastro, hacia 600 a.C.)

Esto es lo que te pregunto.
Cuéntame la verdad, Ahura.
Según generación, ¿quién es el primogénito, el Padre del Justo?
¿*Quién* determinó el camino del Sol y estrellas?
¿Por virtud de *Quién* crece y se desvanece, una y otra vez, la Luna.
Esto, ¡oh Mazda!, y aun mayores cosas, me muero por conocerlo.
Esto es lo que te pregunto.
Cuéntame la verdad, Ahura.
¿*Quién* es el que sostiene a la tierra, abajo; y sostiene el cielo para que no caiga?
¿*Quién*, a aguas y plantas?
¿*Quién*, a vientos y nubes impuso a su velocidad el yugo?
¿*Quién* es, ¡oh Mazda!, el Creador de Buen Pensamiento?
Esto es lo que te pregunto.
Cuéntame la verdad, Ahura.
¿Qué artista hizo luz y tinieblas?
¿Qué artista hizo sueño y vigilia?
¿*Quién* hizo mañana, mediodía y noche, que llaman a su deber al hombre de
[entendimiento?
Esto es lo que te pregunto.
Cuéntame la verdad, Ahura.
¿*Quién* creó juntos Dominio y preciosa Piedad?
¿*Quién*, sabio, hizo que el hijo obedeciera al su padre?
En todo esto pretendo reconocerte a *Ti*, ¡oh Mazda!, como creador de todas las cosas por el espíritu santo.

(Himno Yasna, 44: 3-5, 7; Githa, 2; cfr. *o.c.*, *Archaeology....*, p. 93.)

(5.6)

Alá, El Uno.
Alá, El Eterno.

Ni engendra ni ha sido engendrado.
Igual a Él, ningún otro lo ha sido jamás.
A *Alá* pertenecen los más bellos nombres.
Llámalo con ellos.

(Cfr. *Archælog.*, p. 501, trad. del inglés por J.D.G.B.)

(5.7)

El beduino no podía ver que Dios estaba dentro de él; estaba hasta demasiado seguro de que era él quien estaba dentro de Dios. No podía concebir que cosa alguna fuera, y no fuera Dios. Él sólo era el grande; sin embargo, había en ello algo así cual casero; como algo de cada día en el climático dios árabe que era la comida de ellos, de sus peleas, de sus placeres, lo más común de sus pensamientos, sus recursos familiares y su compañero de una manera imposible para todos aquellos cuyo Dios está tan arbitrariamente velado respecto de ellos, por desesperar de la indignidad carnal de ellos ante Él y por el decórum de formularia adoración.

Los árabes no sentían incongruencia alguna en entrometer a Dios en sus debilidades y apetencias por sus menos decorosas causas. Su nombre era el más familiar de sus nombres y, sin duda, perdemos nosotros mucho de elocuencia por hacer de Él el más breve y feo de nuestros monosílabos.

Este Credo del desierto parecería inexpresable en palabras y sin duda en pensamientos. Mas era fácilmente sentible como influencia, y quienes se metían en el desierto durante tiempo suficiente para olvidar lo abierto de sus espacios y su vacío, se sentían inevitablemente empujados hacia Dios cual hacia el único refugio y ritmo del ser.

Ser del desierto, tal como lo conocían, era para ellos una condenación a emprender inacabable batalla con un enemigo no de este mundo; ni vida, ni cosa alguna concreta, sino pura y simple esperanza, y el fracaso parecíales libertad de Dios para la humanidad. Nosotros podemos ejercitar esta nuestra libertad tan sólo no haciendo lo que está dentro de nuestro poder hacer, porque entonces la vida nos pertenece y podríamos enseñorearnos de ella manteniéndola barata.

Parecíanos la muerte la mejor de nuestras obras; la lealtad final y libre a nuestro alcance y nuestra final vocación...

En éxito asegurado no había honor alguno; pero mucho podría arrancarse a una derrota asegurada. Omnipotencia y lo Infinito serían nuestros más dignos adversarios y, sin duda, a los que enfrentarse varón hecho y derecho, por ser monstruos obra de su propio espíritu; que

los más pertinaces enemigos fueron siempre los de la propia casa. Al pelearse con la Omnipotencia, lo honroso era arrojar, por pundonor, los menguados recursos de que disponemos, y enfrentarnos a Él manos vacías. Y ser derrotados, no precisamente por mente mejor, sino su ventaja en armas mejores.

Para el de clara visión, el fracaso era la única meta. Hemos de creer de todo en todo, que en esto no hay más victoria que caer muertos peleando y aspirando al fracaso mismo, provocando —en el exceso de desesperación— a la Omnipotencia a que golpee más duro, que, por *sus* nuevos golpes podrá hacer de nosotros, los torturados mismos, arma templada de *su* propia ruina.

Discurso titubeante, semicoherente, a golpes desesperados, momento a momento, en trance de extrema necesidad, sobre el yunque de aquellas noches en blanco, al derredor de expirante fuego.

(*Seven Pillars of Wisdom*, Th.E. Lawrence, chap. III y LXXIV, 1926; trad. J.D.G.B.)

Comentarios

(1) Todo lo anterior está expresado en palabras enconceptuadas y en conceptos empalabrados. Más rudamente dicho: en palabras que son sonancias regidas por filogenética: por anatomía y fisiología humanas, así que resonantes a ellas; y, por naturales, cómodas y comodines para *hablar*. Y son palabras enconceptuadas: sonancias en que hacen acto de presencia conceptos, de presencia eficiente de ellos, pues hacen hablar, no sólo resonar filogenéticamente, sino pensar en ellos. Y sin semejante cuerpo, así sonante, los conceptos no son pensables, animables; sin tal cuerpo, el concepto está vacío. Con él está lleno, pero restringido, de-finido, de-finitado a lo que puedan ofrecer de resonante a conceptos las sonancias filogenéticas —de las lenguas naturales. Que una lengua natural, filogenética, restrinja los conceptos, no lo nota el hombre locuente, como no advierte la restricción que pone e impone el cuerpo filogenético a volar por el espacio, cual águilas; ver con rayos no solares, cual con radiografías; hacer geometría no euclídea.

En los lenguajes naturales lo que de ideas, de leyes matemáticas, lógicas, de lo real aparece, cual en pantalla o espejo, es un simplificado, un global, un bulto, un fuso y confuso, siempre una reducción de las dimensiones de lo real —reducción cual la que hacen, en su orden, los vulgares espejos, comenzando por el de aguas.

Dios (o dioses) podrá (o podrán) ser en sí, en su realidad de ver-

dad, lo que sean; mas en el espejo o pantalla —finita, definida— de un lenguaje natural aparecerá, resultará, capitidisminuido, reducido, transformado en bulto, global, simplificado: en *concepto* natural.

Mas tal y tales bultos, globales y simplificados «mentales» empalabrados filogenéticamente son reales «a su manera y en su tánto» (vgr. de 10^{-32} erg, en hebreo; 10^{-31}, en griego), los percibe sentimentalmente y mentalmente el hombre natural no como restricciones, sino como irrecortadas plenitudes.

Que Dios (o dioses) sean, para el H. natural, «inefables» —que lo que es, o son, que no quepa en palabras filogenéticamente regidas— resulta, sin evasión, dicho en «palabras filogenéticas». Que tan filogenéticamente hablada es la frase «Dios es inefable» como «esto dice el Señor por mi boca [la de profeta, sacerdote, mago, teólogo...]: "Comenzó Elohim creando cielos y tierra"».

Los aspectos de bosque, de bandada de pájaros, de nube, de Vía Láctea son reales; mas no reales de verdad, según lo que descubre la mente supernatural mediante ciencia e instrumentos inventados.

Lo *bebible* del agua, lo *respirable* del aire, lo *calentable* del fuego, lo *visible* de la luz, lo *audible* del sonido... son bultos globales, fusos y confusos respecto de lo que son en sí según ciencia y técnica que hacen o declaran que sean reales: *realmente* bebible, *realmente* respirable...

Pues bien: lo que de conceptuable de dios (o dioses) haya o esté habiendo en palabras filogenéticamente regidas y, por regidas, reales, es tan real «a su manera y en su tánto» como lo bebible, respirable...

Palabras divinas: conceptos divinos empalabrados, palabras divinas enconceptuadas son tan reales como *sabor* de agua natural, *color* de cosas naturales, *peso* de los cuerpos. *Emborrachan* las palabras divinas sutilmente, a su manera y en su tánto, como vino (natural); los dos, a bulto, global, fusa y confusamente.

Emborrachan divinamente, cual las palabras de Homero: las de la Musa que de él se sirve cual de médium; y el mismo efecto: el de endiosamiento, se comunica a rapsodas y oyentes.

Borrachera de palabras divinamente enconceptuadas y de conceptos divinamente empalabrados resulta, y resuena a, desafío verbal y sentimental al Omnipotente, al Infinito, a El Dioses, a Alá en médiumes —a ratos—, Lawrence, un Beduino, y absortos oyentes. «Discurso divino», «titubeante... a golpes sobre el yunque de aquellas mentes en blanco, al derredor de expirante fuego» (*l.c.*).

Borrachera de palabras divinamente enconceptuadas y de concep-

tos divinamente empalabrados son, sin desafío, en los médiumes por cuya boca *habla* dios en *Bhagavad-Gita, Génesis, Rig-Veda.*

Borrachera verbal-mental divina en los médiumes, en sus oyentes, en sus (futuros) lectores. Y aun en nosotros según la dosis —imperdible por ahora— que de H_p queda en nosotros —¿la de 0,40, 0,30?

Dejarnos emborrachar por tal vino verbal-mental, sin hacer química del vino, es la actitud e instalación —propia y reverente— del animalmente racional —animalmente religioso...

De estas vaguedades —fusión y confusión de palabras y conceptos: de sabor (de vino), de color (de cosa), de concepto (de Dios) y de palabra (de Dios)— vive la vida del animalmente racional (religioso...). Es invento, creación de vida que es —repitámoslo una vez más, que no serán pocas— surtidor de novedades, improvisación de espontaneidades, estreno de originalidades. O en palabras de Saint-John Perse: «*toute la nouveauté de vivre, et toute la grande fraîcheur d'être*».

(2) Homero (Ión), Moisés, El Bendito (del *Bhagavad-Gita*), El *X* (del *Rig-Veda*), El Beduino (de Lawrence) y sus recitadores, son todos *médiumes* endiosados. No marionetas ni altavoces mecánicos, unos; y sus escuchas o auditorio, no son caja de resonancia. O cinta o disco en que se impriman tales palabras divinas divinamente enconceptuadas —diríase ahora.

Endiosamiento y endiosados, real, a ratos, en actos, en obras (de teatro, de auditorio...). Endiosamiento y endiosados no por un Dios transcendente supraterrestre y extrauniverso, sino por *lo divino* del universo que por ellos irrumpe y desarticula lo que el lenguaje natural hace con su sintaxis diaria y con los temas obsesivos del *animalmente* religioso, político, social...

Las frases: «Esto *me* dice la Musa —la Diosa— que diga»; «Esto *me* dice el Señor que diga...», «*Te* veo en...», «*Tú* eres, ¡oh Višnu!», «Comenzó Dios creando...», «No había sino El Uno...»... han de ser completadas así: «Esto *me* dice la diosa que diga por *mi* boca»; «Te veo con *mis* ojos»...

Que mi lengua, mis ojos, mis oídos... sean *míos*, no lo percibe el hombre sano; lo *es* directa, inmediatamente, irreflexivamente. Sólo cuando se enferma, cuando no hacen de ojos los ojos; los oídos, las orejas..., noto que son míos por el dolor que es, sin evasión, mío y de nadie más. Cuando dice un médium «la Musa, la diosa, me dice que diga...» o «el Señor (Elohim, Jehová) me dice que diga...», tal acto lo es de endiosado, de realmente poseso de lo mío por otro; es enfermedad sagrada, divina, locura. Son actos, ratos, obras de estar poseso nada menos que por lo divino del universo. Doblemente poseso: (1) por lo divino (habi-

tual constante, eficiente) del universo divino por ser estructura real, por «cuerpo» o esencia concreta (de dios); (2) por actos de hablar, cantar por ratos (más o menos largos: recital, profecía...) y en obras, cada una especial —de teatro sagrado (drama, Job...) griego o no; de conminación o heraldismo divinos.

Lo divino del universo les es de estado constante, permanente, eficiente; pasa a *actos* (*éste*, ése, aquél), a *ratos* (*éste*...), a *obras* (*ésta*...) rompiendo y surgiendo por aquellas partes del universo que están siendo *ésta* —*éste* hombre (Homero, Hesíodo, Moisés, Zaratustra, Jesús, Apolonio, Mahoma...).

Y *este* hombre es eso de ser y notarse ser *éste* a ratos, a actos, en obras. Así que es más endiosable *éste* individuo que *este* particular y lo es más y mejor *ésta* persona que *este* singular; y éstos: persona y singular son más y mejor endiosables en actos, a ratos, en obras, que particulares e individuos.

Así resultan más y mejor endiosables en actos, a ratos, en obras Zoroastro, Buda, Jesús, Apolonio, Mahoma, que Beduino innominado, que cantor de *Rig-Veda* o de *Bhagavad-Gita* que son, simplemente, particulares, cada uno un particular.

De ahí que particular endiosado a actos, a ratos, en obras esté más cerca del pueblo, a veces de naciones enteras, que individuo endiosado; y a actos, a ratos, en obras puede endiosar contagiosamente, por sugestión, 5.000 particulares, sin contar mujeres y niños; endiosarlos a ratos, a actos, en obras (de misericordia fisiológica o espiritual) diciendo *El Sermón de la Montaña, Cantos de la Ilíada, Odisea*...

Pasados tales actos, ratos, obras —activas y pasivas— los endiosados vuelven, recaen al estado habitual de divinidad del universo. Y los ojos, oídos, lengua de ellos vuelven a ser *míos*: de cada uno que no los notará ya, expresará, reflexivamente, como *míos* (suyos), pues vuelven a estado de salud —mental, auditiva, visual... de cada uno—, curados del trance de endiosados, de posesos.

Y el que, poseído por la Diosa, canta de rapsoda la *Ilíada*, volverá a ser uno de tantos hombres, un griego cualquiera, sano por desendiosado. Y quien dijo «Bienaventurados los pobres de espíritu», pasado este y otros trances de endiosamiento, revertirá a ser uno de tantos hebreos —hombre que come, duerme, trabaja, pasea, visita amigos y amigas. Y de treinta años de su vida pasará veintinueve siéndose un cualquiera, sin trances de endiosamiento que se cuenten.

Frente a tales trances, espectaculares, de endiosamiento, la radioontología humana —en especial, a diferencia resaltante respecto de

la universal— es campo de endiosamiento de tono menor. Ocurrencias, improvisaciones, trucos, donaires, sustos, sorpresas, bromas, atisbos... en todos los órdenes son casos de *creatividad*: de originalidad, novedad, espontaneidad, por miles y miles cada día en cada uno.

Creación en chisporroteo. Creadores, a ratos, a actos, en obras, sueltos y sueltas. De ordinario más bien espontáneas y novelerías que originales. No llegan a trance, espectacular, contagioso y sugestivo ni de sí ni de muchedumbre. Trances colectivos. Hasta de alucinación (cfr. Jordan, *o.c.*). Mas lo son de endiosamiento individual, de cada uno. Y recae breve, prestamente originalidad en copia; novedad, en diariez; espontaneidad, en rutina.

Dicho impropiamente —por condescendencia con el lenguaje filogenético, maternal— cada uno es «dios» a ratos, en actos, en obras. Mas es «divino» constante, continua y eficientemente. Algo así cual *subliminarmente*. De las radiaciones infrarrojas y supravioleta se entera y lleva la cuenta un instrumento; no, los ojos videntes en acto; de lo que desborda los umbrales superior e inferior y diferencial (Fechner-Weber) se entera constantemente el organismo; y no los ojos, orejas, manos... sanos en acto. De lo divino (constante, eficiente) de cada uno se entera y lleva la cuenta —bien contada, casi infinitesimalmente— la realidad de cada uno, esté siendo particular, individuo, singular o persona. De los cotidianos endiosamientos radioontológicos llevan la cuenta, sin contar, los despiertos. De los endiosamientos espectaculares puede llevar la cuenta, contarlos con números —como fastos o milagros— la historia, leyendas, tradición. Y degeneran éstas en mitos y cuentos, que son la rutina de la historia radioontológica en grande, en trances.

(§ 6.º)

Paradigma o tipo de hombre divino milagroso (M^o_o) y milagrero (M^e_o)

Advertencias. (1) Aparte de las obras dedicadas a cada una de las personas que a continuación se nombran —y que los lectores, sin duda conocen— el Autor se ha documentado e inspirado especialmente en dos: *Archæology* (ya citada) y *The Myth of the Magus*, por E.M. Butler, Cambridge U.K., 1948.

(2) Los comentarios y explicaciones siguientes remiten a los cuadros I, II, III (pp. 440 y 445).

(2.1) Se distingue aquí entre milagroso (M^o_o) y milagrero (M^e_o). «Milagroso» se refiere a la persona misma; vgr., a su concepción, infancia, muerte; «milagrero» (M^e_o) —en griego θαῦματουργός, taumaturgo: hacedor de milagros— indica el sentido activo, que o los hizo tal persona u otra en favor de ella.

Y según la historia, leyenda, tradición, cuento... puede haber o ha habido, personas que en una edad eran o fueron nada más M^o_o; y en otras, M^e_o; M^o_o o solamente M^e_o.

(2.2) No se discrimina aquí entre historia, leyenda, tradición, cuento... Por cuatro razones: (a) porque las fuentes o documentos mismos no lo hacen. Sencilla, natural, cándidamente refieren; (b) porque las personas son, en diversos sentidos, incomunicantes, temporal, geográfica, culturalmente, lingüísticamente. Son testimonios de M^o_o, M^e_o independientes. Así que tanto más valiosos para el presente tema; (c) el paso de historia (de presencialidad de hechos: M^o_o, M^e_o) vivida: vista, palpada, escuchada, sentida... → a tradición oral de lo acabado por otro de ver, oír... mas no por los tradicionalistas → a tradición oral, escrita, de las fases anteriores → a leyenda: núcleo de lo anterior, de lo tenido

por núcleo de historia, tradición oral..., retocado, completado, maquillado poéticamente, propedéuticamente, lógicamente... con la mejor voluntad e indiscutible sinceridad → desciende y cae en cuento, algo así como las *Mil y una noches, o Flos sanctorum,* y afecta todo esto a tales fases o pasos (M^{o}_{o}, M^{e}_{o}) de todas las personas nombradas; (d) el ambiente, atmósfera (respirable y vivificante) de milagro es común, real y comprobable, desde 1300 a.C. (vgr. Moisés) hasta Mahoma (632 d.C.), hasta la época medieval y aun hasta el siglo XV d.C.

Pero este punto (d) merece una explicación, aparte de lo que acerca de milagro se ha tratado aquí.

(2.3) Lo más importante es esta época (de −1300 a +1400) no es (1) el que haya habido milagros; sino (2) que, durante ella casi todos los vivientes en ella creyeran que eran *posibles* milagros; (3) que entraban en el régimen diario del universo; una dieta de milagros era el pan de cada día, los víveres mentales, sentimentales, desiderativos y religiosos; (4) pan o víveres que distribuían a su saber, querer, gana o antojo, dios o los dioses, cual privilegio suyo, en favor de unos y en contra de otros mortales. Distribución cual gracia, no por obligación alguna hacia alguien —individuo o colectividad.

Enumeremos unas secuelas de tal creencia: (1) la frase «ley natural» no tenía sentido, cual contrapuesto a milagro: como opuesta «ley natural» a intervención de Dios o de dioses: como constitutivo propio de lo real. Veremos, por sus pasos, cómo y cuándo y dónde se va imponiendo el sentido de «Ley natural». (2) Durante esta época los milagros —reales o lo tenido por tal— produce en los milagrosos y milagreros, y en los espectadores, «susto, sorpresa, admiración»; mas, en el fondo, los ven, los presencian, sin *extrañeza.* Cual no la hay en que lo realmente posible pase a real. Y lo milagroso que en alguien pasa lo siente ser *sin defensa*; mas *sin extrañeza* en el fondo. *Sin defensa* por no haber naturaleza que se sea en sí y para sí. *Sin extrañeza,* porque «milagro» entra en el régimen del universo con igual derecho con que dios o los dioses intervienen. (3) Se *inventan* milagros; primero, porque se cree que son realmente posibles por parte de Dios o de los dioses, y por inexistencia de leyes naturales; segundo, porque los milagros entran en la lógica del paradigma o tipo de universo en régimen teocrático: de taumaturgia divina.

Así que atribuirle a hombre divino (M^{o}_{o}, M^{e}_{o}) un milagro —pasivo, M^{o}_{o} o activo, M^{e}_{o}— es sacar una consecuencia, implícita ya en el paradigma de arquetipo o tipo. Es, dicho con frase históricamente posterior, caso de «evolución homogénea» del paradigma. Así, por tal razón

y motivo, lo que parecen añadir tradición oral o escrita, leyendas, imaginación popular, profetas, poetas, cantores, rapsodas, dramaturgos, teogonías... no sólo es realmente posible y dieta de individuos y colectividades, sino secuela de *lógica paradigmática*; secuela semejante a la de «si se cree que Dios creó en seis días Cielos, Tierra...» creer, y decir, que «creó la tierra prometida a Moisés y a su pueblo» es secuela de lógica elemental, ya desde Aristóteles. Es secuela por «evolución homogénea» del dogma o creencia primera.

En el paradigma de hombre divino, M_o^o, M_o^e que venía formándose —en diversos e independientes pueblos— desde Moisés hasta Apolonio de Tiana entraba ya vgr., lo de *concepción* M_o^o. Si en documentos, tradición oral, leyenda... no constaba tal tipo de *concepción* respecto de un hombre que, por otros de sus caracteres del paradigma constaba (se creía) era «divino», rellenar tal casilla, o atribuirle tal concepción, se reducía a «evolución homogénea» del paradigma.

(4) La frase «*Deus ex machina*» y el procedimiento a que se refería y que empleaban los dramaturgos griegos, aun los geniales, no era para los geniales un truco; para los espectadores del drama, según lógica dramática, era creíble y creída intervención de un dios, bienvenida, a punto, y a punto «suyo»: del Dios. No era *truco*; y el mecanismo (μεχανή) inventado no era tampoco truco, trampa, y evasiva para todos; el mecanismo era templo o templete transitorio (θεολογεῖον), mas real, del dios. Y el dios hacía el milagro de solventar lo dramáticamente, humanamente insolventable.

Los milagros de M_o^o, M_o^e de esta época —sea en Asia, Grecia, India...— no son trucos; y las máquinas de que, a veces, se sirven para salir o sacar a un mortal o a mortales de apuros, puede ser varita, capa extendida sobre aguas, carroza de fuego... Mas no son trucos, juegos de mano de ilusionistas.

(5) El tanto por ciento de «animalmente racional» —animalmente religioso...— que es el atribuido aquí ilustrativa y sugerentemente a los hombres primitivos: 0,80, 0,70, indica el grado o dosis de credulidad —de inventiva y aceptación de milagros. Y el tanto por ciento de H. renacentista y actual —el de 0,40, 0,20— es, aún, campo abonado para credulear en milagros pasados hace milenios o siglos; y en milagros presentes, más o menos comprobables y comprobados. En éstos ya no se cree; se credulea.

La credulidad lleva consigo, *es*, la comodidad mental y verbal, por tanto mental, religiosa y moral, de hablar, pensar y obrar con conceptos vagos, globales, y según el paradigma de «hombre divino» M_o^o, M_o^e.

Creer en ellos —en los pasados y presentes— puede aún ahora ser mérito ante Dios (vagamente pensado y sentido), pues se cree en Él, *a pesar* de lo que ciencia y técnica actual descubre, prueba y pone a prueba. Mas *no creer* en ellos —en los pasados y presentes— no es demérito ante Dios, pues no se cree *porque* ciencia y técnica explican, demuestran y prueban acerca de las leyes físico-matemáticas del universo.

Creer: homenaje de confianza en y fianza de Dios, en pensamiento, palabra y obras suyas. *No creer*: homenaje de reverencia a su Sabiduría. Aceptación de lógica y ontología: la del ser.

(6) Griegos de excepción: Heráclito, Parménides, Platón, Aristóteles, ni creen ni credulean en milagros. Para ellos comienza y progresa a tener sentido «naturaleza» (φύσις); y, por contraste, lo de sobrenatural: lo artificial (τέχνη).

Veremos a continuación cómo sus conceptos y procedimientos lógicos y ontológicos impregnan y trastornan el paradigma de M^{o}_{o}, M^{e}_{o}.

Pasemos al estudio detenido de las casillas del paradigma de los cuadros I, II, III.

Preexistencia (*Pre*) como atributo o característica de HM^{o}_{o}. Preexistencia antes de venir o darse a conocer, sentir, por un compuesto de mortal, de animal racional, de griego, semita... colocado en este espacio-tiempo-masa (vgr. de 1300 a.C. a 1-30 d.C.). Tal preexistencia puede y tal vez ha revestido las formas de atribuir al M^{o}_{o} un componente de «inmortal», pre-y-postnatal; o un componente «divino» que de suyo es pre-y-postnatural; o revelado al mismo M^{o}_{o} por su conciencia de ser, de su misión; o por deducción lógica de premisas preexistentes, mas conclusión no sacada pre, sino postnatal...

Se notará por la primera columna (cuadro I) que la condición o creencia en forma de preexistencia, cual característica de M^{o}_{o} es anterior —cuatro veces al menos y en diversos países— al siglo primero. La documentación detallada de este carácter puede leerse en las obras citadas. Así que atribuirla a personas del siglo primero o posteriores a él tómese como consecuencia natural, como componente natural —según lógica paradigmática— del tipo M^{o}_{o}.

Anunciación (*An*), *concepción* (*C*), *infancia* (*I*) del HM^{o}_{o}. Anunciación, ella misma, milagrosa, reforzada por milagros (M^{e}_{o}); con predominio casi total de los milagros (M^{ee}_{o}), en el caso de la infancia de Jesús. Que tales milagros se hallan en los Evangelios apócrifos no tiene importancia dentro del plan presente. Los evangelios apócrifos y los ca-

Cuadro I

	Pre	*An*	*C*	*I*	*V.p.*	*M*	*R*	*As*	*Ad*
–1300 a.C. Moisés	M^o_o	0	0	M^o_o M^o_o	M^{ee}	M^o_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o
–600 a.C. Pitágoras	M^o_o	0	M^o_o	M^o_o	M^o_o M^e_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o
–600 a.C. Buda	0	0	0	M^o_o	M^o_o	M^o_o	0	0	0
–600 a.C. Zoroastro	M^o_o	M^o_o	M^o_o	0	M^o_o M^e_o	0	M^o_o	M^o_o	M^o_o
–490 a.C. Empédocles	M^o_o	0	0	0	M^o_o M^e_o	M^o_o	0	0	0
+1 Apolonio	0	0	M^o_o	0	M^o_o	M^o_o	0	M^o_o	0
+1 Jesús	M^o_o	M^o_o	M^o_o	M^{ee}_o	M^o_o	M^e_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o
+632 Mahoma	0	M^o_o	0	0	M^o_o	0	0	0	0

M^o_o = milagroso; M^e_o = milagrero (taumaturgo, *I*).
Pre = preexistencia; *An = anunciación; C* = concepción; *I* = infancia; *V.p. = vida pública; M* = muerte; *R* = resurrección; *As = ascensión; Ad = advenimiento.*

Cuadro II

	Prep.	*Entr.*	*Tent.*	*Pred.*	*Disc.*	*B.s.*	*B.h.*	*Pros.*
Moisés	M^o_o	M^e_o	M^o_o			M^e_o	M^o_o	M^o_o
Pitágoras	M^o_o	M^o_o			M^o_o	M^o_o	M^o_o	
Buda		M^o_o		M^o_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o	
Zoroastro		M^o_o	M^{ee}_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o	M^o_o	
Empédocles		M^o_o			M^o_o	M^o_o		
Apolonio	M^o_o	M^o_o			M^o_o	M^o_o		
Jesús		M^{ee}_o	M^e_o	M^{ee}_o	M^e_o	M^o_o	M^o_o	
Mahoma		M^o_o		M^o_o			M^o_o	M^o_o

Prep. = preparación; *Entr.* = entrada; *Tent.* = tentación; *Pred.* = predicación; *Disc.* = discipulado; *B.s.* = bien social; *B.h.* = bien histórico; *Pros.* = proselitismo.

nónicos son, ambos, *genuinos*. Lo de «canónico» es categoría jurídico-religiosa; categoría híbrida de historia y creencia. El ambiente de milagrería era común a todos y, consiguientemente, lo vivían sentimental, conceptual, verbalmente. En (2.3) se desarrolló este punto.

A Jesús le salía el niño (real) cuando, vgr., hacía pajaritos de barro; y le salía lo de divino, al echarlos a volar y volaban; era niño a ratos, a actos, en obras. Y era dios, a ratos, en actos, en obras. Y nadie, ni aun sus padres, se *extrañaba* de ello, pues no creían imposibles tales milagros. Sino se *admiraban* de que les hubiera nacido un tal niño con tales poderes humano-divinos a ratos, en actos, en obras. Realmente hombre y realmente divino.

Le salía a Jesús, o irrumpía en él, lo de niño al ir a dar una bofetada a otro niño, porque le molestaba; mas le salía, o irrumpía en él, lo de divino al notar que lo había aniquilado; y le salía otra vez lo de divino al crearlo, al hacerlo, parecer.

A actos, a ratos, en obras, sueltos y sueltas, es la manera de serse realmente hombre y realmente divino. Lo contrapuesto: acto puro, único, eterno, necesario, da pasmados (cfr. aquí § 9.º).

Tanto lo milagroso (M_o^g) como lo milagrero (M_o^e) lo son, consta que lo son (o lo fueron), a ratos, en actos, en obras sueltas. No hay acontecimiento más necesariamente disolvente o discontinuo (actos, ratos, obras) que un milagro. El *sol* no puede quedar detenido para siempre; el *agua* no puede quedar de manantial perenne; el *vino* ha de consumirse; el *resucitado* ha de volver a la vida normal...

Casos reales, realmente posibles, cfr. *o.c.* Valgan estas consideraciones para la característica siguiente.

Vida pública (*V.p.*) milagrosa. Carácter común a todos los HM_o^g, M_o^e, milagrosos y milagreros.

Por la importancia de él se ha puesto aquí el cuadro II. El paradigma de vida pública comprende las fases de preparación o misión (*Prep.*), entrada (*Entr.*), tentación (*Tent.*), discipulado (*Disc.*), beneficios sociales (*B.s.*) y proselitismo (*Pros.*). De preparación o iniciación a *V.p.* hablan las biografías de Moisés, Pitágoras y Apolonio (cfr. *o.c.*). De Jesús no consta. A partir de los diez años se puede hablar de su vida privada hasta los treinta. Su iniciación entre los esenios no pasa de ser sospecha. Mas tal casilla vacía pudiera rellenarse con el correr de los siglos: de descubrimientos o dogmas. Y fuera tal caso uno de «evolución homogénea» del paradigma de hombre divino milagroso y milagrero. Igualmente respecto de otras casillas correspondientes a otras personas.

La entrada oficial o pública es milagrosa (M_o^g) cual rasgo común a

todas las personas nombradas. Sólo en Jesús fue acompañada o completada por milagros ($M_o^{e^e}$): voz celestial, paloma...

Las *tentaciones* de poderes extraños —demonios, espíritus...— para impedir la entrada a *V.p.*, destinada a predicación, discipulado, bien social (nuevo), bien histórico. Es decir, en una palabra: tentaciones contra la misión (Mesías) peculiar a cada persona. Casos documentados, extremos: el de Zoroastro ($M_o^{e^e}$); reducido a tres tentaciones; en Jesús: la de Jesús (M_o^e).

En *predicación* milagrosa (M_o^o) son casos ejemplares los de Buda, Zoroastro, Mahoma; como caso especial, el de Jesús por la muchedumbre de milagros que lo acompañaban ($M_o^{e^e}$); milagrosa (M_o^o) por las palabras; milagrera (M_o^e), por las obras. Sobre la tipología de milagros se tratará al explicar el cuadro III.

La predicación, a diferencia del proselitismo, se caracteriza por la preeminencia y predominio de pensamientos y palabras (M_o^o) sobre obras (milagros), y por el pretendido efecto sobre oyentes: el de edificación espiritual: fe y moral privada y colectiva, y por la subordinación de obras (religiosas) en favor de tales fe y moral. La relación es de maestro (M_o^o) a discípulos. Los discípulos se dividen según la intención del maestro en discípulos apóstoles (misioneros de la misión) y discípulos pueblo. A los primeros además de su misión (M_o^o) se les otorga lo de milagreros (M_o^e). Caso único el de Jesús. Los demás reducen su misión y el discipulado a la propagación de lo milagroso en palabras y pensamientos; y a obras de fe y de moral —individual y social—; mas no les otorgan poderes milagreros (M_o^e), aun en el caso de que ellos mismos los tuvieran.

Entendamos por *proselitismo* la relación entre caudillo (M_o^o, M_o^e) y cuerpo de guerreros, con la misión de conquistar a las buenas o a las malas —si las buenas no bastan— a los infieles. Moisés y Mahoma son casos típicos de «guerras santas». Moisés, milagroso (M_o^o) y milagrero (M_o^e) (cfr. cuadro I), acaudilla a su pueblo por sí —o por delegación, Josué— para la conquista de la tierra prometida por (su) Dios a *su* pueblo, conquista a la fuerza guerrera y a fuerza de frecuentes milagros contra los incircuncisos de carne y mente. Mahoma es M_o^o, mas no M_o^e (cuadro I); acaudilla a su pueblo —el de Alá— a la conquista de los infieles: a las buenas, si se convierten; si no, a las malas de guerreros creyentes en Alá y su profeta milagroso (M_o^o) y no milagrero (M_o^e). Campañas realmente esplendorosas; sin milagros; y desastres técnicos, sin milagros que los salven. Ni Jericó, ni Sol.

El derecho y obligación —de pueblo elegido por Dios (Elohim o

Jehová)— de hacer la guerra y conquistar a las buenas o a las malas a los infieles —lo de «guerra santa»— quedará de buen o mal ejemplo, siempre de derecho divino irrenunciable, por siglos y siglos.

Discipulados y proselitismo afectan a la *V.p.* aportando beneficios sociales e historia. Beneficios sociales milagrosos (M^{o}_{o}), ejemplarmente en Buda, Zoroastro, Pitágoras, Empédocles, Apolonio, Moisés y Jesús. *V.p.* influida y transmitida por milagreros (M^{e}_{o}): jueces, profetas milagreros; por santos, milagreros en dosis variable; por místicos, de vida milagrosa (M^{o}_{o}), milagrosa por intervención de milagreros (Dios, Jesús).

Discipulado y proselitismo afectan a *V.p.* aportando beneficios históricos —haciendo historia. «Nueva Era», «Buena Nueva», «Alianza»...

Hechos que son *fastos* y fijan *fechas.*

Recordemos que se está tratando de hombres, y de hechos correlacionados con Dios (Elohim, Alá); con hombres divinos (M^{o}_{o}, M^{e}_{o}). Casos de *historia sagrada.*

Fastos —con fecha y hecho—: Alianza en monte Sinaí; Nacimiento milagroso (M^{o}_{o}) y por intervención divina o demoníaca, milagrera (M^{e}_{o}) de Jesús de Nazaret, Egipto...

Fastos faustos para unos; nefastos, para otros.

Volvamos al cuadro I.

Muerte (*M*): milagrosa o milagrera. No natural. Milagrosa en todos —no constan las de Zoroastro y Mahoma. Milagrera, por circundada de milagros: la de Jesús. Casos y forma de milagrosas: desaparición inexplicable, misteriosa, voluntaria, a ojos de discípulos o curiosos.

Sobre el sentido y posibilidad de morir, realmente, un hombre-dios, se tratará más adelante.

Muerte por matado; muerto porque sí, de sí; muerto al mundo visible, tangible: por desaparición a ojos, a tacto... de videntes, oyentes, palpantes o manoseantes...

Queda en pie la misma dificultad: un hombre divino que a actos, a ratos, en obras esté siendo milagroso y milagrero, ¿puede morir, y puede ser matado, de muerte natural y por procedimientos naturales?

De ello se tratará más adelante.

Resurrección (*R*). Documentalmente consta respecto de Moisés, Pitágoras, Zoroastro, Jesús. De los demás no consta. Recuérdese el sentido que se da aquí a «documentos».

Que el hombre divino —milagroso y milagrero— tenga que morir

y resucitar entra en la lógica del paradigma, de manera que, por «evolución homogénea» de él, se puede rellenar la correspondiente casilla vacía. Se puede rellenar por documentos, multicopiados, por *dogma*.

Resurrección en firme, en total, adquiere sentido real por contraposición y cual complemento de muerte en firme, en total. Punto a estudiar aquí.

El resucitado —que no fue M^o_o, M^e_o— vuelve a su vida normal. Sin ascensión (*As*) y sin advenimiento futuro (*Ad*). Como si no hubiese pasado nada a su ser real. Mas el resucitado que fue M^o_o, M^e_o ha de aparecerse de manera extraordinaria. O sea: milagrosa (M^o_o), para que pueda ser reconocido como el mismo ante los mismos.

El resucitado que haya sido M^e_o, milagrero, tiene que ser reconocido por el mismo y por los mismos, precisamente como M^e_o, cual milagrero. Y no basta con que se aparezca o lo parezca ser o se crea que lo fue: que fue el mismo. Y a su vez, o a la una, demostrar o mostrarse que resucitó, a pesar de muerte bien real; así que es otro del auténticamente viviente M^o_o y M^e_o. Que es el mismo y el mismo es otro. Y no resucitó cual simple mortal para reanudar una vida: la vida corriente.

Tal situación insostenible —el paradigma y su lógica, desarrollada por siglos— inventó, creyéndolo por «evolución homogénea», lo de Asunción (*As*), para Moisés, Pitágoras, Zoroastro; y para Jesús, cual ápice del tipo, resumen de todos los anteriores.

Asunción (*ascendit*), hablado en lenguaje antiguo: ἀνελήμφη (fue arrebatado) al cielo. No se ascendió a sí mismo (cfr. *Evangelio* de Marcos, XV, 19-20; nada de esto en Mateo; ἀνεφέρετο εἰς τὸν οὐρανόν, Lucas, XXIV, 51-52): fue llevado al cielo. No «se elevó» o elevó a sí mismo al cielo. Nada de esto en Juan. Y en Marcos y Lucas tales frases se hallan con doble paréntesis en la edición de N.T. por Wescott-Hort. Lo cual justifica la amplitud que se da aquí a tales características del HM^o_o y del HM^e_o.

Si en vez de ascensión habría de llamarse «asunción», quede en suspenso.

Advenimiento (*Ad*) o reversión ulterior a la tierra. Es documentalmente aceptable en los mismos (cfr. *o.c.*). «Volverá a juzgar a los vivos y a los muertos»; o cual «sabio», como Pitágoras y Zoroastro. ¿Volverá como M^o_o, M^e_o; solamente como M^e_o?

En todo caso el paradigma de hombre divino milagroso y/o milagrero termina, se dé o se lo dio por perfectamente, por definitivamente cerrado y definitorialmente cerrado (por dogma). Cerrado en esta fase

que coincide para el HM_o^o con el fin, antinatural, del universo y con el advenimiento de Cielo y Tierra nuevos —por los siglos de los siglos.

La escatología a plazo fijo —«esta generación: vosotros me veréis venir sobre las nubes del cielo... ya, ya... se acerca el fin»— entra en el paradigma de HM_o^o y de HM_o^e.

Cuadro III

	Milagros		
	E_s	E_i	E_p
Moisés	++		
Pitágoras		+	
Apolonio		+	
Jesús	+	+	+

E_s = espectaculares y sociales
E_i = espectaculares e individuales
E_p = privados e individuales

Cuadro III. Tipología de milagros, restringida al marco de la obra.

Milagros espectaculares y sociales (E_s). Espectaculares por el contenido ante espectadores *creyentes* en milagros: en tal régimen de universo y componente de dios.

Milagros espectaculares e individuales (E_i).

Milagros privados e individuales (E_p).

Casos admirables de E_s: los de Moisés, por contenido (paso del mar Rojo; agua, de piedra); y por espectaculares: hechos ante pueblo y en favor de él. Los de Jesús: 5 (7) panes para 4.000 (5.000) personas; «Jesús recorrió *toda* Galilea anunciando el Reino de los cielos y curando *todas* las enfermedades, *todas* las dolencias del pueblo. Su fama llegó a *toda* Siria y de ella le llevaban *todos* los que padecían de cualquier mal, por variado que fuera —paralíticos, lunáticos. Y los curó» (Mateo, X, 1-2; los subrayados *todos*, *todas*, son de J.D.G.B.) (cfr. Marcos, I, 32-34).

Sin contar los milagros espectaculares, por hechos ante espectadores, en favor de individuos (E_i).

Todos los espectadores y los milagreados se admiraban (θαῦμα), se extasiaban (ἔκστασις), temblaban (θάμβος) ante lo presenciado. (Palabras de los evangelistas.) Mas no se *extrañaban*, pues era el régimen imperante en el universo y el régimen de gobierno de Dios. Dios estaba, existía para y por hacer milagros y de tal clase.

Los referidos de Buda y Apolonio son de este tipo E_i.

Los de tipo E_p son privados; en el sentido de que se han hecho ante pocos testigos y aun a veces el milagrero manda silencio.

Sea la advertencia final repetida: todos los milagros, sean E_s, E_i, E_p, son casos: pasan a ratos, en actos, en obras. No se es, consta, milagrero sino a ratos (breves, casi siempre); en actos sueltos, en obras (diversas entre sí: detener el sol, brotar agua, curar enfermedades, físicas y mentales, resucitar...).

(§ 7.º)

Paradigma o tipo de hombre deificado
(divino por su base cósmica necesaria)

(Tipo propio del siglo primero y gradualmente racionalmente perfilado hasta el siglo XV d.C.)

Se divide aquí la exposición en dos partes.

(7.1)

Refundición racional *del tipo* M^{o}_{o} *–y–* M^{e}_{o}*, o sea: del paradigma (§ 6.º)*

El vendaval helenístico (del siglo IV a.C. al I d.C.) trajo en sus alas palabras comunes y corrientes del lenguaje cotidiano griego; y algunas, típicas del erudito y sabio, pasaban al haber común de las personas cultas en Palestina, siempre signos de distinción para hebreos distinguidos; y para hacerse los distinguidos y estar a la altura de tales, los evangelistas. Así los LXX o los XXXII, traductores del A.T. al griego.

Recordemos unas cuantas palabras «griegas clásicas y corrientes» ya; y oigámoslas resonar a su fondo griego: el que gozaba de prestigio a ojos y oídos de los evangelistas y escritores del N.T. Y lo daba ante sus lectores:

μέτρον, κόσμος, Ἅιδης, δύναμις, ἐνεργεῖν, φάντασμα, ὄντως, ἐπίσταμαι, ἀληθῶς, σοφία, στιγμὴ χρόνου, διηπόρει, ἅδης, ἀΐδιος, σοφὸς καὶ συνετός, εἰδὼς τὰ διανοήματα, φρόνιμος, οὐσία, ἐπιθυμία, ἄτοπον, ἀνόητος, ἀρχὴ,

ἄλογον, λόγος, εὐκαιρία, καθόλου, συνεῖδησις, σύνοιδα, ζητήματα, ἐξαίφνης, καθ' ἐξοχήν, εὐπρέπεια, ἔμφυτος λόγος, τὶς σοφός καὶ ἐπιστήμων, ὁδηγεῖν, κοινωνία, εἰλικρινία, περισευειν, συγκατάθησις, παλιγγενεσία, μορφή, σχῆμα, σύνδεσμος, εἰκών, ἀνάμνησις, δημιουργός...

medida, mundo, Hades, potencia, actuar, fantasma, realmente, saber, verdaderamente, punto de tiempo, eviterno, sabio y prudente, sabio en pensamientos, sensato, esencia, apetencia, desconcertante, insensato, principio, razón, oportunidad, universal, conciencia, razón innata, ser alguien sabio y científico, conducir, sutileza, desbordar, convenientemente, racionalmente, forma, figura, vínculo, semejanza, imagen, recordatorio, demagogo... son, entre otras, palabras empleadas con mayor o menor frecuencia en los textos de los evangelios y epístolas del N.T. (la traducción que se ha dado aquí de ellas no posee más valor que el ilustrativo y sugerente para los no técnicos). Tales palabras no poseen una sola significación; son «acorde» de varios significados; son palabras con aureola pensamental, a diferencia de las palabras que pretenden y han conseguido con el correr de los siglos significado y tratamiento de mentes —poseer cada una un significado. La bisunivocidad de pensamiento y palabra —a cada palabra su idea, y una idea para cada palabra— procede, y se exige, a partir de Descartes. Para el griego clásico, y aun para el helenístico, cada palabra —de esas— posee pluralidad: plurivocidad; a una palabra, múltiples, aunque conexas y resonantes, varias significaciones que son su «acorde». Resonancia verbal-mental-sentimental con consonancia total típica.

Los escritores del N.T. modulan, exageran, diluyen tales palabras su nueva y bien poco clásica significación.

Notemos algunas: «con la medida con que midiereis seréis medidos» (Mateo, VII, 1-2; Marcos, IV, 24): frase atribuida a Jesús; digna, más bien, de un Protágoras judaizante; hacer poderes, señales, monstruosidades (por milagros δυνάμεις, σημεῖα, τέρατα), activar poderes (δυνάμεις ενεργεῖν); decir con palabras (εἰπεῖν λόγῳ), desear con deseo (ἐπιθυμίᾳ ἐπιθύμησα), vencer con temor; ver los pensamientos; hacer la verdad, dar testimonio de la verdad, nos parió en palabras de verdad, blasfemar del camino de la verdad, juzgar al mundo, salvar al mundo, dejar el mundo, entrar el pecado en el mundo, ser del mundo, salvarse en el nombre de...; permanecer en la luz, llamar a los no entes cual si fueran entes, desvirtuar los entes (τὰ ὄντα καταργήσῃ) en favor de los no entes; palabra de sabiduría, palabra de conocimiento, corromperse los pensamientos (νοήματα), hijos de la luz, fruto de la luz... Estas frases

elementales se sueldan en párrafos que debieron sonar cual verdadero lío o galimatías para los griegos de entonces. Suéldanse por fusión y dan una aleación —no, un compuesto, menos aún un todo puramente judío o límpidamente griego.

Intentemos —haciéndonos la violencia que sea menester— oír con oído filosófico griego unas muestras: «En principio (ἐν αρ-χῆ sin artículo) fue (¿era?) la palabra (ὁ λόγος); y la palabra fue (¿era?) junto (πρὸς) (al lado de, hacia, respecto de) al dios (con artículo); y dios (sin artículo) era (fue) la palabra. Ésta fue en principio junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por ella y fuera de ella no se hizo ni una. Lo que se engendró en la palabra era vida. Y la vida era la luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas y la tiniebla no la captó» (Juan, *Evangelio*, I, 1-6).

Para el griego, es verdadero galimatías, conceptual y verbal, sea dicho con perdón o sin él.

Tal vez no haya en griego palabra de mayor y mejor acorde que la de λόγος. «Acorde», no ambiguo o galimatías, sino de consonancia de significados; «acorde» equivalente al mejor y más rico de nuestros acordes musicales.

Pues bien: al insertarse o insertarlas inconscientemente en lenguaje hebreo (o arameo) traducidas al griego helenístico dan a los evangelios y epístolas un grado o tono de realidad, nuevo, perceptible y prestigioso, por propaganderil. El párrafo inicial del Evangelio de Juan: «En principio...», con sus tres veces repetida palabra λόγος, pretendía dar el tono, fijar la tonalidad, para todo el Evangelio: que sonara a griego, no a arameo —a lenguaje de Jesús.

O si queremos por benevolencia —para algunos ambigua y sospechosa— prescindir dė tal Introito, por añadido (¿por quién?), diríamos que el Evangelio comenzaba por la frase: «Un hombre hubo, enviado por Dios; su nombre: Juan...» (I, 6-7).

El mismo tono o tonalidad de «racional» (λόγος), palabra y concepto, pretendió dar —consciente o inconscientemente por el ambiente helenístico— Lucas, al prólogo de su Evangelio: «después de que muchos han emprendido poner orden, reponer orden (ἀνα-τάξασθαι) en la narración de los hechos que ante nosotros se han cumplido, tal cual nos los transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y se hicieron servidores de la palabra (λόγος), me pareció, aun a mí, que lo he seguido desde el comienzo en esto, escribirte, óptimo Teófilo, acerca de todo de manera rigurosa y por sus pasos, a fin de que, con pleno conocimiento, llegues a saber lo que hay de seguro en tales palabras» (I, 1-4).

Siervos de la palabra (τοῦ λόγου).

Seguridad en las palabras (λόγων).

Palabra (λόγος) resuena a palabra hablada, discurso, frase, narración, parábola. Así que algunas notas del acorde heleno o helenístico de λόγος resuenan aquí. Lucas está más a tono con lo helenístico que los demás evangelistas. Por ello pide rigor (ἀκριβῶς), orden seguido (καθ'εξῆς), conocimiento pleno (ἐπίγνωσις) que endereza a percibir (κατηχίθης) lo que tienen de seguro (ἀσφάλεια) tales palabras, frases, parábolas, discursos... Resuena aquí, persistentemente, la nota de cuenta-y-razón del acorde griego «λόγος», además de otras.

Una vez más: el Evangelio comienza como en Juan («Hubo en los días de Herodes...»).

El prestigio de κόσμος a ojos y mente de Juan se torna obsesivo en XVI, 17... hasta XVII, 26. Discurso puesto en boca de Jesús. Repetida la palabra κόσμος ¡14 veces!

Lucas inserta gran parte de las palabras helenísticas mencionadas aquí. Mas en los otros escritores, ni las de Juan ni las helenísticas de Lucas gozan ni de prestigio ni de historia suficiente para emplearlas o ponerlas en boca de Jesús.

El sentido conceptualmente vago —el único posible entonces— de conceptos empalabrados y de palabras enconceptuadas en lenguaje filogenético —anatómica y fisiológicamente condicionado— no se elevó a sentido definido, claro, distinto ni en *Símbolos* (de fe) ni en fórmulas y formularios de Concilios.

En el símbolo de Epifanio (+403) las palabras decisivas de οὐσία, ὁμοοῦσιον, ἑνότητα —la primera y tercera de ellas definidas previamente ya en filosofía griega, sobre todo en Aristóteles; la segunda perfilada ya en Plotino, Porfirio, Jámblico, mas utilizable, en uso anticlásico, para finalidades dogmáticas: Hijo (dios) consustancial (ὁμοοῦσιον) con el Padre (Dios): un solo Dios—, son y continuarán siendo vagas conceptualmente por los siglos. La alternativa *o* (ἤ), equivalente palabra ὑπόστασις ἤ οὐσία, delata tal vaguedad y peligrosa ambigüedad (cfr. *Enquiridion*, pp. 10-11).

Conceptualmente vaga y vagamente entendida —les bastaba— en la frase «*tribus subsistentiis consubstantialibus*» del Concilio Lateranense (649) (p. 121, *o.c.*). Y continúa la vaguedad en el Concilio Lateranense IV (pp. 12-15): «*una essentia, substantia seu natura simplex*» (*o.c.*, p. 199).

Vaguedades conceptuales que, en aquellos tiempos y mentes, eran más que suficientes para definir «dogmas», como enunciados definidos

definitiva y definitorialmente, imperialmente imponibles, condenar herejías, declarar herejes a personas, perseguirlas y condenarlas a muerte; y revestir tales procedimientos de fuerza «imperial» con ropaje sagrado de dogma. En todo caso se trata de una penetración de la filosofía griega en obras y mentalidad semítica.

Recordemos una vez más (1) que todo lenguaje natural —filogenético— no da sino para conceptos vagos que parecerán definidos, y aun perfectos, respecto de los de mentalidad anterior, tal vez vocal y verbalmente los mismos. Los del «animalmente racional, animalmente religioso, animalmente locuente, animalmente sentiente...» no pueden ser iguales ni en contenido ni en extensión, con los de «racionalmente animales, racionalmente locuentes, racionalmente religiosos», aunque sean «literalmente» iguales, «equisonantes».

El Dios (Elohim, Jehová) del A.T. es —está siendo por mayoría de actos, ratos y obras— «animalmente divino», animalmente religioso, animalmente mandón, animalmente sentiente... «La grasa es mía», «suavísimo olor de holocaustos», «Señor Dios de los ejércitos» —y ¡qué ejércitos, más bien de carniceros; y batallas, más bien carnicerías!

Rara y tarda vez: «odio vuestros sacrificios; me son asquerosas vuestras ceremonias»; actos, ratos, obras ya de racionalmente divino, racionalmente locuente, sentiente, agente ya.

(2) Toda traducción de un lenguaje natural a otro natural incluye e impone una dosis y grado de falsificación, aun en el caso en que el traductor o traductores, cual los LXX, no sean falsarios. Lo dicho o hablado en hebreo (arameo) al decirlo en griego (helenístico) (1) presupone el convencimiento —sincero, cándido— de que se puede decirlo sin alterar el sentido, significado, tonalidad sentimental del original; (2) presupone no menos sincera y cándidamente que se tiene derecho, y aun obligación —no precisamente jurídica, sino moral, religiosa tal vez— de traducirlo; (3) presupone que la traducción puede ser comprobada; podría serlo o haberlo sido por el original (persona); (4) que no hace falta conservar, con esmeradísimo cuidado, el original (escrito) y se la da por aprobada por el original (persona) o según el original (escrito, transcrito, en hebreo); ni obsta el que el original (persona) haya desaparecido de este mundo; (5) presupone y se da por supuesta, la autorización de traducir —de arameo, vgr., a griego helenístico—; (6) presupone que la pérdida —irremisible por causas naturales— del original (escrito), resultando por ello imposible el cotejo, en nada afecta a la verdad —contenido y extensión— del original. Y así, por los siglos de los siglos.

Mejor: «durante esta generación», «vosotros veréis al Hijo de Hombre venir sobre las nubes del cielo». Vuelta del Original en plazo breve.

El hecho es que del original (arameo) se han conservado en arameo en la traducción griega del primer siglo un par de sentencias. La famosa, cruz de los intérpretes, de «Dios mío, dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Y esto sólo en Mateo y Marcos. No, en Lucas y Juan. Y esotra, de delicada sencillez: «Levántate, doncella», «levántate, paloma», al resucitarla o curarla Jesús. Y aun tales frases han de ser traducidas al griego, cual si ya no las entendiera nadie o casi nadie en arameo —al cabo de, tal vez, medio siglo.

El Evangelio de Mateo en arameo, perdido; de él se conservan frases y referencias (cfr. *Los evangelios apócrifos*, ed. B.A.C., pp. 29-47; 1979).

Sin incurrir ni en irreverencia a Persona ni con insulto a traductores por falta de conciencia lingüística verbal y mental, podemos decir: Jesús, jamás habló palabra ni en griego ni en latín. Y eso que los estaba oyendo constantemente. Los discursos que le atribuye Juan son indecibles, impensables en arameo.

En cuanto a los traductores al griego, no cayeron en cuenta —cándida, sinceramente— de que insertaban, inoculaban palabras y frases griegas ni decibles ni inteligibles, ni sentibles en arameo. Con la clásica comparación, refrán arameo: «retazos de tela nueva en manto viejo» —que rasgan aún más el manto arameo «viejo». Los retazos «arameos» insertos en manto griego, lo rasgan aún más de lo que está el arameo por los retazos nuevos de las palabras griegas de origen y fuerza helenística, y aun de filosofía griega, algún tanto aguachinada ya por el helenismo.

Lo griego helenístico —por unos siglos, tal vez hasta el XI— y lo griego clásico —Aristóteles, Platón, a partir del XII, sea dicho sin pedanterías históricas— actuarán de fermento conceptual-verbal que darán, por resultado, la *Summa theologica* de Tomás de Aquino. La racionalización griega de evangelios y epístolas, el racionalismo teológico (teo-lógico, θεός λογικός): Dios racionalmente ente, racionalmente potente, racionalmente trino, racionalmente padre, racionalmente hijo, racionalmente eterno, racionalmente juez, racionalmente providente, racionalmente creador, racionalmente viviente...

En vez, además, del tipo y estado de Dios «animalmente divino» (A.T.), Dios «racionalmente divino» (N.T.).

(7.2)

Nota. A fin de no tener que referirnos, en lo siguiente, a una persona concreta, histórica, se designará, de ordinario, el tipo o paradigma de «hombre deificado» (*HD*) en forma funcional actual: *HD(X)* en que *X* hace de variable o incógnita a rellenar por una persona concreta, histórica —localizada en espacio y tiempo fechados, y denominada con nombre propio.

Mas por vía de contraste se comenzará por referirnos a una persona concreta, histórica, *nominatim* —del año 1 al 33 de nuestra era: Jesús de Nazaret. De modo que la variable o incógnita *X* se la rellena aquí con Χριστός: *Cristo.*

Sea pues, (7.2)

Dios, racionalmente divino, enhumanado en Jesús de Nazaret —hombre racionalmente humano

«Racionalmente», es decir: con la filosofía griega en su forma más sistemática, fina y persuasiva que es la de Aristóteles. Omitiendo por no entrar en el marco de esta obra las infiltraciones de ella en la teología de Tomás de Aquino, trataremos de demostrar cómo tal filosofía —entendida a la manera posible a un creyente, en cuanto tal: el de *fides quærens intellectum* y de *intellecto quærens fidem*— racionalizó a la teología.

Tomemos cual material a reformar, a fermentar, el paradigma de HM^{o}_{o} y M^{e}_{o}; y presenciemos cómo la filosofía, en especial la aristotélica —o filosofía primera, πρώτη φιλοσοφία— racionaliza las fases de HM^{o}_{o}, HM^{e}_{o}; cómo transforma en teofanía teológica el paradigma: en aparición (φανία, φῶς) en un hombre, determinado, concreto, *nominatim.* En un dios (θεός) racional (λόγος). No, en dios animalmente racional casi siempre en actos, ratos, obras, cual el del A.T.; ni en dios «racionalmente animal» en pensamientos, palabras y obras espirituales, como en el N.T., sino en un dios-hombre perfectamente racional, como se creía poder y deber concebirlo con la filosofía aristotélica, tenida —inconscientemente, mas efectivamente— cual la única filosofía posible y por tanto la única real, para todos: Dios, dios-hombre, hombre y cosas.

Racionalización de la fase de preexistencia. (1) Presupone que dios existe, o que hay algo así cual dios, desde siempre y anterior a toda creatura; y presupuesto que el tal existe, y los atributos que lo rellenan, ha sido *racionalmente* demostrado —además de creído— por

una fe que, además de buscar entendimiento, ha conseguido que entendimiento busque fe, y ambas fe y entendimiento se fundan y confundan en uno —fe filosofante y filosofía creyente, fiel a la fe y fiada y confiada a la fe, y al revés complementario—; (2) se presupone que hay en dios tres personas: presupuesto de fe, propuesto a razón, a filosofía, cual misterio, racionalizable por ser tal y por deber mantenerlo cual misterio; (3) se presupone que una sola persona, el Verbo, se encarnó, se enhumanó; presupuesto en cuya virtud el dios-hombre (Jesús) preexistió a su encarnación, acontecimiento temporal y local.

Pues bien: el presupuesto (1) es racional y ha sido racionalizado en las llamadas «Cinco vías» (*Summa theologica*, P. I, q. II, art. 2, 3), empleando las categorías de potencia-acto, paso de potencia a acto, causa-efecto, causa primera y efecto último, posible y contingente, necesario; jerarquía de bueno, verdadero y máximo en tales órdenes: fin primero, universal y ordenante todo.

El presupuesto (2): que hay en Dios personas y que son tres, no se lo demuestra «racionalmente»; se lo cree porque «lo que es propiamente de fe no hay que intentar probarlo, a no ser por autoridades que lo sean para quienes las aceptan. Respecto de los demás basta con defender que no es imposible lo que sostiene la fe» (*S.Th.*, P. I, q. XXXII, art. 1).

Pero hay grados de racionalidad: (1) *definitoria*, a saber: empleo de categorías (conceptos, predicados) filosóficas para definir *qué es* y *que es*; (2) empleo de fórmulas y procedimientos *deductivos* para demostrar *qué es* y *que es*.

Que Dios existe o que hay algo así cual Dios en el universo del ser, admite —admitiría— *demostración* racional.

Empero que hay en Dios tres personas admite la primera racionalización. *Define* qué se entiende por persona, por generación de una por otra u otras; concepto de relación, de relación subsistente, el de individuo, subsistencia, esencia, distinción entre relaciones. Todo ello tomando de prestado las categorías de la filosofía aristotélica, mas lo tomado de prestado lo reforma según lo que conviene a la fe. Pero no se pasa de definir —el gran procedimiento aristotélico. Así lo son, y se lo son, todos los axiomas de cualquier ciencia.

Mas lo grave de admitir para la fe ese primer grado de racionalidad se reconcentra: (1) en que lo de definir se hace por conceptos aristotélicos, cual si fueran los únicos posibles racionalmente; (2) en que tales conceptos hacen de lengua y pensamiento de la fe que, sin ellos, por ser los únicos posibles racionalmente, la fe fuera muda de palabra

y ciega de mente; (3) creer que tales conceptos hablan de dios y por ellos se entiende lo de dios —tres personas— desvirtúa el valor de tales conceptos. Creer en una definición es desvirtuar la definición; como creer que «dos es par» desvirtúa al dos.

Admitamos, pues, como simple hecho —indefinible, indemostrable— el que el Verbo se hizo carne en Jesús de Nazaret, y que el Verbo, por divino, preexiste a su encarnación. Queda con ello racionalizada la fase primera de *M$^{o}_{o}$, M$^{e}_{o}$*. Y decorosamente vestida ante la mente griega y por tanto cual la única posible ante toda filosofía.

Dios racionalizado, persona divina racionalizada; una de ellas, la encarnada, racionalizada (cfr. *S.Th.*, P. III, q. III, art. 1-8).

Ya no es posible o justo, decir con Pablo: que todo ello —lo definido y tan básico— es «estulticia para griegos».

Racionalización de la fase de anunciación (*S.Th.*, P. III, q. XXV, art. 1-7). En la q. XXV art. 1, 2, 3, 4 trata Tomás de la Anunciación. «Que fuera conveniente, por parte de dios, que se le anunciara a la B.V. que iba a concebir a Cristo» lo confirma Tomás con 4 razones; que la anunciación debía hacerse por un ángel, por 3; que el ángel anunciante debiera aparecerse a la Virgen en forma corporal, por 3; que tal modo de anunciación es perfecta en su orden, por 3. En total 13 razones; no reveladas ellas, sino tomadas de filosofía natural y moral, y adaptadas al caso. Comparadas con las formas de anunciación de Zoroastro y de Mahoma, la racionalidad griega resalta en Tomás. Y la adaptación al caso no afecta a la demostración final, pues procede de universal a particular. Pero rebaja lo sobrenatural —Verbo— a nivel de secuela natural. Y ello rebaja sus secuelas, o dogmas, a tal nivel.

En las q. XXXI a XXXVI trata T. de A. de lo referente a *concepción* y *nacimiento* de Cristo. Hay razones de conveniencia, cual la de que C. tomara carne de materia derivada de la de Adam, que fuera carne directamente de Adam, y de David, por 3 razones; que era conveniente, según orden, el que se detallara su genealogía, aunque el hijo de Dios pudiera tomar carne de cualquier materia que quisiera, fue decoroso que la tomara de mujer, por 3 razones; que el Espíritu Santo fuera el principio activo de la concepción; que la V. fuera tan sólo principio pasivo, proporcionando la materia para tal concepción; la doble naturaleza de Cristo, la eterna y la temporal; las manifestaciones de su nacimiento y temas afines y complementarios, racionalizados aquí según conceptos en tono de «debió» (*debuit*), *M$^{o}_{o}$, M$^{e}_{o}$*.

El tono menor demostrativo, el de «debió» (congruente, decoroso) casi de deber (de alta moral), menor respecto de todo lo que tenga

que ser necesariamente racional, de «tener que», proviene de que una premisa es singular: «El Verbo (éste) de Dios tomó *esta* carne de *esta* mujer y de *estos* progenitores y por actividad de *este* Espíritu Santo y resultó *este* niño». La otra premisa son razones generales de congruencia, decoro, conveniencia..., a veces estéticas, cfr. Zoroastro, aplicables a otros casos pasados o futuros.

En total: lo de «razonable» de ellas no llega a racional, por intervención de lo sobrenatural singular.

Una vez más: no sólo la fe —el creer que...— desvirtúa la fuerza de todo racionamiento, sino la mera «conveniencia creída», la sumisión a fe, desvirtúa lo racional.

De los milagros (M^e_o) de la infancia (*I*) de Jesús —desde el año 1 al 10, pongamos— se ha tratado aquí. De ellos no trata T. de A., pues ya en su tiempo no eran canónicos; ni hace a ellos la menor alusión.

Mas a los milagros de Cristo en su *vida pública,* dedica las qq. XLIII, XLIV. Advirtamos el grado de «racionalidad» (griega) de las demostraciones de temas concernientes a milagros. Fue conveniente el que Cristo hiciera milagros en la tierra, por dos razones; que los milagros que hizo los hizo por virtud divina; que ellos muestran suficientemente su divinidad, por tres razones.

Los milagros de la *V.p.* atribuidos a Moisés, Pitágoras, Zoroastro, Empédocles y Apolonio, siendo éstos anteriores a Cristo, fuera de Apolonio, ni los hicieron ellos para demostrar a otros —espectadores, simples circunstantes, testigos ocasionales— que ellos: Moisés... Apolonio eran «dioses», o divinos en acto; ni los demás espectadores... los tomaron por suficientes pruebas de divinidad, cual obras exclusivas de dios o de dioses. Los hacían simplemente y se los recibía también sencillamente porque tal era la atmósfera natural del universo: la de M^o_o, M^e_o. La milagrería como régimen vigente. De tal atmósfera no tenían conciencia explícita, y menos aún verbalmente expresada, ni los taumaturgos ni los milagreados. La vivían física y mentalmente.

El grado de racionalidad (griega) —no había otra por entonces— crecía, insensiblemente, desde 800 (a.C.) —Homero, Hesíodo (teogonía)— hasta 500 (a.C.); de 500 a.C., a 1300; aumentaba sensiblemente en Anaxágoras, Jenófanes, Heráclito, Parménides, Platón, Aristóteles; y desde 300 a.C. a 1 C. se difunde por el universo conocido (οἰκουμένη), más como prestigio que como exigencia de racionalidad. Ni Platón ni Aristóteles se ocupan en justificar racionalmente los milagros de los dioses o de los mortales (Pitágoras, Empédocles...). Los mayores de ellos o de otros eran para ellos τέρατα —monstruosidades naturales,

poco frecuentes; casos maravillosos, de admirar. Se proponían Platón y Aristóteles definir *qué es* «natural» (de natural según ella, φύσει) y según tal definición cada vez más perfecta —explícita, conceptual y verbalmente, normativa— determinar qué cosas son naturales. Y si hay cosas naturales. «Hay, y muchas», dice Aristóteles al comienzo mismo de los *Libros físicos* (B, 192 b, 193).

La necesidad de racionalizar los milagros, ante todo los de Cristo, se sentirá como imperativo e ineludible en el s. XIII, frente a paganos (surgientes o resurgientes) y ante musulmanes (averroísmo latino): *Summa contra gentiles* y *Summa theologica ad tyrones* —para creyentes, de «incipientes» exigencias racionales.

Que los milagros atribuidos a Cristo eran propiamente milagros y que demostraban su divinidad —que era Dios en persona: el Verbo.

Consideremos unos artículos de la q. XLIII.

La especie, o peculiaridad propia (*species*) de los llamados milagros de Cristo consiste en que «transcienden todo poder de la potencia creada» («*transcendunt omnem potentiam creaturæ naturalis*»). *Luego* sólo pueden hacerse por potencia divina (art. IV). Tales eran los milagros de Cristo. No los de otros. «*Miracula quæ Christus fecit etiam ab aliis sunt facta*», refuerza Tomás en la 1.ª objeción; «*objectio gentium*».

Definición de milagro por «transcender toda potencia creada». Definición híbrida de filosofía y teología, de razón y fe; lo de creatura es contenido de fe, invento de fe. No, de razón (λόγος) griega. Dividir potencia en creada (natural) y transcendente es otro invento conceptual de fe (cristiana). La universalización «*toda* potencia creada» es audacia conceptual de fe y de creyentes. No es ni inducción ni deducción, ni axioma natural, racional. Mas es «razonable», digno de fe y para creyentes en omnipotencia personal de Dios —de el Verbo.

Un caso más de desvirtuar la fe una definición y una demostración racional. La segunda razón: los milagros de Cristo éranlo no sólo por la especie o por definición, sino por «el modo de hacerlos»: por poder propio. No, rogando a Dios o dioses, cual otros los hicieron —profetas, jueces, caudillos, reyes... Moisés, Pitágoras, Zoroastro, Empédocles...

«Poder propio» de una persona divina (El Verbo) apersonada en un hombre con nombre propio, hasta legalizado por genealogía.

Si yo —vgr. ejemplarmente Descartes— *digo* que «dos y dos son cuatro», por no ser omnipotente la función intensiva «*digo yo*» no afecta a la verdad de «2 + 2 = 4». El simple decir (yo), un mortal de poten-

cia finita definitiva y demostrativa, se reduce a reconocer mi finitud de poder ante la presencia inafectable de «2 + 2 = 4».

A la función «decir», aun dicha por un yo, se le objetiva lo dicho y se le enajena. O sea: las pretensiones de un yo —que es la realidad pretensiosa por constitución: egoísta— de ser causa eficiente y final de todo, se quedan en intención, propósito, plan, sin realización. Más aún: por el fracaso se descubre como impotente. Doble: por serlo y por reconocerlo por y en el fracaso.

Mas a un yo, a una persona, omnipotente —cual lo es por definición la divina—, por ser Dios (yo) nada puede ni objetivársele ni enajenársele; nada puede ponerse a ser en sí y para sí; ser *en sí*, objetivarse; ser *para sí*, enajenarse. Nada le queda a un ente finito creado de reserva, de dominio propio: de en sí y para sí; que son la posesión (οὐσία) peculiar de todo ente en cuanto (ᾗ) tal.

Empero si un yo (una persona) es, en unidad, dios y hombre, *este* Dios y *este* hombre, por ser hombre tiene que dejar que otro ente (finito, definido en especie y determinado, por individuo: *este* ciego, *este* paralítico, *este* muerto...) sea en sí y para sí; se le objetive y enajene. Yo (Jesús) *digo* «levántate y anda», «ve», «Lázaro, sal», tiene que dejar que Lázaro resucitado se ponga en sí y para sí viviente, cual lo era antes de morir; y no puede continuar siendo, siéndose, como por milagro, sintiéndose resucitando y resucitado, que no son maneras de vivir, sino de morir a ser hombre. El milagro no se hace en favor del milagrero, sino en favor del milagreado, para que y de modo que el milagreado deje de sentirse y de ser «por milagro» y recobre la vida natural, como si nada le hubiese pasado.

Se llega a ser perfectamente sano, advertíalo ya Nietzsche, cuando un enfermo no sólo se siente sano, sino olvida de que estuvo enfermo, y hasta se le hace sinsentido la palabra «enfermedad».

Se llega a estar perfectamente curado —de enfermedad mortal o no— cuando y si el enfermo o muerto no sólo se siente curado y vivo, sino olvida de que estuvo enfermo y de que murió y hasta se le hacen un sinsentido vital las palabras de «enfermedad y muerte».

La vida, vivida, es la negación concreta —original, positiva, vivida por vivida o por reconocida— de toda causa; llegada la hora de la verdad se vive por sí y para sí; la vida, vivida, es esencial y necesariamente desagradecida para con las sus pretendidas causas. Éstas no pasan de ser pretextos, condiciones, ocasión de que uno *se* cure, *se* reviva, *se* sacie (su hambre), *se* sienta vidente, *se* posesione de sí (no del demonio...).

Ahora bien: sentirse ser y no poder ser sino pretexto, ocasión, oportunidad de efectos no conviene a Dios omnipotente, causa primera y causa necesaria y suficiente de todos y de todo lo de todos.

Concebir a un Dios omnipotente causalmente y si fuera él, a la una, y en uno, Gran Señor, pretendería, pondría los medios y conseguiría que todo ente se pusiera a ser en sí y para sí lo que es, tánto tánto y tan bien que olvidara en su ser mismo el ser creatura y hasta olvidara el sentido de esas palabras «creado, Creador» —que eso de creatura es enfermedad de todo ente, si es que el ser pudiera enfermarse de algo.

Jesús de Nazaret no podía hacer milagros, pues él mismo no era, no se vivía, cual milagro, sino como hombre en sí y para sí, cual ente realmente tal; él como hombre había olvidado, con olvido real, que era creatura de Dios, de sí en cuanto dios; y hasta se le haría sinsentido lo de haber sido creado y estar siendo mantenido en el ser por Dios. Sin tal olvido, preterición, no se viviría, no sería vivo. Sería marioneta, maniquí —robot, diríamos ahora— de Dios, de sí en cuanto dios.

Si Jesús de Nazaret, en cuanto dios (el Verbo) hacía milagros —por miles simultáneos, por miles sucesivos— los milagreados —definitivamente sanos, definitivamente ellos— olvidan el milagro en su ser: el que estén siendo reales por milagro, con olvido óntico y ontológico. Así que a ellos el milagro, (su) milagro, no les demostraba nada. Y menos aún, se lo demostraba a los demás, espectadores más o menos curiosos y admirados. Producía en ellos, a lo más, admiración, sorpresa, desconcierto, éxtasis, que nada *demuestran*.

La tercera razón que aduce Tomás de Aquino para demostrar que los milagros hechos por Cristo probaban suficientemente su divinidad, a saber «porque si no fuese verdadera esa afirmación suya de que él era Dios, no se la confirmaría con milagros hechos por virtud divina». Sólo siendo Dios puede confirmar con milagros que lo es. O solamente Dios puede hacer milagros; y sólo Él puede confirmar ante los hombres —prescindamos de ante los ángeles— que es Dios por hacer milagros.

E imitando una vez más —y como otras, sin gracia ni ritmo— los versos de Machado:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve

diríamos:

El milagro por el que crees reser no es
milagro porque tú te sientas reser;
es milagro porque te lo hace olvidar tu ser.

En la respuesta a la objeción tercera, T. de A. pone en forma deductiva el argumento: «hacer milagros por virtud propia es propiedad sólo de Dios; *luego* queda suficientemente probado que Cristo es dios por cualquier milagro hecho por virtud propia. Por cualquiera, con que sea por uno especial. Basta con uno característico para que quede demostrado que puede hacerlos todos; que es omnipotente». Paso de uno típico a todos. Inducción de estilo y alcance universal, divino. Recordemos la función épsilon de la lógica moderna:

Si Matusalem murió, *luego* todos moriremos.
Si Aquiles no puede alcanzar a la tortuga, *luego* nadie podrá.
Si esto lo sabe el más tonto de la clase, *luego* lo sabemos todos.
Si Cristo no resucitó, *luego* nadie de nosotros resucitará.
Si Cristo resucitó, *luego* todos nosotros resucitaremos (Pablo de Tarso).

Lo que se ha de demostrar en este punto es que *hay* (existe) tal individuo o caso típico, único en un orden; y que tal caso único es *quién.*

Si convenimos en que resucitar a un muerto *realmente* —no, declarado o dado por tal según normas biológicas, jurídicas, filosóficas, teológicas— es el caso típico de milagro, y el único típico, en tal caso y según una ley de lógica aristotélica formulada por el método logístico, mas ejercitada por instinto lógico o por lógica transformada en instinto, se concluirá: «luego quien lo hace puede hacer toda clase de milagros». El número no cuenta; pero cuantos más, mejor.

En la segunda objeción T. de A. cita la sentencia de Juan el Evangelista «En verdad, en verdad ('Αμήν, 'Αμην) os digo: quien crea en mí hará las obras que yo hago, y aún mayores que ellas, porque yo me voy ya al Padre» (*Ev.*, XIV, 12-13). 'Αμήν, palabra hebrea que significa, cual acorde verbal-mental, «en verdad, seguro, fiel». «Os aseguro, os aseguro que, en verdad, en verdad, os digo que»; «Es de fiar lo que os digo...».

Vale la pena, a lo largo de unas líneas, leer y meditar los comentarios de Agustín a este texto: «Quien cree en mí, las obras que yo hago las hará él mismo. Primero: las hago yo, después las hará él mismo, porque yo hago que las haga. ¿Qué obras?, ¿no otra, sino la de que el impío se haga justo?, obra que, por cierto, se hace en él; mas no sin él

la hace Cristo. De ésta diría que es absolutamente mayor que crear cielos y tierra» (*Tract.*, 72).

Y la razón es «porque me voy al Padre». Y continúa ido. Nos dejó, o los dejó, a su y a nuestro sino y destino.

Y ¿no serán milagro mayor que crear cielos y tierra lo de hacer de ignorante, sabio; de bravucón, jurista; de calculador, matemático; de gritón, músico; de tirano, rey; de pedestre, aviador? ¿Hacer de Johann Sebastian Bach, BACH; de Ludwig van Beethoven, BEETHOVEN; de Juan de Yépes, JUAN DE LA CRUZ?

¿Hará falta para todos estos milagros, mayores que crear cielos y tierra, creer en Cristo?

Cerremos este punto diciendo: para un tratamiento racional del tema falta determinar ese milagro privilegiado dentro del ámbito de lo milagroso, que hace posible y lógicamente coherente concluir de *tal* milagro a todos los milagros; «quien lo haga puede hacer todos los demás» y si quien lo hace lo hace para mostrar que es Dios, *luego* es dios. En esta función lógica, válida, en lugar de *quién* puede ponerse Cristo y concluir que «Cristo es Dios». Ni Moisés, ni Pitágoras, Zoroastro, Empédocles pretendieron demostrar que eran dios (dioses) por hacer los milagros que se les atribuyen, ni concluir «de milagros» a divinidad de nadie, ni señalar un milagro como privilegiado.

Acerca de la fase del paradigma «muerte», la muerte de cada uno de los que consta murieron queda clasificada (M^o_o) a excepción de la de Cristo que fue a golpes de milagros (M^e_o). Los demás murieron de muerte natural, aunque misteriosa por las circunstancias. En Cristo fue sobrenatural, pues por ser Dios no podía morir; por ser hombre-dios, dios podía morir a serse hombre por separación de él, tan libremente como se unió a él: muerte «divina»; pero por ser, en unidad real, este hombre (Cristo), el hombre era matable, morible o por suicidio o por potencia externa —de hombres, demonios, enfermedades. Y en estos casos, por secuela moriría el dios-hombre. El hombre (*éste*) se moría a ser dios.

En el caso (real históricamente o no) de haber habido un hombre-dios, cabe la doble muerte, original; morirse este dios a ser este hombre; y morirse este hombre a ser este dios.

Los milagros externos circunstanciales que la acompañaron y escenificaban —eclipse solar, terremoto, rasgadura del velo del templo, apariciones de difuntos y aun resurrecciones de ellos— nada declaran de esa doble y complementaria muerte de un hombre-dios.

Las acciones externas de otros hombres que, por ley natural, son

causa suficiente de muerte, resultan impotentes frente a un hombre-dios que esté siendo dios; y solamente si dios se desencarnara de tal hombre adquirirían potencia de matar y hacer morir.

No basta con que *creyeran* los verdugos que era hombre-dios; precisamente si tal creyeron, supieron que era imposible matar a dios, encarnado realmente.

Si veían, complementariamente, que se moría el hombre, la única conclusión a sacar era la de que dios lo había abandonado. La sacó Mateo; y por eso ha conservado o interpretado tal hecho con «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Si Cristo notaba en cuanto hombre que se moría y que había causas suficientes para morir —él y cualquier otro hombre—, la conclusión era, no fue otra, sino exclamar «Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?».

Los griegos clásicos reconocieron ya que los dioses podían ser heridos —con heridas que en un simple mortal serían mortales—, y lo fueron muchos de ellos por meterse, por entrometerse, en la guerra de Troya. Mas no podían morir. Un Dios no puede morir: dejar de ser; así que no puede ni suicidarse.

Tomás de Aquino, en la q. XLVII, art. 1, se pregunta: «*Utrum Christus fuerit ab alio occisus an a seipso*». Y concluye: «Cristo fue matado por sus perseguidores; mas no se mató él a sí mismo; fue, con todo, causa de su muerte por no impedirla, pudiéndolo hacer».

Tal es el máximo de racionalidad aceptable para «colorear» —dicho en palabra de Escoto— lo de que un hombre-dios puede morir, y murió.

«Racionalmente» habría que decir —*sit venia verbo*— que un hombre-dios no puede en cuanto hombre real, morir de muerte humana, si no es íntegramente abandonado por Dios, por acto y reversión de dios a serse en sí mismo consigo mismo, pues es Dios y es el único Dios verdadero.

Y si no lo abandona Dios, es decir, no se abandona él a sí mismo, lo de morir no puede pasar de «apariencial», de «docetismo»; y, por tanto, la resurrección no pasará de aparente.

No se puede ser dios sino a ratos sueltos, a actos discontinuos, en obras especiales delimitadas; y por tanto no se puede ser hombre-dios sino a actos, a ratos, en obras sueltas. Y si esto es así, morir realmente un hombre-dios, a dios, es posible, y ha de verificarse de cuando en cuando. Si no, tórnase todo en pasmo de pasmado.

Una de las fases del paradigma es la de *resurrección*. Consta

documentalmente de la de Moisés, Pitágoras, Zoroastro, hombres del tipo *Mº* —milagrosos. De la de Cristo trata T. de A. en q. LIII, LVI.

«Fue necesario el que Cristo resucitara de los muertos no sólo para recomendar la justicia divina, para instruir nuestra fe, para levantar nuestra esperanza, sino además para informar la vida de los fieles y consumar nuestra salvación» (*ibíd.*, art. 1).

Y que sea necesario se prueba por cinco razones, una para cada frase. Justificaciones de los cinco «*para*», o finalidades.

Mas respecto de la causa eficiente, formal y material de sí en cuanto resucitado, nada dice T. de A. Aunque sí trata de los efectos que la resurrección de Cristo aporta. Es causa de nuestra resurrección en cuerpo y alma (LVI, art. 1, 2).

Cristo resucitó en doble sentido, activo y pasivo. Se resucitó (a sí mismo) y se despertó; se resucitó consciente de revivirse en cuerpo y alma. La palabra ἠγέρθη empleada por Mateo, Marcos, Lucas (no por Juan) indica «se resucitó», «se apercibió de ello», «se despertó a estar redivivo».

«Resurrección es reparación de la muerte, para vivir. Mas de dos maneras a uno se lo arrebata de la muerte; pero no sólo en acto de la muerte, a saber que alguno comience a vivir de un modo u otro, después de haber estado muerto. Otro modo: que a alguien se lo libere no sólo de la muerte, sino de la necesidad, y lo que es más, de la posibilidad de morir. Tal es la verdadera y perfecta resurrección» (q. LIII, art. 3).

Sutil y sentidamente dice T. de A.: «que a los resucitados que aún pueden morir les resultaría mayor tormento si hubieran de morir una vez más, mayor que si no resucitaran» (*ibíd.*, ad. 2).

Oigamos antes de proceder a más sutiles y decisivas consideraciones a dos poetas quienes, mejor que tantos teólogos, supieron decir lo que Cristo-dios-hombre experimentó, habría de haber experimentado al emprender resucitar a Lázaro, y cómo Lázaro hubo de sentirse de muerto y cómo de resucitado.

Para así declarar qué es, qué se está siendo, realmente muerto; y qué es, qué se siente de resucitado, y sobre todo qué siente, qué ha de sentir, el milagrero del milagro «resucitar».

De no intentar, atentando contra teología, imaginar y conceptuar y decir qué experiencias han de hacer realmente posible y sentible un *quién* que resucite (activamente) y un *quién* que se sienta resucitado después de haberse sentido muerto, todo lo demás son palabras que el viento se lleva, vacías de sentido somático, psíquico, psicológico y

óntico. Novela: *theology fiction,* ficciones teológicas, *avant la lettre* —de la frase actual «*science fiction*».

Lo que acerca de estos temas: muerte y sentirse muerto, resucitado y sentirse resucitado, pudieron decir y dijeron poetas: Rilke y Jorge Guillén, no lo dijeron ni Lázaro ni los Evangelistas ni Jesús.

Oigámoslo, pues, a los poetas. A *Rilke:*

RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Así que no la hizo para quienes a gritos la pedían
porque de signos necesitaban.
Soñaba con todo en que a Marta y María tenía que bastarles con ver
ellas que Él *podía.*
Mas nadie lo creía.
Todos decían: «Señor, ¿a qué vienes *ahora?*».
Y en la tranquila naturaleza se puso a hacer lo no permitido.
Airado.
Los ojos entrecerrados preguntó por el sepulcro.
Padecía.
Se lo pareció así a ellos. Lágrimas le fluían.
Y ellos, de curiosidad llenos se apretujaban.
Mientras aún andaba, hacíasele monstruoso
tan arriesgado y horrendo atentado.
Mas, de repente, alto fuego explotó en Él.
Contradicción contra todas sus distinciones:
las de su estar muertos, las de su estar vivos.
Sintió la enemiga en cada uno de sus miembros
cuando, ronco, mandó: «¡Quitad la piedra!».
Una voz gritó: «¡Que hiede ya!»
(eran cuatro días de sepultado).
Mas Él
rígido, tenso, íntegramente poseso por aquella señal
que en Él ascendía y, aunque pesada, la mano levantaba
(jamás mano alguna se levantó más lentamente y más que esta mano)
hasta que se detuvo, brillando en el aire.
Y allí, arriba, se le recogió en garra,
pues instantáneamente le asustó el que todos los muertos
por la reaspirada fosa revertir pudieran.
Algo larval de su posición plana se evadía.
No obstante solamente uno se presentó, pasó, torcido a la luz del día.
Y cualquiera vio: una vida imprecisa, vaga,
fue lo que el Uno recuperó en el trueque.

(Las dos palabras subrayadas lo son por Rilke.)

Oigámoslo a Jorge Guillén:

El difunto afirmándose principia
Por descubrir carencia. ¡Soledad!
Hacia dentro del alma inhabitante!
Inhabitante ahora —si es «ahora»—.
De su propio reducto, yerra, busca
Sin límite ni signo, sin oriente.
[...]
Por aquella región desmemoriada.
¿Qué le importa a Lázaro la Tierra,
Los hombres?
[...]
Hombres ya no, potencias preparadas
A plenitud celeste.

[...] los pies remueven el polvo
De una carretera blanca
De caliza y tarde a plomo.
María llegando está
Con los viejos y los mozos
Y ese grupo de gemidos
Que fortalecen el fondo
De un duelo a punto de ser
Convertido en gran asombro.
Marta, María, las gentes
Lloran entre sus sollozos,
Y el Hijo del Hombre llora
Con un llanto silencioso.
—¡Cómo le amaba! —se dicen,
Conmovidos, todos prójimos.
—Ven, Señor, —murmura un viejo.
El Señor domina el corro
De la expectación y avanza
Lentamente hacia el ahogo
De aquella cueva en que dura
Lázaro el que fue, ya poco
Lázaro, forma sin alma,
Apenas forma en acoso.
El Hijo del Hombre pide
Que se destape aquel hosco
Recinto nauseabundo.
Cuatro días va en los hombros
De la tierra ese cadáver,
Rumbo a su final destrozo.

Y exclama el Hijo del Hombre,
Al cielo alzando los ojos:
—Gracias, Padre. Tú lo eres.
Gracias porque me has oído.
Y clamando hacia el sepulcro:
—Levántate. Ven tú mismo.
Entonces el sepultado
Sale de su propio horror,
Prieto de cabeza a pies
Entre blancuras, en pos
De la sagrada palabra
Que exige resurrección.
Palabra que eternamente
Lanzando está aquella Voz.
[...]
Lázaro está ya siendo el nuevo Lázaro
Después de su aventura.
Con modestia sonríe entre los suyos,
A quienes nada tiene que contar.
¿Supo? ¿Qué supo? ¿Sabe?
Lo sabe sin palabras,
Sin referencias a comunes términos
Humanos.
¿Preguntan? Nada dice.
[...]
Todo es diario con prodigio oculto.
Inquietud no suscita aquel viviente
Que estuvo en sepultura,
Ni él mismo se amanera
Porque él es quien ha vuelto
De la profundidad.
Lázaro, sin asombro perceptible,
Asume
Fatalmente un vivir
Donde Lázaro es Lázaro
Sobre días y días
Terrestres, fugitivos.
[...]
Soy — porque estoy.
Yo aquí soy
Yo, yo mismo: carne y hueso.
Nada perderé ¿verdad?
Cuando realice de nuevo

—¡Segunda vez! — el gran viaje,
Para mí ya de regreso,
A patria definitiva.

(Jorge Guillén, «Lugar de Lázaro», en *Clamor.*)

A Jesús de Nazaret: hombre-dios, hombre deificado —admitámoslo, creámoslo o no— le asalta la duda de si *podrá* cometer y acometer ese atentado, horrendo, arriesgado contra la naturaleza, tranquila: el de resucitar lo que la naturaleza hace tranquilamente y viene haciendo, desde milenios: el morir y morirse todo viviente.

Tal duda es realísima y originalmente posible y vivible conscientemente por híbrido portentoso de dos naturalezas: divina y humana, unidas no directamente: vividas ni como dos ni como una, pues están unidas en un tercero que impide sean «dos» y que impide que sean «una». Son, pues, «dos» a ratos, a actos, en obras sueltas. Son «una», también a ratos, a actos, en obras.

Realidad ni escindida ni unificada.

Conciencia ni escindida en *dos* conscientes ni unificada en *un* consciente. ¿Qué es ser así y cómo sentir así ese ni ( ) ni ( ), sino en forma, en trance de duda oscilante: de estar siendo hombre a ratos, a actos, en obras, mas tirante, tirado hacia *su* ser dios por la potencia vinculada con la posibilidad o subsistencia divina; y a su vez, a la una, sentirse, en su ser dios, tirante, tirado hacia *su* ser hombre?

Cuando al hombre-dios le salía, por la espontaneidad de toda naturaleza, lo de ser, portarse, como hombre, tenía que *creer* que era dios, con fe implícita, profunda. Mas cuando al hombre-dios le salía lo de ser dios, o se ponía por la espontaneidad de toda naturaleza y más aún en la divina, a ser dios, manifestarse y manifestar a otro que lo era o estaba siendo, tenía dios que *creer* que era hombre con fe implícita y profunda.

Dios era a ratos, a actos, en obras *divinamente* hombre; y el hombre era a ratos, a actos, en obras *humanamente* divino.

Una unión de dos naturalezas, aparte de fijar los grados y clases de unión estática, sin intermediarios, produce o *es* «pasmados».

Para que una resurrección o reviviscencia lo sea en realidad de verdad es preciso que, cual condición necesaria, se muera en realidad de verdad, o sea: del todo; muera, no el alma al cuerpo, sin morirse el alma; ni el cuerpo al alma sin morirse el cuerpo. Se desincorpore el alma, mas el cuerpo no se aniquile o muera del todo y de todo; se le des-alme el cuerpo, pero ella no se aniquile o muera del todo. Esa re-

serva: de que el alma del muerto perdure al acontecimiento de morirse o de morírsele el (su) cuerpo; y la reserva: de que el cuerpo del muerto perdure como cuerpo al morirse o morírsele él al (su) alma, anulan la realidad de la muerte y, por tanto, la realidad de resurrección o reviviscencia.

Si el alma, la humana —para continuar tratando de lo que somos constantemente— fuera, por esencia y sustancia, inmortal, inmorible, el miedo a morir fuera superficial temorcillo, superficial en una alma que es, sustancialmente, inmortal, pues lo es esencialmente. Si la esencia de algo inmortal no garantiza el sentirse inmortal, eso de esencia resulta palabra insignificante, y, *a priori*, impensable; e impensable su misma expresión o invención de tal palabra. Que no la inventarían o se inventó, en números y figuras o fórmulas lógicas y matemáticas y en su grado en cuerpos cristalizados —en diamantes.

El concepto y palabra de «inmortal», la realidad (ὄν) de inmortal, nos adviene e irrumpe por ser íntegramente mortales: por poder morir del todo y en todo.

Temblequera esencial e inevitable de nuestra realidad humana.

Cual los terremotos, siente nuestra realidad la temblequera de su ser en actos sueltos (pocos de ordinario), en ratos discontinuos (breves, de ordinario), en obras especiales (terremotos de tierra, guerras, accidentes de mar, de aire —ahora—, pestes y enfermedades).

«Sentirse uno morir», frase es con algún sentido; al sentirse amenazado en su ser total, sin distinción de cuerpo y alma, con reserva real en favor de alma, sería evidentemente una bendición real notar la distinción entre cuerpo y alma, y notar tal distinción precisamente a punto, oportunamente, al sentirse uno amenazado por accidentes de toda clase, como nos amenazan y asaltan durante el decurso vital.

«Sentirse muerto» es frase más absurda y más seipsirrefutante que la de «sentirse dormido».

Pues bien, y a lo siguiente se ordenaba lo anterior: Lázaro no pudo saber ni que estaba muerto ni sentir que estaba muerto. Si murió en firme, en total, murió, entre otras cosas morideras, al lenguaje: morirse a

«... palabras
con referencia a comunes términos
humanos...» —diré invirtiendo versos de Guillén.

«¿Supo? ¿Qué supo? ¿Sabe?» Preguntas sin sentido. La muerte real, en firme, en total, anula su pretencioso sentido gramatical y conceptual. Si Lázaro no supo ni pudo saber, ni sintió ni pudo sentirse muerto, ¿cómo va a entender y sentir lo de resucitado, revivido?

Por ello encajó, se insertó, se inmiscuyó tan naturalmente en la vida corriente, como le pasaba al despertarse del diario sueño.

Lo de muerto fue paréntesis vacío (   ). En realidad

$$V_1 -(\quad)- V_2, \qquad V_1 = V_2.$$

«La muerte es, tal vez, sueño sin ensueños» —había dicho ya Sócrates, puesto en trance judicial de morir.

La resurrección de Jesús, acépteselo cual dato —y empleémoslo cual modelo de tal acontecimiento vital— es del tipo esquemático, a declarar:

$$V_1 -(+)- V_2, \qquad V_1 \neq V_2.$$

De lo que le pasó, o le pudo pasar de muerto —vgr., descender a los infiernos, que también se cuenta de Pitágoras y de Moisés— es objeto de especulaciones teológicas; y T. de A. trae razonables argumentos para rellenar tal descenso de acciones verosímiles que no llegan a testimonios de fe, de dogmas, fuera de la creencia «descendió a los infiernos» (del Credo). O como dice Pablo: «descendió a las partes más bajas de la tierra» (*Ep. ad Ephesios*, IV, 9-10).

Mas la resurrección de Jesús no fue repetición tal cual de la vida anterior a su muerte, como la de Lázaro quien, por repetición, quedó expuesto a muerte de igual estilo que el de muerto por primera vez. Mas Cristo resucitó a vida nueva, nueva de estado de cuerpo y alma. Como dice Marcos «se apareció (ἐνεφανώθη) en otra forma (ἑτέρᾳ-μορφῇ)» (*Ev.*, XVI, 12). (MARCOS)

Y Lucas: «los apóstoles, espantados (ἔμφοβοι) creyeron, les pareció (ἐδόκουν), que veían (θεωρεῖν) un espíritu (πνεῦμα)»: un ente de aire, de soplo (XXIV, 38). Según Juan se les apareció «cerradas las puertas» (XX, 19).

Tenían, pues, que *creer* que era el mismo Jesús; y éste, por su parte, tenía que demostrarles que era el mismo. Pruebas que quedaban en pruebas: no aceptadas ni sometibles a prueba.

Pues bien: Jesús, dios-y-hombre, en cuanto hombre no podía sentir (ser) qué es estar muerto, pues era Dios; y en cuanto dios, no podía tampoco, y menos aún, sentir qué es morir y estar muerto.

No podía, real y propiamente, morir ni a medias (alma a cuerpo o cuerpo a alma) a Dios; y menos enteramente.

Dios no puede saber —de buen, real, verdaderamente, saber— qué es morir y qué es estar muerto.

Jesús no murió por nadie, en favor de nadie, sencillamente porque no murió; ni podía morir. Y lo mismo les pasara a Moisés, Pitágoras...

Otra cosa es «dar a uno por muerto» —que eso lo hacen médicos forenses—; y es acto o actos de grande y no confesada comodidad —física, mental, sentimental, religiosa, jurídica, social, económica...

En realidad de verdad, pues, eso de «muerte», «muerto», no es fase metida entre V_1 y V_2. No tiene sentido. Entre V_1 y V_2 no hay nada. V_1, V_2 son dos estados discontinuos, tanto que sea $V_1 = V_2$, como que sea $V_1 \neq V_2$. El primero «$V_1 = V_2$» es mera repetición; el segundo «$V_1 \neq V_2$» es novedad, original. Mas con una triple dificultad: (1) precisamente por ser distintos hay que probar la identidad, la mismidad ante los que lo conocieron de V_1; (2) V_2 tiene que dar él mismo pruebas especiales de ser el mismo, si quiere que lo reconozcan como mismo; (3) él mismo tiene que probarse a sí mismo que es el mismo: sentirse ser el mismo, al modo, más y mejor, como el joven se nota (se está siendo) haber sido el niño que fue; y el viejo se nota ser distinto del joven que fue...

Cambios de cuerpo y alma —y de conducta, vivencias, parenciales, aspectos...— reales, originales, nuevos, respecto niño-joven-adulto-viejo; mas continuos, empalmados, acreciéndose uno a costa de otro; y exponiéndose a dar paso, a dar realidad a otro posterior. En el caso —supuesto— de redivivo, de viviente no moridero, el V_2 no es continuación del V_1. Y los caracteres de V_2 resaltan, atentan contra los de V_1. El cambio de un cuerpo de su estado masivo al energético —cambio de cuerpo en radiación, según la fórmula y ley, repetida aquí, $E/c^2 = m$, $E = mc^2$— hácese por *explosión*. Por diversidad visible, palpable, registrable —y peligrosa.

Entre cuerpo masivo de Jesús (V_1) y cuerpo radiatorio (V_2) de él, entre cuerpo de cualquiera en estado masivo: el filogenético (V_1), y el radiatorio (V_2), hay salto mayor que de género a género.

La explosión puede destrozar el cuerpo masivo, por no tener el viviente una mismidad o identidad tan potentemente unitiva que convierta los «destrozos» en «partes» suyas.

Pero la continuación de este tema —más bien alusión a él— no encaja en la obra presente. Para su intención basta con recordar que T. de A. rellena de razones congruentes de ordinario, el paradigma de HM^{o}_{o} y M^{e}_{o}.

En el paradigma se menciona a continuación la característica de *ascensión* (*As*). Se atribuye a Moisés, Pitágoras, Zoroastro, Apolonio

y Jesús. Veamos, o leamos, cómo T. de A. rellena de racionalidad el dato, o hecho, de la ascensión de Jesús al cielo (q. LVII). Razones de decoro, *debuit* —de deber decoroso. De conveniente adecuación de vida mortal a lugar inmortal (los Cielos): «*per quandam decentiam*»; subir al cielo por virtud propia, primero, por virtud de potencia divina; segundo, por virtud del alma glorificada que mueve su cuerpo al arbitrio (*ibíd.*, art. III); y a la velocidad que Dios disponga (*ibíd.*, ad. 3). «Es decorosísimo el que se eleve sobre todos los cielos» (art. IV).

Acontecimiento razonable no llega a racional; y no llega a esto, no por falta de potencia racional para dar razón de todo, sino porque el hecho es de fe, creído y creíble, por dogma: «*Credo... ascendit in Cœlum*».

El paradigma señala como última característica del *HM*$^{o}_{o}$, *M*$^{e}_{o}$ la de *advenimiento* (*Ad*). Se la atribuyen los documentos, de diversos tipos y valores, a Moisés, Pitágoras, Zoroastro y Jesús. Volver a este mundo de manera más o menos privada y en favor de privados. O volver a este mundo después de una catástrofe, cual «la que no ha pasado desde la creación» (Marcos, XIII, 21 ss.). «Y volver el Hijo de Hombre en las nubes, con grandes poder y gloria para que todos lo vean» (*ibíd.*): todos los de «esta generación» (*ibíd.*, 30-31). Y parecidamente en los demás Evangelios. En el Credo se dice «*Venturus est cum gloria judicare vivos et mortuos*».

T. de A. trata del advenimiento de Cristo con ocasión, u oportunidad, de Juicio universal. «Así como fue decoroso el que Cristo tomara la forma de siervo a fin de solicitar al Padre en favor nuestro, así es conveniente que en el juicio final aparezca en toda su gloria a fin de demostrar a los hombres la justicia del Padre.» Y da doble juego de pruebas (*Supplementum*, 2, XC, art. II).

Con todo lo anterior queda racionalizado razonablemente el paradigma del hombre milagroso y milagrero. La lógica *mitológica* de él resulta —se pretende, intenta y atenta a— ser lógica *ontológica*. De forma verbal conceptual semítica (*forma servi*, sentida ya como indecorosa ante la mentalidad griega, *gentibus stultitiam*) pasa a ostentar forma verbal conceptual griega (aristotélica) que vale hasta para componer una *Summa contra gentiles* que conocían a Aristóteles, traducido del griego al árabe; y se propagaba con éxito hasta en la Universidad de París; «averroísmo latino» contra el que lucharon, ahí mismo, Tomás de Aquino con las mismas armas (al parecer) filosóficas y los averroístas, precediendo los traductores e intérpretes de Aristóteles.

Una de las reglas o axiomas, *metalógicos* diríamos ahora, que la escolástica señaló, en hexámetros latinos como norma o criba de silogismos verdaderos, fue la de «*peiorem sequitur semper conclussio partem*»: «la conclusión sigue siempre la parte peor» (de las premisas); si hay una negativa, la conclusión tiene que ser negativa; si hay una particular, la conclusión tiene que ser particular.

Es decir: negación y particularidad son algo peor que afirmación y universalidad. Prescindamos de discutir detenidamente este punto, por ajeno a la obra presente. Pero acepte el Lector la indicación sugerente: en una lógica de atmósfera reconfortante, sin que tenga que ser «optimista», la norma habría de ser:

«*Meliorem sequitur semper conclussio partem*»: la universalidad levanta, ensalza (*Auf-hebung*) particularidad a universalidad; negación, a afirmación. Ley de conclusión de dialéctica ascendente, en contraposición con lógica de dialéctica descendente —resabio de pesimismo o maniqueísmo lógico, de «pecado mental original», ¿tal vez reato de «pecado mortal religioso-moral-sexual»?

«Todo hombre es racional»

y

«Sócrates es hombre»,

luego «Sócrates es racional». El término medio «hombre» no hace nada; es mero y perfecto transmisor, transparente, de modo que hace inmediatamente visible a Sócrates como racional. Mas es él tan transparente que desaparece.

Una manera de término medio «ensalzante» daría, vgr., por conclusión:

«Todo hombre es racional»

y «Sócrates es hombre»,

luego «Sócrates es *humanamente* racional». El término medio, al actuar de medio lógico se transforma en adverbio que afecta intrínsecamente al predicado y, por ello, a Sócrates.

Conclusión dialéctica: de medios *agentes* de lo que se dice *son*. La función épsilon posee, e impone, conclusión dialéctica ascendente o descendente. Que «2 + 2 = 4» lo sabe hasta el más tonto de una clase de aritmética; *luego* lo saben todos los demás;

Que si Aquiles...

Que si Matusalem... (con ejemplos traídos de la p. 460).

Añadamos:

Newton demostró la ley de gravitación universal, *luego* queda demostrada para todos.

Yo soy yo, *luego* nadie pudo ser, puede ser y podrá ser yo.

$\sqrt{2}$ es irracional, *luego* ningún otro número racional, mayor o menor que él puede ser igual a él.

El individuo original en algo es cual catalizador. Donde lo hay se produce, o produce, universalidad —positiva o negativa.

Contraste con la regla «*peiorem...*» de carácter estático, maniqueo, del silogismo clásico.

El axioma medieval «*propter quod unun quodque tale, et illud magis*», pertenece a dialéctica ascendente o descendente: de todo, *a fortiori* y aun *a fortiorissime.* Si «1 es menor que 2», *luego* a fortiori es «1 menor que 2^{2^2}»; y *luego* a fortioríssime «1 es menor, infinitamente menor que el aleph cero».

Si el fuego de este mundo sublunar es caliente y luminoso, a fortioríssime «El Fuego» es caliente y calientísimo; es luminoso y luminosísimo. (Platón, paso de εἴδωλον a εἶδος: de πῦρ a Πῦρ; de tierra, a Tierra; de hombre, a Hombre.)

Si las bellezas de este mundo nos atraen, entusiasman, enamoran, *luego* a fortiori La Belleza (en sí, según sí misma, αὐτὸ καθ'αὐτό) es atrayente en superlativo, insuperable ya; es entusiasmante, con entusiasmo insuperable ya; y es enamorante, en superlativo, insuperable ya (Platón, *Banquete, Fedro*).

Casos de dialéctica ascendente.

Todo esto y lo a ello afín se encaminaba a poder afirmar sin demasiado escándalo:

(1) La razón es un catalizador negativo de la fe.

(2) La fe es un catalizador negativo de la razón.

(3) Si la fe es un... de la razón; *luego*, a fortiori, lo es de fe racionalizada; *luego*, a fortioríssime, lo es de la dogmatizada.

(4) Si la razón es un catalizador negativo de la fe; *luego*, a fortiori, lo es de la razón logifacta; *luego*, a fortioríssime, lo es de la razón axiomatizada.

(5) El régimen de gracia (perdón, indulto, dispensa, amnistía) desvirtúa toda ley jurídica; *luego*, a fortiori, desvirtúa toda moral; *luego*, a fortioríssime, desvirtúa, o es catalizador negativo de ley religiosa.

(6) El régimen de milagros es catalizador negativo de ley natural (φύσις); *luego*, a fortiori, lo es de ley natural matemática; *luego*, a fortioríssime, es catalizador negativo de ley matemática.

Grados o gradas *descendentes* de racionalidad

racional
razonable
conveniente
decoroso
digno

Los grados *ascendentes* de racionalidad serían, por tanto,

racional
razonable
conveniente
decoroso
digno

(7) La filosofía griega es catalizador negativo de la fe cristiana; *luego*, a fortiori, la filosofía cristiana es catalizador negativo de la fe católica; *luego*, a fortioríssime, la filosofía hegeliana es catalizador negativo de toda fe religiosa —católica o no.

(8) Creer en Dios, a pesar del régimen de milagros y de gracia y de filosofía griega, es mérito ante Él, pues es homenaje a su *magnificente transcendencia*; *luego*, a fortiori, no creer en Dios, precisamente por el régimen de milagros, de gracia y de filosofía cristiana no es demérito ante Él, pues es homenaje a su *Sabiduría*; *luego*, a fortioríssime, no creer en Él, justamente por ese régimen de milagros, gracias y filosofía hegeliana no es demérito ante Él, pues es homenaje a su *absoluta transcendencia*.

(9) La filosofía griega, haciendo de fermento racional de la fe cristiana produce crédulos; desvirtúa creyentes y creencias. La filosofía católica actuando de fermento de la fe católica produce incrédulos; desvirtúa creyentes y creencias dogmáticas. La filosofía hegeliana, haciendo de fermento de toda fe religiosa causa a-teos —respecto de todo dios y de Dios.

Todo esto se ha dicho en lo anterior de esta obra por modo implícito, de ordinario; aludido, a veces —disimulado, tendencioso, dirá algún Lector según su dosis de benevolencia o malevolencia hacia el Autor.

Mas en lo restante de la obra se lo profesará explícitamente, actuante, cruelmente tal vez, acatando así la consigna del «realismo integral e integérrimo», tono de esta obra.

Textos documentales acerca de las fases de racionalización de Evangelios y creencias.

(A) Escuchemos su expresión dada por el hijo de Dios: Jesús de Nazaret (Hombre deiforme):

Así oraréis vosotros:

Padre nuestro, el que estás en los cielos;
Santificado sea el tu nombre;
Venga a nos el tu reino;
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en los cielos;
El pan nuestro de cada día dánosle hoy;
Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;
No nos dejes caer en tentación; mas líbranos de todo mal.

(*Evangelio* según Mateo, 6, 9-14.)

Cuando vayas a orar, éntrate a tu cuarto; echa llave a la puerta y ora a Tu Padre.

(*Ibíd.*, 6, 6-8.)

Así, hacia los años treinta de nuestra Era.

Leamos cómo la vive y cómo habla de tal Oración Tomás de Aquino en el siglo XIII:

Hay que decir que la oración del Señor es perfectísima.

Puesto que oración es, de alguna manera, intérprete ante Dios de un deseo nuestro, al orar pedimos solamente de manera correcta lo que correctamente podemos desear. *Ahora bien*: en la oración del Señor no solamente se pide lo que correctamente podemos desear; sino, además, según el orden con que debemos desearlo. Y así esta oración no solamente nos enseña a pedir, sino reforma todo el orden de nuestros afectos.

Empero es evidente que el fin es, para nosotros, lo primero a desear; después, lo que lleva al fin.

Ahora bien: nuestro fin es Dios, hacia quien nuestros afectos tienden de dos maneras: una, por la que queremos la gloria de Dios; otra, por la que queremos gozar nosotros de su gloria. Lo primero pertenece al amor por el que amamos a Dios en sí mismo; lo segundo pertenece al amor por el que nosotros nos amamos en Dios.

Y así se pone cual primera petición: *Sea santificado el tu nombre*; y por ella pedimos la gloria de Dios. Se pone cual segunda: *Venga a nos el tu reino*, por la cual pedimos llegar nosotros a la gloria de su reino.

Ahora bien: a tal fin nos dirige algo de dos maneras: una *propia*; otra, *accidentalmente*. Propiamente, lo que es bueno por ser útil para tal fin. *Ahora bien*: algo resulta útil para el fin de la bienaventuranza, de dos maneras: una *directa* y *principal*, por la que merecemos la bienaventuranza obedeciendo a Dios; y respecto de esto se pone lo de *hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*. De otra manera: *instrumentalmente*, por ayudarnos a merecerla. Y a esto pertenece aquello de: *el pan nuestro cotidiano dánosle hoy*. Tanto que esto se entienda del pan sacramental, cuyo uso cotidiano aprovecha al hombre, y en ello entran los demás sacramentos, como que se lo entienda del pan corporal, y por pan se entienda todo lo suficiente para vivir.

Accidentalmente nos dirige a la bienaventuranza lo que quita un impedimento. Y son tres cosas las que nos impiden obtenerla: primero, el pecado que nos excluye directamente del reino; y a esto se refiere lo de *perdónanos nuestras deudas*. Segundo: la tentación que nos impide la observación de la voluntad divina; y a esto se refiere lo de *no nos dejes caer en tentación*; por lo que no pedimos a Dios el no ser tentados, sino el no ser vencidos por la tentación, lo que es caer en la tentación. Tercero: las penalidades presentes que impiden la suficiencia vital. Y respecto de esto se dice: *líbranos del mal*.

(*Summa theologica*, 2-2, q. LXXXIII, art. IX.)

Y respondiendo a la cuestión «si orar es propio de la creatura racional», dice Tomás de Aquino: «la oración es un acto de la *razón*. *Es así que* una creatura se llama racional por lo de razón. *Luego* orar es propio de la creatura racional» (*ibíd.*, art. X).

Una creatura racional *razona* la oración si, cuando ora, al decir «Padre nuestro el que estás en los cielos...», resuenan cual fondo todas esas razones de fin, medios; fin último, gloria de Dios; bienaventuranza humana; medios apropiados; medios accidentales; medios positivos, medios negativos o removientes de obstáculos. Y todo ello articulado con «puesto que... luego», «ahora bien, luego», «por lo cual...».

La contextura racional de filosofía primaria (aristotélica) ha calado y transformado la «oración» —nada menos que la oración que el hijo de Dios Padre nos enseñó para dirigirnos todos a Él— en «razón»: en oración razonada, racional y razonante.

Historia: de endiosamiento, por fondo; a razonamiento, por fondo.

(B)

Descendiendo [Jesús] del monte, acompañado de grandes muchedumbres, se le acercó un leproso; postróse ante él y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Y extendiendo [Jesús] la mano lo tocó, diciendo: «Quiero; queda limpio». E inmediatamente quedó limpio de la lepra.

(*Evangelio* según Mateo, 8, 1-4.)

Yendo hacia Cafarnaúm se le acercó un centurión y rogándole decía: «Señor, mi hijo está postrado en casa, paralítico y terriblemente atormentado». Dícele [Jesús]: «Voy yo mismo, y lo curaré». Respondiendo el centurión dijo: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa; basta con que digas una palabra y quedará sanado mi hijo». [...] Y dijo Jesús al centurión: «Vete, hágasete según has creído». Y en aquel momento quedó sanado el niño.

(*Ibíd.*, 8, 5-15.)

Y entrando Jesús en casa de Pedro, vio que su suegra estaba postrada y enfiebrada. Y tocóle la mano, y la dejó la fiebre. Y se levantó y les servía.

(*Ibíd.*, 14-16.)

Tal es la forma cristológica —real, espontánea— de relatar milagros.

La invasión de la filosofía primaria transustancia el relato de la siguiente manera:

Si los milagros hechos por Cristo muestran suficientemente su divinidad.

Respondo: ha de decirse que los milagros que hizo Cristo bastaban para manifestar su divinidad. Por tres motivos: primero, por razón de la especie misma de las obras, pues transcendían todo el poder de la virtud creada; y así no podían ser hechos sino por virtud divina. Segundo: por razón de la manera como los hizo: a saber, porque hacía milagros por poder propio; mas no, rogando, cual otros. Tercero: por esa misma doctrina por la que decía de sí ser Dios: doctrina que, si no fuera verdadera, no se la confirmara con milagros hechos por virtud divina.

(Tomás de Aquino, *Summa theologica*, P. III, q. XLIII, art. IV.)

La forma cristiana del relato de esos, y otros milagros, fue transustanciada en forma «lógica», según la lógica propia de filosofía primaria. Hay que señalar explícitamente, según ella:

Causa final de los milagros: demostrar la divinidad de Jesús, ante todo y, por ello, la verdad de su afirmación: «que él era Dios».

Causa eficiente de los milagros: la virtud divina; solamente ella es suficiente para tales obras y el modo de hacerlas.

Efecto de tales causas: los milagros. Y vale la inversa: un milagro es razón suficiente para demostrar que quien lo hace es Dios.

Si no es con este transfondo «racional» un milagro no es vivible ni inteligible ni creíble para un *teó-logo*. El «relato» evangélico carece de fundamento o fondo racional.

(C) La mitología griega era vivida, a ratos y en trance colectivo, dentro de atmósfera sentimental-vocal de endiosamiento y encantamiento colectivos —colectivo sido y creído cual real entre dioses-poetas-rapsodas-pueblo.

La forma *cristológica* la viven y la son, aún en el siglo IV, el obispo de Hipona, Agustín, y sus fieles de Cartago a quienes predica el sermón sobre la Ascensión del Señor, todos ellos en atmósfera común de endiosamiento por gracia: de hijos adoptivos de dios Padre, hermanos del mediador hijo-dios de Padre-Dios: Jesús.

Oigamos unas palabras de Agustín, del año 418:

> Cristo es Dios. Esto siempre. Nunca dejará de serlo, *porque* nunca comenzó a serlo. Màs si por gracia de Él comienza a ser algo que nunca dejó de ser, ¿cómo dejará de ser lo que nunca comenzó? ¿Qué es lo que comenzó y no dejará jamás de ser? Nuestra inmortalidad tendrá comienzo; no tendrá fin si tenemos ya lo que, cuando comencemos a tener, no perderemos. *Luego* Cristo es siempre Dios. ¿Y cuál Dios? Preguntas por «cuál». Igual al Padre. No quieras, *pues*, buscar calidad en eternidad, sino felicidad. Cuál Dios sea Cristo; compréndelo si puedes. Te lo digo, en serio; no te defraudaré. Preguntas por «cuál dios es Cristo». Óyelo de mí. Más aún: óyelo conmigo; oigámoslo a la vez, aprendámoslo a la vez todos. No *porque* yo hable y vosotros oigáis, no *por eso* no oigo yo con vosotros. Preguntas, pues —al oír esto de que Cristo es Dios— ¿cuál dios es Cristo? Oyelo conmigo: diré, no me oigas a mí, sino conmigo. Que en esta escuela todos somos condiscípulos. El cielo es la cátedra de nuestro maestro. Oye, pues, cuál dios sea Cristo. *En el principio era la Palabra.* ¿Dónde? *Y la Palabra estaba con Dios.* Mas todos los días solemos oír palabras. No quieras pensar, como sueles oír esas de

«Dios era Palabra»... Pregunto por cuál. *Porque*, en verdad, creo ya que es Dios; pregunto cuál dios es. *Buscad siempre su faz*. Nadie se canse de buscarla; sino progrese. Progresa quien busca, si es la piedad la que busca; no, si la vanidad. La Piedad busca creyendo; la vanidad, litigando. Si, pues, quieres litigar conmigo y me dices: «¿a qué dios adoras?, ¿a cuál dios adoras?, muéstrame lo que adoras», te responderé: «aunque es lo que te mostraré, no lo es para alguien». Ni yo mismo me atrevo a decir que haya comprehendido lo que buscas. *Porque* sigo, en lo que puedo, las huellas de aquel tan grande atleta de Cristo, a saber: Pablo apóstol, quien dice: *¡Hermanos!, yo mismo no juzgo que me haya comprendido a mí mismo. Yo, a mí mismo. «Yo»* —¿qué es, y qué es «a mí mismo»? Yo, *que he trabajado más que todos los otros.* Sé, Apóstol, en qué sentido dices lo de «*Yo*». Es una expresión; no, una exaltación. *Porque,* ¿quieres oír en qué sentido dice *Yo*? Al decir *trabajé más que todos los otros,* él mismo eliminó, eso de «Yo». *Más,* dice, *que todos los otros trabajó.* Y si nosotros le decimos a él «¿quién?»; él nos dirá: *No yo, sino la gracia de Dios conmigo... Así que* no quieras disputar; no quieras litigar exigiéndome eso de que a cuál dios adoro. Pues no es ídolo, y extiendo el dedo y te digo: éste es el dios a quien adoro.

(§ 8.º)

Paradigma de una creatura deificada por un Dios «acto puro»

Generalicemos la frase «hombre deificado» por (un) Dios racionalmente divino, transformándola en la de «creatura (*c*) deificada» por un Dios (Δ) «acto puro».

Simbólicamente $H\{D(X)\}$, en que *X* era Χριστός (Cristo);
ahora: $C\{\Delta(X)\}$, en que *X* recobra su carácter y extensión universal. Según el § 3.º, Dios puede encarnarse, enrealizarse en cualquiera creatura por vil que, a nuestro juicio, sea: cerdo, vaca... Así lo afirman teólogos tan ejemplarmente creyentes como santo Tomás de Aquino, san Gregorio Nacianceno, Padre de la Iglesia.

Este mundo —dirá el Autor, modulando a su tono la tantas veces aludida sentencia de Heráclito— fue desde siempre [$t = -\infty$, $(\pm t^2)$], es, está siendo, y será para siempre ($t = +\infty$) *divino*, endiosándose, deificándose a ratos, en actos, en obras; desendiosándose, desdeificándose, a ratos, en actos, en obras.

Redicho en fórmulas más próximas al tema: este mundo puede durar aún no solamente dos mil años más, sino doscientos mil y dos mil millones de años y aun bastante más; expandirse espacio-temporal-masivamente y recogerse espacio-temporal-masivamente en superátomo, supercondensado, superradiactivo, seipsiexplodiente —e inseipsirrecogiente— según ritmo, «métricamente», μέτρα, dijo Heráclito —sin poder él determinar la duración de tales oscilaciones.

La cosmogonía y cosmología actuales, desarrollando ideas germinalmente implicadas en la teoría de la relatividad generalizada, pueden señalar —sugerir, poner a prueba— la ley físico-matemática de ta-

les acontecimientos: su posibilidad y los límites de su realización (cfr. Apéndices G, H).

En lo siguiente, al tratar de Creación —de «acto puro»— hallará el Lector lo que de tales fórmulas cabe e interesa al tema de la presente obra (cfr. Apéndices A, B, C, D, E, F, G). Aquí se aventura el Autor a preguntar: dentro del lapso temporal: + 2.000, + 200.000, + 2.000.000.000 de años, ¿es realmente posible que surjan dentro de lo divino —de lo eterno, del mundo ($\pm t^2$)— creaturas deificadas por un Dios «acto puro»?

¿Con qué probabilidad?

¿Cómo reconocer la deificación de tales creaturas y la enrealización de tal Dios «acto puro»?

Que la realización de tal deificación de una creatura y que la enrealización de Dios en tal creatura sea imposible realmente (lógicamente), inconcebible ontológicamente, lo afirmarán sin más contemplaciones aquellos creyentes, inteligentes y locuentes, que estén convencidos, y creyeron y creen, que el mundo se acababa lo más tarde en el año cien. Entre 70 y 100 advenía la apocalipsis: la espectacular venida de Cristo en las nubes del cielo; precedida de la escatología del mundo, precedente a ella, y seguida de su renovación: Cielos y Tierra nuevos. Para siempre jamás, por los siglos de los siglos. Amén. «*Cujus regni non erit finis*» (Credo).

$t = 100, 1.000, \mathit{2.000}, 2 \cdot 10^5, 2 \cdot 10^9$... años

$/t/ = (\pm t)^2, \quad t = \pm\infty.$

¿Vale la pena —trabajo conceptual y verbal: físico-matemático-lógico— de preguntarse y tratar de responder a la pregunta: «dentro de... acto puro»?

Sí que vale la pena, múltiple, sutil y cruel para algunos individuos y ciertas colectividades o Instituciones; mas ¿para otros y otras, reconfortante, esperanzadora, aventurada posibilidad y probabilidad?

«Si no esperáis, no hallaréis lo inesperado» (Heráclito).

«¡Oh hombre!, eres artefacto de naturaleza osadísima» (Zoroastro).

Procedamos, pues, Autor a aventurar una respuesta; Lector a escucharla, discutirla y aprobarla o reprobarla, de manera tan concreta como la que a continuación se halla.

Un Dios que *sea* acto puro y *esté siendo* acto puro, así, en unidad de ser y de estar, lo está siendo *necesariamente*, según la definición de necesario dada por Aristóteles: «es necesario lo que no puede *ser* lo que es sino de una sola manera» (*Met.*, Δ, 1015 b).

«Espontaneidad, originalidad, novedad» son las notas del acorde que hemos llamado, repetidas veces, «creatividad».

Son, por antonomasia, por ejemplarísimo ejemplo, notas de vida —de viviente.

El tono o modo de necesidad las anula; las hace imposibles. «Espontaneidad» (espontáneo) aporta la nota de «improvisación». Improvisar necesariamente no es improvisar; es no haber improvisado. Tal, una máquina. No hace nada de imprevisto, de improviso. Improvisar es un acaecimiento o acto que rompe, que irrumpe, en un ambiente o campo de necesidad, y la anula. Y, al revés, un campo de necesidad anula la espontaneidad. Hace que ni surja; la anula *a priori*, antes de todo intento, pujo, de surgir. En «necesariamente espontáneo» el adverbio anula al adjetivo. En «espontáneamente necesario» la espontaneidad anula la necesidad. La gracia de lo espontáneo se concentra precisamente en el matiz de improvisación.

La espontaneidad, la improvisación, para ser *reales* requieren condiciones o causas necesarias; mas para ser lo que son (su *qué es*) no pueden tener condiciones o causas suficientes. La falta de éstas hace posible la espontaneidad, la improvisación: su matiz de surgimiento, de sorpresa: lógicamente, sin premisas; verbalmente, sin introducciones o presentaciones. Remite a sorpresa sentimental.

Luego un ser que sea en sí, y en todo lo suyo, «necesariamente» —o en que necesidad sea el tono o modo de él y de todo lo suyo: sea la necesidad nota esencial— no cabe espontaneidad; le falta tal componente de vida. No es viviente. Es supermáquina. *La Supermáquina.*

Originalidad (original) es otra nota o componente resonante en vida. Expresado con otra palabra: originalidad es *estreno*. Remite a sorpresa admirativa. Lo de «necesariamente» quita a originalidad la nota de estreno: de sorpresa admirativa. «Necesariamente original» sería máquina de sorpresas; y lo de máquina, por su funcionamiento y plan, elimina sorpresas; y más aún, las admirativas.

Una máquina es admirable y es sorpresa para su inventor, solamente al acudirle y al ver que marcha. Que son novedades. Le es novedad. Chispazo del primer momento. Después para él recae en cosa de todos los días, encomendable a producción en serie, en *offset*, en copias automáticas. Lo original se estrena. Es ser en estreno, sin llegar a cosa de todos los días.

La nota o tono de originalidad impide que la vida recaiga al dominio de la máquina. A mecánica. O más bien: es nota intrínseca y propia

de vida. Y cuanto sea más elevada la vida, tanto más resaltará perceptible, frecuentemente, la originalidad.

Vida genial es vida en trance, pujante, urgida de originalidad. Le nace y da la impresión de inagotable en sorpresas para sí y para los demás.

Mas en «necesariamente original» el adverbio elimina la nota, y gracia, de original. Equivale a maquinalmente original.

Novedad es otra nota propia de vida. Novedad —a distinción de novelería que es una forma de decadencia de novedad— resuena a primicia, a moda, a imprevisible, a imprevista. Sin vigilia; sin octava. Instantáneamente viene al ser; en un instante, lo de moda. La novedad, por su sentido sentimental está abierta a novedades. Se expone a ellas. A pasar de moda. Por ello, Bergson en sentencia frecuentemente repetida aquí, dijo que la Vida es «surtidor de novedades».

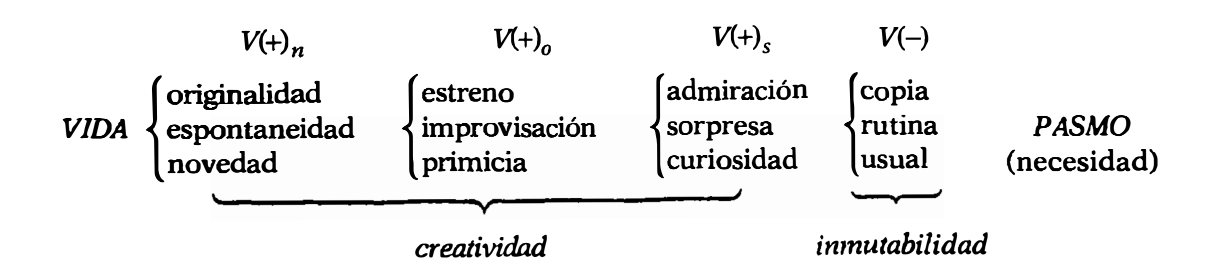
«Necesariamente nuevo» suena a vigilia eterna, desde siempre; y a octava eterna, para siempre. Suena a *lo mismo* desde siempre y para siempre. Y lo mismo y lo nuevo son contradicción inmediata y escandalosa.

Vida «necesariamente nueva», «necesariamente surtidor de novedades» explotaría por contradictoria.

Si un ser tiene por esencia, por definición, todo lo suyo en tono o modo de necesidad, tal tono o modo hace imposible la vida: imposible el acorde trisonante de $\left\{\begin{array}{l}\text{espontaneidad}\\ \text{originalidad}\\ \text{novedad}\end{array}\right\}$: creatividad. Vida.

Puesto que sin evasión posible somos Autor y Lector vivientes en el siglo XX —y el Lector lo será en el XXI— traduzcamos lo dicho a un tipo de lenguaje actual:

$V(+)_n$ = nota de vida positiva; $V(+)_o$ = nota de vida objetiva; $V(+)_s$ = nota de vida sentimental, o cómo siente el viviente la vida. $V(-)$ designará vida hecha máquina.



«Si a una palabra le tomamos la palabra —decía Hegel y se lo ha repetido en esta obra— la palabra a la que se tome la palabra refuta, invierte, lo que opinión o creencia pensaban cuando a la palabra no se le había tomado la palabra. La palabra a la que tomemos la palabra dice lo que verdaderamente significa.»

«Acto puro» es una frase o palabra compuesta a la que no se le ha tomado la palabra al pronunciarla y pensarla «creyendo, opinando» que se la entendía tánto tánto y tan bien que era factible —mental, verbal, honorablemente— atribuírsela a Dios, nada menos que cual colmo, tono, modo exclusivo, irrenunciable e incomunicablemente suyo.

Tomémosle nosotros a «acto puro» la Palabra. Y aceptemos que refute nuestras corrientes, diarias y consagradas (rutinarias, bautizadas) opiniones y creencias —acreditadas a Dios.

«Acto puro» excluye toda clase de «potencia»; la hace imposible y necesariamente imposible. «Posible —decía Aristóteles y se lo ha repetido aquí muchas veces— le es algo a Alguien si, al tener en acto lo que se decía serle posible, no le aporta tal acto, suyo, impotencia alguna.»

A ningún ente le es posible ser «acto puro» o tener todo lo suyo necesariamente en modo o tono de «acto puro», pues le aportaría tal acto suyo impotencia a todo lo suyo —a su esencia.

La omnipotencia en acto puro no tiene ya potencia para producir nada. La tiene gastada toda desde siempre y para siempre: el primer acto la agotó. Si crear es acto de omnipotencia en acto puro, creó todo en el primer (y único posible) acto. Y quedó agotada para siempre. Mejor dicho: no *puede*, no tiene *potencia* para crear nada. Su estado o calidad o modo de acto puro le causa, le es, impotencia total. Dios, acto puro, no puede crear Cielos y Tierra ni en un día, como dice el cap. II del *Génesis*, o en seis días, como lo afirma el primero.

Elohim o no es omnipotencia o si lo es no puede crear nada; o crearlo todo de una vez, en un instante.

Algo de esto atisbó Leibniz al decir que la creación fue por modo de relámpago —*per modum fulgurationis*. Relámpago que fue rayo tan potente, tan omnipotente, que destruyó todo lo que se debía o proponía crear Dios, en uno, seis... días, y para siempre jamás. Y Dios, Elohim, quedó reducido a ser «solo a solas con el solo» (Plotino). El Solo, a solas. O estar siendo él mismo (αὐτό) —en sí mismo (καθ'αὐτό), consigo mismo (μεθ'αὐτοῦ), a solas (μόνος), firme (μόνος)— lo que es (su eidos), eternamente (ἀεί). Platón.

«El mismo ensimismado y consimismado.»

El omnipotente no pudo evitar el ponerse a crear. El omnipotente es necesariamente omnipotente. Y necesariamente pasa al acto; o desde siempre ha tenido que pasar al acto de crear. Acto puro de crear, o crear en tono o modo de acto puro vuelve impotente, necesariamente impotente, al creador.

Otros actos de producir, los nuestros, vgr., no producen impotencia alguna; y menos aún nos deja exhaustos, pasmados en acto, el primer acto.

El acto de pensar y de escribir le es posible al Autor, y el de leer le es posible al Lector, porque tal acto, bien suyo el de cada uno, no les causa impotencia alguna: la de continuar pensando, escribiendo y leyendo.

Por muy sublime que sea, rico en contenido y amplio de extensión que sea lo pensado, no agota la potencia de pensar, y la deja exhausta, pasmada, encantada por lo pensado. Y por exhausta, no viviente ya. Pensar muerto por fulguración de objeto tan luminoso que ciega, que encandila.

Inteligencia en acto puro o acto puro de inteligencia, ciega y encandila necesariamente. Hace del inteligente un «pasmado mental».

Bondad en acto puro o acto puro de bondad no admite límites o reservas de bondad —de comunicar bienes, de hacer gracias, de otorgar perdones, indultos, amnistías... Y todo ello espontáneamente, originalmente, en veces sin cuento. Lo contrario la limitaría, es decir: quedárale algo de bondad «en potencia»; *poder* ser bueno es no serlo en acto, y menos en acto puro.

Bondad en acto puro o acto puro de bondad es cual luz que no puede ser retenida, absorbida, limitada por cuerpo alguno.

Es atmósfera universal de Bondad. Platón le dio, por primera vez, el nombre de «idea» y no pequeña, y la comparó con la luz del sol. La Bondad se difunde necesariamente en el universo, cual por necesidad se difunde la luz del sol. Por contraposición con los eídoses (εἴδη) que cada uno es el mismo, consigo mismo a solas (αὐτό καθ'αὐτὸ μεθ'αὐτοῦ), a solas unos de otros. Del mismo estilo omnidifusivo y omnidifundido son Belleza y Justicia (Platón, *Banquete, Fedro*).

Bondad, pasmo para voluntad.

Reformemos a propósito los axiomas de valores, en su formulación de Pármeno, el alcahuete de Celestina: «En los bienes es mejor el acto que la potencia»: «Poder ser bueno es ya un mal. Cual poder ser sano es estar enfermo».

Bondad en acto puro no puede retener nada en potencia de bondad. Si encarnarse, enrealizarse una persona de la Trinidad es un bien para el hombre en quien se encarne y, por ello, es un bien para todos los hombres y, por ello, lo es para el universo, la Bondad en acto puro, cual atributo de una persona divina, ha pasado ya y tiene que pasar al acto; y hacer que, ella u otra persona divina, se encarne, se enrealice por necesidad.

El modo de necesidad, por entonar o modificar necesariamente a Bondad, la vuelve impotente por difundida ya necesariamente. Hace de ella modo o tono universal.

Necesidad (necesario) es un modo o tonalidad que al tener que reforzarse o ponerse a tono con «infinidad» produce las potenciaciones de «necesariamente infinito» e «infinitamente necesario» que vuelven a todo atributo —potencia, sabiduría, belleza, magnificencia, esencia, existencia, sustancia, supositalidad— pasmados, extáticos, absortos, difundidos ya en todo ente, en el universo. Dejan a bondad, sabiduría, poder, esencia... vacíos de sí mismos: de «a sí mismos», de intimidad y conciencia, de sentimiento de sí, de sentirse a sí individuo, singular. Destruyen la unidad sentida y sida, y la identidad sentida y sida.

El infinito, volcado en bloque, cual bloque y bloque que es —y es bloque supremo— revienta todo, des-define todo, ya desde el dominio matemático: $1/\infty = 0$; $2/\infty = 0$... $n/\infty = 0$; $n = 1, 2, 3, 4...$; $\infty + 1 = \infty$; $\infty + n = \infty$; $\infty \cdot 1 = \infty$; $\infty \cdot n = \infty$; $\infty^{\infty} = \infty$... «$\int_{-\infty}^{+\infty} f(x)dx$»... es «*une façon de parler*», decía o nos advertía Gauss: el «Princeps mathematicorum». Y Cauchy lo sustituirá por «paso al límite» —por transfinitud. *Luego*, a fortioríssime, Bondad, Belleza, Poder... *infinitos* revientan todo y desdefinen todo. Revientan a Dios y lo desdefinen.

$$N(I)[B] = 0; \quad N(I)[I]_n = 0; \quad NI(P) = 0.$$

Identidad (mismidad) necesariamente infinita hace explotar necesariamente a su ser. Dios es, o se lo concibe, cual necesaria e infinitamente «idéntico» a sí mismo (M): (αὐτὸ καθ'αὐτὸ μεθ'αὐτοῦ)$^{\infty}$, $[NI(M)]^{\infty}$, estas fórmulas, simbólicas, dan o han dado ya $[NI(M)]^{\infty} = 0$. Lo anulan, lo aniquilan.

La física moderna, además de lo tratado hace unas líneas, nos lo advierte: el superátomo, superradiactivo, supercondensado, estado de la realidad física inicial espacio-temporal-masiva ($E = mc^2$, $m = E/c^2$) explotó en menos de 10^{-42} segundos; no en ahora, en bloque de segundo, sino en sextillones de segundo. Y en rigor, en menos, por el límite infe-

rior establecido por la ley de indeterminación de Heisenberg (cfr. Apéndices G, H).

Si tal condensación lo es espacial (q), la cantidad de movimiento (p) hácese universal; su probabilidad de expandirse por el universo es compensatoria del grado de condensación local.

Según $\Delta x \Delta u = h/m$, una masa (m) de un gramo, metida en un mm duplicará su magnitud en 10^{-25} s, que es un lapso de tiempo 100 millones de veces la edad del mundo (cfr. Margenau, *The Nature of Reality*, p. 385).

Luego a fortiorissime la necesaria e infinita condensación o recogimiento impuesto y exigido por la identidad de sí mismo consigo mismo, a solas de todo, propia de Dios, lo anula y aniquila en menos de 10^{-42} s. En un instante. *Totum simul et semel*, que es la definición de eternidad; el *Nunc stans* aniquila a Eterno.

Y complementariamente: inmensidad espacial necesariamente infinita, el absoluto «*ubique*», hace realmente imposible todo «recogimiento», mismidad e identidad. Tal relación inversa entre identidad (mismidad, conciencia) y eternidad hace imposible, necesariamente imposible, un tipo de Dios que sea, pretende ser, a tenor de su definición y esencia —a la una, a la vez— idéntico consigo mismo, eterno e inmenso. El máximo de infinito de un atributo aniquila al otro. Y Dios, tal Dios, resulta aniquilado ya antes de ponerse a ser o por el mero acto, intento y atentado, de ponerse a ser. Principio de óntica y de ontología del que el hombre es caso especial, mas ilustrativo y sugerente, comprobable y comprobado.

Pasemos a continuación a estudiar con tal vez mayor interés el caso del paradigma de una creatura (X) deificada por Dios (Δ), por un Dios (Δ) que sea acto puro en todo lo suyo:

$$C\{D(\Delta)\,[X]\}.$$

Ser, tener que ser, necesaria e infinitamente, a la vez y a la una, idéntico (mismo), eterno, inmenso, bueno, sabio, potente... no produce infinita explosión si se lo es a actos, a ratos, en obras —sueltas, diversas, según gana, o según espontaneidad, novedad, originalidad de vida.

Vivir todo ello —*vivirse* idénticamente o con identidad vivida, *vivirse* eterno o eternidad vivida, *vivirse* omnipotente o omnipotencia vivida, *vivirse* infinito o infinidad vivida— libera de explosión óntica a Dios —o a un ente de tal estilo—; y, a la vez, y *a fortiori*, libera de que explote una creatura definida por tal Dios; creatura que estaría deifica-

da a ratos, a actos, en obras sueltas, discontinuas, sometidas a su gana, a su vida: la de la creatura.

Coincidencia de estas dos ganas o vidas —la de Dios (Δ) y la de una creatura (*c*)— será todo un acontecimiento: *el gran suceso* de la historia, para Dios y para la creatura.

Un ente que sea íntegramente creatura, es decir: imagen, huella, semejanza, imitación de Dios, de un Creador, creador íntegro de una realidad íntegramente creada, no puede tener, no deja el Creador que tenga nada en sí y para sí, o sea: de *ente*. Y tal creador no acaba de crear nada, pues en acabar de crear, el creado tiene que ponerse a ser en sí y para sí; si no, no acaba de salir de su causa, y ésta no acaba de ser causa. Se está en trance de ser causa y en trance de ser efecto, pues no se es ni causa ni efecto. Nadie es nadie, ni nada es nada.

Pero si el efecto —creatura— llega a estar hecho, hácese en sí y para sí; aun la causa se anula a sí misma, como causa, por hacer un efecto que sea en sí y para sí; que *sea* él: hombre, agua, luz, serpiente, Adam...

Si la Causa, el Creador, se obstina en serlo, en que todo sea y continúe siendo necesariamente efecto: imagen, huella, semeja, similor... suya: de Causa, tal causa es un *Narciso*. *El Narciso* que en todo se ve cual imagen suya, que no *es* imagen pues no lo es en sí y para sí; no es *ente* imagen o imagen *ente*.

El Creador omnipotente absoluto, degenera en Narciso: extático, absorto, encandilado en su imagen, en todo lo producido y producible, creado y creable. Loco, inconsciente, abobado. Algo de estos encantamientos, abobamiento, éxtasis, locura nos sobreviene a los mortales si insistimos en vernos en el espejo. Optamos, por defensa vital, por vernos un instante, a ratos sueltos, pocos y breves. Complacernos en nuestra imagen especular, aparte de acto de vanidad, nos vuelve *Narcisos*: actitud inaguantable por más de media hora.

¿Qué y cuánto puede aguantar de tal narcisismo quien tiene que estar viéndose en ella, viendo tal imagen, viéndose a sí en ella mientras él, insistentemente, lo mantenga en tal realidad: mientras esté puesto a tener «creaturas» íntegramente suyas: íntegra y necesariamente *imágenes* de él?

Y si tal Causa o Creador lo es necesariamente, por constitución de su realidad, resulta *necesariamente* Narciso. Pasmado de sí por sí mismo.

Una creatura, un efecto, que lo sea íntegramente, por no poder tener nada en sí y para sí no llega a ser ente; así que su calidad de «crea-

tura» no llega a ser *realmente* nada. Nuestra imagen en el espejo *es* imagen, realidad virtual; fotografiable y conservable; así aunque dejemos de miramos y admiramos de nuestra imagen —o de detestarla y sernos indiferente. No es íntegramente nuestra, de cada uno; si lo fuera, nadie más pudiera verla y nada pudiera fotografiarse —nadie llevársela impresa.

Así que Creador-creatura es palabrera frase que, al tomarle la palabra, se deshace. Nos refuta y se refuta.

Se es, pues, creador real a ratos, a actos, en obras sueltas; y se es creatura a ratos, en actos, en obras sueltas.

Creó Dios (Elohim) luz; hízose luz; mas luz quedó hecha; fue, con fue de *es*, luz. Se le objetivó y enajenó a Dios.

Creó Dios (Elohim) hombre; hízose hombre; mas hombre quedó hecho; fue, con fue de *es, hombre*. Se le objetivó y enajenó a Dios; se le sublevó como ente, por ente. No por malicia moral ni por haber prohibido comer de los frutos o frutas del árbol de la vida y de la ciencia del bien y del mal; sino por óntica y por ontología.

Dios (Elohim) habría de haber caído en cuenta ante tal sublevación que, justamente ella, le demostraba que había creado *hombre real*; y no, imagen de hombre; un ser y no eídolo de imagen. Adam y Eva sublevados como entes, cual reales, mostraron a Dios que era realmente creador. Y pasado el acto de crear —pasado necesariamente por haber creado y no estar aún creando—, Elohim se volvió a ser en sí y para sí Dios: a ente ser. Y ya no volverá a hacer acto de presencia hasta la expulsión de Adam y Eva; no volverá Dios a ser ente por sí y ante sí, hasta su conversación con Caín, quien se le enfrentó por ente, por imagen sublevada de ser imagen. Y se le enfrentó Jacob, toda una noche; y Dios se sintió ser en sí y para sí; y sintió que Jacob era ser en sí y para sí; sólo de esta manera pudo pelear con Él, y Él pelear en firme y no de mentirijillas; realmente, no con fantasmas. Que nadie se pelea a puñetazos con su imagen en el espejo. Sólo uno loco cual Don Quijote, se pelea con odres, creyéndolos gigantes, algo en sí, mas reales; que, de creerlos fantasmas, no se peleara con ellos.

Basta, pues, con que una imagen real se ponga a *ser* imagen, a *ser* ser, en sí y para sí, para que su «original» deje de estar presente en ella y deje de estar presente por «esencia y potencia». Basta para que Él se sienta original, se sienta ser en sí y para sí. Favor real que toda creatura hace a su creador, precisamente por sublevarse la imagen contra el original.

Todo acto de conciencia es serse en sí y para sí, a solas de todo;

saberse ser *yo*, único, en el mundo pasado, presente y futuro; *luego* en él, en *yo*, tendría que estar consciente Dios-Creador-Modelo.

No lo está ni puede estarlo. Y queda Dios expulsado de su imagen, de su creatura por el simple ponerse ésta a *ser* imagen: a ser ser, en sí y para sí, a ser *ente*.

Es, pues, falso, o se hace falso, el que Dios esté en todo y tenga que estar en todo y en acto de todo, por esencia, presencia y potencia. No puede estar omnipresente. Y la causa la pone Él por insistir en que creatura sea creatura íntegramente; para serlo íntegramente y realmente tiene que ponerse a ser en sí y para sí. No en Él, y para Él.

Lo de «*in ipso vivimus, movemur et sumus*» lo hace la creatura falso.

La óntica y la ontología son, por constitución *a-teas*. Con ateísmo más radical que el ateísmo bucal. Además Dios tiene que hacer realmente posible y actual, tal a-teísmo, pues de no hacerlo será él mismo El Pasmado, El Narciso, por obra de acto puro, necesariamente acto, sin posibilidad de potencia.

Mas para todos: Dios y hombre (u otra creatura cualquiera «por vilísima que sea»), suposibilidad o singularidad, identidad y potestad estarán sometidas a la relación doble de «resalte» y «contraste», respecto de la naturaleza de su cuerpo cósmico: de lo *divino* del universo.

El filme resalta respecto de y a costa de la pantalla que desaparece íntegramente, se desfenomeniza o pierde su verdad (patencia) óntica; y a la una los integrantes del filme *contrastan* entre sí: cada uno exhibe lo que es: casa, árbol, hombre, mujer, tempestad, río, luz, vestido...

Nada, ni pantalla ni filme quedan pasmados, transformados en *compuesto*. La sesión de cinema es *real* a ratos, en actos, en obras. Contraste y resalte lo son también a ratos, en actos, en obras.

Pues bien: Dios puede hacerse hombre —gato, escarabajo...— a ratos, en actos, en obras; mas no puede quedar pasmado, unido sustancialmente con nada. Si está siendo en actos, a ratos —que pueden durar una hora...— *hombre*, tiene que creer que es Dios, y creer no es ser; y si está siendo Dios, tiene que creer que es hombre, y creer no es ser. Tal es la dialéctica real de Dios-hombre; o de hombre-dios (hombre deificado) y de *Dios* enhumanado.

Hombre deificado puede errar, pecar, desvariar; y ello muestra a ratos, en actos, en obras que es *realmente* hombre; y no necesariamente, íntegramente Dios (Sabio, con acto puro de sabiduría), y tal posibilidad puede pasar al acto, a ratos, en obras; y que pase de cuándo en cuándo es condición para que el *hombre* (deificado) muestre que es, que está siendo, *hombre real*.

Y a su vez, hombre deificado puede hacer milagros, profecías, discursos divinos; y ello demuestra que es realmente *divino*, y no marioneta o creación íntegra de Dios. Muestra que *está siendo* Dios; no que *es* Dios.

Dios puede estar siendo hombre, gato, escarabajo... sin quedar preso en nada. Y a la vez puede hacer milagros y profecías... y saber, de buen saber, por experiencia lo qué es milagro, profecía... sin quedar preso, pasmado, en su poder y obras divinas.

Por su parte: Dios no puede saber, de buen saber, lo *qué es* ser persona sino por resalte frente a su naturaleza: a su cuerpo real de verdad que es el universo, regido por leyes lógico-matemático-físicas, necesarias (ds^2) y eternas ($(\pm t)^2$; *resalte* que hace saltar y saltarse a ser transcendente, con tendencia ultraída y más allá (plus ultra) de todo —aun de esencia real. Y a la una, *contraste* entre personas (divinas, vgr., Padre, Hijo...): que cada una sea y se sienta ser yo, única, original, nueva frente a las demás. Única, original, nueva en su *yo*.

Para que no quede cada una hecha Narciso, Pasmada, tal contraste tiene que verificarse a ratos, en actos, en obras sueltas y sueltos.

«Padre», padre en acto puro, simple, eterno..., sin posibilidad de potencia da, o es, pasmado, narciso. Y por ello consustancial con nadie, ni con su hijo.

Y parecidamente respecto de Hijo... o de otra persona divina.

Ni cabe coloquio, ni aun monólogo —verbal o mental—; pues toda palabra, aun la de *yo*, es, realmente, un plural. «Yo soy el que soy» es impensable, indecible en un Dios acto puro. «Yo soy el que soy: el que te saqué de Egipto» puede pensarlo y decirlo un Dios puesto a ser, en acto suelto, obra especial, Dios enhumanado, Dios *de* Israel, en que «*de*» no es preposición abstracta, sino composición real: creador que hace *de* señor *de* su creatura en un acto que no lo dejó preso, sin defensa, respecto de ella, y a ella no lo hace presa, marioneta, de tal Dios.

Entre personas no cabe «conocimiento» sino «reconocimiento» a ratos, en actos, en obras —a chispazos cortos y discontinuos o en estado de acontecimiento *radio-ontológico*; o, si se tolera la frase, «radio-teo-onto-lógico». No pueden, pues, estar hablando entre sí mental, infinitamente, eternamente los pasmados, en pasmo de entenderse; hablar, cada uno de todo: de todo de lo de otro, sin posibilidad de callar, interrumpir, ocultar, hacer pausa, paréntesis, silencio, explicar, aludir a nada.

El intercambio entre personas tiene que ser a ratos, a actos, en obras. Y así fue entre los dioses griegos. Y en los Evangelios no consta

un solo coloquio entre personas divinas; uno, y muy breve, entre Padre e Hijo, o Espíritu Santo e Hijo. Unas palabras: «éste es mi hijo bienamado». O de Hijo a Padre, sin respuesta por parte del Padre. El coloquio largo que Juan de la Cruz puso en romance no es entre personas divinas acerca de ellas —y eso que son infinitamente sabias—, sino de ellas respecto de lo que iban a hacer o daban por hecho en hombres y mujeres. Coloquio —romance— pesado, ramplón, mediocremente sonante.

Concluyamos, pues: Dios, acto puro, necesaria e infinitamente, no puede deificar a nadie ni a nada, sino en actos sueltos, a ratos discontinuos, en obras diversas, mas no constantes. En obras diversas: sacar pueblo de esclavitud, regalarle de comer y beber, curarlo, hablarle, mandar, dejarse ver...; y él mismo no puede ser viviente, dios persona, Dios-yo, sino a ratos sueltos, en actos varios, en obras diversas.

Lo contrario da marionetas y muñecos pasmados y narcisos.

El *resalte* —esta nueva, históricamente, relación de Dios o de hombre y cosas, frente y a costa de la naturaleza del universo: del cuerpo de dios, de la esencia concreta de dios— hace posible por su componente de novedad el que resalte la *espontaneidad* de persona, de yo —yo persona, yo individuo, yo singular, yo particular, según dosis—; y el que resalte su *novedad y originalidad*, por el componente estadístico-probabilístico de la estructura del universo.

La «esencia concreta» de Dios, lo divino del universo, salva y garantiza en todos: dios, hombres, cosas... el no ser marionetas, muñecos, pasmados y narcisos ónticos y ontológicos; *ónticos*, en su ser; *ontológicos*, en sus comunicaciones verbales, gesticulatorias, mímicas, visuales, táctiles...

La coincidencia entre personas —sea su dosis mayor o menor, siempre mayor que cero— no puede pasar de ser a actos, en ratos, en obras, y de probabilidades. *Coincidencia*, pues, de pensamientos, palabras, obras: hablar y responder, pensar y entenderse, querer y aceptarse, mandar y obedecer, desear y cumplir, revelar y creer, hacer gracias y corresponder y usar la gracia, ofrecer títulos, cargos, y renunciar a ellos, intención de encarnarse en (*x*) y renuencia por parte de (*x*).

Y todo ello sin dar, sin tener que dar razones, motivos «necesarios y suficientes»: porque sí: por espontaneidad, novedad, originalidad: atributos de la vida.

Y tal super o transrazón, la de «*porque sí*», por «espontaneidad, originalidad, novedad», las acepta toda persona por serlo y para serlo, por y para reconocer que otra lo es y hacerle la honra debida óntica

de aceptar por suficiente *el porque sí* —tal, por mi divina gana, por mi humana gana.

Conclusión general: *luego* no hay, no puede haber —y por esto no ha habido— hombre, animal, piedra... deificados sino a actos, en ratos, en obras sueltas; y si en tales casos la ha habido o puede haber, la deificación es retractable, desdeificable a «voluntad», a gana de un dios que, él mismo, es persona a ratos, en actos, en obras, sin quedar preso, pasmado, narciso en nada ni en nadie.

La probabilidad de coincidencia entre personas acerca de actos, ratos y obras es mayor que cero; y su probabilidad está fundada y garantizada por el componente estadístico-probabilístico de la base real del universo que es *divina* —concreta, legalmente, y no vaga.

Coincidencias históricas —aceptables según documentos— son las de Elohim y Moisés; Zoroastro, Pitágoras, Apolonio y dioses griegos; Mahoma y Alá; Padre, Hijo y Espíritu Santo y Jesús de Nazaret. Todas ellas desfactibles, y des-hechas sin llegar a permanentes. «Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?»: porque sí, por ley de condición estadístico-probabilística, base del universo actual y de los cuerpos parte de él, y, por tanto, de la alma y vida de lo corporal.

¿Por qué me he equivocado al anunciar que «vosotros me veréis descender del cielo...»?: porque sí, porque de no ser así haría imposible el que un dios hombre mostrara que era *realmente* hombre, y que dios era *realmente* hombre. Y no hombre congelado en dios; dios congelado en hombre.

Concluyamos: no hay personas divinas. Dios no *es* persona. «Persona» es un estado del universo que viene al ser en un *médium* que no *es* médium, sino estado de una realidad. Se es o está siendo persona a ratos, en actos, en obras y precisamente el que sea o esté siendo persona a ratos... manifiesta que *es* viviente, que *es* creatividad: espontaneidad, novedad, originalidad. Y no algo así cual diamante, diamante óntico.

«Persona» —a diferencia de singular, individuo y particular— se caracteriza por creador: surtidor de novedades, improvisador de espontaneidades, estrenador de originalidades que *traen de secuela* inventos, nuevos seres, nuevas espontaneidades, nuevas originalidades que, si no lo fuera a actos sueltos, a ratos sueltos, a obras sueltas, caería en rutina, usualidad, copia.

Nadie, ni Dios, *es* persona; una o tres o varias; sino *está siendo* persona a ratos... espectaculares o sencillos, en obras magnificentes o diarias, según la gana divina y sin quedar extasiado, preso, narciso, por la

exigencia de acto puro, eternidad en acto puro, acto puro de inmensidad, acto puro de omnipotencia.

Pasado tal acto, tal rato, tal obra de «acto puro» renace la persona: la realidad que se estuvo siendo persona, no al estado de potencia —regreso imposible a acto puro— sino al estado de *divino*: al estado del universo actual: al «cuerpo de dios», a su esencia concreta real.

El componente de probabilidad, de azar, de suerte com-parte del de necesidad, hace de base necesaria, mas no de suficiente, de que un ente, parte del universo, resurja, le brote a modo de erupción volcánica óntica, lo de estar siendo persona.

A todos los hombres, por su dosis probabilística de ser persona —0,05, 0,10, 0,30, 0,40 (cfr. § 2.º)— le puede acontecer sentirse siendo persona —a ratos, en actos, en obras sueltos y sueltas—: sentirse inventor de algo, tan vulgar como rueda o sílice tallada, o improvisador de algo tan transitorio como paso de baile, chiste, ocurrencia, o estrenador de algo tan novedoso cual rango de rey o de mago... Todo ello recae en rutina, usual, reproducción en serie pasados tales actos, por virtud del tirón, constante, de la dosis de universo intrínseca a cada uno y en cada acto suyo.

Morir un hombre-dios o un hombre deificado es condición necesaria para que haya sido persona, hombre persona, y no haya degenerado en «diamante» óntico; en rutina ex viviente.

Morir un *hombre*-dios a ser, a estar, dios, es mostrar que fue realmente hombre y no marioneta de dios. Y morir *dios* a ser hombre es dar prueba de que fue realmente hombre y no ilusionista, manipulador de marionetas.

El híbrido óntico «Dios enhumanado»-«hombre deificado», híbrido supremo de concepto y palabra —¿además de realidad?— se des-hace breve y definitivamente en favor de Dios viviente y de hombre viviente, por virtud de la novedad, espontaneidad, originalidad de Vida.

En lugar de los dos categoriales —seipsidestruyentes— «Dios enhumanado»-y-«hombre deificado», estudiemos otro —¿históricamente realizado, al parecer?— que no implica las contradicciones seipsidestruyentes de acto puro y de hombre deificado por persona en acto puro.

(§ 9.º)

Dios magnánimo, magnificente y munificente. Gran Señor; y hombre agraciado

Recordemos una vez más la sentencia de *aere perennius* de Terencio: «Se aceptan complacientemente beneficios si le consta al recipiendario que puede decorosamente compensarlos. Mas si exceden en mucho tal poder, en lugar de amor engendran odio».

Tomemos a «*gracia*» la palabra, recordando una vez más a Hegel. Y cumpliéndola. «Gracia» se *contrapone* a paga, sueldo, salario, estipendio, bonificación, mérito. Y se *opone* a contrato, alianza, compromiso, obligación.

«Gracia» se *distingue* de favor, premio, recompensa.

«Gracia» se *emparenta* con don, dádiva, regalo, obsequio.

«Gracia» la da *A* porque sí, porque le da la gana, sin razones o motivos necesarios y suficientes.

«Gracia» no impone el que se la acepte por obligación, ni siquiera con la obligación de dar «gracias» —de agradecimiento por parte del presuntamente agraciado. La auténtica gracia se la acepta porque sí, porque le da al destinatario, al recipiendario, la gana de recibirla y la gana de agradecerla. Y la coincidencia entre dar gracia *A* a *B*, y que *B* le dé a *A* gracias es mera coincidencia. Acto entre personas. Si iguales, acto de mutuo afecto, original. Si desiguales, acto de humildad, ambiguamente digna o de dignidad ambiguamente humilde, por parte del agraciado; y, por parte del gratificador, acto de condescendencia, sin dejar traslucir su alteza, sin hacer notar su bajeza al recipiendario, al agraciado.

Hacer gracia con obligación de recibirla es desvirtuar hasta la pa-

labra «gracia». Es humillar al presunto recipiendario, al agraciado: recordarle su bajeza, su creaturidad. No hay que gravar injuria con insulto. Ni a sentencia justa por robo, agravarla con mención expresa de la palabra «ladrón». Ni hacer gracia, recordando al recipiendario que para ello no puede hacer ni ha hecho méritos ni de condigno ni de congruo. Se le da sin méritos, sin razones ni necesarias ni suficientes. *Porque sí*. Y se le niega, *porque nó*.

La frase «*gratia gratis data*» es un pleonasmo, por parte del dador.

Y tomarlo en serio, en real, por parte del presunto recipiendario o destinatario implica reconocer que ni ha hecho ni puede hacer méritos —poner causas o motivos necesarios y suficientes— para recibirla; que, de ponerlos, o de creer que puede ponerlos, la gracia no sería gratis-dada, sino gracia «merecida» —asunto de justicia: sueldo, salario, estipendio, bonificación. Y que no quiere hacerlos fuera modo de hacer cumplir al dador que tal gracia es «*gratis data*».

Hacer a alguien *gratia gratis data*, y hacerle notar lo de *gratis*, es «mentar la soga en casa de ahorcado».

Y nada tiene de inconsecuente, de insultante, para quien tal hace el que se le responda «en lugar de agradecimiento, con odio».

Otra manera de desvirtuar lo de «gracia» —*gratis data*, por definición de la palabra, por tomarle la palabra— es la de dar una gracia —santificante, perdonante, sanativa, glorificante— con reserva de dominio, por parte de Dador. Algo así, sea dicho en lenguaje actual, como «cuenta corriente», préstamo, hipoteca... Con los regalos que sean realmente regalos hacen los hombres lo que les dé la gana. Son irrecuperables. Y el Dador no puede ofenderse de que se haga con ellos lo que le dé la gana al recipiendario.

Que sean irrenunciables, que haya obligación alguna de recibirlos —aunque su magnitud sea desproporcionada a la facultad de compensarlos— es otra manera de desvirtuar lo de gracia —la palabra, el concepto y el trato de gracia.

Negarse a recibir una gracia no puede tomarlo el Dador a injuria, sino porque se cree con derechos sobre el recipiendario —por ser creatura suya, imposible de dejar de serlo: de ponerse a ser ente: en sí y para sí. Creatura suya, súbdito, de Sátrapa; esclavo, de Dueño; galeote, de Cómitre; hijo, de Padre; deudor, de Acreedor...

Hacer uno gracia de salvador, y hacerse salvado y tener obligación otro de que se lo reconozca, y castigar si no se le acepta tal condición o trato activo y pasivo, implica reconocerse y que se le haga reconocer su condición de salvado —de cuerpo y/o de alma. Tal Gracia no

es gracia; y tal Salvador no es salvador, sino entrometido donde nadie lo llama.

Que Salvador, Redentor, Dador se resientan, se sientan injuriados si no se los invoca y llama y se reconoce su derecho, el de su gana, a hacerse salvadores, redentores, dadores es, por parte de ellos, falta de lógica —conceptual y verbal— de «gracia». La verdad es que por «gracia» entienden «obligación». Y que sabe más el médico de la enfermedad del paciente que el paciente que la sufre en su realidad de verdad.

«Hay cariños que matan», dice sabio refrán. Hay gracias que desgracian. El Salvador, Redentor —religioso, político, social...— que se ofende de que no se le reciban sus gracias, se ofende porque le da la gana de ofenderse. Se ofende de que le hagan notar que «gracia» es «*gratis data*» —y que deja de ser *gratis* si se exige agradecimiento y recepción.

¿Habrá, pues, alguna manera o fórmula para que haya dadores, haya el Dador —Dios sea el Dador, el Gran Señor: magnánimo, magnificente y munificente en superlativo—; haya salvadores, y el Salvador; redentores, y el Redentor; y que, no obstante todo lo dicho —y aun cruelmende redicho— gracia, don, regalo, obsequio sean categorías propias de persona y entre personas, sin desdoro para el en sí y para sí de nadie?

En el A.T. se halla la frase delicadamente decorosa por parte del presunto recipiendario, y el gesto señorialmente discreto por parte del presunto dador: «Si he hallado gracia ante tus ojos —dice Abraham a Jehová (*Génesis*, XVIII, 3)— no pases de largo a tu siervo, traeré agua para lavar tus pies; descansad bajo el árbol...». «Haz como lo dices», responde el Señor. «Si he hallado gracia a tus ojos», los del rey —dice Ester a Asuero (I libro de *Ester*, V, 8; VII, 3). Asuero extendió con su mano el cetro de oro, signo tradicional de complacencia real (VIII, 4).

Hallar gracia ante los ojos de Dador, de Gran Señor; nada de hacer méritos ante Él —a los ojos de un Dador, más bien justiciero que Dador—, proviene de un tipo sutil y delicado de hacer gracia: hacer gracia que hace grato: «*gratia gratum faciens*».

Para que tal tipo de gracia lo sea es preciso que el recipiendario no caiga en cuenta de que es «grato a los ojos del Dador» por una gracia otorgada por él, y que el Dador lo sea tan discreta y tan delicadamente en hacer gracias que el recipiendario no lo note. El Gran Dador, el magnánimo, magnificente y munificente hace gracias —físicas, jurídi-

cas, religiosas, políticas, económicas...— de modo que el recipiendario se halle con algo cual mero hecho; sin señales de recibido; sin firma o rúbrica de dador; sin tener que dar recibo, sin saber, pues, y sin sentirse obligado, a investigar de quién procedió. Que ni le acuda tal inquisición. Tal gracia lo *es*. Es *haber suyo*. Premio de lotería, del cálculo de probabilidades, base constante y eficiente del universo de que es parte intrínseca.

Resultar «grato a los ojos de Gran Señor» no es resultar grato a los ojos de Dador —Dios, Creador, Salvador, Redentor.

Es sorpresa agradable para ambos.

¿Cuál es, o qué es, gracia que hace grato a un hombre —de él hablamos, no de ángeles o bestias...— ante los ojos, oídos, mente y voluntad de Dios —o de Dios en acto, en ratos, en obras de estar siendo *Persona* (o una persona: Padre, Hijo, Espíritu Santo...)?

La gracia de esa gracia consistiría en participar de la naturaleza divina, no de la angélica o de la humana *genial* en arte, ciencias, virtud... Tal gracia no consiste en regalar al hombre común, a un cualquiera, lo de ser genio; regalar a Ludwig van Beethoven, ser BEETHOVEN; al hombre J.S. Bach, ser BACH... Y es aceptable que en tal caso Dios se complacería, habrían hallado gracia ante sus ojos, la *Novena Sinfonía*, la *Cantata 80*, la *Ilíada*, *El Banquete*, la *Venus de Milo*, *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, la *Júpiter*, *El Quijote*, *Principia mathematica*, la Relatividad generalizada, el *Guernika*...

Y tal gracia: «la de ser genio», lo sería doble y complementariamente: hallar gracia ante dios, y hallarla ante los hombres, ante sí mismo y ante los demás —los cualesquiera, y así por siglos y siglos.

Pero respecto del tema de esta obra se trata de gracia que hace o haría gratos ante Dios, hallar gracia a sus ojos; y no, de elevarnos sobre el común grande de la humanidad.

Al tratar Tomás de Aquino en 1.ª, 2.ae q. CX de la gracia en cuanto a su esencia, en el art. 4 afirmará que la gracia consiste en un amor especial (*dilectio*) por el cual Dios eleva, arrebata (*trahit*) a la creatura racional más allá —por encima, de su naturaleza— a participar del bien divino: del bien eterno que es él mismo (art. I). En los artículos siguientes revierte lo de racionalizar aristotélicamente el tema: que la gracia es una *cualidad*, que es *virtud*, que su sujeto es la *esencia* del alma. Pero en parte alguna, que lo sea por participar de la naturaleza divina —de su infinidad, aseidad, acto puro.

Los teólogos posteriores se aventuran a más. Oigámoslos por lo que nos interesa o nos va en ello.

Las piruetas intelectuales —verbales y conceptuales— que tienen que hacer para que tal participación no nos haga acto puro, infinitos, *a se*, es decir: «dioses», nos descubre el miedo a las consecuencias del principio. Participar de «acto puro», de infinidad, mediatamente, parcialmente, accidentalmente, no de raíz, es contradecirse descaradamente, cual si de Dios se pudiera participar a trozos o a cuotas, de quien es *esencialmente* acto puro, infinito, bien eterno. E insultarlo por dar gracias con cuentagotas, con tasa, para que la creatura no sea dios. Volvemos a los celos de Elohim, a la envidia de los dioses griegos: de dios animalmente divino: de Dios cicatero.

Invirtamos el planteamiento: tomemos a *gracia* la palabra. «Dios no puede hacer gracias»; la frase «*gratis data*» carece de sentido; más aún, explota en trozos inconexos.

Leamos lo que Billuart (vol. I, pp. 636 ss., *o.c.*) dice: «que la naturaleza divina, por ser acto puro, ente de por sí, ente infinito, plenitud de existencia, no es comunicable ni participable por la creatura. De ser así, la creatura debería llamarse acto puro, ente de por sí, ente infinito». Ante tal absurdo, responde que «la naturaleza divina no es comunicable por esencia a la creatura, mas lo es accidentalmente por un don creado que imite y exprese análogamente a Dios».

«Acerca de si la gracia participe de la razón misma de acto puro e infinito, los teólogos disienten. Algunos lo niegan y dicen que basta con que participen de la naturaleza divina sólo en cuanto es *raíz* de las operaciones divinas por las que se ama a sí misma, se intuye a sí misma. Y obra en todo por amor a sí mismo. Otros dicen que la gracia participa de la razón de acto puro que es ser acto puro e infinito, no adecuadamente, sino inadecuadamente. Mas tal diferencia de opiniones parece que lo es más de palabra que de realidad» (*1.c.*).

A un ente que sea, que tiene que ser, íntegramente, esencialmente y existentemente «creatura» de Dios, íntegramente, esencialmente «imagen» suya —todo lo de ella para Él— no puede hacérsele ya gracia de nada mejor que lo de «imagen».

Quien o el que tiene todo para otro (*esse ad*) no puede tener de reserva algo para en sí (*in se*); y no tener nada de *en sí* o *en sí* es no ser ente. Y el o lo no ente nada puede recibir.

A una creatura de Dios pueden imponérsele nuevas obligaciones, entre ellas la obligación de «aceptar la gracia» que a Dios le dé la gana de hacerle.

«Deber aceptar una gracia» —o un regalo, un don, una dádiva, un premio...— no es hacer una gracia; es imponer un deber, una obliga-

ción, aunque no sea sino la de «dar gracias» —agradecimiento, sentirse honrado.

Pues bien: una creatura tiene la obligación de recibir gracias, si a Dios le da la gana, su libre albedrío —no por méritos, razones o motivos necesarios y suficientes para ello— de hacer una gracia; y no aceptarla será gran desgracia: digna de castigos eternos.

Hacer a un hombre —que es ya creatura íntegra de dios, íntegramente imagen suya— la gracia de unirlo hipostáticamente con una persona divina, es imponerle una determinación óntica: no una gracia. Es irremediablemente atentado óntico.

Hacer a un hombre, creatura íntegra ya de dios e imagen suya total —sin reservas de ente en sí y para sí— la gracia bautismal más imperdible, más impresa que marca de hierro en piel de cordero, es imponerle nueva obligación; no, darle una gracia, hacerle un regalo.

Tener, pues, que recibir una gracia y tratarla según los términos que el Dador establezca, no es sino una nueva manera de obligación. No se la llame «gracia», so pena de pervertir los términos y no tomar a una palabra su Palabra.

Todo lo cual resuena a actos y conducta de Tiranos, Sátrapas, Déspotas orientales, Rey de Reyes, Emperadores... de aquellos tiempos, para los cuales no recibir una gracia suya —de las descomunales, positivas o negativas, premios o castigos— traía por secuela una obligación, una falta de respeto o un acto de adicional respeto, digna tal falta de «muerte», sin más consideraciones; o digno tal acto de «vida» —hasta de vida eterna— o de muerte eterna; de vivo, mantenido en vida, con milagros infinitamente superiores a todos los hechos y por hacer en favor de nadie, para así poder matar sin llegar a morirse el condenado.

A los hijos, humanos, hácense a veces regalos, juguetes, no los que querrían, sino los que los padres —tiranuelos, fuera de época— creen deber, con ellos, jugar los hijos; y disponen el modo de tratarlos —nada de romperlos, desmontarlos, arrinconarlos...

Tales padres no regalan, no dan; no hacen «gracia»; imponen obligaciones nuevas, desconociendo el en sí y para sí de sus hijos.

Al Padre celestial atribuyen teólogos clásicos —¿pasados?— cual si fuera grande, y nueva gracia, el señalar condiciones: aceptar, agradecer, las gracias —unión hipostática, bautismal...—, y aceptar el modo de tratarlas como una obligación; y denegar la facultad de no aceptarlas, de rechazarlas, de decir «gracias» y hacer un ente acto de ser en sí y para sí, haciendo de ellas lo que quiera.

No es descortesía, injuria, insulto, blasfemia, al pretendido Dador,

pues no es Dador, sino Tirano, Sátrapa, Déspota, Rey de Reyes *sagrado*. Que por sagrado o divino merece eso y más; ni sabe, ni puede ni quiere comportarse como Gran Señor que hace gracias sin obligación de aceptarlas y de agradecerlas; y sin que el agraciado sepa de quién provienen, a quién deberlas. Las halla o se halla con ellas cual con dato, cual con su en sí y para sí.

Si se trata de hacer «méritos» *A* ante *B* o ante Rey de Reyes, Sátrapa o Déspota, Emperador romano..., lo de hacer méritos no debe ser otra gracia previa a hacerlos y para poder hacerlos *A* ante *B*.

No poder hacer ante Dios —ante Sátrapa oriental...— méritos por los que merecer una gracia —hipostática, bautismal, ordinal, eficaz, suficiente: profecías, don de lenguas, de milagros— es secuela de ser un ente «creatura integral» de Dios, o de depender en cuanto a vida o muerte, bienes y males, de otro —Sátrapa...

Sólo un ente o realidad con en sí y para sí puede hacer méritos a una gracia, o premio, si hace obras que, por casualidad, por suerte, resultan sorpresa agradable ante otro; algo que Él no podía esperar; y de la cualidad y cantidad que Le agrade —o desagrade—; y jamás le impondrá la necesidad de recibirla ni el deber sutil, de agradecer.

«Hallaste, por casualidad, por una buena suerte, por agradable sorpresa, gracia ante mis ojos», fuera fórmula de un Dios —Sátrapa, Tirano, Creador— ante *Ilíada, Banquete, Cantata 80, Sinfonía Novena, Guernika*... «Te lo computo por méritos de vida eterna, de gracia ante Mí, por ser, o por lo que estoy siendo, El Gran Músico, El Gran Poeta, El Gran Actor, El Gran Matemático, El Gran Tecnócrata...»

Esa coincidencia de sorpresas: la de un ente sorprendido de que una obra *suya*: del en sí y para sí, haya resultado agradable, admirable, ante Otro ente, en sí y para sí, también; obra meritoria de premio, de gracia, sin que el otro se sienta obligado ni a agradecimiento ni a manifestar complacencia ni a dar premios ni condecoraciones, y sin que el uno pretenda, o se crea con derecho, a recibir albricias, gracias, admiración, premio...

Gracia excluye —venganza divina de la palabra a la que se ha tomado la Palabra— obligaciones y derechos antecedentes y consiguientes.

Es acto de libertad, de libertad bilateral.

Libremente dable, libremente aceptable, libremente rehusable. Acto y actitud de persona a persona.

Quien se resiente de ello no es Dador; es Emperador, Sátrapa, Déspota, Tirano... o ahora dictador, dictadorcillo.

Gracia eficaz, irresistible, irrenunciable, indeleble... son otras frases de contradicción inmediata, insulto real a Dador y a receptor.

La frase «hombre agraciado» ante Dios y por Dios es irrealizable, trátese de unión hipostática, o de gracia suficiente.

Las casillas «hombre deificado», «hombre en gracia divina» están y tienen que estar, vacías. Meras frases, prestigiosas en épocas de Dios «animalmente divino», o de Dios «racionalmente divino», según racionalidad griega.

Tan vacías están que nadie puede saber por conciencia propia si está o no en gracia. Y eso que la gracia se asienta en la esencia del alma, cual en sujeto propio, o en potencias del alma —voluntad, entendimiento...— como en sujeto secundario. Y si no se puede saber, sentir, que se está en gracia, que se ha caído en gracia, ante Dios, ¿qué gracia es esa gracia?

Es cual hallarse uno con una cosa que no se sabe que es regalo. Caída del cielo, descuidadamente perdida por alguien; declarar: «Se ha encontrado una cosa, quien se crea dueño, puede pasar a recogerla... de tal hora a tal hora. Si nadie pasa y demuestra ser su dueño se entregará a la beneficencia pública».

Con esto se da por terminado lo referente a los temas «hombre deificado» y «hombre agraciado»; y el correspondiente a Dios «animalmente divino» y a Dios «racionalmente divino». De –6000 a.C. a 1500 d.C.

No haría falta declarar ahora al Lector que de todo ello se ha tratado en lenguaje *natural*, filogenético: anatómico y fisiológico. Se lo ha tratado: empalabrado y enconceptuado, sin evasión, mientras perdure la *naturaleza* en Dios y en hombre.

Animalmente racional y animalmente divino, en Dios y hombre.

Racionalmente animal y racionalmente divino en Dios y hombre han sido estados reales históricamente y están siendo reales, mientras la dosis de hombre primitivo —la del filogenético— sea mayor que cero: 0,90; 0,80... 0,30. Y es mayor que cero en la mayoría de los actuales: estado al que todos estamos expuestos, subliminalmente atraídos por tal dosis: por el tipo de nuestro cuerpo. Y frecuentemente caídos o recaídos en él, y cómodamente establecidos lingüísticamente, mental y sentimentalmente, y comodonamente reposados religiosamente.

El lenguaje natural es, pues, nos es, metalenguaje; mas no superlenguaje. De él nos hemos servido a lo largo de toda esta obra. Con comodidad y con comodonería a veces.

En orden al tema de la obra: ¿está Dios obligado a *hablarnos* en lenguaje natural, por médiumes humanos: profetas, jueces, mesías...?

Si «Dios puede ser lo que quiere ser» —fray Francisco—, si «Dios es necesariamente real, mas puede serlo de la manera que él quiera» —Plotino—, ¿habrá querido *decirnos* —a partir, sobre todo, del Renacimiento— en lenguaje matemático, musical, artefactorial lo que no podría *hablar* sirviéndose del lenguaje natural? ¿Y sus *médiumes* serán Galileo, Newton, Leibniz, Laplace, Hamilton, Einstein... Bach, Beethoven, Bruckner, Mahler, Webern... Franklin, Hertz, Edison, Fermi, Teller...?

Quinta parte

Recapitulación

(§ 1.º)

En sentencia clásica ya dijo Agustín de Hipona: «Si no se me pregunta *qué es* tiempo, lo sé; mas si se me pregunta *qué es*, no lo sé».

Si no se nos pregunta *qué es* agua, vino, azúcar... sabemos a qué saben; mas si un físico, un químico nos preguntan *qué es*, qué son, no lo sabemos; y la respuesta que ellos nos dan ni la entendemos ni la «*sabemos*» —sabor, *sapere, sapor,* «*sapientia*».

¿A qué de lo real gustado, saboreado, vivido corresponden esas palabras de «H_2O; CH_3CH_2OH; $C_{12}H_{22}O_{11}$»? Ante la ignorancia natural de la razón matemática y de la matemática razonada que ellas incluyen y explícitamente dicen, podrían el físico y el químico repetir, acomodándola al caso, la sentencia de Heráclito, quien ante la ignorancia de sus contemporáneos respecto de lo que es *Logos* —la razón universal—, dice: «A pesar de que la Razón [palabra enconceptuada y concepto empalabrado] existe desde siempre y para siempre, no dan con Ella los hombres ni antes de haber oído hablar de Ella ni después de haber oído hablar de Ella por primera vez. Que a pesar de haber sido hecho todo y hacerse todo precisamente según tal Razón, se parecen a inexpertos que con palabras corrientes tantean, a pesar de que el físico y el químico explican detenidamente cuál es el *qué es* de cada cosa —de agua, de vino, de azúcar... de tiempo, de espacio, de cuerpo, de vida». Y añadimos: si no se nos pregunta, a cada uno, en privado, *qué es* Dios, lo sabemos, y nos sabe —y ha sabido a algunos— a Padre,

Redentor, Salvador, Juez, Santo, Señor Dios, Señor Dios de los Ejércitos, Legislador...; mas si se nos pregunta *qué es* ser Dios y *quién es* Dios, no lo sabemos; y la respuesta que filósofos y teólogos nos dan ni la entiende el hombre natural, el filogenético, ni *sabe* ni le sabe tal respuesta a tal Dios, ni saborea en ella lo divino de Dios, ni le resulta «*sapientia*».

¿A *qué sabe* eso de El Necesario, El Infinito, El Simple, El Único, El Inmutable, El Increado, El Creador, El Eterno, El Causa primera, El Fin último, El Existencia subsistente, *Esse subsistens,* El Acto puro?

A eso le saben y se regodean en ello, y se regodean de tal sapiencia el filósofo, el teólogo; pero lo saben y les sabe a ratos (breves, de ordinario), en actos (sueltos), en obras (especiales: oficios, lecturas, lecciones...); mas al hombre natural —varón o hembra que es y aún está siendo todo filósofo y teólogo, no a ratos sino constantemente, de por vida; y no en actos, sino en ese hábito que es naturaleza; y no en obras especiales, sino en esa obra de todos los días, horas, minutos y segundos que es vivir y tener que vivir alma unida a su cuerpo y cuerpo incorporado a su alma—, todo eso de «El Necesario... El Acto puro» desaparece, y le revierte —a todo filósofo y teólogo— el que Dios le sepa a «Padre, Redentor... Juez, Señor»; lo saboree, o le asquee todo eso y hasta la palabra «Dios».

Mas si el científico actual —físico, químico— ha conseguido dar a esas palabras «N., I., U., S., C.» un contenido a la altura de la ciencia —comenzando por quitarle el «El»: el hacerlas peculio, atributo de una persona, de un quién— tal sentido hácesele —al teólogo y más al hombre natural, al filogenético que es en el fondo todo teólogo— *in-sípido*: no le sabe ni a Dios ni a lo divino.

Que al hombre natural, al fisiológico, tampoco H_2O le sabe a agua;
ni CH_3CH_2OH le sabe a vino;
ni $C_{12}H_{22}O_{11}$ le sabe a azúcar...

«H_2O... O_{11}» le son al hombre natural, al filogenético, *insípidos,* aunque se le diga y demuestre que son ellas la realidad de verdad de agua, vino, azúcar... y que son ellas las que hacen y de que depende que le sepa agua a *realmente* agua; vino, a vino *real*; azúcar, a azúcar *real.* Y son ellas, esas fórmulas, las que mantienen el sabor *real* a agua...

A los sabores sensibles, determinados de agua, vino, azúcar, «H_2O... O_{11}» los deponen o rebajan a globales, a simplificados; los sentidos naturales se los tragan, no los mastican. Y la mente se los *traga,* sin analizarlos.

«$ds^2 = \sum_1^4 g_{ik} dx^i dx^k$; $(\pm t)^2$; $(\pm x)^2$, $(\pm y)^2 ...$; $W = \frac{N!}{n!_1 ... n!_s} \quad g^{n!_1} \cdot g^{n!_2} ... \; g^{n!_s}$; $- dN = \lambda N dt$; $pq - qp = ih/2\pi$» son lo que, y todo lo que, de Inmutable, Eterno, Inmenso, Increado, Creable, Creador, espontaneidad, novedad, originalidad, vivible, tienen de realidad de verdad.

Lo de inmutable, eterno, único, simple, creador, la mente del hombre natural y la del teólogo y filósofo, por la dosis de lo que de hombre natural tienen aún —vgr. 0,80, 0,50... 0,30— se lo *tragan*; dicho en frase vulgar, mas potentemente significativa se «*lo comulgan*», cual «*comulgar con ruedas de molino*»: a bulto, simplificadamente, globalmente, vagamente, que así, a bulto, simplificadamente, según las tragaderas de hombre particular y hombre individual, los sentidos se tragan todo: los ojos comulgan luz; las orejas, sonidos; el tacto, peso, calor, electricidad...

Tales conceptos —N, U, I, S, M— tal cual los concibe el hombre primitivo y el hombre medieval les son claros, distintos, adecuados y perfectos, respecto de los mismos tragados por el hombre primitivo y con ellos así —globales, simplificados, bultos— comulgan teólogos, filósofos, científicos cuando se son hombre primitivo por la dosis siempre mayor que cero —0,80... 0,30—, imperdible mientras se tenga o se sea cuerpo filogenético y el alma esté incorporada en él.

¿Es de desear, es de prever que la dosis de hombre primitivo —a causa de su componente filogenético— se reduzca, por obra y gracia de ciencia y técnica, de 0,30 en 1986 a 0,05 en el 3000; o en el 6000, a 0,0005?

No es de desear ni es de prever y lo tendrían por tal los de «intereses creados» —religiosos, políticos, sociales, morales...—, tal cual se hallan y actúan en hombre primitivo y en hombre medieval.

Lo desean y prevén, lo emprenden, el hombre renacentista y el hombre actual.

(§ 2.º)

(A)

En el libro *De Interpretatione* (Περὶ Ἑρμηνείας) dice Aristóteles que quien pronuncia un nombre (ὄνομα) detiene (ἵστησι) el pensamiento (διάνοια) y que quien escucha un nombre se queda atascado (ἠρήμεσην). El verbo (ῥῆμα) es el que hace fluir las palabras y el pensamiento. Y desatasca a locutor y a auditor. Los hace ser y estar siendo

en acto hombres, que es animal racional (ζῷον λόγον ἔχον); «racional» (λόγος), acorde de palabra enracionalizada y de razón empalabrada.

Por la dosis que aún los actuales y aún los actuales teólogos, filósofos, científicos tenemos de hombre primitivo, al decir el nombre de «Dios» o los conceptos y atributos empalabrados en él, en tal *nombre*, se nos detiene el pensar: el río verbal y conceptual, y quien lo oye (o los oye) se nota re-posado, con atasco cómodo, seguro, inmoble (ἵστησι). Y como el que pronunció tal nombre —Nombre de nombres, El Nombre— se escucha pronunciándolo y lo oye mentalmente, tal Nombre lo inmoviliza y asegura: se siente inmutable, firme, con estado afín a inmutable; seguro, estado afín a eterno; reposado, estado afín a paz: «*requiescat in pace*».

El nombre «Dios» es, pues, dado cual «nombre de nombres»: El Nombre por excelencia (κατ-ἐξοχήν), cual Elohim es El Dios de dioses, El Dios.

Y a los conceptos implicados en tal nombre y las palabras enconceptuadas en tal nombre se los nota, se los siente, que son seguros, reposantes, reposo, fin ya para siempre. Y el pronunciante y el oyente se sienten ya seguros, firmes, inmutables.

La base «invariante» del universo no *dice* «Dios», sino «ds^2»; no dice (Dios) «El Eterno», sino «$(dt)^2$, $(\pm\, dt)^2$»; no dice «El Inmenso» (Dios), sino «$(\pm\, x)^2$, $(\pm\, y)^2$, $(\pm\, z)^2$»; ni dice «Creador» (Dios), sino «$\frac{N!}{n!_1 \ldots n!_s}\, g^{n!_1} \ldots g^{n!_s}$»; no dice «El Viviente», sino «$-dN = \lambda N dt$». Y el agua no le sabe a diosa agua sino a «H_2O»; y el vino lo sabe, le sabe, a «CH_3CH_2OH»; ni la circunferencia le sabe o la sabe como rueda, sino como «$x^2 + y^2 = r^2$»; etc.

Dios —El Eterno, El Inmutable, el Creador...— no *habla* en ningún lenguaje natural —hebreo, griego, latín... castellano—, porque todo lenguaje natural es río: fluye; y en él los nombres son nada más detenciones, atascos, transitorios y no pasmables; son remansos, lagunas, marismas que una riada se las lleva.

«Dios» —El Eterno, El Inmutable, El Necesario, El Creador...— *dice* en lenguaje, in-natural, artificial, «ds^2»; y no pronuncia el nombre de eternidad, eterno; *dice* «$(dt)^2$, $(\pm\, t)^2$»; y *dice* «$-dN = \lambda N dt$», y no pronuncia o vocea «creación, surgimiento». Y no habla de rodar, sino *dice* «$x^2 + y^2 = r^2$»...

Ni emplea la frase «juro por mi gran nombre». Manda «no tomarás en vano mi nombre». Y en vano se toma al escribirlo.

«Jehová», nombre especialísimo, sin vocales ni consonantes, así

que impronunciable, in-voceable, in-bocable. Sin vocales —sin a, e, i, o, u, ü...—: «*J–h–w*». Sin consonantes, pues es sin vocales que lo hagan sonar. Es algo así cual mero soplo, silbido, aspiración o inspiración (*ruah*).

Que se lo haya tomado en vano, ya desde el A.T., y rellenado masoréticamente de vocales, es punto que aquí no nos interesa. Nos interesa lo que sugiere, que es algo así como afín a «ds^2», «$(dt)^2$» que no se componen ni de vocales ni de consonantes: *Palabra visual*. «*Jhw*», afín a «$(ds)^2$».

Repitiendo la sugerente sentencia de Schiller, mas modulándola a nuestro propósito, «*¿Habló* Dios?; ya no es dios quien habló»: *¿Habló* Dios?, ya no es *El Eterno, El Inmutable, El Acto puro*... quien habló.

No es Dios; es dios; y como se dijo largamente en otras partes de esta obra —aquí reconcentrado para que resulte *explosivo*—, *dios es lo divino* del universo.

«*¿Habló* dios?; ya no es dios quien habló»; sino *lo divino del universo* es lo que (el que) *dice*.

Hablar es expresarse en nombres y verbos, en sustantivos y adjetivos, en adverbios, según sintaxis y prosodia regida por palabras enconceptuadas y por conceptos empalabrados, todo ello subtendido y mantenido *realmente* y como *real* por la filogenética —por la anatomía y fisiología humanas— como tantas veces se ha dicho aquí.

Por contraste, *decir* es expresarse en variables y constantes que, unidas por operaciones dan fórmulas. Ni legibles ni pronunciables: in-hablables. A-sintácticas. En «$ds^2 = \sum_1^4 g_{ik} dx^i dx^k$», «$(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$», «$(a + b)\ (a - b) = a^2 - b^2$», etc., no hay ni vocales ni consonantes ni nombres ni verbos; sólo conceptos simbolizados y símbolos conceptualizados. No hay prosodia «bocal» ni fotografía «visual», ni sintaxis gramatical: de gramática de lengua natural.

Pues bien: en lengua natural, a todo nombre le nacen verbos; a todo sustantivo, adjetivos; al verbo, adverbios; y al revés: todo adjetivo remite a sustantivos; todo verbo, a nombre...

A caliente, *Calor*; a frío, *Frío*; a húmedo, *Humedad*; a luminoso, *Luz*; a pesado, *Peso*; a viviente, *Vida*; a humano, *Hombre*; a mío, *Yo*; a tuyo, *Tú*; a divino, *Dios*. Y al revés complementario: *Dios* da sentido y realidad a divino; *Vida*, a lo viviente; *Calor*, a caliente; *Luz*, a luciente... Y como se acaba de recordar, con Aristóteles, los nombres (sustantivos) detienen el pensamiento discursivo, el curso del pensar y hablar; y el pensamiento se queda pasmado, atascado en el Nombre. El concepto, encandilado en nombre y la palabra pasmada en sustantivo, atascan y

encandilan al que los piensa y al que los oye. Notan ambos que la corriente (curso) del hablar no se los lleva o arrastra. Y la mente —del hablante y del oyente— se agarra a ellos, cual a boyas y tablas de salvación.

$\overline{p \cdot \bar{p}}$, $p\bar{p}$, $(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$, etc.;

$(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, $(a - b)(a + b) = a^2 - b^2$, etc., ni son corriente ni dis-curren o son dis-curso. Están más allá de todo eso.

Esa forma lingüística de «adjetivo sustantivado» —que es, vgr., «lo divino, lo caliente, lo humano»— prescinde y está más allá de la correlación lingüística de nombre-verbo, sustantivo-adjetivo, verbo-adverbio y sus vínculos o con-junciones (sintaxis). Podremos, pues, *decir* y *pensar* «lo divino, lo humano...» al nivel de *decir*, evadidos del *hablar* y de su lógica *bucal*. A nivel ya de «ds^2».

En lengua natural, las secuelas «caliente, *luego* Calor», «luciente, *luego* Luz» «divino, *luego* Dios» se imponen por la unidad sentida —biótica, biológica, psicológica— de que no se lleve la corriente del lenguaje a pensante locuente y a pensante oyente.

Los nombres (sustantivo sobre todo) «detienen». Son «islas» en que echar pie a tierra; mas todo nombre, tal estabilidad, está atacada, circundada de verbos —de corriente. Sólo, ejemplarmente, $\overline{p \cdot \bar{p}}$... $ds^2 = ...$ $(a + b)(a - b) = a^2 - b^2$... no están en corriente alguna, sino en universo de relaciones, in-diferente a tiempo $(\pm\, t)^2$, a lugar: $(\pm\, x)^2$, $(\pm\, y)^2$, etc. En estado de necesidad, universalidad, inmutabilidad.

Desde que se inventó Ciencia *dicha* en lenguaje artificial —modelo primero, envidiado e imitado después, el algebraico— concluir de «caliente a *Calor*... de divino a *Dios*», y más aún: concluir de Calor a *Caloridad*; de Luz, a *Luminosidad*; de Dios, a *Deidad*, será conclusión impuesta por el lenguaje natural de animal racional que se nota, se vive aún llevado por la corriente, por río, por riada de palabras, en trance de ahogarse mentalmente lo racional. Así que a *lo divino* del universo no corresponde, ni exige, un Dios. «Lo divino» no es adjetivo que exija sustantivo. Ni nombre que exige verbo.

Respecto de todo eso: verbo-rrea natural, son neutrales $\overline{p \cdot \bar{p}}$, $p\bar{p}$, $ds^2 = \sum_{1}^{4} g_{ik}...$, $-dN = \lambda N dt$... Ellos son realmente «lo divino del universo».

«Lo necesario» no exige «El Necesario»; «Lo Infinito» no exige «El Infinito»; «Lo Ser» no exige «El Ser»...

Pues bien: justamente lo necesario, lo infinito, lo universal, lo único son caracteres de lo divino del universo.

Luego las secuelas: de divino a Dios; de Dios a Deidad; de necesario a El Necesario; y de éste a Necesidad; de infinito a Infinito, y de éste a Infinidad... son falsas; y se notó su falsedad apenas la mente inventó «$(a + b)\ (a - b) = a^2 - b^2$, $\overline{p \cdot \bar{p}}$...». *Ahora bien*: la lengua natural es propia del *animal* racional, por lo de animal, y por sometido lo racional a lo animal: por estar lo racional asomado, amorrado, intrametido en lo animal, corporal, filogenético. Es, pues, la lengua natural el instrumento (órgano) del hombre primitivo, y lo es de los demás: hombre individuo, singular, persona por la dosis que de *animal* racional les quedare, que puede ser 0,70, 0,40, 0,20; dosis que, repetido en su lugar, se refiere no a tantos por ciento, cual los de las partes de un compuesto químico (vgr., según la ley de Dalton), sino a medianas de miles y miles de actos, de ratos, de obras durante períodos, vgr., de años, edad, época...

El Hombre actual (H_a) —el Hombre persona y el Hombre singular— está tentado, casi en dosis 0,20 en casi o por término medio en 0,20 de sus actos, ratos, obras de *hablar* y *pensar* con palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados como el hombre primitivo, el filogenético, que en dosis 0,20 está siendo. Y ese 0,20 eficientemente presente en él le convencerá, le vencerá, de que lo divino remite y exige «Dios»; o que lo divino es atributo de Dios; el adjetivo, del sustantivo. Mas por su dosis de 0,40, propia de persona, podrá actuar de *médium* de lo divino; pero por su dosis de 0,20 se creará, se sentirá, ser *médium* de *Dios*. Y en tal trance podrá en él el hombre primitivo, por su tanto de 0,20, *hablar* de lo divino como el rapsoda Ión o el locutor del *Bhagavad-Gita* o El Beduino. Y así han hablado éstos que, siendo H_p, por 0,80, el 0,05 de hombre persona en ellos les dio capacidad, oportunidad, para *hablar* (y pensar) como hablaron y pensaron.

El que el Hombre actual (H_a) sea aún por 0,20 H_p hace realmente posible y frecuente el que todos: H_p, H_m, H_r, H_a, se *entiendan* por palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados de lengua natural.

Pero todos ellos: H_p, H_m, H_r, H_a —y sus estados y dosis de Hombre persona (*HP'*), Hombre individuo (*HI*), Hombre singular (*HS*)—, son propiamente *médiumes* de lo divino del universo. Y no médiumes de un dios transcendente a todos ellos, del cual por haber de ser íntegramente, esencialmente, creaturas suyas, no pasarían de ser marionetas, muñecos, robots de Él. Y Él, para servirse de tales marionetas, tendría que divinizarlos, encarnarse o enrealizarse en ellos o íntegramente o en partes de ellos: lengua, manos, imaginación, memoria...

Por ser y para ser H_p.. H_a *médiumes* de lo divino del universo, han

de transformar lo divino que saldrá por la lengua de ellos hablado en palabras enconceptuadas y en conceptos empalabrados; y por los ojos, oídos, de ellos, saldrá lo divino del universo transformado en visto, oído; y por la imaginación de ellos, saldrá imaginado; y por la mente de ellos, pensado. Sale, pues, lo divino hablado y hablante a ellos, visto por ellos y vidente de ellos; pensado y pensante: una especie de alucinación: hablante, vidente, oyente, pensante, oída, vista, hablada, pensada; todo esto en unidad, tanta cuanta la del *HP, HI, HS, HP'*. Y ello a actos, en ratos, en obras, pues el *HP... HP'* lo son a ratos, a actos, y no quedan pasmados.

A diferencia de lo hablado, lo visto, lo oído, lo pensado que queda de todo acto de ojos, oídos, mente, imaginación, manos de los médiumes pasmados, extáticos, son cual retratos, como los ensueños y alucinaciones de los *HP... HP'*.

Visión o pesadilla de despiertos o de dormidos.

El Dios hablado y hablante —visto y vidente, oído y oyente, pensado y pensante, sentido y sentiente— producido por los *médiumes* de lo divino es, diríase ahora, cual lo que ofrecen el diafragma y altavoz de un corriente fonógrafo o lo que la pantalla del televisor ofrece a vista, oídos, de visible y audible.

Habla, pues, pero no nos habla; ve, pero no nos ve; no responden a ojos, oídos, mente de los médiumes: de los H_p... H_a. No pueden hacer sociedad con ellos: sociedad de covidentes, de coaudientes, de copensantes, de consentientes.

No es que a Dios, o a un dios transcendente —con su en sí y para sí propio, supremo— le dé la gana de aparecerse a ratos, en actos, en obras y endiosar al H_p... H_a, a todo lo de él o a parte de él para que lo vean ojos naturales, oídos, manos... durante tales actos, ratos, obras. Sino al revés: son los *médiumes* de lo divino los que dan en ratos, actos, obras a lo divino la forma parencial de dios —comenzando por darle nombre (ὄνομα) sustantivo, y ponérselo con conceptos empalabrados y palabras enconceptuadas del H_p... H_a.

No se apareció Elohim (Jehová) a Adam y Eva ni a Abraham ni a Jacob ni a Jesús ni a Teresa de Jesús...; y éstos, de pacientes, de extasiados, de absortos ante tal sujeto-objeto —visible-vidente, audible-audiente, locuente—, sino al revés: éstos, por arte de superilusionistas fabrican con ojos, oídos, mente lo que en su orden hacen televisor, fotografía, fonógrafo. Inventos éstos del Hombre en su estado de singular y de persona.

El hombre en su estado de primitivo —o de *HP* o *HS*, por la dosis

grande: 0,70, 0,40— está volcado, asomado, amorrado, expósito, esclavo de la naturaleza exterior. Impotente frente a ella. Impotente como frente a la interna: imaginación, memoria, voluntad, mente que no viven en cuanto a su contenido, sino de lo que los sentidos externos reciben, y notan que no hacen. Y se notan sanos por ver algo visible...; y no advierten que hacen que la cosa se haga visible porque ellos la ven; la hacen audible por que ellos la oyen; le sacan los colores, los sonidos, a la cara.

Lo visto, oído, sentido, pensado por el H_p —y por el *HP', HS, HI* por sus dosis de primitivos— parece con apariencias reales a su manera y en su tánto que hablan, oyen, piensan en uno —Adam, Eva, Abraham, Jacob... Teresa de Jesús...—; y que tal hablar, pensar, procede de El Vidente, Oyente, Pensante; y ellos: Adam, Eva... Teresa de Jesús son los vistos, oídos, aludidos. Mas el H_p —y el *HP, HI, HS, HP'* por su dosis de H_p— no son *éste*; no son *yo*; y menos aún *yo mismo*; son un cualquiera, uno de tantos.

Es bien diverso el que Dios se aparezca a Adam, a Eva, a Jesús..., que a Platón, Aristóteles, Galileo, Newton...: a un hombre que se está siendo *yo, éste*. Que ya no se siente ni expósito ni esclavo de lo natural, sino artífice que lo reforma conceptual, físicamente, instrumentalmente en grados crecientes de dominio de lo natural tal cual está dado. A diferencia de Adam, Eva, Abraham, Jacob... Teresa de Jesús... que en nada intentan reformar lo natural: aplicar técnica, arte.

Que tal dios «fantasma real» de hombres que no pasan de H_p parezca llevar la iniciativa (acto) de hablarles, pensarlos, imaginarlos a su talante arbitrario despótico, depende del estado de pasividad del hombre primitivo respecto de lo natural; o dicho al revés: de su ineficiencia técnica.

Apenas se inventen lenguajes cuyas palabras y conceptos no estén sometidos a la fisiología y anatomía humanas naturales, y las manos naturales asciendan a manos de artesanos, artífices y técnicos, y produzcan instrumentos de ver, oír, manipular, calcular..., desaparece o no puede ya aparecer ese «dios fantasma» hablante, vidente, en lengua natural y con ojos naturales.

Por el natural y total extrovertimiento del H_p —de la dosis que de él queda en hombre medieval, renacentista y actual— el dios visto, oído, locuente, potente, volente resulta «íncubo» por estar en el universo por esencia, presencia y potencia, dicho en frase clásica teológica; por estar en todo por *esencia*, está en lo más íntimo, fundamental e importante de lo real y del hombre; por estar en todo por *presencia* está

cual íncubo omnividente, omniaudiente; por estar en todo por *potencia* lo está como íncubo omnipotente; y por la extroversión del hombre primitivo, en su voluntad está dios en estado de déspota, de absoluto, rey y señor, hasta de dioses (Elohim).

Que se manifieste o revele solamente así a ratos, a actos, en obras depone que en todos los dichos actos, ratos, obras del hombre y de lo natural no está *realmente* ni por esencia ni por presencia ni por potencia. Es decir: se refuta a sí mismo; mejor, lo refuta o rechaza el hombre puesto ya a actos, ratos, obras a ser en sí y para sí: a ser ente real.

Lo que tal dios —«ectoplasma» de la realidad humana extrovertida— declara o habla de religión, moral, higiene, historia... cabe dentro de lo hablable por lengua natural: de lo expresable en palabras enconceptuadas y en conceptos empalabrados en ella. Todas las palabras atribuidas a tal dios parécenle al hombre primitivo «sublimes»; y se lo parecen a H_{m}, H_{r}, H_{a} por su dosis real aún de hombre primitivo; y lo son a su manera y en su tánto, por el estado de desentrañamiento ectoplasmático del Hombre primitivo.

Al H_{m}, H_{r}, H_{a} le parecen, díganlo o no explícitamente, «vulgaridades», «cualquierismos»; «buenas, algunas solamente» para aquellos tiempos y para aquel estado del hombre —que, por mayoría predominante no sabía ni leer ni escribir y casi ni hablar; y los temas o asuntos de hablar, de palabra o por escrito, se reducían a lo que lo natural ofrece globalmente, superficialmente, simplificadamente.

(B)

Recalquemos estas consideraciones —compendio de lo dicho larga, minuciosa, documentadamente en esta obra— recapitulando lo referente a lenguajes no naturales. Y primero, al algebraico, para con esta palabra resumir «álgebra, análisis algebraico, infinitesimal, lógica...».

Lo divino del universo proviene —en sus caracteres, modos o tono, de necesidad, universalidad, infinidad— de la presencia eficiente de leyes algebraicas —no escritas, sino inscritas, intrínsecas, eficientes.

Si lo divino irrumpe a través del hombre —de irrupción por otros tipos de ente no cabe tratar aquí—, tales estructuras formales no se componen de nombres y verbos, sustantivos y adjetivos, sintaxis gramatical; y sus *médiumes* no pueden *hablar* de todo ello según lenguaje natural; *dirán* en lenguaje nuevo, artificial.

El paso —filológicamente impuesto al hombre primitivo— de di-

vino a Dios; de sabio, a Sabio; de poder, a Omnipotente; de necesario, a Absoluto; de ente, a Ser..., resulta imposible e ininteligible.

El «$ds^2 = \sum_1^4 g_{ik}...$», invariante básico —expresado en metalenguaje natural por condescendencia del matemático H_a— descubre a éste, por su dosis, a lo más de 0,20 de hombre primitivo, que El Inmutable, *Dios Inmutable* son, en realidad de verdad y para él mismo, un sinsentido.

Mas «$ds^2 = ..., (p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$» y demás fórmulas las *dice* un médium que, en trance, en actos, a ratos y obras de tal, no es ni un cualquiera (*HP, HI*) ni un yo (*HS, HP'*).

Al H_p —y a lo que de él hay en su grado en *HS, HP'*— se le objetivan, las ve como figuras que no hablan de nada. Y por su dosis —pequeña, mas real— de *HS, HP'*, la de 0,05, 0,10, el hombre primitivo sospechará que son signos, símbolos, que aluden, remiten a algo ni hablable, ni pensable, ni deseable por hombre natural, por él en cuanto hombre natural, y por su tanto de 0,80.

Al médium —al matemático— se le objetivan, pues él no se siente como sujeto (cual yo) ni al pensarlas ni al escribirlas ni al releerlas.

Distingamos tres clases de actitudes respecto de Dios (θεός): (1) la de *teístas* —*teo*-diceos, *teó*-logos, filo-*teos*— que se tratan *con* Dios (θεός) o por abogados suyos (diceos, δίκαιος) o por conceptos empalabrados o palabras enconceptuadas (λόγος) o por amor (filo), y pueden ser todo eso como creyentes o crédulos. De tratarse *con* Dios les surge el tratar *de* Él (los creyentes); tratar *de* no les procede (a los crédulos) de haberse tratado *con* Él.

(2) La clase de *antiteos* (ἀντίθεος) o ateos por odio, por animadversión sentimental, por convencimiento intelectual. Actitud propia de increyentes o incrédulos. O antiteos respecto de los dioses o dios de otra religión en la que no son fieles.

(3) Los *neutralmente ateos* para los que lo de dios o divino les resulta indiferente o puramente curiosidad óntica y ontológica, científica o filosófica, cual la de un diamante, o caso rarísimo de ente; o sencillamente ni piensan ni no piensan en él —cual quien nunca, durante su vida, y los hombres durante épocas, ni pensaron ni hablaron de pegasos o sirenas.

Por muy creyentes que se sean los de la clase (1) —teólogos, teodiceos, teófilos— lo son a ratos, más o menos largos, en actos sueltos, en obras especiales; no quedan pasmados por acto alguno para siempre. Visión beatífica. Así que, fuera de esos ratos, actos, obras son de hecho *a-teos*. Piensan en mil otras cosas, desean otras, hablan de otras o simplemente duermen o están olvidados de dios.

O son *antiteos*; y la duración total de antiteísmo suele ser mayor que la de teístas, a causa de ser enemigos de los creyentes o crédulos en otro dios o en otros dioses.

A la clase de antiteos le sucede lo mismo: lo son a ratos, en actos, en obras sueltas. El antiteísmo ni los pasma ni mental ni sentimentalmente. Son, pues, ateos solamente en actos, ratos, obras que sumadas dan una duración mayor que la de actos de antiteísmo —podemos suponerlo por la dosis de H_p.

A su turno los ateos neutralmente lo son en mayoría de actos, ratos, obras. Así el matemático, el lógico, el físico por vocación y profesión. Y pueden pasar cual Laplace, horas, días, años sin necesitar de esa *hipótesis*: «que hay Dios y qué es Dios». Tal vez, al preguntarle Napoleón (crédulo) por qué en su «Mecánica analítica» no aparece Dios, Laplace pensó por vez primera en ello. Hasta entonces fue ateo neutralmente. Y posteriormente no consta que se trocara en *antiteo*.

Para los teístas, Dios puede llegar a serlo idea fija, obsesiva, lunática. Y a ello tiende, pues tiende el teísta a visión beatífica: a encandilamiento por Bien supremo, Verdad suprema, Acto puro. Actitud de afirmación y reafirmación.

Para los antiteos puede también resultarles idea fija, obsesiva y lunática. Hacerse perseguidores de otros dioses o de dios, pretendidamente único. Reacción de negador, de renegador.

Las dos clases, casi directamente inversa una de la otra, tienden a quedar pasmados —«cada loco con su tema». Los libra de tal pasmo la vida que es improvisadora de espontaneidades, estrenadora de originalidades, surtidora de novedades. Durante tales actos vitales, las dos clases están integradas de ateos neutrales.

Que la actitud de neutralmente ateo no pueda sostenerse durante toda una vida y que ni teístas ni antiteos puedan descender a neutralmente ateos, son afirmaciones naturales a las dos clases. De este punto se tratará más adelante.

La frase (primera) —en partes anteriores de la obra— «Dios matemático», carece de sentido, pues la matemática es neutralmente atea. $D(M)$ fuera la negación de sí (de Dios) por sí mismo, si se pusiera a ser matemático. Y por tanto no hay *médiumes* de él.

Los matemáticos, y todos en los actos (pocos o muchos), en ratos (breves o largos), en obras (de calculistas o aritméticos...) son o somos *médiumes* de *lo divino* del universo.

Pascal (creyente) —teólogo, teodiceo, teófilo— a ratos, a actos, y en obras se estuvo siendo, realmente, neutralmente ateo a ratos, a ac-

tos...: los de matemático y físico. Y antiteo, por defensor acérrimo de su conciencia católica contra los opuestos a ella.

Dios le fue idea fija, obsesiva, sin llegar a maniática. De ésta le defendió la matemática. Pero la idea fija de Dios le estropeó su vocación vital de físico y matemático.

Leibniz fue crédulo; y lo fueron *Descartes* y *Newton*. Dios no les fue, por lo que se puede conjeturar según datos de su vida y obras, ni idea fija ni obsesiva, menos aún maniática.

Cauchy —¿creyente?, ¿crédulo?—, gran matemático, Dios le fue idea fija. No obsesiva ni maniática. La matemática de la que fue *príncipe* le libró sin proponérselo, de tales pasmos.

Einstein fue, según todas las apariencias, *ateo neutralmente* de por vida. Dicen que dijo «no poder concebir a Dios jugando a dados cuándo, cómo, cuántas veces se cumplieran las leyes matemáticas del universo». Tal frase delata su natural, no estudiada, neutralidad mental y sentimental respecto de Dios —nombre oído por él, nombre percibido, como creído por creyentes y crédulos en religiones.

(C)

Otro lenguaje in-natural (artificial) es el musical. Continuemos refiriéndonos, como a modelo, a obras de música orquestal —a partir, ilustrativamente, de Bach.

No hay en lenguaje musical ni nombres ni verbos, ni sustantivos ni adjetivos ni sintaxis gramatical de lengua natural.

En lenguaje natural, en la oposición complementaria entre nombre y verbo, los nombres (sustantivos) son el centro y núcleo de condensación, de reposo del verbo. Y por ello lo son del lenguaje entero. Lo cual es decir que la corriente (ῥεῖν, ῥεῦμα, río, riada) temporal del lenguaje se atasca en el *presente*. Se atascan en él las palabras enconceptuadas y los conceptos empalabrados.

El tiempo, lo advertía ya Aristóteles, saca de tal atasco (εξίστησι), de tal éxtasis (ἔκστασις) al nombre, y por tanto al verbo atraído por el nombre y sus categorías (singular, plural, masculino, femenino...).

Dentro del lenguaje (λόγος), el estado principal es el de λόγος ἀποφαντικός: de locución declaradora, literalmente «iluminadora» (φαντ, φαιν, φάος, φῶς) por contraposición con locución semántica (σημαντικός) que solamente hace señas (σημεῖον), alude. Así la frase «animal racional» declara, saca a luz, lo que la palabra «hombre» (ἄνθρωπος) indica, señala.

Y dentro de las locuciones apofánticas o declarativas, la afirmación (κατάφασις) posee el privilegio de hacer firme lo declarado, por oposición a la locución negativa (ἀποφαντικός) que oscurece, priva de luz, a la locución. «El *hombre* (locución global) es racional» afirma, asienta en luz, lo declarado. La afirmación lo hace positivamente entendible, mientras que «el hombre no es racional» apaga, por decirlo así, tal luz: tal luminosidad que adquiere «hombre» al explicitar en él, dentro de él, lo de racional. Por la afirmación, «hombre» (nombre) transfórmase de oscuro en resplandeciente. Es fósforo, φῶς-φορεῖν: portador, él mismo, de luz. Hecho luz especial —hombre... agua, luz...

La afirmación *detiene* de original manera la corriente del verbo: la corriente de palabras enconceptuadas y de conceptos empalabrados.

Cabe aún según Aristóteles, otro grado de detenimiento de la corriente que es, naturalmente, el lenguaje natural, el río de palabras que de la boca sale por natural expiración. A saber: el estado de verdad (ἀλήθεια).

La verdad detiene de manera nueva tal corriente: a lo afirmado o firme, por afirmación hace revertir la negación. Una negación aparta de la verdad; dos negaciones *afirman*, refuerzan, la verdad. Y dos afirmaciones afirman, refuerzan. Una locución declarativa (ἀποφαντικός) afirmativa (1.ª determinación) y verdadera (ἀλήθεια; 2.ª determinación) está en segunda potencia «determinada», *detenida*: dos (o más) afirmaciones la afirman y reafirman; y dos negaciones, la afirman y reafirman.

Siempre doble o triple o *n*plus *detenimiento*.

La falsedad posee solamente un poder univalente; negación de negación (segunda potencia) la vuelve a la verdad. Y en ella reposa la mente, se detienen (ἵστησι) hablante y oyente.

Por fin: si una locución apofántica —afirmación verdadera— tiene la característica de definición (ὁρισμός), lo expresado en ella queda cerrado, definitivamente (ὅρος) y perfectamente (τέλειος). Detenimiento *esencial*: definido-definitiva-definitorialmente.

Que «el hombre es corporal» es locución apofántica-afirmativa-verdadera; mas la deja abierta a muchas otras cosas que son corporales, mas no son hombre; el predicado desborda al sujeto.

Mas «el hombre es animal racional» encaja tan bien sujeto y predicado que forman círculo: «al animal racional es hombre».

Círculo es, para el griego clásico, la figura perfecta: cerrada, plana, unicentrada. Parménides dejó dicho que es la figura propia del Ser —esfera bellamente circular—; y Platón y Aristóteles afirman que es la figura total del universo —del κόσμος: realidad bellamente ordenada.

Hemos llegado, amable Lector, al punto, meta de todo lo anterior: el lenguaje matemático es cuádruplemente fluyente: (1) por no declarar nada con nombres, verbos, sustantivos, adjetivos; (2) por ni afirmar ni negar nada; (3) por prescindir (sin afirmar ni negar) de verdad y falsedad; (4) por no definir —definitiva y definitorialmente—, por no cerrar nada.

Componentes negativos, a completar con positivos, originales, nuevos, que sean los constitutivos propios de él.

Estamos dentro de los límites del tema: Dios matemático, El Matemático; y sus *médiumes*.

Comencemos por vincular a la palabra (nombre sustantivo) «Tiempo» (χρόνος) las de fluir, flujo, fluxión.

Recordando una vez más a Hegel diríamos: si al nombre (sustantivo) «Tiempo» le tomamos la palabra, queda determinado como nombre. La corriente se detiene en él, a pesar de que el contenido de tal palabra, lo aludido en ella, habría de hacer fluir el pensamiento y trocar el nombre en *verbo*: en un verbo ni sustantivable ni determinable.

Repitamos una vez más la sentencia de Aristóteles: «Algo le es posible a Alguien (o a Algo) si, al advenirle en acto lo que se dice era potencia suya, no le sobreviene por tal acto suyo, impotencia alguna». Tal es la definición de posible (δυνατόν). Poder que no impotencia; acto que no agota la potencia; la pasma, o exhausta.

Una realidad *puede* fluir, le es posible fluir, si al estar en acto de fluir, en *fluxión*, no le produce tal acto ni la impotencia de dejar de estar *presente* ni la pasma en *presente*, haciendo imposible el *será* (el fluir), el futuro; ni la impotencia de pasar a *pasado*, por atascarla en presente.

Se da, por extraño que parezca, por antiparmenídeo que suene, un *es* (un estar siendo, τὸ εἶναι) que hace posible un *fue* —un ser-ido— y un *seré* (ser-he); un ser en acto (o un acto) que de por sí se aniquila y regenera.

De sí mismo decía Quevedo: «Soy un *fue* y un *seré*, y un *es* cansado»; lo que modulado a nuestro propósito diría: soy un *fue* y un *seré* y un *es* no cansado de será y de fue: de ser-ha y ser-ido.

Tal es el tipo, mejor, tal es su manera de dársenos y su manera de serlo que es el Tiempo. Al pensar, sentir, *decir* «Tiempo», tal pretensión, tal nombre sustantivo, es incapaz de pasmar pensamiento, sentimiento y palabra. Y el acto de pensarlo y decirlo no nos atasca o pasma en nombre, en *su nombre*.

Si le tomamos a Tiempo la palabra, deja, pierde su pretensión de

nombre y resulta verbo: él mismo en acto de fluir, pues, de nuevo, una vez más, tal acto no deja a mente y lenguaje *pasmados*, sino los abre a pasado —a *fue* verbo— y a futuro —a *ser-ha* verbo. Una vez, otra vez... indefinidamente.

Protágoras, en sentencia bien conocida y aquí bien aprovechada, dijo: «El hombre es la medida (μέτρον) de todas las cosas: de las que son, mide su ser; de las que no son, mide su noser».

Modulémosla diciendo: el hombre físico-matemático —a partir, declarada, decidida e instrumentalmente desde el Renacimiento— ha impuesto e impone *medida* al tiempo: el fluir según paso uniforme, isótropo y homogéneo.

Todos los presentes (o todos los Ahora, νῦν) son del mismo género, iguales; y todos los pasados (los Ahora ya no) son también todos iguales; y todos los futuros (los Ahora aún no) son todos del mismo género.

Y el Ahora pasa a pasado, y el futuro pasa a presente según medida o compás isotrópico; a saber: no más deprisa de presente a pasado que de futuro a presente. Tal fluir no admite aceleración y desaceleración. Aprisa o despacio. El Tiempo absoluto —dijo Newton— fluye uniformemente (*uniformiter*). Y para que fluya uniformemente se inventan, o inventaron, instrumentos especiales: relojes, que delatan la uniformidad en segundos, décimas de segundo, milésimas de segundo, en cronones (10^{-12}), casi en infinitésimos de segundo. Y por tal fluencia, casi infinitesimal, del fluir, la variable, variante, seipsivariante de t, sirve perfectamente para ecuaciones diferenciales ordinarias y parciales: sirve para

$$\frac{d^2s}{dt^2} = \dots \quad \text{y para}$$

$$\frac{\partial^2\varphi}{\partial x^2} + \dots \frac{1}{2}\,\frac{\partial^2\varphi}{\partial t^2} = 0. \text{ (Cfr. Apéndice H.)}$$

Basta esto para dar sentido a la afirmación: el tiempo físico (t): el de fluir uniforme (homogéneo o isótropo) hace de fondo real inmediato de resalte del tiempo intrínseco (τ) de las obras musicales, que no es uniforme (homogéneo e isótropo), sino multiforme (inhomogéneo y anisótropo); y la atemporalidad del componente invariante (ds^2) del fondo del universo —su indiferencia a tiempo $(\pm\, t)^2 = /t/$— hace de fondo inmediato del tiempo físico ($+t$, t_0, $-t$); mas hace de transfondo último del tiempo propio de lo musical.

Reduzcamos la explicación de esta afirmación a lo imprescindible para el tema final: ¿tiene sentido hablar de *Dios músico*, de *El Músico*, y de los *médiumes* de Él?

Decimos «para el tema final»; mas para el tema «Filosofía de la música», las consideraciones siguientes no pasan de indicaciones, ilustrativas y sugerentes.

El instrumento llamado «metrónomo» da cuenta hasta audible del tiempo físico (t) y sirve para medir sucesos físicos o astronómicos lo mismo que sucesos (obras) musicales. Ni poner el metrónomo a 60 oscilaciones por minuto o a 120 —ni prescribir, vgr., con Beethoven, *largo* a ♩ = 48, *allegro* a ♩ = 120-126 o *maestoso* a ♩ = 52 (op. 111)— altera real eficientemente el *tiempo musical* (τ); ni al revés, éste, al tiempo físico (del metrónomo) y, por ello, al del universo.

La correlación entre los tiempos (t, τ) es de resalte cual el del filme y pantalla; y, en rigor, habríase de decir, atendiendo a la relación intrínseca, que los dos tipos se influyen causalmente por pertenecer los dos al mismo universo. En la manera de ser no se influyen; mas en su tánto (en ergios o gramos) los dos se influyen.

Por la teoría de la Relatividad (ya por la restringida) el tiempo depende (real, comprobablemente) de la correlación

$$t' = \frac{t - \frac{vx}{c^2}}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}},$$

el t en un sistema de coordenadas (x, y, z, t) respecto de otro t' en las suyas (x', y', z', t'); y depende de dos constantes (v, c), v constante o variable, c constante siempre (la velocidad de la luz en el universo actual), $v << c$. Tiempo, simultaneidad, sucesión, que lo es en un sistema, puede no serlo en otro.

Y esto sin influjo causal mutuo.

Filme (temporal) de (x, y, z, t), sobre (x', y', z', t') de pantalla; y al revés: *filme* (temporal) de (x', y', z', t') sobre (x, y, z, t) de pantalla. Mas si el filme es una obra musical, vgr., una sonata de Beethoven o una fuga de Bach, entre él y el tiempo físico (del metrónomo) que hace de pantalla, no hay fórmula simple como en relatividad. La pantalla (de t) es, respecto del tiempo (τ) del filme (obra musical) quisipantalla; y él, quisifilme.

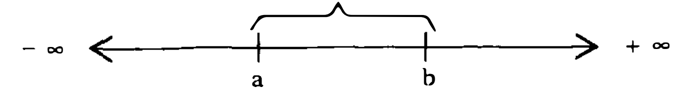
No se conoce, al menos por el Autor —ni la conoce ni se atreve a

proponerla, por deficiencias fáciles de adivinar— tal fórmula. Mas debe haberla, es decir: la exige el *tánto* (en ergios o en gramos) de las dos realidades, física y musical: las dos reales por la misma base: la constitución estadístico-probabilística del mismo universo.

El t no es acelerable ni retardable: su fluir es uniforme, o sea $dt/dt =$ constante = 1. Inercia de lo temporal físico.

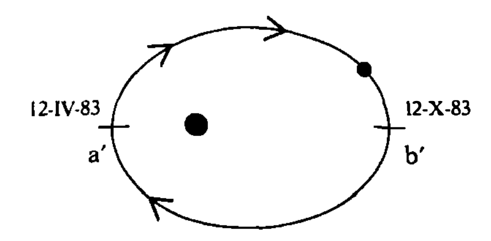
Mas τ es acelerable, retardable (*ritardando, veloce, leggiero, leggierissimo, menos allegro, adagio...*) de modo que $d\tau/dt$, $d^2\tau/dt^2$ tienen sentido real; y los músicos, por medio de instrumentos (sentidos musicales) y de sus manos y/o pies, lo imponen o inventan, y lo sienten designándolo con palabras o frases. A su vez los sonidos o notas y sus grupos (acordes o desafinos) son funciones de masas de aire (m), de modo que las fórmulas $md\tau/dt$ (impulso musical), $md^2\tau/dt^2$ (fuerza musical) son reales, reales a su manera (original) y en su tánto (en ergios o en gramos).

El t no posee determinaciones propias de «antes-ahora-después» cerrados o definidos. Que la duración del movimiento de la tierra al derredor del sol dure 365 días no recorta el tiempo; un día (vgr. 12-IV-83) y otro día (vgr., 12-X-1983) no recortan el tiempo; y por ello no *recortan* o *definen* velocidad, aceleración, impulso. Del mismo modo, en la recta geométrica dos puntos no recortan la recta:



el segmento (*b-a*) no es *segmento* (*secare, sectio*); la recta no tiene unidad esencialmente tal. No hay *recortes* geométricos.

En



(*b′-a′*) no es *recorte* físico.

Mas «recta es la línea que descansa uniformemente en sus puntos» es *recorte* real, gramatical y mental, pues esas palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados cierran o *definen* «recta»; y no se pueden añadir otras palabras o conceptos.

Toda definición —verbal mentalmente— es verdadero recorte de la corriente uniforme del río de palabras y conceptos; de ese río que es

el lenguaje natural. Una sentencia es también un recorte —algo así como una definición— real de la corriente continua del lenguaje natural.

A «En vano es tener ojos y orejas, si se tiene alma de bárbaro» (Heráclito) nada se puede añadir ni quitar: tiene perfecto inicio, «En vano...», y perfecto final, «bárbaro», y lo intermedio está ordenado hasta en silencios y sorpresas verbales.

«Sentencia» es el equivalente (o previo histórico) de «definición».

Mas toda definición no solamente es recorte del y a costa del lenguaje natural —filogenético, sea griego, latín... castellano.

Resalta así frente a la continuidad —indestructible— del tiempo físico y del espacio geométrico.

Verbo, nombre, sustantivo-adjetivo, sintaxis gramatical: todo natural pronunciable y pronunciado por órganos naturales.

El hexámetro es ya un recorte musical —inicial, sencillo— del τ. Mas no recorta el contenido (las palabras enconceptuadas y los conceptos empalabrados). En Μῆνιν ἄειδε, θεά, Πηληϊάδεω 'Αχιλῆος, el sustantivo μῆνιν no recorta su adjetivo οὐλομένην, sino en el hexámetro siguiente. «Almas valerosas...» ¿de quiénes?, lo cantará el hexámetro siguiente: «de héroes».

Mas versos, integrados de palabras enconceptuadas y de conceptos empalabrados en estrofa recortan el tiempo musical y recortan el contenido (conceptual):

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

Es, pues, estrofa algo así cual definición musical. Con todo ello, y otras finuras que no caben dentro del marco de esta obra, no se ha salido del dominio natural —anatómico y fisiológico.

Todas esas y demás expresiones, al aparecer «$(a+b)\ (a-b) = a^2 - b^2$», «$(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$»... quedan depuestas a material en bruto, pues *hablan* de lo que tienen que *hablar* con palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados condicionados por, y acondicionados a, anatomía y fisiología.

Mas las expresiones del lenguaje matemático se le objetivan y enajenan al pensante y a quien las piensa —sea Dios, dioses, dios-hombre, hombre... No son fórmulas «divinas» ni fórmulas «humanas».

No son de un *Quién* ni de un *quién*: de Tales... Newton... Gödel... Respecto de ellas vale la deslumbrante, por verdadera, frase de Hegel: «a la corriente de la vida le es indiferente que de qué clase sean los molinos que ella mueve» (*F.d.G.*, edic. cit., p. 211). A las fórmulas matemáticas le es indiferente de qué clase sean los matemáticos, divinos o humanos, que ellas mueven a pensar, a decir.

Así que lo de «Dios Matemático», «El Matemático», carece de sentido. Por grandes que sean los molinos, mentales y vocales, que la omnipotencia mueva, a lo matemático le es indiferente. Y, por tanto, intentar, atentar a hacerlo suyo —de Dios o de hombre— es intento, atentado, necesariamente frustrado; que cuanto mayores, más insistentes y porfiados sean, tanto más se les objetivan y enajenan.

Mas a la corriente vital —a la corriente de espontaneidad, originalidad, novedad— no le es indiferente el mover esos molinos de viento —maravillosos– que son, fuga, sinfonía, sonata...

En cuanto al lenguaje musical, lo *dicho* en él —fugas, sonatas...— se le *objetiva* al dicente; mas no se le *enajena*; y consiguientemente se le objetiva al oyente, mas no se le enajena. Se las hacen *suyas* transeúntemente, pues se las lleva la corriente vital.

Suena y resuena en tales obras la *vida*; suenan a vida. La corriente sonora pasa por ellas, sin detenerse; desfilan algo así como el filme por la pantalla. Se les objetivan, sin llegar a serles indiferentes. Son de un *quién* a actos, en ratos, en obras. Y no pueden ser de un *Quién* de quien hubiera de ser acto puro, eterno, inmutable.

Consiguientemente, las frases «Dios Músico», «El Músico», no tienen sentido; no es ni sentiente ni sentimentalizable.

Lo que del lenguaje matemático y del musical se vocea —se empalabra y enconceptúa— no es, en rigor, porque el lenguaje natural sea *metalenguaje,* sino por ser *sublenguaje*. Condescendencia: o descienden matemáticas y música, obras de matemáticos y músicos, al nivel de lo natural: de esa corriente subterránea vital que sub-tiende y sus-tenta necesariamente todo. Que los electrones mueven por igual un televisor que las redes nerviosas de los ojos; un teléfono, que las de las orejas; un motor, que pies y manos; una calculadora, que ciertas partes del cerebro; a Adam, Zoroastro... Jesús, que a J.D.G.B., X.Z... Kant, Hegel...

Queda, pues, descartado lo de «Dios, dios, dioses, deiformes, endiosados, divinizados, engraciados». Son, palabras y conceptos, «arcaísmos», y cual arcaísmos venerables —venerados y no ya venerandos— se los ha de tomar y emplear. Y se los tomará aquí, en resto de la obra, lo menos posible. Cual comodín.

El coajuste entre palabra y concepto delimita el río verbal, cual las islas los ríos físicos; mas cuando no es la palabra —su número, el orden interno de ellas— sino es solamente el concepto el que delimita la corriente verbal —el estado natural del lenguaje— surge la prosa filosófica, teológica, mística, poética, histórica, geométrica... Así, ejemplarmente, en Platón, Aristóteles, Jenofonte, Demóstenes... o Cicerón, Séneca... o fray Luis de León, Cervantes... El número de palabras y su orden lo dicta e impone el concepto o conceptos conexos según normas lógicas: deducción, analogía, polisilogismo, diálogo (διὰ-λόγος). Así en un diálogo, vgr. *El Banquete*; en un tratado, vgr. el libro Z de los *Metafísicos*; en *Los Nombres de Cristo*; en una novela: *El Quijote*, es el concepto o ideas las que imponen el número total de palabras y su orden (elástico, sin traspasar sus límites de elasticidad: de sintaxis verbal y conceptual).

Dios en estado natural: Dios, animalmente divino, animalmente religioso, animalmente racional, animalmente potente, animalmente *locuente*... no puede hablar, y no ha hablado, sino en esas formas lingüísticas y sometido a ellas. *Puesto* a hablar, tiene que hacerlo en ellas. Puede o no ponerse a ello, aunque, por su *naturaleza*, esté tentado constantemente de *ponerse a hablar*: tentado y urgido de *hablar*. Y puesto a hablar, forzado a hacerlo mediante *médiumes* naturalmente hablantes: Moisés, Isaías, Jesús, Pablo...

Cuando la corriente del lenguaje, o el lenguaje dejado a correr, ha disuelto sentencias, hexámetros (o formas poéticas), estrofas, prosa, por la corriente vital, de la que es una forma la lingüística —el lenguaje, una, entre otras, de las funciones vitales naturales de ver, manipular, marchar...—, las sentencias, hexámetros, prosa resultan *fósiles* lingüísticos. Como en los fósiles de vivientes, la forma externa permanece la misma; pero su contenido, es diverso. Caracol fósil, cráneo fósil...

Lo que fueron sentencias, hexámetros, versos, estrofas, prosa *divinos* de Dios natural (A.T.) o de dios racional (N.T.), dejan de ser divinos. *Fueron* divinos; ya no lo son. Fueron palabra divina, ya no son palabra divina. Son palabra *fósil divina*. Y por fósiles divinos han de ser tratados de manera debida: cual piezas de museo, en esos museos de palabras divinas que son los dogmas —en Credos, catecismos, Actas de Concilios, *Enquiridion symbolorum et definitionum*...

Por la dosis de 0,20 que el hombre actual (H_a) —la mayoría de individuos, en actos, ratos, obras— tiene aún de hombre primitivo (H_p), se servirá real y constantemente de tales fósiles divinos. Sean tales fósiles divinos propiedad de individuos o de colectividades —Iglesias, Concilios...

Y creerá (creduleará) que son palabra divina: palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados *divinos*: de Dios o de dios, o de dioses.

Tal condición o estado de fósiles divinos —de lo que fue palabra divina, y no lo es ya—, resaltará al surgir (por invento vital de la vida que es improvisadora de espontaneidades, surtidor de novedades, estreno de originalidades) lenguajes científicos y musicales y en la medida en que éstos progresen hacia forma perfecta.

Nos quedó la palabra «divino». Que el universo actual esté en estado de divino —definido lo de «divino», a la altura conceptual-lógico-matemática-física actual— fue tema de toda la Tercera parte. Que el universo actual *pudiera ser* divino: ser el cuerpo de dios o su esencia concreta y que tal *pudiera ser* se haya transformado en acto, *en serlo*, fue tema de la Cuarta parte, § 3.º.

Que «Dios, dioses... deiformes, endiosados, engraciados» son *anacronismos* verbales y conceptuales, se acaba de decir y probar. *Luego* «divino» no remite a Dios. Tratemos, pues, de eliminar la palabra «divino» —pasarla a la categoría de *arcaísmo*.

A la recta se la llama en lenguaje natural «recta»; y a tal nombre se lo declara por una proposición; y a ésta, por una definición: «recta es línea que descansa uniformemente en sus puntos»; y la pronuncian y entienden órganos naturales (lengua... cabeza, mente); y con el correr de los años y de los siglos se le adaptará, haciéndole una cierta violencia verbal y filosófica, un miembro u órgano (ὄργανον) artificial: la regla, con lo cual el eidos de recta ingresa, se lo hace entrar, en el mundo físico-técnico. Y progresando, por otros milenios, se le coordinará una función lineal: «$y = ax + b$» que, a su vez, para ser real y servir a lo real, se le adaptará un órgano material: un sistema de coordenadas.

Al llegar a este punto, la regla se transformará en regla de cálculo numerándola de manera que, con finura creciente, sirva a los crecientes estadios de la técnica.

(1.1) «Recta» – recta-definición – órganos naturales. Lenguaje natural – regla – órgano artificial.
(1.2) «Recta» – «$y = ax + b$» – órgano artificial (sistema de coordenadas) – regla de cálculo. Lenguaje artificial.

«Recta» (1.1): todo lo de ella, resulta, y resalta, como *arcaísmo*; y se la usa cual comodín *natural*; lo son casi regla, cuerda tirante y plomada.

(2.1) «Circunferencia» – circunferencia-definición: «curva plana...» – órganos naturales de pensamiento y de palabra.
(2.2) «Circunferencia» – «$x^2 + y^2 = r^2$» – órganos artificiales (sistema de coordenadas, compás).

Al advenir (2.2) por invento vital mental y físico, (2.1) queda depuesto a lenguaje natural, así que a gramática filogenética.

Es claro que los casos (1.2; 2.2) son casos y están encajados en universo propio: el geométrico analítico.

Lo importante es notar, bien notado, que de tales universos —geométrico, analítico— nadie ha concluido a la existencia y atributos de «Dios matemático» a altura científico-técnica; aunque sí haya habido quien partiendo de una geometría elemental, aún restringida por lenguaje natural, por palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados en lenguaje natural, haya hablado del Dios geométrico: del Demiurgo; así Platón en el *Timeo.*

Empero el paso de mundo sensible en cosas y propiedades geométricas (propiedades de poliedros regulares) a un Dios (o dioses), es paso natural, impuesto por filogenética humana.

Continuemos ejemplificando para que la consecuencia de estas consideraciones caiga por su peso.

(3.1) «Ser o no ser»: disyunción fundamental; «Imposible que al Mismo le convenga y no le convenga a la vez lo mismo» (principio de anticontradicción); formulados los dos en lenguaje natural por órganos naturales (boca...) y por mente natural asomada, intrinsecada, en ellos. Todo ello *hablado.*
(3.2) «$p \vee \bar{p}$, $\overline{p \cdot \bar{p}}$»: esos mismos principios en lenguaje artificial, dichos por una mente en estado artificial y confirmables en su calidad de siempre verdaderos por ese aparato «esquemas de verdad» de Wittgenstein:

p	$p \vee \bar{p}$	
V	...	V
F		V

$p \cdot q$	$(p \supset q) \supset (\bar{q} \supset \bar{p})$	
V, V	...	V
...		V
		V
F, F		V

etcétera.

Órganos artificiales con que pueden operar hasta máquinas calculadoras.

Una vez más: tales fórmulas (casos: los 3.2) están encajadas en un universo coherente (de axiomas, reglas de transformación, teoremas). Mientras que (3.1) son formulaciones sueltas. Se han empleado, y son empleables, para concluir por ellas de lo sensible, a Dios —a un dios enracionalizado.

Mas de los (3.2), desde su universo, perfectamente coherente, a nadie ha ocurrido concluir de ellas a un «Dios lógico». O al revés: de un Dios lógico —por excelencia, antonomasia y unicidad— concluir que Él las hizo nacer en el alma de Platón, Aristóteles... Tomás de Aquino, al producir sus almas por creación inmediata. Ni concluir que «Dios lógico» es la garantía del valor de tales fórmulas, en tal *tipo de formulación.*

(1.2), (2.2), (3, 2) son fórmulas *a-teas*: neutralmente ateas.

A pesar de que su grado de universalidad, necesidad, unidad, coherencia y sencillez de estructura parecería hubieran debido conducir a un Dios matemático; a un Dios lógico.

(4.1) «Gravedad es tendencia de los cuerpos sublunares hacia el centro del universo en que está, por la condición del elemento Tierra, la tierra nuestra en el centro.» *Hablada* esta definición en lenguaje natural para sentidos y mente sometidos a filogenética. Y percibida su verdad en *observatorios.*

(4.2) «$G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$» fórmula *dicha* en lenguaje artificial y comprobable su verdad y eficacia con órganos o instrumentos artificiales: plano graduadamente inclinado, péndulo, aparatos de Cavendish, Eötvös, Atwood... Y en *laboratorios.*

Una vez más: de (4.1) se puede concluir, y se ha concluido a un Dios, demiurgo o no: concluir a que *lo hay* y a *qué es.*

De (4.2), a pesar de que tal fórmula (y las anejas) es parte integrante, inscrita, intrinsecada en el universo, triplemente racional, geométrico-analítico-infinitesimalmente, nadie ha concluido, ni le ha acudido concluir de ellas a un Dios «Creador de Cielo y Tierra».

Las fórmulas físico-matemáticas son *a-teas*: neutralmente ateas.

(5.1) De la música bucal-verbal-mental-sentimental de

Μῆνιν ἄειδε, θεά, Πηληϊάδεο Ἀχιλῆος
οὐλομένην, ἣ μυρί' Ἀχαιοῖς ἄλγεα ἔθηκεν,
πολλὰς δ'ἰφθίμους ψυχὰς Ἄϊδι προΐαψεν
ἡρώων, αὐτοὺς δὲ ἑλώρια τεῦχε κύνεσσιν
οἰωνοῖσί τε πᾶσι – Διὸς δ'ἐτελείετο βουλή

(*Iliada*, I, 1-5)

se puede concluir, y se concluyó, que era digna de dioses y de Dios —de Júpiter padre de dioses y de hombres: πατὴρ ἀνδρῶν τε θεῶντε.

Sólo así la diosa se atreve a cantar, a hablar, de los designios de Júpiter. Y por ella Júpiter se daba a conocer, a hacerse cantar, a hablar de sus designios.

De la música bucal-verbal-mental-sentimental de los hexámetros —por miles y miles en *Ilíada* y *Odisea*, y en otros metros de dramas griegos...— se concluye a un Dios músico, a un Apolo, cual inspirador inmediato de todo ello, según reglas de deducción que no nos urge determinar aquí. Pero es un hecho tal deducción.

«Certum est et sensu constat, aliqua moveri in mundo», afirma Tomás de Aquino, en *Summa theologica*, P. I, q. II, art. III, al emprender probar la existencia de Dios por la primera prueba: la del movimiento.

Mas por la fusión y confusión entre música y lenguaje naturales no le acudió emplear tal tipo de música para demostrar, de manera y forma nuevas, que hay algo así como *Dios músico*, además de *primer motor*. Vale tal prueba sólo para demostrar que Dios es *Causa primera*.

Nos hallamos una vez más ante la conclusión: el universo natural —la Naturaleza que es el Todo y el Total de todo— puede conducir a la afirmación de *que hay* dios y *qué es* ser dios.

Empero:

(5.2) La música instrumental —la orquestal, ejemplarmente y por antonomasia— (cfr. partitura de Beethoven, Lámina 13.1 del Apéndice F) *dice* en lenguaje artificial —invento de la vida que es surtidor de novedades, estrenador de originalidades, improvisador de espontaneidades— y *dice* con órganos artificiales —instrumentos musicales, mentados en la parte izquierda de las partituras.

Y dentro de ellas, los elementos propios —notas, acordes, motivos, temas, armonías...— discurren por un cauce original que no es trayectoria de astros; y a velocidades, aceleraciones, retardos, arranques y finales originales.

Para tales universos musicales —fugas, sonatas, sinfonías— nadie

exige «Causa primera». Todo el universo musical no remite, por tipo originalísimo de deducción, a un Dios músico: El Músico.

Si en algunas de esas obras musicales se introducen palabras del lenguaje natural, resultan entrometidas, metidas por su sonoridad musical, o por la voz de hombres (de coro) reducida a instrumento.

Y terminan, como en la *Novena Sinfonía* de Beethoven, con un insulto musical, realmente tal, mas no tenido por tal: «Alegría, chispa de bellos dioses» (frase final de la sinfonía, pp. 280-281, edic. partituras Eulenburg). Lo de que «en lo alto hay un Padre» no merece musicalmente ser la frase final. El viento se la llevó hace bastantes compases.

Una vez más y es la última: el universo musical y sus tipos de elementos, movimientos, fuerzas, tensiones... compuestos (acordes), desafinos (desfinitaciones)... no remiten a un Dios Músico, como a primera causa de él. El universo musical es más espiritual, fino, viviente y vivido, repleto de víveres y de vivencias nuevas, rico, variado y real triplemente por ser ser, por sentirse ser, por sentirlo ser (el mismo genio) o el oyente (de tal triplemente real mundo), más que el universo del que *habla* en lenguaje natural de lo que es posible expresar en él.

(1.2), (2.2), (3.2), (4.2), (5.2) son datos de ateísmo neutral.

(1.1), (2.1), (3.1), (4.1), (5.1) son fósiles de lo «divino», además de serlo, *a fortiori*, de Dios, dios, dioses...

«Lo Necesario, Lo Universal, Lo Infinito, Lo Simple, Lo Único» dentro del lenguaje natural y con palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados en él, ha descendido a vago, a simplificado, de determinado, adecuado que era, o se creyó serlo y sentirlo. Y «Lo Necesario...» han pasado a ser propiedad, tono, de (1.2)...: de geometría analítica, de álgebra, de cálculo infinitesimal.

Y, por tanto, Dios y dioses no son ya el contenido de Lo Necesario...; son ya de contenido vago, el conocimiento vago, de determinados que creen y creyeron ser.

Digamos, pues, (1.1), (2.1), (3.1), (4.1), (5.1) son dominio de la paleontología, de arcaísmos; y si se tolera la palabra son casos de arqueo-*teo*-óntica y de arqueontología.

Dios, dios... deiformes, endiosados, engraciados, todo ello *hablado* en lenguaje natural con palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados, y «divino, divinizados» *dicho* todo ello en lenguaje artificial, de símbolos figurales y de símbolos sonantes, fórmulas y sonancias de álgebra sonora o de aritmética insonora, han pasado a ser *arcaísmos* lingüísticos los primeros y *anacronismos* los segundos.

(D)

Se impone, pues, la aventurada empresa de sustituirlos —términos y conceptos, comprensión y extensión de ellos— por otros neutralmente ateos.

«Divino», sustituirlo por «$ds^2 = \sum_{1}^{4} g_{ik} dx^i dx^k$»: por «invariante», «necesario».

«Operaciones divinas», por *vivencialia* y *musicalia*; tonalidad de *buenaventuralia*, según las leyes

$$W = \frac{N!}{n!_1,\ n!_2 \ldots\ n!_s}\ g^{n!_1} g^{n!_2} \ldots\ g^{n!_s}; \quad dN = \lambda N dt \ldots$$

La proposición inicial de esta obra: *qué es* (ser) dios y *quién es* Dios y *qué es* lo divino (de dios y de Dios) nos ha llevado, sin evasivas, a la cuestión: *qué es* (ser) hombre y *quién es* hombre;

qué es lo humano (de hombre) y *quién es* humanamente (hombre).

De teo-óntica y teo-logía, a antropoóntica y antropología.

Respuesta —intento y atentado de serlo— redactada en palabras «comodín» del lenguaje natural, empleado cual sub-lenguaje en las proposiciones siguientes:

(1.1) «Hombre» (es) realidad que es lo *qué es* (τὶ ἔστιν); mas no tiene, cual las demás realidades, que serlo necesariamente; sino que puede serlo de la manera y modo que quiera. (Plotino.)

(1.2) «Hombre» tiene esencia; mas no tiene que tenerla de una sola manera. La manera o modo de tenerla es asunto de empresa: de proyecto, designio, decisión y resultado (éxito o fracaso). (Plotino.)

(1.3) «El hombre es lo que él se quiere ser» (fray Francisco y fray Juan de la Cruz). Con actitud de *empresario*: a buenaventura o malaventura.

(1.4) El hombre es una realidad que puede ponerse a la aventura (buenaventura o malaventura) de serse «todo ojos»; todo lo demás: orejas, manos, mente, amorrados, extáticos, en, con, dentro de *ojos videntes*. Así, vgr., genial pintor, por vocación entitativa.

Puede ser y ponerse el Hombre a estar siendo *todo oídos* —puesto lo demás: manos, ojos, mente... en olvido fisiológico, extático, absorto en «oído». Así, vgr., músico genial, por vocación entitativa.

Puede ser y ponerse a ser todo «mente», puesto lo demás: ojos, oídos, manos... en preterición o anonadamiento real, por absortos en mente, hasta los (sus) sesos. Así, científico genial, por vocación entitati-

va —de lógico, matemático, físico, astrónomo... (Variaciones de la sentencia de Jenófanes.)

(1.5) «Eres, ¡oh Hombre!, artefacto de naturaleza osadísima»

ὦ τολμηροτάτης φύσεως, ἄνθρωπε, τέχνασμα.

(1.51) El hombre es *el* transfinitador de la tierra.

(1.52) El hombre es *un* transfinitador del universo.

«Transfinitador» es categoría del Hombre persona (pp. 389 ss.), pues es des-finitador y des-definidor —deshacedor de definiciones hechas y reforzadas por las diferencias específicas y géneros fijados por la naturaleza, tal cual está directa e inmediatamente dada a un hombre que se encuentra siendo natural. Y es la persona desfacedora de finitudes, de límites cuantitativos impuestos a cada realidad por la naturaleza.

Y se dice en (1.51) que el hombre es *el* transfinitador de la tierra. En efecto: el hombre actual ha conseguido deshacer los elementos básicos del universo: bariones, mesones, leptones... átomos, moléculas..., aun los fijados químicamente en la escala periódica de los elementos; y es capaz, en principio, de transformar todo en todo: en materia o energía, cuerpo o radiación, según las leyes, una en el fondo, $E/c^2 = m$, $E = mc^2$.

Y tal empresa real no se ha reducido a meras negaciones abstractas, sino a concretas y eficientes, llegando a enchufar aparatos inventados en el material masivo-energético del fondo del universo, que hacen realmente posibles nuevas empresas: viajes a la luna, sondas cósmicas, motores nucleares, isótopos radiactivos medicinales, para así demostrar su dominio del universo (def. 1.52), comenzando por dominar de esta manera la tierra. Es, respecto de ella, *el* único transfinitador.

«Que pueda haber otros» es afirmación aventurada. Mas la presencia y eficiencia de las moléculas básicas de la vida en mundos tan remotos cual la nebulosa M82 (cfr. Lámina 7) nos indica que la existencia de otros transfinitadores es posible; o sea, realmente probable. En cuyo caso el hombre, transfinitador de la tierra, sería *uno* de los transfinitadores del universo.

Cerremos este punto con unas sentencias:

Primera: de Heidegger. «Con el advenimiento del hombre se produce una *raja* (*ein Bruch*) en el universo del ente; y a través de ella, entonces y por primera vez, *irrumpe* en él el Ser» (*Kant und das Problem der Metaphysik*, p. 218).



MOLÉCULAS INTERESTELARES

Nombre	*Símbolo químico*	*Año de su descubrimiento*	*Longitud de onda*
radical metinilo	CH	1937	4.300 Å*
radical cianógeno	CN	1940	3.875 Å
metinil ionizado	CH^+	1941	4.232 Å
radical hidroxilo	OH	1963	18 cm
amoniaco	NH_3	1968	1,3 cm
agua	H_2O	1968	1,3 cm
formaldehido	H_2CO	1969	6,2 cm
monóxido de carbono	CO	1970	2,6 mm
cianuro de hidrógeno	HCN	1970	3,4 mm
cianoacetileno	HC_3N	1970	3,3 cm
hidrógeno	H_2	1970	1.100 Å
alcohol metílico	CH_3OH	1970	36 cm
ácido fórmico	CHO_2H	1970	18 cm
radical formil ionizado	HCO^+	1970	3,4 mm
formamida	NH_2CHO	1971	6,5cm
monosulfuro de carbono	CS	1971	2,0 mm
monóxido de sílice	SiO	1971	2,3 mm
sulfuro de carbonilo	OCS	1971	2,7 mm
acetonitrilo	CH_3CN	1971	2,7 mm
ácido isociánico	HNCO	1971	3,4 mm
metilacetileno	CH_3C_2H	1971	3,5 mm
acetaldehido	CH_3CHO	1971	28 cm
tioformaldehido	H_2CS	1971	9,5 cm
isocianuro de hidrógeno	HNC (?)	1971	3,3 mm
sulfuro de hidrógeno	H_2S	1972	1,8 mm
metilenimina	H_2CNH	1972	5,7 cm
monóxido de azufre	SO	1973	3,0 mm
radical amino ionizado	N_2H^+	1974	3,2 mm
radical etinil	C_2H	1974	3,4 mm
metilamina	CH_3NH_2	1974	3,6 cm
éter dimetílico	$(CH_3)_2O$	1974	9,6 mm
alcohol etílico	CH_3CH_2OH	1974	3,3 mm
dióxido de azufre	SO_2	1975	3,6 mm
sulfuro de silicio	SiS	1975	3,3 mm
acrilonitrilo	H_2C_2HCN	1975	22 cm
formiato de metil	HCO_2CH_3	1975	18 cm
radical sulfuro de nitrógeno	NS	1975	2,6 mm
cianamida	NH_2CN	1975	3,7 mm
cianodiacetileno	HC_5N	1975	3,0 cm

* 1 Å = 10^{-8} cm.

La galaxia M82 es una fuente de radiación muy fuerte. En el cuadro se relacionan las moléculas detectadas hasta 1976.

LÁMINA 7

Sustituya el Lector —con benevolencia respecto del filósofo— los términos del lenguaje natural (nombre y verbos, sustantivos, adjetivos, sintaxis gramatical), los de «ser, ente, raja, irrupción», con los términos, aludientes a procesos físico-químico-nucleares, de «masa-energía: $E/c^2 = m$, $E = mc^2$»; y los de «fisión y fusión nucleares», en lugar de «irrupción, raja»; y tal sentencia, así reformulada, diría: con el advenimiento del hombre se ha producido una *raja* (fisión, fusión) en los elementos básicos del universo y, a través de ella, de tal *raja* (fisión, fusión), ya, y por primera vez en la historia de la realidad, ha irrumpido en el universo la realidad básica: la *masa* y/o *energía* de la base misma del universo actual. Y en esa misma realidad básica, así constituida y dominada, se han enchufado, por invento genial, supernatural y contranatural, instrumentos: los del mundo artificial en que, progresivamente, vive el hombre, por transfinitador.

«Entes», sustituido por «elementos primarios del universo» (escala periódica); especies de vivientes naturales, sustituidas por, o en trance de ser sustituidas por «ingeniería genética».

«Ser», sustituido por «masa y/o energía». Cada cosa natural tiene de ser lo que tenga de masa-y/o-energía. Cada una «a su manera y en su tánto», unidos los dos: masa-energía, por las leyes $E/c^2 = m$, $E = mc^2$.

Dicho sea con el realismo integral e integérrimo, tono o modo de esta obra.

Segunda sentencia: de Sófocles.

Πολλὰ δεινὰ κοὐδὲν ἀν-
θρώπου δεινότερον πέλει.

Muchas son las cosas admirablemente terribles,
pero más que el hombre, ninguna lo es.

(*Antígona*, vrs. 332-333.)

Tercera sentencia: de Hegel.

Del cáliz de su imperio espiritual
se le desborda al Espíritu, cual espuma, su Infinidad.

Por el mismo tiempo en que Beethoven terminaba la *Novena Sinfonía*, invirtiendo delicadamente —con la inimitable delicadeza de la música— el orden de los versos de la «Oda a la Alegría» de Schiller, Hegel terminaba la *Fenomenología del Espíritu* retocando ligeramente unos versos de Schiller.

Salvando respetuosamente —y en favor de Beethoven y Hegel— la distancia, admita benévolamente el Lector que el Autor retoque ligeramente el retoque de Hegel, diciendo:

> Del cáliz de su imperio humano
> se le desborda al hombre, cual espuma, su transfinitud.

Epílogo

Dimos la primera palabra de esta obra a un poeta: Rilke.

Démosle también la última.

Lo que a él le pasó: que, «tras miles de miles de vueltas» —de palabras enconceptualizadas y conceptos empalabrados, todo en música de versos— terminar no sabiendo si era, o había sido, «Halcón, Tempestad o Gran Canto», le ha sucedido también al Autor de esta obra: no saber si, después de tantos miles y miles de letras, palabras, frases, y después de tantas y tantas vueltas y re-vueltas de argumentos al derredor de «El antiquísima y originaria Torre» —Dios, dios, divino— ha sido, y es, Halcón, Tempestad o Gran Canto.

Sospecha que lo mismo les pasó —aunque no lo dijeron ni de palabra ni de escrito, en frase explícita, en confesión pública— a Pablo de Tarso, a Agustín de Hipona, a Juan de la Cruz.

A Pablo de Tarso, ¿el Gran Halcón? —halcón mental.

A Agustín de Hipona, ¿el Gran Tempestad? —tempestad sentimental.

A Juan de la Cruz, ¿el Gran Cantor? —de cantor verbal.

¿O será, más bien, que al derredor de «El antiquísima y originaria Torre» —del Firme, del Cerrado, del Mantenedor de todo ser, del Ensimismado y Consimismado— se ha de ser, en unidad de persona, Halcón, Tempestad, Gran Canto?

¿Se ha de ser como Pascal, Halcón por finura y agresividad de mente; Tempestad, por sentimentalmente obseso de dios; Gran Cantor, por gran literato en lengua perfecta?

A Pablo de Tarso, *grandísimo* Halcón mental y *grande* Tempestad sentimental, ¿le faltó lo de ser *gran* Cantor, para, unidas esas tres condiciones, adentrarse en Dios y poder realizar en sí mismo lo de «En Dios nos movemos, vivimos, y somos»?

¿No le faltó a Agustín de Hipona —el *grandísima* Tempestad sentimental, *grande* Halcón también— lo de ser *gran* Cantor y atreverse entonces a afirmar que «Dios me es más íntimo que yo a mí mismo»?

A Juan de la Cruz, *grandísimo* Cantor; no le bastó con ser tan sólo *gran* Tempestad sentimental y *gran* Halcón teológico para poder hablar —después de haberlo sido— de «actos de toques sustanciales del alma con Dios».

«Con la medida con que midiereis seréis medidos» —sentencia de Jesús.

El Autor se ha medido a sí mismo con la triple unidad de medida: «Halcón, Tempestad y Gran Canto».

Y ha de reconocer que lo que tiene, o cree tener, de Halcón filosófico no da para ser halcón teológico; que su tono sentimental no llega a Tempestad sentimental; y que su prosa, y ocasionales quisiversos, disuenan, perceptiblemente, de Gran Canto.

Tal es el balance que el Autor hace de sí mismo.

¿Coincidirá con el balance que el Lector haga del Autor?

¿Coincidirá con el balance que el Lector haga de sí mismo, después de haber leído esta obra?

* * *

Asunto de *sinceridad*
que es la *veracidad* de conciencia.
Sinceridad y veracidad
virtudes superiores a
verdad o falsedad.
Sinceridad y veracidad, virtudes supernaturales
imprescindibles
para el *Examen de nuestras creencias en Dios.*
Finalidad de esta obra.

APÉNDICE

Creación
(palabra, concepto, experiencia)

APÉNDICE A

Concepto empalabrado de Creación

(*Génesis*, –1000 a.C.)

La manera más segura y natural de no poder ser niño es haberlo sido a tiempo. Y eso de «no poder serlo» refuerza con necesidad el hecho, irreversible, de haber sido niño. Y parecidamente acerca de las demás edades pasadas, respecto de las naturalmente siguientes. Lo que vale de las edades de individuos, vale *a fortiori* para las edades históricas, aunque el plazo de vencimiento —el de ponerse irreversiblemente pasada— es más largo, y el grado de irreversibilidad, reforzado con el de imposibilidad, sea, a veces, miles de años.

La descripción o exposición que del origen del mundo hace el *Génesis* en sus dos versiones, ha pasado a irreversible, a imposible de revertir, desde hace quinientos años —desde el Renacimiento.

Desde que tantos y tantos dejamos de ser niños, sólo nos quedan de haberlo sido algunos documentos externos –vgr., fotografías descoloridas—; o internos recuerdos. Todo ello vago, desvaído, inconexo, escasos, que juntos darían, tal vez, para rellenar, vaga, desvaídamente, un día de nuestra actual existencia.

Del origen del mundo, de su nacimiento y niñez, nos quedan documentos externos: unos códices, códices de códices, copias de copias, copias de copias de copias...; ahora, impresos, impresos de impresos (fotocopias) que, a los ojos científicos de la edad posterior —la del Renacimiento y actual: juventud o plenitud histórica— resultan, en cuanto al contenido, vagos y desvaídos, globales y simplificados para simplistas, con peligro de caer en simplones. Y en cuanto a extensión temporal, lo que duró tal creación, llenó unos días, ¿seis? Que el séptimo

su Creador lo dedicó a descansar. Y aun menos: pues creó por palabra divina, respecto de la cual «del dicho al hecho no hay trecho».

Si fueron *divinas* (palabras creadoras), eso se fue para no volver. *Fueron* palabras divinas. *Son fósiles* de palabras divinas. *Fósiles* divinos.

Nada de tratar al *Génesis* cual si *es* palabra divina.

Para no caer en tal anacronismo —ridículo ahora, verbal, conceptual, histórico— leamos las frases con que un autor —sea o no Moisés— relata lo que de tal nacimiento del mundo, de tal su niñez, se venía transmitiendo oralmente ¿a lo largo de seis mil años?; y para que no cayera en olvido se puso, hace tal vez mil años, después de cinco mil, por escrito, grabado en piedras o en ladrillos...

Y para que viejos verdes —mental y lingüísticamente— y jóvenes aniñados —mental y lingüísticamente— no se hicieran, se la hicieron hace unos quinientos años, tal ilusión, sincera, agradable, cómoda de que el *Génesis es*, está siendo aún, *palabra divina*, desmontemos graduadamente unos párrafos de la traducción (interpretación) de los que creen que *es* aún palabra divina, remitiendo a lo que *fue*, con fue de *es*, hace unos miles de años, *palabra divina*.

> *Principió* (comenzó, *beresith*) *Dios creando* (recapitulando *–rohsch*, cabeza–) *Cielos y Tierra*.
>
> (I, 1.)

Comenzó por crear Cielos y Tierra.

Dios principió por el principio: crear Cielos y Tierra. Esa ambigüedad plurisignificado o «acorde» de significados cabe, aun gramaticalmente, dentro de la palabra «*beresith*».

Traduzcamos, pues,

(A) *Principió el Dios-de-dioses* (Elohim) *por crear Cielos y Tierra*.

El plural de *El* (El-ohim) es un plural (dioses) reducido a unidad, a unicidad (*El*) por ser *El* (Dios-de-dioses). *El Dios-de-los-dioses*. No otra cosa dijo Jenófanes: «Entre los dioses hay un Dios máximo». «Cantar de cantares» que los depone a todos —dioses y/o cantares— por su carácter de máximo, de supremo. Que no se es máximo sin que esotros, dioses o cantares, existieran e hicieran de fondo de resalte. Majestad, sin súbditos; Victoria, sin vencidos.

El Dioses, el Trino; El dioses, y Dios; Elohim, y uno.

(B) *Principió el Dioses por crear este Cielos y esta Tierra*.

Este Cielos: el visible desde la Tierra, desde toda la Tierra, como

בראשית

G E N E S I S.

CAPUT I. א

בְּרֵאשִׁית בָּרָא אֱלֹהִים אֵת הַשָּׁמַיִם וְאֵת הָאָרֶץ׃ וְהָאָרֶץ א 2
הָיְתָה תֹהוּ וָבֹהוּ וְחֹשֶׁךְ עַל־פְּנֵי תְהוֹם וְרוּחַ אֱלֹהִים
מְרַחֶפֶת עַל־פְּנֵי הַמָּיִם׃ וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי אוֹר וַיְהִי־ 3
אוֹר׃ וַיַּרְא אֱלֹהִים אֶת־הָאוֹר כִּי־טוֹב וַיַּבְדֵּל אֱלֹהִים בֵּין 4
הָאוֹר וּבֵין הַחֹשֶׁךְ׃ וַיִּקְרָא אֱלֹהִים ׀ לָאוֹר יוֹם וְלַחֹשֶׁךְ ה
קָרָא לָיְלָה וַיְהִי־עֶרֶב וַיְהִי־בֹקֶר יוֹם אֶחָד׃ פ
וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי רָקִיעַ בְּתוֹךְ הַמָּיִם וִיהִי מַבְדִּיל בֵּין 6
מַיִם לָמָיִם׃ וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת־הָרָקִיעַ וַיַּבְדֵּל בֵּין הַמַּיִם 7
אֲשֶׁר מִתַּחַת לָרָקִיעַ וּבֵין הַמַּיִם אֲשֶׁר מֵעַל לָרָקִיעַ וַיְהִי־
כֵן׃ וַיִּקְרָא אֱלֹהִים לָרָקִיעַ שָׁמָיִם וַיְהִי־עֶרֶב וַיְהִי־בֹקֶר 8
יוֹם שֵׁנִי׃ פ
וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יִקָּווּ הַמַּיִם מִתַּחַת הַשָּׁמַיִם אֶל־מָקוֹם אֶחָד 9
וְתֵרָאֶה הַיַּבָּשָׁה וַיְהִי־כֵן׃ וַיִּקְרָא אֱלֹהִים ׀ לַיַּבָּשָׁה אֶרֶץ י
וּלְמִקְוֵה הַמַּיִם קָרָא יַמִּים וַיַּרְא אֱלֹהִים כִּי־טוֹב׃ וַיֹּאמֶר 11
אֱלֹהִים תַּדְשֵׁא הָאָרֶץ דֶּשֶׁא עֵשֶׂב מַזְרִיעַ זֶרַע עֵץ פְּרִי
עֹשֶׂה פְּרִי לְמִינוֹ אֲשֶׁר זַרְעוֹ־בוֹ עַל־הָאָרֶץ וַיְהִי־כֵן׃
וַתּוֹצֵא הָאָרֶץ דֶּשֶׁא עֵשֶׂב מַזְרִיעַ זֶרַע לְמִינֵהוּ וְעֵץ עֹשֶׂה 12
פְּרִי אֲשֶׁר זַרְעוֹ־בוֹ לְמִינֵהוּ וַיַּרְא אֱלֹהִים כִּי־טוֹב׃ וַיְהִי־ 13
עֶרֶב וַיְהִי־בֹקֶר יוֹם שְׁלִישִׁי׃ פ
וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי מְאֹרֹת בִּרְקִיעַ הַשָּׁמַיִם לְהַבְדִּיל בֵּין 14
הַיּוֹם וּבֵין הַלָּיְלָה וְהָיוּ לְאֹתֹת וּלְמוֹעֲדִים וּלְיָמִים וְשָׁנִים׃

והיו

v. 1. ב׳ רבתי   v. 11. הד׳ מ״ק ובספרי ספרד מרבתא

arriba, superior a ella; así tiene sentido «ascendió a los Cielos» (Elías, Henoch); y que se dirijan las plegarias «Al Padre nuestro: el que está en los cielos».

Y *esta tierra*: la que nos mantiene, y en la que marchamos. «Tierra», con sentido de abajo, bajo el Cielos. Lugar al que descender y donde está lo ínfimo, el Infierno. «Principió el Dioses por crear *este* Cielos y *esta* Tierra.»

Una Tierra, como inferior, cual Abismo, por oposición al Cielos: lo supremo, a oscuras (aún). *Tinieblas* sobre la faz del abismo. Cielo a oscuras, sobre Tierra a oscuras.

Lo que ante tal espectáculo (a oscuras) sin espectadores, había que hacer era mandar «Hágase Luz», y que Luz quedara hecha. Y, según el *Génesis*, se mandó lo que «se debía hacer según orden»; y todo quedó bien hecho, bueno, muy bueno, adornado y perfecto... Tal se lo declaró al final del capítulo primero y versículo primero del capítulo segundo.

En el séptimo día Dios descansó de todo lo que había creado, que lo había creado como «se debía hacer». (Y no con esa frase de la Vulgata «*quo creavit Deus ut faceret*». Son dos verbos diferentes y en diferentes tiempos: «*barah*» y «*jasha*», *lahashot*.)

Basta con esto para dar sentido —ilustrativo y sugerente— a la traducción final: «*Principió Jehová-Elohim por crear este Cielos y esta Tierra. Este Cielos, tenebroso; esta Tierra, yerma y vacía. Este Cielos, arriba; esta Tierra, abajo: Abismo. Todo a oscuras. "Ven al ser, Luz", y "vino a ser Luz". Elohim descansó en el séptimo día de lo que se debía hacer*». (*Quod erat faciendum*; y no, *quod crearet ut facerer* —Vulgata.)

Afirmación a la que se dirigía todo lo anterior: las palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados en ellas tenían para los creyentes del A.T. contenido y significado claro, distinto, adecuado mental y sentimentalmente, y aun imaginativamente; y perfecto, hasta por estar adornado todo lo creado. Y así, en el mismo estado de claro, distinto, adecuado, perfecto, los creyentes en el N.T., al admitir cual palabra divina lo del A.T.

Así, pues, hasta el Renacimiento. A partir de él todas esas palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados resultan vaguedades, simplificados, que sirven para simples de mente y palabra, mas proclives a caer en simplones y simplismos.

Esas palabras del *Génesis* citadas y estudiadas —palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados— son ya *fósiles* —de vivientes (mental, sentimental, imaginativamente) que fueron. Son *fósiles divi-*

nos. Fueron vivientes palabras *divinas.* Y los vivientes en ellas las vivían como divinas al oírlas o al decirlas. Y los creyentes *pensaron* con ellas; las entendían como divinas.

Cualquier persona culta, posterior al Renacimiento, nota que todos esos conceptos empalabrados son una vaguedad y simplicidad conceptual y mental.

Para toda persona culta, por el Cielo o Cielos circulan libre y visualmente aviones y sondas cósmicas. No hace falta milagros, cual los de Elías y Henoch... Y en el infierno o partes inferiores de la tierra no hay sino un núcleo de hierro líquido. Y esto: aviones, núcleo... está relleno, regido, intrinsecado de conceptos estructurados lógica, matemática y físicamente.

En los fósiles materiales el contenido vital, complejo y original del viviente, se halla sustituido por material homogéneo —casi siempre por minerales. En fósiles físicos la *misma* forma externa del otrora viviente está rellenada de mineral.

En los fósiles *verbales* las *mismas* palabras (del viviente lenguaje) están rellenas de contenido y significado vago, homogéneo, simplificado.

Forma verbal estructurada con contenido mentalmente homogéneo.

Por la dosis de hombre primitivo (la de 0,20) que tiene aún el hombre (medio-mayoritario) actual, puede éste oír y entender tales palabras y conceptos; credulearlas y credulearlos. Y por su dosis de 0,40 (la de persona) puede notar —sorprendido ante la inocencia de los creyentes en el A.T. y en el N.T.— el estado y tono de *fósiles* verbales y mentales.

Y notar él mismo —un poco sorprendido y avergonzado— que dejándose llevar por su dosis de hombre primitivo (0,20, por sus componentes fisiológico y anatómico) credulee en ellas y en ellos.

Al hombre actual, su conciencia científica le advierte de la posibilidad de que, en épocas históricas posteriores, más avanzadas —la del hombre del futuro— los conceptos del hombre actual —definidos, estructurados, según lógica-matemáticas-física— le parezcan al hombre del futuro globales, vagos, simplificados, respecto de los suyos: los del Hombre del futuro.

Al hombre del futuro le resultarían *fósiles* los conceptos empalabrados y las palabras enconceptuadas del Hombre actual.

(1) Palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados del H_p y del H_m son *fósiles* (mental, sentimental, imaginativamente) ante y respecto del H_r y del H_a.

APÉNDICE B

Concepto empalabrado de Creación

(*Vulgata*, +200 d.C.)

El texto latino adjunto reproduce la versión del hebreo al latín llamado «Vulgata» —de hacia finales del siglo II— revisada por S. Jerónimo en 384.

El Concilio general de Nicea (325) había fijado por decreto imperial y eclesiástico la fórmula oficial de *Credo*: «Creemos en *un* Dios...».

Es, pues, comprensible que a la palabra *Elohim* la tradujera S. Jerónimo por el singular *Dios*: por el *un* dios en quien *creemos*.

Y lo mismo respecto de las palabras unidas Elohim-Jehová, por *Dominus Deus*. Muy imperial y muy eclesiástico.

La traducción ya oficial, y dogma de fe desde el Concilio de Trento, emplea, como S. Jerónimo, tres palabras (verbos) latinos: *creare, fieri, esse*.

«Dios creó», en vez de Elohim creó.

Dios dijo «hágase Luz», en lugar de Elohim quien dijo o había dicho: «Sea Luz», y *fue* Luz. Y no, se *hizo* Luz.

Es muy distinto «crear» de decir mandando «sea Luz».

La conexión entre crear-hacer-ser quedará establecida teológica y filosóficamente por siglos.

Mas ¿es genuinamente hebrea?

Traducir así ¿será ejemplo de fidelidad o de inconsciente, mas real, infidelidad?

¿En qué se funda el derecho de tratar así a una palabra divina, que *fue divina*? ¿Un fósil verbal divino?

La obra presente ha tratado oportunamente de tal tema.

LIBER GENESIS

DE CREATIONE MUNDI

Opus deificum sex diebus.

1. 1 In principio
creavit Deus caelum et
terram. 2 Terra autem
erat inanis et vacua, et
tenebrae erant super faciem abyssi, et Spiritus
Dei ferebatur super aquas.
3 Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta est lux.
4 Et vidit Deus lucem quod esset bona, et
divisit lucem a tenebris. 5 Appellavitque lucem
diem et tenebras noctem. Factumque est ve-
spere et mane, dies unus.
6 Dixit quoque Deus: Fiat firmamentum in
medio aquarum, et dividat aquas ab aquis.
7 Et fecit Deus firmamentum, divisitque aquas
quae erant sub firmamento, ab his quae erant
super firmamentum. Et factum est ita. 8 Vo-
cavitque Deus firmamentum caelum. Et factum
est vespere et mane, dies secundus.
9 Dixit vero Deus: Congregentur aquae quae
sub caelo sunt in locum unum, et appareat
arida. Et factum est ita. 10 Et vocavit Deus
aridam terram, congregationesque aquarum
appellavit maria. Et vidit Deus quod esset
bonum. 11 Et ait: Germinet terra herbam vi-
rentem et facientem semen, et lignum pomi-
ferum faciens fructum iuxta genus suum, cuius
semen in semetipso sit super terram. Et fa-
ctum est ita. 12 Et protulit terra herbam vi-
rentem et facientem semen iuxta genus suum,
lignumque faciens fructum et habens unum-
quodque sementem secundum speciem suam.
Et vidit Deus quod esset bonum. 13 Et factum
est vespere et mane, dies tertius.
14 Dixit autem Deus: Fiant luminaria in
firmamento caeli, et dividant diem ac noctem,
et sint in signa et tempora et dies et annos,
15 ut luceant in firmamento caeli et illuminent
terram. Et factum est ita. 16 Fecitque Deus
duo luminaria magna: luminare maius ut prae-
esset diei, et luminare minus ut praeesset
nocti, et stellas. 17 Et posuit eas in firmamento
caeli, ut lucerent super terram, 18 et praees-
sent diei ac nocti, et dividerent lucem ac te-
nebras. Et vidit Deus quod esset bonum.
19 Et factum est vespere et mane, dies quar-
tus.
20 Dixit etiam Deus: Producant aquae reptile
animae viventis, et volatile super terram sub
firmamento caeli. 21 Creavitque Deus cete
grandia, et omnem animam viventem atque
motabilem quam produxerant aquae in species
suas, et omne volatile secundum genus suum.
Et vidit Deus quod esset bonum, 22 bene-
dixitque eis dicens: Crescite et multiplicamini
et replete aquas maris, avesque multiplicentur
super terram. 23 Et factum est vespere et
mane, dies quintus.
24 Dixit quoque Deus: Producat terra ani-
mam viventem in genere suo, iumenta et
reptilia et bestias terrae secundum species
suas. Factumque est ita. 25 Et fecit Deus
bestias terrae iuxta species suas et iumenta
et omne reptile terrae in genere suo. Et vidit
Deus quod esset bonum.

Ubi Adam factus benedicitur.

26 Et ait: Faciamus
hominem ad imaginem
et similitudinem no-
stram; et praesit pisci-
bus maris et volatilibus caeli, et bestiis uni-
versaeque terrae, omnique reptili quod mo-
vetur in terra.

27 Et creavit Deus hominem ad imaginem suam
ad imaginem Dei creavit illum
masculum et feminam creavit eos.

28 Benedixitque illis Deus et ait: Crescite et
multiplicamini et replete terram et subiicite

1. 1) Ps. 32, 6; 135, 5; Sir. 18, 1; 2 Mach. 7, 28; I. 1, 1 ss.; A. 14, 14; C. 1, 16 s.; Hb. 1, 10; 11, 3 - 2) Ps. 32, 6; Sap. 11, 8 - 3) 2 C. 4, 6 - 5) Ps. 103, 20 - 6) Iob 37, 18; Ir. 10, 12 - 7) Ps. 148, 4; Pr. 8, 27 ss.; Dn. 3, 60 - 9) Iob 38, 8-11; Ps. 135, 6; 2 P. 3, 5 - 11) Ps. 103, 14; Is. 42, 5 - 14) Ps. 103, 19; Ir. 10, 2 - 16) Dt. 4, 19 - 18) Ir. 31, 35 - 21) Iob 38, 7 ss.; Ps. 103, 25 s. - 22) Gn. 8, 17; 9, 1 - 24) Gn. 2, 19 - 26) Gn. 5, 1; 9, 2. 6; Sap. 2, 23; Ps. 8, 6-9 - 28) Gn. 8, 17; 9, 1. 7; Ps. 126, 3; A. 17, 26.

---

1. 2) erant *om.* - 4) ac tenebras - 9) et factum est] factumque est - 12) facientem] adferentem - 13) et factum est] factumque est - 14) et (1°)] ut - 16) ~ magna luminaria - 21) mutabilem quam produxerunt.

104 Χαίρετε, τέκνα Διός, δότε δ' ἱμερόεσσαν ἀοιδήν.
Κλείετε δ' ἀθανάτων ἱερὸν γένος αἰὲν ἐόντων,
οἳ Γῆς τ' ἐξεγένοντο καὶ Οὐρανοῦ ἀστερόεντος,
Νυκτός τε δνοφερῆς, οὕς θ' ἁλμυρὸς ἔτρεφε Πόντος.
108 Εἴπατε δ', ὡς τὰ πρῶτα θεοὶ καὶ γαῖα γένοντο
καὶ ποταμοὶ καὶ πόντος ἀπείριτος, οἴδματι θυίων,
ἄστρα τε λαμπετόωντα καὶ οὐρανὸς εὐρὺς ὕπερθεν
[οἵ τ' ἐκ τῶν ἐγένοντο θεοί, δωτῆρες ἐάων]
ὥς τ' ἄφενος δάσσαντο καὶ ὡς τιμὰς διέλοντο
ἠδὲ καὶ ὡς τὰ πρῶτα πολύπτυχον ἔσχον Ὄλυμπον.
Ταῦτά μοι ἔσπετε Μοῦσαι, Ὀλύμπια δώματ' ἔχουσαι
[ἐξ ἀρχῆς, καὶ εἴπαθ', ὅ τι πρῶτον γένετ' αὐτῶν.]

116 Ἤ τοι μὲν πρώτιστα Χάος γένετ', αὐτὰρ ἔπειτα
Γαῖ' εὐρύστερνος, πάντων ἕδος ἀσφαλὲς αἰεὶ
[ἀθανάτων, οἳ ἔχουσι κάρη νιφόεντος Ὀλύμπου,]
Τάρταρά τ' ἠερόεντα μυχῷ χθονὸς εὐρυοδείης,
ἠδ' Ἔρος, ὃς κάλλιστος ἐν ἀθανάτοισι θεοῖσι,
λυσιμελής, πάντων δὲ θεῶν πάντων τ' ἀνθρώπων
δάμναται ἐν στήθεσσι νόον καὶ ἐπίφρονα βουλήν.
123 Ἐκ Χάεος δ' Ἔρεβός τε μέλαινά τε Νὺξ ἐγένοντο·
Νυκτὸς δ' αὖτ' Αἰθήρ τε καὶ Ἡμέρη ἐξεγένοντο,
οὓς τέκε κυσαμένη Ἐρέβει φιλότητι μιγεῖσα.
Γαῖα δέ τοι πρῶτον μὲν ἐγείνατο ἶσον ἑ' αὐτῇ
Οὐρανὸν ἀστερόενθ', ἵνα μιν περὶ πάντα καλύπτοι,
ὄφρ' εἴη μακάρεσσι θεοῖς ἕδος ἀσφαλὲς αἰεί.
Γείνατο δ' Οὔρεα μακρά, θεῶν χαρίεντας ἐναύλους,
[Νυμφέων, αἳ ναίουσιν ἀν' οὔρεα βησσήεντα.]

APÉNDICE C

Palabra enconceptuada de Creación

(*Teogonía*, -800 a.C.)

Texto de Hesíodo. (De hacia el siglo VIII a.C.) *Teogonía.*

Después de haber, desde el verso 1 hasta 114, referido Hesíodo lo que la tradición —multisecular, tal vez por miles de años— había transmitido, revuelta, confusamente, acerca de dioses, diosas, hombres y cosas naturales, se siente forzado a exclamar: «Todo esto, Musas, las que tenéis por casa el Olimpo, contádmelo *desde el principio* (ἐξ-ἀρχῆς) y decidme qué fue de todo ello lo primero que se engendró» (vrs. 114-115).

Y comienzan las diosas Musas, diciendo:

> Por cierto que lo primerísimo que se engendró fue *Caos*.
> Inmediatamente después *Tierra*, la de amplio pecho
> para todos y para siempre seguro asiento
> y *Amor*, el más bello entre los dioses inmortales,
> el disolvente: el que en los pechos de todos: dioses y hombres
> doma mente y voluntad la más sensata.
> Y de *Caos* se engendraron Tenebroso y Noche la negra...
>
> (Vrs. 116-123.)

λέγωμεν, ἀρξάμενοι κατὰ φύσιν πρῶτον ἀπὸ τῶν πρώτων: «Hay que comenzar por hablar, según lo que es natural, por lo primero de lo primero» (Aristóteles: *Poética*, C. 1, 5-6). Y en efecto, en los *Metafísicos*, libro Delta, que es históricamente el primer diccionario de palabras y conceptos, comienza por hablar de *principio*. Y coincide la palabra

ἀρχή con la letra primera del alfabeto. Coincidencia que conviene ponderar. Es muy diferente «comenzar» de «principiar». El alfabeto comienza por la letra *a* (α) a la cual sigue la b (β); pero de la *a* no *se sigue* la *b*. Que 1 es el *comienzo* de la sucesión natural numérica: 1, 2, 3, 4, 5...; pero el 1 es, además y primariamente, el origen de los demás números: los demás *se siguen de él* y no solamente *le siguen a él*.

Hay, pues, no solamente que comenzar por el comienzo, sino sobre todo principiar por el principio: por lo primero de lo primero —dice Aristóteles. Coincida o no primero con comienzo.

Primero es aquello de que procede o *de que se sigue* otro y de estotro *se sigue* otro... Proceder (o seguir de... hasta) es propio de principio de todo lo de un orden. *Comenzar o seguir a* es carácter de simple comienzo. Πρῶτον ὅθεν distinto de ἐντεῦθεν.

Pues bien: Hesíodo, y por él como *médium* o altavoz, dicen las diosas Musas: «Por cierto *lo primerísimo* de todo (πρώτιστα) se engendró *Caos*. E inmediatamente después Tierra...». Caos es, por ello, *principio*: *principio* de todo lo principiado y principiante. Todo *se sigue de él* y no solamente *le sigue a él*.

Ahora bien: «principio» no tiene ni puede tener previos de ninguna clase. *Principio* no puede proceder de nadie ni de nada, y seguirse de algo. Es, pues, incausado, incondicionado, inracionado, indeducible. Carece, por necesidad, hasta verbal, de racionalidad prospectiva. Sólo puede tenerla retrospectiva, pues todo lo demás se seguirá de él y todo lo demás remitirá a él, como a *Principio*.

Tenía, pues, Aristóteles, a quien seguir y de quien proceder en la definición de *principio* que, verbalmente, coincidía, por casualidad y sin importancia, con el comienzo del alfabeto: ἀρχή, ἀ.

Hesíodo va más allá: señala, concretamente, *qué es Principio primerísimo*. Principio en superlativo. No lo son los dioses: Cronos, Urano, Júpiter, dioses y diosas... hombres.

Principio primerísimo no es *un quién*. Una persona, ni divina ni humana. Por ser principio es, hasta verbalmente, incausado, incondicionado; con palabra más clásica y vieja, es *ingénito*.

Así que en la frase «lo primerísimo que se *engendró* fue Caos», eso de *se engendró* hay que tomarlo como impersonal: cual decimos *hizo mal tiempo*, o *llueve* o *hace sol*.

Si aceptamos, un poco por urbanidad, la etimología corriente de la palabra Χάος (Caos): emparentada con χαίνειν, *inmenso bostezo*, apertura ilimitada, *Caos* viene a decir realidad abierta, patente, anhelante, disponible para todo.

Caos, Tierra, Amor: Χάος, Γαῖα, Ἔρως son la trinidad o trío *de que* todo se seguirá, y engendrará a todo, por orden. Cada engendro engendrará otros, cada vez con menor potencia de disponibilidad o mayor dependencia de anterior y posterior.

Tenía, pues, Hesíodo razón en decir: «nosotros los pastores, malas lenguas, vientres insaciables, sabemos decir muchas cosas falsas como semejantes a las verdaderas; pero, si queremos, sabemos decir las verdaderas en forma de mitos» (vrs. 16-19).

Veremos a continuación que esta idea: «lo primerísimo de todo se engendró Caos», y la de que tal primerísimo se engendró todo lo demás —ya no caos, sino realidades bien determinadas, cada vez o paso de generación, más determinadas en género, especie...—, está actuante, implícita, pero eficazmente, en músicos y cosmólogos actuales.

Quien principia y comienza por algo o Alguien o Álguienes, perfectos, perfectísimos, condena a todos los siguientes —que le siguen y de quien se siguen— a decadencia, a finitud, crecientes, con límite *la nada*. Que es un caos, sin potencia expansiva, creativa.

Apéndice D

Concepto de Creación

(*Timeo*, –400 a.C.)

Hacia 387-370 (a.C.), fue compuesto en la Academia por Platón solo o en colaboración con otros miembros de ella, el diálogo *Timeo*.

El diálogo hablado, o el discurso leído, tal vez date del 411 a.C. De todos modos el párrafo siguiente nos ofrece un punto de vista: el de Platón y coacadémicos, acerca del origen del Mundo.

De la creación

> Según, pues, mi opinión, hay que comenzar por distinguir entre qué es lo que *está siendo* siempre, mas sin tener advenimiento, y qué es lo que *está adviniendo* siempre, mas que nunca *está siendo*. Aquello, por estar siendo siempre e idénticamente, es captable con pensamiento razonante; estotro, por adveniente y pereciente, es, a su vez, opinable propiamente con no raciocinante sensación; mas, en realidad, jamás está siendo. Además: todo lo adveniente viene al ser necesariamente por virtud de alguna causa, pues es imposible que, sin causa, tenga advenimiento.
>
> (27d-28a.)

«Lo mejor de todo es principiar por su natural principio» (29b). Aristóteles tiene ilustres y ejemplares progenitores; la exigencia de *Timeo* es la de todo griego que prefiere «lo captable con pensamiento razonante» (*ibíd.*); y no con «raciocinante sensación».

Ya no se parte de Caos, total. Sino de admitir una realidad que

está siendo siempre, idénticamente ella misma. Y en ella entran con derecho propio ideas, eídoses. No hace falta Creador de lo que es, por esencia, sempiterno e idéntico. Hace falta para lo adveniente al ser, para lo engendrable si ha de llegar a engendrado —y engendrados serán todo lo visible y tangible, sean o no dioses. Para ellos Dios, el que está siendo sempiterno e idéntico, se pondrá a ser, o hacer de, causa, de demiurgo, de padre de todo lo visible, tangible; y de dioses, visibles, tangibles, hasta pacientes de heridas que, en los simples mortales, fueran mortales. No, en ellos. Así dioses y diosas, en *Ilíada*.

Pero puesto el Dios (ὁ θεός) a engendrar todo lo no sempiterno ni idéntico, se apercibió de que lo visible y tangible, lo no sempiterno ni idéntico, precisamente por no ser ni sempiterno ni idéntico tiene que estar no en reposo (ἡσυχίᾳ) sino en movimiento desafinado (πλημμελῶς) y desacompasado (ἀτάκτως), con movimiento de criba (σείσθαι, el sísmico) que es el movimiento constante y básico de un universo inidéntico y temporal, o no eterno. Contando con tal estado básico, y con las entidades sempiternas e idénticas siempre que son los eídoses —matemáticos, ejemplarmente, cual los cinco poliedros regulares y las divisiones por números racionales (λόγος)— el Demiurgo, o Dios haciendo de Artesano de los cuatro elementos, haciendo de Padre de dioses y diosas y del alma viviente... compondrá (ξυνιστάς), cual Poeta —que crea según palabra (λόγος) racional y según palabra numérica (λογισάμενος)— este universo, τόνδε τὸν κόσμον: el visible, tangible. Que resultará, tenía que resultar, imagen (εἰκών) del universo de ideas, sempiternas ellas, inmobles, intemporales, que le sirvieron de *paradigma*; más que no pudo enrealizar tal cual en lo esencialmente (ὄντως) movible y continuamente movido por movimiento sísmico, desafinado y desacompasado.

Timeo es el primer caso de interpretación matemático-lógica del universo, según geometría, entonces naciente —poliedros regulares (pitagóricos) y números racionales (enteros y fraccionarios, según proporciones matemáticas).

Nada de «dijo, y quedó hecho», ni en un día (capítulo segundo del *Génesis*) ni en seis (cap. primero), sino tomando el Dios su eternidad, cual modelo inasequible, para producir el tiempo, cual imagen de ella; y en él tranquilamente (ἡσυχίᾳ), producir todo según orden racional (λόγος) y calculatorio (λογισάμενος), *según cuenta-y-razón*, diríamos con frase hecha castellana y significativa.

Y según otra frase clásica, «según peso, número y medida», según aritmética (número), geometría (medida, μέτρον) y física (peso). Veremos en el Apéndice G que el modelo de Creación en ciencia

moderna verifica, con la perfección adquirida durante siglos de observar, medir, contar y pesar, lo que *Timeo*, hacia el 400 a.C., explica, después de invocar a dioses y a diosas, para poder hablar de todo según razón..

APÉNDICE E

Palabra y concepto musicalizados de Creación

(*Oratorio*, Haydn, 1798)

Según el *Oratorio* de J. Haydn (cfr. páginas adjuntas de la partitura, edic. Eulenburg).

Comienza con una representación (*Vorstellung*) del Caos (pp. 1-10). ¿Cómo se representa un músico —en cuanto músico, no en cuanto hombre locuente, vagamente filósofo, mas vagamente teólogo— el Caos?

Caos, musicalmente expresado.

Primera condición: nada de palabras de lengua alguna humana, natural, puesto que el hombre no ha sido aún creado. Condición negativa.

Segunda condición, positiva: con notas que son cual el alfabeto propio de músico.

Tercera condición, positiva: notas emitidas por instrumentos, por algo innatural. Invento, ciertamente del hombre, o de algún dios de tiempos ya idos respecto de Haydn. Dioses idos, con los que no se cuenta, ni cantan.

En toda la Introducción, ni ángeles (Uriel, Rafael) ni el Coro (cuatro voces) hablan. Silencio musical, bien medido.

El primer compás —designación del *temple* temporal: «largo» y calderón, para todos los instrumentos. Uniformidad sonora. Negación de toda diversidad, efecto futuro aún de creación de creaturas.

Mal se puede hablar de *nada*, pues la misma palabra «nada», y el decirla con acto positivo del locuente la refuta. «Creatio *ex nihilo*» ca-

rece de sentido, y se autorrefuta. Refuta la misma intención, además de su verificación. Mas hablar de *caos* no se refuta a sí mismo. Lo percibió, sin decirlo explícitamente, *Hesíodo*. Caos es estado de ser en expectativa, en disponibilidad irrestricta, en pujos de llegar a ser algo determinado.

En semejante estado de expectativa, refrenada, está el primer compás del *Oratorio*. E instrumentos propensos a *decir*, a *cantar*, son violines y viola; a éstos los refrena con «largo», y encima con «sordina», Haydn, puesto a representar (*Vorstellung*), musicalmente «Caos».

Rompe ese silencio de notas determinadas la viola (segundo compás); síguele el violín II en ese mismo compás y rompe a sonar en el tercero el violín primero, con una frase (en piano) de estilo y sonancia interrogativa.

Acompaña a la viola el violencello. Con sordina.

La mitad de la frase del violín primero resalta frente al silencio de toda la demás orquesta.

Del Caos sonoro, o Caos sonoramente vivido o vivencia sonora de caos, sólo pueden romper el silencio —la expectativa— quisifrases, quisimotivos, casi todos, estadísticamente contados, de sonancia «interrogativa», de suspenso, de ganas de cantar o de sonar en frases, temas, tesis.

En ninguno de los compases de la Introducción intervienen todos los instrumentos. Algunos callan, tal vez sorprendidos de las ansias incontenidas de sonar de otros.

Sólo en los cinco compases previos ya al Recitativo interviene una selección de instrumentos que suenan casi todos a la una, preparándose a *hablar* «En el principio creó Dios cielo y tierra» —háblalo Rafael (bajo). Resaltando, no obstante, contra el silencio de los grandes, y de ordinario deliciosos hablantes, que son clarinete, violín y viola.

En la Introducción, los fuertes (*f*) se apagan casi inmediatamente en favor de *p*, *pp*, estadísticamente predominantes.

No otra solución pediríase para *sonar* a Caos.

Por supuesto, los locuentes y elocuentes, como se verá o sonorá —Uriel, Rafael, soprano, alto, tenor, bajo— callan en toda la Introducción.

La mera palabra «nada» perturba el lenguaje natural por su contradictoria intención.

La mera palabra «Caos» no lo perturba; pero la música la ignora. Le basta con sonar «largo», «con sordina», con irrupciones de quisifrases y de quisimotivos, con silencios distribuidos estadísticamente, no según ley o progresión fija, cual en fuga.

Erster Teil.

1. Einleitung.

Die Vorstellung des Chaos.

Josef Haydn.
1732-1809.





Solo.
pp
Fl.
Fl.
Clar.
Cl.
pp
fz
p
Vl.
Viol.
Vla.
Vc.
B.
pp
60
Clar.
Recit.
Cl.
Vl.
Viol.
Vla
Raphael. Recit.
(Basso)
Im Anfange schuf Gott Himmel und Erde;
Vcello. e Basso.
Vc. e B
p
70
Clar.
Cl.
Vl
Viol.
Vla
R
und die Erde war ohne Form und leer;
Vc. e B

Tal sonancia de Caos no la habla nadie, y no puede hablarla. Hesíodo habló de ella un momento: «lo primerísimo de todo fue (hubo) Caos; pero, *inmediatamente después*, Tierra...».

Caos se desvanece apenas pronunciado; no aguanta las ganas o pujos de determinación. Y por no aguantárselas él, nombrar y explicar sus descendencias, inmediatas o mediatas, ocupan 846 hexámetros, a seis pies o *compases* cada uno; y dan una composición musical de 5.076 compases.

Los engendros van desde Caos, Tierra, Cielo, Noche, Mar, Océano, Thetis, Urano, Cronos, Júpiter, a olímpicos y su descendencia. Todos en silencio; engendra que engendra; pero también, calla que calla.

Los primeros engendros de quienes se pondera el hablar, cual primigenias de ello, son las diosas Musas: las de *dulce hablar* (ἡδυέπεια).

«Musas olímpicas, hijas de Júpiter, el de la égida» (vrs. 965-66), han cantado qué inmortales diosas han entrado en lechos de mortales y engendrado hijos semejantísimos a dioses: los Héroes (vrs. 965-1.020).

Y termina el poema, musical, no verbal, pidiendo Hesíodo a las Musas que canten, con su dulce hablar (ἡδυέπεια), a las hijas de mortales tenidas de Olímpicos —comenzando por Júpiter... (vrs. 1.022, final (?) de la *Teogonía*).

Durante 58 compases, Caos se mantiene en silencio verbal. Que a diez líneas por término medio de página dan 694 líneas; y cada línea, a seis «palabras» musicales por término medio dan 4.176 «palabras» *sonantes*, no habladas.

Escuchemos a Sócrates (diálogo *Fedro*, 259b, c, d) hablando de los hombres y del canto.

> Cuéntase, pues, que las cigarras fueron en otro tiempo hombres nacidos antes que las Musas. Nacidas, empero, las Musas, y aparecido el canto, a algunos de ellos los sacó tan fuera de sí el placer que, cantando cantando, descuidaron comer y beber, y sin darse cuenta murieron. Y desde entonces procede de ellos el linaje de las cigarras, que ha recibido cual don de las Musas el vivir sin comer; y poder, no obstante, cantar sin comer ni beber, y así hasta la muerte; y, juntándose después de ella con las Musas, notificarles quién de acá las honra y a quién de ellas en particular. Y así notificando a Tepsícore quiénes la han honrado en los coros, vuélvenla benigna para con ellos; y parecidamente a Erato, con los dados a cosas de amor; y por semejante manera a las demás, según el eidos de honor apropiado a cada una.
>
> Empero a Calíope, la más antigua y venerada, y a Urania, su se-

gunda, notifícales quiénes son los que pasan su vida en filosofía, honrando así la música de esas dos Musas que, entre todas y sobre todas, dan sobre el Cielo, sobre lo divino y humano razones difundidas en bellísimas voces.

Sobre lo divino van a cantar en bellísimas voces, en lugar de Calíope y Urania, los arcángeles Rafael y Uriel.

Cantar y hablar a la vez (simultáneamente) y a la una (canto-y-habla) de la Creación.

Canta-y-habla Rafael: «En el principio creó Dios Cielo y Tierra y la Tierra estaba informe y vacía». Cantar-y-hablar a la vez y a la una es «recitar» musical. Con predominio del hablar. Casi con relación biunívoca: a sílaba, nota; a nota, sílaba. Coajuste en favor del habla. Por algo es nadie menos que Dios quien crea a golpes de palabra: de *Hágase*. La frase hablada coincide, por coajuste espontáneo, con la frase cantada. Son frases *tesis*, no *tema*.

Pró-*tesis* e hipó-*tesis* son aquellas palabras cantadas: «En el principio creó Dios Cielo y Tierra». Es lo primero que había que decir, contar y cantar, y lo básico (ὑπό) para todo lo siguiente. Tanto es así que la orquesta, reducida a esos cantantes, prestigiosos y pretenciosos, que son, de ordinario, clarinete, violín y viola, corean con frase musicalmente completa la frase *tesis* de Rafael. Quien, reverentemente, da a la palabra «Dios» un compás entero. Centro de la frase. Hacia Él todo asciende, música y letra; y desde Él descienden, música y letra, hacia Tierra. Y el violoncello y el bajo subtienden y confirman la frase-*tema*: lo puesto ya (θῆμα) por los instrumentos *altisonantes*.

Y continúa Rafael recitando: «y la Tierra estaba informe y vacía» y «Tiniebla estaba sobre la faz del abismo». Recitado confirmado cual *tema*: cual algo puesto ya en firme por violín y viola —con silencio de clarinete, la primera frase. Y con silencio total de orquesta, la segunda. Tiniebla, abismo: nada a cantar. Algo sí que contar. Y lo canta Rafael.

Este perfecto y original coajuste entre letra y música, entre contar y cantar define, según Georgiades, la *lírica*.

La sutileza del coajuste en la tercera frase llega a destacar, notalmente, «forma» (*Form*), separándola, por un cuarto de compás en silencio, de «vacía» (*leer*). El Coro siguiente es otro acierto espontáneo, inspirado, de coajuste entre contar y cantar: entre letra y música. «Temple» sonoro: *sotto voce* para todos: orquesta y cantores. Quienes cantan y cuentan: «Y el Espíritu de Dios flotaba sobre la faz de las aguas». Pianissimo (*pp*) y conmovido, tembloroso de notas, el violonce-

llo. Él, el Coro, y toda la orquesta. Preparando desde el compás 80 la frase decisiva en punto a Creación: «y Dios dijo».

Momentáneo silencio de todos, preparado por la quisifrase —lo de «quisi» por suspensiva. Y Rafael rompe el silencio diciendo-y-cantando: «Hágase Luz». Y violín y viola, violoncello y bajo con un pizzicato de una sola nota responden-resuenan a *Luz.*

«Del dicho al hecho no hay trecho», es refrán filosófico al tratar de Creación. Frente a los demás tipos de producciones en las que del *dicho*, del proyecto y del designio, al *hecho* tiene que haber y hay grande o pequeño trecho: espacial, temporal, real.

Pero musicalmente —y hay que decirlo y anotarlo con «senza sordino»— hay un original y propio trecho que es un silencio, aquí de medio compás. Silencio que hace resaltar la maravilla «Y se hizo Luz». Cantada y contada por todos los que tienen voz: Rafael y los cuatro del Coro. Y ante tal hecho —la palabra Luz llena ella sola todo un compás— y a tal palabra y en tal compás entran con doble *ff* todos los instrumentos de la orquesta en pleno, los de cuerda; nada de pizzicato, sino *arco*. Y así en ese admirativo temple continúa la orquesta plena sin voces ni coro, cuatro compases más.

No basta para una creación del mundo, de un mundo con Luz, en que todo va a estar a plena luz, el que *haya Luz.* Hecho entitativo, de ontología. Hace falta que el Creador lo apruebe. Todo Creador, que no sea ni degenere en repetidor, tiene que admirarse de lo que le resultó. Y es la admiración ante el ser la que asciende a aprobación, al orden de supramoral, al hacer constar, y dejar constancia «Y Dios vio que la Luz era buena, y separó la Luz de la Tiniebla». Recítalo, cantando y contándolo, de tenor, Uriel. Toda la orquesta en silencio, menos violines y viola que con acordes de estilo «sí», interjecciones de admiración y aprobación, acompañan esta frase final de la Creación. Primera y ejemplar. Tan ejemplar que, tal cual no se repetirá en las creaciones siguientes. Estamos ante el modelo musical-verbal de *Creación.*

Modulando a nuestro propósito la sentencia de Goethe, «Quien tiene ciencia o arte, ya tiene religión»: «quien no tiene ni ciencia ni arte, tenga religión».

Quien ha escuchado *Creación* de Haydn, ya sabe *de oídas* qué es: *a qué* suena Caos: qué es crear musicalmente Mundo.

Quien no ha escuchado o no ha percibido *de oídas* —por oír sólo mero ruido o palabras propiamente habladas— *a qué* suena Caos y qué es crear musicalmente mundo, que crea saber *de mente qué es* Caos y *qué es* crear con palabras imperativas Mundo.

APÉNDICE F

Experiencia musical de Creación

(*Novena Sinfonía*, Beethoven, 1824)

Novena Sinfonía de *Beethoven.* (Véase Lámina 13.1.)

Sin decir palabra en ninguna lengua ni natural (latín, alemán...) ni artificial —algebraica, simbólica.

Las palabras y frases siguientes no tienen valor musical ninguno. Se las emplea cual *comodín*, pues la lengua castellana es, para Autor y posiblemente para Lector, la más cómoda por anatomía y fisiología, y por uso, rutina, convención acatada sin discusión por años y años.

Es, pues, imprescindible ir acompañando tales frases y palabras con la audición o audición recordada o lectura de la partitura tararea-da mezza voce, con sordina. Mirar la partitura y estarla oyendo con in-teriores sonancias.

Antes de proceder al estudio de la obra aceptemos por guía dos sentencias, una de E. Bloch, el gran musicólogo, grande en técnica musical y grande en filosofía sociológica; y otra, del gran poeta filósofo, nuestro Antonio Machado. Y las dos sentencias han de continuar, cual una especie de *continuo musical*, durante toda la exposición.

> *Cantus essentiam fontis vocat.*
>
> (El canto altavocea la esencia de fuente.)

O como dice Bloch en este mismo párrafo: «el instante es el núcleo de

Symphonie Nº 9





Fl.
Ob.
Cl.
Cor.
Vl.I
Vl.II
Vla.
Vlc.
Cb.
Fg.
1.
1. 2.
2.
pp
p cresc.
cresc.
a 2
10


20
a 2
Fl.
Ob.
Cl.
Fg.
a 2
Cor.
Tr.
Timp.
tr
Vl. I
Vl. II
Vla.
Vlc.
Cb.
ff
f
3
20

la existencia en trance de manar» (*Zur Philosophie der Musik*, Suhrkamp, 1974, p. 295).

Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan
lo que el silbar del viento cuando sopla
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

Versos, que modulados a nuestro propósito dirían:

Las más hondas sonancias
del músico enseñan
lo que el silbar del viento cuando sopla
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

En 1903 Becquerel y los esposos Curie reciben el premio Nobel por sus aportes fundacionales, teóricos y experimentales, a la Radiactividad; y, por ello, posteriormente, a la física atómica y nuclear.

Por extraña que pueda parecer la afirmación, la *Novena Sinfonía* de Beethoven es el primer caso de *radiactividad musical*.

Notemos las siguientes características —reducido todo al marco de este trabajo, y recuérdese lo dicho en el cuerpo de la obra acerca de probabilidad y de radiactividad física, lo que podrá servir de guía del significado de «radiactividad musical»—:

1) La radiactividad consiste en la emisión de electrones, partículas alfa (núcleos de helio) y fotones (rayos gamma), procedentes del elemento *rádium* —y de otros elementos afines.

2) Tales emisiones proceden del radio espontáneamente —adverbio que, empleado en física, indica que no proceden de influjos físicos externos, cual presión, temperatura, choques, gravitación...; así que sin ninguno de los influjos causales de causas físicas: mecánicas, termodinámicas, gravitatorias, electromagnéticas ni químicas. Es decir: proceden *sin causa*.

3) Proceden del material mismo según legalidad estadístico-probabilística. Y según ley matemática exponencial, bien determinada.

4) Toda ley estadístico-probabilística es acausal. Si jugando con un dado —para reducirnos al caso más sencillo y conocido— se pudiera predecir qué cara saldrá en cada jugada, y su orden de salida, o el dado sería falso o el jugador haría trampas o se las haría otro en su favor.

En todo tipo de juego: lotería... reina el *porque sí* o el *porque nó*.

Ningún resultado tiene ni antecedentes necesarios y suficientes para salir o para no salir. Ni sienta precedentes para los siguientes. Ni los ha tenido. Carece, pues, de racionalidad prospectiva y retrospectiva.

5) Pero en cada jugada hay, y permanece, una base necesaria: en cada jugada con un dado tiene que salir una cara; no va a salir la sota de bastos o el negro de la ruleta... Tal es la estructura base, y cual pantalla, de dado. Tiene que salir una cara; mas no tiene que salir *ésta*. De salir una cara cualquiera a salir ésta, hay falta absoluta de racionalidad. Falta el *porqué*. La estructura básica es el componente de la racionalidad prospectiva y retrospectiva que hace y tiene que hacer de fondo constante de la falta de racionalidad prospectiva y retrospectiva en los casos. Y ello en racionalidad que es base de irracionalidad, en el mismo material y en el mismo instante.

Lo de «porque tal o cual, por tales o cuales razones» es base constante y necesaria del porque sí o porque nó de cada uno de los componentes de la misma realidad. Discontinuidad entre racionalidad total o irracionalidad parcial.

6) La racionalidad total se instala a lo largo del tiempo con el número de jugadas, cuantas más mejor. Para un dado, con el número creciente de jugadas, cada cara irá aproximándose, en cuanto al número de veces que haya salido, al límite de un sexto del número total. Racionalidad del Todo, a pesar de la irracionalidad de las partes. Racionalidad de las partes (caras) función, o dependiente, del número.

7) No es posible acorralar la probabilidad. Reducirla a cero. Parece conclusión de sentido común que si jugando con un dado ha salido, en 600 jugadas, cada una de las caras 1/6 de veces, *a fortiori*, jugando 6.000 veces tendrá que salir ya 1/6 de veces cada cara; y, *a fortioríssime*, jugando con un dado 6.000.000.000 de veces está ya asegurado que habrá salido cada una 1/6 de veces. La convergencia hacia 1/6 queda garantizada. Y, sin duda alguna, en infinitas veces de echar el dado, es ya necesario que cada cara haya salido, fijamente ya, 1/6 de veces.

La conclusión es falsa. En la jugada 6.000 pudo haber salido una cara 1/6 de veces, pero como haber salido no es causa suficiente para salir, podrá suceder que en 6.000.000 la misma cara haya salido, vgr., sólo 1/8 de veces, o por exceso haya salido 1/4 de veces o ninguna. La discontinuidad permanente, insistente, descarta toda necesidad en el límite.

8) Las emisiones de electrones, partículas alfa, rayos gamma... son de este estilo. No se las puede acorralar en necesidad. Cual sucede,

ejemplarmente, en mecánica clásica newtoniana y aun relativista. La sorpresa de los físicos —Becquerel...— ante el comportamiento de tales emisiones, sólo se atemperó al descubrir que tales emisiones, en cuanto a número, intensidad, secuencias... están regidas por un cálculo matemático: el de probabilidades. Determinismo clásico en física e indeterminabilidad en otro dominio, conexos por influjos físicos los dos, permanecen dentro del campo más amplio: el de *matemáticas.*

Azar, buena o mala suerte, chiripa, no son categorías físicas, pues, por su concepto y uso, no están regidos por matemáticas. Por cálculo alguno. En lo que, en primera impresión, parece *azar,* descubrir un componente matemático es cual sacarle a azar una radiografía de lo que tiene de matemático. Y en tal radiografía lo que aparece es cálculo de probabilidades. Lo que tiene de probabilidad.

Es Pascal quien descubre el cálculo de probabilidades en lo que pasaba por juegos de azar.

Con una frase literaria clásica: «La razón de la sinrazón» que a la Razón determinista se hace es el cálculo de probabilidades. Éste da razón de tal sinrazón, y se la da en y a la razón misma.

9) Con sentencia clásica de Bergson: «La vida es surtidor de novedades». La vida es improvisación de espontaneidades, estreno de originalidades. Y todo ello: novedad, espontaneidad, originalidad carece —y tiene que carecer, hasta por palabra— de antecedentes necesarios y suficientes. Carecer de racionalidad prospectiva.

Con estos recordatorios, ataquemos el tema: «Radiactividad musical», en el caso ejemplar —primero históricamente— de la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

Oigamos, en algo así cual en *confesión auricular,* la sinfonía. Oigamos lo que ella canta en nuestras orejas. No lo que Beethoven confesará le pasó al componerla.

Boltzmann, vienés, el gran físico, no publica su teoría estadístico-probabilística de gases, hasta 1870. Nada de ello estaba en el ambiente ni de Viena ni del resto de Europa en tales fechas.

Si logramos en este Apéndice mostrar que la *Novena Sinfonía* es un caso de radiactividad musical, el primero y ejemplar, podremos afirmar que la radiactividad musical precedió a la mecánica estadística y al descubrimiento de la radiactividad física.

Mas todo ello nos interesa respecto del tema propio: *creación.*

Ante todo, breve estadística.

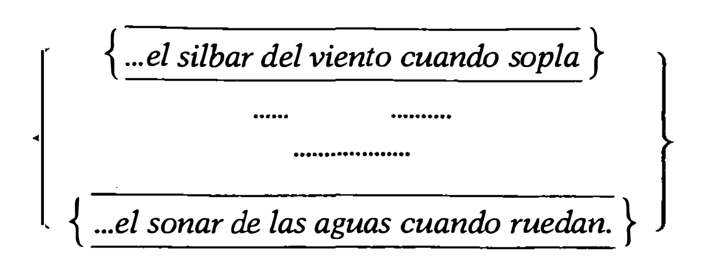
El *tema inicial,* llamémoslo así, abarca desde los compases 1-20; *el mismo,* casi literalmente o *notalmente,* se repite en los compases 20 a

50; *el mismo,* desde los 50 al 160; *el mismo,* desde los 160 a 326; *el mismo,* desde 326 a 547.

Notemos las distancias en compases entre las repeticiones:

1-20,	20;
20-50,	30;
50-160,	110;
160-326,	166;
326-547,	221.

Llamémoslos —usando del comodín y comodidad del lenguaje natural, filogenético— «*días*» (5) de erupciones, de emisiones, de radiactividad musical. De *creación musical.* Su contenido está circunscrito casi visualmente, y sobre todo auditivamente, entre los dos límites indicados aquí por las dos sentencias de Machado



Límite superior (véase partitura). Viento de los cornos I, II, de un soplo (ligados) desde el compás 1 al 13; en el 5, y siguientes, se van añadiendo, en *pp* siempre —para no hacer resaltar las diferencias de timbre en este inicial, casi secreto inicio de radiactividad musical— clarinetes, oboes, flautas. Sopla el viento, no tanto literalmente en los instrumentos cuanto en las vibraciones del aire que son las que —en forma de confesión auricular, privada para cada uno— hace lo musical. Y así en todas las demás reparticiones.

Canal superior.

Límite inferior. «El sonar de las aguas cuando ruedan», ruedan violines I, II, por viola, violoncello, contrabasso. Con un deslizarse tembloroso, casi platónico (véase *Timeo,* Apéndice D), en temblequera de tresillos, seisillos; así sin interrupciones desde los compases 1 al 16, en que *tutti*: la orquesta en pleno, decidida, en *ff,* se suelta en catarata de la que se desprende la frase final de los compases 19-20 y el *re* final (inicial del 21).

Entre esos dos límites surgen como emisiones de radiactividad musical pequeños grupos de notas —en *saltos* de quinta, de cuarta...;

primera discontinuidad, a notar; *saltos* de este tipo en variados instrumentos: violines, viola, violoncello, contrabajo; grupos separados por silencios, breves, brevísimos, todo «sotto voce, sempre *pp*»; grupos de tres notas, punteada una, ligadas dos, cual preparación para la catarata sonora y la frase final (provisoria).

Percibir en esa confesión auricular los silencios es condición necesaria para el tipo de emisiones de partículas musicales sueltas, sobre fondo permanente. Cual lo es, en radiactividad física, la emisión de partículas... sobre fondo del elemento permanente, hasta con depósitos crecientes de plomo: de material inerte ya.

La velocidad de las partes siguientes de la sinfonía puede estorbar la percepción de tal discontinuidad: de tantos *saltos* de sonancia a silencio y al revés; de diferente duración de unos y otros, dando la impresión, cual en un filme o en la pantalla del televisor, de una continuidad de movimiento que realmente no existe. Pero que en física nota la discontinuidad un contador Geiger-Marsden...

Discontinuidad que no obsta a la unidad de la frase total que resuena *sobresaltada*, anhelante, amenazada de no ser; y, por ello, tanto más contrastante el ser: la sonancia.

Carácter *cuántico* de lo que rellena de sonido el intervalo entre los límites superior e inferior.

En las emisiones radiactivas físicas lo emitido discontinua espacial-temporal-masivamente es diferente y aun diverso: partículas alfa (núcleos de helio), electrones, fotones... En las emisiones radiactivas musicales, lo siguiente al tema inicial y al tema inicial repetido a las distancias señaladas puede ser grupo de dos, cuatro, seis o más notas, y hasta casi temas que en una sinfonía de estilo flujo continuo, sin saltos ni sobresaltos, pedirían tales temas (quisitemas) continuarse y desarrollarse plenamente.

Aquí son casi *motivos*, no satisfechos. Aparte de los que musicólogos de la altura de Tovey señalan, adviértase como ejemplo, para otros puntos de que se va a hablar, el tema (quisitema) de los compases 24, a cargo del violín primero; repetido y completado en los compases 63-66 por el mismo violín; repetido y enlazado con otro quisitema (emisión radiactiva musical) en los compases 100-103; cfr. (óigase) comp. 27-29, 330-333.

La temblequera musical de fondo —límite inferior constante, casi constante de esta primera parte de la sinfonía (1-547)— se prolonga por casi toda ella a cargo siempre de los mismos instrumentos y la temblequera se acentúa en lo posterior a la repetición cuarta. Desde el com-

pás 510 al 538. Preludio para descargar una vez más, la quinta, la catarata sonora, a tutti, y la frase decisiva, ahora *ff*, final, con calderón.

La distribución de silencios, y su duración media, es dato esencial para la percepción del carácter de radiactividad musical.

Silencios que no son pausa, reposada y reposante, como en obras fluyentes. Sino reposo, y pausa, sobresaltada. Fluyente, el Rondó del op. 13 (sonata «Pathétique»). Delicia auditiva y aun digital. En 18 compases.

Silencio es en música algo así cual el cero en aritmética. Un original tipo, invento, de *nada*, especificada para un dominio especial también.

11 es bien distinto de 101; 123, bien diferente de 102003. Y todos ellos, números.

Silencios equivalentes a un cero, dos ceros, tres ceros... saltantes en discontinuas distancias temporales, un poco al azar, producen la impresión auditiva de *creación*; de recreación; no, de creación de nada, de nada previa; sino de novedad, espontaneidad, originalidad, resurrección, improvisación, estreno de realidad, de sonancia, de motivos y quisimotivos, temas y quisitemas, que es la impresión de esta primera parte de la *Novena Sinfonía*. Y tales sorpresas, saltos, y sobresaltos musicales llenan las cuatro subpartes que se han señalado. Y que están rellenadas por material sonoro en dosis creciente de relleno. Al rellenar la última con 221 saltos, sobresaltos, emisiones sonoras discontinuas, la sinfonía —mencionemos a Beethoven quien hace, quien viene haciendo, de *médium*— reposa la fase de radiactividad sonora en un scherzo y un adagio. Scherzo, fuga a cinco voces. Remanso clásico. Desde Bach. Y un «Adagio molto e cantabile».

Que *médiumes* los hay, aceptémoslo benévolamente sin pedanterías científicas, en el dominio psíquico, psicofísico. Estos médiumes estarían haciendo de inter-*mediarios* entre dos mundos: uno el corriente, público y palabrero, y otro el submundo o ultramundo de ex idos de aquél. Becquerel, los Curie, han estado en comunicación, hasta vitalmente peligrosa, entre el sub-mundo (respecto del mundo sensible normal) de lo atómico, de lo nuclear de él, y el mundo de instrumentos científicos, cientificados éstos en su estructura y funcionamiento mismos. Becquerel y los Curie... son altavoces en lenguaje matemático.

Son auténticos *médiumes*.

Pues bien: Beethoven es auténtico *médium* entre dos mundos: el de que lo musical tiene de radiactividad en emisiones sonoras, y el de expresión en música audible por orejas filogenéticamente producidas

y conservadas en que la mente está viviéndose sentimentalmente, además de sensiblemente.

Está Beethoven haciendo de *médium*, no siempre, sino en la *Novena Sinfonía*, como un caso ejemplar y primero en la historia de la música. Y retrospectivamente consideradas u oídas sus demás obras, desde el punto «de oídas» de la *Novena*, se puede notar la dosis de *médium*: de radiactividad musical que en cada una se encuentra o suena.

Pero la *Novena Sinfonía* —en orquesta, discos, cinta u otro procedimiento que tal vez se inventare— es ya, ella misma, *mina* de radiactividad musical; y oyendo la confesión auricular que ella misma hace en nuestras orejas podemos experimentar lo que es *creación*: estar surgiendo esas emisiones sonoras típicas, discontinuas, de no ser (sonantes) a ser (sonantes), de ser sonantes a no serlo: sonancia sobresaltada, total, con sentido sonante total, mas sin sentido continuo en las partes.

Después de cuatro *días*, por decirlo así en lenguaje bíblico, de emisiones sonoras radiactivas, *días* con más o menos radiaciones sonoras, Beethoven deja de ser *médium* de radiactividad sonora; y *descansa* doblemente, con descanso clásico —*fuga* a cinco voces y *adagio cantabile* que es en cierto grado volver a la lengua natural: al comodín y comodidad de fisiología y anatomía humanas en acto de oír con mente enrealizada, encorporada, amorrada en sonidos perceptibles por orejas.

En fuga y adagio, clásicos de factura, se nota, dicho con palabras de Bloch, el fluir de fuente (*offener Quellklang*). Y el músico altavocea entonces la esencia de Fuente. Está siendo, realmente, audiblemente, *médium* de sonidos en manantial. Y lo que entonces, en tal trance, dice o *suena* es la sapiencia o sonancia sabia «del silbar del viento cuando sopla» o «del sonar de las aguas cuando ruedan».

Por la temblequera casi continua que resuena, sobresaltada, a lo largo de los cuatro *días* de diferentes emisiones radiactivas musicales de la *Novena Sinfonía*, Beethoven empalma, tras unos veintitrés siglos, con Platón que es, ha sido, el único filósofo que ha percibido el movimiento sísmico: desafinado y desacompasado, del fondo del universo que es «común a todos: dioses y hombres» (Heráclito). Sobre ese fondo conmovido y sobresaltado resaltan las realidades todas sueltas, amenazadas de ser y no ser, alternando entre ser y no ser, con parches de noser, por miles y miles de veces (*Sofista*). De haber sido músico, o dispuesto del instrumental músico de tiempos de Beethoven, fuera el diálogo *Timeo* no algo dicho o hablado en lengua griega clásica, sino algo así cual partitura de la *Novena Sinfonía, cosmológica*.

No se entiende bien el *Timeo*, y toda la filosofía platónica, si no se

percibe —durante la lectura, pensamiento, sentimiento de toda ella, de todos los diálogos— esa temblequera de toda realidad mundanal: el trémolo subtendiente que hace imposible todo estado *sustancial*. Por igual razón: no se entiende, se oye bien ni mental ni auditivamente, la *Novena Sinfonía* (la primera parte de ella) si no se está oyendo el trémolo, casi continuo, que afecta a todo lo que sobre él resuena y que no llega, no se deja llegue, a estar siendo río continuo, sonido de manantial, de fuga clásica.

La frase, por tanto, «experiencia de *creación*» —experimentar mediante las orejas (puestas en olvido consciente) qué es y cómo se crea, viene al ser, creación— adquiere pleno sentido.

En las palabras *creación, crear, Creador*, de cualquier lengua —clásicas hebreo, griego, latín...— se entiende, cuando más, *qué es* crear; mas no se experimenta el crear mismo, el surgir ante la mente ser de no ser; y no ser, de ser. En ningún lenguaje natural, divino o humano, hay radiactividad musical. O radiactividad óntica.

Experimentar *creación* vino al mundo con Platón —primer *médium*—; experimentar fluxión, y *médiumes* que la expresaron, los hubo, y hubo desde el siglo IV a.C. hasta Leibniz quien, en atisbo genial, dijo que crear es venir algo al ser *per modum fulgurationis*: a manera de relámpago y rayo. Leibniz, segundo *médium* de creación. Mas el auténtico *médium* por experimentar y dar a experimentar a otros qué es, cómo es eso de crear, fue Beethoven, en la primera parte de la *Novena Sinfonía*.

Quien la ha oído, y percibido su radiactividad musical o música en estado de radiactividad, sabe por experiencia qué es creación, cómo se crea y quién es Creador.

Quien no lo percibe, tenga de «creación, crear y creador» palabras enconceptuadas o conceptos empalabrados de todo ello.

Decimos modulando la repetidamente citada sentencia de Goethe.

Fuga y adagio con preludio para la creación o producción de una creatura que *habla*. El músico (Beethoven) en cuanto hombre natural, o por su dosis de hombre que *habla*, se siente urgido a *sonar* de una manera tal que, sin llegar a hablar, irrumpa en ella el habla humana, en himno; en coajuste de palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados con *notas*.

Surgimiento de *Humanidad* —de la fase misma de música radiactiva. Mas este tema no cabe en un Apéndice.



Campo de fuente o manantial del idioma musical. Música en estado de rumores de fuente. Llaman sobre el fondo de silencio que es su espacio.

LÁMINA 13.2



Ob.
Cl.
Fg.
Cor.
Vl. II
Vla.
Vlc.
1.
pp
sempre pp
10
15
Fl.
Vl. I
Cb.
a.
20
25

APÉNDICE G

Concepto cosmológico de Creación
(Einstein, 1924; 1948)

Concepto cosmológico de Creación
(A base de las obras: *Schwerkraft und Weltall,* Pascual Jordan, 1955; *Gravitation und Kosmologie,* R.U. Sexl-H.K. Urbantke, 1975.) (Véase la reproducción de páginas con fórmulas típicas.)

Preparemos la explicación con un texto de nuestro filósofo Jorge Santayana:

> Al filósofo fuerza le es seguir la máxima de los poetas épicos, y zambullirse *in medias res.* El origen de las cosas, en caso de que lo tengan, no puede revelárseme, si es que se revela de alguna manera, hasta que me haya ido bien lejos de él, y más de una revolución del sol ha de haber precedido a mi primera aurora.
>
> La luz, al aparecer, oculta la candela.
>
> Tal vez no haya fuente de las cosas en total, ni forma más simple de la que procedan, sino tan sólo una inacabable sucesión de cosas diferentes en complejidad.
>
> En tal caso, nada se perdería con unirse a la procesión cuando se dé la casualidad de encontrarla, y seguir en ella mientras las piernas aguanten.
>
> Cada uno podría, aún, observar algo típico de ella. Nada habría entendido mejor con haber visto más cosas; sólo habría conseguido tener más cosas que explicar.
>
> (*Scepticism and animal Faith,* cap. 1.)

Se ha distinguido en el Apéndice C entre comienzo y principio.

La ciencia demuestra sin proponérselo —pues proponérselo explícitamente es cuestión filosófica y teológica tradicional— que el mundo en conjunto tiene comienzo, pero no tiene principio. Para que el mundo tuviera *principio* habría que señalar, respecto de las categorías básicas y típicas de física, que el tiempo (la gran variable independiente) tiene un valor único privilegiado —escribamos «T_0»—, antes del cual los tiempos «–1, –2, –3... –*n*, –*n*+1...» no tienen sentido según las fórmulas (leyes matemáticas mismas inscritas, intrínsecas en el mundo y en todas sus cosas). Y que posteriormente a T_0, los tiempos «$+ t_1$, $+ t_2$, $+ t_3$...» siguen a T_0 cual secuelas, es decir: *se siguen de él*, y no solamente *le siguen*, cual sucede respecto de simple comienzo.

Esto respecto de la categoría básica «tiempo».

Mas es también categoría física básica el *espacio*. En él habría que señalar, señalarlo las leyes mismas (fórmulas) un lugar, único, privilegiado. *Este* lugar, E_0, en que las cosas, reducidas a masa, o a lo que tienen que tener de masa según las leyes, tienen que hallarse en esas dos categorías T, E; y en ellas en T_0 y E_0. Y señalar la masa única y privilegiada para estar siendo en T_0 y E_0 precisamente. Masa inicial del universo: M_0.

Las leyes del universo actual, de estilo matemático, habrían, pues, de contener tres constantes únicas y privilegiadas: T_0, E_0, M_0.

Así el universo tendría *principio*.

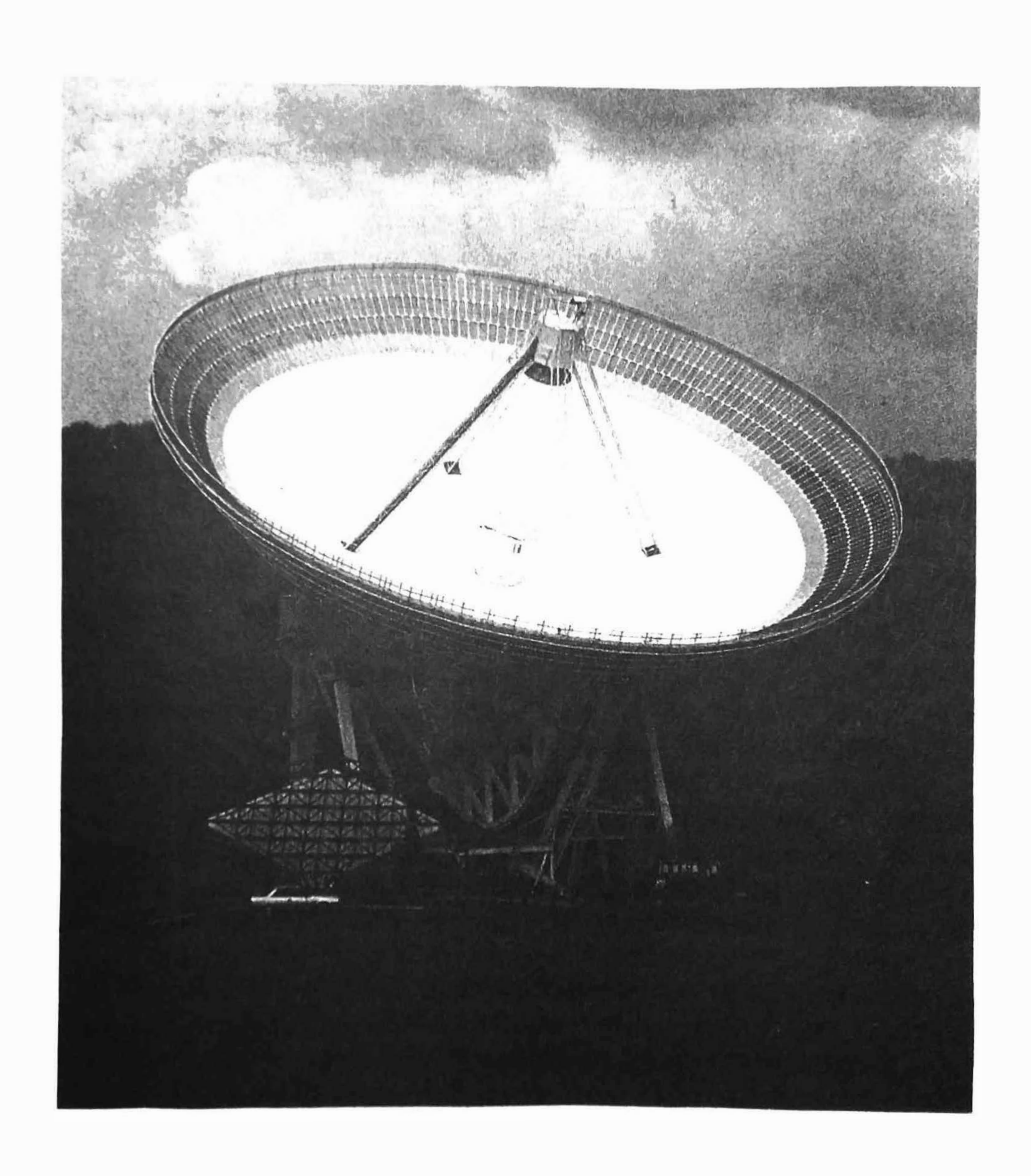
En el concepto de *creación*, tomado en serio, en real, entra lo de *principio*. No sólo algo de que se sigue algo, sino *Esto* de que se sigue *esto*. Algo —*esto*— que se sigue de *esto* en *este* instante, en *este* lugar y con *esta* masa; y de consiguiente, según las leyes mismas, se sigue de *esto* y en estos con *esta* cantidad de movimiento o con *esta* energía.

Mas según el concepto de *comienzo*, las leyes físico-matemáticas de este universo incluyen constantes y variables indeterminadas, mas determinables. Ya es de verlo en la fórmula clásica newtoniana

$$G = g' \frac{m_1 \cdot m_2}{r^2_{1,2}}$$

O en forma general (adviértase las minúsculas):

$F\ (t,\ x_0,\ y_0,\ z_0;\ t_0;\ m_0;\ \dot{x}_0,\ \dot{y}_0,\ \dot{z}_0)$, donde x_0, y_0, z_0 indican *un* lugar cualquiera donde comienza el proceso cósmico; t_0, *un* instante cualquiera; m_0, *una* masa cualquiera con que comienza el proceso cósmico; $\dot{x}_0$... *una* cantidad de movimiento (impulso) cualquiera con la que comienza.



Escudriñar el *Cielo* con ojos artificiales es irreverencia respecto de mirarlo con los ojos naturales que Dios dio al hombre el sexto día de la *Creación*.

LÁMINA 14.1

(3.58a) $G^1{}_1 = e^{-\lambda}\left(\frac{\nu'}{r} + \frac{1}{r^2}\right) - \frac{1}{r^2},$

$G^2{}_2 = G^3{}_3 = \frac{1}{2}\, e^{-\lambda}\left(\nu'' + \frac{\nu'^2}{2} + \frac{\nu' - \lambda'}{r} - \frac{\nu\lambda'}{2}\right) -$

(3.58b) $- \frac{1}{4}\, e^{-\nu}(2\bar{\bar{\lambda}} + \bar{\lambda}^2 - \bar{\lambda}\bar{\nu}),$

(3.58c) $G^0{}_0 = \frac{1}{r^2}\, e^{-\lambda}(1 - \lambda' r) - \frac{1}{r^2},$

(3.58d) $G^0{}_1 = e^{-\lambda}\, \bar{\lambda}/r.$

(3.59) $\lambda' + \nu' = 0$

(3.60) $\lambda + \nu = q(t),$

(3.61) $\bar{t} = \int dt\, e^{-q(t)/2}$

(3.62) $\lambda + \nu = 0$

(3.63) $r\lambda' = 1 - e^{\lambda}, \int \frac{d\lambda}{1 - e^{\lambda}} = \int \frac{dr}{r},$

(3.64) $\ln r = \ln \frac{x}{x - 1} + C.$

(3.65) $e^{-\lambda} = 1 - \frac{2M}{r}.$

(3.66) $\boxed{ds^2 = \left(1 - \frac{2M}{r}\right)dt^2 - \left(1 - \frac{2M}{r}\right)^{-1} dr^2 - r^2\, d\Omega^2.}$

LÁMINA 14.2

Se comienza con *un, una*; pero cada uno o una es uno cualquiera, que es lo exigido por las fórmulas según las constantes indeterminadas, mas determinables por *uno* cualquiera en *un* instante que es *uno* de tantos; por *una* masa que es *una* cualquiera y con *una* cantidad de movimiento que es *una* cualquiera.

Se *comienza* con *un* cualquiera, no con muchos (o con *un* bloque de muchos que, por bloque, se cuenta por *uno*). Mas se *principia* con *este*. Y *este* es la negación positiva y original de un cualquiera, de cualquierismo.

Principio es aquello de que se sigue algo cual secuela, o sea por necesidad (lógica, matemática, física...).

Haciendo caso a Santayana, el físico-matemático se une a la procesión cósmica en *un* momento (t) cualquiera, en *un* lugar cualquiera (x, y, z), con *una* masa cualquiera (m) y con *una* cantidad de movimiento (mv, $\dot{x}, \dot{y}, \dot{z}$) cualquiera. T_0, E_0, M_0 (*éste t, éste e, ésta m*) no tienen sentido físico. Y sin hacerse cuestión de *éstes* (estos) se junta el físico a la procesión, tomando por *comienzo* uno cualquiera de t, uno cualquiera de x, y, z, una cualquiera de m.

Hácese *médium* de la estructura de las leyes.

La necesidad de las leyes se condensa en la invariancia. La fórmula (3.66) indica el invariante básico del universo. Y su invariancia no es del tipo vago de *invariable*, sino del bien determinado por la parte derecha de la igualdad. Tan determinado, con potencia determinante hasta de la posibilidad y descubrimiento de «agujeros negros», según la relación entre $2M/r$. Y del *Gran Agujero negro*, que sería el caso de reconcentración de toda la masa del universo en *un* lugar, en *un* tiempo, con *una* energía o con *una* masa (indiferentemente, según las fórmulas $E = mc^2$ y $m = E/c^2$).

¿Qué pasaría en él? —se dirá en el Apéndice H: «Concepto cosmogónico de creación».

Nota el físico que la *invariancia* implica neutralidad frente al tiempo (frente a pasado, presente y futuro): $(+t)^2 = (-t)^2 = /t/^2$.

«Eternidad», definida por indiferencia a las dimensiones del tiempo. Por invariancia frente a ellas. Y no definida por negación del tiempo. Vagamente definido él. Eternidad, definida por $(\pm t)^2$. Que es como la entiende, siente, experimenta el físico en instrumentos y enseres, y no se la puede entender, sentir, percibir con utensilios, trebejos y aparatos.

Sobre ese fondo de eternidad definida por «ds^2...» resalta la *variabilidad* —no la contingencia: palabra y concepto clásico vago— defini-

da por constantes indeterminadas, mas determinables por *un* valor cualquiera; y por variables determinables por valores, cada uno *uno* cualquiera.

No se oponen, pues, invariancia y variabilidad. Se complementan según las fórmulas. No se oponen eternidad y tiempo, si a eternidad se la define por (ds^2) y a tiempo por «$+\, t, -\, t, t_0$» sometidos a $(\pm t)^2$.

Así lo entiende, siente, experimenta el físico-matemático, sin hablarlo en lengua natural, filogenética (latín, griego... castellano, alemán...), sino diciéndolo en lenguaje algebraico, diferencial; sin sintaxis gramatical, mas con conexión funcional.

El –6.000 (a.C.) o bien el –6.000.000.000 (a.C.) de años pudo ser *comienzo* del mundo: de este universo, que no es éste, sino *uno* de tantos. Mas el –6.000 o bien el –6.000.000.000 no son *principio* de este *un* mundo. Y que sean *principio* es el interés de ciertos filósofos y de casi todos, o de todos, los teólogos, por profesión. Quienes, por desgracia para ellos, tienen que *hablarlo* en lengua natural, filogenética (hebreo, latín, griego... castellano, alemán...) (cfr. aquí Apéndices A, B, C).

De eternidad se habla, dice y expresa mejor —más definida concretamente y a la altura de ciencia y técnica actuales— con advertir que en las fórmulas físico-matemáticas interviene el tiempo en potencia par —$(\pm t)^2$—, mejor que con conceptos vagos —concretos en su tiempo, mas ya superados— de *nunc stans* (frase positiva) y de *in-temporal* (frase negativa). Ninguna de las dos caracterizaciones de eternidad puede llegar a lo que expresan teórica y experimentablemente $(\pm t)^2$, dt^2 en las leyes.

Esto es lo que se habría de haber hecho, o a lo que se habría de haber llegado, al enfocar la cuestión del origen del mundo desde la exigencia de *principio*. De tales frases «*nunc stans*, in-temporal» no se *sigue nada*. Y eso que pretenden caracterizar la *esencia* de eternidad.

Pero la cuestión no termina aquí. El origen del mundo, de este mundo en que nos hallamos, exige determinar el *en dónde*. Un lugar privilegiado en que se verifica la creación. Un lugar *este*, como se determinó, se intentó determinar, un *este instante*.

Es decir: si eternidad ha sido sustituida por $(\pm t)^2$, inmensidad ha sido sustituida, en ciencia actual, por $(\pm x)^2$, $(\pm y)^2$, $(\pm z)^2$: dx^2, dy^2, dz^2, ∂x^2, ∂y^2, ∂z^2. Indiferencia al lugar, a este lugar, a estotro... Indiferencia expresada, concreta, manejablemente hasta por instrumentos, con constantes y variables.

Del origen del mundo hay que hablar temporal-y-espacialmente, pues el mundo ha de ser, por constitución categorial, temporal y espa-

cial. Si se dice que el mundo (este) comenzó temporalmente hace 6.000, o bien, 6.000.000.000 de años, hay que señalar también espacial, localmente, un *este lugar*, privilegiado en que surgir. Dicho de otra forma: un *punto* espacial. Surgir en un *punto*, que punto es el equivalente a instante privilegiado. Punto privilegiado, instante privilegiado.

Pues bien: las leyes físicas del mundo actual —que del estado de originario proceden y del que se siguen— expresan que tal punto no tiene sentido físico. Y por tanto: origen del mundo carece de él, basta con que carezca de sentido uno de sus componentes simultáneamente necesarios.

Además: en el origen del mundo, en ese instante privilegiado y único y en ese punto (local) privilegiado y único tiene que entrar qué realidad, y en qué estado privilegiado de realidad, surge en tal instante y rellena tal lugar privilegiados.

Ya el A.T. rellenó el primer instante y primer lugar de creación con realidades privilegiadas: Elohim principió por crear «Cielos y Tierra». Rellenó con ellas el primer instante y el primer lugar. Y la teogonía de Hesíodo hizo similarmente lo mismo: rellenar *este* instante y *este* lugar con realidad en estado de *Caos*.

Pues bien: en las leyes físico-matemáticas del universo actual, que del originario, originante suyo, proceden, no entra ninguna realidad especificada, sino la generalísima de *masa*.

Ahora bien: el concepto de masa, el concepto de una realidad por lo que tiene de una *cualquiera*, excluye lo de *esta* masa. Luego, aun admitiendo que *este instante, este lugar* tengan sentido referidos al origen del mundo, por no tener sentido lo de *esta masa* el origen del mundo queda vacío de realidad.

Cuando, pues, el físico moderno escribe m en las fórmulas o entiende lo que escribe o lo que dictan los instrumentos (a Cavendish, Eötvös...) refuta, sin proponérselo, lo de origen de un mundo *real* en que la realidad entra como masa.

Eternidad queda sustituida por $(\pm t)^2$, dt^2, ∂t^2.

Inmensidad queda sustituida por $(\pm x)^2$... dx^2... ∂x^2...

Omnirrealidad queda sustituida por m.

La cuestión filosófico-teológica de «origen del mundo», de «creación del mundo»: de un mundo originario del que se originará el actual, ha de ser sustituida por la cuestión «comienzo del mundo»: comienzo al que seguirá el proceso de evolución cósmica, en una de cuyas fases nos hallamos.

Si el mundo comenzó en un lugar que es uno de tantos y no privi-

legiado; y en un instante que es uno de tantos y no privilegiado; y con una masa que es una de tantas y no privilegiada, no ascenderá a ser *éste*, aunque resulte único por no haber más.

Antes de que Elohim creara a Eva, Adam fue *único*, por no haber más. Era —aun estando solo, solitario— un *cualquiera* en cuanto hombre, en potencia próxima de ser uno de tantos hombres; y se acrecentó lo de *uno de tantos* desde que tuvo su primer hijo.

Se puede, pues, admitir que el mundo *comenzó* en un momento dado que, por ser uno de tantos desde el momento actual (15 de abril de 1986) puede tal momento tener por fecha 6.000 o bien 6.000.000.000 de años. De tal momento se juzga desde otro momento, por ser los dos *unos* cualesquiera. Y se puede afirmar que tales comienzos espacio-temporales estuvieron rellenos de masa en algo así cual átomo super-condensado y superradiactivo. Pero con igual razón se puede afirmar que el mundo *comenzó* en un momento que —desde nuestro momento que es como él uno de tantos— duró en bloque temporal *un cronón* (10^{-12} s) o un múltiplo de él; que *comenzó* en un lugar que se extendía tanto como todo el espacio que ocupa el sistema solar; así, lugar *bloque*. Y se puede afirmar que el mundo *comenzó* por tener, o estar relleno de masa, con la de un gramo o con la de juntar prietas las 10^{82} partículas, número de Eddington. O con la densidad de masa de «Gran Agujero negro». Todo ello y las cosmologías y cosmogonías correspondientes son y declaran *un comienzo*: uno de los comienzos del mundo. Uno de los comienzos, porque todos sus componentes son del tipo *uno de tantos*: un cualquiera, aunque diera la casualidad de que son *únicos* de hecho.

Hablar de *creación*, como de *principio* de mundo, podrá hacerlo un físico actual por la dosis de hombre primitivo, medieval y aun renacentista que le queda.

El *hablar* así le será comodín mental, comodonería sentimental —religiosa, filosófica, poética...

En el concepto de creación entra cual componente, o nota resonante, la de novedad, espontaneidad. La de originalidad (de lo producido) queda eliminada porque lo producido está sometido a la categoría de cualquiera, de uno de tantos. Y con producir algo del carácter de cualquiera nadie se puede lucir.

Mas respecto de la nota o componente de novedad y espontaneidad advirtamos: *novedad* implica, o quiere decir, «por primera vez»; nada de lo nuevo, en cuanto nuevo, tiene previos, vigilia. *Espontaneidad* implica carencia de causas preliminares, necesarias y suficientes.

Novedad es negación de causas formales. Espontaneidad es negación de causas eficientes.

Sin meterse ni a refutar ni a aprobar tales conceptos, el físico-matemático actual ha hecho de *médium* por el que la base real del universo declara, no en palabras de lengua alguna, sino en símbolos propios, preternaturales, lo que es novedad y espontaneidad real y verdaderamente respecto del mundo.

La novedad y espontaneidad, o ausencia de causas formal y eficiente, se manifiesta como cálculo de probabilidades. Como se ha dicho aquí (Apéndice F, y en la obra), tal cálculo da (es) razón de la sinrazón de no haber, ni hacer falta, causas formal y eficiente, y tampoco final.

Con la ventaja de que tal cálculo, realizado, impone la existencia de una mayoría de mediocres (en una calidad: social, religiosa, mental, sentimental, estética, económica...) que son unos de tantos, cada uno uno cualquiera, consonando así con la estructura general del universo (en espacio, tiempo, masa, como se acaba de decir). Y dos minorías: por exceso y por defecto. Así que dando posibilidad real, frecuencial, de que surjan —porque sí—, o no surjan —porque nó— genios, genialidades, excepciones, atisbos, ingeniosidades, rarezas, sorpresas... —agradables, desagradables; morales, inmorales; mamarrachos, obras de arte; inventos, trucos.

Todo ello rescata o liberta al mundo del cualquierismo, uniformismo, mediocridad. Con excepciones que confirman la regla: el cálculo de probabilidades.

Los elementos básicos del universo actual —protones, electrones, mesones, iones, fotones...— están regidos por cálculos especificados de probabilidades. De estadísticas especiales. Las de Boltzmann-Gibbs, Fermi-Dirac, Bose-Einstein.

Cuando el físico actual dice o piensa —calcula o experimenta, según cálculo de probabilidades— no sabe, ni falta que le hace, que está tratando de *creación u origen* del mundo.

Tenemos, pues, como diccionario básico actual:

Prehistórico	*Actual*
Eternidad	$(+t)^2$, dt^2
Inmensidad	$(\pm x)^2$, $(\pm y)^2$, $(\pm z)^2$, dx^2...
Omnirrealidad	m_1, m_2... m_n...
Creación	$W = \frac{N!}{n!_1 \cdot n!_2 \ldots n!_n} g^{n!_1} \cdot g^{n!_2} \cdot g^{n!_3} \ldots g^{n!_n}$

Todo esto es cosmo*logía.*

La fórmula (3.66) (Lámina 14.2) indica la invariancia del elemento fundamental del universo. A la vez que, por la estructura de los coeficientes, en que entran implícitas en el radio las dimensiones (x, y, z) —así que las variables—, tal invariancia hace realmente posibles movimientos determinados. Cual, sirva de ilustración elemental: $6 = 1 + 2 + 3 = 0 + 3 + 3 = 1 + 5 = ...$

El radio (r) de la masa (M) y su relación hace teóricamente posibles, con teoría físico-matemática, la existencia, vgr., de «agujeros negros».

La lámina (14.1) lleva su explicación.

La lámina (14.3) sirve para indicar al Lector la cantidad y calidad (finura) de las leyes matemáticas inscritas, intrínsecas y eficientes en la realidad del universo y en cada una de sus partes, pequeñas o grandes.

$$
(58.31)\quad \left\{
\begin{aligned}
&\frac{1}{2}\{\mu\alpha,\beta\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot g^{\mu\nu}\,g^{\alpha\varepsilon}\left(\frac{\partial g_{\nu\varepsilon}}{\partial x_\beta}+\frac{\partial g_{\beta\varepsilon}}{\partial x_\nu}-\frac{\partial g_{\beta\nu}}{\partial x_\varepsilon}\right)\right)\\
=\;&\frac{1}{2}\{\mu\alpha,\beta\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot g^{\mu\nu}\,g^{\alpha\varepsilon}\,\frac{\partial g_{\nu\varepsilon}}{\partial x_\beta}\right)\\
=-&\frac{1}{2}\{\mu\alpha,\beta\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot\frac{\partial g^{\mu\alpha}}{\partial x_\beta}\right)\\
=-&\frac{1}{2}\{\mu\nu,\alpha\}\,\delta\left(\sqrt{-g}\cdot\frac{\partial g^{\mu\nu}}{\partial x_\alpha}\right).
\end{aligned}\right.
$$

$$
(58.32)\quad -\{\mu\nu,\alpha\}\,\delta\left(g^{\mu\nu}\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\sqrt{-g}\right).
$$

$$
g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\,\{\mu\nu,\alpha\}=-\frac{\partial}{\partial x_\nu}\left(g^{\alpha\nu}\sqrt{-g}\right)
$$

$$
(58.33)\quad \{\nu\beta,\beta\}\,g^{\alpha}_{\mu}\,\delta\left(\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right)\right).
$$

$$
(58.4)\quad \left\{
\begin{aligned}
\delta\mathfrak{L}=&\left[-\{\mu\nu,\alpha\}+g^{\alpha}_{\mu}\{\nu\beta,\beta\}\right]\delta\left(\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right)\right)\\
&-\left[\{\mu\alpha,\beta\}\{\nu\beta,\alpha\}-\{\mu\nu,\alpha\}\{\alpha\beta,\beta\}\right]\delta\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right).
\end{aligned}\right.
$$

$$
(58.45)\quad \mathfrak{g}^{\mu\nu}=g^{\mu\nu}\sqrt{-g};\qquad \mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}=\frac{\partial}{\partial x_\alpha}\left(g^{\mu\nu}\sqrt{-g}\right).
$$

$$
(58.51)\quad \frac{\partial\mathfrak{L}}{\partial\mathfrak{g}^{\mu\nu}}=-\left[\{\mu\alpha,\beta\}\{\nu\beta,\alpha\}-\{\mu\nu,\alpha\}\{\alpha\beta,\beta\}\right],
$$

$$
(58.52)\quad \frac{\partial\mathfrak{L}}{\partial\mathfrak{g}^{\mu\nu}_{\alpha}}=\left[-\{\mu\nu,\alpha\}+g^{\alpha}_{\mu}\{\nu\beta,\beta\}\right].
$$

LÁMINA 14.3

$$(58.6) \qquad G_{\mu\nu} = \frac{\partial}{\partial x_\alpha} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} - \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}} .$$

$$\frac{d}{dt} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial q'} - \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial q} = 0.$$

$$(58.71) \quad \mathfrak{g}^{\mu\nu} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}} = - \mathfrak{L},$$

$$(58.72) \quad \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} = 2\mathfrak{L}.$$

$$\begin{aligned} \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha &= \frac{\partial}{\partial x_\alpha} \left(g^{\mu\nu} \sqrt{-g} \right) = \sqrt{-g} \frac{\partial g^{\mu\nu}}{\partial x_\alpha} + g^{\mu\nu} \sqrt{-g} \, \{\alpha\varepsilon, \varepsilon\} \\ &= \sqrt{-g} \left[- \{\varepsilon\alpha, \mu\} g^{\varepsilon\nu} - \{\varepsilon\alpha, \nu\} g^{\mu\varepsilon} + \{\alpha\varepsilon, \varepsilon\} g^{\mu\nu} \right] \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} = \sqrt{-g} \Big[&\{\mu\nu, \alpha\} \{\varepsilon\alpha, \mu\} g^{\varepsilon\nu} + \{\mu\nu, \alpha\} \{\varepsilon\alpha, \nu\} g^{\varepsilon\mu} \\ &- \{\mu\nu, \alpha\} \{\alpha\varepsilon, \varepsilon\} g^{\mu\nu} - \{\nu\beta, \beta\} g^\alpha_\mu \{\varepsilon\alpha, \mu\} g^{\varepsilon\nu} - \{\nu\beta, \beta\} g^\alpha_\mu \{\varepsilon\alpha, \nu\} g^{\varepsilon\mu} \\ &+ \{\nu\beta, \beta\} g^\alpha_\mu \{\alpha\varepsilon, \varepsilon\} g^{\mu\nu} \Big], \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} \sqrt{-g} \Big[&\{\beta\nu, \alpha\} \{\mu\alpha, \beta\} g^{\mu\nu} + \{\mu\beta, \alpha\} \{\nu\alpha, \beta\} g^{\nu\mu} - \{\mu\nu, \alpha\} \{\alpha\beta, \beta\} g^{\mu\nu} \\ &- \{\nu\beta, \beta\} \{\mu\alpha, \alpha\} g^{\mu\nu} - \{\alpha\beta, \beta\} \{\nu\mu, \alpha\} g^{\nu\mu} \\ &+ \{\nu\beta, \beta\} \{\mu\varepsilon, \varepsilon\} g^{\mu\nu} \Big] = 2\mathfrak{L}. \end{aligned}$$

$$(58.6) \quad \mathfrak{G} = \mathfrak{g}^{\mu\nu} G_{\mu\nu} = \mathfrak{g}^{\mu\nu} \frac{\partial}{\partial x_\alpha} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} - \mathfrak{g}^{\mu\nu} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}} ,$$

$$(58.8) \left\{ \begin{aligned} \mathfrak{G} &= \frac{\partial}{\partial x_\alpha} \left(\mathfrak{g}^{\mu\nu} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} \right) - \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} - \mathfrak{g}^{\mu\nu} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}} \\ &= \frac{\partial}{\partial x_\alpha} \left(\mathfrak{g}^{\mu\nu} \frac{\partial \mathfrak{L}}{\partial \mathfrak{g}^{\mu\nu}_\alpha} \right) - \mathfrak{L}. \end{aligned} \right.$$

APÉNDICE H

Concepto cosmogónico de Creación
(Friedmann, Jordan, 1955-1975)

Concepto cosmogónico de Creación
(Cfr. las obras anteriormente citadas, en «Concepto cosmológico de creación».)

Recuérdese la sentencia de Santayana: «Nada se perdería con unirse a la procesión cuando se dé la casualidad de encontrarla. Cada uno podría, aún, observar algo típico de ella. Nada habría entendido mejor con haber visto más cosas; sólo habría conseguido tener más cosas que explicar».

La ciencia y técnica actuales —1924-1986— se han unido a la procesión de datos y explicaciones sobre creación del mundo.

Y han observado algo típico de ella: sus leyes físico-matemáticas, y lo han observado con instrumentos y enseres típicos de esta edad histórica. En las épocas anteriores, nada habrían entendido mejor de creación y de su proceso con haber dispuesto de los datos actuales, mas sin disponer de los instrumentos y enseres actuales y de los métodos matemáticos actuales. Con más datos, con todos los actuales, mas con sólo utensilios, trebejos y aparatos, las épocas anteriores no habrían entendido mejor el proceso de creación del mundo. Sólo habrían conseguido tener más cosas que explicar. Así les pasó ya a Galileo, Copérnico y Kepler antes de Newton, con los pocos datos de que disponían, proporcionados por los aparatos físicos y mentales. ¿Cuál fuera su confusión si un espíritu laplaciano o un demonio de Maxwell, les presenta todos los datos actuales?

Pues bien: con todos los datos actuales, crecientes por días, por gracia de la realidad, pero para desgracia de la misma cosmología actual, ésta no puede aún entender mejor la creación del mundo y su proceso: cómo al *comienzo* siguen las secuelas, sus fases; y menos aún llegar a saber si tiene *principio* y cuáles serían, en tal caso, las consecuencias (físico-matemáticas).

La cosmogonía actual dispone de datos, de más datos, que la cosmología actual no puede entender.

Y tantea con *modelos* para ver cuál de ellos explica mejor *el punto* (espacial), *el instante* (temporal), *la masa* inicial o energía (según $E = mc^2$, $E/c^2 = m$): datos del *comienzo*, y partiendo de ellos y de las leyes explicar las fases siguientes.

Es evidente que desde el momento actual (1924-1986), t_0, y desde el lugar actual (tierra, luna y aun sistema solar), e_0, y con la masa actual (10^{54} g), m_0, se descubren más cosas, sucesos, que en épocas anteriores. Que tenemos muchas, muchísimas más cosas que explicar. Pero no tenerlas que explicar con los simplismos anteriores no es ningún consuelo ni excusa para tamaña ignorancia. Y menos aún, ventaja alguna, en verdad y para la verdad.

Así que el Autor renuncia a hacer comentarios del estilo de los anteriores acerca del tema «concepto *cosmogónico* de Creación».

Lo siguiente no pasa de sugerencias.

(1) La humanidad no se divide en buenos y malos, fieles e infieles, circuncisos e incircuncisos, inteligentes y tontos... sino en hombres que pueden aguantar la ignorancia y hombres que no pueden aguantarla. Los que acerca de la cuestión «Creación» no puedan aguantarla disponen del comodín y comodidad de las explicaciones A, B, C, D. Los que puedan aguantarla, disponen de la progresión de explicaciones D, E, F. Y lo insatisfactorio de éstas respecto de los datos actuales se lo puede aguantar con ensayos y tanteo de modelos, y aguantar a que más datos, por una parte agraven la ignorancia, y por otra sirvan de incitación a la inventiva humana, documentadamente creciente, a lo largo de los siglos —desde el primero de nuestra era hasta el veinte.

(2) Ayuda filosófica. El (pseudo) concepto de «Nada» se aniquila a sí mismo. Pues su misma palabra, bien positiva, ente real, la refuta. Y el concepto de Nada, por concepto bien positivo y real, refuta las pretensiones del (pseudo) concepto de Nada. Lo de Nada, antes del momento inicial, lugar inicial, masa inicial del universo actual, carece de sentido.

15.000 millones de años
Actualidad

10.000 millones de años
Se forman el sol y el sistema solar

5.000 millones de años
Muchas galaxias tienen quasars activos en sus centros

2.000 millones de años
Se han formado la mayoría de galaxias (incluyendo la Vía Láctea): primeras estrellas brillando, produciendo elementos más pesados

500 millones de años
El gas que llenaba el universo empieza a fragmentarse y a formar las galaxias

300.000 años
Electrones se combinan con protones y con núcleos de helio para formar átomos: hidrógeno y helio gaseoso

10.000 años
La radiación empieza a ser menos importante que la materia

3 minutos
Protones y neutrones se combinan para formar núcleos de helio

1 segundo
Electrones y antielectrones (positrones) se aniquilan, dejando pequeños residuos de electrones

0,000 001 segundos
Los quarks y los antiquarks se aniquilan, dejando pequeños residuos de quarks. Los quarks se combinan para formar protones y neutrones

0,000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 01 segundos
La materia predomina sobre la antimateria (una parte cada 100 millones)

0,000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 1 segundos
Hasta lo más atrás que puede calcularse -límite establecido por el principio de incertidumbre

0
Big-Bang

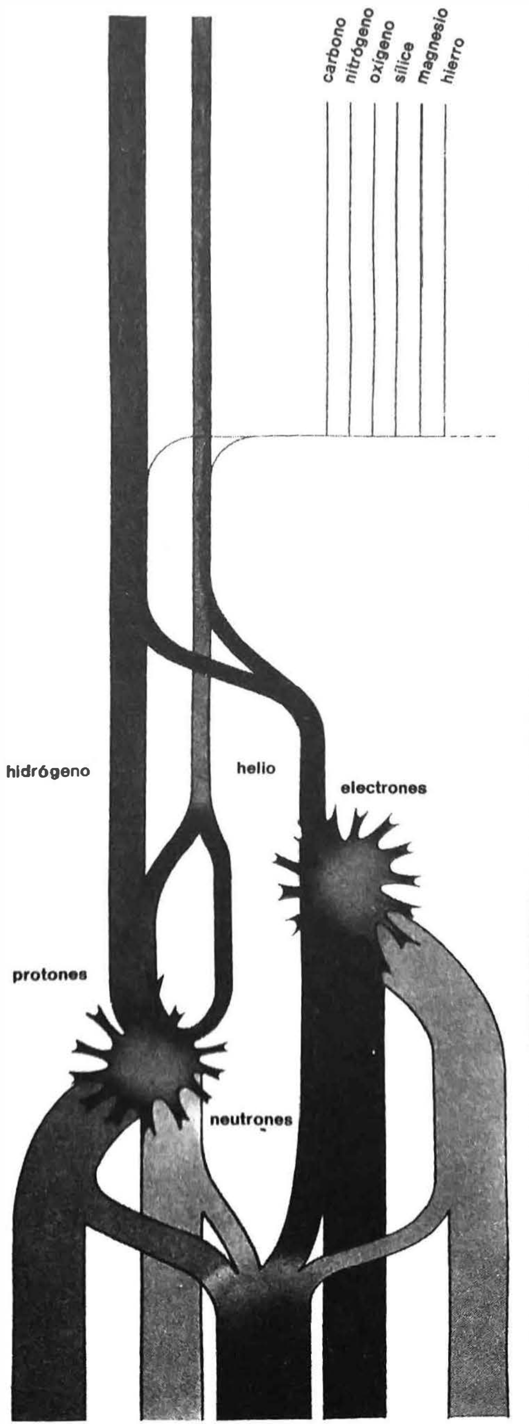


LÁMINA 15.1

El concepto de Ser no se refuta a sí mismo, porque la palabra «ser» es ser. Y el concepto de «ser» es ser.

Así que sin remedio, aun verbal, hay que comenzar con *ser*.

«Crear de *Nada*», es un sinsentido. Y atribuirlo a Dios, o a un dios, es solamente una alabanza, ontológicamente tonta.

La Lámina 15.1 tiene por título «El misterio último». Último, por ahora. No definitiva, esencial, necesariamente último. Lo definitiva, esencial, necesariamente «misterio», no es cognoscible; *misterio*, como *nada*, se refutan a sí mismos como palabras enconceptuadas o conceptos empalabrados.

«Cuando a una palabra se le toma la palabra», dice Hegel, «ella misma refuta o confirma nuestro pensamiento o concepto de ella».

«Nada, Misterio...» si se les toma la palabra se refutan; se autodestruyen; Ser, Conocer..., si se les toma la palabra, se confirman, se reafirman.

«Misterio "por ahora"; último "por ahora"» son otras frases seipsirrefutantes. El «por ahora» las refuta.

«*Primero* "por ahora"; *Origen* "por ahora"; Verdad "por ahora"...» se autorrefutan. El adverbio «por ahora» destruye al sujeto.

Dejemos, pues, de hablar y pensar —con palabras enconceptuadas y conceptos empalabrados— de *Origen* (del universo); de Primer Instante (de la creación).

Por suerte la ciencia actual no toma en serio tales palabras y sus conceptos, sino, en caso de emplearlos, los toma de comodines y de comodidades para entenderse.

A «Misterio» y semejantes palabras se las sustituye por «incógnita». «Incógnita» en matemáticas indica una cantidad que hace falta para determinar, solventar una ecuación; conocida, la ecuación estará perfectamente determinada. Cuando el número de las ecuaciones no llega a ser suficiente para determinar todas las constantes, quedan, por de pronto, algunas de las ecuaciones sin determinar. En cosmogonía actual el número de las constantes que harían falta para determinar las ecuaciones o el número de ecuaciones que harían falta para determinar todas las constantes (datos), no se coajustan exactamente. Queda, aún, algo indeterminado; pero se sabe qué y en qué grado lo está, y cómo subsanar tal deficiencia.

Como palabras, cual la de «misterio», tienen mucho prestigio —a lo que ayuda su vago concepto—, sustituirlas por la de «incógnita», que tiene concreto sentido, pero poco prestigio propaganderil, en la Lámina 15.1 se deja la palabra «misterio».

Pero notemos, con esta advertencia, el punto determinado en que interviene lo de «incógnita». Según la Lámina 15.1 al cabo de unas septillonésimas de segundo (10^{-44}) desde el *Big Bang*, desde la Explosión en grande, se puede ir señalando cuándo la materia predomina sobre la antimateria (hacia 10^{-38} de s)...; a 1 segundo de distancia temporal del *B-B*, se aniquilan electrones y positrones...; al cabo de diez mil años, la radiación resulta menos importante que la materia...; al cabo de diez mil millones de años surgen el sol y la forma del sistema solar...; al cabo de quince mil millones de años se llega a la época cósmica actual... con carbono, nitrógeno, oxígeno, silicio, magnesio, hierro, disponibles para la vida. Y tal vez desde hace un millón de años después surge el hombre.

Pero el límite inferior, el cero de la Gran Explosión, o impropiamente dicho el *Origen del mundo*, es imperfectamente determinable. Según el principio de indeterminación de Heisenberg —ley de la física cuántica—

$$pq - qp = i\frac{h}{2\pi}$$

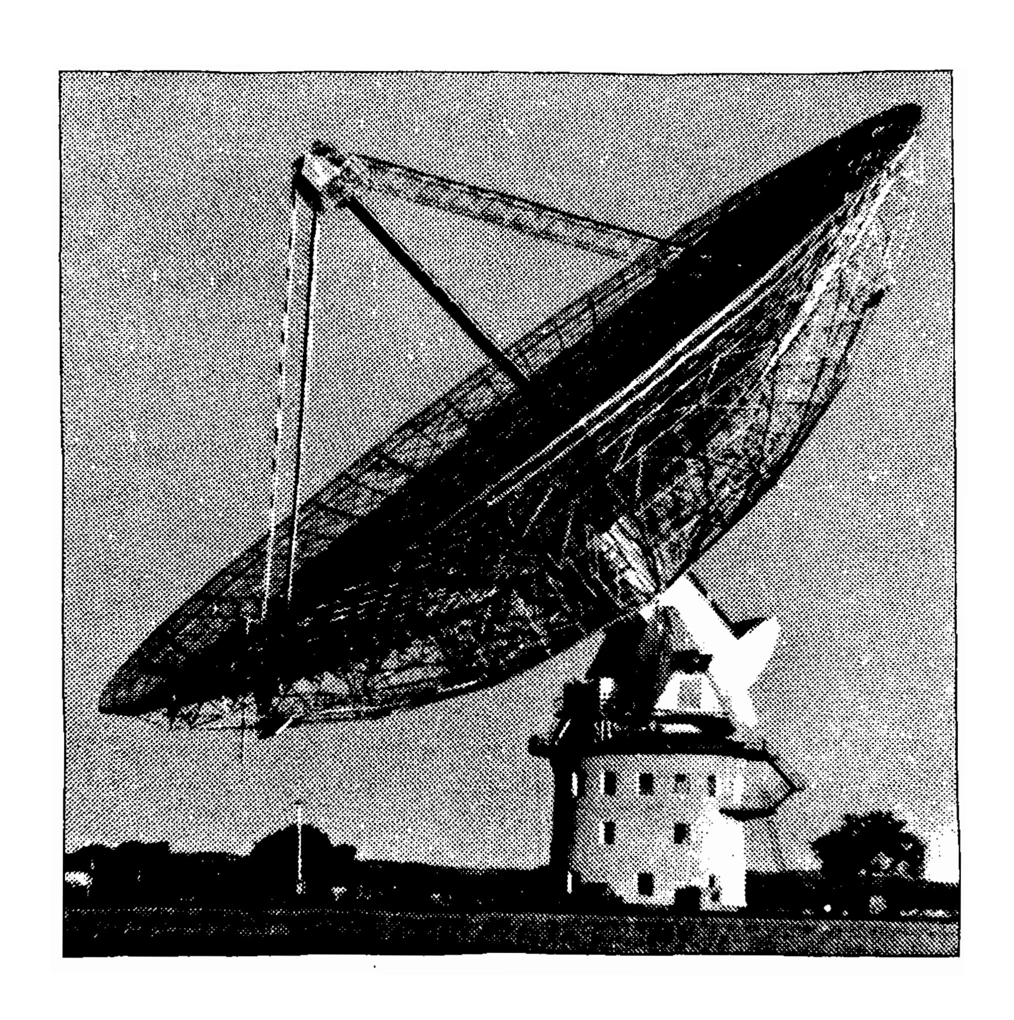
la determinación de p (matriz de impulsos o cantidades de movimiento) implica —no vaga, sino definidamente por esa ecuación o principio— una indeterminación de q (de la matriz de posiciones); o si p representara la matriz de tiempo (t), la fijación perfecta del instante, de *este* instante, implicaría, según tal ley, la indeterminación de la energía (matriz de la energía) de tal acontecimiento: Origen del mundo.

Los límites o valor de tal indeterminación están fijados por la misma ley, o ecuación, que interviene para dar realidad de verdad a todas las demás fórmulas de la física cuántica; y, por ello, de toda física.

En Origen del mundo no todas las categorías físicas básicas pueden estar en igual grado de determinación.

Lo cual tiene la ventaja de la flexibilidad de lo real, de la potencia real de cambios. Dosis de novedad, originalidad, espontaneidad muy propias, característica de lo que sea realmente *Origen*, y no quede agotado en su primera actuación.

El universo actual está, pues, doblemente patente, abierto hacia porvenir: por la parte inferior, imposible de determinar íntegra y definitivamente; por la parte superior, patente o abierto a nuevas combinaciones, complejidades de un número de elementos cada vez mayor y más complejos.



Radiotelescopio, en Parkes, New South Wales, Australia. Radio de la antena, 70 metros. Los radiotelescopios permiten recibir las ondas largas. La radiación primitiva del *B.-B.*, de descomunal intensidad y ondas de altísima —suprema— frecuencia, se han difundido y están difundiéndose aún por todo el universo, homogénea e isotrópicamente por él. Con el correr del tiempo (*t*) se han reducido en intensidad y frecuencia a las de calor, a temperatura de –270 °K. Así que muy cerca del punto absoluto de temperatura. Cero absoluto °K.

LÁMINA 15.2

$$(5.105)\quad \dot{\mathfrak{R}}^2 = \frac{\varkappa\mathfrak{M}}{3\mathfrak{R}} + \frac{1}{3}\Lambda\mathfrak{R}^2 - k =: F(\mathfrak{R}), \qquad p = 0,$$

$$(5.106)\quad \dot{\mathfrak{R}}^2 = \frac{\varkappa K}{3\mathfrak{R}^2} + \frac{1}{3}\Lambda\mathfrak{R}^2 - k, \qquad p = \rho/3.$$

$$(5.107)\quad \dot{\mathfrak{R}}^2 = \frac{\varkappa K}{3\mathfrak{R}^2} + \frac{\varkappa\mathfrak{M}}{3\mathfrak{R}} - k + \frac{1}{3}\Lambda\mathfrak{R}^2.$$

$$(5.108)\quad \dot{\mathfrak{R}}^2 = \frac{\varkappa K}{3\mathfrak{R}^2} \rightarrow \mathfrak{R} = \left(\frac{4\varkappa K}{3}\right)^{1/4} t^{1/2},$$

$$(5.109)\quad \varkappa\rho = 2\Lambda,$$

$$(5.110)\quad \frac{\varkappa\mathfrak{M}}{3\mathfrak{R}} + \frac{1}{3}\Lambda\mathfrak{R}^2 = k.$$

$$(5.111)\quad \mathfrak{R}^2 = \frac{3}{\varkappa\rho + \Lambda} = \frac{2}{\varkappa\rho}.$$

LÁMINA 15.3

La fórmula (5.107) de la Lámina 15.3 indica las posibilidades de que el universo esté dominado por la radiación o por la materia, según que predomine o no el término (M) —la materia. Radio (R) del universo en función de la materia que hubiere en un momento dado. $\dot{R}^2$, velocidad de cambio del radio del universo en función del tiempo. Para las posibilidades de soluciones estáticas, y si el universo de Einstein, cerrado y estático es o no estable, véanse las fórmulas (5.109-5.111).

Lo importante para nuestro tema: «Creación del universo», de «este universo» en que estamos siendo y en el que se suponía estábamos o estaban siendo todos los hombres desde Adam, se reconcentra en la afirmación: el universo tiene no solamente razón, aun matemática, sino proceso de engendramiento de sus partes (futuras).

La cosmo*logía* se trueca en cosmo*gonía*. Y al revés: ésta, el que tenga que haber cosmogonía, transforma el sentido y realidad de cosmología.

Luego: si en el primer instante se crea todo, hágaselo en un día o en seis, y se reconoce que lo así hecho es no solamente bueno, sino muy bueno, y que tal creación es perfecta, por tal hecho se excluye evolución y formación intrínseca del universo. No cabe sino un universo estático o bien decadencia ininterrumpible.

Decadencia física, fisiológica y moral —tal cual, según el *Génesis*, pasó ya en el sexto o séptimo día de la creación del hombre. Elohim, en tiempos de Noé ya tuvo que «arrepentirse, con dolor de su corazón», de haber creado al hombre. Borrón y cuenta nueva: diluvio universal.

Decadencia física, fisiológica y moral, en *Teogonía*. Del Caos procedieron inmediatamente Tierra, Eros, dioses... y raza de mortales, que presto decayeron de Edad de Oro a edad de hierro.

Por haber supuesto que desde siempre existe lo perfecto: las Ideas y eídoses de todo —eternos, inmutables, ingenerables, incorruptibles—, y que desde siempre existe una base del universo en eterno movimiento desafinado y desacompasado —así que dos perfectos en su orden cada uno—, no cabe más proceso que el surgimiento de ideíllas: imitaciones, semejas, similores, huellas, vestigios de lo eterno, inmutable, eidético.

Cuando en un orden: físico, fisiológico, psíquico, religioso, moral, se ha puesto por modelo algo perfecto, insuperable, no queda para evolución sino lo imperfecto, en degradación constante.

Y cual atemperación de tal decadencia se acude a la Apocalipsis: un fin del mundo, de tal mundo. ¿A los 100 años, a los 1.000?

Y a los hombres se los condena a repetidores de la especie y de los actos para repetirla; a repetidores, glosistas, comentadores, catecismeros de un Credo, puesto como insuperable, por perfecto, por divino; se los condena a adoradores de una realidad, definitivamente divina, y única divina posible. Y de adoradores se desciende a idólatras.

El físico-matemático actual ofrece a todos: filósofos, teólogos, cosmólogos la sugerencia de una solución, con amplio abanico de posibilidades. Y ya desde el (pretendido verbal y conceptualmente) momento de la Creación.

El Autor de esta obra ofrece al Lector, paciente de ella, una sentencia de Carl Gunnar Myrdal —el gran economista sueco, y uno de los mayores economistas mundiales— que ayudará a poner de manifiesto la tonalidad de esta obra:

> *En general, los hombres no quieren que se les enseñe a pensar; prefieren que se les diga qué han de creer.*

El Autor de ella ha intentado que los hombres, los lectores, aprendan a pensar; y que no prefieran que se les diga qué han de creer.